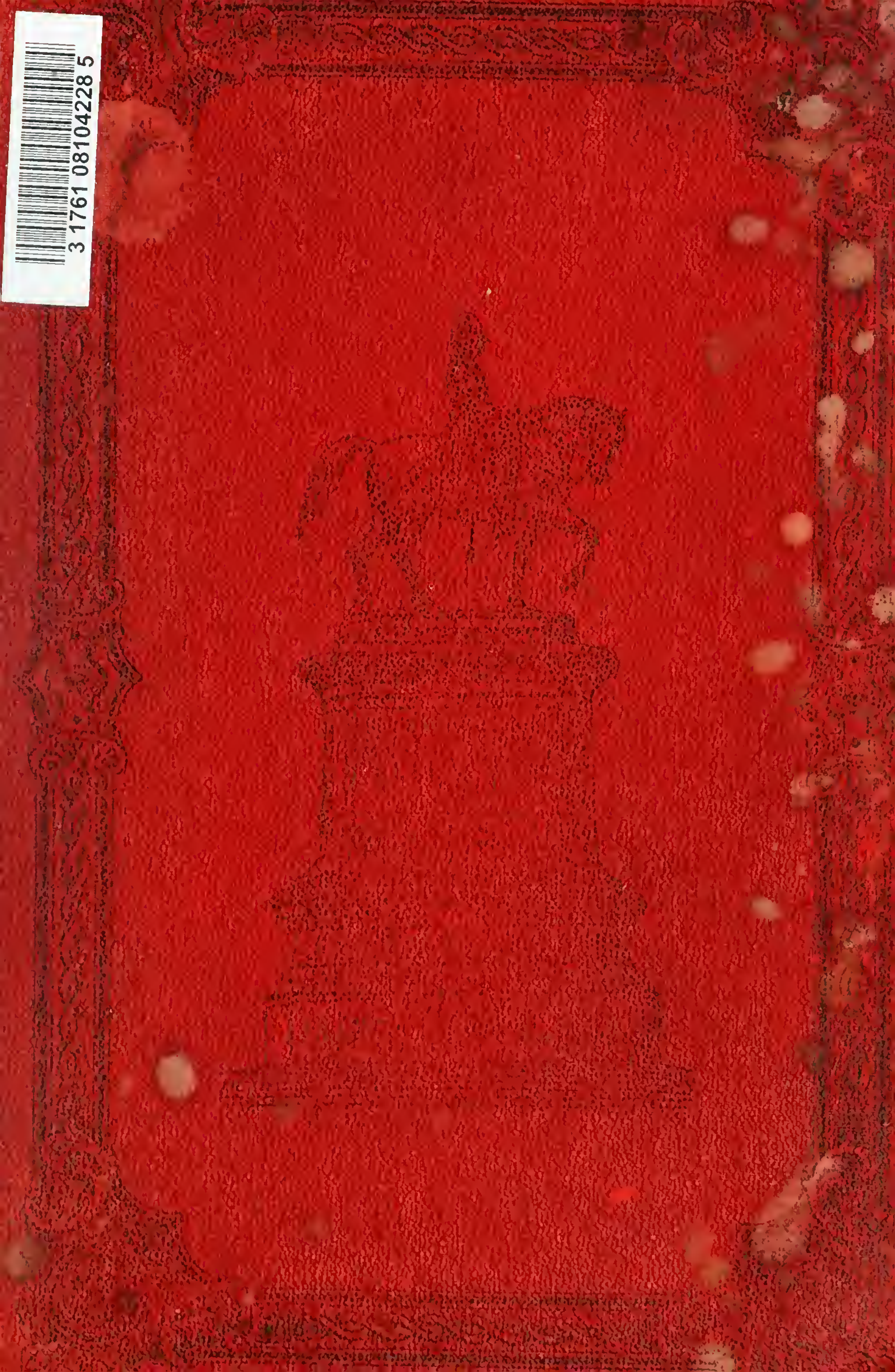
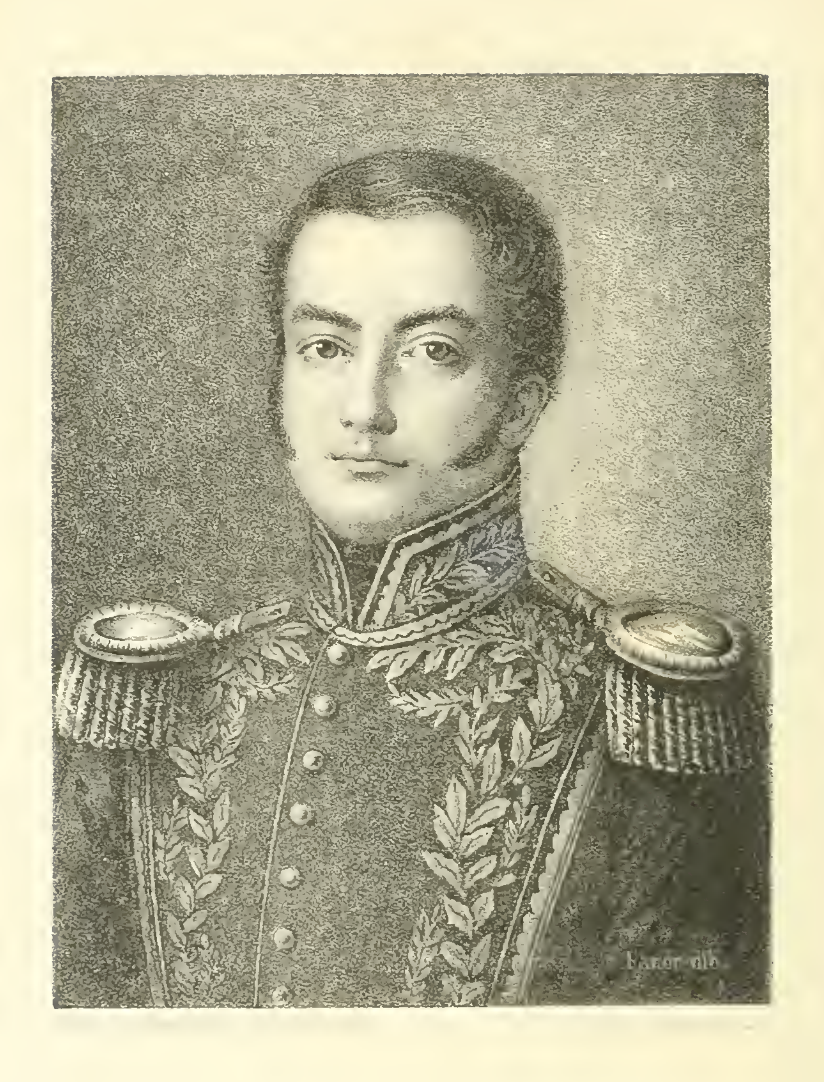


MEMORIAS POSTUMAS

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ



MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ

SEGUNDA EDICIÓN

TOMO PRIMERO



LA PLATA

Imprenta « La Discusión » calle 9 y 47

1892

A mi bueno y noble
amigo Don Enrique Anaya
Diego Lamas

20 de Mayo 1898

NOTA DEL EDITOR

Agotada la primera edición de las MEMORIAS PÓSTUMAS *del general don José María Paz, y dada la importancia histórica de la obra, unanimemente reconocida por nuestros más esclarecidos historiadores, como fuente de informaciones indiscutidas, en todos los hechos de que el autor fué testigo ó actor principal, hemos procedido á su reimpresión, obedeciendo al propósito de ponerla al alcance de todos los que se interesan en el estudio de nuestra historia nacional.*

Su texto aparece exactamente como en la edición anterior, con la única modificación de dividirlo en capítulos precedidos de sumarios, que lo extractan fielmente.

Nos ha determinado á colocar al principio de la obra, el fragmento de las MEMORIAS *del general Belgrano, el motivo de haber sido la lectura de estas, la que influyó en el espíritu del general Paz, para escribir las suyas.*

Ireneo Rebollo.

EXPEDICIÓN AL PARAGUAY

MANDADA POR EL

GENERAL D. MANUEL BELGRANO

Y JUICIO CRÍTICO DE ELLA POR EL

GENERAL JOSÉ MARÍA PAZ

Me hallaba de vocal de la Junta Provisoria, cuando en el mes de Agosto de 1810, se determinó mandar una expedición al Paraguay, en atención á que se creía que allí había un gran partido por la revolución, que estaba oprimido por el gobernador Velazco y unos cuantos mandones; y como es facil persuadirse de lo que halaga, se prestó crédito al coronel Espínola, de las milicias de aquella Provincia, que al tiempo de la predicha Junta, se hallaba en Buenos Aires. Fué con pliegos, y regresó diciendo, que con dos cientos hombres era suficiente para proteger el partido de la revolución, sin embargo de que fué perseguido por sus paisanos, y tuvo que escaparse á uña de buén caballo, aún batiéndose no sé en qué punto, para librarse.

La Junta puso las miras en mí, para mandarme con la expedición auxiliadora, como representante y General en Jefe de ella; admití, porque no se creyese que repugnaba los riesgos, que solo quería disfrutar de la capital, y también porque entreveía una semilla de desunión entre los vocales mismos, que yo no podía atajar, y deseaba hallarme en un servicio activo, sin embargo de que mis conocimientos militares eran muy cortos, pués también me había persuadido, que el partido de la revolución sería grande, muy en ello, de que los americanos al solo oir libertad, aspirarian á conseguirla.

El pensamiento había quedado suspenso, y yo me enfermé á principios de Setiembre; apuran las circunstancias, y convaleciente, me hacen salir, destinando dos cientos hombres de la guarnición de Buenos Aires, de los cuerpos de granaderos, arribeños y pardos, poniendo á mi disposición, el regimiento que se creaba de caballería de la Patria, con el pié de los blandengues de la frontera, y asimismo, la compañía de blandengues de Santa Fé y las milicias del Paraná, con cuatro cañones de á cuatro, y respectivas municiones.

Salí para San Nicolás de los Arroyos, en donde se hallaba el expresado cuerpo de caballería de la Patria, y solo encontré en él, sesenta hombres, de los que se decian veteranos, y el resto, hasta unos cién hombres, que se habian sacado de las compañias de milicias de aquellos partidos, eran unos verdaderos reclutas, vestidos de soldados. Eran el coronel don Nicolás Olavarría y el sargento mayor don Nicolás Machain.

Dispuse que marchase á Santa Fé, para pasar á La Bajada, para donde habian marchado las tropas de

Buenos Aires, al mando de don Juan Ramón Balcarce, mientras yo iba á la dicha ciudad, para ver la compañía de blandengues, que se componía de cuarenta soldados y sesenta reclutas.

Luego que pasaron todos al nominado pueblo de La Bajada, me dí á reconocer de General en Jefe, y nombré de Mayor General, á don Nicolás Machain, dándole, mientras yo llegaba, mis órdenes é instrucciones.

Así que la tropa y artillería, que ya he referido, como dos piezas de á dos, que arreglé, de cuatro que tenía el ya referido cuerpo de caballería de la Patria, y cuanto pertenecía á este que se llamaba ejército, se había trasportado á La Bajada, me puse en marcha, para ordenarlo y organizarlo.

Hallándome allí, recibí aviso del Gobierno, de que me mandaba dos cientos patricios, pués por las noticias que tuvo del Paraguay, creyó que la cosa era más seria de lo que se había pensado, y puso también á mi disposición, las milicias que tenía el gobernador de Misiones, Rocamora, en Yapeyú, con nueve ó diéz dragones que le acompañaban.

Mientras llegaban los dos cientos patricios, que vinieron al mando del teniente coronel don Gregorio Perdriel, aprontaba las milicias del Paraná, las carretas y animales, para la conducción de aquella, y caballada para la artillería y tropa.

Debo hacer aquí el mayor elogio del pueblo del Paraná y toda su jurisdicción: á porfía se empeñaban en servir, y aquellos buenos vecinos de la campaña, abandonaban todo, con gusto, para ser de la expedición, y auxiliar al ejército, de cuantos modos les era posible.

No se me olvidarán jamás los apellidos Garrigós, Ferré, Vera y Ereñú: ningún obstáculo había, que no venciesen por la patria. Ya seríamos felices, si tan buenas disposiciones no las hubiese trastornado un Gobierno inerme, que no ha sabido premiar la virtud, y ha dejado impune los delitos. Estoy escribiendo, cuando estos mismos Ereñú, sé que han batido á Holemberg.

Para asegurar el partido de la revolución en el Arroyo de la China, y demás pueblos de la costa occidental del Uruguay, nombré comandante de aquella, al doctor don José Diaz Velez, y lo mandé auxiliado con una compañía de la mejor tropa de caballería de la Patria, que mandaba el capitán don Diego Gonzalez Bàlcarce.

Entre tanto, arreglaba las cuatro divisiones que formé del ejército, destinando á cada una, una pieza de artillería y municiones, dándoles las instrucciones á los jefes, para su buena y exacta dirección, é inspirando la disciplina y subordinación á la tropa, y particularmente la última calidad de que carecía absolutamente la más disciplinada, que era la de Buenos Aires, pués el Jefe de las armas, que era don Cornelio Saavedra, no sabía lo que era milicia, y así creyó, que el soldado sería mejor, dejándole hacer su gusto.

Felizmente no encontré repugnancia, y los oficiales me ayudaron á establecer el orden, de un modo admirable, á tal término, que logré que no hubiese la más mínima queja de los vecinos del tránsito, ni pueblos donde hizo alto el ejército, ni alguna de sus divisiones. Confieso que esto me aseguraba un buén éxito, aún en el más terrible contraste.

Dieron principio á salir á últimos de Octubre, con

veinte y cuatro horas de intermedio, hacia Curuzú-Cuatiá, pueblo casi en el centro de lo que se llama Entre Rios. Los motivos por qué tomé aquel camino, los expresaré después, y dejaremos marchando al ejército, para hablar del Arroyo de la China.

Tuve noticias positivas, de una expedición marítima que mandaba allí Montevideo, y le indiqué al Gobierno, que se podría atacar; me mandó que siguiese mi marcha, sin reflexionar ni hacerse cargo, de que quedaban aquellas fuerzas á mi espalda, y las que si hubiesen estado en otras manos, me hubiesen perjudicado mucho. Siempre nuestro Gobierno, en materia de milicia, no ha dado una en el clavo; tal vez es autor de nuestras parciales desgracias, y de que nos hallemos hoy 17 de Marzo de 1814 (1), en situación tan crítica.

Aquellas fuerzas de Montevideo, se pudieron tomar todas; venian en ellas muchos oficiales que esperaban reunírsenos, como después lo efectuaron, y si don José Diaz Velez, en lugar de huir precipitadamente, oye los consejos del capitán Balcarce, y hace alguna resistencia, sin necesidad de otro recurso, queda la mayor parte de la fuerza que traía el enemigo, con nosotros, y se vé precisado á retirarse el jefe de la expedición de

(1) Si mal no recuerda el que escribe esta copia, ese día se hallaba el general Belgrano en Tucumán, cuando después de las desgraciadas jornadas de Vilcapugio y Ayohuma, se replegaron los restos del ejército hasta dicha ciudad. El general San Martín había sido nombrado General en Jefe, y el general Belgrano, aunque brigadier, conservaba por gracia

Montevideo, Michelena, desengañado de la inutilidad de sus esfuerzos, y quién sabe si se hubiera dejado tomar, pués le unian lazos á Buenos Aires, de que no podía desentenderse.

Mientras sucedía esto, iba yo en marcha, recorriendo las divisiones del ejército, para observar si se guardaban mis órdenes, y si todo seguía del modo que me había propuesto, y así, un día estaba en la 4ª división, y otro día en la 2ª y 1ª, de modo que los jefes ignoraban, cuando estaría con ellos, y su cuidado era extremo, y así es, que en solo el camino, logré establecer la subordinación de un modo encantador, y sin que fueran precisos mayores castigos.

En Alcaráz, tuve la noticia del desembarco de los de Montevideo en el Arroyo de la China, y dí la orden para que Balcarce se me viniese á reunir; entonces, me parece, insistí al Gobierno para ir á atacarlos, y recibí su contestación en Curuzú-Cuatiá, de que siguiese mi marcha, como he dicho.

Había principiado la deserción, principalmente en los de caballería de la Patria, y habiendo yo mismo encontrado dos, los hice prender con mi escolta, y conducirlos hasta el pueblo de Curuzú-Cuatiá, donde los man-

---

especial, el coronelato del regimiento núm. 1º de infantería. Es, pués, á la cabeza de su regimiento que se hallaba como simple coronel, cuando (sin que podamos designar el motivo) una orden terminante del General en Jefe, lo mandó salir de la ciudad y del ejército, en el término de dos horas. Así se hizo.

dé fusilar, con todas las formalidades de estilo (1), y fué bastante para que ninguno se desertase.

Hice alto en dicho pueblo, para el arreglo de las carretas y proporcionarme cuanto era necesario para seguir la marcha. Nombré allí, de cuartel muestre general, al coronel Rocamora, y le mandé que viniese con la gente que tenía, por aquel camino, hasta reunírseme, pués como ya he dicho, se hallaba en Yapeyú.

Pude haberle mandado que fuese por los pueblos de Misiones á Candelaria, pueblo sobre la costa sur del Paraná, con lo que habría ahorrado muchas leguas de marcha, pero como el objeto de mi venida á Curuzú-Cuatiá, había sido así, por el mejor camino de carretas, como para alucinar á los paraguayos, de modo que no supieran porque punto intentaba pasar el Paraná, barrera formidable, le dí la orden predicha.

En los ratos, que con bastante apuro me dejaban mis atenciones militares para el apresto de todo, disciplina del ejército, sus subsistencias, y demás, que todo cargaba sobre mí, hice delinear el nuevo pueblo de Nuestra

---

(1) Muy singular parece, al que escribe esta copia, que para trasladarse el ejército desde el pueblo del Paraná á Curuzú-Cuatiá, siguiese la costa del río Paraná por Alcaráz. Su dirección natural, debía ser dirigiéndose al Gualeguay, que podía haber pasado en el paso de la Laguna, lo que le ofrecía un camino más llano, más abundante de pastos y recursos, y de igual extensión, con corta diferencia. Este le proporcionaba, además, la ventaja de pasar muy cerca por el Arroyo de la China, de modo que sin perder camino, podría haber hecho la deseada operación, sobre los marinos de Montevideo.

Señora del Pilar, de Curuzú-Cuatiá; expedí un reglamento para la jurisdicción, y aspiré á la reunión de la población, porque no podía ver sin dolor, que las gentes de la campaña viviesen tan distantes unas de otras, lo más de su vida, ó tal vez, en toda ella; estuviesen sin oir la voz de su Pastor eclesiástico, fuera del ojo del Juez, y sin ningún recurso para lograr alguna educación.

Para poderme contraer algo más á la parte militar, que como siempre me ha sido preciso descuidarla, por recaer entre nosotros, todas las atenciones en el General, nombré de intendente del ejército, á don José Alberto de Echevarría, de quién tendré ocasión de hablar en lo sucesivo.

Desde dicho punto dí orden al teniente gobernador de Corrientes, que lo era don Elias Galván, que pusiese fuerzas de milicias en el Paso del Rey, con el ánimo de que los paraguayos se persuadiesen que iba á vencer el Paraná por allí, y para mayor abundamiento, ordené que se desprendiesen unas grandes canoas, para que lo creyesen mejor, y si podian escapar, subiesen hasta Candelaria.

Ello es, que al predicho paso se dirigieron con preferencia sus miras de defensa, sin embargo que no desatendian los otros, pués, allí pusieron hasta fuerzas marítimas, al mando de un canalla europeo, que con dificultad se dará más soéz, pués, parece que la hez se había ido á refugiar en aquella desgraciada provincia.

Salí de Curuzú-Cuatiá con todas las divisiones reunidas, dirigiéndome al río de Corrientes, al paso que llaman de Caaguazú, por campos que parecía no haber pisado la planta del hombre, faltos de agua y de todo

recurso, y sin otra subsistencia que el ganado que llevábamos; las caballadas eran del Paraná y su jurisdicción, que nos habian sido dadas por la patria (1), y las conducía don Francisco Aldao, gratuitamente.

Llegamos al río Corrientes, al paso ya referido, y solo encontramos dos muy malas canoas, que nos habian de servir de balsa para pasar la tropa, artillería y municiones; felizmente la mayor parte de la gente sabía nadar y hacer uso de lo que llamamos pelota, y aún así, tuvimos dos ahogados, y algunas municiones perdidas, por la falta de la balsa. Tardamos tres dias en este paso, no obstante la mayor actividad y diligencia, y el gran trabajo de los nadadores, que pasaron la mayor parte de las carretas, dando vuelcos. El río tendría una cuadra de ancho, y lo más de él á nado.

Por la primera vez, se me presentaron algunos vecinos de Corrientes, y entre ellos, el muy benemérito don Angel Fernandez Blanco, á quién la patria debe grandes servicios, y un viejo honrado, don Eugenio Nuñez Serrano, que se tomó la molestia de acompañarme á toda la expedición, sufriendo todos los trabajos de ella, sin otro interés que el de la causa de la patria.

El Teniente Gobernador me escribió, haciéndome mil ofertas de ganados y caballos; aquellos me alcanzaron,

---

(1) De poco se admira el general Belgrano. No recuerdo que en las primeras expediciones al Interior, se comprase jamás un caballo, disponiéndose de todos, sin distinción. Pero no era esto lo peor, sinó el desorden, el desperdicio y la destrucción, sin mayor utilidad pública.

en número de ocho cientas cabezas, que era preciso dar dos por uno, pués estaban en esqueleto; los caballos nunca vinieron, y sin embargo, escribió que nos había franqueado hasta cuatro mil. Á tal extremo llegó la escaséz de caballos para el ejército, en aquella jurisdicción, que á pocas jornadas de Caaguazú, nos fué preciso echar mano de las caballadas de reserva, para la tropa y para arrastrar la artillería.

Toca en este lugar, que haga mención del digno europeo, don Isidro Fernandez Martinez, que me auxilió mucho y se manifestó como uno de los mejores patriotas, acompañándonos hasta un pueblecito nombrado Inguatecorá (1), sufriendo las lluvias y penalidades de unos caminos poco menos que despoblados.

Seguí siempre la línea recta, á salir al frente de San Gerónimo, atravesando, según el plán que llevaba, la famosa laguna Iberá, que nunca ví (el camino no atraviesa la laguna, pero sí esteros, y aún canales, que son dependencias), observé sí, unos ciénagos inmensos, al costado derecho del camino, que sería parte. Pasamos los Ipicus, Miní y Guazú, que son desagües de ella, ó comunicaciones con el Paraná, y después de marchas las más penosas, por paises habitados de fieras y sabandijas de cuanta especie es capáz de perjudicar al hombre, llegamos á dicho punto de San Gerónimo, sufriendo inmensos aguaceros,

---

(1) Pienso que querrá decir Yaguarete-corá, en castellano, Corral del Tigre, que está en el camino que es probable llevase el ejército.

sin tener una sola tienda de campaña, ni aún para guardar las armas.

Allí empezaron con más fuerza las aguas y nuestros sufrimientos, y nos encaminábamos al paso de Ibirricury, habiendo yo formado la idea de atravesar á la isla célebre, llamada Apipé, para de allí pasar á San Cosme, según los informes que me habian dado los baqueanos. No encontré más que una canoa, y me propuse hacer botes de cuero, para vencer la dificultad, en la estancia de Santa María de la Candelaria, y no dije entonces, Santa María la mayor, por haber visto así el título en el altar mayor.

Desde este punto, que me pareció oportuno, dirigí mis oficios al gobernador Velázco y Cabildo, y al Obispo, invitándolos á una conciliación, para evitar la efusión de sangre. Don Ignacio Warnes, mi secretario, se comidió á llevar los pliegos, por el conocimiento y atenciones que había debido á su casa, el expresado gobernador Velazco. Al mismo tiempo, dirigí oficios, incluyendo cópias de los expresados pliegos, á los comandantes de las costas, pidiéndoles cesase toda hostilidad, hasta la contestación del tal Gobernador.

Me horrorizo, al contemplar la conducta engañosa que se observó con Warnes (1), las tropelias que se

---

(1) Hacen dos años que estuve en el Paraguay, y de boca del señor Machain, que era mayor general del ejército de la Patria, oí lo siguiente: Warnes fué aparentemente bién recibido por el Comandante paraguayo, que mandaba en la costa opuesta del Paraná, y mientras estuvo despierto, le guarda-

cometieron con él, las prisiones que le pusieron, la muerte que á cada paso le ofrecian, el robo de su equipaje, por los mismos oficiales. Yo ví su sable y cinturón en don Fulgencio Yegros, hoy consul de aquella República, después de la acción de Tacuarí. Entre los cafres, no se ha cometido tal atentado con un parlamentario; solo puede disculparlo, la ignorancia y la barbarie en que vivian aquellos provincianos, y las ideas que les habian hecho concebir los europeos, en contra de nosotros.

Confieso que no quisiera traer á la memoria, unos hechos que degradan el nombre americano. Pero, ¿qué habian de hacer esos descendientes de los bárbaros españoles conquistadores?

Todo fué estudiado, y tanto más criminosos; ofreciéndole á Warnes la mejor acogida, inmediatamente que desembarcó, fué amarrado y conducido así por las lagunas, hasta Nembocú: allí, grillos, cepos, dicterios, insultos, y cuanto mal se le pudo hacer. Basta esto, para conocer el estado moral de los paraguayos, en Diciem-

---

ron las debidas consideraciones. Habiéndolo invitado á descansar, y sintiéndolo dormido, le quitaron silenciosamente las armas que llevaba; cuando despertó, supo que estaba preso, y que con una barra de grillos iba á ser conducido á la capital. A pocas leguas de dicha ciudad, se recibió una orden del gobernador Velazco, para quitarle los grillos; más, luego que llegó á un cuartel, el comandante de él, por su autoridad y contra las órdenes del mismo Gobernador, se los volvió á poner. Con ellos fué remitido á Montevideo, con otros prisioneros.

bre de 1810, y lo que la España había trabajado en tres cientos años, para su ilustración. Seguiré la narración que me he propuesto (1).

Mientras estuve en los trabajos de botes de cuero, tuve noticia de que en Caraguatá había unos europeos construyendo un barco, y que habian salvado el bote, del fuego, con que los paraguayos devoraron cuanto buque pequeño y canoas había por aquella parte de la costa sur del Paraná, con el intento de quitarme todo auxilio.

Con este motivo, me dirigí allí, mandé fuerzas á la Candelaria, y ordené al Mayor General, que viese por sí mismo, el ancho del río en aquella parte, y que diese cuenta, pués no fiaba del plano que llevaba, y veía muchas dificultades en este paso de Caraguatá, por su demasiada anchura.

El que construía el barco, era un gallego de nación, pero de muy buenas luces, adicto á nuestra causa, ó al

---

(1) Esa queja contra España, que con tanta fuerza expresa el General, es seguramente justa, pero no debe llegar al gobernador Velazco. Por lo que he oido en el Paraguay, fué enteramente inculpable de los bárbaros insultos hechos á Warnes. Ya he referido como fué aherrojado con grillos, la segunda vez, contra las órdenes del Gobernador, y además, parece indudable, que Velazco ejercía poco ascendiente entre las tropas; ascendiente que acabó de perder, cuando sin él, el comandante Cabañas venció segunda vez á las tropas que mandaba el general Belgrano. Sin embargo, todo el Paraguay confiesa, que Velazco era un hombre próbido, bondadoso, humano, y de un excelente caracter; pués bién, este hombre murió años des-

menos lo parecía; ello es, que trabajó mucho para alistar el bote y ponerle una corredera, en que se colocó un cañón de á dos, giratorio, con su respectiva cureña, que también se formó; me acompañó á la Candelaria, y anduvo en toda la expedición conmigo, hasta que no fué necesario.

Volvió el Mayor General, que dió las noticias que yo deseaba, y entonces, habiendo logrado saber de algunas canoas que se habian podido salvar, las hice venir á Caraguatá, y formé una escuadrilla, cuya capitana era el bote, y le hice subir hasta Candelaria, al mando del expresado Mayor General, con gente armada de toda confianza, pués debía pasar por frente de Itapua, donde tenian los paraguayos toda ó la mayor parte de la fuerza, que debía impedirnos el paso hacia aquella parte, y el depósito de las canoas.

Casi á un mismo tiempo llegamos á Candelaria unos y otros, el 15 de Diciembre, después de haber sufrido

---

pués, en el Paraguay, sin que hubiese precedido ningún succeso que hubiese hecho variar las disposiciones favorables hacia su persona, completamente olvidado, preso y de limosna. No fué, seguramente, amor al realismo, lo que hizo á los paraguayos oponer una resistencia tan unánime, á las tropas de la Independencia, como no fué patriotismo verdadero, el que los condujo á deponer, á los pocos meses al general Velazco, á cuyas órdenes habian vencido, para sustituir un gobierno propio. Eran solo inspirados por sentimientos provinciales, por un instinto ciego de localidad, al que se mezcló algo, muy poco, casi nada, del instinto que agitaba á toda la América. Para que se juzgue las ideas que hasta ahora dominan en perso-

inmensos trabajos, por las aguas y escaséz, y particularmente los que subieron por agua, por tener que trabajar contra la corriente, y no hallar ni arbitrio para hacer su comida, por la continua lluvia.

Allí empezamos una nueva faena, para formar las balsas y botes de cuero, á la vista del enemigo, y apresurando lo más posible, para no dar lugar á que subieran las fuerzas marítimas, que tenian los paraguayos en el Paso del Rey.

Entre las balsas que se dispusieron, se hizo una para colocar un cañón de á cuatro, con que batir los enemigos, que estaban en el Campichuelo, que es un escampado que está casi frente de este pueblo, en la costa norte del Paraná; las demás, eran capaces de llevar sesenta hombres cada una, y teníamos alguna que otra canoa suelta, y un bote de cuero.

Como no viniese la contestación del Gobernador, y hubiese hecho hostilidades una partida paraguaya, que

---

nas espectables, referiré lo que me pasó con el joven don Francisco Solano Lopez, hijo del Presidente actual, que vino mandando el ejército paraguayo, cuando la alianza con Corrientes. Siempre me han merecido consideración, los primeros campeones de nuestra revolución, y poseido de este sentimiento, le pregunté un dia, cómo lo pasaba el general Machain, ese mismo, que era mayor general del señor Belgrano. Está en la América, *me contestó,* pero es un traicionero; sí, traicionero, *repitió. Creí que hubiese sido implicado en alguna conspiración reciente. Como yo expresase mi sorpresa, me dijo:* ¿Pués que ignora usted, que él vino á pelear con sus paisanos, cuando vinieron á atacarnos los porteños, el año 10? *¡¡Qué tal!!*

atravesó el Paraná y fué á la estancia de Santa María, ya referida, le avisé el 18 al Comandante de aquella fuerza, que había cesado el armisticio, por su falta, y que lo iba á atacar.

El Paraná, en Candelaria, tiene nueve cientas varas de ancho, pero tiene un caudal grande de aguas, y es casi preciso andar cerca de legua y media por ambas costas, para ir á desembocar en el expresado Campichuelo. Frente al puerto donde teníamos las balsas, había una guardia avanzada, que así la veíamos, como ella á nosotros.

Ni nuestras fuerzas, ni nuestras disposiciones, eran de conquistar, sinó de auxiliar la revolución, y al mismo tiempo, tratar de inducir á que la siguieran, á aquellos que vivian en cadenas, y que ni aún idea tenian de libertad; con este motivo, me ocurrió en la tarde del 19, ya estando el sol para ponerse, que cesase todo ruido, y se dijese en alta voz á la guardia paraguaya, que se separase de allí, que iba á probar un cañón.

Con el silencio y por medio del agua, corrió la voz las nueve cientas ó más varas, así como la suya de contestación, diciéndonos: Ya vamos. *En efecto, se separaron, y mandé tirar á bala, con una pieza de á dos, por elevación, á ver si así creian que nuestro objeto no era el de hacerles mal, pero tanto habian cerrado la comunicación, que no había como saber de ellos, ni como introducirles algunos papeles y noticias.*

Formé el ejército en la tarde del 18, y después de haberle hablado y exhortádolo al desempeño de sus deberes, lo conduje en columna hasta el puerto, de modo

que lo viese el enemigo. Allí hice embarcar algunas compañías en balsas, para probar la gente que admitían y no exponernos á un contraste. Señalé á cada una la que le correspondía, y luego que anocheció, de modo que ya no se pudiese ver de la costa opuesta, mandé la tropa á sus cuarteles, dejando en la idea de los paraguayos, que ya estaríamos en marcha, con ánimo de efectuarla á las dos de la mañana, con la luna, para estar al romper el día, sobre ellos.

Como á las diéz de la noche, se me presentó el baqueano Antonio Martinez, que me servía á la mano, proponiéndome ir con unos diéz hombres á sorprender la guardia. Adopté el pensamiento, é hice que se le diesen diéz hombres voluntarios, de los Granaderos; al instante se presentaron diéz bravos, entre los cuales, los sargentos Rosario y Evaristo, ambos dignos de las mayores consideraciones.

Á la hora estuvieron todos embarcados en dos canoas paraguayas, y fueron á su empresa, que desempeñaron con el mayor acierto, logrando sorprender la guardia é imponer terror al enemigo, que ya se creyó estaba la gente en su costa, por la disposición de la tarde anterior.

Debo advertir aquí, sin embargo de que en mi parte hacía los mayores elogios de Antonio Martinez, que después de muy detenido examen, supe que su comportamiento no había sido el mejor, y que la sorpresa y consecuencias, se debieron á los predichos sargentos. De estas equivocaciones padece muchas veces un general, como más de una vez tendré que confesar otras, en esta misma narración; parece que todos se empeñan en ocul-

tarle la verdad, y así á las veces, se vé el mérito abatido, contra la misma voluntad del jefe, á quién luego se le gradua de injusto, procediendo con la mejor intención.

Luego que me trajeron algunos prisioneros, y que ya se acercaban las dos de la mañana, hice poner la tropa sobre las armas, mandé que bajasen al puerto, y empecé el embarco, de modo que cuando atravesaban el Paraná, puestos los soldados en pié, en uno y otro costado de las balsas, formadas en batalla, los oficiales en el centro, empezaba á rayar el día, y en confuso, podía verse desde el Campichuelo.

Después de atravesar el río, que era lo más penoso, así por la subida que había que hacer, como por el caudal de corriente, que era preciso vencer, para entrar al remanso de la otra costa, bajaban y desembarcaban dentro de un bosque espeso, que habian abandonado los paraguayos, en la sorpresa, y creian lleno de gente, por la óptica de la tarde anterior, y por los tiros contra la guardia avanzada, de la que los que huyeron fueron á decirles, que había ya mucha gente en tierra.

Al salir el sol, mandé al Mayor General en el bote, y fué con un ayudante y otros oficiales, á que reuniese la gente y presentase la acción; al mismo tiempo salió mi ayudante don Manuel Artigas, capitán del regimiento de América, con cinco soldados, en el bote de cuero, y el sub-teniente de Patricios, don Gerónimo Elguera, con dos soldados de su compañía, en una canoita paraguaya, por no haber cabido en las balsas. El bote de cuero emprendió la marcha, y la corriente lo arrastró hasta el remanso de nuestro frente; insistió

el bravo Artigas, y fué á desembarcar en el mismo lugar que Elguera, es decir, como á la salida del bosque por el Campichuelo.

No estaba aún la gente reunida, y solo había unos pocos con el Mayor General y sus ayudantes; entonces el valiente Artigas se empeñaba en ir á atacar á los paraguayos; tuvo sus palabras con el Mayor General, y al fin, llevado de su denuedo, seguido de don Manuel Espínola, el menor, de quién hablaré en su lugar (1), de Elguera, y de los siete hombres que habían ido en el bote de cuero y canoa paraguaya, avanzó hasta sobre los cañones de los paraguayos, que después de habernos hecho siete tiros, sin causarnos el más leve daño, corrieron vergonzosamente, y abandonaron la artillería y una bandera, con algunas municiones.

La tropa salió, se apoderó del campo, y sucesivamente mandé la artillería y cosas más precisas, para perseguir al enemigo y afianzar el paso del resto del ejército, y demás objetos y víveres, que era preciso llevar para mantenerse en unos paises enteramente desprovistos, que solo cultivan para su triste consumo. Debo advertir, que nuestros víveres se reducían á ganado

---

(1) Sorprende que el general Belgrano, tan rigoroso observador de la disciplina, no desapruebe la conducta de Artigas, á quién, al contrario, elogia. De la misma relación, se infiere, que con poquísimos medios, atacó contra la orden del Mayor General, con quién tuvo palabras. Si el éxito fué felíz, debió tener presente, que no por eso abría menos brecha á esa subordinación que tanto inculca. El resultado hubiera sido el mismo, y más seguro, siguiendo las órdenes de su jefe.

en pié, y que toda nuestra comida, era asado sin sal, ni pan, ni otro comestible.

No habíamos pasado más pueblo desde La Bajada, que Curuzú-Cuatiá, que tiene veinte ó treinta ranchos; Yaguareté-corá, que tiene doce, y Candelaria, que tiene el colegio arruinado, los edificios de la plaza, cayéndose, y algunos escombros, que manifestaban lo que había sido.

También fuí engañado en el parte, con referencia al Mayor General y sus ayudantes, como el resto de oficiales, que nada hicieron, los unos porque se quedaron dentro del bosque, y los otros porque se extraviaron, pués no tenía baqueanos que darles, ni había quién me diese conocimiento del terreno, y solo me dirigía por lo que veía con mi anteojo.

Por lo que hace á la acción, toda la gloria corresponde á los oficiales ya nombrados, y siento no tener los nombres de los siete soldados, para apuntarlos, pero en medio de esto, son dignos de elogio, por solo el atrevido paso del Paraná, en el modo que lo hicieron, así oficiales como soldados, y espero que algún día llegará, en que si se cuenta esta acción heroica, de un modo digno de eternizarla, y que se miró como cosa de poco más ó menos, porque mis enemigos empezaban á pulular, y miraban con ódio á los beneméritos que me acompañaban, y los débiles gobernantes que los necesitaban para sus intrigas, trataban de adularlos.

Cerca de medio día, tuve aviso de que habian abandonado el pueblo de Itapua, é inmediatamente dí la orden al Mayor General para que marchase hasta allí, sin la menor demora, con la tropa y piezas de á dos. Se

verificó, haciendo todas las cuatro leguas que hay de camino, á pié, con un millón de trabajos, atravesando pantanos, y sufriendo torrentes de agua.

Dí mis disposiciones para el paso de caballadas, ganado y carretas (1), dejando una compañía de caballería de la Patria, en Candelaria, para esta atención y custodia de las municiones; asimismo dispuse la conducción de la artillería de á cuatro, y al día siguiente, 20, marchó por agua á Itapua, adonde encontramos más de sesenta canoas, un cañoncito, algunas armas y municiones.

Todo mi anhelo era perseguir á los paraguayos, aprovechándome de aquel primer terror, pero no había como vencer la dificultad de la falta de caballos, así es que fué preciso estar allí seis dias, mientras se hacian balsas para que la tropa fuese por agua á Tacuarí, que hay siete leguas, para donde había salido el Mayor General, con una división de caballería, para apoderarse del paso.

Con efecto, todos marchamos el 25, y en aquella tarde nos juntamos. Al día siguiente, mandé al Mayor General que saliese con su división, para que se hiciera de

---

(1) Según lo que suministra la Memoria, tendría mucho, demasiado que decir, quién se propusiese hacer un examen crítico de las operaciones que refiere. Quizá sería conveniente, para instrucción de los jóvenes militares de estos paises; pero, para emprender esta tarea con la utilidad que debia esperarse, era necesario que la Memoria fuese completa, ó por lo menos, obtener otros datos, que ahora no se pueden conseguir.

caballos, y me mandase los que pudieran juntarse; entre tanto, esperábamos las carretas, y yo dispuse el modo de llevar el bote en ruedas, por cuanto las aguas eran copiosas; habian muchos arroyos, que yo conceptuaba á nado.

Le ordené que se persiguiese á los paraguayos cuanto fuese posible, y así se efectuó hasta el Tebicuary, donde corrió á más de cuatro cientos, con solo cincuenta hombres, don Ramón Espínola y mi ayudante Correa, teniente de Granaderos, joven de valor y de las mejores cualidades.

El General hizo alto, conforme á mis órdenes, en Santa Rosa. Todo esto sucedió, yendo yo en marcha con el resto de la tropa, las cuatro piezas de á cuatro y seis carretas que había separado con las municiones, y el gran bote ó lanchón, tirado por ocho yuntas de bueyes, disponiendo que las demás, donde venía el hospital y otros útiles, nos seguirian.

En la marcha, recibí la noticia del arribo del cuartel maestre, al paso de Itapua, con las milicias que traía, de que se le habian desertado muchos, por cuanto los indios no pueden andar sin mujer, y mis órdenes eran muy severas, para perseguir bajo penas; á más de ser un estorbo, aún las casadas, en el ejército ó tropa cualquiera, que marche, y el de las subsistencias, y uno y otro en aquellos paises, era de la mayor consideración.

Le ordené que pasase cuanto antes el Paraná, y que siguiese hasta encontrarme; hubo bastante demora en el paso, y no se conocía aquella actividad que yo deseaba. Se padeció alguna pérdida de armas, pero al fin

llegó á Itapua, con dos piezas de á cuatro, cónicas, y dos de á dos, al mando de un valiente sargento de artillería, cuyo nombre no recuerdo, catalán de nación, de quién tendré que decir algo, á su tiempo.

Luego que salí de Tacuarí y entré en una población, empecé á observar que las casas estaban abandonadas, y que apenas se habian presentado dos vecinos en aquellos lugares; ya empecé á tener cuidados, pero llevado del ardor, y al mismo tiempo, creido del terror de los que habian huido del Campichuelo, de Itapua y de Tebicuary, seguí mi marcha á Santa Rosa; allí me reuní con el Mayor General, y seguí á pasar el expresado río Tebicuary, límite de las Misiones con la provincia del Paraguay (quiere decir, la provincia, propiamente dicha), también con la idea de encontrar algunos del partido, que tanto se nos había decantado que existian.

Se pasó el Tebicuary, y nuevas casas abandonadas, y nadie parecía. Entonces ya no me apresuré á que las carretas siguiesen su marcha, ni tampoco el coronel Rocamora, porque veía que marchaba por un país del todo enemigo, y que era preciso conservar un camino militar, por si me sucedía alguna desgracia, asegurar la retirada.

Seguí la marcha, y solo ví en N.... á la mujer de don José Espínola, que era mi ayudante, y otra familia que tenía parentesco con el mismo; pero ningún hombre; pasé á otro pueblo, donde hallé al cura, que decian era hombre ilustrado, que intentó hasta sacarme las espuelas, lo que le reprendí; más, conocí el estado de degradación en que se hallaban aún, los sujetos que se te-

nian en concepto de literatos. Nada me dijo del interior; guardó la mayor reserva; tal vez se complacería al ver nuestro corto número, con la idea de que seríamos batidos.

Todavía no me arredré de la empresa; la gente que llevaba, revestía un espíritu digno de los héroes, y al mismo tiempo, me decía á mí mismo: "Puede ser que encontremos con los de nuestro partido, y que acaso viéndonos, se nos reunan, no efectuándolo antes, por la opresión en que están". Pasé adelante, con un millón de trabajos, lluvias inmensas, arroyos todos á nado, y sin más auxilios que los que llevábamos, y algunos caballos y ganados, que sacábamos de los lugares en que los tenian ocultos, para lo que presta muy buena proporción aquella provincia, por los bosques y montañas cubiertos de ellos, particularmente hacia la parte del camino que llevábamos.

Atravesando el arroyo, la partida exploradora del ejército, al mando de mi ayudante Artigas, descubrió una partida de paraguayos, que luego que vieron á aquella, corrieron con la mayor precipitación. Esto me engolosinó más y más, y marché hasta el arroyo de Ibañez, que encontré á nado. Al instante pasó el mismo Artigas y otros, y vinieron á darme parte de que se veía mucha gente, hacia la parte del Paraguary, que distaría de allí como una legua de las nuestras.

Inmediatamente hice echar el bote al agua, y pasé á verlo por mí mismo, y como encontrara un montecito, á distancia de dos millas, cubierto de bosque, una altura que allí se presentara, en un llano espacioso que media hacia el Paraguary, me fuí á él, eché el anteojo, y ví

en efecto, un gran número de gente que estaba formada en varias líneas, á la espalda de un arroyo, que se manifestaba por el bosque de sus orillas.

Ya entonces me persuadí que aquel sería el punto de reunión y defensa que habian adoptado, y me pareció que sería muy perjudicial retirarme, pués decaería el espíritu de la gente, y todo se perdería; igualmente creía, que había allí de nuestro partido, y medité sorprenderlos, haciendo pasar de noche, con el Mayor General, dos cientos hombres y dos piezas de artillería (1), para ir á atacarlos y obligarlos á huir, quedando yo con el resto á cubrir la retirada, á la parte del arroyo.

No se ejecutó la sorpresa, y se unió al montecito ya referido, adonde pasé con la tropa, resto de artillería y carretas, luego que amaneció, y me situé. Esto sucedió el 16 de Enero de 1811. Mandé varias veces, aquel día, al Mayor General con los hombres á caballo y una pieza volante de á dos, para observar los movimientos que hacian; cuando más, se formaban en desorden á caballo, y no se movian; el resto estaba quieto. Por la noche fué Artigas hasta sus trincheras, y sin más que haberles tirado un tiro, rompieron el fuego de infantería y artillería, con rudeza, y en tanto número, que Artigas estaba en el campamento, y ellos seguian desperdiciando municiones, sin objeto.

Otro tanto se hizo el día 15 (el 17, ha querido decir, sin duda), y noche; siempre observaba el mis-

---

(1) *Rara operación! Pobre Mayor General!*

mo desorden en sus formaciones y en sus fuegos, y no me causaron el más leve perjuicio. Esto me hizo resolver el atacarlos, y dí la orden el 18, que nadie se moviera del campamento, ni hiciera la más leve demostración, pero no faltó uno de los soldados, que burlando la vigilancia de las guardias, se fuese á merodear á una chacra; los paraguayos cargaron sobre él, cuyo movimiento vimos, en un número crecidísimo. Entonces mandé que saliese el capitán Balcarce con cién hombres y una pieza de á dos, contra aquella multitud; al instante que lo vieron, fugaron para el campamento; mandé que se retirase, y quedó todo en silencio.

Para probar si había algunos partidarios nuestros, en la noche del 17 se les echaron varias proclamas y gacetas, y aún una de aquellas se fijó en un palo que estaba á inmediaciones de su línea; supimos después, que todas las habian tomado, pero que inmediatamente Velazco puso pena de la vida á los que las tuviesen y no las entregasen. Ello es que ninguno se pasó á nosotros, y no teníamos más conocimiento de su posición y fuerzas, que el que nos daba nuestra vista.

En la tarde del 18, junté á los Capitanes con el Mayor General, y les manifesté la necesidad en que estábamos de atacar, sin embargo del gran número de los paraguayos, que después supe, llegaban á doce mil, y solo tener nosotros cuatro cientos sesenta soldados. Así, pués, por aprovechar el espíritu que manifestaba nuestra gente, como por probar fortuna, y no exponerme á que en una retirada, con unas tropas bisoñas como las nuestras, decayesen de ánimo, y aquella multitud nos persiguiese y devorase, les hice ver, que en

general, aquellas gentes nunca habian visto la guerra, y era de esperar que se amedrentasen, y aún cuando no ganásemos, al menos podríamos hacer una retirada después de haber probado nuestras fuerzas, sin que nos molestasen.

Todos convinieron en el pensamiento, y en consecuencia mandé que se formase la tropa, que se pasase revista de armas, y luego la hablé, imponiéndola que al día siguiente iba á hacer un mes de su glorioso paso del Paraná; que era preciso disponerse, para dar otro igual á la Patria, y que esperaba se portarian como verdaderos hijos de ella, haciendo esfuerzos de valor; que tuviesen mucha unión, que no se separasen, que jurasen conseguir la victoria, y que la obtendrian. Todos quedaron contentísimos y anhelosos de recibir la orden, para marchar al enemigo.

Aquella noche dispuse las divisiones en el modo y forma que se había de marchar, y dí las órdenes correspondientes, al Mayor General; á la mañana me levanté, y en persona fuí á recorrer el campamento, mandando que se levantasen, y formase la tropa, así de infantería como de caballería, y que dos piezas de á dos, y dos de á cuatro, se preparasen á marchar con sus respectivas dotaciones.

Las hice poner en marcha á las tres de la mañana, quedando yo en el montecito, con dos piezas de á cuatro, con sus respectivas dotaciones, sesenta hombres de caballería de la Patria, diéz y ocho de mi escolta, y los peones de las carretas, de los caballos y del ganado, que no tenian más arma que un palo en la mano, para figurar á la distancia.

Como á las cuatro de la mañana, la partida exploradora del ejército, rompió el fuego sobre los enemigos, que contestaron con el mayor tesón; siguió la 1ª división y artillería, y antes de salir el sol, ya había corrido el general Velazco, nueve leguas, y su mayor general, Cuesta, había fugado, y toda la infantería, abandonado el puesto y refugiándose á los montes, y nuestra gente se había apoderado de la batería principal, y estaba cantando la marcha patriótica.

Había situado Velazco su Cuartel General, en la capilla de Paraguary, y en el arroyo que corre á alguna distancia de ella, se había fortificado, guarneciéndose los paraguayos, de los bosques, de cuyas cejas no salían. Tenía diéz y seis piezas de artillería, más de ochocientos fusiles, y el resto de la gente, con lanzas, espadas y otras armas; su caballería era de considerable número, y formaba en las alas derecha é izquierda, haciendo un martillo la de esta, por la ceja del monte que cubría casi la mitad del camino que había hecho nuestra tropa.

Al fugar la infantería enemiga, mandó el mayor general Machain, que siguiera la infantería y caballería en su alcance; fueron, y se apoderaron de todos los carros de municiones de boca y guerra; pasaron á la capilla de Paraguary, y se entretuvieron en el saco de cuanto allí había, descuidando su principal atención, y como victoriosas, entregados al placer, y aprovechándose de cuanto veían.

Entre tanto, Machain supo que se habian disminuido las municiones de artillería, y de parte de los soldados de la 1ª división, porque la 2ª apenas había hecho un

tiro, y tenía las cartucheras llenas. Mándame el parte, é inmediatamente remito municiones y otra pieza de á cuatro, conmigo y los peones que antes he dicho.

Seguía la carretilla de las municiones, y formada la tropa que la escoltaba, en ala, en medio del campamento nuestro y el que había sido enemigo; la vista de aquellos hombres, despierta en un cobarde la idea de que no eran nuestros, y dice: ¡ Que nos cortan ! *Esto solo bastó, para que sin mayor examen, el Mayor General tocase retirada, no se acordase de la gente que había mandado avanzar, y se pusiese en marcha hacia nuestro campamento, abandonando cuanto se había ganado.*

Entonces los paraguayos, que habian quedado por los costados derecho é izquierdo, con una pieza de artillería, vinieron á ocupar su posición, cortaron á los que se hallaban de la parte de la capilla, y hacian fuego de artillería á su salvo, sobre los que se retiraban. En esta retirada se portó nuestra gente con todo valor, haciéndola en todo orden; me fuí á ellos, y les dije que era preciso volver á libertar á los hermanos que se habian quedado cortados, y le ordené á Machain, que volviese á atacar, pués aquellos se conocía que hacian resistencia en algún punto, como en efecto así fué.

Dejándolos en marcha, retrocedí á mi punto, donde estaba la riqueza del ejército, á saber, las municiones, y al que ya habian querido ir los paraguayos, á quienes se les oyó decir: Vamos al campamento de los porteños; *con cuyo motivo se destacó don José Espínola con el sargento de mi escolta y otros cuatro más, y haciéndoles fuego de á caballo, los obligaron á no hacer el movimiento; esto mismo me hacía creer, que á pocos es-*

fuerzos, recuperaríamos nuestra gente, pero sea que hubo cobardía de nuestra parte, ó sea que el Mayor General no se animó, ello es, que no cumplió mi orden, y regresó nuestra tropa al campamento, sin haber hecho nada de provecho, y no había un solo oficial con espíritu, según después diré, porque aquí me toca hacer mención del valiente don Ramón Espínola.

Este oficial, llevado de su deseo de tomar á Velazco, pasó hasta la capilla, é hizo las mayores diligencias, y hallándose cortado, emprendió retirarse por entre los paraguayos, para reunirse á nosotros; lo atacaron entre varios, se defendió con el mayor denuedo, pero al fin fué víctima, y su cabeza fué presentada á Velazco, luego que volvió, y enseñada á otros prisioneros, llevándose en triunfo, entre aquellos bárbaros que nó conocían y mataban al que peleaba por ellos. La patria perdió un excelente hijo, su valor era á prueba, y sus disposiciones naturales, prometían que sería un buén militar.

Retirada la tropa al campamento, mandé que comiesen y descansasen. Confieso en verdad, que estaba resuelto á un nuevo ataque, porque miraba con el mayor desprecio, aquellos grupos de gente, que no se habían atrevido á salir de sus puestos, ni aún habiendo conseguido que los abandonase nuestra gente. En esto, el comandante de la artillería, un tal Elorga, á quién había dejado á mi vista por esto mismo, y que no quise mandar á la acción, empezó á decir á los oficiales, que una columna de paraguayos había tomado por nuestro costado izquierdo, y que sin duda iba á cortarnos.

Me vinieron con el parte, y lo llamé; en su semblante

ví el terror, y no menos observé, que lo había infundido en todos los oficiales, comenzando por el Mayor General; entonces junté á este y aquellos, para que me dijesen su parecer; todos me dijeron que la gente estaba muy acobardada, y que era preciso retirarnos. Solo el capitán de arribeños, un tal Campo, me significó que su gente haría lo que se le mandase; conocido ya el estado de los oficiales más que de la tropa, por un dicho que luego salió falso y que había sido efecto del miedo del tal Elorga, determiné retirarme, y dispuse que todo se alistase.

Formada ya la tropa, la hablé con toda la energía correspondiente, y les impuse pena de la vida, al que se separase fuera de la columna veinte pasos: á las tres y media de la tarde, salí con las carretas, el bote y las piezas de artillería, y ganados y caballadas, que se habian tomado del campo enemigo el 16, únicos prisioneros que se trajeron al campamento; el movimiento lo hice á la vista del enemigo, y nadie se atrevió á seguirme; á las oraciones, paramos á dos leguas de distancia del lugar de la acción, y tomadas todas las precauciones, mandé que la gente descansase.

Se ejecutó así, y después de haber salido la luna, nos pusimos en marcha hacia el pueblo de N...., donde hice alto día y medio; su posición era ventajosa, y nada temía de los enemigos, que no habian aparecido; aquí empecé á tener sinsabores de tamaño, con las noticias que se me comunicaban, de las conversaciones de oficiales, que fué imposible averiguar el autor de ellas, para hacer un ejemplar castigo; cada vez observaba más la tropa acobardada, y fué preciso seguir la marcha.

Las lluvias eran contínuas; no había arroyo que no encontrásemos á nado; mucho me sirvió el bote que llevaba en ruedas, á no ser este, me hubiera sido imposible caminar sin abandonar la mayor parte de la carga; pero todas las dificultades se vencieron, y llegamos al río Tebicuary, donde me esperaba el resto de las carretas, y como cuatro cientos hombres, entre las milicias de Yapeyú y algunas compañías del regimiento de caballería de la Patria.

Se dió principio á pasar el indicado río, en unas cuantas canoas que se pudieron juntar, y el bote, y nos duró esta maniobra tres dias, al fin de los cuales, empezaron los paraguayos á presentarse, pero no se atrevían á venir á las manos con nuestras partidas, y ello es, que no nos impidieron pasar cuanto teníamos, ni los ganados y caballos que les traíamos, y se contentaron, cuando ya habíamos todos atravesado el río, con venir á la playa y disparar tiros al aire, y sin objeto.

Todavía estuvimos dos dias más, descansando en la banda sur del nominado Tebicuary, en el paso de Doña Lorenza, sin que nadie se atreviese á incomodarnos, y luego seguimos hasta el pueblo de Santa Rosa, donde se refaccionaron algunas municiones y algunas ruedas del tren, y refrescó la gente, en tres dias que pasamos allí.

En este punto recibí un correo de Buenos Aires, en que me apuraba el Gobierno para que concluyese con la expedición, por la llegada de Elío á Montevideo, con varias reflexiones, y el título de Brigadier que me había conferido; esto me puso en la mayor consternación, así, porque nunca pensé trabajar por interés ni distin-

ciones, como porque preví la multitud de enemigos que debía acarrearme; así es, que contesté á mis amigos, que lo sentía más que si me hubieran dado una puñalada.

Pensaba yo conservar el territorio de Misiones, mientras volvía la resolución del Gobierno, del parte que le había comunicado de la acción del Paraguary, pero las consideraciones que me presentó el oficio ya referido, del Gobierno acerca de Elio, me obligaron á seguir mi retirada, con designio de tomar un punto ventajoso, para no perder el paso del Paraná, por si acaso el Gobierno me mandaba auxilios para seguir la empresa.

Las aguas siguieron con tesón, y encontramos el Aguapey á nado; ya desde Santa Rosa salí con cuarenta carretas, las seis piezas de artillería, un carro de municiones, tres mil cabezas de ganado vacuno, que habíamos tomado, caballos, más de mil quinientos, y boyada de repuesto, y con todo este tráfago, logré pasar el expresado río, en término de diéz y ocho horas, sin la menor desgracia.

Los enemigos habian empezado á aparecer al frente y por mi flanco izquierdo, á tal término, que me fué preciso mandar una fuerza de cién hombres con dos piezas de artillería, á situarse á su frente, y aún un correo fué escoltado hasta el Tacuarí, donde había una avanzada de la fuerza que tenía el Cuartel Maestre General, en Itapua, adonde, después de la acción de Paraguary, le había mandado que se situase, de regreso del mencionado Tacuarí, hasta cuyo punto había llegado únicamente.

Continuamos la marcha hasta el ya referido Tacuarí, y resolví hacer alto á la orilla de este, acampándome en el paso principal, para esperar allí los auxilios que esperaba me enviaría el Gobierno, y para conservar el paso del Paraná y mis comunicaciones con Buenos Aires; destiné una fuerza de cién hombres, al mando del capitán Perdriel, para que fuera á apoderarse del pueblo de Candelaria, pués ya andaban cuatro buques armados, en el Paraná, que podian interceptarme la correspondencia, así como ya me habian privado de los ganados que me venian de Corrientes.

Pasó Perdriel el Paraná.

"*Aquí concluye el fragmento de la Memoria, que sobre la expedición al Paraguay, nos ha dejado el general Belgrano, según la he copiado de una copia sacada del original. Es del todo sensible, que el general Belgrano no la hubiese concluido, privando á la historia de nuestro país, de un documento curioso, á la vez que importante. Sin embargo, lo que expresa el fragmento, es lo bastante para dar una idea bién clara de lo sucedido, y de las causas que produjeron los fatales errores de esa campaña. No es sin motivo, que el digno y honrado general Belgrano, dejó en ese punto su narración, pués quizá, sin que él mismo se apercibiese, debía sentir fuertes dificultades para continuarla.*

"*El proyecto de la expedición al Paraguay, desde que se formó, fué sobre un supuesto falso, de que hallaría disposiciones tan favorables en los paraguayos, que estos vendrian en bandadas á engrosar las filas libertadoras. El suceso probó de tal modo lo contrario, que el mismo General dice, que no tuvo ni un solo pasado. Antes dije, y repito ahora, que esa*

unanimidad no provino de adhesión al sistema español, sinó de un instinto ciego de localidad, al que puede añadirse, mucho de amor propio; me explicaré.

"El coronel Espínola, hombre mal querido entre sus comprovincianos, fué el primer emisario de la Junta Provisoria, quién, como dice la Memoria, fué tan mal recibido, que escapó á uña de buén caballo. Este mismo jefe, de regreso á Buenos Aires, dió tales facilidades del éxito de la expedición, que la creía suficiente, con el número de dos cientos hombres. Esta, y la futura influencia que debía adquirir Espínola, hirió el orgullo paraguayo, y contribuyó á esa uniforme resistencia. He oido lamentar á sujetos juiciosos, del Paraguay, el error que se cometió empleando á Espínola, y me aseguraron, que si él no hubiera ido, es probable que se hubiesen entendido con el general Belgrano, y con la Junta de Buenos Aires.

"Pero, sea de esto lo que fuere, no deja de ser una falta, haber empleado tan menguados medios para invadir una provincia de tres cientas á cuatro cientas mil almas, en un terreno, que se prestaba á la defensiva. He dicho menguados medios, por la poca fuerza que marchó en la expedición, sin que se pueda calcular si fueron esas las miras del Gobierno, pués por la enumeración de fuerzas que hace el General, las destinadas eran mucho más numerosas que las que combatieron. Lo que se deja ver más claramente, es el error en que estaba el mismo General, de que los paraguayos no harian resistencia, y siendo así, cualquier número bastaba para vencerlos.

"Por otra parte, siendo tan poco numerosas las fuerzas destinadas á la expedición, ¿á qué fué diseminarlas, aún en puntos aislados y distantes? Cuando la acción del Paraguary, se hallaban en Tebicuary cuatro cientos hombres, con los que se reunió, y en Tacuarí, estaba el cuartel maestre general, Roca-

mora, con sus milicias de Misiones, á las que no se reunió el ejército, porque se le mandó volver á situarse en Itapua. Aún separó el General una fuerza de cién hombres, al mando del capitán Perdriel, para guarnecer Candelaria, pueblo situado al sur del Paraná.

" Con un método semejante, no era extraño que siempre estuviese ante los enemigos, en una chocante minoría, y que sus medios fuesen desproporcionados á la empresa que se proponía. Si las milicias carecian, como es de suponerse, de instrucción y disciplina, no era el medio de mejorarlas, dejarlas aisladas y fuera de la vista del General; más hubiera valido postergar uno, dos ó tres meses la expedición, y darles una enseñanza tal cual, para contar mejor con ellas.

"Aún después del descalabro del Paraguary, y consiguiente retirada, hizo alto el ejército en Tacuarí, y el señor Rocamora fué situado en Itapua, que dista ocho ó nueve leguas á retaguardia, de modo que el General fué después batido en el mismo Tacuarí, sin que esa fuerza le fuese de ninguna utilidad. La posición de Tacuarí, militarmente hablando, es buena, pero cuando se han empleado medios adecuados para defenderla (1). Consiste en un río fuerte, cuyas orillas están bordeadas de una faja de bosque, al parecer impenetrable. Ocupando, pués, el paso, que á la vista es el único punto accesible, se puede creer seguro el que lo defienda, con tal que el enemigo no halle otros puntos por donde franquearlo, para de ese modo colocarse sobre los flancos, á retaguardia. Es cabal-

---

(1) *A corta distancia del paso de Tacuarí, hay un montecito, en donde estaba el general Belgrano. Es llamado el* Cerrito de los porteños, *y lo muestran los paraguayos con orgullo. Orgullo bién infundado, sin duda.*

mente lo que hizo, el que se decía general paraguayo, Cabañas; hizo secretamente una picada, dos leguas abajo ó arriba, lo pasó de noche, y una mañana se presentó á nuestro ejército, por un flanco, cuando no lo esperaban sinó por el frente; he ahí trastornado todo el plán de defensa, y puesto el ejército en un compromiso, que debió costarle mucho más caro.

" Efectivamente, no debió escapar ninguno, ni el General mismo. Los paraguayos, á quienes las ideas de libertad é independencia habian penetrado algo; que, por otra parte, no estaban enconados con el ejército, porque no había cometido desórdenes, no quisieron un triunfo completo, y otorgaron una capitulación, que no podian esperar los vencidos. Quizá la magnánima resolución del general Belgrano, de sepultarse con su ejército, antes que rendirse, contribuyó á ese acto, que se creyó de pura generosidad.

" El general Belgrano, dice muy bién, que no quería perder el paso del Paraná, por si el Gobierno le mandaba auxilios para abrir nuevamente la campaña, lo que sin duda, era muy bién pensado; pero, para conseguirlo, ¿á qué situarse en Tacuarí, ocho ó diéz leguas distante de ese mismo paso que quería conservar, y además, con su ejército dividido en varias fracciones?

" Hubiera sido lo mejor, reunir todo el ejército en la costa del Paraná, enfrente del mismo paso que quería guardar, de lo que resultaba una cabeza de puente (digámoslo así), que aseguraba cumplidamente el paso del río y sus comunicaciones con Corrientes y Buenos Aires.

" La misma necesidad en que se vió, de mandar al capitán Perdriel al pueblo de Candelaria, situado al sur del Paraná, prueba que debía aproximarse para recobrar en aquellos puntos la influencia que su lejanía le había hecho perder. Ya se concibe también, que era el medio más adecuado de alejar los buques armados, que habian aparecido en el Paraná, pero

teniendo el ejército, artillería, hubiera podido dominar mejor las aguas en el punto que colocase sus baterias.

"Todo, todo aconsejaba lo contrario de lo que se hizo, y solo una fatalidad pudo cegar hasta tal punto, al ilustre General. Se echa de ver en sus operaciones, y en los conceptos que esprime su memoria, lo que le costaba abandonar un país en que se había creido triunfante. Napoleón mismo, cometió errores semejantes, cuando la campaña de Rusia, pero con la diferencia, que este tenía que abandonar enteramente el territorio enemigo, mientras el general Belgrano, no perdía sinó diéz leguas, para asegurarlo mejor.

"Esta fué la primera campaña del general Belgrano, y no hay profesión ni carrera, cuyos primeros pasos no se resientan de la inexperiencia del que la emprende. Sus operaciones fueron mucho más acertadas en las campañas del Perú, sobre lo que no necesito más que referirme á lo que he escrito, comentando su Memoria, sobre la acción de Tucumán. Por otra parte, en esta, investía un caracter puramente militar, y en la primera, era además, representante del Gobierno. Esto sin duda, explica esta extraña insistencia de arraigarse en las carretas, durante la acción del Paraguary, y dejar á su Mayor General toda la dirección del combate. Es fuera de duda, que don Juan Ramón Balcarce no hubiera sido tan docil como el paraguayo, mayor general Machain.

"Concluiré con una pequeña observación. Como el general Belgrano no era hombre de facción, sinó un patriota, un hombre perfectamente honrado, nunca contó con defensores ciegos, en la capital, ni con partidarios en el Gobierno; de aqui provenía, que los oficiales ó jefes, que tenian relaciones en Buenos Aires, ó que estaban ligados á las facciones que alli imperaban, podian hacerle frente al General, seguros de encontrar un apoyo; no así, los jefes y oficiales que no se ha-

llaban en ese caso: estos se le sometian y obedecian sus órdenes.

"Estas consideraciones militares podian extenderse mucho más; por ahora lo dicho basta para dar una idea, sin que deba padecer el mérito eminente del sublime patriota que mandó la expedición, de que después dió tantas pruebas".

FRAGMENTO DE MEMORIA

SOBRE LA BATALLA DE TUCUMÁN (1812)

POR EL GENERAL

DON MANUEL BELGRANO

Había pensado dejar para tiempos más tranquilos, escribir una Memoria sobre la acción gloriosa del 24 de Setiembre del año anterior; lo mismo que de las demás que he tenido, en mi expedición al Paraguay, con el objeto de instruir á los militares, del modo más acertado, dándoles lecciones por medio de una manifestación de mis errores, de mis debilidades y de mis aciertos, para que se aprovechasen en las circunstancias, y lograsen evitar los primeros, y aprovecharse de los últimos.

Pero, es tal el fuego que un díscolo, intrigante, y diré también, cobarde, ha intentado introducir en el ejército, sin efecto, en este pueblo y en la capital, y su osadía para haberme presentado un papel, que por sí mismo lo acusa, cuando trata de elogiarse y vestirse de plumas agenas, que no me es dable desentenderme,

y me veo precisado, en medio de mis graves ocupaciones, á privarme de la tranquilidad y reposo tan necesario, para manifestar á clara luz, la acción del predicho 24, y la parte que todos tuvieron en ella.

Confieso, que me había propuesto no hablar de las debilidades de ninguno, que yo mismo había palpado desde que intenté la retirada de la fuerza que tenía en Humahuaca á las órdenes de don Juan Ramón Balcarce, autor del papel que acabo de referir; pero, habiéndome incitado á ejecutarlo, presentaré su conducta á la faz del universo, con todos los caracteres de la verdad, protestando no faltar á ella, aunque sea contra mí, pués este es mi modo de pensar y de que tengo dadas tantas pruebas, muy positivas, en los cargos que he ejercido desde mis más tiernos años, y de los que he desempeñado desde nuestra gloriosa revolución, no por elección, porque nunca la he tenido, ni nada he solicitado, sinó porque me han llamado y me han mandado, errados á la verdad, en su concepto.

Todos mis paisanos, y muchos habitantes de la España, saben que mi carrera fué la de los estudios, y que concluidos estos, debí á Carlos IV, que me nombrase secretario del Consulado de Buenos Aires, en su creación; por consiguiente, mi aplicación, poca ó mucha, nunca se dirigió á lo militar; y si en el año 96, el virey Melo, me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas, de la misma capital, más bién lo recibí, como para tener un vestido más que ponerme, que para tomar conocimientos en semejante carrera.

Así es, que habiendo sido preciso hacer uso de las armas, y figurar como capitán, el año 1806, que in-

vadieron los ingleses, no solo ignoraba como se formaba una compañía en batalla ó en columna, pero ni sabía mandar echar armas al hombro, y tuve que ir á retaguardia de una de ellas, dependiente de la voz de un oficial suballerno, ó tal vez, de un cabo de escuadra, de aquella clase.

Cuando Buenos Aires se libertó, en el mismo año de 1806, de los expresados enemigos, y regresé de la Banda Septentrional, adonde fuí, después que se creó el cuerpo de Patricios, mis paisanos, haciéndome un favor que no merecía, me eligieron Sargento Mayor, y á fin de desempeñar aquella confianza, me puse á aprender el manejo de armas, y tomar sucesivamente lecciones de milicia.

Hé aquí el origen de mi carrera militar, que continué hasta la repulsa del ejército de Witelock, en el año 1807, en la que hice el papel de ayudante de campo del Cuartel Maestre, y me retiré del servicio de mi empleo, sin pensar en que había de llegar el caso de figurar en la milicia; por consiguiente, para nada ocupaba mi imaginación lo que pertenecía á esta carrera, si no era ponerme alguna vez el uniforme, para hermanarme con mis paisanos.

Se deja ver, que mis conocimientos marciales eran ningunos, y que no podía yo entrar al ról de nuestros oficiales, que desde sus tiernos años, se habian dedicado, aún cuando no fuese más que á aquella rutina, que los constituía tales; pués, que ciertamente, tampoco les enseñaban otra cosa, ni la corte de España quería que supiesen más.

En este estado, sucedió la revolución de 1810; mis

paisanos me eligen para uno de los vocales de la Junta Provisoria, y esta misma, me envía al Paraguay, de su representante y General en Jefe de una fuerza, á que se dió el nombre de ejército, porque había sin duda en ella, de toda arma, y no es el caso hablar ahora de ella, ni de sus operaciones de entonces.

Pero ellas me atrajeron la envidia de mis cohermanos de armas, y en particular el grado de Brigadier, que me confirió la misma Junta, haciendo más brecha en el tal don Juan Ramón Balcarce, que además, había sido el autor para que no fuese en mi auxilio el cuerpo de Húsares, de que era Teniente Coronel, intrigando y esforzándose con sus oficiales, en una junta de guerra, hasta conseguir que cediesen á su opinión, exceptuándose solamente uno, que en su honor debo nombrar: don Blas José Pico.

Era, pués, preciso que sostuviese un hecho tan ageno de un militar amante de su patria, y que ahora he comprendido, era efecto de su cobardía y de una revolución intentada y efectuada por otros fines, y cuyos autores jamás pensaron en vejarme ni abatir mis tales cuales servicios, honrados y patrióticos, le dió lugar, á que valiéndose de él, pidiese la recíproca, é hiciese que los oficiales de aquel cuerpo, que por sí mismo se había degradado, no concurriesen al socorro de sus hermanos de armas, abandonados, se empeñaron y agitaron los ánimos, para que se me quitase el grado y el mando de aquel ejército, que ya aterraba á los de Montevideo.

Bién se vé, que hablo de la revolución de 5 y 6 de Abríl de 1811, y no tengo para calificar ante mi Nación, y ante todas las que han sido instruidas de ella,

cual será don Juan Ramón Balcarce, cuando lo presente como un individuo que cooperó á ella, y que acaso, en todo lo concerniente á mí, puedo asegurar, fué el primero y principal promovedor.

Conocia esto yo, y lo sabía muy bién, cuando el Gobierno me envió á tomar el mando de este ejército, y le hallé que estaba en Salta con una fuerza de caballería; consulté con el general Pueyrredón, sobre su permanencia en el ejército, no por mí (hablo verdad), sinó por la causa que defendemos, y me contestó que no había que desconfiar.

Con este dato, creyendo yo al general Pueyrredón un verdadero amante de su patria, apagué mis desconfianzas, y habiéndome escrito con expresiones excedentes á mi mérito, le contesté en los términos de mayor urbanidad, y traté desde aquel momento, de darle pruebas de que en mí no residía espíritu de venganza, sin embargo de haber observado por mí mismo, que su conciencia le remordía en sus procedimientos contra mí, y de los que con tanto descaro había ejecutado su hermano don Marcos, de que en el Gobierno hay pruebas evidentes.

Así es, que llegado al Campo Santo, donde se me reunió inmediatamente, lo hice reconocer de Mayor General interino del ejército, por hallarse indispuesto el señor Diaz Velez, y sucesivamente fié á su cuidado, comisiones de importancia, dejándolo con el mando de lo que se llamaba ejército, mientras mi viaje á Pummamarca. A mi regreso lo ocupé también, cuando la huida del obispo de Salta, ó su ocultación, y no había cosa en que no le manifestase el aprecio que hacía de él.

Llega el caso de poner en movimiento el ejército, no porque estuviese en estado, porque con dificultad podía presentarse una fuerza más deshecha por sí misma, ya por su disciplina y subordinación, ya por su armamento, ya también, por los estragos del chucho (terciana ó fiebre intermitente), sinó porque convenía ver si con mi venida y los auxilios que me seguian, podía distraer al enemigo, de sus miras sobre Cochabamba.

Inmediatamente eché mano de él y lo mandé á Humahuaca, con la tal cual fuerza disponible que había, quedándome yo con el resto, con que fui á Jujuy á situarme, para poder trabajar en lo mucho que debía hacerse, si se había de reponer un cuerpo enteramente inerme y casi en nulidad, que era el ejército, en donde no se conocía la filiación de un soldado, y había jefe, que en sus conversaciones privadas se oponía á ella, cual lo era el comandante de Húsares don Juan Andrés Pueyrredón, sin duda para que todo siguiera en el mismo desorden.

Me hallaba en Jujuy, y por sus mismos partes (de Balcarce) y oficios, y aún cartas amistosas, clamaba porque le dejase salir á perseguir algunas partidas enemigas, que me decía, recorrian el campo; se lo permití, y llegado hasta Cangrejillos, y aún antes, me insinuaba que no convenía separarse tanto del Cuartel General (1), le hice retirarse, así porque supe que no

---

(1) El que pone esta nota, se halló en esa pequeña expedición, en que Balcarce solo, llegó á Cangrejos, que es aún dos leguas menos de Cangrejillos. Solo una partida con Zelaya y

había enemigos hasta Suipacha y aquellas cercanias, como porque veía que mi intento no se lograba, de poner en movimiento al enemigo, que sabía, si cabe decirlo así, tanto ó más que yo, lo que era el tal ejército.

Se retiró, según mis órdenes, de Cangrejillos, y tiene la osadía de decirme en el papel, que me ha dado mérito á esta Memoria, que había ido hasta Yaví, y había ahuyentado á todas las partidas enemigas, cuando no encontró una, ni en aquella salida hubo más que mandar á don Cornelio Zelaya y don Juan Escobar, á traer al tío del Marqués de Toxo, ó Yaví, pués con los dos nombres era designado, de su población de Yaví.

Es verdad que en Humahuaca promorió el reclutamiento de los hijos de la Quebrada, que tanto honor han hecho á las armas de la patria, y se empeñó en su disciplina, para lo que él, confieso que es á propósito, y si en mi mano estuviera, lo destinaría á la enseñanza, y particularmente de la caballería, pero de ningún modo á las acciones de guerra.

Empecé á desconfiar de su actitud para ellas, en los momentos en que me avisó los movimientos del enemigo de Suipacha, y puede juzgarse de su cavilosidad y cobardía, por sus mismos oficios y consultas repetidas, tanto, que me ví precisado á mandar al mayor general Diaz Velez á hacerse cargo del mando, y aún á escribirle una carta reservada, del estado de mi corazón,

---

Escobar llegó á Yaví, sin más ventaja, que traer preso á un viejo, tío del Marqués de este título, quién dijo que había sido robado, lo que pienso que es falso.

respecto de aquel, pués ya no confiaba en sus operaciones, y me llenaba de desconfianza de si quería ó no hacer lo que hizo con Pueyrredón (1), de darle un parte de que los enemigos bajaban, para que se retirase, cuando aquellos ni lo habian imaginado.

Llegado el mayor general Diaz Velez, á Humahuaca, con el designio de distraer al enemigo, por uno de sus flancos, no pudiendo verificarlo por su proximidad, dictó sus órdenes para que se retirasen las avanzadas, que hizo firmara Balcarce, por la mayor prontitud, y aún al día siguiente se privase de esto, para decir de su honrosa retirada, cuando todas las disposiciones eran debidas al expresado Mayor General, y cuando jamás se le vió á relaguardia de la tropa, pués al contrario, en la vanguardia con los batidores, era su marcha.

Esto lo presencié por mí mismo, cuando habiéndome dado parte, en la Cabeza del Buey, de que el enemigo avanzaba y solo distaba cuatro cuadras del cuerpo de retaguardia, mandé que se replegase á mi posición y me dispuse á recibirlo; ví pués entonces, que con los

---

(1) Consultando mi memoria, que acostumbra ser algo fiél, no hallo sinó que cuando la retirada de Pueyrredón, á que alude el autor, no era Balcarce, sinó Diaz Velez, quién mandaba la vanguardia, y era consiguiente que este diese los partes de la aproximación del enemigo. Solamente que se refiera á algunas noticias extra-oficiales que diese aquel á Pueyrredón, ó á consejos que este le hubiese pedido. De otro modo, no puedo explicar esto.

batidores, y á un buén trote, el primer oficial que se me presentó fué el don Juan Ramón, y sé que sucesivamente hizo otro tanto, hasta que vino envuelto entre el cuerpo dicho de retaguardia, perseguido de los enemigos. Cuando estos se me presentaron en el Río de las Piedras, y logré rechazarlos con cién Cazadores, cién pardos, y otros tantos de caballería, y entre los cuales, no fué el primero á presentárseles, ni á subir una altura que ocupaban, y en que se distinguió el capitán don Marcelino Cornejo, habiendo quedado á retaguardia el mencionado don Juan Ramón.

Como desde esta acción (1), ya mi cuerpo de retaguardia, viniese á corta distancia, resuelto á sostenerme, para no perderlo todo, consultando con el Mayor General, en la Encrucijada, los medios y arbitrios que pudiéramos tomar para el efecto, me apuntó al nominado don Juan Ramón, para enviarlo con anticipación á esta (Tucumán), donde tenía concepto, por haber estado en otro tiempo de ayudante de las milicias,

---

(1) Me es muy sensible notar, que el autor se haya dejado dominar tanto de (por otra parte) su justo resentimiento, que para hacer cargos á Balcarce, olvide que había otro (sin que por esto diga que falte á la verdad) que era el verdaderamente responsable. Tanto en la Cabeza del Buey, como en el Río de las Piedras, era Diaz Velez quién mandaba la retaguardia, y Balcarce era su subordinado. Yo, que aunque muy joven y en un grado muy subalterno, me hallé presente en esos hechos de armas, puedo dar algunos conocimientos que ilustren esta Memoria. Se me viene la idea de comentarla y continuarla, y quizá lo haré, si tengo algunos ratos desocupados.

y me resolví; dándole las más ámplias facultades para promover la reunión de gente y armas, y estimular al vecindario á la defensa.

Desempeñó esta comisión muy bién, dió sus providencias para la reunión de gente, así en la ciudad como en la campaña, bién que más tuvo efecto la de esta, en que intervinieron don Bernabé Araoz, don Diego Araoz y el cura doctor don Pedro Miguel Araoz, pués de la ciudad, la mayor parte, con vanos pretextos ó sin ellos, no tomaron las armas, siendo los primeros que no asistieron, los capitulares, exceptuándose solamente don Cayetano Araoz, y habiéndose ido dos ó tres dias antes de la acción, el gobernador intendente, don Domingo García, y no pareciendo en ella, el teniente gobernador, don Francisco Ugarte.

El día que me acercaba á esta ciudad, se anticipó el ayudante de don Juan Ramón, don José María Palomeque, á anunciarme la reunión de gente, noticia que recibí con el mayor gusto, y que ensanchó mi ánimo. Volé á verla por mí mismo, y hablé con aquel en la quinta de Avila, donde nos encontramos, y haciendo toda confianza de él, y tratando de nuestra situación, le hice ver las instrucciones que me gobernaban, las más reservadas, manifestándole mi opinión acerca de esperar al enemigo; convino, lo mismo que había hecho en la Encrucijada, exponiéndome que no había otro medio de salvarnos, en cuya consecuencia, escribí al Gobierno el 12 de Setiembre, y aún le enseñé allí mismo el borrador, haciendo toda confianza de él.

Sucesivamente se reunieron hasta seis cientos hombres, á sus órdenes, en que había Húsares, decidi-

dos (1) y paisanos, y les dió sus lecciones constantemente, contrayéndose, en verdad, á su instrucción y á entusiasmarlos en los dias que mediaron, con un celo digno de aprecio, pero ya empecé á entrever su insubordinación, respecto del mayor general Diaz Velez, y una cierta especie de partido que se formaba, habiendo llegado á término de escándalo la primera, aún á las inmediaciones de la tropa y paisanaje, que me fué necesario prudenciar por las circunstancias, y en particular, por no descontentar á los últimos, que como he dicho, tenian un gran concepto formado de él. Es preciso no echar mano, jamás, de paisanos, para la guerra, á menos de no verse en un caso tan apurado como en el que me he visto.

Dispuse, pués, dividir aquel cuerpo, dándole á mandar la ala derecha, que la componía una mitad de dicho cuerpo, y á don José Bernaldes la ala izquierda, que era la otra mitad, con orden expresa de que se dividieran del mismo modo las armas de fuego, orden que no se cumplió, y de que fuí exactamente cerciorado, cuando al marchar para el frente del enemigo, me hace presente Bernaldes, la falta de armas de fuego, por no haberse ejecutado mi expresada orden.

El momento de la acción del 24, llega; la formación de la infantería era en tres columnas, con cuatro piezas para los claros, y la caballería marchaba en batalla, por no estar impuesta ni disciplinada para los

(1) Eran dos compañias de mozos decentes, una de Salta y otra de Tucumán.

despliegues, ni podía ser, en tan corto tiempo como el que había mediado del 12 al 24.

Hallándome con el ejército, á menos de tiro de cañón, del enemigo, mandé desplegar por la izquierda las tres columnas de infantería, única evolución (1) que habian podido aprender en los tres dias anteriores, en que habíamos hecho algunas evoluciones de línea, y que se podía esperar que se ejecutase la tropa con facilidad y sin equivocación, quedando los interralos correspondientes para la artillería. Se hizo esta maniobra con mejor éxito que en un día de ejercicio.

El campo de batalla no había sido reconocido por mí, porque no se me había pasado por la imaginación, que el enemigo intentase venir por aquel camino á tomar la retaguardia del pueblo, con el designio de cortarme toda retirada; por consiguiente, me hallé en posición desventajosa, con partes del ejército en un bajío, y mandé avanzar, siempre en línea al enemigo, que ocupaba una altura (2), y sufría sus fuegos de fusilería, sin responder más que con artillería, hasta que observando que esta había abierto claros y que los enemigos, ya se buscaban unos á otros para guarecerse, mandé que avanzase la caballería, y ordené que se tocase paso de ataque á la infantería.

---

(1) Parece que hay algo de exagerado, por lo menos en la tropa vieja.

(2) Altura de muy poca elevación, lomada, pués el terreno es llano.

Confieso que fué una gloria para mí, ver que el resultado de mis lecciones á los infantes, para acostumbrarlos á calar bayoneta, al oir aquel toque, correspondió á mis deseos; no así en la caballería de la ala derecha, que mandaba don Juan Ramón Balcarce, pués lejos de avanzar á su frente, se me iba en desfilada por el costado derecho; en esta situación, observé que el enemigo desfilaba en martillo, á tomar el flanco izquierdo de mi línea, y fiando al cuidado de los jefes de aquel costado, aquella atención, me contraje á que la caballería de la ala derecha ejecutase mis órdenes.

Hallándome en aquellos apuros, no sé quién vino á decirme de la parte de Balcarce, que luego que la infantería hubiese destrozado al enemigo, avanzaría la caballería; entonces se redoblaron mi órdenes de avanzar, y empezándolas á cumplir, marchando el ejército, le mandé decir con mi edecán Pico, que no era aquel modo de avanzar, que lo ejecutase á galope. Sin embargo, tomó dirección, no á su frente, sinó sobre la derecha, y riéndome así burlado en mi idea, volví la cara á retaguardia, y presentándoseme en el cuerpo de reserva el capitán don Antonino Rodriguez, al frente de la caballería que había allí, le mandé avanzar por el punto donde me hallaba, y lo ejecutó con un denuedo propio.

Observaba este movimiento, y vuelvo sobre mi costado izquierdo, para saber el éxito de aquella tropa del enemigo, que había visto desfilar, y me encuentro con el coronel Moldes que se venía hacia mí, y me pregunta: ¿Dónde vá usted á buscar mi gente? *(su gente debería decir, porque el coronel Moldes no mandaba*

ninguna). Entonces me manifiesta que estaba cortado; pués, vamos á buscar la caballería, *le dije, y tomo mi frente, que los enemigos habian abandonado . . . .*

" Hasta aquí llega lo que escribió el general Belgrano, de esta Memoria. Sensible es que no la concluyese".

"Al publicar las MEMORIAS PÓSTUMAS *del Brigadier general don José María Paz, que comprenden sus campañas, padecimientos, y señalados servicios prestados á la causa pública, desde la guerra de la Independencia hasta su muerte, con variedad de otros documentos inéditos, de alta importancia, los Editores no alterarán en lo más mínimo el texto autógrafo del ilustre General, ni tampoco descuidarán la circunspección debida, en la publicación de los interesantes documentos relativos á los últimos años de su vida pública. Cuando fuere necesario intercalar alguna observación, se pondrá esta en nota separada, ó entre comas".*

"Los Editores".

(Primera edición, tom. I, páj. 3).

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

"Don José María Paz nació el 9 de Setiembre de 1791, en la ciudad de Córdoba de Tucumán. Sus padres, don José de Paz y doña Tiburcia Haedo, natural aquel de Buenos Aires, y esta de Córdoba, le proporcionaron desde sus más tiernos años, una educación esmerada, no solo preparando su entendimiento para adornarle con útiles y variados conocimientos, sinó infundiendo en su corazón, delicados y generosos sentimientos, que supo conservar toda su vida en medio de tantas vicisitudes, y en posiciones bién difíciles.

" En aquella época, sabido es, que pocas carreras se abrian á la juventud; la eclesiástica y la del foro, eran las preferentes. Paz se hallaba dispuesto para adoptar la que más le conviniese, habiendo frecuentado las aulas de filosofía y teología, en la universidad de Córdoba, y cursando el tercer año de derecho, cuando estalló en Buenos Aires la revolución que dió en tierra con el poder de los Vireyes. Los estudiantes de la universidad de Córdoba, su patria, estaban ya tocados del movimiento político que debía muy luego abrasar toda la extensión del vireynato del Río de la Plata, y conflagrar en seguida, toda la América Española.

" Paz participaba de las nuevas ideas, con todo el ardor de la juventud, pudiendo decir, que nadie le aventajaba en entu-

siasmo patriótico. Así fué, que desde entonces perteneció á la causa de la revolución, ó sea de la independencia política de nuestro país, con todas las fuerzas de su alma. Contribuyó á fortificar estos sentimientos, la decisión de sus padres por la misma causa, á la cual nunca dejaron de ser adictos.

" Su hermano don Julián, poco menor que él, y que seguía también los estudios, estaba en el mismo caso. Así fué, que al llegar á Córdoba la primera expedición libertadora, y luego que se instaló el primer gobierno pátrio en la provincia, que lo desempeñó el entonces coronel don Juan Martín Pueyrredón, tanto ellos como su familia, se distinguieron por sus sentimientos liberales y patrióticos.

" Inmediatamente que este señor se recibió del Gobierno, se propuso formar un batallón de milicias. En él fueron nombrados oficiales los dos hermanos. Don José María entró de Teniente, pero muy luego ascendió á Capitán.

" En esta graduación se hallaba en los últimos meses del año 10, cuando llegó la triste noticia del descalabro que habian sufrido nuestras armas en Santiago de Cotagaita, al mando del mayor general don Antonio Balcarce.

" Tal era el entusiasmo de aquellos tiempos, que sobraban soldados voluntarios, pero faltaban fusiles y otras armas. En Córdoba se preparó un convoy y municiones de guerra, y se encargó á Paz conducirlo hasta el ejército.

" Unas treinta leguas de Córdoba, encontró al mayor Tollo, que traía la noticia de la victoria de Suipacha, que no solo había vengado la afrenta de Cotagaita, sinó que abrió á nuestro ejército, las puertas de todo el Alto Perú. Paz creyó, candorosamente, que habian concluido para siempre las batallas y la guerra, y el mayor Tollo le confirmó en esta idea, cuando al darle la noticia, se empinó sobre los estribos orgullosamente, y le dijo: Vá usted ya tarde, pués todo está concluido.

"Sin embargo, él continuó su marcha y llegó á Jujuy, donde encontró el ejército, porque el general en jefe Ocampo, que no estuvo en la batalla, se había detenido allí, y debía regresar por órdenes recibidas del gobierno de Buenos Aires.

"A Paz se le mandó también que volviese á su provincia, como lo verificó con su compañía, dedicándose sin pérdida de tiempo á su arribo, á la continuación de sus estudios, conservando siempre su grado, y dispuesto á presentarse donde la patria lo reclamara.

"A mediados del año siguiente (1811), su madre tuvo que pasar á Buenos Aires, y él la acompañó. Con este motivo, se encontró en el célebre bombardeo de los marinos, que tuvo lugar en la noche del 15 de Julio, siendo esta la primera vez que sintió el estrépito del cañón. La noche la pasó patrullando con otros jóvenes, y haciendo escaramuzas á las bombas, que de cuando en cuando arrojaban los bombarderos españoles.

"Al mismo tiempo se tuvo noticia del fatal desastre del Desaguadero, lo que obligó al Gobierno á poner en ejercicio todos los medios de reconstruir y aumentar el ejército vencido. Paz tuvo entonces orden de volver á Córdoba, y marchar al ejército del Perú, con una compañía de milicias de artillería, cuyo mando se le dió, y cinco piezas de montaña, que había en la provincia. Así lo verificó, en Setiembre del mismo año.

"Durante la marcha, tuvo ocasión de experimentar uno de esos lances, que tan frecuentemente ponen á prueba la firmeza de un oficial, y que, si no sabe expedirse en ellos, peligra su reputación militar.

"En el Fuerte de Cobos, á inmediaciones de Salta, hubo de sublevarse su compañía, lo que era tanto más temible, cuanto que el mismo día y á su presencia, acababa de sublevarse otra, que marchaba con el mismo destino, á cargo del antiguo oficial Eustaquio José Gonzalez. Sin embargo, logró contenerla, y al otro día pudo llegar al Cuartel General de

Jujuy, en donde estaban los restos del ejército á las órdenes del general Viamont.

" Este General, dispuso que la fuerza que iba á sus órdenes, pasase á un cuerpo de infantería, y que su hermano y él quedasen agregados á la Plana Mayor. Así permanecieron algunos meses, casi olvidados, hasta que obtuvieron colocación en el Escuadrón, que podía llamarse Regimiento de Húsares de la guardia del General.

" Había sido elevado á este destino, don Juan Martín Pueyrredón, quién, no sin emplear medios de su fina y astuta urbanidad, los comprometió á renunciar al pensamiento de regresar á su casa, y aceptar el servicio con un grado menos del que tenian, en atención á ser solo oficiales de milicias.

" Poco después se recibió del mando del ejército el general don Manuel Belgrano, y destinó su cuerpo con otros á la vanguardia, que ocupó la posición de Humahuaca. Entre tanto, había llegado el barón de Holemberg al Cuartel General, y recibidose del mando de la artillería. Sin que Paz lo conociese, le pidió al General para que pasase á servir á dicho cuerpo. Paz recibió una orden para ser agregado á este cuerpo, sin dejar de pertenecer al suyo, del que jamás quiso separarse, aunque se lo propusieron.

" Desde esta época comienzan los voluminosos manuscritos que ha dejado el General, como un tierno recuerdo á sus hijos, y que nosotros conservamos, como el más piadoso de los legados. Al publicarlos, creemos honrar su memoria, y añadir una página más á la gloriosa historia del pueblo americano".

"Los Editores".

(Primera edición, tom. I, páj. 5).

MEMORIAS PÓSTUMAS

CAPÍTULO I

TUCUMÁN

Origen de estas Memorias.—El barón de Holemberg.—Cualidades eminentes del general Belgrano.—Don José R. Balcarce.—Deplorable estado de la caballería.—Desavenencias entre Belgrano y Balcarce.—El teniente Escobar.—Retirada del ejército.—Acción de las Piedras.—¡Honor al general Belgrano!—Movimiento de los realistas.—Fuerzas de los beligerantes.—Disposiciones para el combate.—Peripecias de ambas líneas de batalla.—El teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.—Extraño comportamiento de la caballería.—Papel de Holemberg en la jornada.—Su separación del ejército.—Nieblas de la victoria.—Comisiones del teniente Paz.—La vanguardia al mando de Diaz Velez.—El general Arenales.

La lectura del fragmento de una Memoria sobre la batalla de Tucumán, escrita por el virtuoso y digno general Belgrano, me ha hecho recordar aquellos hechos de que fuí testigo y actor, aunque en una edad muy temprana y una graduación muy subalterna, y excitado el deseo de hacer sobre ella algunas observaciones y, si me fuese posible, concluirla. Me esforzaré á llenar mi intento, pero advir-

tiendo: Primero, que hace más de treinta y seis años que tuvieron lugar aquellos sucesos; Segundo, que no tengo para referirlos, otro auxiliar que mi memoria; Tercero, que siendo entonces un teniente y estando en el primer aprendizaje de mi carrera, no pude juzgar sinó por lo que ví ú oí á algunos oficiales jóvenes como yo (con poca excepción), ni debí apreciar los hechos, como me ha sucedido después, con el auxilio de la experiencia. Es, pués, en cierto modo, una ventaja que esta ocurrencia me venga tan tarde, y además, concurre la de que no podian entonces ni ahora agitarme las pasiones de ese tiempo, de modo que puede casi decirse, que me ocupo de sucesos de que no soy contemporáneo.

Será conveniente advertir, que cuando la acción de Tucumán, era yo teniente 1º de un cuerpo de Húsares, que había formado el general Pueyrredón, antecesor del general Belgrano, y me hallaba en esa misma vanguardia de Humahuaca con mi cuerpo, cuando llegó al ejército el barón de Holemberg (ahora don Eduardo Holemberg, residente en Buenos Aires) á quién el general Belgrano dió el empleo de Comandante General de Artillería, y aún se le llamaba Jefe de Estado Mayor, sin que entonces ni ahora haya podido saber lo que se entendía bajo esta denominación.

Los Estados Mayores no estaban conocidos en aquel tiempo, y las funciones de estos, estaban encargadas á los Mayores Generales y Cuartel Maestre, según la ordenanza española. Sospecho, pués, que al dar al Barón un título que nadie entendía, solo se quiso halagarlo, porque se tenía de él la más alta idea en punto á conocimientos militares y práctica de la guerra (1).

---

(1) Puede ser que el título de Jefe de Estado Mayor no le fuese conferido oficialmente; pués, estando yo en la vanguardia cuando la llegada del Barón al Cuartel General, no recuerdo cómo fué dado á reconocer. Lo que es exacto, es que la artillería, parque, maestranza, casa de bustos, etc., estaban á sus órdenes.

El que más participaba de este concepto, era el general Belgrano, quién tenía la más absoluta deferencia á cuanto decía ó hacía el Barón. Además, se aconsejaba de él para las operaciones militares, y seguía sus opiniones, casi sin examen. Yo, que (como después diré) fuí ayudante del Barón en la campaña, y que lo acompañaba frecuentemente al Cuartel General, soy testigo de las consideraciones que se le dispensaban, y de lo persuadido que él estaba de cuanto valía su voto en materias militares. Pienso que una de las cosas que más contribuyó á captarle la confianza del General, fué el empeño que manifestaba de establecer una disciplina severa (punto que no podía menos de agradar mucho al General), llegando á tanto, que quería aplicar sin discernimiento á nuestros ejércitos semi-irregulares, los rigores de la disciplina alemana. Con esto consiguió hacerse odioso en el ejército, y despopularizar, hasta cierto punto, al General, por la ciega protección que le daba. Al fin se vió precisado á sacrificarlo, como después veremos, separándolo del mando, y mandándolo á Buenos Aires, de un modo muy desairado.

Llegado el Barón á Jujuy, é investido de esta privanza, quiso traer á la artillería algunos oficiales de otras armas, que por sus conocimientos pudiesen ser útiles á aquella, y tomando informes, no sé quién se los daría tan favorables de mí, que le persuadieron pedirme al General. El hecho es, que, sin otro antecedente, recibí en Humahuaca la orden de pasar á continuar mis servicios en la artillería, en clase de agregado, pero conservando la efectividad en mi cuerpo. Posteriormente se me propuso pasar á ser efectivo de artillería, pero jamás quise consentirlo. En consecuencia de la orden que se me había comunicado, me incorporé provisoriamente á la fracción de artilleros que estaba en la vanguardia, y solo fué cuando se emprendió la retirada, que me reuní al cuerpo del ejército y conocí al Barón personalmente.

Casi con la revolución de Mayo, tuvieron nacimiento los partidos que han despedazado después la República.

El movimiento del 5 y 6 de Abríl, de que hace mención la Memoria, fué el primer paso anárquico, después del establecimiento de la Junta Provisoria del año de 1810. Por poco que se medite, un ojo medianamente ejercitado puede entrever en esos primeros partidos, no obstante las infinitas y aún esenciales modificaciones que han sufrido, el origen de las dos fracciones que hasta ahora dividen la República Argentina. ¿Qué mucho es, pués, que desde entonces veamos estar en oposición al general Belgrano y al entonces teniente coronel don Juan R. Balcarce, y mucho más si intervenian motivos personales, como lo aseguró el primero? El señor Balcarce pertenecía, como el general don Martín Rodriguez, y otros muchos, después acérrimos unitarios, al partido que se decía de Saavedra, mientras el general Belgrano (sea dicho en su obsequio), no era hombre de partido, y no simpatizaba con él. Reunidos ambos Jefes en un mismo ejército, á cada momento se resentian sus relaciones de los servicios de los partidos á que pertenecian y que estaban todavía en lucha.

Nada tiene, pués, de extraño, esa desconfianza mútua que mediaba entre ellos, y que esta, al fin diese los malos frutos que patentiza la Memoria. Entre tanto, diré algunas palabras sobre los caracteres y méritos de ambos contendores. El general Belgrano, sin embargo de su mucha aplicación, no tenía, como él mismo lo dice, grandes conocimientos militares, pero poseía un juicio recto, una honradéz á toda prueba, un patriotismo el más puro y desinteresado, el más exquisito amor al orden, un entusiasmo decidido por la disciplina, y un valor moral que jamás se ha desmentido. Más, á estas cualidades eminentes, reunía cierta ligereza de caracter para juzgar de los hombres con quienes trataba, que le produjo equivocaciones muy notables, como se deja

entrever en varios pasajes de su misma Memoria. Las primeras impresiones tenian en él una influencia poderosa; de modo que si en sus primeras relaciones con una persona, aquellas eran favorables, podía contar esta por mucho tiempo con la benevolencia del General, y por el contrario, cuando había formado mal concepto de alguno, por algunos actos, que aunque fuesen reprensibles, no merecian una eterna reprobación, era difícil volver á obtener sus buenas gracias. De aquí resultaba, que se dejaba alucinar con mucha facilidad, y hemos visto oficiales, y aún individuos de tropa, que no eran más que charlatanes, que le merecieron un gran concepto de valientes y arrojados. Por ejemplo, cuando quería mandar hombres intrépidos que descubriesen al enemigo, bastaba para captarse su estimación, ofrecerse á ir hasta el medio del ejército contrario, sin que después se cuidase mucho de averiguar de si había ó no llenado su compromiso, y sin que le trajese mucha responsabilidad la inexactitud de sus noticias. Lo mismo sucedía con un jefe ú oficial, que en teoría allanaba las dificultades de una operación, ó que se ofrecía á ir á batir una fuerza enemiga, con otra de la mitad de su número. La primera impresión que esta charlatanería había producido en su ánimo, era por lo común duradera.

Tenía también más facilidad de la que era conveniente para expresarse con respecto á un oficial en punto á valor, y principalmente, cuando se acercaba el momento de una acción, lo hemos visto muchas veces herir la susceptibilidad de un hombre delicado, con poco motivo. Si á esto se agrega la falibilidad de sus juicios (1) en razón de lo que

---

(1) En el año 17, cuando yo era teniente coronel, y que de consiguiente podía aproximármele más, recordando la batalla desgraciada de Ayohuma, dijo estas terminantes palabras: *Perdí esa batalla por cinco jefes*

acabo de exponer poco antes, se verá el peligro que había de cometer una injusticia.

Del señor Balcarce puedo decir menos, porque lo he tratado poco; pero á lo que juzgo por lo que he visto y oido, era un hombre honrado, patriota sincero, de pocas luces y cortos talentos. Era de aquellos pocos americanos que desde el tiempo de la monarquía habian seguido la carrera de las armas, y de consiguiente, tenía la pretensión de ser considerado como un *veterano*, quién por lo común mira en menos á sus noveles compañeros. No era un *genio* para la guerra, pero lo he creido capáz de llenar los deberes del puesto que se le confiase y de desempeñar medianamente comisiones de tal cual importancia; en una palabra, era un hombre *mediocre*. Tampoco pienso que tenía un caracter intrigante, como dice la Memoria; más, imbuido en la antigua rutina de la milicia española, no podía amoldarse á la impulsión que el general Belgrano quería dar, y á la nueva organización del ejército. De aquí provenía esa resistencia que el General clasificó de insubordinación é intriga, y que pudo haber degenerado hasta tal punto, sin que yo me halle en estado de juzgarlo.

Con este motivo me permitiré una observación que hirió mi imaginación desde mis primeros pasos en la carrera de la milicia. Ella no es en todo común á don Juan R. Balcarce, que nunca estuvo en Europa, pero sí á sus otros hermanos que estuvieron en España durante la guerra de Napoleón, y sirvieron un tiempo á las órdenes de Wellington.

¿Se creerá que estos oficiales que siempre pertenecieron al arma de caballería, no diesen de regreso á su país,

---

cobardes que no correspondieron al concepto que yo tenía de ellos. No los nombró, pero sé positivamente á quienes aludía. Sin embargo, ellos habian merecido antes sus distinciones y su plena confianza.

nociones útiles sobre ella? Hasta que vino el general San Martín, nuestra caballería no merecía ni el nombre, y dotados nuestros hombres de las mejores disposiciones, no prestaban buenos servicios en dicha arma, porque no hubo un jefe capáz de aprovecharlas. Afortunadamente lo mismo sucedía en el ejército enemigo, en donde hasta que vino el general Canterac, su caballería aún era peor que la nuestra, porque los peruanos ni aún saben cabalgar, y en esto consistió la ventaja relativa que siempre se dió á la caballería de los ejércitos pátrios, y en nada otra cosa. Me persuado, pués, que las cualidades características de don Juan R. Balcarce, eran comunes á sus hermanos (debo exceptuar á don Diego, que murió en edad temprana, de prendas sumamente estimables, y amigo mío; si alguna vez continuare esta ocupación de escribir, me haré un placer en hablar de él). Todos ellos eran hombres honrados, de juicio, con tal cual instrucción, pero de limitados talentos, lerdos de genio, y de consiguiente, incapaces de inventar algo, ni aún aplicar en su país lo mismo que habian visto en otros. Acaso esta observación pudiera extenderse á algunos otros oficiales que se hayan visto en las mismas circunstancias, pero no los recuerdo en este momento, al menos de los que hayan pertenecido al arma de caballería.

Volviendo á la Memoria del general Belgrano, diré que no tengo conocimiento del papel que dice le pasó Balcarce, después de la acción de Tucumán, de que tanto se ofendió; pero sí puedo decir algo de las desavenencias que ocurrieron, cuyos pormenores llegaron á noticia de todos. Como en dicho papel, según la Memoria, se habla de la expedición que Balcarce hizo con una fuerza de caballería, hasta Cangrejos, referiré lo que hubo.

Mientras nuestra vanguardia se hallaba en Humahuaca, la enemiga permanecía en Suipacha, distante cuarenta y cinco leguas; más, no es extraño que algunas partidas re-

corriesen una parte del terreno intermedio, sin que jamás llegasen á incomodarnos. Repentinamente se dió orden á los Húsares y Dragones que allí había, que serian como trescientos hombres, y una compañía de infantería montada, de estar prontos á marchar. Efectivamente lo hicimos, poniéndose á la cabeza el señor Balcarce, jefe de vanguardia. Haciendo nuestras marchas muy cómoda y pacíficamente, llegamos á Cangrejos, y no Cangrejillos, como dice la Memoria (1), é hicimos alto por cuatro ó seis dias. En este tiempo se desprendió una partida á cargo del entonces capitán don Cornelio Zelaya, á quién le acompañó el teniente don Juan Escobar, la que llegó á Yabí, que dista nueve leguas de Cangrejos, y arrestó á un anciano, tío del Marqués, que estaba descuidado en la hacienda. Es verdad que el Marqués servía en esa época en el ejército enemigo, y acaso se creería que el tío participaba de sus opiniones ó de sus compromisos. Sea lo que sea, este fué el único trofeo y el manifiesto de esta pequeña expedición, además de la alarma y cuidados que pudo dar al enemigo, nuestro movimiento. Por grande que esta fuese, la operación no era de importancia, y en consecuencia, es ridículo que el señor Balcarce se vanagloriase de ella, y la citase como una acción meritoria. Es preciso que un militar sea muy pobre de servicios y de gloria, para que se envanezca de hechos tan comunes.

He nombrado al teniente entonces, don Juan Escobar, y no quiero pasar por alto el despreciable ról que jugó en esa época, como en otras posteriores. Era ayudante del señor Balcarce, pero seguramente era un espía que tenía cerca de él. Al general Belgrano, es fuera de duda que le trasmitía cuanto chisme podía reunir, y lo que es peor,

---

(1) Cangrejillos está dos leguas más allá de Cangrejos.

que él mismo provocaba algunas conversaciones inconvenientes, para hacerle el mérito de la demanda. Yo mismo tuve que sufrir inocentemente, puedo decir, por causa de ese desgraciado, por no decir depravado joven. El caso fué el siguiente:

Por las noches nos reuníamos varios oficiales en casa del capitán don Francisco Casado, que estaba enfermo, y como es natural, se tocaban puntos militares y se emitian juicios sobre nuestros generales. Casado era un charlatán entretenido, y al mismo tiempo tenía la opinión de muy cobarde; frecuentemente gustaban muchos de los concurrentes, y Escobar el primero entre todos, de trasmitirle noticias inventadas, de gruesas divisiones enemigas que nos rodeaban, y de aumentar las fuerzas del ejército Real. Al mismo tiempo, Escobar, que iba y venía con frecuencia al Cuartel General, aseguraba que el señor Belgrano estaba resuelto á admitir la batalla, y aún á buscarla, aunque fuese con mil hombres contra diéz mil. El susto de Casado llegaba á lo sumo con estas noticias, y en un momento de exaltación llegó á decir: *Es preciso contener á este tal* (hablando del general Belgrano), *para que no haga con nosotros lo que hizo con el ejército del Paraguay, al que comprometió en términos, que solo salvó por un milagro.* El asunto no era tan sencillo, si hubiese tenido los caracteres de formalidad que se le quiso dar, pero no había tal, al menos como yo lo comprendí, porque más era una burla que Escobar, más que otro alguno, quería hacer á Casado; pero aún cuando él tuviese toda la gravedad que quiera dársele, el ról de Escobar fué infame, y digno de un miserable intrigante.

El resultado fué, que una noche fuimos sorprendidos siete oficiales, siendo Escobar uno de ellos, y puestos incomunicados y en rigurosa prisión; se procedió inmediatamente á formar un proceso, y el mismo Balcarce fué quién to-

mó las primeras declaraciones; antes de las veinte y cuatro horas, después de haber dado la mía, se me levantó la incomunicación y quedé arrestado en mi alojamiento. Lo mismo se hizo con don Alejandro Heredia, después General; don Domingo Arévalo, después Coronel; con Escobar y demás. A los ocho dias fuimos puestos en libertad, después de una seria admonición, menos Casado, cuya causa continuó, hasta que al fin se le mandó á Buenos Aires. Solo la declaración de Escobar lo condenaba cruelmente, y tuvo la desvergüenza de quererme persuadir á que yo lo hiciese, traspasando los límites de lo justo y razonable; más, no lo consiguió. Casado continuó sirviendo en Buenos Aires hasta que cometió una falta mucho más grave y de otra especie, que le costó el empleo, y pudo costarle la vida, si no fuga. Después de muchos años, lo encontré en la Banda Oriental, y estuvo de vivandero en el Cerro Largo.

De todo esto infiero, que nunca hubo verdadera confianza entre el general Belgrano y don Juan R. Balcarce, y que tampoco se pusieron los medios adecuados para establecerla. Entre tanto, vino la invasión del enemigo, y el cuerpo de vanguardia emprendió su movimiento retrógrado: quedando un cuerpo de caballería, se incorporó lo restante al ejército en Jujuy el mismo día que este emprendía el suyo para Tucumán. Recuerdo que atravesamos el pueblo de Jujuy en toda su extensión, sin permitirnos separarnos, ni aún para proveernos de un poco de pan. Acampamos durante tres ó cuatro horas á la inmediación de la ciudad, y tampoco se nos permitió entrar, ni mandar nuestros asistentes á proveernos de lo más preciso: tan riguroso y severo era el general Belgrano, como lo que acabo de decir.

Continuó la retirada el ejército, marchando casi de día y noche, porque la proximidad del enemigo lo requería.

Es indudable, que el general Belgrano desconfiaba de la exactitud de los partes que se le trasmitian, como lo prueba la lentitud de sus movimientos, sin que la ida del general Diaz Velez, á mandar la vanguardia convertida en retaguardia, le diese muchas más seguridades. Este se había recibido del mando en el mismo Humahuaca ó sus inmediaciones; pero, eso de pensar llamar la atención del enemigo con movimientos parciales sobre sus flancos, sobre ser sumamente peligroso, era absolutamente impracticable. El mismo General dice, que el enemigo sabía tanto ó más que él, de nuestro ejército, y, ¿cómo poder entonces darle una idea exagerada y falsa de nuestras fuerzas? ¿Cómo ocultarle movimientos que era preciso que no conociese hasta determinado tiempo? En aquella situación, cualquier movimiento de esa naturaleza hubiera comprometido la fuerza que lo hacía, y el ejército, todo, sin la menor utilidad. Es más bién de creer, que en los ardientes deseos que tenía el General de hacer algo por el honor de nuestras armas y de nuestro ejército, que daba la espalda al enemigo para emprender una retirada, se proponía un movimiento cualquiera que desdijese la idea de debilidad que podía atribuírsele, y que los jefes de la vanguardia no supieron pintarle la verdadera situación de las cosas, ó que él creyó sus relaciones. Pero volvamos á nuestra marcha retrógrada.

A distancia de veinte leguas de Jujuy, en Cobos, hubo una alarma, la que provino de haberse incendiado una carretilla de munición, de unas cuantas que marchaban adelante del ejército, como á una legua. La sucesiva explosión de los cajones de cartuchos, se asemejaba á disparos de cañón, lo que á ser cierto, hubiera debido el enemigo habernos cortado la retirada completamente. A las tres leguas de Cobos, está la Cabeza del Buey, que fué donde nuestra retaguardia, perseguida vivamente por el enemigo,

se incorporó al ejército; este se dispuso á una batalla, pero el enemigo, ó mejor diré, su vanguardia, se retiró poco antes de llegar donde estaba el grueso de nuestras fuerzas. En ese día y los anteriores, habíamos perdido seis ó siete oficiales que habian sido prisioneros: don Máximo y don Francisco Zamudio y el célebre Escobar (1), eran de este número. Este mismo día, se pasó á los enemigos don Manuel Benavides, habiendo hecho lo mismo en Humahuaca, su hermano don Venancio, que murió meses después, en la acción de Salta; orientales ambos, que habian venido de su país á servir en el cjército, que abandonaron por resentimientos personales con el jefe de su cuerpo.

Desde allí, nuestra vanguardia fué reforzada, habiéndose puesto alguna infantería montada y dos piezas muy ligeras de artillería de montaña. A los tres ó cuatro dias, hallándose el ejército en el río de las Piedras, y la vanguardia ó retaguardia, á dos leguas de distancia, fué embestida por la enemiga, al mando del coronel Huici, y puesta en fuga, perdiendo algunos prisioneros y sus dos cañones, sin que hubiesen disparado un tiro. Esta tropa en

(1) Llegado Escobar á Potosí y colocado en la carcel con sus otros compañeros, fué sacado un día y llevado á la capilla de la misma carcel, donde se hallaban reunidos el Gobernador Intendente, el Vicario eclesiástico, los prelados de los conventos, los delegados de la Inquisición y otros señores de categoría. Luego que entró, se le preguntó cual era su religión, y se le exigió su profesión de fé. El hecho es enteramente público, pero estos pormenores los he sabido por él mismo. Como no pudiese expedirse con facilidad, por la extraordinaria conmoción que le había causado tan solemne aparato, le mandaron que dijese el credo, y después de pronunciar las primeras palabras, cayó en tierra, enteramente privado de sentido. Cuando volvió en sí, la reunión se había disuelto, y él se encontró en manos de un eclesiástico que tenía el encargo de catequizarlo; lo doctrinó muchos dias, le dió largos ejercicios espirituales, le administró los Sacramentos, y por remate de cuentas, casi se le trastorna el juicio. Solo cuando lo vieron en este deplorable estado, se compadecieron de él, y lo sacaron de la carcel; lo tuvo el General unos cuantos dias en su casa, hasta que lo volvieron, sintiéndolo algo restablecido, á un cuartel, adonde habian trasla-

la mayor confusión y desorden, se replegó sobre el ejército y pasó á formarse á retaguardia. Nosotros estábamos en una buena posición, y no teníamos que temer de una división enemiga, compuesta de mala caballería en su mayor parte; así fué, que nos mantuvimos firmes, y el enemigo no se atrevió ni con mucho, á forzar nuestra posición. Se contentó con tomar momentáneamente una altura que estaba al frente, y tirotear á mucha distancia. Visto que el enemigo no avanzaba, hizo el general Belgrano salir dos fuertes guerrillas de ción hombres cada una, por los costados por donde el terreno era quebrado, y un poco de caballería por el camino que quedaba al centro; el enemigo, á su vez, se puso en retirada y fué perseguido, tomándole quince ó veinte prisioneros y matándole otros tantos. Sin embargo que nuestra pérdida había sido menor, como el desenlace había sido la retirada del enemigo y la captura de algunos prisioneros, primeros que veíamos después de mucho tiempo, se celebró como una importante victoria, y contribuyó á alentar el ejército. El enemigo se hizo también más circunspecto, y no volvió á incomodar nuestra reta-

dado á sus compañeros. Quizá me equivoco en decir, que tuvieron compasión de él las autoridades españolas. Es probable que la variación favorable provino de la noticia de nuestra victoria de Tucumán, en donde se les habian tomado jefes y oficiales prisioneros, entre ellos, al coronel Barreda, primo de Goyeneche; entonces solo fué que trasladaron á los otros prisioneros, de la carcel á un cuartel. Solo con los prisioneros de nuestro ejército, se guardó el derecho de gentes; todos los que se hacian á los insurgentes peruanos, eran ahorcados como traidores. Pero, se me dirá: ¿Por qué con Escobar se particularizaron? Voy á decirlo: Cuando se retiraba el ejército derrotado en el Desaguadero, se detuvo Castelli unos dias en Chuquisaca, y sus ayudantes, de los que uno era Escobar, acompañados de otros oficiales locos, pasando una noche por una iglesia, vieron una cruz en el pórtico, á la que los devotos ponian luces; alguno de ellos declamó contra la ignorancia y fanatismo de aquellos pueblos, y otro propuso, para ilustrarlos, arrancar la cruz y destruirla; así lo hicieron, arrastrándola un trecho por la calle. Este era un caso de inquisición.

guardia; no obstante lo cual, tuvo una pérdida mayor que la que había experimentado, del modo más raro y casual, al menos así me pareció entonces; más, después que yo caí prisionero, de un modo más ó menos semejante, diéz y nueve años después, durante la guerra civíl, ya no me ha parecido tan extraño.

Nuestro ejército, consultando la comodidad del camino, dejó el de la posta á la derecha, y tomó el de Carretas, que vá por Burro-Yaco; todo esto contribuyó á dar más confianza al jefe de la vanguardia enemiga, que seguía el camino de posta, que con razón suponía enteramente abandonado. Al avistar Las Trancas, pueblo que dista veinte leguas de Tucumán, se le ocurrió al coronel Huici, que la mandaba, adelantarse unas pocas cuadras de la cabeza de la columna, y entrar primero que todos á dicha villa. Una pequeña partida de paisanos, que al mando del capitán don Esteban Figueroa, se retiraba al acercarse la columna, vió llegar tres hombres y desmontarse en una casa que hallaron habitada; creyeron tener tiempo de apoderarse de ellos antes que los socorriese la columna, y así lo hicieron; eran, el expresado coronel Huici, un porta-estandarte Negreiros, y un Capellán. Luego que los hubieron tomado, los obligaron á montar á caballo, y los hicieron volar más que correr; todo lo que hicieron sus compañeros para alcanzarlos y recuperarlos, fué inutil. Esto había sucedido á las cuatro de la tarde; á las doce de la noche, estaban en Tucumán.

Allí se hallaba nuestro ejército desde el día antes; la infantería y artillería había acampado en la plaza principal; ya no era un misterio que allí aguardaríamos al enemigo para decidir la cuestión en una batalla. La decisión del pueblo y campaña, aumentaba la confianza del ejército, y aunque nadie ignoraba la superioridad numérica del enemigo, todos esperábamos la victoria.

Todo cuanto dice el general Belgrano en su Memoria, sobre lo que precedió á la batalla, es de la más rigurosa exactitud, pero ha callado mucho de lo que dice relación á su persona.

El puesto del general Belgrano durante toda la retirada, es eminente. Por más críticas que fuesen nuestras circunstancias, jamás se dejó sobrecoger del terror que suele dominar las almas vulgares, y por grande que fuese su responsabilidad, la arrostró con una constancia heroica. En las situaciones más peligrosas, se manifestó digno del puesto que ocupaba, alentando á los débiles é imponiendo á los que suponía pusilánimes, aunque usando á veces de causticidad ofensiva (1). Jamás desesperó de la salud de la patria, mirando con la más marcada aversión, á los que opinaban tristemente. Dije antes, que estaba dotado de un gran valor moral, porque efectivamente no poseía el valor

(1) Se me ocurre referir lo que me sucedió poco más de un año después de la acción de Tucumán, la ante-víspera de la acción de Ayohuma. Teníamos al ejército enemigo en las alturas del frente, y las guardias avanzadas se relevaban de noche, para que el enemigo no pudiese calcular la fuerza. Poco más de la media noche, se oyeron unos cuantos tiros en los puestos enemigos; más, como no se notase movimiento, no pasé el parte de aquella ocurrencia; pero después llegó á visitar las guardias el Jefe de Día, que era el mayor de mi regimiento, don Máximo Zamudio, que había oido también los tiros. Ya se comprenderá lo que se me pasaba decir: que yo estaba de servicio en los puntos avanzados, y que mandaba, como capitán que era, otros dos dependientes subalternos.

El Jefe de Día, luego que hubo inspeccionado mi guardia, me preguntó si había dado al General el parte de los tiros que se habian oido; y sobre mi contestación negativa, me ordenó terminantemente que lo hiciese, como lo verifiqué, sin que se me diese otra contestación, que el quedar enterado. Pasado el medio día, de resultas de haber ido una partida pequeña nuestra, á explorar el campo intermedio, hubo un movimiento en los puntos avanzados enemigos, y se trabó un tiroteo bastante sostenido; con este motivo, dejando mi guardia, que era la principal, á cargo del inmediato subalterno, me fuí á los puestos más avanzados, para juzgar mejor de lo que sucedía, y dar mis partes con la posible exactitud. Cuando todo hubo pasado, regresé y supe que el General en Jefe había estado en la guardia principal, atraido también por la novedad; por lo pronto, nada me dijo mi subalterno de lo que

brioso de un granadero, que lo hace muchas veces á un jefe ponerse al frente de una columna y precipitarse sobre el enemigo. En lo crítico del combate, su actitud era concentrada, silenciosa, y parecian suspensas sus facultades: escuchaba lo que le decian, y seguía con facilidad las insinuaciones racionales que se le hacian; pero, cuando hablaba, era siempre en el sentido de avanzar sobre el enemigo, de perseguirlo, ó si él era el que avanzaba, de hacer alto y rechazarlo. Su valor era más bién (permítaseme la expresión) cívico que guerrero. Era como el de aquellos senadores romanos, que perecian impávidos, sentados en sus sillas curiales.

En los contrastes que sufrieron nuestras armas bajo las órdenes del general Belgrano, fué siempre de los últimos que se retiró del campo de batalla, dando ejemplo, y haciendo menos graves nuestras pérdidas. En

---

había oido al General, porque sin duda no le dió mucho valor, pero en el curso de la conversación, me contó que entre otras cosas, había dicho: *Vea usted, ó vean ustedes; anoche, un oficial de guardia me mandó el parte de que había oido unos cuantos tiros, y le mandé contestar, que si tenía miedo, se atase los calzones.* Yo pude muy bién creer, que aquellas expresiones se habian dirigido á mí, sin embargo que no había recibido semejante contestación, y llegué efectivamente á persuadírmelo. Entonces me creí herido en lo más vivo de mi honor, y se apoderó de mí el más amargo pesar, y una desesperación parecida á un frenesí. Las tres ó cuatro horas que pasaron hasta que fuí relevado, fueron terribles, y luego que llegué al campo, sin aproximarme á mi tienda, me dirigí á la del Jefe de Día, para exigirle que me acompañase, si quería, á la del General, para testificar que solo había mandado el parte porque él me lo había ordenado terminantemente; quería además, decirle, que mis calzones estaban bién asegurados, sin necesidad de atarlos; que era un hombre de honor, que no necesitaba esos consejos para cumplir mi deber, y qué sé yo que otras cosas más, en la inteligencia, que si rehusaba ir conmigo, yo me iba solo. El Jefe de Día me oyó con dulzura y me trató con amistad; no se ofendió de mi aire descompuesto, y procuró calmarme, imponiéndome de lo que había ocurrido; el mismo General había hablado con él al darle su parte, y había sido instruido, de que el oficial á quién había dado tan insultante contestación, era de infantería, que mandaba una guardia de prevención en la misma línea; *por el contrario,* me dijo, *hoy hemos hablado de usted, y tiene el mejor concepto.* Yo quedé satisfecho.

las retiradas que fueron la consecuencia de esos contrastes, desplegó siempre una energía y un espíritu de orden admirables (1); de modo, que á pesar de nuestros reveses, no se relajó la disciplina, ni se cometieron desórdenes. No fué así en otras retiradas, como la del Desaguadero y Sipe-Sipe, en donde hubo escándalos de todo tamaño, porque desbandada la tropa, solo se vino á rehacerse después de ochenta y aún más de cién leguas. De allí provinieron esos horrorosos combates, ya individuales, ya en escala mayor, entre el paisanaje y los indios por un lado, y los soldados que habian roto el freno de la obediencia, por otro; los unos, por defender sus personas y propiedades, los otros, por invadirlas, los que hasta cierto punto eran disculpables; pués, no marchando en cuerpo, no habiendo distribuciones regulares para satisfacer sus necesidades, habian de pedir ó quitar, y, ya se deja entender el camino que esto abría á los abusos.

¡Honor al general Belgrano! El supo conservar el orden tanto en las victorias como en los reveses. Cuando él mandó en esos dias de luto y de desgracia, los paisanos y los indios venian pasiblemente á traer las provisiones al pequeño cuerpo que se retiraba; tan lejos de manifestarnos aversión, solo se dejaba percibir en lo general, un sentimiento de simpática tristeza. No hubo entonces riñas fratricidas, no pueblos sublevados para acabar con los restos del ejército de la Independencia; nada de escándalos que deshonran el caracter americano, y manchan la más justa de las revoluciones. Pero, ¿adonde voy? Quizá excedo los

(1) Recuerdo que al día siguiente de la derrota de Ayohuma, hizo formar en círculo, después de la lista, los menguados restos de nuestro ejército, y colocándose en el centro, rezó el rosario, según se hacía ordinariamente. Fuera de los sentimientos religiosos que envolvía esta acción, quería hacer entender, que nuestra derrota en nada había alterado el orden y la disciplina.

límites que me había propuesto; más tarde, si escribo sobre las campañas del Alto Perú, en que me hallé, explanaré más estas observaciones.

Después de lo que acabo de exponer, será facil explicarse como el ejército, después de una retirada de ciento treinta leguas, nada había sufrido en su moral; por el contrario, recibió con gusto el anuncio de que hacíamos alto en Tucumán, y que esperábamos al enemigo.

En los planes del General entraba conservar la plaza y dar la batalla á la orilla de la ciudad, apoyándose en ella. Se fosearon las boca-calles de la plaza y se colocó la artillería que no llevábamos á la acción. El capitán, comandante de artillería don Benito Martinez (después General) fué destinado á mandar la plaza, con treinta ó cuarenta hombres, fuera de los artilleros, de los menos útiles, que se le dejaron. Esto no podía servir para una defensa, si perdíamos la cuestión, pero era para conservar aquel punto mientras se decidía.

El 23 de Setiembre, el enemigo estaba en los Nogales, cuatro leguas de Tucumán, y el ejército salió de la ciudad y se formó dando frente al norte, á caballo, sobre el camino que debía traer el enemigo. Después de pasar todo el día, se supo al ser de noche, que el enemigo había acampado y que no proseguía por entonces su marcha. Nuestro ejército volvió á la ciudad y pasó la noche en la plaza, donde he dicho que tenía su campo. A la madrugada del 24 nos movimos para tomar la misma posición de la víspera, pero á eso de las ocho de la mañana se supo que el enemigo, dejando á su izquierda el camino principal y evitando la ciudad, se dirigía á los Manantiales (arroyo cenagoso, que tiene un puente, y que queda legua y media al sud-oeste de la población). El enemigo, por este movimiento, se había colocado ya casi sobre nuestra retaguardia, que pensaba cortar, y el general Belgrano, para salirle

al encuentro, tuvo que contramarchar en la dirección conveniente.

Según todos los datos que se recogieron, y los que indicaban los procedimientos del general Tristán, no se le había pasado por la imaginación, que nuestro pequeño ejército le ofreciese una batalla campal, y solo creía, que encerrado en la ciudad y cubierto con algunas obras, estaría á la defensiva. Estaba, pués, muy lejos de creer que tendría que combatir ese día, y solo se proponía colocarse á nuestra espalda, acampando sobre el río de Tucumán, al sur una legua de la ciudad, desde donde pensaba dirigir sus ataques con mejor conocimiento de nuestra posición, en los dias sucesivos. Así fué, que cuando nuestro ejército, después de verificada su contramarcha, se presentó casi sobre su flanco, nada tenía el enemigo preparado para el combate; la artillería venía cargada en las mulas (1), los cuerpos traian la marcha y paso de camino; fué, pués, una especie de sorpresa, el verse atacado cuando no lo esperaba, lo que sin duda fué una tal cual ventaja para nosotros; digo tal cual, para que no se entienda que fué una verdadera sorpresa, pués tuvo el tiempo bastante para prepararse de prisa.

Nuestro ejército, que tendría como nueve cientos infantes y seis cientos caballos, inclusa la milicia (las milicias eran lo que son hoy día) y lo que se decía caballería veterana, formarian mil quinientos hombres, teniendo el enemigo más del duplo, cuyos cinco sextos eran infantería, con trece cañones, de los que dos, eran los tomados en el río de las Piedras. Nosotros solo llevamos cuatro cañones, habiendo dejado los restantes en la plaza; de modo, que

---

(1) Como los caminos del Perú no permiten rodados, la artillería que se usa, es por lo común de montaña ó muy ligera, y que de consiguiente, puede cargarse á lomo de mula. Cuando es de más calibre, son prensas-zorras, que es aún mayor inconveniente para armarla pronto.

aunque de menor calibre la artillería enemiga, pués la nuestra era de á seis, siempre estuvo la ventaja de su parte. Nuestra poca infantería estaba fraccionada en cuatro pequeñas columnas, de las que tres estaban en línea y una en reserva; la caballería cubría las dos alas, y una fracción menor estaba adjunta á la reserva. La artillería, distribuida en los intérvalos de las cinco fracciones de la línea. La caballería de la derecha, la mandaba el teniente coronel don Juan R. Balcarce; la de la izquierda, el capitán graduado de teniente coronel, don José Bernaldes Palledo; la de la reserva, el capitán don Antonio Rodriguez. La primera columna de Independencia, que era la de la derecha, se componía del pequeño batallón de Cazadores, al mando del mayor don Carlos Torres; la del centro, compuesta del batallón núm. 6, al del teniente coronel don Ignacio Warnes; la de la izquierda, que la formaba el batallón de Castas, la mandaba el teniente coronel don José Superi; la de reserva, que se componía de piquetes extraidos de los otros cuerpos, estaba á las órdenes del teniente coronel don Manuel Dorrego. En este orden marchamos al enemigo; á la distancia conveniente desplegó nuestra línea, y prévio el fuego de algunas guerrillas, se dió principio á la batalla.

Debo advertir, que por las singulares peripecias de este sangriento drama, es el de Tucumán, uno de los combates más difíciles de describirse, no obstante el corto número de los combatientes. Pienso que para hacerlo comprender mejor, es preferible decir en pocas palabras, que la izquierda y centro enemigo fueron arrollados; nuestra izquierda fué rechazada y perdió terreno en desorden, en términos, que el comandante Superi estaba prisionero por una partida enemiga, que luego tuvo que ceder á otra nuestra, que la batió y lo represó. El enemigo, por consecuencia del diverso resultado del combate en sus dos alas, se vió fraccionado, á lo que se siguió una gran confusión. Su ala derecha,

que había obtenido ventajas, y que además, tenía la de flanquearnos con el martillo de que hace mención la Memoria del general Belgrano, tuvo que seguir, al fin, el movimiento retrógrado de lo restante de su ejército, dejando abandonada en este desorden, una buena parte, que fué muerta ó prisionera. Lo mismo sucedió al centro y á la izquierda, á lo que también contribuyó poderosamente el espantoso desorden en que había puesto nuestra caballería la retaguardia enemiga, cayendo sobre sus bagajes y reservas. El general Tristán, á quién no faltaba valor, hacía esfuerzos positivos por rehacer sus tropas; más, no lo pudo conseguir hasta más de una legua del campo de batalla, donde se le reunió otra columna de su ejército, que antes de la batalla había destacado á tomar el camino que conduce á Santiago del Estero, con el fin de cortarnos. Viéndose perseguido débilmente por una fuerza diminuta, cual era la infantería nuestra, que había quedado disponible, hizo alto y volvió á darnos el frente. Nuestra infantería hizo también alto; resultando un nuevo combate sumamente desventajoso, por la disposición del número, y que exponía las ventajas que se habian obtenido. A su vez se puso en retirada sobre la plaza, en la que entró con algunos cientos de prisioneros, cinco cañones tomados al enemigo, banderas y otros trofeos. Tristán la siguió entonces hasta las goteras de la ciudad, donde se estableció, recorriendo segunda vez el campo de batalla, y en rigor, quedando dueño de él por entonces, pero sin separar un hombre de su nueva línea, y sin contar más que con unos pocos hombres de caballería.

¿Se creerá que estas operaciones nuestras, cuyo acierto es incuestionable, no fueron ni fruto de una combinación, ni emanadas de las órdenes de ningún jefe del ejército? El general Belgrano, como él mismo dice, se vió separado de aquel teatro para encontrarse, sin saber cómo, reunido á

la caballería que estaba á retaguardia del enemigo. El general Diaz Velez se ocupaba, según su costumbre, en dar carreras inútiles y desacordadas, con que dándose un aire de energía, se ponía en punto de apreciar la situación de las cosas en toda su extensión, para tomar sus medidas de seguridad. Así es que, aunque por resultado él fué quién se vió á la cabeza de las fuerzas que ocuparon la plaza, y de la enérgica defensa que esta se preparó á hacer, los que tuvieron los honores de la jornada, fueron el teniente coronel Dorrego y el mayor Torres.

Entre tanto, ¿qué hacía, ó qué había hecho nuestra caballería? Es lo que vamos á ver. Nada puedo decir de lo que hizo ó dejó de hacer la caballería de la derecha, porque no pude verlo, pero creo que es exacto lo que dice la Memoria del general Belgrano, al menos en cuanto dice relación á la resistencia del señor Balcarce á cargar la infantería enemiga, pero no estoy conforme en el todo con sus juicios. Quién sepa lo que era nuestra caballería (aún ahora no es facil conducirla contra infantería) no debe extrañar que rehusase echarla sobre las bayonetas enemigas, y aún cuando Balcarce hubiera sido un Murat, que era el mejor oficial de caballería de los ejércitos imperiales, no lo hubiera conseguido. Por lo demás, sea caracoleando, sea oblicuando para ponerse sobre el flanco enemigo, el resultado fué, que la caballería de Tristán (1) huyó, dejando á la nuestra, señora del campo; lo que me hace creer que la división de Balcarce se esquivó de la infantería enemiga, para lanzarse sobre la caballería, para lo que no necesitaba

---

(1) En prueba de lo que expreso, hago memoria que el parte del general Tristán atribuía, nó su derrota, que nunca confesó, pero sí su retirada momentánea, *á la cobarde caballería Tarifa, que fugó vergonzosamente, dejando un claro, del que, aprovechándose el enemigo, puso en algún desorden los batallones.*

mucho esfuerzo; pués, como he dicho antes, era peor que la nuestra. Debe también decirse, que las armas de los soldados de caballería no estuvieron ociosas, y que ellas fueron teñidas en sangre, aún antes de que nuestra infantería hubiese arrollado la enemiga, lo que confirma mi modo de pensar. Convengamos, pués, que la caballería de la derecha, no hizo todo lo que hubiese hecho una buena caballería, pero que hizo lo que debía esperarse de lo que ella era. Luego volveremos sobre esto.

De lo que puedo hablar con más propiedad, es de la caballería de la izquierda, pués me hallaba inmediato á ese costado. Por esa parte no recuerdo haber visto caballería enemiga que se le opusiese, al menos si la había, sería poquísima, pués no figuró en el combate; pero la línea de infantería, sobrepasaba con mucho de la nuestra. La caballería de Bernaldes, que cubría este costado, tuvo orden de cargar, y efectivamente hizo un corto movimiento de frente, pero hizo luego alto, contenida por los fuegos de la infantería enemiga, y al fin se retiró completamente. Abandonando entonces su resistencia el costado derecho de la línea enemiga, y dando una media conversión á su izquierda, resultó el martillo de que habla la Memoria. En cuanto á la carga de la caballería de la reserva, al mando del capitán don Antonio Rodriguez, nada puedo decir, porque no he visto; pero presumo que estos movimientos sucesivos, si no rompieron la línea enemiga, contribuyeron á aumentar el desorden, que confesó en su parte el general Tristán.

Diré algo sobre un personaje, de quién no he hecho mención en la jornada que voy detallando, pero que jugó un ról particular. Hablo del barón de Holemberg, cuyo ayudante era yo. Con este motivo fuí enviado frecuentemente con partes y otra clase de mensajes, al General en Jefe, quién, como he dicho, prestaba á sus indicaciones la más

completa deferencia. Por supuesto, que en todos los movimientos preparatorios, tuvieron parte sus consejos. Cuando se avistó el enemigo, se adelantó solamente acompañado de mí, á reconocerlo, y se aproximó tanto, que si una partida ligera de caballería se hubiese desprendido con oportunidad, pudo hacernos prisioneros, por lo menos á mí, que cabalgaba un malísimo caballo, además, muy cansado por el incesante servicio que de día en día como de noche, me exigía el Barón. En los momentos de romper sus fuegos la infantería, me ordenó buscase al General (1) y le dijese que mandase cargar la caballería de la izquierda; lo que, cumplido por mí, me contestó: *Dígale usted que yo mismo voy á hacerla cargar.* Vuelto después adonde estaba el Barón, lo encontré algunos pasos avanzado de nuestra línea, sufriendo el terrible fuego que hacía la enemiga, enfrente precisamente del cañón que mandaba el teniente Santa María, el cual le gritaba con toda la fuerza de su voz: *Quítese usted, señor Barón, que voy á hacer fuego á metralla.* El peligro era común á mí, que me había colocado á su lado, y me apresuré á repetirle lo que decía Santa María; se quitó al fin, y el cañón hizo su disparo, al que siguieron otros.

Viendo el Barón que la caballería de la izquierda no había cargado, me ordenó nuevamente que volviese á buscar al General y le dijese por segunda vez, que la mandase cargar. Para cumplir esta orden, me dirigí al rumbo que me pareció conveniente; más, ya todo el orden de primera lí-

---

(1) El general Belgrano cabalgaba ese día un mansísimo caballo rosillo, de paso, que acostumbraba montar habitualmente. Con sorpresa de todos, al primer cañonazo de nuestra línea, se asustó, y dió en tierra con el General. La noticia de la caida se propagó con admirable rapidéz por toda nuestra formación, y al principio se temió que fuese efecto de alguna bala ú otro accidente parecido; más, luego se supo el verdadero motivo. La caida parecía de mal agüero, pero no tuvo resultas desagradables, y luego se olvidó. Pudo decir: *Campo de batalla, te tengo.*

nea estaba alterado, ó por mejor decir, no había línea. Los movimientos parciales que habian hecho los cuerpos, habian variado enteramente las respectivas posiciones, y el campo solo presentaba una espantosa confusión. En medio de este caos, me fué imposible hallar por lo pronto al General, sin embargo que en prosecución de mi intento, corrí verdaderos peligros, dando equivocadamente con los enemigos, de quienes pude escapar con trabajo (1). Tampoco supe más del Barón, hasta después.

Me permitiré unas cuantas palabras más sobre este señor, para no interrumpir después mi narración ocupándome de él. Mientras le acompañé en el combate, no noté signo ninguno de cobardía, pero cuando en los dias siguientes se reunió todo el ejército, me encontré con la novedad que un clamor casi general en los cuerpos de infantería y artillería, lo acusaba de cobarde, argüiéndole que había abandonado el campo de batalla, bajo pretexto de una levísima herida que tenía en la espalda, y que decian, se había hecho él mismo. La herida era cierta, y también lo era su suma pequeñéz, pero no es creible que él mismo se la hiciera; pués, en este caso, era más cómodo y natural, la hubiera practicado en el frente. Lo que había de más verdadero, era que el Barón se había hecho mal querer, y que Dorrego, que se había declarado su enemigo, y otros, gritaron á voces contra él, y que el general Belgrano tuvo que

(1) Buscando al general Belgrano por entre aquella batalla, que contribuía á hacer más confusa la humareda, el polvo y una densísima nube de langostas, que casualmente acertaba á pasar por encima (muchos nos creimos momentáneamente heridos de bala, cuando estos animalejos nos daban de golpes por el rostro ó por el pecho), me dirigí á un cuerpo de infantería que se me ofreció sobre mi camino; había suspendido sus fuegos, y al parecer se reorganizaba. A distancia de cuarenta pasos comencé á dudar, y luego me apercibí que era enemigo; al dar vuelta mi caballo, conocieron también que no les pertenecía, y me saludaron con media centena de tiros, que felizmente no me tocaron. Cosas semejantes y aún peores, sucedieron á otros.

sacrificarlo á las circunstancias. Se separó del ejército, y se retiró á una quinta, donde no lo visitó otra persona fuera de mí, aunque muchos lo adulaban en tiempo de su privanza. Allí esperó el resultado de la solicitud (según me dijo) que había hecho al Gobierno, y al regreso del correo, se marchó á la capital. No fué solo el Barón, á quién se vió forzado el General á sacrificar á las exigencias de los que agitaban al ejército; muy luego veremos otro, que tuvo idéntico destino. Aunque parezcan estas noticias agenas de mi propósito, he creido que convenía anotarlas, para que se conozca el estado del ejército, y lo que tenía que sufrir de sus mismos compañeros, el General que nos ocupa.

Por lo que el mismo General expresa en su Memoria, se echa de ver, que la caballería de la derecha le llamó con preferencia la atención, y que fué el objeto de sus repetidas órdenes: al ver esto, he estado tentado en creer, que hubiese equivocación por mi parte, después de tantos años, y que la caballería, cuya carga tanto recomendaba el Barón, fuese la de la derecha; pero después de bién reflexionado, me inclino á lo contrario, quiero decir, me persuado que he sido exacto en mi relación, por dos razones: Primera, porque colocado el Barón en la izquierda de nuestra línea, no podía ver la extrema derecha, después de empeñado el fuego; Segunda, porque la coincidencia de decir el general Belgrano, que después de hacer cargar la caballería de la reserva, se dirigió á nuestra izquierda, que fué cuando encontró al coronel Moldes, me hace presumir que ese movimiento personal suyo, fué á consecuencia de la indicación que por mi conducto le hizo el Barón, la primera vez que fuí mandado, y á la que como antes dije, contestó: *Digale usted que yo mismo voy á hacerla cargar;* recordando yo con este motivo, que él tomó esa dirección.

El coronel Moldes no tenía mando, ni aún pertenecía al

ejército; sea por patriotismo, sea por amistad que profesase entonces á la persona del General, quiso hallarse en la batalla, sin tener lugar determinado. Lo que dijo al General de hallarse cortado, pudo ser hasta cierto punto exacto; pués, parte de las fuerzas enemigas estuvo algún tiempo interpuesta entre las nuestras. Los movimientos de ambas fuerzas, fueron tan variados, tan fuera de todo cálculo, imprevistos y tan desligados entre sí, que resultó una complicación como nunca he visto en otras acciones en que me he encontrado. En esas conversaciones eternas que sobrevienen después de una batalla, en que cada uno refiere lo que ha sucedido en el punto en que se ha encontrado, y el modo como comprende el conjunto de la acción, suelen tomarse ideas de lo que no se ha podido presenciar personalmente. En la de Tucumán me sucedió lo contrario; pués, después de oidos innumerables detalles, nunca pude coordinarlos, para formar un juicio exacto de los movimientos de ese día de confusión y de gloria, de ese día solemne, y de salvación para nuestra patria.

Después de divagar inútilmente, buscando siempre al General, dí con unos hombres de caballería, que me dieron noticias vagas de su dirección. Siguiéndolas siempre, logré encontrarlo á grande distancia, y después de corrido bastante tiempo; recuerdo que había tenido que mudar dos veces cabalgadura, porque inutilizado mi caballo, tomé primero en el campo, que estaba sembrado de muertos, de equipajes y de armas, una mula, y no sirviendo absolutamente, la cambié por un caballo, que no era tan malo como el mío (1); solo fué después de mil trabajos que pude reu-

---

(1) Aunque mi primer objeto al redactar estas noticias, ha sido suplir lo que falta á la Memoria del general Belgrano, no excuso, sin perder de vista aquel objeto, hablar de lo que personalmente me conciérne: Primero, porque si yo escribiese mis memorias, esta sería una

nirme al General, y entonces era ya enteramente inutil darle el recado de que era portador, y no lo hice.

Estaba acompañado del coronel Moldes, de sus ayudantes, y algunos pocos hombres más. Ni el General ni sus compañeros sabian el éxito de la acción, é ignoraban si la plaza había sido tomada por el enemigo ó si se conservaba por nosotros.

El General estaba triste, pensativo, y como embargado en sus facultades; no se le oía una palabra, sinó con algún motivo muy especial. A la noticia de la aparición del General, empezaron á reunirse muchos de los innumerables dispersos de caballería, que cubrian el campo, saqueando los ricos equipajes del enemigo, y ultimando á los heridos ó dispersos que encontraban. Uno de los primeros que apareció, fué el teniente de Dragones don Juan Carreto, á quién preguntó el General: *¿Qué hay? ¿Qué sabe usted de la plaza?* á lo que contestó: *Nosotros hemos vencido al enemigo que hemos tenido al frente* (pertenecía este oficial á la caballería de Balcarce), *pero creo que el enemigo ha ocupado la ciudad.* Moldes, que sin duda pensaba de otro modo, y que quería persuadírselo al General, le dijo: *No crea usted á este oficial, que está hablando de miedo.* Carreto repuso: *Señor Coronel, yo no tengo miedo, y sí, tanto honor como usted;* á lo que Moldes recontestó: *¡Cómo ha de tener honor un ratero como usted!* acompañando tan terrible apóstrofe, de una mirada del más profundo desprecio. Efectivamente, Carreto traía cargado su caballo y su persona, de ropas, y quizá de otras cosas que no eran visibles, tomadas de los bagajes enemigos. Sin embargo, no fué insensible á la injuria que le había in-

---

parte; Segundo, porque no quiero dar lugar á interpretaciones en lo que respecta á mi conducta personal; Tercero, porque pienso que estos pormenores presentan más en claro los sucesos, y manifiestan que he sido testigo de ellos; Cuarto, porque es una cosa privadísima mia.

ferido Moldes, y provocó un duelo, que este aceptó en el acto. Ambos se separaron para irse á llevarlo á efecto, y habrian andado veinte ó treinta pasos, cuando un oficial peruano, don Manuel Vera, ayudante del general Belgrano, le dijo: *Señor, aquellos hombres ván desafiados.* Como volviendo entonces en sí, y como si recién se apercibiera de lo que pasaba á su presencia, gritó: *Señores, ¿qué insubordinación es esta?* Entonces, muchos de los circunstantes corrieron á interponerse y hacer desistir de su propósito á los presuntos combatientes, lo que conseguido, no se volvió á hablar del negocio.

Pocos momentos después, se presentó don Juan Ramón Balcarce con algunos oficiales y como veinte hombres de tropa, gritando: *Viva la Patria,* y manifestando la más exagerada alegría por la victoria conseguida. Se aproximó á felicitar al General, quién á su vez le preguntó: *Pero, ¿qué hay? ¿En qué se funda usted para proclamar la victoria?* A lo que contestó: *Nosotros hemos triunfado del enemigo que teníamos al frente, y juzgo que en todas partes habrá sucedido lo mismo: queda ese campo, cubierto de cadáveres y despojos* (1). En prueba de ello, mostró al General y demás que estábamos presentes, un gran cuchillo de monte con una rica empuñadura, en que estaba asegurada una medalla de oro de las que se habian grabado en honor de Goyeneche; el cual cuchillo, pertenecía al coronel enemigo Peralta (2). Ya se comprenderá, que la posesión de tal cuchillo ó daga, que debió ser tomado en el equipaje de su dueño, nada argüía en favor de la victoria, y que el alarde que hacía Bal-

---

(1) Cualquiera se hará cargo que no puede exigírseme una rigurosa exactitud en la relación de estos diálogos, después de tanto tiempo; pero el sentido, aunque haya alguna ligera variación en las palabras, es el mismo. Me valgo de este método, para facilitar su inteligencia.

(2) Pienso que no disgustará la descripción de la medalla acuñada en honor del general Goyeneche. En el anverso estaba su busto con insignias militares; en el reverso tenía esta leyenda latina: *Dominus Emma-*

carce, presentándolo como un trofeo, era una ridícula puerilidad. El hecho es, que él ignoraba completamente el estado de las cosas, y que no hacía ni había hecho mucho empeño por saberlo, para no tener ocasión de empeñar nuevamente un combate, contentándose con hacer entender, que había hecho prodigios con su caballería, y conservándose en el interín en una situación perfectamente segura, para ver venir y esperar lo que daba el día. Luego expresaré más detalladamente, el juicio que tengo formado á este respecto.

Mientras tanto, era evidente que el general Belgrano no estaba satisfecho de él, y acaso en parte provenía de eso, el silencio á que se había reducido. Las contestaciones de Balcarce, visiblemente le desagradaron, y debió ser así, pués, tanto ellas como su conducta militar, probaban que el jefe de la caballería no había comprendido que las operaciones de su arma, debian ligarse con las otras de las otras armas, á las que debía dar cooperación y apoyo, y no contentarse con andar correteando un campo sin enemigos ya, espulgando los equipajes, cuando á algunas cuadras había con quién combatir. Su ayudante predilecto, su hombre de confianza, don José María Palomeque, que no se separaba de él un momento, no hizo escrúpulo de hacerse seguir públicamente, durante esos dias, de un carguero de baules tomado al enemigo, que se había él adjudicado, sinó es que pertenecía á otra mayor categoría.

Habiendo ya este núcleo de fuerza reunida, sirvió de base para que concurriesen otros de los muchos que anda-

---

nuel á Goyeneche, Ariquipensis origine, militum ægregius magister, confregit argentina castra in conflictu campestri de Huaqui et Sipe-Sipe, adque subigit commiter civitates subversas Paz, Potosí, Chuquisaca et Cochabamba. En la hoja del cuchillo, se leía: *De Peralta el regimiento, y este bién templado acero, sostuvo el Desaguadero, y dió á Amiraya escarmiento.* Amiraya es la primera batalla de Sipe-Sipe, dada por los cochabambinos, mandados por Diaz Velez y Rivero, en 1811.

ban dispersos y entretenidos en el merodeo, á guisa de una horda de indios pampas; de modo, que pasado algún tiempo, pudo formarse una pequeña columna de doscientos hombres. El general Belgrano no podía ser indiferente á la suerte del ejército, que había desaparecido como por encanto, y á su propia gloria. Nadie sabía de nuestra infantería, ni de la plaza, y era preciso averiguarlo; en consecuencia, dispuso el General que se marchase en dirección á la ciudad, de la que distaríamos más de una legua. Al poco rato de marcha, se avistó un grueso cuerpo de tropas, formado á la orilla del pueblo, sin que se supiese á que ejército pertenecía. El General seguía siempre silencioso á la cabeza de la columna, por más que otros conversaban á su alrededor. Como se agitase la cuestión de si eran enemigos los que se avistaban, ó si sería nuestra infantería, y como se dividiesen las opiniones, exclamó el General, interrumpiendo su silencio: *¡Y cómo hemos de salir de dudas, si yo y mi comitiva somos los que vamos de descubridores!* Era así efectivamente, porque á nadie se le había ocurrido mandar batidores, y ni aún entonces recuerdo que lo hiciese el señor Balcarce.

Cuando oimos expresarse al General en ese tono de amarga reconvención, nos apresuramos unos cuantos oficiales que íbamos sueltos, á suplir esta falta: recuerdo al capitán don Apolinario Saravia (álias) Chocolate, salteño, el teniente Carreto, algún otro, y yo (1). Tomando buenos

(1) Me permitiré hacer relación de un incidente particular en este día, para mi tan fecundo en lances personales, de los que, aunque omita algunos, no dejaré de referir los que ofrezcan más interés. Dos horas antes había casi reñido con el capitán Saravia, arriba mencionado, por defender unos prisioneros que él quería hacer matar: ahora me prestó un importante servicio, con lo que quedamos reconciliados, para volver á disgustarnos más tarde, en un tercer encuentro. Siguiendo nuestra marcha descubridora, por un campo sembrado de cadáveres y de armas, de baules destrozados y de toda clase de restos de equipajes, incluso el coche del general

intervalos marchamos en línea, aproximándonos á la fuerza que se quería reconocer. Era casi toda de infantería, y no se separaba ni un hombre de sus filas. Sin embargo, nos aproximamos lo bastante para persuadirnos que era enemiga, y volvimos á encontrar al General, que había seguido trás nosotros, para darle cuenta del resultado de nuestras observaciones. Ya él mismo se había aproximado demasiado con la columna, y como manifestase aún dudas de lo que decíamos, el enemigo quiso entonces comprobar nuestros partes, rompiendo el fuego de cañón sobre nosotros. Ya entonces no había que trepidar; el enemigo, en gran fuerza, se había establecido en los arrabales de la ciudad, lo que hacía sospechar que ocupaba la ciudad misma. Pero en tal caso, ¿qué se había hecho toda nuestra infantería? ¿Había sucumbido toda, en términos, que no había escapado uno que viniese á darnos la noticia? Había tomado otra dirección, sin que nadie lo hubiese percibido? Estas crueles dudas atormentaban á todos, y al General más que á nadie, quién por deber, por honor y por su gloria propia, no podía abandonar una parte del ejército, si es que en algún punto se sostenía; para hacer más positivas estas dudas, no se oía un solo tiro á la parte de la ciudad, y todo había entrado en un silencio profundo, fuera de los cañonazos antedichos.

Ignoro lo que sobre esto pensaban el General y los jefes superiores que lo acompañaban, pero el resultado fué, que

---

Tristán, repentinamente se me apareció un soldado á pié, á quién no había visto hasta que estuve muy inmediato, porque estaba agachado. Mi pregunta primera fué para saber qué fuerza era la que teníamos al frente, y él sin desconcertarse, me contestó: *Es nuestra. Pero bién*, le dije, *¿y usted, á qué ejército pertenece? Al nuestro*, volvió á contestarme. *Más, ¿cuál es el nuestro?* le pregunté por tercera vez, y su contestación era la misma: *El nuestro*. Lo que probaba que él ignoraba también, con quién hablaba. Para hacerlo expresarse con claridad, quise asustarlo, y sacando una mala pistola que cargaba, le dije: *Hable usted la verdad, ó lo mato*. El hom-

después de un rato en que pareció que consultaban, empezamos á retirarnos lentamente con dirección al Rincón, estancia del teniente gobernador don Francisco Ugarte, sita á tres leguas de Tucumán, rumbo sur. Es probable que desde allí se pensaría tomar nociones sobre el estado de las cosas, que hasta entonces no se habian podido obtener. En cuanto á mí, hasta ahora me confundo, considerando la indolencia, ó no se que nombre darle, á esa apatía que manifestó tanto oficial antiguo, tanto militar experimentado, para penetrar aquel misterio que á todos nos mortificaba. No sé que alguno hiciese diligencia, ni diese paso para conseguirlo. Voy á referir lo que yo hice de mi propia espontaneidad.

En la excursión exploradora ó descubridora que he referido, encontramos tirados en el campo, dos cañones, que había abandonado el enemigo en sus precipitados y desordenados movimientos. Eran precisamente las dos piezas de montaña, que nos habian tomado el 3 del mismo mes, en el río de las Piedras. Sin duda al abandonarlos, los enemigos no tuvieron tiempo ni avios para clavarlos, y se contentaron con inutilizarlos momentáneamente, desmontándolos, quitando las ruedas á las cureñas, y llevándose los sotrozos (cuñas del eje que sujetan las ruedas). Cuando

---

bre pareció sorprendido, y tendiendo los brazos en ademán de súplica, retrocedia en proporción que yo avanzaba; más, su retirada llevaba también el designio de tomar su fusil, que estaba allí cerca, entre el pasto; asi fué, que cuando llegó á él, lo tomó con rara prontitud, y poniendo una rodilla en tierra, me puso los puntos. Yo le disparé mi mala pistola, sin efecto, porque no dió fuego; él tampoco disparó el fusíl, lo que me hace creer que estuviese descargado, conservándonos en esta actitud por algunos instantes. Saravia, que no estaba lejos, se precipitó en mi ayuda, con la celeridad de un rayo, lo cual, visto por el soldado, tiró su arma á tierra, y huyó. Saravia lo persiguió armado, como buén paisano, de un poderoso puñal, y habiéndolo alcanzado, sin apearse ni parar el caballo, le dió dos ó tres tremendas puñaladas por la espalda, de que cayó, me supongo que muerto. Saravia era muy agauchado, cabalgaba un soberbio caballo, era sumamente diestro en su manejo, y profesaba un odio rencoroso á los realistas. El soldado de que he hablado, lo era.

ví que nos retirábamos sin llevar los cañones, lo que me parecía facil, no pude menos que deplorarlo interiormente, y aún hablarlo con otros compañeros. Viendo que seguía la retirada, que ya nos habíamos alejado como media legua, y que no se tomaba providencia alguna, me aproximé al coronel Moldes, que al parecer poseía la confianza del General y que estaba siempre á su inmediación, y le dije cuanto había visto relativamente á las dos piezas de artillería y á la facilidad que había de traerlas, si se mandaba una partida bién montada. Al principio pareció dudar de la exactitud de la noticia que le daba, pués, ni la columna, ni él, ni el General, llegaron nunca adonde estaban; pero, habiéndome ratificado en ella, me llevó á presencia del General (todo esto era sobre la marcha), quién ignoraba completamente el hecho. Después de oirme, me dijo: *Pués que usted sabe donde están los cañones de que me habla, preciso es que vaya á traerlos*. A cuyo efecto mandó orden al jefe de Dragones, que era don Diego Balcarce (á quién yo entonces apenas conocía de vista), para que pusiese á mi disposición, una partida bién montada. Confieso francamente, que esta comisión me contrarió altamente, porque nunca pensé que me la diesen. Había tantos oficiales de caballería con tropa propia, prácticos del terreno, hombres de campo y bién montados; por otra parte, estaba tan falto de sueño y tan cansado, con el servicio que día y noche hacía al lado del Barón, hombre que me manifestaba aprecio, pero que era majadero en grado superlativo, que fué para mí un verdadero sacrificio el encargo que se me dió, á consecuencia de mi oficiosidad.

Cuando estuve con don Diego Balcarce para que me entregase la partida que debía acompañarme, le pedí me hiciera dar á mí también un caballo, porque el que cabalgaba estaba enteramente malo. Ordenó entonces al teniente don Gregorio La Madrid (General hoy) que me cediese el

suyo, el que lo hizo, desmontándose y cambiando, sin quitar las monturas, con el mío; mucho gané en este cambio temporario, porque el del señor La Madrid era un superior lobuno, que me facilitó mucho el desempeño de mi comisión.

Vuelto al campo de batalla con mis ocho ó diéz hombres, y algunos más que reuní en el camino, á pocas cuadras del enemigo, que permanecía inmóvil y concentrado, hice montar los cañones y suplir la falta de sotrozos, con las baquetas de las tercerolas, retorcidas y aseguradas lo mejor que se pudo. Hecho esto, me puse en marcha, en seguimiento de nuestra columna de caballería, sin que el enemigo desprendiese un hombre para impedir ó molestar mi pequeña operación. Habiendo andado como media legua, siempre con mi pensamiento fijo en la ciudad, cuyas torres y casas veíamos, cuyas calles alcanzábamos á discernir, sin poder saber lo que en ella pasaba, me encontré con el porta-guión de entonces (General hoy día, en Buenos Aires), don Felipe Heredia, que iba sin duda, procurando reunirse á la columna. Ya las piezas en salvo y en marcha, teniendo un oficial del mismo regimiento, de la partida que yo llevaba, á quién encargar su conducción, creí que podía hacerlo, para dedicarme á penetrar el arcano que nos abrumaba, y saber la suerte de nuestros compañeros de infantería y artillería.

Encargando, pués, al alferez Heredia, la conducción de las dos piezas, con recomendación de entregarlas al General, y decirle que yo me dirigía á adquirir noticias de la ciudad, tomé solo dos hombres bién montados y prácticos del lugar, porque eran tucumanos, é hice un cuarto de círculo á distancia de la ciudad, hasta ponerme perfectamente rumbo sur, entonces dando una conversión á mi izquierda, me dirigí rectamente, hasta penetrar en las primeras calles. Todas las puertas estaban cerradas; ensayamos tocar algunas, y fué del todo inutil; tuve, pués, que seguir adelante por la calle recta de la Matríz, sin ver ningún

viviente, sin embargo que no serian más que las tres de la tarde. Colocado ya á tres cuadras de la plaza, alcanzaba á ver gente en la parte interior del foso, pero nada me indicaba aún, que fuese nuestra; al fin me llegué tanto, que conocí que eran compañeros los que lo guarnecian. Puesta una planchada, estuve dentro, y me entregué por unos momentos, al gusto de ver amigos cuya suerte ignoraba, y de saber los importantes resultados de la batalla. Había cerca de quinientos prisioneros, cinco cañones, armamento, y muchos jefes de nota, tomados al enemigo. La plaza estaba fuerte; las azoteas y casas inmediatas, estaban ocupadas por nuestras tropas; los fosos y calles, bién artillados y guarnecidos; finalmente, todos resueltos á la más vigorosa defensa. Los de adentro preguntábanme con igual interés, del General, de la caballería, de lo que pasaba fuera, porque estaban en idéntica ignorancia de lo que sucedía fuera de la plaza, y solo sabian que el enemigo estaba á pocas cuadras, ocupando las casas de los arrabales. Nadie había soñado en salir, y cosa extraña, el General tampoco había pensado en hacer diligencias de averiguarlo.

Luego que supe que el general Diaz Velez tenía el mando de la plaza, traté de ir á darle parte de lo que tanto deseaba é importaba saber. Pero antes quiero decir algo, sobre mis deseos y disposiciones personales.

Mi cansancio era sumo, al que se agregaba la falta de sueño, que en la juventud es tan poderosa; había, pués, mirado mi arribo á la ciudad, como el término de las aventuras de aquel día, y como el lugar de un ligero descanso. Por otra parte, mis vivos esfuerzos por entrar á la ciudad, habian tenido el objeto de reunirme á mi cuerpo, que, según he dicho, era accidentalmente el de artillería, del que podía suponérseme disperso. Yo era seguramente inculpable, pués, me había separado en desempeño de un servicio que no podía rehusar, cuando se me mandó buscar al Ge-

neral; pero, á pesar de eso, temía la maledicencia, y también la animadversión de algunos, que después de haber adulado mucho al Barón, empezaron á morderme, cuando este hizo alguna distinción de mí. Había también en el ejército una especie de facción, capitaneada por Dorrego, que se había abrogado el derecho de clasificar el mérito de los oficiales y jefes, sin dispensar al mismo General. Esta facción no me era contraria, pero tampoco me pertenecía; de modo, que no era difícil que me envolviese en el anatema que había fulminado contra el Barón, y que iba á estallar en primera ocasión, como sucedió. Diré, pués, francamente, que no fué solo patriotismo y celo por el servicio, el que me hizo arrostrar el peligro para entrar en la plaza y buscar mi cuerpo, si es que él estaba allí, y sinó, hacer una acción que mereciese alguna distinción. No me había equivocado: en los dias posteriores, los de la plaza hablaron con el mayor desprecio de los que habian quedado fuera, y aún cuando esto pudiese no ser justo, yo me aplaudía de mi resolución, para tapar la boca á cualquiera, si es que se atrevía á ofenderme.

Pasados los primeros momentos con los oficiales que estaban en la trinchera de la Matríz, según he indicado, me dirigí á casa del general Diaz Velez, que distaba solo media cuadra; me examinó con avidéz sobre la situación de nuestras fuerzas fuera de la plaza, sobre el General en Jefe, sus miras, etc., y luego que hube satisfecho sus preguntas, tomando ese tono verboso, gritón y fantástico, con que solía suplir ó disimular la falta de otras cualidades, me dijo: *Vuelva usted á montar á caballo y vuele en alcance del General, para decirle que tenemos tales y cuales ventajas; que se han tomado todas las medidas de defensa; que la plaza está fuerte, y que se defenderá hasta la última extremidad.* Un rayo caido á mis piés, no me hubiera desconcertado más que esta orden, y deseando aún eludirla, le dije: *Señor, no*

tengo caballo, porque el que traigo está cansado. Llamó entonces á su ayudante, el mayor Videla (álias) Matamoros, que después fué Jefe de Policía en tiempo de la Presidencia, en Buenos Aires, y sin bajar del tono alti-sonante, le dijo: *Vaya usted y quite un caballo aunque sea al Espíritu Santo, y déselo al señor.* *Entonces,* repuse, *deberán ser tres, pués en el mismo caso están dos soldados que me acompañan. ¿Y para qué quiere usted compañía?* me dijo, *vaya usted solo. Señor,* contesté, *no soy del país, no conozco los caminos ni la campaña, y me será imposible dar con el General en Jefe, sin un práctico. Pués bién, Videla,* concluyó, *en lugar de un caballo, dé usted dos al señor, y que marche inmediatamente.*

No puedo menos que comparar al que quería empuñar la maza de Hércules, para aplastar un mosquito, á un General, que durante lo crítico del conflicto no ha hecho ostentación de su autoridad, y que toma un tono más que napoleónico, para mandar tomar un caballo, é intimar á un joven subalterno, una orden cruél. Sí, era cruél mandar á un joven delicado, sin práctica del campo, sin destreza en el caballo, sin experiencia en la guerra, que acababa de hacer un servicio quizá superior á sus fuerzas, á que atravesase solo, tres leguas de terreno que no conocía, por entre enemigos verdaderos ó maliciosamente simulados (1), y por entre toda clase de peligros. Lo singular es, que no me dió comunicación ninguna, para que todo fuese informal, ó quizá porque no creía que llegase á mi destino.

Mientras se preparaban los caballos, se anunció un parlamentario del enemigo, y efectivamente, lo ví entrar á casa

(1) En el camino, buscando de nuevo al General en Jefe, me ví rodeado de una partida de gauchos, que me desconocieron ó afectaron desconocerme, y me asestaron sus armas, bajo pretexto de que me creian enemigo: no me costó poco trabajo persuadirlos. A mi hermano Julián, le sucedió ese día otro tanto, y aún más; pués, lo hicieron prisionero, y ya le habian quitado algo de su ropa; otros oficiales que llegaron, lo salvaron de este disgusto.

de Diaz Velez, conducido del brazo por Dorrego, porque traía los ojos vendados. Tristán, haciendo un esfuerzo, intimaba rendición á la plaza. Diaz Velez me hizo llamar para encargarme dijera al General, que la contestación que iba á dar, era enérgica y negativa. Lo singular es, que Tristán amenazaba incendiar la ciudad, y según oí, se le contestó que en tal caso, los prisioneros serian pasados á cuchillo. Entre estos, estaban los coroneles Barreda, primo de Goyeneche; Peralta (el dueño del cuchillo de monte), tan mal herido, que murió esa noche; el comandante de ingenieros, Alcón; el auditor de guerra Medeiros (hijo), y otros oficiales de nota.

Salí al fin de la ciudad, pero no por donde había entrado, pués, atendida la posición del enemigo, había sido sumamente peligrosa la vía que había traido. Salí por el este, para luego tomar al sur. Habiendo andado cinco sextas partes del camino, cuando mi caballo empezaba á flaquear, fuí alcanzado por el capitán Saravia, siendo este el tercer encuentro que tenía con él en este día. Venía de la ciudad, adonde había logrado penetrar después de mí; había salido también después, pero con mejores cabalgaduras, y con los recursos de un hombre de campo, había andado más ligero. Nuestra diferencia entonces, que no pasó de amistosa, era sobre quién había penetrado primero en la ciudad, pretendiéndolo él, y negándolo yo. Hubiera querido ser yo también quién llevase primero, ya que estaba en camino, tan buenas noticias al General en Jefe, pero no pude: Saravia picó su caballo, y me dejó atrás.

Llegué á las oraciones al Rincón, donde había acampado el general Belgrano, quién me recibió en la casa de la hacienda; sin embargo que había hablado con Saravia, me interrogó con proligidad; á mi vez le pregunté si le habian sido entregadas las dos piezas de artillería que había mandado con el alferez Heredia, y contestándome afirmativa-

mente, insinuó los deseos de que se habilitasen, para que en caso preciso, sirviesen contra el enemigo, y quedasen afectas á la división que se aumentaba por momentos.

Penetrado de la importancia de lo que indicaba el General, y haciendo reminiscencia, le dije: *Señor, no me parece difícil proveer las dos piezas de municiones y juegos de armas que les faltan, si podemos hallar el parque del ejército, que no debe estar lejos*(1). *Este, según la orden general preparatoria que precedió uno ó dos dias á la batalla, debía salir á distancia de una legua del pueblo, pasar el río, y situarse en la banda sur á esperar órdenes; si estas no le han ido, es consiguiente que se conserve allí. Dice usted muy bién*, me contestó, *yo no he mandado ninguna, y de consiguiente, debe permanecer en aquel punto. Salga usted ahora mismo á buscarlo, que se le provea de un baqueano ó guía, y traiga usted todo lo preciso esta noche, para habilitar las piezas, que sin eso, nos son inútiles.*

Véaseme, pués, otra y otra vez, hecho víctima de mi oficiosidad, y cuando esperaba recostarme un poco, descansar un rato, dormir un par de horas, tener que montar á caballo y salir á campear, con un ordenanza y un práctico, por un terreno erizado de peligros. No hubo mas remedio; fué

---

(1) El parque del ejército y sus medios de trasporte, se conservaban en la misma forma que habian estado en la frontera del Perú, donde no se puede hacer uso de rodados. Consistía en setenta ú ochenta cargas que se conducian á lomo de mula. Había un arriero mayor, hombre inteligente y de responsabilidad, que tenía siempre prontas un cierto número de mulas aparejadas, para cualquiera hora que se le pedian, mediante una retribución de cuatro fuertes por mula, en las Provincias Bajas, y seis en el Perú, que se le abonaban mensualmente. Dicho arriero mayor, que en esa ocasión era un tal Mariño, proveía de medios de trasporte, no solo los parques, sino los equipajes, proveduría, hospitales, y toda clase de bagajes. Es un excelente método, y lo creo apreciable hasta cierto punto, en nuestro país; el ejército del Perú estaba muy bién servido. Mariño hizo una gran fortuna en Tucumán, apropiándose toda la mulada del ejército enemigo, y aún muchas mulas ricamente cargadas. En Vilcapugio y Ayohuma perdió todo, y últimamente cayó prisionero. No he vuelto á oir hablar de él. Esa es la guerra.

preciso resignarse, pero con la advertencia, que tomaba estas cosas tan á lo serio, que no hubiera defraudado media hora al servicio público, entregándome al descanso, por todos los tesoros de Potosí; así fué, que no encontrando el parque en el lugar designado, me propuse recorrer todas las casas del distrito para adquirir noticias de él, sin detenerme en ninguna. Con asombro mío, empecé á encontrar en muchas de ellas, soldados enemigos rendidos, y soldados nuestros dispersos. Hubo casa en que había solo mujeres en compañía de dos ó más soldados del ejército Real, que se confesaban prisioneros y dormian tranquilos, bajo la salvaguardia de las pacíficas habitadoras del rancho, adonde los había llevado la casualidad ó su destino.

Recuerdo que durante mi nocturna peregrinación, llegué á una casa pobre, en cuyo patio cenaban, muy amistosamente, un cabo Solís, de artillería, que con cuatro soldados del mismo cuerpo, era conductor de seis cargas de municiones, en compañía de ocho ó diéz prisioneros que se le habian entregado. Como era doble el número de los rendidos, el cabo Solís contemporizaba con ellos, y se creía casi á su disposición; más, en nada menos pensaban, que en abusar de su fuerza, y por el contrario, estaban perfectamente sumisos y resignados á su destino. La causa de esta singular anomalía, consistía, en que habiéndose dispersado de su ejército, y viéndose en un terreno desconocido, expuestos á ser inmolados, si caian en manos de los gauchos, en el campo, reputábanse como felices, si lograban asilarse en una casa, donde, aunque se les considerase como prisioneros, se les garantía la vida. Las municiones que tenía el cabo Solís, eran de calibre de á seis, y de consiguiente, no servian para los cañones que teníamos fuera de la plaza. Era un repuesto destinado á proveer las piezas que estuvieron en la batalla, y que en medio de la hor-

renda confusión de ese día, se extravió, y esperaba como tantos otros, el siguiente, para ver más claro.

Mi primer propósito fué ir reuniendo y hacer marchar conmigo, las partidillas que iba encontrando; pero hallé el inconveniente que sobre quitarme mucho tiempo, debía hacerles andar mucho camino inutil. Preferí, pués, darles un punto adecuado de reunión, y seguir yo, mi prolija investigación. En ella invertí toda la noche, hasta que adquirí la certidumbre que el parque no estaba por allí, y aún tuve noticias de que se le había visto regresar á la ciudad.

Al salir el sol el día 25, estuve de regreso en el campo del general Belgrano, y muy luego, trás de mí, una pequeña columna de soldados nuestros y prisioneros, por mitad más ó menos; todos podrian llegar á ciento cincuenta hombres. Entonces empezamos todos á conocer las ventajas de nuestra situación, sobre la del enemigo; las noticias que por todas partes se recibian, anunciaban sus descalabros del día anterior, y lo precario de su estado. El general Belgrano se movió resueltamente del Rincón, en dirección á la plaza, con la que abrió comunicaciones más fáciles, y nos presentamos á la vista de Tristán, que se conservaba con su ejército concentrado, en la misma posición del día anterior. Hicimos en el día algunos movimientos de puro aparato, y á las dos de la tarde se despachó un parlamentario para intimar rendición al ejército Real, que era lo mismo que Tristán había hecho la tarde antes con la plaza. El coronel Moldes fué el que tuvo esta comisión, y creo que no pudo ser más acertada la elección, tanto por la arrogancia de su caracter, cuanto porque era un oficial que había servido en Europa, y probablemente conocido de Tristán. La contestación fué, que *las armas del Rey no se rendian;* y ya no se pensó sinó en acordar hostilidades más serias.

Esa noche (la del 25 al 26) hicimos una marcha semicir-

cular, rodeando la ciudad, hasta llegar al punto del arroyo Manantiales, de que hicimos mención al principio de estas apuntaciones. Las horas que duró la marcha, fueron para mí, de un acerbo tormento, producido por la falta de sueño y la imposibilidad de entregarme á él. La necesidad de dormir que sentía, era tan urgente, que ningún esfuerzo bastaba á resistirla, y á cada instante me veía expuesto á caer del caballo y ser quizá pisoteado, después de sufrir un buén golpe. Además de eso, abandonaba las riendas, y el caballo me llevaba arbitrariamente, á veces dirigiéndose al campo, y otras dando trompicones á otros caballos y á los caballeros. El general Belgrano marchaba á la cabeza, y yo estaba provisionalmente adjunto á su comitiva; muchas veces me sucedió recordarme á su lado, después que mi caballo había dado un empellón al suyo. Sin duda conoció mi estado, y tuvo la consideración de prudenciar mis involuntarios ataques; lo mismo me sucedió con otros, jefes y no jefes, que tuvieron igual consideración. Cuando llegamos á los Manantiales, y se permitió apearse y descansar un rato, yo apenas pude tomar el pellón de mi montura, y caí como un muerto. Estoy seguro, que se hubieran disparado cañonazos, y me hubieran acaso muerto, sin que volviese en mí. Solo es después, que he aprendido á dormir á caballo, sin dejar de marchar: todo lo consigue la necesidad y la costumbre.

A la mañana siguiente, cuando todos creíamos que íbamos á emprender operaciones más activas, es que se supo que el enemigo había decampado esa noche antes, y había definitivamente emprendido su retirada para Salta. El general Belgrano no perdió tiempo ni la ocasión de sacar las ventajas posibles de la victoria, que al fin se declaraba enteramente por nosotros. Organizó una vanguardia de las mejores tropas de infantería y caballería, y al mando del general Diaz Velez, la destacó en persecución del

enemigo. Quizá he dicho mal *en persecución*, porque esta fuerza, que sería de quinientos á seis cientos hombres, no tenía poder para ofrecer una batalla al ejército de Tristán; pero, como su objeto era picar la retaguardia enemiga, quitarle los recursos, preparar algunas sorpresas, batir partidas que se desprendiesen, y hacer lo que se llama la pequeña guerra, era muy suficiente al objeto. No hizo, sin embargo, cosa notable, fuera del ataque de Jujuy, sobre el que diré más palabras.

Siendo nuestra vanguardia absolutamente dueña de la campaña, lo era también de todos sus movimientos, en toda la extensión de esta palabra. El ejército enemigo, en un país que poco conocía, donde no encontraba ninguna simpatía, sin caballería, marchando en masa, solo tenía el terreno que materialmente pisaba, y no sabía lo que pasaba en dos cuadras de su campo. Nuestra fuerza, por el contrario, podía fraccionarse, reunirse, pasar á vanguardia del enemigo, ponerse sobre sus flancos (1), y hacer toda clase de movimientos. Veamos, pués, las ventajas que se sacaron de esta situación.

El capitán don Cornelio Zelaya, con el de la misma clase, don Eustoquio Moldes, fueron destinados á sorprender la guarnición de Jujuy, donde estaba detenido un importante convoy, consistente lo más, en dinero metálico que venía para el ejército Real; los enemigos se atrincheraron en una calle de la ciudad, y rechazaron el ataque, quedando herido y prisionero el capitán Moldes.

---

(1) Las circunstancias habian variado enteramente de cuando se emprendió nuestra retirada de Humahuaca, donde dije que esta operación era inutil y peligrosa; sobre todo, había variado el teatro; pués, ahora nos hallábamos fuera de la sierra, donde la caballería ó infantería montada, estaba perfectamente garantida contra los ataques del enemigo. Este iba en retirada, y no había peligro en fraccionarnos, lo que no sucedía en el primer caso.

De mayor consecuencia fué lo sucedido en Salta, donde Tristán había reunido sesenta ú ochenta prisioneros, que nos había hecho desde la acción de Las Piedras, con unos cuantos oficiales. Estos, sabiendo nuestra victoria de Tucumán, se insurreccionaron y se incorporaron á nuestras fuerzas. Un oficial Burgos, tucumano, fué el que capitaneó este movimiento, no obstante que entre los presentes, había oficiales de más graduación.

El general Diaz Velez con su vanguardia, tomó desde el Pasaje (río), el camino de la Pedrera, y anticipándose al enemigo, entró en la ciudad de Salta; pero después de uno ó dos dias de momentánea ocupación, tuvo que abandonarla á la aproximación de Tristán, que llegaba por el otro camino. Fuera de lo que se ha dicho, no hubo más que uno ó dos tiroteos insignificantes en todo el camino, siendo la mejor ventaja de esta expedición, el convencimiento de nuestra superioridad en estas Provincias Bajas, debida á la decisión del paisanaje, y á la facilidad de hacer obrar la caballería. La expedición regresó á Tucumán á fines de Octubre, sin otra novedad.

Se me dispensará que ocupe algunas líneas dando una noticia del general Arenales, que puede decirse, que en ese tiempo empezó su carrera militar en los ejércitos de la patria. El, había obtenido empleos en tiempo del gobierno colonial, y recuerdo que era sub-delegado de Arque, jurisdicción de Cochabamba, cuando por diferencias ruidosas que tuvo con el gobierno de esta provincia, se libró contra él una orden de prisión; hizo, como prófugo y sin pasaportes legales, aquel célebre viaje, uno de los más rápidos que se cuentan, hasta Buenos Aires, donde él mismo se presentó al Virey ó la Audiencia, á dar sus descargos.

Cuando la revolución de Chuquisaca, el año 1809, fué nombrado por la Audiencia, Comandante General de Armas, de modo que cuando con la ida del presidente Nieto,

fué sofocada la revolución, fué mandado preso á Lima. Debió salir sin duda en libertad, y regresó á Salta, lugar de su vecindario, donde era alcalde ordinario, cuando Tristán hizo su invasión. La revolución de los prisioneros, de que acabo de hablar, lo tomó allí, porque no había emigrado, sinó que esperó tranquilamente al enemigo. Vuelto Tristán á Salta, se ocultó en una chacra, pocas leguas distante, porque supo que se le atribuía inteligencias con los prisioneros sublevados. Desde su retiro hizo varias diligencias para rehabilitarse con Tristán, pero no habiéndolo conseguido, se fué definitivamente á Tucumán, donde se presentó al general Belgrano. Allí estuvo separado del ejército, y solo se incorporó al marchar á Salta, en cuya victoria se halló. Este fué el principio de su honrosa carrera en los ejércitos de la Independencia, en que prestó tan útiles servicios, y en que adquirió victorias gloriosas, tal como la Pasco y la Florida.

CAPÍTULO II

SALTA

Importancia de la batalla de Tucumán. — Energía del general Belgrano.—Papel que desempeñaron las distintas armas en el combate.—Desavenencias entre los principales jefes.—El espíritu religioso en el ejército.—La disciplina se resiente por la conducta del comandante Dorrego.—Premios acordados al general Belgrano.—Movimiento y maniobras del ejército sobre Salta.—Ataque y triunfo de la línea de los patriotas.—Rendición del ejército realista.—Juicio sobre la capitulación de Salta.

La batalla de Tucumán, tanto por la importancia como por su mérito militar, merece que le dediquemos algunas observaciones, y si se quiere, sea un juicio crítico que emitiremos con la más severa imparcialidad. Según las noticias de aquel tiempo, el general Belgrano, atendida la inferioridad de sus fuerzas, tenía orden del Gobierno General, para evitar una batalla y continuar su retirada hasta Córdoba. Cuando él desatendió estas órdenes, ó las interpretó tomando sobre sí el variarlas, contrajo una responsabilidad, que prueba la elevación de su caracter y la firmeza de su alma. Esa sola resolución era de un gran mérito, y de esperar era, que la honrase y justificase la victoria, como sucedió.

Al menos perspicaz se le ocurre, que, abandonada la provincia de Tucumán, inclusa la ciudad y territorio de Santiago que le pertenecía, el enemigo no solo adquiría

uña extensión del territorio (prescindiendo de la fuerza moral que le daba tan vasta conquista), que reducía en la misma proporción el que dominaban nuestras armas, sinó que le ofrecía la inapreciable ventaja de poder aumentar su caballería y formar nuevos cuerpos con hombres idóneos para el servicio de esta arma. Por más que nuestros gauchos, y en general los hombres de la campaña, fuesen decididos por la causa, es indudable, que jugando con actividad y tino, los resortes que están en manos del Gobierno y de un General vencedor, hubiera adquirido el ejército Real, muchos hombres de estas provincias, para su caballería. Así vimos que no dejó de sacar fruto de sus momentáneas ocupaciones de las de Salta y Jujuy, de donde los Olañeta y otros, lograron atraer hombres que sirvieron al enemigo hasta el fin, con admirable decisión. Ya desde Santiago, habíamos visto desertar al alcalde provincial, don N. Aranda, hombre animoso y de gran prestigio (1), para irse á incorporar al general Tristán. El cura Laguna, de Las Trancas, se había también reunido al ejército Real, cediendo á las persuasiones de Tristán, y empezaba á predicar la guerra contra sus mismos paisanos. Véase, pués, cuantas conquistas semejantes hubiera hecho Tristán, quién, para que fuese más peligroso, tenía la calidad de americano, como eran casi todos los jefes de su ejército. Si á esto se agrega, que los europeos mandados retirar desde el Perú, Salta, Jujuy y Tucumán, como también los que habian desterrado de Buenos Aires, inundaban la campaña de Córdoba, que iba á ser fronteriza, se convendrá en que la batalla de Tucumán fué un suceso grandioso y de grandes resultados para la causa de la libertad.

---

(1) En la acción de Tucumán, fué hecho prisionero y mandado fusilar en la plaza pública del mismo Santiago, por el general Belgrano.

Hay más aún que decir en honor del general Belgrano. Hasta que él tomó el mando del ejército, se puede asegurar que la revolución, própiamente hablando, no estaba hecha en esas mismas provincias, que eran el teatro de la guerra. Cuando en principios de este mismo año (1812), emprendió el general Pueyrredón su retirada con el ejército, nadie (con muy raras excepciones) se movió de su casa, y esos salteños y jujeños tan obstinados y patriotas, como valientes después, se quedaban muy pacíficamente para esperar al enemigo y someterse á su autoridad, sin excluir muchos empleados y militares, que no estaban en servicio activo. Cuando en Agosto emprendió el general Belgrano la suya, la hizo preceder de un bando fulminante, mandando el completo abandono de los pueblos y lugares que debía ocupar el enemigo. *Estancieros,* decía el bando, *retirad vuestras haciendas; comerciantes, retirad vuestros géneros; labradores, retirad vuestros frutos; que nada quede al enemigo, en la inteligencia, que lo que quedare, será entregado á las llamas* (1). Efectivamente, algo sucedió de esto; pués, tuve noticia de uno ó dos cargamentos de efectos que se distribuyeron á la multitud ó se quemaron, y yo mismo, y todo el ejército presenció el incendio de dos gruesos cargamentos de tabaco en covos, por la misma razón.

Aunque estas providencias no tuvieron todo su efecto, por la precipitación de nuestro movimiento y la dificultad de llevarlas á efecto en toda su extension, y aunque parezcan algo crueles, no trepido ni un instante en asegurar, que fueron de una gran utilidad política: ellas despertaron los ánimos ya medio resignados á sufrir el yugo español; ellas

(1) No tengo á la vista el documento á que me refiero, y las palabras que pongo de él, son un recuerdo de mi memoria. Sin embargo, si hay alguna alteración, será muy pequeña é insustancial. Tristán en una carta á Goyeneche, que fué interceptada, le dice: *Belgrano es imperdonable por el bando de tantos de Agosto.*

nos revelaron, haciéndolo mayor, la gravedad del compromiso que habíamos contraido cuando tomamos las armas contra el gobierno establecido por la metrópoli; ellas, en fin, nos hicieron conocer que era una cuestión de vida ó de muerte para nuestra patria, la que se agitaba, y que era preciso resolverse á perecer ó triunfar, fuera de que estas medidas enérgicas, que recaian indistintamente sobre las personas más elevadas de la sociedad, hirieron la imaginación de las masas de la población, y las predispusieron á desplegar esa fuerza gigantesca, que ellas mismas ignoraban, y que después han hecho de las Provincias Bajas, un baluarte incontrastable.

Muchos han criticado al general Belgrano como un hipócrita, que sin creencia fija, hacía ostentación de las prácticas religiosas para engañar á la muchedumbre. Creo primeramente, que el general Belgrano era cristiano sincero, pero aún examinando su conducta en este sentido por solo el lado político, produjo inmensos resultados. El concepto de incredulidad que se atribuía á los jefes y oficiales de nuestro ejército, y que tanto dañaba á la causa en estas Provincias Bajas, se fué desvaneciendo, y al fin se disipó enteramente; las personas timoratas se identificaron con los campeones de la libertad, y esta se robusteció notablemente; nuestras tropas se moralizaron, y el ejército era ya un cuerpo homogéneo con las poblaciones, é inofensivo á las costumbres y á las creencias populares. Y, ¿qué diremos del efecto que este sabio manejo causó en las provincias del Perú, y en el mismo ejército Real?

Goyeneche, aprovechándose hábilmente de nuestras faltas, había (sin ser tan religioso como el general Belgrano) fascinado sus soldados (1), en términos, que los que morian

---

(1) Habiéndose pasado un soldado del enemigo, á nuestras filas, se desertaba para volver al ejército Real, cuando fué capturado. Juzgado

eran reputados por mártires de la religión, y como tales, volaban directamente al cielo á recibir los premios eternos. Además de política, era religiosa la guerra que se nos hacía, y no es necesario mucho esfuerzo de imaginación, para comprender cuanto peso añadía esta última circunstancia, á los ya muy graves obstáculos que teníamos que vencer.

El general Belgrano, haciéndose superior á críticas insensatas y á murmuraciones pueriles, tuvo la firmeza bastante para seguir una marcha constante, que inutilizó las astucias de Goyeneche (1) y restableció la opinión religiosa de nuestro ejército.

Agregando á estos antecedentes la probidad del general Belgrano, su pureza en el manejo de los caudales públicos, su desinterés, su rectitud, puede decirse, que no solo dió nervio á la revolución, no solo la generalizó, sinó que le dió crédito y la ennobleció. Sin abandonarse á los extravios de una desenfrenada democracia, era sencillo en sus costumbres, sumamente llano en sus vestidos (2), parco en su mesa, moderadísimo en todos sus gastos; despreciaba alta-

---

y convencido de espía, fué sentenciado á muerte. En medio del cuadro fatal, y á dos varas del suplicio, con una serenidad digna de un heroe, dijo: *Muero contento por mi religión y por mi Rey.*

(1) Cuando este entró en Chuquisaca, después de la retirada del doctor Castelli, no quiso ir á alojarse al palacio de la presidencia, que este había habitado, sin que fuese antes purificado con exorcismos y otras preces de la iglesia; en consecuencia, fué una especie de procesión, en que los sacerdotes iban con ornamentos sagrados, incensarios, hachas encendidas, y abundante provisión de agua bendita, y solo cuando después de una larga y edificante ceremonia, se creyeron expelidos los malos espíritus, se dejó la casa habitable. ¿Creía esto Goyeneche? Nó; el pueblo sí.

(2) El general Belgrano hacía ostentación de costumbres é ideas enteramente republicanas, sin que dejasen de ser cultas y delicadas; vestía como un subalterno, y el ajuar de su caballo, no se diferenciaba de otro cualquiera. Cuando en el año 16, volvió al ejército, después de su viaje á Londres, había variado; vino decidido por la forma monárquica en la familia de los Incas; sus maneras eran algo aristocráticas, y vestía como un elegante de París ó de Londres.

mente las distinciones nobiliarias, y los que de alguna manera manifestaban apego á ellas, eran objeto de sus burlescas ironias. Estas disposiciones tuvieron, según el tiempo y circunstancias (hablo de su desprecio á las distinciones nobiliarias y sencilléz republicana), alguna alteración, pero sin que en lo sustancial variase el fondo de su caracter.

Resuelto ya el general Belgrano á dar la batalla de Tucumán, todo lo que practicó en los dias que la precedieron, lo que se hizo en el arreglo de los cuerpos, distribución de las columnas, y orden de batalla, fué cuanto podía hacerse mejor. La elección del terreno, que era por lo llano, á propósito para las maniobras de la caballería, fué acertada, como la colocación de esta, en ambas alas; más, no puedo menos de extrañar la economía que se tuvo respecto de nuestra artillería, de la que solo empleamos cuatro piezas, pudiendo llevar muchas más, para equilibrar la desventaja inmensa que teníamos en infantería, pués la nuestra era apenas un tercio de la enemiga; me persuado que influyó en esta resolución el plán que estaba acordado, de cargar á la bayoneta, luego que se hubiese presentado el enemigo (1), para lo que se quería dejar mucha movilidad en nuestra línea. Sin embargo, fué en mi opinión una falta que pudo tener desagradables resultados. Las cuatro piezas que llevábamos iban distribuidas, una á una, en los intervalos de los batallones, según la moda de aquel tiempo, en nuestro país. Lo admirable es, que el barón de Holemberg ignorase que para que los fuegos de la artillería sean poderosos, es mejor hacerla obrar en baterias de un

(1) Un tercio de nuestra infantería carecía de bayonetas, porque no las había; el General, para remediar esta falta, hizo distribuir cuchillos grandes á los infantes que no las tenian. Pienso que algunos de nuestros soldados, no las echaron menos.

cierto número proporcional de piezas, en cuyo caso se combinan también mejor sus efectos con los simultáneos ataques de la infantería, obrando ambas armas, si se quiere, á un mismo tiempo. No sucedió así en nuestro caso; pués, esos cañones aislados, colocados en los claros, quedaron muy luego atrás, á los primeros movimientos de nuestra línea, y fueron de muy poca utilidad: pués, apenas dispararon unos cuantos tiros.

Empezada ya la acción en los términos que se ha visto, el resultado no fué el producto de las órdenes inmediatas del General, sinó de una combinación fortuita de circunstancias, y del valor y patriótico entusiasmo de nuestras tropas, y de las faltas que cometió el enemigo. Nuestra infantería se condujo bizarramente; luego hablaré de nuestra caballería, que no trepido en decir, que hizo en el combate, cuanto se podía esperar de ella. Ahora llama mi atención con preferencia, la muy importante descripción que hace de la batalla de Tucumán, el historiador español don Mariano Torrente, que acabo de ver en este momento (1). Suponiendo este autor, que Tristán contaba hallar nuestro ejército encerrado en la plaza, lo dá á entender él mismo, lo que es enteramente falso. Supone también dividido el ejército Real en dos columnas, de las que una amagaba el camino principal, y la otra (sin duda por un camino de travesía), era destinada á tomar la retaguardia, lo que también es inexacto. Todo el ejército de Tristán, dejando el camino principal, vino por uno de travesía, y se colocó casi á nuestra espalda, pués que todo el

---

(1) El señor don Andrés Lamas me franqueó en estos dias, el fragmento de la Memoria del general Belgrano, y juntamente el primer tomo de la obra de Torrente. Como es tan parcial é inexacto, apenas me había ocupado de su lectura en retazos salteados, y hoy es que por primera vez he leido su diminuta descripción de la batalla de Tucumán. Este incidente dá lugar á las observaciones que he creido conveniente intercalar.

ejército vino por el Manantial (1), y pasó por el puente de este arroyo, á distancia de legua y media de la ciudad. Lo que sucedió es, suponiendo ya al ejército en su nueva dirección, que destinó una columna de preferencia á cortarnos, y que después de su descalabro buscó su reunión para rehacerse. De otro modo, es difícil comprender, como después de batido, pudo reunirse con la columna que había mandado á nuestra retaguardia, y de la que era natural quedase separado.

Hablando de nuestra caballería, dice Torrente, que *tuvo la felicidad de romper por un flanco sobre la escolta del parque, del que se apoderó, introduciendo de nuevo el terror y espanto, y causando la pérdida de mil hombres, entre muertos y prisioneros; cincuenta oficiales, cuatro capellanes, siete cañones, armas,* etc., etc. Esto comprueba el juicio que hemos formado: nuestra caballería arrolló con facilidad la caballería de la extrema izquierda del enemigo, y se precipitó sobre el parque y bagajes que estaban á espalda de su línea, y sobre su costado izquierdo. Hasta aquí, ella hizo cuanto podía esperarse de unos reclutas, y de unos soldados y oficiales que no conocian su arma, ni su destinación en los momentos importantes de una batalla, cuya ignorancia era común á los que se decian veteranos. De lo que puede hacérseles, á los jefes principalmente, un verdadero cargo, es por haberse distraido demasiado en persecución de dispersos que ya no podian dañar, en matar arrieros, criados y aún mujeres, pués, de todo había entre la multitud de cadáveres, de que estaba

---

(1) Es la idéntica maniobra que el general Belgrano hizo en Salta cinco meses después, con mucho mejor éxito, contra el mismo Tristán. Dejando el camino principal á la izquierda, desde tres leguas antes de llegar á la ciudad, entramos por una quebrada pedregosa para salir al hermoso campo de Castañares, donde fué la acción. Batido Tristán, ni aún pensar pudo en retirarse, y tuvo que capitular. Fué un buén desquite.

sembrado el campo; en saquear los equipajes, y en corretear inútilmente, hasta constituirse en una espantosa dispersión. Me hago cargo cuán difícil sería á los jefes, conservar reunida una tropa de tan poca disciplina como la milicia, pero no debe decirse lo mismo de la tropa de línea, y lo que me sorprende hasta ahora, es que ni los jefes, ni el señor Balcarce, se apercibian de esta necesidad, de este deber tan imperioso. A juzgar por lo que vimos, habíanse persuadido los jefes de caballería, que con haber hecho una arremetida felíz, ya habian cumplido su tarea, sin considerar, que mientras hay enemigos con las armas en la mano, en el campo de batalla, es una rigurosa obligación de todos los jefes, concurrir á su destrucción y aniquilamiento. Si nuestra infantería hubiera sufrido un revés, de nada le hubiera servido la ventaja obtenida por la caballería, y la batalla se hubiera perdido.

Diré algunas palabras más sobre lo que era entonces nuestra caballería. Aunque la organización de los regimientos era según lo prevenido en los reglamentos españoles, no había destinada, ni se seguía una táctica especial, para esta arma. La instrucción elemental se reducía al manejo del fusíl de la infantería, adaptado á la carabina, y á las mismas maniobras que cada uno aplicaba lo mejor que podía; el mecanismo de la carga, su importaucia, los períodos de ella, todo era desconocido; no se daba más voz que la de *avancen*, y lo hacía cada uno como se le antojaba. Pero que mucho, ¡si no se sabía apreciar la utilidad, mejor diré, la necesidad del arma blanca para la caballería! A falta de sables y armas de chispa, se daban alguna vez lanzas, y los soldados se creian vilipendiados y envilecidos con el arma más formidable, para quién sabe hacer uso de ella. He visto llorar amargamente, soldados valientes de caballería, porque se les había armado de lanza, y oficiales, sumergidos en una profunda tristeza, porque

su compañía había sido trasformada en lanceros. Ya se deja entender, que en la primera oportunidad se tiraban las lanzas, para armar al caballero con una tercerola ó un fusíl largo, con el que, llegado el caso de un combate, hacía su disparo, sujetando su caballo para cargar, cuando no tomaba la fuga. Yo, como uno de tantos, participaba de la crasa ignorancia de mis compañeros, y no valía más que los demás. Cuando me he visto en estado de reflexionar y hacer comparaciones, es cuando me he asombrado del atraso de los oficiales que habian militado antes y después de la revolución, en Europa y en América (1).

En los dias inmediatamente posteriores á la acción de Tucumán, estalló una pronunciada desavenencia entre la caballería y la infantería. Los que pertenecian á esta, censuraban amargamente á los de caballería, por su comportación en la acción, y la extendian á todos los que no habian entrado en la plaza, ese día. Esta censura alcanzaba hasta al mismo General en Jefe, que, como se ha visto, no volvió á la ciudad hasta el 26. Era también sindicado uno que otro jefe que no habría mostrado tanta energía en el combate, y á quién quizá se quería suceder en el mando, bién que no hubiese quedado fuera. Los corifeos que promovian la desavenencia, eran los turbulentos Dorrego y

(1) Debo decir en honor de la verdad, que en poco más de un mes, que medió entre las batallas de Vilcapugio y Ayohuma, en el año siguiente, hizo don Diego Balcarce una variación ventajosa en el regimiento de Dragones. Habiendo perdido mucha parte de su fuerza en la primera, y además, por falta de caballos, las doce compañias que lo formaban, se redujeron á tres, y tuve el honor, que de doce capitanes que éramos, siendo yo el penúltimo, fuí elegido para mandar una de las tres. Contraido entonces Balcarce, y provistos de excelentes caballos, que se trajeron de Chuquisaca (en Vilcapugio la tropa cabalgaba en mulas), se dió una instrucción más adecuada y propia del arma, cuanto era posible, en unos pocos dias. Estoy seguro que hubiera prestado este pequeño cuerpo, muy buenos servicios en la batalla, si hubiera podido obrar. Sin embargo, no se crea que el adelanto era mucho, pués ni aún entonces sabiamos maniobrar por cuatro, ni dar medias vueltas.

Forest, que querian tener todo el honor de la jornada, de los que se aseguró, que en odio de sus compañeros de la otra arma, habian dado orden para que en sus cuarteles no entrase ningún oficial de caballería. Si fué así, este desorden debió cesar pronto, porque no tuvo resultado. Felizmente Dorrego marchó en la división que debía perseguir á Tristán, y su influjo fué menos activo por estos momentos, en el ejército. A su vuelta se le dió el mando en propiedad, del batallón de Cazadores, y para contentar al mayor Forest, que lo había mandado interinamente, se le hizo teniente coronel y segundo comandante del núm. 6. Ni aún así, creo que quedó satisfecho.

Por su parte, la caballería rebatía las inculpaciones que le hacian los infantes, y pretendía que á ella se debía, en su mayor parte, la victoria. Para probarlo, alegaba que la mayor parte de los muertos y heridos, lo habian sido por sus manos, lo que podía muy bién ser efectivo, sin que hubiese llenado del todo sus deberes (1). Sin embargo, creo que entonces sucedió lo que sucede generalmente, que todos exageran, y se acaba por apartarse todos de lo justo y de lo cierto. La caballería había hecho mucho, atendido su estado de ignorancia y atraso; ya he hecho mención de los verdaderos cargos, que á mi juicio, podian hacerse á los jefes; por lo demás, ella prestó un buén servicio, y como lo confiesa Torrente, su ataque á la escolta del parque, produjo un gran espanto y terror, en la misma línea enemiga. El pueblo de Tucumán, como que sus hijos habian combatido en la caballería, tomaba parte por esta, y fué un motivo más, para afeccionarse á don Juan R. Balcarce, que la había mandado.

---

(1) El general Lavalleja con su división, en la acción de Cagancha, mató é hirió á muchos de los que eran sus enemigos y que estaban en el hospital; lo que no impidió que se le censurase ágriamente, y que hasta ahora pese ese cargo sobre su reputación.

Muy luego vino otro motivo de desavenencia, á hacer olvidar la anterior, y aún á reunir á los divergentes. El general Belgrano, que había quedado muy complacido de la comportación del coronel don José Moldes, quiso darle un destino en el ejército, proporcionado á sus antecedentes y rango; lo hizo, pués, reconocer de Inspector General de infantería y caballería. El genio adusto de Moldes, su severidad, que se había hecho proverbial, las antipatias que se había creado en el ejército, cuando el año anterior, mandándolo el señor Pueyrredón, había desempeñado las funciones de segundo general, todo contribuyó á sublevar los ánimos contra su elección. Hubo ágrias murmuraciones, se formaron corrillos, y de allí se pasó á formalizar una representación, para pedir su destitución (1), lo que se hizo en esta forma:

Reunidos los oficiales y jefes de cada cuerpo, dieron un poder en forma, á uno, para que á nombre de todos, pidiese al General la separación del coronel Moldes, del destino que se le había conferido, por su arbitrariedad y despotismo, siendo estas las únicas razones que se alegaban. Por la caballería, fué don Juan R. Balcarce; por la artillería, el capitán don Francisco Villanueva; por el núm. 6 de infantería, el comandante don Carlos Forest, y por el batallón de Pardos, el capitán don N. Pesón. Un domingo á las cuatro de la tarde, se presentaron los referidos diputados, en la casa del general Belgrano, quedando los cuerpos acuartelados, esperando el resultado, menos la artillería,

---

(1) El capitán de artillería, don Pedro Regalado Plaza, compuso una canción para excitar el odio contra Moldes, de que solo recuerdo una ó dos estrofas. Decía así: *Ya ningún tirano, ni déspota alguno, logrará en nosotros, abrigo ninguno. Si alguno se atreve, aquí á introducirse, nuestros oficiales, sabrán decidirse.* El estribillo decia: *Que viva la Patria, bravos oficiales, paisanos y tropa, guerreros marciales.* Esta canción costó más tarde su expulsión del ejército, al capitán Plaza.

que salió á hacer exprofesamente, ejercicio á esa hora, en la plaza, que era donde estaba la residencia del General. Exprofeso también, don Juan Pedro Luna (Coronel actualmente en Buenos Aires), que mandaba el ejercicio, se pegaba á las ventanas de la casa del General, dando á grandes gritos las voces de: *Rompan el fuego. Fuego ganando terreno*, etc.; todo calculado para hacer ver al General, la resolución de sostener á todo trance su solicitud.

El general Belgrano, después de los más amargos pesares, tuvo también que devorar en secreto tan cruél desaire. Dos horas antes recién había sido impuesto de lo que se fraguaba, y de la seriedad del negocio. En este tiempo, se había confeccionado un oficio de renuncia de la Inspección, que hacía Moldes, con uno ó dos dias de antelación, el cual presentó á los diputados, diciéndoles que Moldes, ignorando todo, había prevenido sus deseos, y que habiendo admitido su renuncia, había sido inutil el paso avanzado que habian dado; con lo que quedó el negocio concluido, y Moldes fuera de la Inspección y del ejército.

La vanguardia, que aún no había regresado de la persecución de Tristán, tampoco fué insensible á la nominación de Moldes; al momento que lo supo, hizo también su representación en el mismo sentido, pero era ya sin objeto, porque estaba todo allanado.

Este incidente aumentó más y más la prevención que ya tenía el general Belgrano contra Balcarce, á quién suponía autor principal de esta semi-asonada. Balcarce se apercibió y se puso en guardia, buscando al mismo tiempo los medios de garantirse contra un golpe de autoridad. La guerra estaba declarada; veamos cómo pasaron las cosas, según yo en mi posición pude comprenderlas.

Mi hermano Julián, era teniente de Húsares, y había merecido al señor Balcarce, alguna distinción; poco antes de la batalla lo tomó para ayudante, y en esta clase lo acom-

pañó en ese día, y aún después. Un día se me presenta mustio, sorprendido y confuso, y llamándome aparte, me hace ofrecerle no revelar á persona alguna, el secreto que iba á confiarme. Se lo ofrecí sin dificultad, y entonces me dijo, que había sido llamado con el más grande misterio á dar una declaración reservada; que para ello, se le habian exigido dos juramentos: Primero, el ordinario de decir verdad; Segundo, el de ofrecer no decir á persona viviente, el objeto de aquella declaración. Se quería averiguar, si el señor Balcarce había obrado con cobardía en la acción del 24; si cargó al enemigo, etc., etc.; y después, si se había pasado saqueando los equipajes enemigos; si una carga de baules que se seguía en el campo, era de su pertenencia (era la carga del capitán Palomeque, de que ya hice mención), y otras cosas por este estilo.

Mi hermano se veía atormentado y oprimido por dos fuerzas opuestas: por un lado, la religión del juramento, y la palabra de honor que se le había exigido, lo obligaban á callar; por otra parte, la amistad y consideración que debía al señor Balcarce, le presentaban su silencio, como una traición á aquellos gratos sentimientos. Conversamos, discutimos y reflexionamos, para concluir que debía, con la más sagrada reserva y bajo la palabra de honor, de que no haría uso de su revelación, hacérsela al señor Balcarce, con el fin de que se precaucionase y tomase con tiempo, sus medidas de defensa. Así lo hizo, y el señor Balcarce fué fiél á la reserva que se le había encargado. ¿Hicimos bién ó mal? No quiero entrar en esta materia; cada uno juzgue según su conciencia.

La posición del señor Balcarce, se hacía crítica, tanto más, cuanto ni Dorrego, ni Forest, ni otros jefes influyentes del ejército, eran amigos suyos. Es probable que lo hubieran dejado sacrificar, porque prescindiendo de otros motivos, era una categoría militar que les precedía, y de la que

no les disgustaría sacudirse. Más, tampoco Balcarce necesitaba de ellos para ponerse fuera del alcance de los tiros del general Belgrano; él, contaba con sus amigos tucumanos, y estos fueron los que lo salvaron.

El Gobierno había convocado un Congreso Constituyente (si no me engaño), y se había mandado elegir diputados por todas las provincias. La de Tucumán elige á Balcarce, por uno de sus representantes, y hélo aquí garantido con la inmunidad anexa á tales destinos. Se acabó la causa, se separó del ejército, se marchó á Buenos Aires, y todo terminó.

Como la batalla de Tucumán sucedió el 24 de Setiembre, día de Nuestra Señora de Mercedes, el general Belgrano, sea por devoción, sea por una piadosa galantería, la nombró é hizo reconocer por Generala del ejército. La función de iglesia, que se hace anualmente en su convento, naturalmente se había postergado, y solo tuvo lugar un mes después. A la misa, asistió el General y todos los oficiales del ejército; predicó el doctor don Agustín Molina (Obispo después), y al hacer mención de la batalla, elogió mucho á la caballería, con lo que hizo hablar á los infantes, y quizá al mismo general Belgrano. Por la tarde fué la procesión, en la que sucedió lo que voy á referir:

La devoción de Nuestra Señora de Mercedes, ya antes muy generalizada, había subido al más alto grado, con el suceso del día 24. La concurrencia, pués, era numerosa, y además, asistió la oficialidad y tropa, sin armas, fuera de la pequeña escolta que es de costumbre. Quiso, además, la casualidad, que en esos momentos entrase á la ciudad la división de vanguardia, que regresaba de la persecución de Tristán, y el General ordenó que á caballo, llenos de sudor y polvo, como venian, siguiesen en columna atrás de la procesión; con lo que se aumentó considerablemente la comitiva, y la solemnidad de aquel acto. No necesito

pintar la compunción y los sentimientos de religiosa piedad que se dejaban traslucir en los semblantes de aquel devoto vecindario, que tantos sustos y peligros había corrido; su piedad era sincera, y sus votos eran sin duda, adeptos á la divinidad.

Estos sentimientos tomaron mayor intensidad cuando desembocó la procesión al campo de batalla, donde aún no había acabado de borrarse la sangre que lo había enrojecido. Repentinamente el General deja su puesto, y se dirige solo, hacia las andas, en donde era conducida la imagen de la advocación que se celebraba; la procesión para; las miradas de todos se dirigen á indagar la causa de esta novedad; todos están pendientes de lo que se propone el General, quién, haciendo bajar las andas hasta ponerlas á su nivél, entrega el bastón que llevaba en su mano, y lo acomoda por el cordón, en las de la imagen de Mercedes. Hecho esto, vuelven los conductores á levantar las andas, y la procesión continúa majestuosamente su carrera.

La conmoción fué entonces universal; hay ciertas sensaciones, que perderian mucho queriéndolas describir y explicar; al menos, yo no me encuentro capáz de ello. Si hubo allí espíritus fuertes que ridiculizaron aquel acto, no se atrevieron á sacar la cabeza.

Las monjas de Buenos Aires, á cuya noticia llegaron estos actos de devoción, los celebraron mucho, y quisieron hacer una manifestación al ejército, mandando obsequiosamente un cargamento de cuatro mil pares de escapularios de la Merced, los que se distribuyeron en esta forma:

Cuando se trató de mover el ejército para buscar al enemigo en Salta, á principios del año siguiente (1813), se hizo por cuerpos, los que después se reunieron en tiempo y oportunidad. Luego que el batallón ó regimiento salía de su cuartel, se le conducía á la calle en que está situado el templo de la Merced. En su atrio estaba ya preparada una

mesa vestida, con la imagen, á cuyo frente formaba el cuerpo que iba á emprender la marcha; entonces sacaban muchos cientos de escapularios, en bandejas, quese distribuian á jefes, oficiales y tropa, los que colocaban sobre el uniforme y divisas militares.

Es admirable que estos escapularios se conservasen intactos, después de ción leguas de marcha, en la estación lluviosa, y nada es tan cierto, como el que en la acción de Salta, sin precedente orden, y solo por un convenio tácito y general, los escapularios vinieron á ser una divisa de guerra: si alguno los había perdido, tuvo buén cuidado de procurarse otros, porque hubiera sido peligroso andar sin ellos. No habiendo las monjas mandado otra remesa, se acabaron los escapularios, y se entibió la devoción.

El Gobierno General, queriendo que se sacasen de la victoria de Tucumán, los frutos que debian esperarse, quiso poner el ejército en estado de tomar la ofensiva, y con este fin, lo reforzó con el regimiento núm. 1º de infantería, al mando del teniente coronel don Gregorio Perdriel, y con trescientos hombres del núm. 2º, al del teniente coronel don Benito Alvarez.

Los cuatro meses que siguieron á la acción de Tucumán (24 de Setiembre de 1812), fueron útilmente empleados por el general Belgrano, en la instrucción y disciplina de las tropas, y en la organización de los otros ramos del ejército; pero esto no sucedió, sin que experimentase el General, dificultades, y sin que sufriese amargos sinsabores. Estos eran producidos principalmente por el espíritu inquieto de algunos jefes, quienes, envanecidos con el concepto que habian adquirido en el ejército, y con las concesiones mismas que habian arrancado al General, en el negocio Moldes, se hacian cada vez más exigentes. Felizmente para el General, y para la disciplina, no duró mucho el acuerdo entre ellos, y pudo aquel, ir poco á poco consolidando su

autoridad. Concurrió también muy á tiempo un cambio parcial que hubo en las personas del Gobierno, que se componía entonces de tres individuos, mediante el cual salieron de la administración, las que le eran desfavorables, con lo que se creyó mejor sostenido en la capital. En cuanto á lo que pasaba en el ejército, me ceñiré á la simple narración de los hechos.

El señor Dorrego había sido nombrado, como antes dije, jefe propietario del batallón de Cazadores, que tenía entre los demás cuerpos, un bién merecido concepto por su bizarra comportación en la batalla, y porque era formado de tropa escogida; era también el primer cuerpo de tropas ligeras que tenian nuestros ejércitos, porque solo entonces se empezaban á marcar estas distinciones. Todo concurría á que el señor Dorrego aspirase á preferencias para su batallón, que llegaban á herir á los demás, y que más de una vez pusieron en conflicto la imparcialidad del General.

Pienso que sin otro motivo que dar pábulo á su espíritu inquieto, propuso el señor Dorrego al cuerpo de artillería, una estrecha alianza con el suyo, la que aceptada, se convirtió en una especie de frenética hermandad, al mismo tiempo que podría parecer pueríl y ridícula. Como yo continuaba prestando mis servicios en la artillería, era consiguiente que hiciese parte de esta alianza fraternal, y por más que me repugnase, tenía que seguir la mayoría, so pena de un anatema que hubiera sido infalible. En las conversaciones, en las tertulias, en las reuniones de cualquiera clase, se hacía sonar pomposamente la unión estrecha de los dos cuerpos, y á cada momento se repetía entre nosotros, con énfasis: *La Artillería y Cazadores....*

No se crea por esto que hiciésemos una sistemada oposición á las providencias del General, pués al contrario, este hacía gran aprecio del señor Dorrego; era solo una estravagancia, una pueríl afectación, y quizá un medio de ad-

quirir poder, que duró muy poco, como todas las locuras de su clase.

Para hacer resaltar más la liga de ambos cuerpos, dimos un baile costeado exclusivamente por los oficiales de Artillería y Cazadores. Al menos perspicáz se le ocurría los inconvenientes que puede traer á un ejército un estado semejante de cosas, en que á imitación de una, podian levantarse otras facciosas alianzas; pero, sea dicho en honor de la verdad y de los demás cuerpos del ejército, que tuvieron bastante juicio para no corresponder á estas demostraciones, ni con otras alianzas ni otros bailes.

Tan solo los *Decididos*, que eran dos compañias formadas de paisanos voluntarios, y de los que llamamos decentes, tuvieron la ocurrencia de costear un baile más suntuoso que el que habian dado los Artilleros y Cazadores. Por más que hicieron para no herir la susceptibilidad del señor Dorrego, no pudieron conseguirlo, y las cosas llegaron á punto de hacer temer un escándalo. El convite había estado en regla, y nada podíamos decir que indicase la intención de desairarnos; sin embargo, hubo serias discusiones entre nosotros, sobre si asistiríamos ó nó á la función: era llegada ya la noche y hora del baile, y aún no se había resuelto esta importante cuestión. Estoy tentado á creer, que algunos de mis compañeros esperaban que alguna grave diputación, ó cosa semejante, viniese á rogarnos para que concurriésemos al baile; más, como no sucedió, y no nos faltaban deseos de bailar, se resolvió al fin, la afirmativa.

Salimos de la casa en que estábamos, los oficiales de los dos cuerpos aliados, á más de las diéz de la noche, llevando al señor Dorrego á nuestra cabeza, y formando una pequeña columna. Llegados que fuimos á la puerta, la encontramos, no obstante haber guardia y centinelas, apiñada de gente, como también el zaguán que precedía á la

sala del baile, que era el patio de la misma casa, preparado convenientemente. Costoso era penetrar por entre aquella multitud, la que tampoco se manifestó tan docil como deseábamos, al pomposo anuncio de que diesen lugar para pasar á *la Artillería y Cazadores;* por último, no sin gran trabajo, llegó la cabeza de la columna á la desembocadura del zaguán, que caía á la sala ó patio, que era lo mismo. Yo no pude ver lo que allí pasó, porque iba al centro, pero después supe que no habiéndose presentado en el acto algún personaje á hacer los honores de recepción á los nuevos huéspedes, el señor Dorrego se dió por ofendido, y tocó retirada.

El movimiento retrógrado se comunicó por la presión de la parte delantera de la columna á la retaguardia, y salimos por el mismo camino, pero en orden inverso. Restituidos al aire libre de la calle, tomamos gravemente la dirección de la casa donde teníamos las sesiones, para deliberar lo que debía hacerse en tan árdua situación. Allí se emitieron los dictámenes más desatinados, como era el de volver á deshacer el baile, á mano armada, ó de llevar un cadaver que estaba en un cuartejo del depósito de la Iglesia Matríz, que quedaba muy inmediata. Afortunadamente no se arribó á resolución; entre tanto, la noche se avanzaba, empezó á venir el sueño, y se levantó la sesión para irnos á dormir, con el sentimiento de no haber bailado y de habernos hecho la burla nosotros mismos. El general Belgrano, que había honrado el baile con su presencia, debió saber algo de nuestras locuras, pués, para precaver, sin duda, un escándalo, se dejó estar toda la noche, lo que á la vez era un motivo de queja para nosotros.

En aquellos pueblos que carecen de teatro y otros espectáculos públicos, el juego es una diversión favorita y frecuente entre las clases decentes de la sociedad. Por mala

y detestable que sea esta costumbre, no incumbe á un simple jefe de cuerpo, corregirla; el señor Dorrego, sin embargo, tomó una noche una partida, se introdujo en una casa de juego, y se llevó unos cuantos de los jugadores para reclutas de su cuerpo. A la mañana siguiente los hizo poner en libertad el general Belgrano, y supimos que había exclamado con amargura: *¡Es posible que después de haber privado al ejército, de los servicios del Barón y de Moldes, quieran también indisponerme con el vecindario!* No por falta de energía, sinó por lo vidrioso de las circunstancias, se creía obligado á contemporizar y dejar semejantes abusos sin la debida represión.

El batallón de Cazadores, por su calidad de tropa ligera, pretendía la preferencia á toda otra infantería, cualquiera que fuese su antigüedad. Habiendo mandado el General, que se hiciese parada todos los dias, en la plaza principal, para la distribución de las guardias, empezaron un día á concurrir piquetes de todos los cuerpos; estaba en línea el de Cazadores, cuando vino otro y se formó á su derecha; el de Cazadores desfiló por retaguardia para volver á formar sobre este costado, y el otro á su vez, hizo lo mismo; por una repetición de movimientos semejantes, llegaron al fin á la pared, de uno de los lados de la plaza, y ya formaban un martillo, con muestras de andar toda la plaza, cuando llegó una orden del General, cuya casa estaba inmediata, resolviendo que solo la antigüedad marcase la preferencia. Los Cazadores entonces, para manifestar su despecho, no quisieron ocupar el lugar que se les dejaba, y fueron á tomar la izquierda de todos los piquetes, incluso los de caballería. Esto duró por algunos dias, hasta que calmada la irritación, volvieron las cosas al orden regular.

Estos incidentes serian solo dignos de risa, y que se les considerase como juegos de muchachos, si no afectasen la disciplina, y si en este punto importante, pudiera haber

venalidades. Intencionalmente he querido consignarlos en esta memoria, para que se forme idea exacta de lo que era nuestra milicia, y de las dificultades que circundaban al General. Este, trabajaba incesantemente en vencerlos, lo que era tanto más necesario, cuanto que estando en vísperas de penetrar al Alto Perú, era importantísimo dar al ejército una forma perfectamente regular, que lo rehabilitase en la opinión de aquellos pueblos. Ahora diré algunas palabras de los premios que el Gobierno acordó al General, y de que él hizo un uso tan noble como desinteresado.

Ya indiqué anteriormente, que por ese tiempo ocurrió una modificación en el Gobierno, que fué favorable al General, y entonces fué que se le invistió del título y autoridad de Capitán General de la provincia de Tucumán y de todas las que libertase. Sin recusarlo, no hizo uso de él, ni admitió el tratamiento de Excelencia; solo fué después de la acción de Salta, y cuando íbamos á penetrar en las Provincias Altas, que admitió los distintivos de su nueva dignidad.

Le acordó también el Gobierno, un regalo de cuarenta mil pesos, los cuales, el General admitió para cederlos á beneficio de los pueblos de Tucumán, Santiago, Jujuy y Tarija, donde disponía se fundasen y costeasen con esos fondos, otras tantas escuelas. Nada de esto se ha realizado, y pesa sobre el Estado una rigurosa obligación; es de esperar que algún día se satisfaga, tanto porque es de estricta justicia, cuanto para llenar las disposiciones del donante. Esos pueblos le deben eterno reconocimiento, y la República toda, su admiración por un acto de desinterés y de generoso desprendimiento, de que no hay muchos ejemplares.

Se aproximaba ya el tiempo de tomar la ofensiva y marchar sobre Salta, que estaba ocupada por Tristán. Los cuerpos salieron separadamente, con intervalo de pocos dias, para ir todos á reunirse al río Pasaje. El escuadrón de

Húsares fué extinguido y se refundió en el cuerpo de Dragones, que formó un regimiento completo, de doce compañías. Yo al fin logré dejar la artillería (ya entonces se había entibiado y concluido la célebre alianza), y volver á mi arma predilecta de caballería, en la clase de Ayudante Mayor de Dragones, á que había sido promovido. Con motivo de estos arreglos, mi cuerpo fué el último que marchó, habiéndolo hecho antes todos los de infantería, y el de Cazadores primero que los demás.

En Febrero estuvieron todos los cuerpos reunidos en el río Pasaje, que afortunadamente no tenía mucho caudal de agua, y se vadeaba, aunque con trabajo, porque es la estación en que se pone respetable. Allí tuvo lugar la solemnidad del juramento, que se recibió al ejército, de defender el nuevo pabellón celeste y blanco, que adoptaba nuestro país. Todos comprendíamos y comprenderá cualquiera, que era un paso decidido á nuestra independencia política, pero nada hubo de explícito, como parece indicarlo el señor Arenales en su obra *Noticias históricas,* etc.; como tampoco lo hubo, cuando meses después, mandó el Congreso acuñar moneda en Potosí, con las armas de la patria. La declaración oficial de nuestra Independencia, solo tuvo lugar el año 1816, por el Congreso de Tucumán. Lo que aquellos actos importaban, nadie lo desconoce, pero me parece conveniente no confundirlos con la *declaración de la Independencia,* que no podía proclamar un General, sin hacerse criminal y constituirse en rebelión, á presencia de un Gobierno y de un Cuerpo Deliberante. La descripción de la ceremonia, que voy á hacer, prueba lo que he dicho.

Formado el ejército en parada, y pasada una ligera revista, hizo el General una breve alocución, presentándonos la bandera, y concluyó con la forma de la ordenanza, cuando se juran las banderas de los regimientos. Entonces, sacando su espada y colocándola horizontalmente, de mo-

do que hiciera cruz con el asta de la bandera, que tenía uno de sus ayudantes, empezó á desfilar el ejército, para besar individualmente, la expresada cruz de la asta bandera con la espada que él tenía personalmente. Como la operación era larga, pués duró horas, recuerdo que fué reemplazado en el trabajo de tener la espada, por el entonces coronel don Martín Rodriguez, y acaso por algún otro jefe de categoría. Por lo demás, la ceremonia fué idéntica á la que practican los cuerpos para jurar sus banderas, sin más diferencia que no hubo la descarga de costumbre, porque no lo juzgó conveniente el General.

Este dió el nombre de río del Juramento, al río Pasaje, y bajo esta denominación lo hizo conocer en todas partes, porque efectivamente, hubo juramento, pero no juramento de la Independencia, sinó de la bandera que se nos presentaba (1).

Así comprendí y así pienso que comprendieron todos mis compañeros, este augusto y patriótico acto, sin que dejásemos de estar firmemente persuadidos, de que ni nuestros trabajos ni la marcha de la revolución, podian tener otro término que nuestra absoluta independencia de la España.

Desde el río del Juramento emprendió su marcha, ya reunido el ejército, para Salta, de cuya ciudad dista veinte y seis leguas. El 18 de Febrero estuvimos en Lagunillas, que está á tres leguas de la capital, y en esa tarde, dejando el camino principal, tomamos por una quebrada que sale á la derecha, y después de andar un par de leguas, fuimos á salir á la chacra del señor Saravia, llamada Castañares. Ya

---

(1) Ceremonia que yo repetí con muy buén suceso, en el ejército de reserva de Corrientes, cuando le dí una bandera. Se perdió en la batalla del Arroyo Grande, y la conserva Rosas, en el Museo, si no me engaño; batalla en que no me hallé.

indiqué, que en aquella provincia, es la estación de las lluvias, y en esos dias, y el 18 principalmente, caía el agua á torrentes. El ejército que llegó al anochecer, acampó dentro de un potrero, por donde pasa el camino, cuyas cercas de piedra formaban un parapeto.

Castañares solo dista legua y media de Salta, y se vá por una deliciosa llanura que forma un declive muy suave, hasta los arrabales de la misma ciudad. Su anchura es proporcionada, extendiéndose más á lo que era nuestra derecha, pués, por el otro lado, la ciñe el cerro de San Bernardo y otras quiebras del terreno.

El 19, cerca de medio día, cuando la tropa se hubo medio repuesto, se movió nuestro ejército en varias columnas, y habiendo andado muy poco más de la mitad de la distancia que nos separaba del enemigo, hicimos alto á su vista. Efectivamente aparecía desplegada su línea, en la orilla de la población; tan solo mediaban algunas pequeñas guardias avanzadas, ó por mejor decir, guerrillas que se tiroteaban. Todo indicaba que íbamos ese día á llegar á las manos, pero no sucedió así; pués, nos conservamos inmóviles, y el enemigo, por su parte, hizo lo mismo. El agua continuó á intervalos, aún durante la noche, pero sin que padeciesen notablemente las armas y municiones, porque el soldado se olvida en esos casos, de sí mismo, para dedicar á ellas todos sus cuidados.

El movimiento que hizo el general Belgrano, dejando el camino principal y colocándose en Castañares, fué bién concebido y mejor ejecutado; mediante él, había cortado las comunicaciones de Tristán, había hecho imposible su retirada y había mejorado de teatro, porque el terreno le era más favorable que el que le ofrecía la muy estrecha entrada del Portezuelo, que es por donde se desemboca, llevando el camino principal, en el valle de Lerma, ciudad de Salta. El general Belgrano realizó con cumplido éxito, la

operación que tan desgraciadamente quiso hacer Tristán en Tucumán, colocándose á nuestra espalda. Ahora hablaré de la disposición de nuestra línea y de la enemiga, haciendo la justicia que merece, al general Tristán.

Nuestra infantería estaba formada en seis columnas, de las que cinco estaban en línea y una en reserva, en la forma siguiente: Primera, principiando por la derecha, el batallón de Cazadores, á las órdenes del comandante Dorrego; Segunda y tercera, eran formadas del regimiento núm. 6, que era el más crecido, una á las órdenes del comandante Forest, y la otra, aunque no puedo asegurarlo, á las del comandante Warnes; Cuarta, del batallón de Castas, á las órdenes del comandante Superi; Quinta, de las compañias del núm. 2, venidas últimamente de Buenos Aires, al mando del comandante don Benito Alvarez; Sexta y última, compuesta del regimiento núm. 1, al mando del comandante don Gregorio Perdriel. La artillería, que consistía en doce piezas, si no me engaño, estaba distribuida en los claros, menos dos, que habian quedado en la reserva.

Con estas me encontraba yo, porque el 18, al marchar de Castañares, recibí una orden del mayor general Diaz Velez, que sin duda la había recibido del General en Jefe, para incorporarme provisoriamente y durante la acción, á la artillería, por escaséz de oficiales de esta arma. Yo, que tenía los más positivos deseos de combatir en la caballería y en mi regimiento, fuí á suplicar de la orden, pero se me repitió de un modo terminante, y tuve que resignarme muy á pesar mío. Me destinaron, pués, á la artillería de la reserva, donde estaba el jefe de toda ella, que era, el después General, don Benito Martinez. Las carretas del parque, hospital, etc., en número de cerca de cuarenta, seguian á alguna distancia de la reserva, escoltadas por un escuadrón de milicia tucumana, que había acompaña-

do al ejército. Siento no haber dicho antes, que la decisión de aquella provincia por nuestra causa, era muy pronunciada, y que se debió en gran parte, á la influencia de la familia de los Araos, y muy particularmente á la del desgraciado don Bernabé, que después fué Gobernador, y vino á concluir en un suplicio.

Nuestra caballería, que consistía en cuatro escuadrones de Dragones, cada uno de tres compañias, fuera de una pequeña fracción que se destinó á la reserva, estaba dividida por mitad y colocada en las dos alas; no así la del enemigo, que solo estaba situada sobre su izquierda, ó lo que es lo mismo, enfrente de nuestra derecha. Esta colocación era mucho más acertada que la nuestra; pués, en la izquierda de nosotros y derecha enemiga, no podía obrar caballería, por la naturaleza del terreno; así fué, que los dos escuadrones de aquella parte, nos fueron completamente inútiles, cuando en el otro costado hubieran prestado un servicio importante.

Amaneció el 20 con tiempo nebuloso, y lluvia escasa y alternada. El General en Jefe tuvo en esa mañana, un ataque de vómitos, que nos puso en cuidado. Resuelto á dar la batalla, se proponía mandarla desde una carreta, pero afortunadamente mejoró y pudo montar á caballo. Entre diéz y once, nos movimos; nuestras columnas, menos la reserva, desplegaron y se comenzó el ataque. El intrépido comandante Dorrego, se precipitó con una parte de su cuerpo sobre la izquierda enemiga, pero fué rechazado, y cargando la caballería, se vió en serios conflictos; auxiliado á tiempo, se recuperó el terreno perdido, y se condujo el ataque con tal vigor, que flaqueó muy luego, toda aquella ala del enemigo, y se replegó en confusión, á la ciudad. El centro duró algún más tiempo, sin que dejase de seguir luego el movimiento retrógrado de su izquierda. La derecha fué la que opuso una tenáz resistencia, principalmente

el batallón Real de Lima, que ganando la falda del monte San Bernardo, se defendía valerosamente. Allí ocurrió nuestra reserva, y las dos piezas que yo mandaba, hicieron un vigoroso fuego, hasta que se desmontó una de ellas. Al fin cedieron aquellos restos de la línea enemiga, dispersándose en la montaña y bajando después á rendirse como prisioneros.

Nuestro centro y ala derecha, se habian precipitado en las calles, persiguiendo á la parte de la línea enemiga que le era opuesta, y aunque no habian entrado en la plaza, que estaba defendida por palizadas, habian ocupado puestos importantes, como el convento de la Merced, y otros edificios dominantes. El fuego se hacía sentir en la ciudad, y aunque no conocíamos distintamente lo que allí pasaba, era claro que disputaban nuestras tropas la posesión de las calles y de los edificios.

El general Belgrano estaba fuera, con cerca de la mitad del ejército. El mayor general Diaz Velez había recibido una herida en un muslo, durante una correría que hacía al principio de la batalla, por delante de nuestra línea, y aunque no había empezado sus fuegos, dió lugar á dudar si la bala que lo hirió había sido efecto de algún tiro de los nuestros, disparado aisladamente. La tropa, pués, que había penetrado en la ciudad, estaba solo á cargo de los jefes particulares de los cuerpos. Estos, deseando hacer conocer cuanto antes su situación al General, recuerdo que enarbolaron en la torre de la Merced, una bandera medio celeste, medio de otro color más oscuro, porque no hallando á mano otra cosa, se sirvieron de un poncho del comandante Superi.

Apenas desocupado el General, de la obstinada resistencia que opuso la derecha enemiga, y conociendo la situación de las cosas en el interior de la ciudad, ya por el indicio de la bandera, ya por otras nociones que se tomaron,

se preparaba á organizar un ataque formal contra los restos enemigos, refugiados en la plaza, cuando se presentó un parlamentario, que era el coronel realista La Hera, que meses después murió en Vilcapugio. Cuando lo que acababa de suceder no bastase, la sola presencia del parlamentario, su traza, su emoción, y sus ademanes, hubieran sido suficientes para revelarnos el estado deplorable del enemigo. Traía por todo uniforme, un frac azul, de paisano, con solo distintivo en la bota-manga, de los galoncitos que designaban su grado, con arreglo á la ordenanza española; venía embarrado hasta el pescuezo, y en todas sus acciones se notaba la confusión de su espíritu y el terror.

Llegado que fué, se le hizo desmontar y se le desvendaron los ojos, con solo la precaución de que diese la espalda á nuestra tropa, que estaba formada. Estaba delante del General, más como no lo conocía, preguntó si tenía el honor de hablar con él, y sobre la afirmativa respuesta que se le dió, empezó á hablarle en voz baja, de modo que yo y otros, que estábamos algunos pasos de distancia, no pudimos percibir lo que decía, pero sí la contestación del General, que le dijo en voz alta: *Diga usted á su General, que se despedaza mi corazón al ver derramar tanta sangre americana; que estoy pronto á otorgar una honrosa capitulación; que haga cesar inmediatamente el fuego en todos los puntos que ocupan sus tropas, como yo voy á mandar que se haga en todos los que ocupan las mias.* El parlamentario regresó inmediatamente; todos vimos que la suerte del día estaba decidida; nos felicitamos, y nos entregamos silenciosamente al placer de la victoria.

Diremos entre tanto, algo de lo mucho que sucedía al enemigo en la plaza. Las tropas derrotadas habian entrado, y por su número y por la posición que ocupaban, eran muy capaces de hacer aún, una vigorosa resistencia; pero

había entrado entre ellos una espantosa confusión, y el terror dominaba los ánimos. Las calles, á una cuadra de la plaza, estaban cortadas con simples palizadas, lo que, aunque no fuese una gran fortificación, era siempre una obra defensiva; los edificios principales están en la plaza ó á sus inmediaciones, de modo que ocupados, hubiera sido muy difícil desalojarlos; al fin la victoria hubiera sido nuestra, porque les hubieran faltado los víveres, pero hubieran prolongado su resistencia, y por lo menos, les hubiera servido para obtener una capitulación más ventajosa. Más, habian decaido completamente de ánimo, y las siete octavas partes de los defensores, tan lejos de ocurrir á las trincheras, buscaron las iglesias y las casas de los que creian patriotas, para salvarse de los horrores de un asalto que creian inminente. La Catedral estaba llena de soldados y oficiales, que mezclados con los padres, paisanos, mujeres y niños, habian ido á refugiarse. Como viniese un ayudante con la orden del general Tristán, para que los militares fuesen á su puesto, y como ninguno la obedeciese, se trepó al púlpito una señora, natural de Buenos Aires, muy realista, llamada (si mal no recuerdo) doña Pascuala Balvás, y principió á voces, á excitar á aquella tropa á que volviese á su puesto de honor y defendiese hasta el último aliento, la causa real á que se habian consagrado; como sus animosas expresiones no produjesen efecto, prorumpió en insultos, que tampoco fueron más eficaces; los llamó viles, infames, cobardes, y nadie se movió; el miedo había echado tan profundas raices, que todo remedio fué inutil. Después de haber tocado sin fruto, todos los resortes que estaban á su alcance, el general Tristán se decidió á pedir la capitulación, y mandar el parlamentario de que hemos hablado. En cuanto á la valerosa mujer, que en aquel día se sobrepuso á su sexo, y al que se dice fuerte, debo decir, que todos la admiramos y nadie la incomodó después;

tuve positivos deseos de conocerla, pero no lo conseguí.

El fuego se suspendió en todas partes, y los artículos de la capitulación se arreglaron esa misma tarde. Según ella, debía al día siguiente, salir el ejército Real con los honores de la guerra, y tambor batiente, entregando después la artillería, armas de toda clase, banderas, parque y demás objetos de propiedad pública. La guarnición de Jujuy (1) era inclusa en los términos de la capitulación. Los individuos que no habian sido prisioneros, hasta la suspension de hostilidades, podian retirarse al Perú, bajo la promesa jurada de no tomar las armas contra los que llamaban insurgentes.

La situación de nuestras tropas fué la misma durante la noche, que lo había sido al suspender las hostilidades. Es decir, el general Belgrano con una parte del ejército, se mantuvo fuera de la ciudad, mientras la otra guardaba dentro de ella, las posiciones de la víspera. Se pasó sin la menor novedad, aunque con la vigilancia que era consiguiente.

No quiero dejar pasar esta ocasión de decir el trágico fin que tuvo ese día, el célebre caudillo oriental don Venancio Benavides, bién conocido por la toma del pueblo de Mercedes y otros hechos de valor, en la que es hoy República Uruguayana. Era capitán, con grado de teniente coronel, y mandaba una compañía, también de orientales, siendo teniente y alferez sus hermanos, don Manuel y don Juan Benavides. Este había quedado enfermo en Tucumán, á su paso con la compañía que mandaba; de modo que solo fueron conocidos los dos hermanos mayores. Por resentimientos personales con el jefe de su cuerpo, se pasó Ve-

(1) Pueblo dependiente entonces de Salta, y hoy provincia separada, distante diéz y ocho leguas al norte de Salta. Había como cuatro cientos ó quinientos hombres de guarnición, que se retiraron precipitadamente, luego que supieron el resultado de la batalla.

nancio al enemigo, y muy luego le siguió Manuel. Viéndose ese día, el primero, encerrado en la plaza, excitaba á los demás, á una defensa desesperada, y como nadie ó muy pocos siguiesen su ejemplo, se colocó de propósito en medio de una calle, donde el fuego era muy vivo, hasta que una bala le atravesó la cabeza, dejándole sin vida, y tendida en tierra su gigantesca figura. Su hermano Manuel, no quiso seguir su ejemplo, y nos esperó muy resignadamente. El general Belgrano, que pienso conocía á los Benavides, y sabía sus primeras patrióticas hazañas, lo trató muy bién, lo dejó en plena libertad y le dió recursos para que se trasladase á su país (1).

En la mañana del 21, los dos ejércitos estaban sobre las armas. El uno, para desocupar la plaza, el otro, para entrar en ella; el uno, para entregar sus armas, el otro, para recibirlas. El tiempo seguía lluvioso y á ratos caian buenos chaparrones; á pesar de eso, serian las nueve cuando el ejército Real salió al campo, formado en columna, llevando los batallones los jefes á su cabeza, batiendo marcha los tambores, y sus banderas desplegadas.

La tropa nuestra, que estaba fuera, los recibió con los honores correspondientes, hasta que á cierta distancia, su columna hizo alto. Habiendo desplegado en batalla el batallón que llevaba la cabeza, empezó á desfilar por delante del jefe y hombres nuestros, que estaban apostados para recibir el armamento, que iba entregando hombre por hombre, juntamente con sus cartucheras y correages. Los tambores hicieron lo mismo con sus cajas, los pífanos con sus

---

(1) El 21, cuando entramos á la plaza, fuí invitado á comer en casa de la señora de Cabezón, y en la mesa hallé á Manuel Benavides, á quién no veía desde antes de su defección. Su posición en presencia de los que había traicionado, era embarazosa, pero muy luego se repuso, mediante la atención con que lo traté; creo que conservará un recuerdo grato de este lance. No hice lo mismo con otro conocido, que encontré en el mismo caso, y lo siento ahora.

instrumentos, y el abanderado entregó, finalmente, la *real insignia*, que simbolizaba la conquista, y un vasallaje de tres cientos años. Acto terrible para los militares que sufrian tan gran afrenta, pero grandioso para la libertad y los que la sostenian.

No es posible recordar esos dias de honor para nuestras armas, y de gloria para la más justa de las revoluciones, sin envanecerse de pertenecer á un pueblo que supo adquirirlos. El 20 de Febrero, es un gran día en los anales argentinos; el general Belgrano se inmortalizó junto con él.

Hubiera sido muy prolijo, si cada batallón enemigo hubiera ido entregando individualmente las armas, como lo hizo el primero; y para abreviar, se mandó que después de formar en batalla, abriesen filas y pusiesen las armas en tierra, depositando encima los correages y cartucheras; lo mismo se hacía con todo lo demás, menos las banderas y estandartes, que se tomaban á la mano. La caballería echó pié á tierra, para entregar sus espadas, carabinas y demás; y los artilleros dejaron también sus cañones, cajas y juegos de armas. Desarmados enteramente, parecian una cosa muy diversa de lo que eran media hora antes. Volvieron á sus cuarteles, sin formación, en un tropél confuso, que se asemejaba á una majada de carneros. Pero lo que más hería la imaginación de los espectadores, era ver retratadas en sus semblantes, las diferentes pasiones que los agitaban. El despecho y la rabia en algunos, en otros un furor concentrado, y la vergüenza en todos. Ví muchos de ellos, que derramaban lágrimas que no bastaba toda su fuerza á reprimir, y aún presencié escenas, que sería difuso referir.

Cuando las tropas reales salian de la plaza para ir al campo á entregar sus armas, las nuestras, que ocupaban algunos puestos de la ciudad, penetraban en ella simultáneamente. Aún esta parte del drama me pareció grandioso.

Mientras por un lado de la plaza salian los vencidos, por el otro entraban los vencedores; contrastaban tanto los semblantes de unos y otros, sus aptitudes eran tan diferentes, que si un extraño á todo lo que había sucedido, se hubiese presentado en aquel momento, hubiera conocido de lo que se trataba. Sin embargo, todo fué silencioso, ordenado, sublime; nada de insultos, nada de ridícula jactancia (1).

Por la tarde de ese mismo día, nuestros soldados fraternizaban en las tabernas, con los vencidos, y hubiera llegado á mucho más su cordialidad, si las circunstancias no hubiesen obligado á tomar algunas precauciones. Quién más perdía con esta intimidad, era la causa real; pués, es fuera de duda, que los sentimientos patrióticos y las ideas de independencia, penetraban en los americanos del ejército español, y que en unos cuantos dias más, el contagio hubiera sido general. Quizá por esto se apresuró Tristán á sacar sus tropas cuanto antes, para tomar el camino del Perú. Desde el día siguiente empezaron á salir, y antes de tres dias ya no había uno en Salta, fuera de los heridos, y de Tristán, que permaneció unos cuantos dias más.

El general Belgrano había conocido á Tristán en Europa, y acaso había cultivado con él relaciones amistosas; casi puedo asegurar que se tuteaban. Fuera de esto, quiso el primero abundar en pruebas de confianza, y hé aquí lo que

---

(1) Debo exceptuar un pequeño incidente que presencié, y que no tuvo consecuencias desagradables: Cuando un batallón echaba armas á tierra, por mandado de su Comandante, que era un hombre carnudo y petizo, se le había olvidado mandar á sus soldados, que se quitasen el correage, y se desviaba del lugar de la escena, cuando advirtió su olvido. Retrocedió, pués, para remediarlo, cuando notó que los soldados, sin necesidad de advertencia, lo hacian. El alferez don Domingo Diaz, joven alegre y pifión, le dijo: *No se incomode usted; los suyos son buenos soldados que no necesitan órdenes de su jefe*, añadiendo en voz más baja, pero perceptible, *pués para entregar*... El Teniente Coronel realista, se inmutó al oir este sarcasmo, pero dominándose al momento, se contentó con decirle: *Señor oficial, estos son percances de la guerra, de que usted ni nadie está libre*; con lo que concluyó el negocio.

he presenciado: A los dos ó tres dias se celebró en la Catedral, una misa y Te-Deum en acción de gracias por nuestra victoria. La función fué deslucida, porque una gran parte del clero estaba ausente, y todas las cosas, aún las de la iglesia, se habian resentido del trastorno universal. Esto no impidió que asistiese el general Belgrano, y que lo acompañásemos muchos oficiales. Lo que se acabó la misa, salió el General, y lo seguíamos pensando dejarlo en su casa; más, con sorpresa nuestra, y sin detener el paso acelerado que siempre llevaba, al pasar por la casa de Tristán, se entró en ella, sin decirnos una palabra. La comitiva se dividió, yéndose los más á sus casas, y siguiéndolo otros, para no dejarlo solo; yo fuí de los últimos. Como no se había hecho anunciar, nadie lo esperaba, y encontró la sala sola. Es regular que le hubiese hecho otras visitas, pués conocía muy bién la casa, así es que, sin detenerse, atravesó la sala y entró en otra pieza, que supongo era el escritorio, ó acaso el dormitorio de Tristán. Oimos hablar algunas palabras, y saliendo inmediatamente este á la sala, llamó á su mayordomo para encargarle hiciese traer una taza de caldo y una botella de vino generoso. Después supimos allí mismo, que nuestro General se había sentido algo indispuesto, y había querido tomar un confortante. Entonces pensé y pienso hasta ahora, que fué un pretexto para dar confianza á Tristán. En cuanto á los que habíamos hecho hasta allí, parte de la comitiva, nos aburrimos y nos retiramos, quedando solamente los ayudantes; de consiguiente, ignoro cuanto duró la visita.

Nuestras pérdidas en la acción, no fueron grandes, y sin embargo, fueron mayores que en la acción de Tucumán. Murió un capitán Pardo, y un teniente Cabral, si no me engaño. De tropa, acaso no llegaron á cién los muertos, pero los heridos debieron andar por cerca de tres cientos; uno de ellos, era el teniente La Madrid (hoy General). La

pérdida del enemigo, en personal, fué mayor, sin contar como de dos cientos á tres cientos prisioneros, que se hicieron en la acción. Es excusado decir, que de todo el material, nada se salvó.

La guarnición de Jujuy, que estaba sujeta á las mismas condiciones de la capitulación, no dió cumplimiento á ella, y se retiró al Perú, con sus armas, municiones y bagajes, luego que supo el éxito de la batalla de Salta. Este fué ya un principio de infracción á la fé prometida; luego veremos que no fué la única que cometieron.

Por único monumento de esta célebre jornada, existía hace pocos años, en el campo de Castañares, que fué el de la batalla, una gran cruz de madera, inmediata á la fosa en que indistintamente se sepultaron los cadáveres de los hombres de tropa que perecieron en la acción, con esta sencilla pero elocuente inscripción: *Aquí yacen los vencedores y vencidos el 20 de Febrero de 1813.* En el curso de la guerra, ocuparon varias veces después, los españoles, la ciudad de Salta, y siempre quitaban la cruz, que era luego restablecida, cuando entraban nuestras fuerzas, en la misma forma. No lo hacian aquellos por profanación, sinó por borrar, si era posible, la memoria de su derrota.

¡Ojalá que el Gobierno algun día mande levantar un monumento digno, que inmortalice la memoria de aquel insigne triunfo, y recuerde á las posteridad, una de las más brillantes glorias de la guerra de la Independencia! (1).

---

(1) Este pensamiento lo tuvo presente el Congreso en 1884, y el Gobierno en 1887. Se nombró una comisión compuesta de los señores Benjamín Zorrilla, Rafael Ruíz de los Llanos, Francisco J. Ortíz, y Moisés Oliva, con el fin de realizar la idea; y el escultor Cafferata confeccionó el modelo.

Los antecedentes del proyecto, son los siguientes:

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Art. 1º Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir hasta la

Ha divagado tanto la opinión sobre si el general Belgrano sacó ó nó de la victoria de Salta, todo el fruto que pudo dar, que quiero dedicar á este punto algunas reflexiones especiales. Para mejor ilustrar la materia, es conveniente fijar las siguientes cuestiones:

Primera, ¿pudo el general Belgrano conceder menos ventajas en la capitulación que otorgó al enemigo, ó negarla del todo, obligándolo á rendirse á discreción? Segunda, después de hecha la capitulación, ¿debió ceñirse á una observancia tan extrictamente rigurosa, como lo hizo, ó pudo, por una interpretación justa y legal, cuando no fuese por una represalia legítima, suspender, y aún anular sus efectos? Tercera, ¿era probable que ese ejército juramentado, que dejábamos partir, después de haberlo hecho pasar por las Horcas Caudinas (permítaseme esta expresión), dejase de combatir y fuese amigo nuestro ó neutral?

En cuanto á la primera, diré, que en mi juicio, es muy probable que, atendido el estado de disolución en que estaba el ejército enemigo el 20 de Febrero, después de la acción, se hubiese rendido á discreción; más, el General, que no sabía lo que pasaba adentro de la plaza, y que además tuvo el laudable objeto de detener la efusión de sangre, hizo bién en otorgar la capitulación, la que no obstante, hubiera

---

suma de veinte mil pesos, en dar cumplimiento á la ley de 6 de Marzo de 1813.

Art. 2º El gasto que demande la ejecución de esta ley, se hará de Rentas Generales, y se imputará á la misma.

Sesión del Sábado 6 de Marzo de 1813

Queda decretado un monumento duradero, que se erigirá cerca de Salta, en el campo de batalla, en honor de la memorable victoria conseguida el 20 de Febrero de 1813.

(« Redactor » núm. 2).

(*El Editor*).

sido de desear que fuese menos ventajosa al enemigo.

En la segunda, diré, que el general Belgrano fué demasiado escrupuloso, y que pudo y debió suspender los efectos de la capitulación, por un tiempo limitado, en cuanto á la marcha del ejército vencido. Una suspensión momentánea, no es una infracción, tanto menos, cuanto la capitulación (si no me engaño) no fijaba día preciso para la partida. Si había infracción, era de parte del enemigo; pués, la guarnición de Jujuy, incluida en la capitulación, como Torrente lo confiesa, se había marchado con sus armas y bagajes, sin hacer caso de ella, lo que autorizaba al general Belgrano, no solo á suspenderla, sinó á romperla, y hacer prisionero de guerra á todo el ejército. La mala fé de Goyeneche y demás de su ejército, estaba probada; pués, veinte meses antes, en el Desaguadero, atacó al nuestro, antes de terminar un solemne armisticio (1) y aún sin denunciar las hostilidades, como se infiere de la relación del mismo Torrente, y de consiguiente, no era de esperar que con nosotros fuese más fiél. Todo debió aconsejar al general Belgrano que tomase un camino diferente, y no encuentra, por más que exprima uno su inteligencia, la razón porque no lo hizo. Lo único que se me ocurre en favor de su resolución, es la dificultad de guardar un tan crecido número de prisioneros, que si no era mayor, era igual á lo que própiamente se llamaba nuestro ejército, lo que á la verdad no deja de tener algún peso.

Para apreciar debidamente esta circunstancia, téngase presente, que en aquel tiempo, ese elemento popular, que tan

(1) El armisticio fué celebrado el 16 de Mayo, por cuarenta dias. Y sin prévio aviso de ninguna clase, y faltando cinco dias para su terminación, fué atacado nuestro ejército el 20 ó 21 de Junio, antes que se hubiese reunido. Seguramente que esta es poca disculpa para nuestros generales, que no debieron fiarse de un enemigo traidor, pero es una prueba indudable de la perfidia de los realistas.

poderoso ha sido después, en manos de los caudillos, era casi desconocido; en consecuencia, los generales, poco ó nada contaban, fuera de lo que era tropa de línea. En ese concepto, debió calcular el general Belgrano, que para guardar tres cientos prisioneros, haría indispensablemente distraer una parte de su ejército, que urgentemente necesitaba para la campaña que iba á abrir. Después que el pronunciamiento de las masas por la causa de la independencia, fué unísono y universal; después que la población de nuestra campaña desplegó esa fuerza, que es peculiar de nuestra situación, no hubiera sido difícil encomendar la custodia de un número tan crecido de prisioneros, á cierto número de escuadrones de milicianos, que retirándoles los caballos y otros medios de escape, y separándolos en fracciones, los hubiesen conservado en algunos puntos de la campaña; más, entonces ni había milicias medio arregladas, ni tenian armas de ninguna clase, ni su decisión era pronunciada, ó al menos no había habido motivo para conocerla. Era, pués, una dificultad de no pequeña importancia, la que he propuesto. Sin embargo, debió haberse vencido á toda costa, en atención al tamaño de la ventaja que reportábamos, privando al enemigo de esa fuerza, y además, teniendo presente otras consideraciones, de que voy á ocuparme al tratar la tercera cuestión.

La tercera cuestión, en su primera parte, ya está resuelta en lo que acabamos de decir, para probar la mala fé del enemigo, y si esto no fuese bastante, apelamos al testimonio del mencionado Torrente, historiador español, que escribió por orden de su soberano Fernando VII, quién no tiene pavor en decir, que *los empeños de los juramentados de Salta, no eran obligatorios en ningún modo, por haber sido contraidos con súbditos rebeldes.* Hasta la autoridad eclesiástica intervino en esta profanación; pués, el Obispo de la Paz expidió un edicto absolviendo del juramento, á los

vencidos de Salta, y declarándolo nulo. Pero, ¿qué necesidad hay de ocurrir á estos argumentos? ¿Quién pudo pensar que los obstinados españoles se privasen del auxilio de tres mil soldados aguerridos, por un escrúpulo de conciencia ó por un sentimiento de honor, en una guerra que equiparaban á la primera de la conquista, y que les importaba un mundo entero? A un niño no pudo ocurrir semejante idea, ni el general Belgrano pudo abrigarla; más, debió tener otras miras, cuyos fundamentos pasaremos á examinar.

El ejército enemigo, á quién podíamos decir que habíamos hecho pasar bajo las Horcas Caudinas, marchando inmediatamente, lo hacía bajo las impresiones de su reciente humillación, y no podía sernos grato, ni llevar disposiciones amistosas. Es verdad, que el concepto de un vandalismo horrendo, con que nos habian pintado los jefes españoles, había desaparecido al ver el arreglo de nuestros batallones; es verdad también, que la opinión de impios y herejes en que nos tenian, se había disipado al ver nuestros escapularios y otros signos religiosos; es verdad en fin, que las ideas de independencia, algo habian penetrado durante aquel momentáneo contacto en que estuvieron con los nuestros; pero de todo ello, cuando más se inferirá, que la causa en general, avanzó un tanto, sin ganar cosa alguna para nuestro país, en particular. No fueron, pués, más amigos de los argentinos, que lo que habian sido antes, lo que sin duda se hubiera conseguido con algún más trato y facilitando las relaciones personales.

No puedo prescindir de emitir una observación, que siempre torturó mi espíritu, y que ahora mismo gravita sobre mi alma. ¿Por qué nuestro país, que tantos sacrificios hizo para llevar á otros del Continente, la libertad, no ha obtenido el homenaje de gratitud que le era debido? ¿Por qué nuestros ejércitos, que recorrieron la América del Sud,

prodigando su sangre, no lograron de los mismos pueblos que habian libertado, la benevolencia y el reconocimiento que merecian? ¿Ha sido efecto de la ingratitud de estos, ó de una fuerza repulsiva de nuestros guerreros y de nuestros gobiernos, que al paso que hacian el bién, tenian la funesta habilidad de revestirlo de formas desagradables, para perder el derecho al agradecimiento? No es cuestión esta de que me ocuparé, porque requiere ser tratada en otra forma que lo que yo puedo hacerlo aquí. Que cada uno la resuelva á su placer.

Es visto, pués, que el general Belgrano esperó mucho más de lo que debía, de las disposiciones morales de los juramentados de Salta, y de la gratitud á que se creía acreedor. No hay duda que algo se consiguió, y como el mismo Torrente dice, en la pájina ya citada: *Otros* (de los juramentados de Salta) *se dedicaron á pervertir el espíritu público, proclamando el brillo y el entusiasmo de las tropas de Buenos Aires, y pintando con los colores más halagüeños, la causa que ellos defendian.* Sin duda era este muy poco fruto para una tan gran victoria, en que la mayor y más selecta parte del ejército Real, había sido anonadada. Si por entonces no mereció esta medida, la desaprobación que mereció después, fué porque participábamos de las mismas esperanzas que el General, y porque estas se fortificaban con la intimidad que parecía tener con Tristán, lo que daba lugar á infinitas conjeturas. Si aún todavía se hubiera marchado con rapidéz; si se hubiesen hecho los últimos esfuerzos para dar más poder al ejército é impulsión á sus operaciones; si hubiéramos podido aprovechar del terror que nuestra victoria había inspirado á los restos del ejército enemigo, que se hallaba en Oruro, casi en estado de disolución, se hubiera remediado aquella falta; más, no fué así, y el ejército Real tuvo tiempo de volver en sí, reforzarse con los juramentados, y reorganizarse para vencernos á su vez.

CAPÍTULO III

VILCAPUGIO

El general Goyeneche.—Separación del comandante Dorrego.—Potosi.—La vanguardia patriota.—Errores que comete esta y la del enemigo.—Política y administración.—Castigo á los que promovian la deserción.—Premios y grados por los triunfos de Tucumán y Salta.—Juicios acerca de la justicia militar, las jerarquías, el espíritu militar y la organización.—Composición de las fuerzas, al marchar en busca del enemigo.—Líneas de batalla de los dos ejércitos.—Los indios en Vilcapugio.—Derrota de nuestra izquierda.—Cobarde comportación de la reserva.—Cargas de caballeria.—Inacción del ala derecha, después del triunfo del enemigo.—Retirada del ejército en dos direcciones: al este con el general Belgrano, y al sur con el general Diaz Velez.

Era ya tiempo de penetrar en las provincias del Alto Perú, en donde la victoria de Salta había sido un golpe de rayo para los jefes realistas. El general Goyeneche, aturdido completamente, abandonó las provincias de Potosí y Chuquisaca, y dando libertad á todos los prisioneros que tenía en su poder, se retiró á Oruro. De esas resultas volvieron á las filas del ejército, don Máximo Zamudio, que pasó á ser mayor de Dragones, don Juan Francisco Zamudio, don Juan Escobar, don Rufino Falcón, y otros tres oficiales más, con ción hombres de tropa, ó poco más.

Ignoro con qué motivo despachó el general Belgrano al capitán de mi regimiento, don Alejandro Heredia, en clase de parlamentario (el que fué General y Gobernador de Tu-

cumán, y que fué asesinado el año 1838), quién alcanzó á Goyeneche, en Oruro; fué muy bién recibido, y regresó con pliegos de contestación á los que había conducido. Pienso que esta misión solo tuvo por objeto tantear á Goyeneche, lo que no produjo fruto alguno. Este obcecado americano ha hecho más mal á su país, que lo que se cree generalmente.

El, más que otro alguno, como que era americano, contribuyó á cortar el vuelo de la revolución, y á debilitar ese patriotismo puro y entusiástico, de los primeros tiempos; él, haciendo valer para sus fines, las locuras de algunos oficiales jóvenes y las imprudencias de algunos viejos, nos clasificó de impios é incrédulos, desnaturalizando así la guerra, y haciéndola semi-religiosa; él, autorizó á los Imas, á los Landivar y otros sicarios, para que cometiesen crueldades que hacen extremecer á la humanidad; él, cubrió de cadalsos el suelo de su patria, é hizo correr en los suplicios, arroyos de sangre. Ninguno de los generales españoles le ha excedido en crueldad, y si respetó á los prisioneros de nuestro ejército, fué porque temió represalia; pero es seguro, que si se hubiera asegurado un poco más, nos hubiera tratado del mismo modo que á los desgraciados peruanos. Su segunda campaña á Cochabamba, es un monumento de barbarie, que tiene pocos ejemplos.

Y, ¿qué diré de su mérito militar? Que era muy limitado. Todas sus campañas, todos sus sucesos, todas sus victorias, más fueron debidas á la impericia de sus adversarios, que á sus propios talentos. La acción de Huaqui, es la que figura en primera línea entre sus hazañas, y todo el mundo sabe que no hubo acción, ni combate, ni batalla, ni cosa que merezca este nombre. En Yauricoragua, en donde por nuestra parte mandaba el general Viamont, y por la enemiga, el general don Juan Ramirez, fué donde se puede decir que se combatió en ese día desgraciado, y en esa acción funesta,

á que damos generalmente el nombre de acción del Desaguadero. La batalla de Amiraya, contra los cochabambinos, fué una farsa, como lo fué también después, la de Pocona, y la toma de la capital de aquella provincia (1).

Cuando la fortuna le volvió la espalda, perdió enteramente el ánimo y la cabeza. Aún después de su retirada á Oruro, no pudo recuperarse de su abatimiento, y se retiró del ejército para pasar á España, en donde habrá gozado de su cuantiosa fortuna, pero despedazado de los remordimientos, que han debido causarle los males que hizo á su patria, y los bienes que pudo y dejó de hacerle.

Después de algún tiempo de mansión en Salta, para organizar los cuerpos, empezaron estos á salir para Jujuy, y de allí continuar por el camino de Potosí; á cierta distancia tomó mi regimiento la vanguardia, siguiendo luego los de infantería. El general Belgrano, que conocía cuán importante era observar en aquellos pueblos una severa disciplina, estrechó sus órdenes é impuso pena de la vida por el crimen de robo, aunque fuese (era la expresión de la orden) de un huevo. La conducta de la tropa correspondió á sus deseos, pués, fué la más moral y arreglada que podía darse: pero personas de otra categoría le causaron disgustos, y le obligaron á tomar providencias severas.

Hablo del comandante Dorrego, quién había marchado con su batallón á Jujuy, donde estaba también el núm. 6. Un soldado de este cuerpo, se había enrolado en el de Cazadores, sin saberlo sus jefes, que lo creian desertor; es encontrado en la calle y llevado en arresto al cuartel del 6; lo reclama Dorrego, lo resiste Forest; aquel manda una patrulla de Cazadores para que se apodere y traiga prisio-

(1) Esta acción de Amiraya, que se llamó también de Sipe-Sipe, es distinta de la que en el mismo lugar dió después, el general Rondeau contra Pezuela, en 1815. Es necesario no confundirlas.

neros cuantos soldados encuentre por la calle, de los del núm. 6, y Forest manda otra partida para que haga lo mismo con los que encuentre de Cazadores. Ya se habian hecho muchos prisioneros mútuamente, cuando, llegando este escándalo á noticia de la primera autoridad del ejército, intervino, y cesó, mediante sus disposiciones, el conflicto.

Se movió de Jujuy el batallón de Cazadores, é hizo alto por algunos dias en Humahuaca, que dista treinta leguas. Allí, no teniendo el señor Dorrego otra cosa en que entretenerse, desplegó todos los recursos de su genio, para hacer burla á algunos oficiales, y darles chascos los más pesados. Uno de ellos, fué promover él mismo, una riña entre dos jóvenes subalternos (Aguirre y Videla, según me parece), y excitarlos á que se batiesen en duelo, para conocer, decía, si eran valientes. Es de creer que el señor Dorrego, que era padrino de uno de ellos, pensó interponerse oportunamente para precaver una desgracia, porque no puedo suponer que encontrase placer en el exterminio de dos jóvenes apreciables, que acababan de combatir bizarramente en Salta; hecha esta suposición, es también de creer, que colocados en la escena, ya no pudieron los padrinos (el otro era un capitán Bustos, del mismo cuerpo, y de toda la confianza del señor Dorrego), impedir un desastre. Casi simultáneamente los dos combatientes se dieron graves heridas, de que sufrieron, y se inutilizaron por mucho tiempo.

Un suceso como este, y otros de menos importancia, no podian ocultarse, y llegaron á noticia del general Belgrano, quién, desde su Cuartel General, expidió órdenes separando del mando al señor Dorrego, mandándole regresar á Jujuy, y ordenando la formación de una causa, que esclareciese su conducta. Estas órdenes lo alcanzaron ya muy internado en el Perú, pero de allí regresó al lugar de su destino; la causa mandada formar, después de ocho meses,

no estaba muy adelantada, y cuando sobrevinieron las desgracias de Vilcapugio y Ayohuma, y la consiguiente retirada, él fué otra vez llamado al ejército y colmado de distinciones. Ya era entonces Coronel graduado.

¡Y se creerá que una providencia tan justa, tan necesaria, tan útil, en un sentido, vino á ser fatal en la opinión del mismo general Belgrano, quién después de la acción de Vilcapugio, dijo que si Dorrego hubiera estado en su cuerpo, no se hubiera perdido la acción! Efectivamente: en la batalla que acabo de citar, en que concurrió la fatalidad de morir ó ser heridos, los jefes de más mérito, solo faltó uno de valor y capacidad, en nuestra ala derecha; pienso, pués, con el general Belgrano, que si está el señor Dorrego, no hubiéramos sido batidos. Más, no anticipemos los sucesos, sin dejar por eso, de deplorar desde ahora, la triste condición humana, que cuando está adornada de algunas prendas estimables, vienen acompañadas de otras cualidades que empañan el brillo de las primeras.

Como indiqué antes, mi regimiento llevaba la vanguardia en este movimiento sucesivo de los cuerpos. El 6 de Mayo, nos alcanzó en la *Lava*, hacienda é ingenio del conde de Casa Real, á nueve leguas de Potosí, el mayor general Diaz Velez; todo lo activó para que al día siguiente, madrugando mucho, tuviésemos tiempo de hacer nuestra entrada en aquella célebre ciudad. Así se verificó efectivamente, y el 7 á las tres de la tarde, estábamos frente al *Socavón*, que solo dista una legua. Allí empezaron á encontrarnos las autoridades y mucho vecindario, que cabalgaban en vistosos caballos, pero cuyos aderezos, eran rigurosamente á la española. Recuerdo de una escolta de honor, como de treinta hombres, que presentaba la ciudad al Jefe de nuestra vanguardia, en que cada soldado parecía un general, según el costo de su uniforme, que era todo galoneado, incluso el sombrero elástico, y la riqueza y borda-

dos del ajuar de sus caballos. Pero todo era tan antiguo, los caballeros cabalgaban con tan poca gracia, que á pesar del chocante contraste que formaban con la pobreza de nuestros trajes, no envidiábamos las galas. Era en realidad, suma la de nuestros oficiales, quienes, aunque se habian esforzado en vestirse lo mejor que podian, apenas se diferenciaban de los soldados, que tampoco iban muy currutacos. Agréguese que no habíamos tenido tiempo ni aún de hacer que lavase y se asease la tropa; de modo, que en el mismo traje de camino, se hizo la entrada triunfal, en el emporio de la riqueza peruana.

Para mayor abundamiento, toda la tropa cabalgaba en mulas muy flacas, muy malas, y sin siquiera herrarse. No se creía que la buena cabalgadura fuese de gran importancia para el soldado de caballería, ni aún en el combate, ó por lo menos, se creía que no merecía la pena de que se hiciesen los mayores gastos, que requiere esta arma, en todos los ejércitos del mundo, menos en los de la República Argentina. Pero dejando estas reflexiones para otra ocasión, volveré á nuestra entrada en Potosí.

Las calles estaban adornadas con arcos, y un inmenso pueblo las cubría, vitoreando á los vencedores. Potosí es el pueblo que menos simpatias tuvo por la revolución. Su grandeza y riqueza, provenía del laboreo de las minas que están á su inmediación, en el célebre cerro que lo domina; el progreso de esos trabajos se fundaba en la *Mita* (1) y otros abusos intolerables, que un sistema más liberal debía

(1) Tiránica ordenanza de los españoles, en virtud de la cual eran obligados los indios, de cién y dos cientas leguas de distancia, á venir á Potosí á trabajar tres años en las minas, donde morian muchísimos, tanto por lo mortífero del trabajo en sí mismo, cuanto por el mal que les hacía la súbita variación de temperatura, desde el fondo de las escavaciones, donde se siente un gran calor, al aire libre, donde el frío es tan intenso, que el agua está en estado de congelación.

necesariamente destruir; eran, pués, sus intereses, en cierto modo, que hacian inclinar la opinión (á que debe agregarse el inmenso número de empleados de la Casa de Moneda y Banco de Rescate) en favor de la causa real, ó lo que es lo mismo, en la conservación de la antigua opresión.

Sin embargo, las demostraciones de alegría por nuestra llegada, no fueron menos ruidosas y expresivas, bién que tenian otro origen, fuera del patriotismo, que podía influir en algunos. Este origen era el miedo, ó mejor dicho, estaba en los reproches de su conciencia; no se había cumplido aún dos años, que ese mismo pueblo, que tanto aplaudía nuestra entrada, se había cebado, con el furor de la demencia, en los restos del ejército derrotado en el Desaguadero: la sangre de cién soldados, mezclada con la de más de dos cientos cholos, que inmolaron aquellos en su defensa, había corrido con profusión. Temía, pués, la población de Potosí, que recordásemos ese agravio, y quiso hacerlo olvidar á fuerza de obsequios.

No eran estos precisos, porque en esa época, la disciplina del ejército era admirable, además, que nuestro caracter nacional, es demasiado generoso; nadie se acordó de lo ocurrido, y no llegó á mi noticia, un solo acto que pudiese justificar los temores que se habian tenido. Las órdenes del General en Jefe eran tan terminantes, que recuerdo de un bando militar que se publicó en el ejército, del que uno de sus artículos estaba concebido en estas formales palabras: *Se respetará los usos, costumbres, y aún preocupaciones de los pueblos; el que se burlare de ellos, con acciones, palabras y aún con gestos, será pasado por las armas.* El general Belgrano aún no había llegado, pero el bando y sus efectos, le habian precedido.

El general Diaz Velez fué alojado en una magnífica casa (la de Linares) que se le había preparado, y en propor-

ción, los jefes y oficiales, que habíamos llegado. Se le dió un buén baile en su misma casa, y es necesario decir, que la concurrencia no fué lucida, porque no era de lo principal. En cuanto á hombres, no se echaba de menos, por cuanto los suplía la oficialidad, pero en punto á señoras, era muy sensible la escaséz. Forzoso es decir, que la aristocracia del Perú nos era desafecta, desde que Castelli, con poquísimo discernimiento, la ofendió, provocando los furores de la democracia. Creo hasta ahora, que esta ha sido una de las causas que ha hecho del Perú, el último baluarte de la dominación española, y el taller de esos ejércitos, que volaron á todas partes, para conservarla y extenderla. Volvamos al baile.

Las condesas, marquesas y señoras de categoría, habian emigrado, ó habian ganado sus haciendas, ó estaban enfermas; de modo que en el baile hubo pocas señoras. Recuerdo que las de Usin fueron las principales, tanto por su buén trato, cuanto por su sincero patriotismo; según la costumbre del país, y en atención á lo extraordinario del motivo que ocasionaba el baile, las señoras dijeron brindis, é hicieron frecuentes y abundantes libaciones, de que resultaron escenas de una belleza cómica inimitable, sin que por ello tuviese de que ofenderse la moral, ni se traspasasen los límites del pudor.

En Potosí nos tomó el 25 de Mayo, y lo celebramos militarmente; ese día, que para nosotros encierra tantos recuerdos, era casi indiferente á los peruanos. Era la mejor prueba de que el movimiento que agitaba las Provincias Bajas, no había penetrado bastante en aquellas. El respetable doctor Salinas, que ejercía las funciones de Gobernador provisorio, á pesar de su patriotismo y de sus luces, pienso que participaba de la misma indiferencia.

Habiendo llegado en los primeros dias de Junio algún otro cuerpo que hiciera la guarnición, salieron los Drago-

nes á formar la vanguardia que había de observar al enemigo, que ocupaba siempre las posiciones de Oruro. Mi regimiento llevaría de cuatro cientos á quinientos hombres, armados de tercerolas y pocos sables, cabalgados en las malas mulas que habíamos llevado, y algunas otras chúcaras, que debian amansarse. Estas mulas se mantenian á pasto del campo, sin que jamás se les diese grano, ni se les pusiese en el pesebre. Luego que se concluía la jornada, se largaban, y casi siempre se entregaban á los indios para que las llevasen á algún ciénago, que es por lo común, donde en esos lugares ingratos, se encuentra algún pasto.

Cuando la necesidad requería que pasásemos la noche con mulas ensilladas, por una gran proximidad del enemigo, estas la pasaban enfrenadas. Nada había de ese cuidado minucioso que tienen los cuerpos de caballería, por sus cabalgaduras; nada de esa economía, de ese mecanismo, mediante el cual, un solo caballo dura y sirve al soldado, para muchas campañas. Nuestra ignorancia era suma, y los peligros que corríamos por efecto de esa misma ignorancia, eran inminentes. Solo la ineptitud de los enemigos y el estado de desmoralización en que se hallaban, pudo hacernos sobrevivir á tan crasos errores.

Sin plán, sin objeto, sin mira ninguna, seguimos adelantando camino hasta Tolapalca, distante veinte y cuatro leguas de Potosí. Allí tuvo parte el Jefe de la vanguardia, que era el del cuerpo, por algunos indios que se habian mandado como espias, de que una fuerza enemiga se hallaba en Condo-Condo, cuatro leguas de Vilcapugio, hacia el Despoblado. Nuestro Jefe resolvió atacarla, y marchamos por la tarde, de Tolapalca, con concepto á llegar ya de noche á la pampa de Vilcapugio, distante cuatro leguas, atravesarla silenciosamente, y llegar á la madrugada al punto ocupado por el enemigo, que dista otras cuatro.

Habiendo andado la mitad del camino que hay hasta

Vilcapugio, es decir, dos leguas, se empezaron á recibir partes sobre partes, á cuales más alarmantes, de una compañía algo mejor montada, que se había hecho adelantar á reconocer; según ellos, el enemigo estaba en fuerza, ocupando á Vilcapugio, lo que hizo suponer á nuestro Jefe que habíamos sido sentidos y que se adelantaba á recibirnos. Entonces retrocedimos á nuestra posición de Tolapalca, y pasamos nosotros y nuestras mulas, una noche toledana. Al día siguiente se supo que no había habido tales enemigos en Vilcapugio, y que los partes eran forjados por el miedo de la partida descubridora.

A los dos ó tres dias continuamos nuestro movimiento, que sentido por el enemigo, se retiró á las inmediaciones de Oruro. Pasando por Vilcapugio llegamos á seis leguas más adelante, al pueblo de Ancacato, gran población de indios, pero abandonada y quemada en su mayor parte.

Allí permanecimos bastantes dias, entregados á la mayor confianza, acuartelada la tropa en el pueblo, nuestras mulas paciendo á distancia, en los lugares que parecian aparentes, y sin más precaución, que una guardia avanzada, colocada en la aldea de Pequereque (1), un poco más allá de la Angostura (2). En dicho punto de Pequereque se separan dos caminos, uno que vá á Oruro, por Venta y Media, que es el principal de la posta; el segundo se separa á la izquierda y toma el Despoblado, tocando en el pueblo de

(1) Pienso que es el mismo lugarejo que marca el plano de la batalla de Vilcapugio, que trae Torrente en su obra; más, en este caso está equivocado, porque Pequereque está poco más de una legua de Ancacato, al norte, en el camino de Oruro, mientras el plano lo pone al sud, es decir, al lado de Potosí.

(2) La Angostura es un estrecho que hace la quebrada de Ancacato, á menos de una legua del pueblo, entre este y Pequereque. Dicho lugar es célebre por una victoria de los indios, en tiempo de Goyeneche, en que perecieron más de cien granaderos de la flor de su ejército.

Challapata, que está seis leguas de Ancacato y cuatro de Condo-Condo, al norte.

Como en Ancacato carecíamos de todo y tuvimos noticia que en Challapata había casas de abasto, y deseando también los jefes del cuerpo, dar por allí un paseo, resolvieron (si mal no me acuerdo) en la mañana del 17 de Junio, trasladarse á visitar el segundo de dichos pueblos, llevando en su compañía, á los ayudantes y uno ó dos de los porta-guiones que habitualmente los acompañaban. Ya se deja entender que yo era de la comitiva, y que hube de caer en la celada que, sin saberlo, nos preparaban los enemigos.

Habíamos llegado á la avanzada, y conversando con el oficial que la mandaba, hacíamos los últimos aprestos para seguir nuestro proyectado viaje á Challapata, cuando se nos presentó un indio y dijo que el enemigo venía por el camino de Oruro. Se despreció completamente la noticia del indio, porque efectivamente, acostumbraban mentir mucho y engañarnos todos los dias. Sin embargo, el comandante Zelaya, aunque no creyó la noticia, tuvo por conveniente suspender el viaje á Challapata, y dispuso que solamente lo hiciese el porta-guión Villafuerte con dos soldados, á quién hicimos todos nuestros encargos.

Apenas habrian pasado cinco minutos, cuando los centinelas avanzados anunciaron la presencia del enemigo, por el mismo camino de Oruro; entonces fué preciso hacer correr á toda brida, un hombre en alcance del porta-guión Villafuerte, para que sin perder un instante retrocediese con no menos violencia, so pena de quedar cortado si no lo hacía. Al mismo tiempo el Comandante despachó al otro ayudante, compañero mio, don Juan Garrón, para que volase á Ancacato y diese la orden de que tomase mulas y ensillase el regimiento, haciendo de paso que se llevase la mulada al pueblo, para que la orden tuviese efecto cuanto

antes. He dicho de paso, porque la mulada pacía en una quebrada que confluía con la principal, que era nuestro camino; de modo que la mulada quedaba entre la avanzada en donde nos hallábamos y el pueblo de Ancacato, donde estaba el regimiento.

Habiendo dado estas disposiciones, quiso el comandante Zelaya ver personalmente al enemigo, y nos dirigimos á una loma inmediata, en donde estaban los centinelas, que se disponian ya á retirarse, y efectivamente nos encontramos con las guerrillas enemigas que empezaban á trepar la loma por el otro lado. Ya entonces no se pudo dudar de que éramos atacados, y el Comandante trató de reunirse al regimiento, pero sin mayor apuro, por cuanto contaba con que Garrón habría hecho llevar la mulada, y el regimiento estaría montado.

Suspenderé un momento mi narración para decir que el primer aviso del indio fué providencial, pués si la noticia tarda un cuarto de hora más, nos hubiéramos puesto en camino, hubiéramos sido cortados y sin duda hechos prisioneros; pués, debe tenerse presente que aquellos caminos de sierra, son generalmente senderos que no permiten desviarse, y que interpuesto el enemigo, estábamos irremediablemente en su poder. Considérese ahora lo que hubiese sucedido en el regimiento, viéndose repentinamente privado de los jefes, de uno ó dos capitanes que también iban, y de toda la Plana Mayor; es probable que todo hubiera sido confusión y acaso un completo desastre. La Providencia nos salvó.

Volvimos al pueblo y nos maravillábamos de no ver el movimiento consiguiente á la operación de tomar mulas, quinientos hombres, lo que hizo creer al Comandante que ya estaría concluida, porque nos habíamos detenido bastante tiempo, y que la tropa debería estar ya lista y formada. Nada de esto había, y su asombro fué igual á su irrita-

ción cuando supo que el ayudante Garrón, por no perder camino en su retirada, entrando en la quebrada de travesía donde pastaban las mulas, se fué hasta el pueblo, de donde mandó recién á un abanderado á que hiciese venir la mulada, lo que había hecho perder más de media hora de tiempo. El enojo del Comandante con Garrón, fué justísimo, y tanto más fundado cuanto tuvo la impavidez de presentársele en su cabalgadura de reserva, con una enorme balija en la grupa y demás utensilios de su servicio; lo que probaba que primero, por no decir exclusivamente, se había ocupado de su seguridad personal y de su equipaje de campaña. Este oficial sufrió pacientemente los justos reproches del Comandante y la unánime reprobación de todos sus compañeros; pero tenía una alma que lo hacía sobreponerse á esas desgracias, ó más própiamente hablando, un miedo superior á todas las otras emociones.

El Comandante, cuyo valor era probado, mandó formar á pié, con ánimo de batirse y resistir al enemigo, en aquella forma; felizmente el enemigo avanzó muy poco de Pequereque y dió tiempo á que viniese la mulada y se diesen otras disposiciones.

La única fuerza nuestra que el enemigo tenía al frente, y que se contentaba en sus malas mulas, con observarlo, era la guardia avanzada que había estado en Pequereque y que se había retirado hasta la Angostura. Para reforzarla y para guerrillar al enemigo, se separaron las mejores mulas, se tomaron los caballos de los oficiales, se hizo montar regularmente la duodécima compañía, á cargo de su capitán, don Juan Francisco Zamudio, y se le mandó marchar al enemigo. Se trabó luego una guerrilla que se tiroteó casi todo el día, sin que ni unos ni otros perdiesen ni ganasen terreno. El Comandante y el Mayor se habian adelantado también, y desde allí mandaban sus órdenes á los oficiales que habíamos quedado con las compañias. Como hubiese

escasez de estos, se me había encargado provisoriamente la tercera, y á falta de oficial más graduado en el tercer escuadrón, recayó en mi el mando de todo él.

El primer escuadrón tuvo orden de marchar á servir de reserva y protección á las guerrillas, y lo hizo en sus descarnadas mulas. Ellas eran tales, que más valía andar á pié. Sea por esta razón, sea porque el Jefe quiso hacer creer al enemigo que teníamos infantería, á eso de las dos de la tarde tuvimos orden de movernos todos á pié, y lo hicimos, formando los tres escuadrones que quedaban, una sola columna. Según el orden de la formación de la caballería de entonces y según la táctica española, después del primero seguía el tercer escuadrón, de modo que no estando aquel, me tocó llevar la cabeza de la columna.

El fuego era bastante vivo, y se nos mandó acelerar el paso; á medio camino encontramos al Mayor y luego al Comandante, quién habló á la tropa, que á la verdad, parecía bién dispuesta. Como el camino vá por la quebrada y por esta un rio, era necesario pasarlo á cada rato; viendo el Comandante que lo pasábamos metiéndonos en el agua, dijo: *No quiero que digan que yo no me mojo;* y se apeó del caballo en medio del rio. Cuando ya nos pudo percibir el enemigo, porque el terreno lo permitía, el Comandante hizo maniobrar el regimiento, tan breve formando columna, tan breve desplegando, tan breve marchando de frente, como tan pronto haciendo alto para volver luego á nuestro primer movimiento.

El enemigo se intimidó y emprendió la retirada, abandonándonos la aldea de Pequereque, que ocupamos al ser de noche. En las desconcertadas maniobras que había hecho esa tarde el Comandante, invirtiendo frecuentemente el orden natural, había resultado un enredo, mediante el cual, las compañias, las mitades y las cuartas, habian perdido su colocación regular. Queriendo, en la calle principal del

pueblito, donde habíamos formado en batalla, corregir este error, no lo pudo conseguir, y resultó una confusión mayor. Al fin se aburrió y me llamó para decirme: *Arregle usted el regimiento y avíseme luego que lo haya hecho,* retirándose en seguida. Para conseguirlo, tuve que llamar compañía por compañía y darle su colocación, lo que no concluí hasta bién entrada la noche. Se mandó que la tropa descansase, y nosotros hicimos lo mismo.

A la media noche nos llamó el Comandante, á todos los que mandábamos compañía, para oir nuestra opinión sobre si marcharíamos á Challapata, que era la dirección que había tomado el enemigo, para empeñar un nuevo y decisivo combate, ó si nos retiraríamos á nuestra antigua posición; los pareceres fueron varios, y á nada se arribó. Vino la mañana, y el Comandante ya más fresco, resolvió nuestra retirada á Ancacato; en consecuencia, vinieron las mulas que habian quedado ensilladas y que no habian comido ni el día ni la noche antes, y regresamos ya en piés ajenos. Nuestra pérdida consistió en tres muertos de tropa, en un oficial y ocho ó diez soldados heridos; la del enemigo, más ó menos lo mismo.

Todo volvió en Ancacato al orden acostumbrado, sin más diferencia que no se quiso mandar pastar las mulas á vanguardia de nuestra posición, para que en un ataque de improviso, no cayesen en poder del enemigo. Solo habian pasado dos dias, cuando á eso de las tres de la tarde se presenta de nuevo el enemigo, y se apodera de la misma aldea de Pequereque. Nuestra avanzada, que era mandada por el Capitán entonces y después General, don Alejandro Heredia, se retiró á la Angostura. Todo anunciaba un ataque premeditado y por tanto decidido, del enemigo, que había tenido más que sobrado tiempo y ocasión de tomar conocimientos de nuestra fuerza, estado y circunstancias. Era también más que probable que hubiese sido reforzado,

estando su ejército tan cerca, mientras el nuestro estaba cerca de cuarenta leguas. Nuestra situación era crítica, porque á continuar su movimiento, el enemigo, no teníamos tiempo ni de tomar mulas, ni de disponernos para la retirada.

En tal conflicto, se me ordenó que saliese con dos compañias del tercer escuadrón, que estaban francas, y cuya fuerza no llegaba á cien hombres, á colocarme á la entrada del pueblo, con la orden de sostener mi puesto á toda costa (1) y de impedir á todo trance, la entrada del enemigo. Llegado á mi destino, coloqué mi tropa convenientemente y esperé el resultado de los movimientos enemigos; con asombro ví que nuestra avanzada de caballería, que estaba á la vista, permanecía en su puesto, lo que probaba que el enemigo estaba quieto; de este modo continuamos hasta que se iba á entrar el sol, á cuya hora recibí la orden de replegarme y tomar mulas, para incorporarme á la avanzada de caballería. Veamos ahora lo que había sucedido en el regimiento, cuyas operaciones ignoraba, porque siendo el pueblo grande, no veía lo que sucedía dentro de él.

El peligro era inminente, y grande el conflicto de los jefes; después que hubieron mandado la fuerza á mis órdenes, si no para impedir la entrada del pueblo, al enemigo, al menos para entretenerlo á su tiempo, mientras ellos con la restante tropa, se ponian en salvo, dispusieron que el regimiento con las monturas y grupas á cuestas, emprendiese á pié, su retirada; después de haber andado un trecho,

---

(1) Bien sabido es entre militares, lo que importa esta orden; pués, significa nada menos que la obligación de sacrificarse hasta perecer, sin que en ningún caso sea permitido retirarse. Es esta la única vez que la he recibido en mi larga carrera militar, y la única vez que la he dado, ha sido en la batalla de Caaguazú, al batallón Guardia Republicana, que defendía el estrecho del Estero. Son también las únicas veces que se haya dado en nuestro país.

encontraron la mulada, y la tropa se puso á tomar mulas como se podía: ejecutada esta operación, continuó la retirada por seis leguas, hasta Vilcapugio, donde se hizo alto ya tarde, para pasar la noche.

Esta estaba muy entrada, cuando yo con mis dos compañias me ví montado en Ancacato y me incorporé á la avanzada del capitán Heredia; sin demorar, seguimos las huellas del regimiento, y á eso de la una de la mañana lo alcanzamos en el mismo Vilcapugio, donde estaba acampado. Era una de las noches mas frias que he experimentado. El lugar, la estación, todo concurría á hacerla insoportable; recuerdo que cuando llegábamos, el oficial que estaba de guardia avanzada, á corta distancia de Vilcapugio, nos dijo que los centinelas solo estaban media hora en el puesto y que ya habian enfermado y aún caído en tierra, de frio, unos cuantos. Cuando fuimos á ver al Comandante y darle parte de lo ocurrido, tenía en la casa de la posta, un buen fuego donde metíamos los piés hasta quemarnos las botas. Yo y los demás habíamos hecho la mayor parte del camino á pié, sin lo que nos hubiera sido imposible soportar el frio.

Si nuestros movimientos en este episodio de la campaña, eran falsos, sin objeto determinado, sin utilidad alguna, los del enemigo no eran menos, si no es que tuviese por objeto alejarnos. Es fuera de duda, que si él nos carga en las dos ocasiones que nos tuvo al frente, teniendo infantería, y con la ventaja de la proximidad de su ejército, nos hubiera hecho pedazos, cuya derrota era tanto más grave, cuanto nos habíamos alejado mucho de nuestra base. El que mandaba la fuerza enemiga, era el famoso general Olañeta, Comandante entonces, que estaba en su aprendizaje. Es seguro que si este *Bentos Manoel* de los españoles realistas, hubiera sido tan experimentado en las sorpresas, como se hizo después, en tantas que hicieron célebre su nombre, hubiéra-

mos sido batidos y concluidos. Solo á su inexperiencia, á la timidez de sus ataques, al terror quizá que conservaban de la victoria de Salta, debimos nuestra salvación.

De propósito me he detenido en detallar estas pequeñas operaciones, porque ellas, más que otra cualquiera explicación, manifiestan nuestro estado de atraso, la ignorancia de los jefes, y el ningún conocimiento en el arma de caballería, al paso que las disposiciones morales de nuestros soldados, eran las mejores. En todas estas marchas y contra-marchas no hubo deserción, ni robo, ni desorden, ni un acto que manifestase cobardía. Además, brillaba en la tropa un entusiasmo puro y verdadero, por la causa. ¡Oh! ¡Por qué se perdieron para la patria tan bellas aptitudes!

Luego que fué de día, ya no se pensó sinó en seguir la retirada, que continuamos hasta Lagunilla. Después de un alto de dos dias, seguimos á Leñas, á quince leguas de Potosí, donde nos fijamos. El comandante Zelaya pasó á Potosí, donde estaba ya el Cuartel General, y tomó el mando el comandante don Diego Balcarce, que llegó en esos dias. Este tampoco creyó á propósito aquel punto, y se trasladó á Llocaya, dejando una avanzada en Leñas. Así permanecimos hasta que fué hora de moverse el ejército.

Por el mes de Agosto (según recuerdo), estando en el dicho pueblo de Llocaya, sobrevino un eclipse visible de sol, con cuyo motivo diré lo que presenciamos.

Cuando comenzó este á verificarse, gozaba el pueblo (1) de su habitual quietud; más, en proporción que fué perdiendo su luz el sol, empezamos á oir un murmullo, que al

---

(1) Llocaya es un pueblecito á nueve leguas de Potosí, en que hay una buena iglesia, vice-parroquia del rico curato de Tinguipaya. Era el pueblo que tenía más habitantes, después de Potosí.

principio no llamó extraordinariamente nuestra atención; más, como fuese en aumento, fuimos á indagar la causa del alboroto. Era á la verdad sorprendente ver la inquietud pintada en el semblante de los indígenas, y observar el empeño con que corrian á las gallinas, castigaban á los perros y estropeaban á los niños, para que gritasen, lamentando la muerte del Sol; al mismo tiempo hacian, de hojas secas y ramas, grandes montones dentro de sus casas, y les daban fuego para que se levantase una gran humareda, con lo que, sin duda, se proponian dar calor al astro, cuyo fuego suponian próximo á extinguirse; últimamente sonaron las campanas en són de plegaria, con el fin, al parecer, de implorar la misericordia divina, para que no los privase de la benéfica influencia del gran luminar; esto último parecía menos gentílico, pero las primeras demostraciones se resentian de las preocupaciones del paganismo.

En vano fué que quisiésemos tranquilizarlos, persuadiéndolos que no peligraba el Sol, y que luego volvería á recuperar su luz; el alboroto seguía y amenazaba aturdirnos con una prolongada algarabía, cuando fuimos al teniente cura, que era un clérigo Arias, salteño, á rogarle que nos acompañase á disuadir á aquellos infelices. Hasta entonces no se había movido á dar un paso, lo que me hizo sospechar que tuviese algún interés en conservar aquella preocupación; pero habiéndose prestado á nuestra insinuación, nos acompañó, y después de haber hecho cesar las campanas, recorrimos una parte del pueblito, consolando á los pobres indios y desengañándolos. Su voz era más eficaz que la nuestra, y algo se consiguió; más, ignoro si los indios quedaron convencidos de que era un efecto natural, ó si en otros eclipses habrán hecho lo mismo. Mucho podría decir sobre otras preocupaciones y prácticas de los indígenas, no menos que del interesado manejo de los curas, pero no lo creo propio de esta memoria.

Terminaré la relación de lo que sucedió en la vanguardia, para ocuparme de lo que acontecía en el ejército, con decir que inopinadamente se presentó el capitán de la novena compañía, don José M. Palomeque, con la orden de sacar á su elección, cinco oficiales y cien individuos de tropa, cuyo destino ignorábamos. Luego se supo que debía esta tropa acompañar al ya coronel graduado don Cornelio Zelaya, que marchaba á Cochabamba á levantar un regimiento, ó mejor diré, división de caballería, á lo que se presta el país, porque es, de las provincias del Alto Perú, la que tiene más caballos. Todos sentimos entonces la providencia adoptada, que facultaba á un oficial á elegir la tropa que se había de separar, porque esto importa nada menos que desflorar un cuerpo. Sin embargo, el señor Palomeque no fué feliz; pués, más se condujo por relaciones personales que por el verdadero mérito de los elegidos; esto hizo menos sensible el golpe, el cual por otra parte produjo muy poco, porque ni esta tropa, ni la de nueva creación, pudo reunirse antes de Vilcapugio, como luego veremos.

El general Belgrano había establecido su Cuartel General en Potosí, desde donde se contrajo á reorganizar la administración de las cuatro provincias que se habian libertado: Potosí, Chuquisaca, Cochabamba y Santa-Cruz. Para la primera fué nombrado Gobernador, el coronel don Apolinario Figueroa, patriota antiguo y vecino respetable de Salta; á la tercera y cuarta fueron destinados los coroneles don Juan Antonio Arenales y don Ignacio Warnes. Para la presidencia de Chuquisaca fué nombrado desde Buenos Aires, el brigadier ó coronel mayor don Francisco Antonio Ocampo. La elección fué acertada; pués, no solo administraron aquellas provincias, con juicio y equidad, sinó que Arenales y Warnes, aún después de las desgracias de nuestro ejército, las conservaron por algún tiempo, y lo

que es más, hicieron la guerra al enemigo, y dieron dias gloriosos á nuestras armas. Ya llegará el tiempo de que hablemos de esto.

El arreglo de la hacienda pública fué otro ramo que llamó la atención del general Belgrano, y que consiguió montar sobre un pié de regularidad, que hubiera no solo bastado á las necesidades del ejército, sinó para aumentarlo y proveerlo abundantemente. La Casa de Moneda, que había sido saqueada por Goyeneche, al retirarse, fué rehabilitada, y los primeros fondos con que el Banco empezó á girar, salieron de la comisaría del ejército, donde los había conservado el General desde Salta, con este fin. Todo empezó á tomar un carácter de orden y de moralidad sumamente honroso al que lo prescribía, y altamente útil á aquellos pueblos, al progreso de la causa y al crédito del ejército. Preciso es decirlo francamente, la causa de la revolución, bajo la dirección del general Belgrano, recuperó en la opinión de los pueblos del Perú, lo que había perdido en la administración del señor Castelli.

Estableció también el general Belgrano, una saludable severidad contra los enemigos ocultos de la causa de la libertad, que no cesaban de trabajar subterráneamente con admirable tesón. Una comisión militar fué instalada, en que se juzgaba con alguna abreviación de los trámites, se salvaban todas las formas esenciales del juicio y que daba la garantía de una completa publicidad. Esta fué la que condenó al español Boyar y al americano Ereñózaga, convictos y confesos del crimen de seducción, para hacer desertar nuestros soldados y mandarlos al ejército Real.

Según parece, habian quedado en Potosí comisionados secretos para esta maniobra, que algunos creyeron emanada de las autoridades realistas que se habian retirado, y otros, obra exclusiva de particulares, que por suscrición habian formado un buen fondo para el efecto. Sea lo que

sea, pués no tengo un conocimiento exacto en este punto, el hecho es el siguiente:

Ya había ocurrido alguna deserción, particularmente de los soldados peruanos que había en nuestros cuerpos, y no dejaba de temerse algún complot oculto que la promoviese, cuando un cadete del batallón de Cazadores, avisó á su Capitán que había sido invitado á desertar y pasar á las filas enemigas. Este cadete era don Gregorio Guillén (1), cuzqueño, que había servido en el ejército Real y que en Salta (si no me engaño), había entrado á servir en el nuestro. El Capitán de Guillén dió parte al Jefe del cuerpo, y este le ordenó que se prestase aparentemente á las propuestas que se le hacian, y que aún ofreciese llevar otros compañeros. Boyar, español rico, y Ereñózaga, cajero de una casa fuerte, cayeron en el lazo, y no solamente siguieron sus conferencias con Guillén, sinó con dos oficiales disfrazados de soldados, que este les presentó como compañeros de la proyectada fuga. No solo les dieron dinero y ropa adecuada, sinó que los condujeron á una casa, donde paraban ciertos arrieros de mulas, que debian darles las precisas y un guía para que los condujese.

Quizá para penetrar mejor este arcano, tuvo Guillén orden de su Jefe, de llevar adelante el engaño y hacer entender á los criminales, después, que estaban presos, que no era él quién los había delatado y que estaba envuelto en la misma acusación; en consecuencia, fué puesto en el mismo calabozo uno ó dos dias, pasados los cuales, con pretexto de trasladarlo á otro, lo restituyeron á su libertad.

Boyar, hombre enérgico y valeroso, sostuvo en sus de-

---

(1) Llegó á Capitán en nuestras tropas. Libertado el Perú, se fué á su país, donde llegó á Coronel, y habiendo tomado parte en la guerra civil, fué fusilado por el partido vencedor.

claraciones una constante negativa y no se desmintió ni aún ante el tribunal que iba á juzgarlo. Más, cuando le presentaron á Guillén como acusador y como delator, para sostener el careo, viendo que era inútil su resistencia y lleno (estoy tentado en llamarle noble) de irritación, dijo, volviéndose al tribunal: *Señores, nada niego ya; todo lo que se me arguye es cierto y lo confieso* (y señalando luego á Guillén), *pero sépase que el señor es un malvado, sin honor, sin fé y sin delicadeza.* Después de lo cual, solo trató de retirarse y conformarse con su fatal destino. Efectivamente fué fatal, porque tanto él como Ereñózaga, salteño, que no manifestó igual entereza, fueron ejecutados en la plaza pública, sin que la oferta que hizo don Indalecio Gonzalez de Socasa de dar una suma de veinte ó cuarenta mil duros para el ejército, por la vida del primero, pudiese salvarlo.

Estos pormenores los supe de boca del mismo Guillén, quién al recordar el rol que había jugado en aquella trajedia, se ruborizaba y procuraba disculparse con su situación; á la verdad, era un joven que había pasado hacía muy poco á nuestras filas, en donde debía acreditar una conducta que lo pusiera á cubierto de las más lijeras sospechas; dado el primer paso, ya lo demás fué obra de sus jefes, de quienes dependía, tanto más cuanto era forastero, sin relación, sin apoyo y sin protección. Por otra parte, la causa que había abrazado y á que perteneció hasta el fin, se hallaba altamente comprometida con un complot tan audaz al paso que reprobado.

Todos los que entran en una maquinación de esa especie, es bién entendido de que juegan su cabeza; de consiguiente, los señores Boyar y Ereñózaga, de nadie sinó de sí mismos, debieron quejarse.

El Gobierno General de la República, había premiado al ejército con un escudo de paño, por la batalla de Tucumán, con esta inscripción: *La Patria á sus defensores en*

Tucumán, para los jefes y oficiales; para la tropa, cordones y una capona ó charretera azul y blanca. Por la de Salta, concedió un escudo de oro á los oficiales, y de paño á la tropa, con esta inscripción: *La Patria á los vencedores de Salta,* declarándolos también *Beneméritos de la Patria, en grado heróico.* Además, concedió un grado á todos los jefes y oficiales, cuyos despachos remitió al General en Jefe, quién los retuvo; diremos con qué objeto.

El general Belgrano era sumamente económico en conceder grados, y no gustaba de tener categorias militares en su ejército. Deseoso de ser ciegamente obedecido, aunque sus órdenes se resintiesen muchas veces de una rigidez exagerada, se conformaba más bién con las graduaciones bajas, las que por la distancia que media, suelen tener menos pretensiones al examen y al derecho de censurar. Así es que nunca se vieron generales á sus órdenes; pués, Diaz Velez no era más que Coronel graduado cuando se recibió el general Belgrano del mando, teniendo después la efectividad.

Tampoco quiso conservar en el ejército, al entonces coronel don Martín Rodriguez, el que habiendo estado en la acción de Salta, fué despachado con varios pretextos, después de esta jornada, sin que jamás hubiese obtenido un destino en el ejército. Adviértase con este motivo, lo que dije en la primera parte de esta memoria, cuando hablé de la primera explosión de los partidos que aparecieron inmediatamente después de la revolución; el señor Rodriguez perteneció entonces al partido contrario al que se afeccionaba el general Belgrano, y esos recuerdos subsistian dos años después.

Volviendo, pués, á mi relación, diré que el general Belgrano tuvo además la mira, según se nos aseguró, de retener los despachos hasta la próxima batalla, después de la cual, ganada que fuese, pensaba distribuirlos y hacerlos

reconocer. No pudo llevar adelante su intento, porque habiendo sabido por noticias fidedignas, venidas de Buenos Aires, varios jefes de los principales, que los despachos de sus ascensos habian sido remitidos, los reclamaron del General, si bién con moderación, también con firmeza. Tuvo, pués, que ceder, y distribuyó los despachos que correspondian á los jefes, reteniendo los de los oficiales, á quienes se contentó con hacer reconocer en la orden general. El motivo que tuvo, fué el siguiente:

Según la ordenanza que nos regía, la sargentía mayor, no era una graduación, sinó un empleo efectivo en la Plana Mayor de los regimientos, sin embargo que tenía una categoría media entre capitán y teniente coronel, y que disfrutaba un sueldo proporcionado y una divisa distinta. Se seguía, pués, que el grado superior inmediato al de capitán, era el de teniente coronel; de modo que concedido á todos los capitanes del ejército, sobrevenía una inundación de tenientes coroneles, que hubiera sido embarazosa y hasta ridícula. Por otra parte, habiendo suprimido las graduaciones superiores, de modo que la de brigadier era la última, era preciso interponer otras para no privarse de los medios de recompensar los servicios, ni quitar á la organización de nuestros ejércitos, unos eslabones indispensables; fué, pués, muy bién pensado el arbitrio que tomó el general Belgrano, de hacer una graduación militar de la sargentía mayor y dar á reconocer por primera vez en nuestra milicia, por sargentos mayores graduados, á los capitanes del ejército. Sin embargo, esto no fué universal, pués hubo uno que otro capitán, á quienes agració, dándoles el despacho que les había conferido el Gobierno. Más tarde este aprobó lo hecho por el general Belgrano, y expidió los despachos en la forma que lo había dispuesto.

Forzoso me es detenerme en una consideración que aunque parezca ajena del objeto de esta memoria, la juzgo

de mucha importancia: nuestros togados, nuestros políticos, nuestros sabios, no sé si por parecerles la materia muy subalterna ó por creer que con eso darian importancia á la clase militar, nunca en los Consejos, ni en los Congresos, se ocuparon de ella con detención. Jamás pensaron en el código militar, jamás en demarcar los límites de esa obediencia pasiva que se le exige en teoría al militar, y que en la práctica lo ha llevado varias veces al suplicio (1). Apenas hay una declaración del primer Gobierno patrio (según recuerdo) que previene la observancia de la ordenanza española, en lo que no esté derogada por disposiciones expresas posteriores á la revolución. Es decir que, según ella, rige en lo que no es incompatible con las formas republicanas y democráticas que adoptó el país.

Esta declaración me ha sido sumamente útil en los distintos y superiores mandos que he tenido, porque jamás quise mandar arbitrariamente y sin tener una pauta que reglase mis providencias y mis operaciones; más, como esta adhesión mía á la ley escrita, ó lo que es lo mismo, este alejamiento que siempre sentí por la arbitrariedad, ha sido tachado por los díscolos, de tendencia al despotismo, arguyendo que la ordenanza fué hecha para un país regido por otras formas que las nuestras, he deseado constantemente que nuestros cuerpos legisladores hubiesen tratado más franca y explícitamente, un asunto que afecta en lo más vivo nuestras instituciones.

Ostentando nuestros hombres de Estado un gran miedo al sistema militar, como opuesto á las formas republicanas, quisieron deprimir á aquella clase sin organizarla. Se contentaron con decir que el de brigadier era el último grado,

(1) Que lo diga el desgraciado teniente coronel Pillardell.

como si los nombres hiciesen algo á la sustancia de las cosas; y si se supone que aquellos fueran algo, era condenar á nuestros ejércitos á que nunca fueran más que una brigada. No advirtieron que no era allí donde estaba el peligro de nuestra naciente libertad, sinó en el espíritu de caudillaje, que ellos mismos entronizaban, desvirtuando y desmoralizando la milicia. No se contentaron con esto; pués, cercenaron los sueldos de esas mismas graduaciones, después de haber suprimido las superiores, en términos, que un general (como es un coronel mayor) solo tiene diez pesos más de sueldo al mes, que un coronel de caballería, y un brigadier treinta. De este modo, decian, quitamos esas categorias militares que hacen sombra á la autoridad civil, y á nuestros generales, el medio de engrandecerse excesivamente.

Cualquiera pensará que repruebo la supresión de las graduaciones superiores, y nada es más equivocado; pués, la apruebo como también la aprobó el general Belgrano, en cuyo perjuicio, si se quiere, fué hecha (1). Pero es por otro principio; me ha parecido siempre ridículo aplicar la misma denominación al que ha de mandar un cuerpo de tres ó seis mil hombres, que al que dirige un ejército de ochenta ó cien mil. ¿A qué, pués, vestirnos de los nombres de grandes mariscales ó capitanes generales, para mandar unos cuantos hombres? Por lo demás, bién poco ha ganado la libertad con dicha supresión, pués no estamos más adelantados que otros Estados de América, donde han sido conservados esos grados. Lo que era conveniente en este sentido, era haber contenido á tiempo, esas tendencias del caudillaje, que tantos extragos han hecho, y cuyas con-

---

(1) El general Belgrano era brigadier desde la campaña del Paraguay, y ascendiendo todos los jefes y oficiales del ejército, debería él también haber obtenido otro grado mayor; para no dárselo, se acordó esa ley.

secuencias tendrá aún por mucho tiempo, que deplorar nuestro país. ¿Son militares acaso, los que lo oprimen y tiranizan? ¿Son militares esos caciques que han convertido las provincias en propiedades suyas, y á sus habitantes en rebaños? Lo que más prueba á mi juicio, la ineficacia de los medios para el objeto que se propusieron, es que esos mismos caudillos, luego que han subido al poder, aunque nunca hayan ceñido espada, ó si lo han hecho, ha sido en grados muy subalternos, se hacen por lo pronto, dar muy modestamente el grado de coroneles, y antes de un año, saltando el intermedio, ya son brigadieres.

Por el mismo tiempo de que voy hablando, se inventó el grado de coronel mayor, entre el de coronel y brigadier, porque era preciso, porque era indispensable hacer algo parecido; pués, de lo contrario, de coronel ya no quedaba más grado que uno, y lo que era más extraño, que habiendo hecho del brigadier un oficial general, no quedaba más que un escalón en la clase de oficiales generales, lo que era único en todos los sistemas militares del mundo. Esa misma necesidad que después tocaron y que se quiso remediar con un remiendo, es la demostración más clara de que el motivo de la supresión, fué personal. He usado de la voz *remiendo*, y la creo muy propia; pués, no se ha tratado nunca formalmente, de la organización de nuestra milicia, y no es sinó con algunos remiendos que se han puesto á las antiguas leyes, que subsistimos del modo más precario.

La ordenanza española es en mi opinión, un código lleno de sabiduría, que debió ser redactado por hombres eminentes y experimentados. Quitándole lo que hace relación á las instituciones monárquicas, es muy aplicable, y así está de hecho, á las formas republicanas que nos rigen, por más que digan algunos militares flamantes y charlatanes que creen recomendarse con declamaciones ridículas; más propiamente se puede decir, que ella choca á los cau-

dillos que quieren establecer la más completa arbitrariedad (1). Todas las leyes militares del mundo tienen mucho de semejante; pués, la razón universal aconseja y enseña que un cuerpo militar, en todas partes, es esencialmente obediente. Enseña también que esa obediencia ha de ser práctica, positiva y pronta, porque no puede concebirse milicia, ni soldados, ni disciplina, sin abnegación y resignada paciencia. Bién comprendido el verdadero espíritu militar, nada tiene que temer la libertad, y antes al contrario, puede hallar en él un firme apoyo. Y si esto es en paises adelantados en la escala de la civilización, ¿qué será en los nuestros, en que el despotismo solo se presenta bajo las formas brutales del salvajismo? Basta....

Los cuerpos habian recibido algún aumento mediante la recluta que se había hecho en las provincias de Potosí y Chuquisaca, á pesar de la gran deserción que se experimentaba en los hijos del país. Sobre las compañias del núm. 2 (arribeños), que mandaba don Benito Alvarez, se había completado un batallón que se denominó núm. 8 (número ya desgraciado cuando la campaña del Desaguadero); de modo que nuestro ejército constaba de seis batallones, que eran los siguientes: regimiento núm. 1, un batallón; regimiento núm. 6, dos batallones; regimiento núm. 8, un batallón; batallón de Cazadores y batallón de Pardos y Morenos (Castas), cuya fuerza disponible difí-

(1) Puede decirse que Rosas ha seguido un camino opuesto; pués, cuando le ha convenido, ha inculcado mucho la subordinación militar y las reglas de la ordenanza, en lo que le convenía á su naciente poder; pero luego que lo aseguró, ya no hubo reglas, ya no hubo juicios, ya nada de leyes que hubieran sido una traba para su despotismo. En este caso no es la ordenanza militar la mala, sinó el uso que se quiso hacer de ella, puesto que la arbitrariedad no es obra suya.

Es de notarse que después que Rosas rompió el freno de toda sujeción, ya no ha invocado la ordenanza, y no ha habido más regla que su voluntad.

cilmente llegaría á tres mil hombres. Teníamos á más catorce piezas de artillería, inclusos dos obuses de seis pulgadas (1) con la competente dotación de artilleros, y con los quinientos hombres, más ó menos, que tendría mi regimiento de Dragones, montaría á tres mil seiscientos la fuerza disponible del ejército, sin contar el regimiento que se estaba formando en Cochabamba, á las órdenes del ya coronel graduado Zelaya.

Con esta fuerza se movió el ejército en los primeros dias de Setiembre, con ánimo de buscar al enemigo, que se había adelantado de Oruro y ocupaba la posición de Condo-Condo, en el Despoblado, cuatro leguas á un costado de Vilcapugio. Los rumores vulgares del ejército, anunciaban el combate para el 24 de dicho mes, aniversario de la batalla de Tucumán; y efectivamente, teníamos tiempo de haber llegado al enemigo, si no nos hubiéramos detenido en el camino. La causa de esta demora, era que el General esperaba que se le reuniese dicho coronel Zelaya, con más de mil hombres organizados, que traía de Cochabamba, y otras reuniones de fuerzas menos regulares que obraban á las órdenes de Cárdenas y otros caudillos.

El enemigo no dió lugar á todo esto, pués nos atacó antes que se verificase la deseada reunión, y solo es cuando he leido la obra de Torrente, que he sabido distintamente lo que motivó esta resolución.

La reunión ó montonera de Cárdenas, poco antes de llegar á incorporársenos, fué batida y dispersada, lo que hubiera importado muy poco, sin la toma de la correspondencia del General, que revelaba sus intenciones de esperar la

---

(1) El año anterior, estando el ejército en Jujuy, estableció el barón de Holemberg, una fundición de cañones, cuyos ensayos fueron desgraciados: lo único que era algo servible, eran los obuses de que se hace mención.

reunión de las fuerzas de Cochabamba para buscar al enemigo y librar la batalla. Este, obrando muy acertadamente, no quiso darnos tiempo, y nos buscó cuando aquellas se hallaban á tan corta distancia que se nos hubieran reunido al día siguiente.

Entre tanto, el general Belgrano hacía dos dias que se había adelantado hasta Vilcapugio, que como he dicho, solo dista cuatro leguas de Condo-Condo. Error muy notable, porque se colocaba en una posición en que no podía rehusar la batalla, por la inmediación á que estaba el enemigo, lo que no hubiera sucedido si él se conserva á más distancia; pués, el movimiento del general Pezuela (que ya entonces mandaba el ejército Real) se hubiese sentido á tiempo de poder retirarnos, para esperar la incorporación de las fuerzas ausentes. Por lo menos debía haberse calculado que nuestra llegada á un punto tan inmediato al enemigo, fuese simultánea y no que mediasen dias, como sucedió. Quizá el general Belgrano procedió equivocado, por los partes de las distancias y jornadas que debía hacer la fuerza en cuestión, y de allí dimanó el error.

Sea como fuere, estábamos tan alucinados con nuestro poder, que pensamos que el enemigo se atendría á una rigorosa defensiva, aprovechando las posiciones de Condo-Condo, y que no daría fuera de ellas, un paso; por otra parte, aunque el campo de Vilcapugio es una llanura de bastante extensión, tenía el enemigo para llegar á él, que atravesar una cadena de montañas, por caminos escabrosos y estrechos desfiladeros, lo que contribuía á aumentar nuestra confianza.

Nuestras avanzadas que estaban en las gargantas de esos desfiladeros, que les daban entrada por nuestro lado, no sintieron al enemigo sinó á distancia de legua y media de nuestro campo, lo que nos dejaba un tiempo insuficiente

para pensar en otra cosa que en prepararnos apresuradamente á combatir.

Era la madrugada del día 1º de Octubre del año 1813, y reposábamos aún en la seguridad de que el enemigo no nos buscaría. Al aclarar, tuvo el General el primer aviso de que el enemigo se hacía sentir en nuestros puestos avanzados. El capitán de mi regimiento, don Rufino Valle, que fué el que dió el primer parte, recibió una furiosa reprimenda del General, que atribuyó á cobardía la exigencia de sus avisos. Bién pudo ser que hubiese algo de singular en ellos, pero más de una vez he indicado la demasiada facilidad que tenía el General, de clasificar ofensivamente al honor de un oficial, actos que bién examinados, no merecian censura, ni el infamante concepto que quería imprimirles. Este y otro desaire que sufrió después el capitán Valle, determinaron sin duda, su traidora resolución de pasarse al enemigo, como lo verificó antes de dos meses, justificando así al General, lo que había adivinado: un hombre sin honor, un soldado sin carácter.

Mientras aclaraba el día, se repetian los partes confirmatorios de los movimientos progresivos del enemigo, y en proporción se redoblaban las órdenes que salian del Cuartel General, para que formásemos y ensillásemos á toda prisa. Junto con el sol se nos presentó el enemigo en la parte opuesta de la llanura de Vilcapugio, á distancia de menos de una legua. Muy luego desplegó su línea de batalla, y con la marcha granadera de la antigua ordenanza, avanzó en esta formación. El sol hería de frente la línea enemiga, y sus armas brillaban con profusión; sin embargo, su marcha era acompasada y hasta lenta, y nada indicaba menos, que ardor ó confianza en la victoria. Nosotros, medio sorprendidos, nos dispusimos á disputarla y esperábamos conseguirla.

Todo nuestro ejército tenía tiendas de campaña, y ningu-

na se movió ni se abatió. Todo nuestro campo quedó en el mismo estado que cuando lo ocupábamos. Los oficiales mandamos á nuestros asistentes á acomodar nuestros equipajes, y esos soldados menos hubo en la línea, porque era consiguiente que no se apresurasen mucho á ocupar sus puestos. Nuestro ejército hizo un cambio de frente, avanzando un poco su ala izquierda, ó mejor diré, mudó de posición, corriéndose por este costado, para no dejar al enemigo ponerse sobre nuestras comunicaciones con Potosí. Todos los puestos avanzados estaban cubiertos por mi regimiento, de modo que estaba empleada la mitad de él. Esas guardias se fueron replegando en proporción que avanzaba el enemigo, y se fueron colocando á la derecha de nuestra línea; de este modo, no se incorporaron á sus compañias y escuadrones, y obraron sin un jefe que las organizase en escuadrones, y en lo general, sin la asistencia de sus propios oficiales. Los que no estábamos empleados en servicio, formamos con no menos irregularidad, y fuimos colocados á la izquierda de nuestra línea. Había capitanes que no tenian en aquel momento compañía, porque estaban empleados con otros oficiales y se hallaban á la derecha, como he dicho. No puede negarse que hubo la precipitación y confusión que es consiguiente.

El orden de nuestra línea era el siguiente, principiando por la derecha: La caballería resultante de las guardias avanzadas, replegadas; el batallón de Cazadores, al mando del mayor Echevarría; primero y segundo batallón del núm. 6, mandados por el coronel don Miguel Araoz y el comandante Forest; batallón de Castas, coronel Superi; regimiento núm. 8, coronel don Benito Alvarez, y finalmente, la parte de Dragones que no había estado de servicio, á las órdenes del coronel Balcarce y mayor Zamudio. El regimiento núm. 1 con un solo batallón, á las órdenes del coronel Perdriel, estaba de reserva. La artillería, según cos-

tumbre, distribuida en fracciones de uno ó dos cañones, sobre toda la línea.

He olvidado decir que aunque no se habian reunido las fuerzas de Cochabamba, lo habian hecho dos ó cuatro mil indios desarmados, y sin la menor organización, instrucción ni disciplina. De estos indios, una parte fué destinada á arrastrar los cañones, á falta de bestias de tiro, y los demás se colocaron en las alturas para ser meros espectadores de la batalla (1). Estos no podian ser de la menor utilidad, y sin duda el objeto del general Belgrano, solo fué el de asociarlos en cierto modo, á nuestros peligros y á nuestra gloria; pero los destinados á arrastrar los cañones, fueron positivamente perjudiciales. Al primer disparo del enemigo y aún quizá de nuestras mismas piezas, cayeron por tierra pegando el rostro y el vientre en el suelo, y comprimiéndose cuanto les era posible para presentar menos volumen; si les hubiera sido dado á cada uno cavar un pozo para enterrarse, lo hubieran hecho, y hubiera sido mejor, porque habrian quitado de la vista del soldado, un objeto tan disgustante.

Recuerdo aún la impresión que me causó, y de allí infiero la muy desagradable que produciría en los demás, ver muchos cientos de hombres, en momentos tan solemnes, poseidos de un pavor tal, que les hacía olvidar todo otro sentimiento más elevado. Por supuesto que ya no hubo que contar con ellos para mover los cañones; pués, sin dejar su humillante postura fueron escabulléndose hasta desaparecer enteramente.

Desde entonces formé la opinión de lo perjudicial que son en un combate, hombres que no tienen el deber de sufrir sus consecuencias y que no están obligados á las leyes mi-

(1) Aquellos pobres indios, gozaron como Scipión, del grandioso espectáculo de una batalla, sin correr riesgos.

litares. Fuera de lo que dañan con su ejemplo, pués es bién averiguado que la cobardía de unos contagia á otros, así como un hombre valeroso comunica á los demás el noble ardor que lo anima, hay el peligro de una voz inoportuna, de una palabra incompetente que puede producir los más funestos resultados. La ordenanza militar es tan severa en este punto, que manda sea muerto en el acto el que diga: *Nos cortan: Los enemigos son muchos,* ó cosas semejantes; y entonces ¿cómo pueden admitirse á su inmediación, durante esa situación terriblemente sublime, hombres que desconocen esas leyes y cuya aplicación sería cruel? (1). Convengamos, pués, que en una línea de batalla, no deben encontrarse (salvo casos de rara excepción) sinó las personas que tienen una responsabilidad positiva por su comportación.

El fuego de cañón principió, y nuestra derecha avanzó bizarramente sobre el enemigo. El batallón de Cazadores chocó con el de Partidarios y lo pulverizó, muriendo su jefe, el coronel español La Hera; nuestro centro también fué feliz, logrando arrollar y poner en derrota las tropas de su frente; no era así en nuestra izquierda, donde se había empeñado un terrible fuego con las mejores tropas del enemigo, y en donde ocurrió la desgracia de que el batallón núm. 8 perdiese á sus dos jefes, los bizarros Alvarez y Beldón, y en seguida al capitán Villegas, que les había su-

---

(1) Cuando mandaba la Plaza de Montevideo, luego que se presentaba el enemigo ó habia alarma, se cubría nuestra línea de hombres con bastones ó con paraguas, y otros que decian que venian dispuestos á tomar un fusil, á los que mandaba retirar inexorablemente, sin que pudiese en el todo, conseguirlo. En esa circunstancia, harto era de temer la mala voluntad de un enemigo, que con una voz, un grito, podía hacernos más daño que una batería. ¡Y me criticaban los mios! ¡Y atribuian á humor atrabiliario lo que era fruto de la razón y la experiencia! Desprecié sus censuras, y llené mis deberes. A nadie favorecía más que á los que se creian desairados. Véase en los ejércitos franceses el efecto de la voz, *Sauve qui peut.*

cedido en el mando; este batallón, de nueva creación y compuesto de reclutas en su mayor parte, habiendo quedado sin dirección, se desordenó, y la reserva que debía haber restablecido el combate, acudió con tanta flojedad (más propio será decir tan cobardemente), que muy pronto estuvo envuelto en la misma derrota. Bién cerca estuve para poder juzgar por mí mismo del poco esfuerzo de los jefes de esa brillante reserva (1) para llevarla á la pelea; nada hizo sinó vacilar un poco y fugar vergonzosamente.

Mientras esto, mi regimiento, mutilado como he dicho, hizo lo que podía esperarse de su capacidad en su clase de muy mala, de una detestable caballería. Además de que ni oficiales ni soldados conocíamos nuestra arma, y que ignorábamos en que consiste su poder, su fuerza y el modo de emplearla, estaba la mayor parte de él montado en malas mulas y los demás en pésimos caballos; apenas la tercera parte tenía unas espadas quitadas en Salta al ejército español. Sin embargo, ensayó varias cargas, ahuyentó á la caballería enemiga que tenía al frente, en términos que desapareció enteramente, y aún se estrelló contra la infantería, como únicamente podía hacerlo. Tengo muy presente una carga que hizo una fracción de mi regimiento, sobre un cuerpo de infantería, en la que llegamos á distancia de

(1) El regimiento núm. 1 era entonces el predilecto del general Belgrano: aunque brigadier, era por una excepción especial, coronel de dicho cuerpo. Quizá esa afección bastante pronunciada (debo decir en obsequio de la verdad, que á pesar de eso, jamás hizo distinciones injustas, ni chocantes preferencias, como desgraciadamente hemos visto en otros generales y otros ejércitos), que se dejó sentir cuando después de la acción de Tucumán, llegó el núm. 1, causó el resfrío del señor Dorrego, en la amistad que profesaba al General. Dorrego mandaba el batallón de Cazadores, y antes que viniese el núm. 1, era el cuerpo que más distinguía el General, lo que en cierto modo no se extrañaba, porque era el primer cuerpo de tropas ligeras y había sido formado por él mismo. Para manifestarlo, mandó hacer y usaba habitualmente, una chaqueta verde, que era el uniforme de Cazadores, lo que dió lugar al renombre de *chupa-verde* con que era designado en el ejército.

cuatro varas de la masa enemiga, la que se había agrupado y se comprimía cada vez más, pero sin ofendernos ni herir; de esto había resultado una masa inofensiva en el momento, pero sumamente compacta. Es fuera de duda que la mayor parte tenía sus fusiles descargados y no había tenido tiempo de cargarlos otra vez. Nuestra caballería hizo también alto á la pequeña distancia que he dicho, y quedó todo en suspenso. Se siguieron unos instantes de silencio, de mútua ansiedad y de sorpresa. Si hubiéramos tenido armas adecuadas, era cosa hecha, y el batallón enemigo, penetrado y destruido. Quizá esto concurrió á que depusiésemos el horror á la lanza y la tomásemos con calor antes de pocos dias, como luego diré.

Durante esta suspensión, un soldado pequeño de estatura y tenido en poco por sus compañeros, llamado Gil, fué el que mostró más valor. Se avanzó y tomó á un granadero de la infantería enemiga, por el fusil, mientras este lo resistía teniéndolo asido por la culata, y haciendo esfuerzos por servirse de la bayoneta, que estaba armada. Gil desviaba el golpe, y conservando el fusil asegurado con una mano, por la extremidad superior, procuraba con la carabina que tenía en la otra, dar un golpe ó garrotazo al infante, que á su vez se desviaba para no sufrirlo. Viendo esta lucha muda que se prolongaba en medio de los dos cuerpos, descargué un golpe con mi sable, sobre la gorra granadera de pelo que tenía el soldado enemigo; dudo que lo hiriese, porque además de la resistencia de la formidable gorra, no pude darle á mi salvo, pero bastó para que abandonase el fusil, y se metiese entre el grupo de sus compañeros. El valiente Gil, quedó, además de su carabina que había sido su única arma, con el fusil y bayoneta que había conquistado.

Pasados dos ó tres minutos de esta rara excitación, los enemigos volvieron en sí de la sorpresa que les había cau-

sado nuestro arrojo, y principiaron á dispararnos unos pocos tiros, que fueron la señal de nuestra retirada; entonces redoblaron los fuegos conforme iban cargando sus armas, y se hizo aquella más precipitada, hasta una distancia en que volvimos á medio reunirnos; ya entonces estaba decidida la suerte de nuestra infantería en ese costado, y huía á la desbandada. Nosotros seguimos lentamente el mismo movimiento, confesándonos derrotados y vencidos. Dejaré las cosas en esta parte para luego volver á ellas, mientras me ocupo de nuestra derecha, en la que nada presencié, pero de que hablaré valiéndome de los mejores informes de aquel tiempo.

Nuestra ala derecha y la mayor parte del centro habian triunfado del enemigo que tenian al frente, poniéndolo en completa derrota y tomándole su artillería. El mismo Pezuela, dando por perdida la batalla, había fugado hasta Condo-Condo, de donde lo hicieron volver las noticias que le llevaron de su ala derecha. Es hasta ahora y lo fué entonces un impenetrable misterio, por qué nuestras vencedoras tropas suspendieron el ataque, y lo es mucho más, por qué emprendieron la retirada. Se aseguró que la habian batido los tambores de algún cuerpo, que las voces que la mandaban se oyeron distintamente, pero fué imposible averiguar donde tuvo origen esta fatal equivocación. El general Belgrano mandó levantar un sumario para esclarecerla, sin que se pudiese adelantar cosa alguna.

Después de reflexionar maduramente, sobre este fatal incidente, creí y creo hasta ahora, que nuestra desgracia consistió en la falta de un jefe de mediana capacidad y de valor, que diese dirección á más de la mitad de nuestro ejército, que estaba vencedor. Además de los jefes que habíamos perdido en la izquierda, de que ya hice mención, el comandante Forest había sido gravemente herido, y el comandante Araoz, que gozaba reputación de valiente, no

tenía capacidad para mandar un gran movimiento. El Mayor de Cazadores, nada hizo tampoco para reemplazar al valiente Dorrego, y á los pocos dias se dió por enfermo, de modo que no se encontró en la acción siguiente, de Ayohuma. Pienso que este mismo juicio formó el general Belgrano, cuando dijo, que si hubiera estado el coronel Dorrego en la batalla, no se hubiera perdido. No trepido un momento en pensar del mismo modo; así como es á todas luces evidente que la constancia de Picoaga, jefe enemigo, en sostenerse con su cuerpo, en el campo de batalla, les dió únicamente la victoria.

Puede parecer extraña la ausencia de nuestros generales en momentos tan solemnes y en un episodio tan importante de la batalla. A la verdad no lo puedo explicar, y en cuanto al general Belgrano, debo pensar que lo llamaron á otro punto algunas atenciones de gravedad, pués, sería lo más injusto dudar de su firmeza, cuando en ese mismo día y poco tiempo después, dió las más relevantes pruebas de valor y perseverancia, como va á verse. Sobre el general Diaz Velez, solo supimos que se había ido á Potosí con una parte de los dispersos, y debe advertirse que esto debió ser bién á los principios, pués mi regimiento, que estuvo tres cuartas partes del día sobre ese camino, no lo vió, lo que prueba que lo tomó muy temprano.

La retirada de nuestro ejército fué en dos direcciones excéntricas, siendo una al sud, por el camino de Potosí, en la que no hubo el menor orden ni reunión, hasta dicha ciudad, que dista veinte y ocho ó treinta leguas; y la otra al este, donde se encuentran los cerros no muy elevados, que circuyen por ese lado, el campo de Vilcapugio. Allí se encontró el general Belgrano, que procedió en el acto á reunir nuestras fuerzas y organizarlas para llevarlas nuevamente á la pelea. El mismo tomó la bandera del ejército, y excitó personalmente á nuestras tropas al combate, que

se renovó efectivamente, durando por algunas horas. La posición nuestra era un cerro de no difícil acceso, de donde avanzaban nuestras tropas haciendo retirar al enemigo hasta una barranca que le servía de foso y de parapeto; llegados allí, su muy superior fuego hacía que los nuestros no pudiesen sostenerse y se retirasen á su vez, para volver á tomar la altura; esta operación se repitió varias veces con el mismo éxito, hasta que vuelto Pezuela al campo con los dispersos que había reunido, y contando con la artillería suya y nuestra que había tomado, fué imposible al general Belgrano sostener su posición; y como á las dos y media ó tres de la tarde emprendió definitivamente la retirada, dirigiéndose á tomar la ruta de Chuquisaca. El enemigo no nos persiguió, ni aún destacó caballería para observar nuestra fuerza, sin embargo que el escuadrón que mandaba el comandante don Saturnino Castro (1) se había conservado en el campo, á pesar de la derrota del ala que cubría.

Durante la última lucha de nuestra derecha, que duró algunas horas, nuestra derrotada izquierda ganaba (mejor diré, perdía) terreno hacia Potosí, incluso el general Diaz Velez, sin cuidarse de lo que sucedía aún en el campo de batalla. Mi regimiento, aunque muy atrás de esa turba de prófugos que nos precedían de mucho tiempo y que de consiguiente no veíamos, se puso también en retirada, tomando el mismo camino de Potosí; no nos perseguía un solo hombre, y la caballería enemiga se había mostrado en este costado, tan nula, que no debíamos absolutamente temer sus ataques. La posición que había tomado el general

---

(1) El mismo que dos años después fué fusilado por los españoles, cuyo ejército quiso sublevar en Moraya para pasarse á nuestras filas. Era hermano del doctor don Manuel Antonio Castro, célebre en nuestros anales parlamentarios, por sus luces y su elocuencia.

Belgrano con las fuerzas de nuestro centro y derecha, se ocultaba á nuestra vista por la naturaleza del terreno, y no podíamos comunicarnos porque el enemigo interceptaba el llano por donde podíamos dirigirnos; pero el fuego de cañón y de fusilería que á intérvalos se avivaba, indicaba claramente que se disputaba aún la victoria ó que una parte de nuestras tropas se batía para procurarse una vía de salvación.

Cualquiera de los dos extremos demandaba de nosotros un esfuerzo que era tanto menos peligroso, cuanto nada teníamos que temer de la caballería enemiga; sin embargo, nuestra retirada continuaba, y nos hallábamos ya cerca de una legua del campo de batalla, cuando no pude contener los impulsos de mi celo, y aunque no era más que un simple capitán, me aproximé al coronel Balcarce y le dije en privado: *Señor, el fuego que oimos nos indica que una parte de nuestros compañeros combate aún, y no encuentro la razón por qué debamos abandonarlos: somos muy superiores á la caballeria enemiga, que es la única que podría dañarnos, conservándonos en el campo; volvamos, pués, y cuando menos, llamemos la atención del enemigo, con nuestra presencia.* El patriota coronel Balcarce me escuchó y se penetró de la exactitud de lo que le decía; habló con el mayor Zamudio, que estaba inmediato, é hizo alto con la pequeña columna (más de cien hombres) que lo seguía. En seguida dijo: *Es preciso antes mandar á reconocer;* y previno á un teniente (cuyo nombre no recuerdo) que con cuatro hombres de los mejor montados, regresase al campo á cerciorarse de lo que pasaba, y avisar. Dicho teniente contestó que su caballo estaba cansado, é iba á ser una dificultad hallar un oficial de los que iban bién montados, cuando me anticipé á decir que yo iría.

Así fué; partí, quedando acordado que el Coronel, con la fuerza que tenía, más la que fuese reuniendo, esperaría allí mis avisos, y que yo los daría según lo que adelantase.

Tan lejos de encontrar enemigos en el terreno que acabábamos de dejar, solo hallé algunos soldados nuestros, dispersos, con que fuí engrosando mi pequeña partida, en términos, que cuando avistamos al enemigo ya llegaba á más de veinte hombres; de este número, eran el capitán Delgado, de mi regimiento, el teniente Villar y Diaz, que después figuró en el Perú, y el alférez don Gregorio Iramain (comerciante actualmente en Buenos Aires). El capitán Delgado debía tomar el mando como de mucha más antigüedad que yo, pero me lo cedió y seguí al frente de la partida.

Ya próximos al campo de batalla, y avistando ya las fuerzas enemigas, se notaron algunos hombres sueltos que no eran nuestros y que salian de una quebrada que quedaba sobre nuestra derecha. Marchó el teniente Villar y Diaz con una parte de los hombres que me acompañaban, á reconocerlos; ellos huyeron como que eran enemigos, pero cuando se aproximó á la boca de la quebrada, se encontró con una partida, que habiéndose apoderado de un trozo como de cuatrocientas mulas de nuestro ejército, se las llevaba en procura del suyo; ver, cargar, destrozar la partida y apoderarse de las mulas, fué todo uno. El alférez Iramain, cuyo crédito de valiente estaba bién sentado, contribuyó también á este pequeño suceso. Las mulas represadas fueron puestas en salvo.

Entre tanto yo había mandado tres partes al coronel Balcarce, diciéndole que era indudable que nuestra derecha se sostenía, y que era conveniente que regresase con toda la fuerza que había reunido. Recuerdo que uno de estos partes fué remitido (verbalmente por supuesto) con un cadete Jimenez, tucumano, á quién viendo después que no había cumplido con mi orden, me avancé indebidamente á darle muchos golpes con mi espada, de plano. Desgraciadamente, de estos partes solo llegó uno al Coronel, que debió ser

el último, por lo que tardó en verificar su regreso, perdiéndose así un tiempo precioso.

El coronel don Diego Balcarce, era un jefe de una probidad perfecta, de buena inteligencia, de mucho honor y de un patriotismo á toda prueba ; pero era débil en el consejo, y abusaban fácilmente de su docilidad, los que se le allegaban á virtud de relaciones antiguas y amigables. Estoy seguro de que si se desvió demasiado del campo de batalla, y si tardó en volver, fué cediendo á insinuaciones tímidas, á reflexiones disfrazadas con la capa de prudencia. Cuando se presentó en el campo de Vilcapugio, esta vez, ya flaqueaba extraordinariamente el fuego, lo que indicaba que ya estaba decidida la cuestión que se ventilaba en otro punto. Sin embargo, nuestra presencia llamó la atención del enemigo, que rompió sobre nosotros el fuego de cañón, lo que quizá contribuyó á que no diese un paso en persecución del general Belgrano.

Terminado ya todo, del modo que se ha visto y cesando de oirse el fuego, emprendimos de nuevo la retirada, y volvimos á tomar el camino de Potosí, adonde hubiéramos ido indefectiblemente, sin la ocurrencia que tuve de volver á estrecharme con el Coronel, para decirle que, *según todos los indicios que había recogido, el general Belgrano se retiraba en otra dirección y que nosotros podíamos reunirnos.* El Coronel convino conmigo, y se mandaron dos hombres para verificar la posibilidad de reunirnos, los que habiendo vuelto, dejamos el camino de Potosí, y trepando por cerros de fácil acceso, logramos, al cabo de una hora más ó menos, incorporarnos á la pequeña columna del General. Este debió apreciar mucho un refuerzo tan oportuno, no solo por el personal que añadía á su división, cuanto porque lo proveía de caballería, de que hubiera, sin esto, carecido enteramente.

Caminamos el resto de la tarde, y llegamos al anochecer,

á un lugar árido, llamado el *Toro*, que dista tres leguas de Vilcapugio, y donde solo había uno ó dos ranchos inhabitados. Es la primera vez que comí carne de llama (1); la noche era extremadamente fria y solo habíamos escapado con lo encapillado. Hubo oficiales que se tuvieron por felices de hallar un cuero de llama, chorreando sangre, en que envolverse.

Nuestra fuerza no pasaría de quinientos hombres: todo lo demás que había salvado, había tomado otras direcciones ó se había adelantado si iba en la misma; nada de artillería, nada de parque, nada de bagajes; no iba una sola carga. Se mandó establecer una gran guardia de caballería, en la dirección del enemigo, y cuando el ayudante que nombraba el servicio dijo: *El capitán Paz está de guardia*, mi hermano y yo nos quedamos suspensos, sin saber á cual de los dos se dirigía; al fin nombró á mi hermano, que tuvo que hacer el servicio. Después de un día como el que había precedido, era cruel tener que hacer guardia en una avenida, que por ser peligrosa, requería una vigilancia extraordinaria.

Al día siguiente se continuó la marcha, llevando mi regimiento la retaguardia. A poco trecho del lugar en que habíamos pasado la noche, se presentaba una cuesta larga, pendiente y muy arenosa; á la fatiga de la ascensión se agregaba la de enterrarse un palmo los piés, en la arena; cuando menos, era preciso un par de horas para subirla, atendido el estado de nuestros caballos, los que iban tirados por la brida, y los caballeros á pié, prolongando inmensamente la columna.

---

(1) Especie de guanacos sin astas, que se llaman también carneros de la tierra. Se domestican y sirven para llevar carga que no debe pasar de setenta y cinco libras, ni la jornada que hagan, de tres leguas, si no se quiere destruirlas.

Yo subí de los últimos, y me maravillé de no encontrar al General, ni á los jefes, ni á la infantería, ni á la columna, ni cosa que se pareciese á una marcha militar. Todos, desde que hubieron llegado á la cumbre, desde donde seguía el camino por unas alturas que presentaban menos quiebras, habian continuado sin parar y sin esperar á los demás; de modo que el pequeño ejército se redujo á una completa dispersión. Apenas se veian de distancia en distancia, grupos de seis, ocho y diez hombres, de oficiales ó tropa indistintamente, unos á pié y otros á caballo, que al reunirse casualmente, se preguntaban por el General y por el resto de los compañeros; la contestación era que el General había pasado adelante. La dispersión se hacía cada vez más grande porque arbitrariamente se separaban los que querian, y los mismos grupos que hasta entonces se conservaban, se iban subdividiendo, porque unos querian adelantar camino, cuando otros querian descansar, y viceversa. Esta ausencia del General, esta precipitación en su marcha, este olvido del orden, de que era tan observante, nos consternó á muchos y aún nos hizo temer que fuese un *sálvese quién pueda*. Con este disgusto, seguimos tres ó cuatro oficiales, incluso mi hermano, que nos habíamos reunido con otros tantos soldados, y después de ser muy de noche y haber fatigado nuestras cabalgaduras, llegamos á un pueblecito llamado Caine, donde por fin supimos que estaba el General. Nos metimos en un rancho y pasamos la noche.

Al día siguiente, el General, de cuyos movimientos estábamos todos pendientes, no marchó, antes por el contrario, empezó á destacar oficiales que recorriesen los alrededores, y volviesen por el camino del día anterior, para indicar que allí estaba él, y que allí debian reunirse. Es seguro que esa mañana (la del 3 de Octubre) no había cien hombres en Caine, de los quinientos que estuvimos en el *Toro;* pero

fueron llegando partidillas, de modo que por la tarde había cerca de trescientos. Ya entonces reconocimos al general Belgrano, pués mandó formar la tropa de todas las armas y cuerpos, y hecho un pequeño cuadro, habló alentando y manifestando su resolución inalterable de continuar la campaña. Pienso que concibió el plan de hacer al enemigo una guerra de partidas y movimientos, sublevando el país; pués, recuerdo que nos dijo que nada pedía al ejército, sinó *piernas*, y otras cosas en este sentido. Sus palabras tuvieron un cumplido efecto, pués renació la esperanza, y todos se propusieron reparar el revés que habíamos sufrido.

Mandada retirar la tropa, después que rezó el rosario, los oficiales formaron un grupo, al que se acercó el General familiarmente. Después de algunas expresiones comunes, como recordando alguna cosa, preguntó: *¿Cuál de los Paz es el que atacó á las mulas?* Aludía al lance que he referido, cuando volví á reconocer el campo de batalla y encontré y represé las mulas que nos había tomado el enemigo. *Yo* (le contesté no sin ninguna amargura) *fui quién atacó, no las mulas, sinó la partida enemiga que las conducía.* El repuso sonriéndose, sin duda de mi susceptibilidad: *Eso es lo que he querido decir y estoy muy satisfecho de lo sucedido.* Este incidente me chocó en los primeros momentos, sospechando que se hubiese querido despreciar una acción, á la que yo mismo daba bién poco mérito. Más, me olvidé pronto y le hubiera dispensado mucho más, en obsequio á su noble decisión para continuar la campaña y vengar el ultraje que habian sufrido nuestras armas.

Todo el día 3 lo pasamos en Caine; el 4 solo anduvimos una legua, hasta el pueblito de Ayohuma, dando siempre tiempo á que se reuniesen los dispersos. El 5 anduvimos tres leguas y llegamos á Macha, pueblo de bastante extensión, donde se fijó el Cuartel General y nuestros cuarteles.

Desde el día siguiente de nuestra llegada, todo se puso en actividad, tanto para el arreglo del ejército, como para su aumento. Muchos oficiales salieron en diversas comisiones, y yo tuve la de volver con una partida que el mismo General me dió, de su escolta, por el mismo camino que habíamos traido, en solicitud de una partida enemiga, que avisaron los indios, que se había aproximado. Yo mismo hube de sufrir una equivocación remarcable.

Al día siguiente de mi salida, me hallaba en un lugarejo, haciendo que comiesen los caballos, cuando recibí un aviso de los indios que decía, que á distancia de una legua estaba una división enemiga. Yo, que conocía muy bién al general Belgrano, me guardé de dar un parte dudoso, y mandé dos hombres de mi partida, á que viesen por sí mismos, mientras yo hacía ensillar los caballos. Los que mandé volvieron á decirme que efectivamente se veía desde la altura inmediata, un campamento de doce ó quince tiendas de campaña y la gente que las ocupaba, sin que pudiese saberse si era ó no enemiga. Eligiendo entonces hombres á propósito por su inteligencia y audacia, los despaché nuevamente, con orden de aproximarse y traerme un parte cierto, y trás ellos me puse también en marcha. Luego supe lo que era, aunque ni remotamente se me hubiese ocurrido la realidad del caso. Tropa nuestra no podía ser, porque no teníamos una sola tienda de campaña, ni se tenía noticia de una reunión tan numerosa, que acampase tan pacíficamente en aquellos peligrosos lugares. Según todas las probabilidades, era fuerza enemiga, y de consideración; más, á pesar de esto y sin decir una palabra al General, quise descubrir positivamente dicha fuerza, y lo conseguí.

Era una partida de indios mitayas, es decir, de la Mita, que habiendo concluido su tiempo de trabajo en el cerro de Potosí, ó quizá por efecto de las leyes patrias que abolian

la Mita, se retiraban á sus provincias, que eran las del norte. Totalmente extrangeros á la guerra y por senderos extraviados, como era el que ocupaban, se escurrian por entre los ejércitos, para ir á su país. Estuve con ellos y les permití continuar tranquilamente su camino, sin dejar de aplaudirme mi resolución de nada haber dicho al General.

Continué mis investigaciones hasta la cuesta arenosa de el *Toro,* la que hice descender por solo dos hombres, para no concluir mis caballos (por la misma razón ya había dejado atrás casi toda la partida, llevando entonces solo seis hombres), los que no solo no encontraron enemigos, sinó que adquirieron la certidumbre de que no habian llegado. Esta la obtuvieron por cuatro heridos nuestros que, sin poder seguir nuestra marcha, se habian quedado y se mantenian royendo los huesos de las llamas que habíamos comido la noche de la batalla. Me era imposible llevarlos conmigo; más, luego que regresé adonde hubo población, mandé indios que los trajesen en sus burros, y se salvaron efectivamente.

Cuatro oficiales (que fueron un mayor graduado, un capitán de artillería y dos tenientes) llegaron dispersos á Chuquisaca, con una celeridad asombrosa, propagando la noticia de una derrota completa é irreparable; no solo alarmaron el pueblo, sinó que impidieron algunas providencias que el Presidente quiso tomar, para mandar municiones y otros auxilios, alegando su inutilidad. El general Belgrano los hizo venir, y mandó formarles el correspondiente sumario. Cuando se trató de juzgarlos, se divagó y se dividieron las opiniones sobre el castigo que se les aplicaría; algunos se inclinaron á la severidad, quizá se habló de la última pena, otros quisieron la destitución del empleo, y al fin se vino á fijar el Tribunal, en el más raro espediente que pudo tomarse para castigar á unos militares que habian faltado á sus más importantes deberes. Se les sen-

tenció á perder un grado, que recuperarian con ventaja (decía la sentencia) si en el próximo combate borraban la nota de cobardía que habian merecido.

He llamado rara á esta sentencia, porque es la única que he visto de este género, y porque tenía el gravísimo inconveniente de dejar á los condenados, una posición que no podian sostener después que se les había deshonrado. Es decir, el capitán que había descendido á ser teniente, por una cobardía probada en autoridad de cosa juzgada, no podía desempeñar bién sus nuevas funciones; pués, sus subalternos le echarian en cara su deshonor, y ellos mismos se creerian humillados en obedecerle. Sin embargo. la cosa pasó así por los pocos dias que mediaron hasta la batalla de Ayohuma, en la que ninguno de los condenados trató de reabilitarse en la opinión del ejército, ni de reconquistar su primera graduación. Todos ellos buscaron su seguridad en hacerse olvidar, condenándose á una oscuridad de que nunca debieron salir. En la primera oportunidad se fueron á Buenos Aires, donde he visto después á algunos de ellos.

El general Diaz Velez, como indiqué antes, había tomado desde el campo de batalla, el camino de Potosí, por donde se dirigian también algunos cientos de nuestros dispersos; no tomó en esta desordenada marcha, medida alguna, pero en aquella ciudad, ya fué otra cosa. Las noticias de que el General en Jefe había tomado una dirección de flanco. lo que indicaba que no abandonaba el territorio que habíamos libertado, y que se proponía rehacer el ejército, hicieron que el general Diaz Velez reuniese en Potosí, los dispersos, y suspendiese la marcha precipitada que hasta allí había tenido. Muy luego se hizo sentir por las inmediaciones, una fuerza enemiga, que era una división del ejército Real, que había destacado el general Pezuela, en amago de la ciudad. y la que regresó luego que se cercioró

de que se le opondría resistencia. Diaz Velez, á la aproximación de la fuerza enemiga, se encerró con todas sus fuerzas, los caudales, parque y las personas comprometidas del pueblo, en la gran Casa de Moneda, á la que añadió algunas ligeras fortificaciones, habiendo antes metido víveres para un mes ó más. Esta medida fué muy acertada, y tuvo tanto más mérito por cuanto pudo creer que lo atacaría todo el ejército enemigo. Si en vez de sostenerse hubiera tomado el partido de retirarse, habríamos perdido mucho en la opinión de aquellos pueblos, y hubiera sido mucho más difícil reunirse después, al general Belgrano. El enemigo que vió la actitud defensiva de los nuestros, se replegó sin intentar siquiera el ataque, para reunirse en Condo-Condo, adonde había vuelto Pezuela, con su Cuartel General.

Pezuela era un muy mediano General, pués, no supo aprovechar las ventajas que obtuvo en Vilcapugio. Si él nos persigue, si en los dias posteriores á la acción, se mueve con una parte de su ejército, sobre nosotros, todo hubiera sido concluido; lejos de eso, permaneció (fuera del movimiento parcial y pequeño sobre Potosí, donde poco tenía que buscar) más de un mes quieto, y no fué sinó á los cuarenta y cinco dias, que tuvo lugar la segunda batalla. Se dirá que él se organizaba, que se rehacía de lo que había perdido en su misma victoria; más, ¿ignoraba cuál era nuestro estado? ¿No nos había visto salir deshechos y desordenados, del campo de batalla? Es probable que algunos cientos de hombres, arrojados á tiempo, sobre nosotros, hubieran completado nuestro exterminio. Pezuela no supo aprovechar los momentos y tuvo que librar la suerte de la campaña, á otra batalla, que solo ganó por nuestras faltas.

CAPÍTULO IV

AYOHUMA

El general Belgrano se empeña en conservar la disciplina.—Resultado feliz de las partidas exploradoras.—Razones aducidas en contra de la resolución del general Belgrano, de aceptar la batalla.—Formación del ejército argentino, en el campo de Ayohuma.—Principia la acción con ventajas por parte del enemigo.—Inacción de la caballería de la derecha.—La artillería é infantería realista rompen la línea patriota.—Carga del mayor Zamudio.—El soldado Sanguino salva al capitán Paz de caer en poder del enemigo.—Digna conducta del coronel Zelaya.—Examen crítico de la batalla de Ayohuma.—El pueblo de Potosí.—Distribución de los víveres y depósitos de géneros almacenados en esa ciudad.—La Casa de Moneda.—Retirada del ejército.—Incorporación de los Granaderos á caballo.—Resistencia heróica de la provincia de Salta.—El coronel San Martín reemplaza al general Belgrano, en el mando en jefe del ejército.

Pasados algunos dias, y luego que el enemigo se hubo concentrado, se movió de Potosí el general Diaz Velez con la fuerza que había reunido, y se nos incorporó en Macha. Se incorporó también el Coronel Zelaya con unos cuantos cientos de hombres que le habian quedado de la división que traía de Cochabamba. Creo que ya indiqué que en vísperas de reunírsenos en Vilcapugio, sucedió la acción, y el Coronel tuvo que retirarse con precipitación. La noticia de nuestro desastre, bastó para perder más de la mitad de la fuerza; lo que quedaba no valía mucho más.

El general Belgrano se dedicó con toda la eficacia de su celo, al arreglo y disciplina del ejército, pudiendo decirse que muchas veces se dejaba arrastrar demasiado lejos, por ese espíritu de orden y economía que lo dominaba. Por ejemplo: sobrando allí víveres, como se prueba por los grandes depósitos que encontró el enemigo, después, las distribuciones se hacian con suma estrechez; lo mismo, más ó menos, se hacía con los sueldos, artículos de vestuario y demás. Es de admirar que un hombre tan probo y tan desinteresado en privado, fuese tan económico y hasta avaro respecto de los intereses públicos.

Considerables repuestos de víveres había mandado reunir el General, al mismo tiempo que todas sus medidas eran dirigidas á sublevar el país en masa, contra los españoles; parece, pués, que previendo una conflagración general, y las dificultades que trae consigo, quería prevenirse acopiando algunos meses de víveres para el ejército. En Potosí mismo había quedado una gran cantidad, en la Casa de Moneda, y de Chuquisaca nos venian recursos de toda clase. El país simpatizaba con nosotros, y en lo general, se prestaba á toda clase de sacrificios. Es esta una prueba concluyente de los buenos efectos de la política del general Belgrano; pués, no solo no hubo esas sublevaciones en masa ó en detalle contra los restos de nuestros ejércitos, sinó que todos concurrian á remediar nuestras desgracias y á reparar el desastre de nuestras armas. Es enteramente exacto lo que dice en una carta, el mismo general Belgrano, y cuya copia he visto; que, *la indisciplina de nuestras tropas, era el origen del atraso de nuestra causa y de las calamidades domésticas, que tanto han afligido y afligen aún á nuestro país.*

Lo contrario sucedía en el campo enemigo, donde, como bién claro lo dá á entender el mismo Torrente, en su ya citada obra, carecian de víveres, de movilidad, de acémilas y de otros recursos, y es posible que sin la cooperación del

desnaturalizado americano, el cura Poveda de Coroma, no hubiese podido moverse. Sin duda con esto contaba el general Belgrano, cuando haciendo almacenar víveres, no proveía á los medios de transportarlos, si el enemigo se aproximaba, porque si él esperaba que lo atacase y creía vencerlo en una batalla, es bién claro que debiendo avanzar inmediatamente, esos víveres le eran poco menos que inútiles, pudiendo suministrarlos en abundancia, las provincias que libertase. Todo, pués, induce á pensar que el general Belgrano no creía que el enemigo lo buscase, que contaba con dar largas á la guerra y utilizar todas las ventajas que le ofrecía el patriotismo y la decisión del país. De otro modo no pueden explicarse, tanto esos acopios de víveres al alcance del enemigo, como sus otras operaciones.

El general don Francisco Antonio Ocampo (el primer General del ejército libertador del año 10), que era Presidente de Chuquisaca, se esforzó en auxiliar al ejército con prontitud y abundancia. Entre las remesas que hizo, la más importante fué la de ciento cincuenta caballos superiores, sacados de las pesebreras de los ricos propietarios, entre los que había algunos cuyo precio no bajaba de trescientos pesos fuertes. Con algunos más,que se reunieron de otras partes, alcanzaron hasta ciento ochenta, que se dieron á mi regimiento. Entresacando la tropa mejor, se formaron tres compañias de sesenta hombres, dando los demás á los cuerpos de infantería. A estas compañias se dieron también oficiales escojidos, se distribuyeron los caballos y se organizó el servicio del modo más adecuado á la naturaleza de esta arma. De doce capitanes que éramos en el regimiento, y siendo por mi antigüedad, el penúltimo, tuve el honor de ser elegido para la segunda de dichas compañias. El coronel don Diego Balcarce, se dedicó con una contracción asídua, á la instrucción de esa tropa, en el arma de caballería y á la conservación y buén tratamiento de los caballos.

Siendo estos, enteros casi en su totalidad, era penosísimo el trabajo de cuidarlos y evitar las riñas entre ellos. Estaban por supuesto, á pesebre; pero si alguno ó algunos lograban soltarse, se armaba una verdadera bataola.

Estas tres compañias es seguro que se hubieran batido muy bién, si hubiesen tenido teatro adecuado y ocasión; en la batalla que subsiguió faltó todo, y lo que hicieron fué un esfuerzo espontáneo que sirvió para probar sus excelentes disposiciones.

Tampoco descuidó el General hacer recorrer el territorio, con partidas que tuvieron pequeños encuentros con las enemigas, y en lo general con feliz resultado. Por este tiempo y con este motivo empezó á hacerse conocer el general don Gregorio Araoz de La Madrid, que era entonces joven y ya teniente de Dragones. Manifestó una rara inclinación al servicio de partidas, y con las que le confirió el general Belgrano, tuvo choques frecuentes y dió muestras del valor que después lo ha distinguido. A una audacia natural, reunía un espíritu de puerilidad que admiraba á los que lo conocian; marchaba al enemigo comiendo caramelos, y en lo más importante de una operación, distraía algunos hombres de su partida para que fueran á buscarle una libra de dulce.

Una ocasión que el teniente La Madrid había destacado tres simples soldados de su partida, con el fin de reconocer el terreno, dieron con una guardia de infantería enemiga, de un sargento, dos cabos y ocho soldados, por todo once hombres, que ocupaban un rancho y que vigilaban el camino que por allí pasaba.

Era un punto avanzado de otra fuerza mayor que pernoctaba á pocas cuadras. Nuestros tres valientes descubrieron á los enemigos sin ser percibidos de ellos, por la oscuridad de la noche, y lejos de pensar en retirarse, combinaron su plan de ataque. La guardia enemiga, como he

dicho, ocupaba un rancho y estaba descuidada; tan solo el centinela vigilaba y estaba fuera. Los nuestros se distribuyeron en la forma siguiente: uno se dirigió rápidamente al centinela, que sorprendido, fué desarmado y rendido; el otro se apoderó de las armas que estaban recostadas á una pared, y el tercero con su carabina preparada y apuntada, intimó rendición á los demás, que yacian dormidos ó medio dormidos dentro del rancho. Todos se rindieron y fueron maniatados por solo tres Dragones, á quienes por recompensa se les hizo *sargentos de Tambo Nuevo,* que era el lugar que había sido teatro de su hazaña. Estos valientes, eran: un Gomez, tucumano, Santiago Albarracín, cordobés, y Salazar, también cordobés (1).

De los once prisioneros se escapó el sargento, que con la oscuridad de la noche, se dejó caer por un derrumbadero, y solo fueron traidos al ejército, los diez restantes. Entre ellos venian dos de los juramentados de Salta, con los que quiso el General, hacer un ejemplar que hiciese temer á los otros perjuros que se hallaban con las armas en la mano. Fueron fusilados por la espalda, con la prevención de que no se les ofendiese en las cabezas, las que fueron cortadas y llevadas lo más inmediato posible, al campo enemigo y allí colocadas en altos maderos, con un rótulo en grandes letras, que decía: *Por perjuros é ingratos á la generosidad*

---

(1) Estos tres valientes ó tuvieron un fin trágico ó sufrieron trabajos prolijos sin desmentir su patriotismo y buenos sentimientos. Gomez fué tomado prisionero meses después, en Humahuaca, por los españoles, y fusilado por el crimen de haberles hecho la guerra con bravura. Salazar perdió el uso de un brazo en un combate, el año 14, á las inmediaciones de Jujuy. El año 29 lo encontré en el rio Segundo, de Córdoba, viviendo pobremente: recordando su conocimiento con el general La Madrid, anduvo prestando servicios á sus órdenes, sin que recuerde que fué de él al fin. Albarracín se había casado en la Sierra de Córdoba y llegó á ser mayor y comandante de milicias; sirvió con lealtad á la causa de la libertad, hasta que murió por ella, el año 1840. Tres sugetos de su mismo nombre he conocido: todos buenos, honrados y patriotas.

con que fueron tratados en Salta. Cuando fueron llevadas las cabezas, después de halladas por los realistas, al campo enemigo, la irritación española subió de punto y estuvo á pique de que nuestros prisioneros fuesen pasados á cuchillo. Por lo demás, no dió resultado alguno esta severa medida.

En los primeros dias de Noviembre ya se tuvieron noticias vagas, y después más positivas, de que el ejército enemigo se aproximaba, y el general Belgrano manifestó su resolución de dar segunda batalla. ¿Fué un error ó un acierto esta resolución? Para contestar no quiero apelar al resultado; pués, entonces sería indispensable condenarla, como se debería aprobar si hubiésemos ganado la acción de Ayohuma; voy solamente á pesar las razones que militan en pró y en contra, y de allí deducir lo más razonable.

Por un lado están los inconvenientes de una marcha retrógrada, y el desaliento que imprime en los pueblos que á virtud de ella quedan expuestos al enemigo; había otro inconveniente, que había creado el general Belgrano, con sus almacenes de víveres, si es que no tenía (lo que ignoro) como retirarlos. Podía también haber ocurrido alguna deserción en la tropa cochabambina, lo que importaba bién poco, y para que nada quede por decir, podía haberse entibiado el ardor de las montoneras ó republiquetas que pululaban alrededor del enemigo, pero que poco le ofendian, y que disipaba con la mayor facilidad, empleando unas cuantas partidas.

Por la otra parte militaban razones sumamente poderosas, que me inclinan á opinar que el general Belgrano debió demorar la acción, por algunos dias, retirándose entre tanto, sobre Potosí ó Chuquisaca, hasta que llegase la oportunidad.

Bastaría decir, para persuadirlo, que carecíamos de artillería, pués no merecian este nombre unos cuatro ó cinco

cañoncitos de á uno, montados en una especie de carretillas y algunos sin muñones, porque para suplirlos, les habian puesto dos pernos de fierro, asegurados en una faja gruesa que rodeaba el cañón, y de una dimensión sumamente diminuta. Eran más bién unos malos pedreros que no podian prestar servicio alguno y que solo se habian traido, no sé de donde, para hacernos ilusión. Más, esto no era porque el ejército careciese de artillería, pués tenía, además de la propia, la que había conquistado en las batallas de Tucumán y Salta, sin que la perdida en Vilcapugio llegase á la mitad; pero se había dejado en las provincias de Salta y Jujuy, y solo fué después de nuestro primer contraste, que se mandó venir á marchas forzadas. Con ocho dias más, es fuera de duda que hubiéramos tenido un hermoso tren, y que no hubiéramos dado la batalla con esta desventaja.

No siempre una marcha retrógrada desmoraliza y abate el espíritu del soldado. Bién debía saberlo el general Belgrano, pués el año anterior, una retirada de ciento treinta leguas, no había desvirtuado el valor de nuestro ejército, que triunfó de un número más que doble, en los campos de Tucumán. Bién conoce el soldado cuando la retirada no es efecto de debilidad, sinó un medio de asegurar la victoria. Replegándonos en la circunstancia en que nos hallábamos, nos aproximábamos á nuestros recursos, reuníamos algunos hombres más, que naturalmente se hallaban en esas grandes poblaciones, mientras el enemigo, si nos seguía, se debilitaba y acababa con los pocos medios que le quedaban de movilidad. La lentitud de sus marchas era un claro indicio de la nulidad de esos medios y de la circunspección con que se veía precisado á obrar. Habiéndose movido el 1º de Octubre de Condo-Condo, solo llegó á Ayohuma el 14, mediando poco más de veinte leguas. ¿Qué es lo que pudo obligarnos á una batalla desventajosa? No lo sé.

Ayohuma es un pueblecito ó aldea que dista tres leguas de Macha, en la dirección que traía el enemigo. Antes de llegar á él, saliendo de este último, como media legua, se presenta en el mismo camino, una pampichuela de no gran extensión, pero bastante para que pudiese maniobrar nuestro pequeño ejército. Este fué el campo elegido para la batalla, por el general Belgrano, y que se apresuró á ocupar, temiendo, sin duda, que el enemigo se anticipase, con cinco ó seis dias de antelación. De aquí resultó que cuando Pezuela se situó en las alturas del frente, tuvo tiempo y oportunidad de estudiar nuestra posición, y de meditar el modo de inutilizarla.

Nuestro ejército, que contaría mucho menos de mil quinientos infantes y como quinientos caballos, inclusa la fuerza de Cochabamba, estaba distribuido en la siguiente forma: á la derecha, el regimiento de Dragones, que como he dicho, se había reducido á tres compañias; en seguida, el batallón de Cazadores, muy bajo; el núm. 6, que se había reducido á un solo batallón; el núm. 1 y las Castas, muy diminutos también; el núm. 8, ó mejor dicho sus restos, se había distribuido en los otros batallones; y á la izquierda, la caballería cochabambina (1).

Este era nuestro orden de batalla, bién que nos conservásemos en columnas hasta el día de la acción. El coronel graduado Balcarce, mandaba los Dragones; el capitán graduado de mayor, Cano (murió en la batalla), mandaba los Cazadores; no tengo completa certeza si el coronel graduado don Miguel Araoz, mandaba el núm. 6, siendo mayor don Benito Martinez; el núm. 1, era mandado por el coronel graduado don Gregorio Perdriel; y el batallón

(1) Durante estos dias tuvo lugar el recado del general Belgrano, mandado á un oficial de infantería que le dió el parte de haber oído tiros, que yo creí dirigido á mí y que me causó tan terrible sensación.

Castas, por el coronel graduado don José Superi, muerto en la batalla; el coronel graduado Zelaya, mandaba la caballería de la izquierda. Puede decirse que no hubo reserva, y que tan solo se puso como apariencia de ella, un grupo insignificante de indios, y otros mal armados.

Siempre hubo algunos de los últimos en la batalla de Ayohuma, aunque ni con mucho, tantos como en la anterior de Vilcapugio. Es de creer que el general Belgrano solo tuvo por objeto, haciendo estas reuniones de indios y colocándolos á la vista, aunque en parajes perfectamente seguros (menos los que tiraban los cañones), el de entusiasmarlos haciéndolos partícipes de nuestra gloria, y aparentar fuerza para eludir el enemigo. Por lo demás era una fuerza completamente inútil, y que nada añadía á nuestro poder real; me avanzaré hasta decir que nos fué perjudicial, por las consideraciones que aduje en otra parte de esta memoria; por punto general, puede establecerse que lo que no sirve en una batalla, es dañoso, porque aumenta la confusión; sin contar con que la cobardía y el miedo son extremadamente contagiosos.

Es de notar la impudente inexactitud con que el historiador español Torrente hace subir nuestras filas en todas las batallas, para hacer más gloriosos los triunfos que llegaron á obtener las tropas reales. En ninguna de las que he referido, fué mayor el número de las nuestras, siendo en algunas mucho menor; hablo sin contar los indios, como tampoco él los cuenta, pués que hace de ellos mención separada; y por otra parte, es de la más rigurosa verdad que jamás prestaron servicio alguno en los combates, ni entraron en ellos, ni se le ocurrió á nadie darles parte. En la acción de Ayohuma, nuestra infantería sería casi la mitad de la enemiga, y nuestra caballería el duplo de la contraria. Sumado todo nuestro ejército, tendría dos tercios de la fuerza enemiga.

Tres dias estuvo Pezuela en las alturas de Taquirí, hasta que en la mañana del 14 de Noviembre, empezó á descender con su ejército. Para verificarlo tenía que hacerlo por una cuesta áspera, larga y estrecha, cuyo pié quedaba poco menos de una legua de nuestro campo. Siendo tan estrecho el sendero, no podía practicarse sinó en una rigorosa desfilada; de consiguiente, llegada que fuese al llano la cabeza, tenía mucho tiempo que esperar para que llegase el centro y retaguardia. Veíamos con la mayor claridad, descender los cuerpos enemigos; más, al llegar al pié, se ocultaban en un bajío que formaban unas lomas intermedias. Consumaron su descenso tranquilamente, se ocultaron á nuestra vista y pasó mucho tiempo para que volvieran á aparecer.

¿Qué hizo entre tanto el general Belgrano? Nada. No hizo movimiento, no destacó un solo hombre, no se tomó medida alguna. Se levantó un altar y se dijo misa, que fué oída por todo el ejército. A lo que debo juzgar, estaba firme en su propósito de esperar al enemigo, en su posición; cuando hablo así, no se crea que esta posición tenía algo de difícil ó inexpugnable; por el contrario, había buscado el único llano que ofrecía el terreno, al que si se le habian hecho algunas ligeras cortaduras, más parecian para engañar al enemigo en ciertos puntos de la línea, que para impedir el acceso. Sea como fuere, todos estábamos persuadidos de que debíamos batirnos con el frente que teníamos y en los mismos lugares que habíamos prolijamente estudiado. Cuando hasta cierto punto fueron burladas nuestras esperanzas, un vago presentimiento nos hizo desconfiar de la victoria.

El ejército Real, encubierto por las lomas que teníamos á nuestro frente, se corrió por su izquierda, y cuando se nos presentó, después de haberlas vencido, fué amagando nuestra derecha, y obligándonos en consecuencia, á un cambio de frente sobre esta ala, mediante el cual, el batallón

de Cazadores, que terminaba por esa parte nuestra línea, quedó inmediatamente apoyado á un cerro que se prolongaba hacia la opuesta del enemigo. Muy luego se vió que este cerro era ocupado por un cuerpo realista, y que avanzando en proporción que lo hacía su línea, venía á flanquear la nuestra completamente. Tampoco se tomó medida alguna para disputar al enemigo, la posesión del cerro, ni para cubrir nuestra derecha, que quedó á merced de él.

Como el batallón de Cazadores, que formaba la derecha de nuestra infantería, estaba materialmente tocando el cerro de que he hablado, no quedó lugar para mi regimiento, y tuvimos, sin orden expresa y solo por la fuerza de las circunstancias, que formar á retaguardia. Cuando principiaba la batalla, y el cuerpo enemigo del cerro rompió sus fuegos sobre el flanco de nuestra línea, se conoció sin duda, la necesidad de desalojarlo, y pienso (1) que se incumbió de esta operación á mi regimiento. Como no era posible cargar á la infantería flanqueadora, trepando el cerro que ocupaba, se tomó el muy singular expediente de ocupar á otra altura más ó menos igual, que estaba á nuestra retaguardia (el camino de Macha pasaba por la abertura que dejaban los dos cerros) y en frente de la otra; conseguido que fuese esto, se pensaría sin duda, emplear el fuego de nuestras pocas tercerolas, porque de otro modo no podíamos ofender al enemigo. Sea ó no sea así, el hecho es que empezamos á trepar á la altura, que era tan escarpada, que solo con mucho trabajo podian vencerla los caballos: muchos de estos echaron montura y ginete á las ancas, que tuvieron que apearse para reacomodar la silla.

Este movimiento absurdo y bárbaro había roto entera-

---

(1) En mi clase de capitán, no pude saber sinó por lo que ví, el objeto de nuestros movimientos, é ignoro hasta qué punto los disponian las órdenes que se expidieron. Sin embargo, tengo por casi cierto que no hubo órdenes ni combinación de ninguna clase.

mente nuestra formación, había confundido las compañias, y el cuerpo, cinco minutos antes tan bién organizado, no presentaba ahora sinó un montón desordenado. Sin embargo, se persistía en trepar á la altura, y algunos hombres efectivamente llegaron y dispararon unos cuantos tiros á gran distancia. Fué este todo el fruto de la maniobra.

Mi disgusto era sumo en esos momentos, tanto por el éxito que preveía de la batalla, cuanto por el descrédito que iba á caer sobre mi regimiento, cuya gloria apreciaba como la mía propia. No pudiéndolo remediar, tomé una resolución individual, que fué la de separarme y dirigirme á nuestra izquierda, con el fin de presentarme al coronel Zelaya, jefe de la caballería de aquel costado, pedirle un puesto cualquiera en su regimiento y salvarme de ese modo, de la deshonra que pensaba iba á cubrir á mis compañeros. Efectivamente, así hubiera sido, sin el incidente que luego referiré, pero que no impidió sin embargo, que ciento ochenta soldados bién montados y perfectamente dispuestos, fuesen casi del todo inútiles durante la batalla. Lo que yo hice fué lo que debió hacer todo el regimiento, y lo que hizo al fin, pués siendo absolutamente imposible que obrase en la derecha, por falta de terreno, debió buscar el punto á propósito, y este era en el ala izquierda. Lo hizo como he indicado, pero cuando ya estaba todo decidido.

En demanda de nuestra izquierda, fuí recorriendo nuestra línea por la retaguardia de la infantería, cuando ya se había empeñado el fuego de esta, junto con otro oficial que me acompañó, y tuve con este motivo ocasión de encontrar á algunos jefes que habian dejado sus batallones, que estaban empeñados fuertemente, para buscar alguna quiebra del terreno que los cubriese. Ví dos que deben ser del número de los cinco á quienes el general Belgrano atribuía la causa de la derrota. No había aún llegado á la izquierda, cuando divisé un grupo de caballería que traía la misma

dirección que yo llevaba: era una parte de mi regimiento con los jefes, que al fin habian tomado el único camino que había para remediar las graves faltas que se habian cometido, si es que aún se tenía tiempo para ello. Entonces me reuní otra vez á mi cuerpo.

Lúego que el enemigo se hubo colocado en la nueva dirección que tomó después de bajar la cuesta, se aproximó lo bastante para hacer fuego su superior artillería, que aún hizo avanzar un tanto de su línea, y rompió un vivo fuego de cañón, que duró cerca de media hora, y que no puede decirse que era contestado por nosotros, por cuanto las balas de nuestros pobres cañones no llegaban á la mitad de la distancia. Es seguro que si el enemigo hubiera tenido municiones para cañonearnos por mucho tiempo, hubiera ganado la batalla sin disparar un fusilazo, pués que al fin su artillería, que impunemente nos despedazaba, hubiera destruido por sí sola nuestras fuerzas.

Al emitir esta opinión, supongo que nos hubiéramos conservado inmóviles como sucedió mientras duró el fuego de cañón. Al fin este flaqueó, y la línea enemiga se movió ofensivamente, pero con la lentitud y circunspección propia del genio español. La nuestra hizo también sus movimientos, avanzando, y acortada la distancia intermedia, se rompió el fuego de fusilería, que fué vivo y sostenido: en esta situación fué que yo recorrí la espalda de nuestra línea, y algunos momentos después, viendo venir una parte de mi regimiento, me incorporé á él.

La infantería enemiga, era demasiado poderosa para que la nuestra pudiese resistirle por mucho tiempo, en un fuego igual; además de ser menos numerosa, se habian incorporado á ella hombres extraidos de la caballería, y bastantes reclutas, que tendrian un mes de aprendizaje (1). Era, pués

(1) Para comprender la diminución que había sufrido nuestro ejército, debe saberse que, fuera de los muertos y prisioneros tenidos en la acción

consiguiente que sucumbiese; así sucedió porque el fuego fué progresivamente debilitándose por nuestra parte, la línea se raleó considerablemente, y lo que quedó tomó la fuga, sin que el enemigo, por el momento, la persiguiese, porque también había sufrido bastante. En estas circunstancias es que llegamos á la izquierda, donde no encontramos nuestra caballería, que ya seguramente había sido dispersada.

Los jefes de mi regimiento se ocuparon en medio organizar el grupo de tropa que habian traído, y el mayor don Máximo Zamudio quiso probar aún un acto de vigor. El enemigo que se presentó á nuestro frente, fué un cuerpo de infantería como de trescientos hombres, que procuraba también reorganizarse; el Mayor resolvió cargarlo, y con los cuarenta ó cincuenta Dragones que habian formado, se puso en movimiento; á media distancia dimos con un profundo zanjón que nos obligó á detenernos, el cual no presentaba más paso que uno ó dos desfiladeros, en que solo podía pasar un hombre. El Mayor no se desalentó y mandó, adelante, principiándolo nosotros á pasar y á formarnos en la parte opuesta. El enemigo había empezado sus fuegos, resultando para nosotros el inconveniente de que si esperábamos á que pasasen uno á uno, todos nuestros hombres, sufriríamos mucho los que primero lo hubiéramos hecho, ó que si cargábamos sin esperar á los demás, debía ser necesariamente débil nuestro choque, tanto por la disminución de la tropa, como porque no habíamos podido bién

---

de Vilcapugio, hubo muchos que se dispersaron y que volvieron tarde ó nunca á las filas. Recuerdo que una partida de Dragones, mandada por un sargento Mendevil, tucumano, saqueó el equipaje mio y de mi hermano, el cual había sido salvado por los asistentes, con el pretexto de que siendo mi hermano el habilitado, iban allí intereses del regimiento, que les correspondian. Mendevil y su partida se fueron hasta Tucumán, y hubo otros de todos los cuerpos que hicieron lo mismo.

formarla. El Mayor, luego que hubo pasado una tercera parte, más ó menos, y mientras seguía pasando el resto, mandó á la carga, y los pocos hombres que lo acompañaban se precipitaron valientemente sobre el enemigo: tuvo aquí lugar un singular incidente que luego explicaré.

Mientras sucedía lo que acabo de decir, el fuego del cuerpo enemigo que íbamos á atacar, se fué suspendiendo, en términos, que cuando nos aproximamos no había casi ninguno. Un oficial á caballo se había colocado al frente, y dándonos la espalda para hacerse entender mejor de sus soldados, gritaba con toda la fuerza de su voz: *Alto el fuego.* A este se dirigió el mayor Zamudio que iba á la cabeza de nuestro grupo, dándole una terrible lanzada por la espalda que lo hizo inclinar sobre el cuello de su caballo, pero que al mismo tiempo le hizo perder la lanza que saltó de su mano. El oficial realista se reincorporó, y volviendo la cabeza tomó la lanza por cerca de la moharra y se quedó como en espectativa por unos momentos. Después supimos que no había sido herido, porque aunque estaba vestido de uniforme y charreteras, tenía envuelto en la cintura un grueso poncho á pala, en el cual se detuvo la lanza sin llegarle al cuerpo.

El Mayor, después de su poco feliz bote de lanza, suspendió su caballo y lo mismo hicimos los demás, quedando á distancia de tres ó cuatro pasos de la infantería enemiga, que por instinto se había apiñado (1). Esta situación de

---

(1) Es una gran ventaja, principalmente en la infantería, la propensión de los habitantes de algunos pueblos, de reunirse y apiñarse en el momento del conflicto: los peruanos son de ese número, y he visto que muchas veces han debido sus sucesos á esta cualidad que puede atribuirse á falta de brio individual; por el contrario, nuestros soldados tan valientes en las lides singulares, tienen la inclinación á dispersarse, y sobrándoles ánimo y brío, los he visto muchas veces sucumbir por la misma razón. Recuerdo haber leido en la obra del general Soi, si no me engaño, que los rusos se parecen á los peruanos y que han vencido algunas veces con amontonarse.

sorpresa, de espectativa y de inconcebible inacción, duró algunos instantes, hasta que un tiro disparado contra el mayor Zamudio, que no ofendió sinó á su caballo, fué la señal de hostilidades y de nuestra precipitada retirada.

Al volver mi caballo, un infante enemigo me dirigió un golpe de bayoneta que solo alcanzó á aquel, logrando introducírsela en la parte posterior del vientre, hacia el costado derecho; el efecto lo sentí luego en la flaqueza del caballo, que empezaba á arrastrarse penosamente; más, no era ocasión de contemplarlo porque calculé en el acto, del modo siguiente: si yo lo considero llevándolo despacio, me puede llevar alguna más distancia, pero cuando tenga que dejarlo, me encontraré atrás de todos los mios, que van en precipitada retirada: al contrario, si yo lo apuro cuanto es dable, me faltará antes, á causa del esfuerzo que le exijo, pero cuando me desmonte porque ya no pueda llevarme, me encontraré entre mis compañeros, que me favorecerán. El último partido fué el que adopté, y apuré mi caballo cuanto pude, logrando así pasar adelante de muchos de los que huian en dispersión. Antes diré que cuando llegamos de vuelta al barranco que pasamos antes de la carga, ya lo habian pasado los que habian quedado atrás, cuando la emprendimos, de modo que se había formado á la entrada del desfiladero, un grupo compacto que servía de blanco á los tiros certeros del enemigo, que entonces se avanzaba ya rápidamente; me esforcé en pasarlo cuanto antes y ganar cuanto terreno pude: de modo que cuando dejé mi caballo porque ya no podía moverse, me ví entre los mios.

Desmonté sin llevar más que mi espada en la mano, una pistola á la cintura, un poncho enrollado que llevaba á la grupa, que saqué y puse bajo el brazo, y el freno, por si lograba encontrar otro caballo. Sin detenerme eché á andar á pié, tan ligero como podía, para tener que correr

otras aventuras de que luego me ocuparé; más, antes quiero explicar la suspensión de los fuegos enemigos, al tiempo de nuestra carga, y el empeño del oficial realista en hacerlo cesar: fué mucho después, que por algunos prisioneros supimos el motivo de este raro procedimiento.

Como indiqué antes, en los pocos dias que precedieron á la acción de Ayohuma, se mejoró la organización de nuestra caballería y se empezó á dar á la lanza la preferencia que merece; en consecuencia, los hombres que no tenian sable, fueron armados con ella y una pistola, mientras los que lo tenian, recibieron además carabina; de este modo estaban armadas por mitad nuestras tres compañias. Por primera vez se distribuyeron banderolas para las lanzas, que eran bastante grandes, de género de algodón blanco y celeste. Con los soles y lluvias perdió el último su vivacidad y quedó poco menos que blanco. Los enemigos, que ignoraban esta circunstacia, y que ni remotamente se les ocurrió que se podian poner banderolas, viendo acercarse un grupo de hombres con insignias blancas, creyeron los más entendidos, que íbamos pasados; para robustecer esta creencia, concurría la circunstancia de que nuestro movimiento ofensivo después de completamente decidida la batalla, era desesperado, y no se figuraban que un puñado de hombres quisiese aún disputar la victoria á todo un ejército que acababa de triunfar. Tal fué el motivo de su equivocación, y también lo fué en parte, de la saña con que nos persiguieron, porque después sacrificaban sin piedad al que caía en su poder.

Cansado hasta más no poder, exhausto de fatiga, hube por dos ó tres veces de pararme á esperar al enemigo, pero cuando miraba atrás, veía que levantaban en las bayonetas al que lograban alcanzar, y volvía á seguir como podía, mi carrera. Anduve así algunas cuadras, solicitando de los que pasaban por mi lado, que me llevasen á la grupa de su ca-

ballo; pero no encontré sinó sordos ó embusteros. Uno de ellos fué el capitán don Domingo Arévalo (después Coronel), quién me dijo: *No puedo detenerme, porque mi caballo vá herido;* se lo creí aunque en su rápida pasada no le percibí ninguna herida. Más tarde lo encontré cuando ya nos habian dejado los enemigos, y examinando prolijamente su caballo, lo hallé del todo sano. Cuando le reconvine, pretextó no haberme conocido y que creyó le había hablado un soldado: ficción que sostuvo por años, cuando nos acordábamos del suceso, hasta que en un momento de confianza, me confesó un día su embuste, disculpándose con lo crítico de la situación.

Otro, fué el teniente de mi compañía, don Lorenzo Lugones, el cual no se negó abiertamente, pero se excusó con el pretexto de que iba á reunir algunos hombres y que luego volvería á socorrerme; lo que no sucedió, quedándome la duda de si pensó efectivamente hacerlo, bién que siempre me aseguró después, que fué esa su intención.

Finalmente, mi cansancio era ya sumo, me faltaban las fuerzas, mi estado era desesperado é iba á sucumbir, cuando un soldado de mi regimiento, de apellido Sanguino, se me presentó trayéndome un caballo tordillo, por la brida: el caballo venía ensillado y era bajo; á pesar de eso, monté con trabajo, porque mi fatiga era extremada, y como suele decirse, mi corazón quería salirse por la boca; le dí el poncho y el freno que había salvado, y le seguí hasta reunirme á los mios, de quienes me veía poco antes abandonado. Al soldado Sanguino, le conservé siempre y le conservo hasta ahora un vivo reconocimiento. Ignoro si vive; era salteño, natural del Rosario de la Frontera, adonde se retiró cuando obtuvo su baja por enfermo. El año 25, cuando venía á la campaña contra el Brasil, lo ví allí por última vez, y le dí como pude, muestras de mi agradecimiento.

Si el enemigo hubiese tenido una regular caballería, hu-

biésemos salvado poquísimos; más, esta no se separó por entonces de la infantería, en la persecución, además de que apareció muy poca. Esto dió lugar á que los restos de nuestros infantes, que huian en muchas direcciones, se fuesen replegando al general Belgrano, que había enarbolado la bandera del ejército, en la falda de unas lomas ásperas y pedregosas, que no ofrecian sinó senderos difíciles. Esto sucedía á distancia de media legua del campo de batalla, y para proteger la reunión, tuvo orden la caballería, de sostener el paso de un arroyo cinco ó seis cuadras avanzado del punto en donde se hacía. Para cumplir esta orden, se presentó el coronel don Cornelio Zelaya, que tomó desde luego el mando de ochenta ó noventa hombres de caballería, que era todo lo que se había reunido. Desmontamos, y una parte ocupó la barranca del arroyuelo y otra el corral de piedra de un rancho inmediato; con las tercerolas empezamos á contestar al fuego enemigo, logrando detener como tres cuartos de hora, á la fracción enemiga que nos perseguía.

Es digna de todo elogio la bravura que en aquella crítica circunstancia, ostentó el coronel Zelaya; parapetados como estábamos, el fuego enemigo hacía estragos (1), siendo de admirar que el coronel Zelaya, que era el único que se conservaba á caballo, y atravesando del paso del río al corral de piedra y vice-versa, no lo tocase una bala, como tampoco á su caballo. Entre tanto, aquella inesperada resistencia

(1) Allí fué herido el después coronel, don Ramón Estomba, que era ayudante mayor de Dragones. Estaba como todos, desmontado, y yo me hallaba á su lado, cuando una bala le rompió el muslo, y cayó en tierra; un pañuelo que saqué de mi faltriquera fué el primer vendaje de su herida. Se le hizo con trabajo subir en su caballo y se le mandó á alcanzar la infantería. Como á las tres leguas, ya no podía sufrir, y quedó á cargo de dos soldados, que al día siguiente lo hicieron llegar al pueblito de Actara; allí lo alcanzaron é hicieron prisionero al día siguiente, los enemigos, teniendo igual suerte los dos generosos soldados que no quisieron aban-

había atraído la atención del enemigo, que había acumulado fuerzas capaces de dar una nueva batalla; la necesidad de abandonar aquel terrible punto, se hacía urgente, y sin embargo, el coronel Zelaya se obstinaba en sostenerlo. No obstante, tuvo que ceder á las circunstancias, y al fin él mismo mandó la retirada. Nuestra pequeña fuerza la emprendió, sin orden y sin formación, por los varios fragosos senderos que se presentaban, y que cada uno elegía á su arbitrio.

Pocas cuadras habíamos andado, cuando un oficial se acerca y me dice: *A su hermano le han muerto el caballo, queda atrás, viene á pié y en el más grande peligro.* Un rayo caído á mis piés no me hubiera conmovido más, y sin preguntar otra cosa volví á buscarlo, cruzando de sendero en sendero, hasta que dí con él. Efectivamente, su situación no era menos crítica, que lo había sido la mía una hora antes; pero él halló un hermano, un amigo y un hombre de sentimientos humanos; afirmo que en aquel momento no se me ocurrió la idea de abandonarlo, y creo que hubiera perecido con él. Le había sucedido lo mismo que á mí; pués, había solicitado en vano el auxilio de algunos compañeros, sin obtenerlo, entre ellos el del alférez Esquivel, paraguayo, que pasó por el mismo sendero y por su lado sin darle la menor ayuda; sin embargo, logró asirse de la punta del poncho de Esquivel y ayudarse un trecho, casi arrastrándose en su penosa carrera, hasta que, no pudiendo

donarlo. Eran un Alderete, indio misionero, y un Gaona, cordobés, los que después de mucho tiempo volvieron á nuestras filas. Acciones como esta no deben olvidarse, y merecen ser conservadas aunque sus autores sean unos oscuros soldados. El coronel Estomba fué á Casas-Matas, donde estuvo hasta que fué la expedición del general San Martín. Cayó nuevamente prisionero en el Callao, pero logró evadirse con el coronel Luna, costando su fuga, la vida á los oficiales Millan y Prudan, que sacrificaron bárbaramente los españoles, en desquite.

seguir la violencia del caballo de Esquivel, soltó el poncho, y este desapareció.

Mi hermano Julián, que era también capitán de Dragones, había perdido su caballo al retirarnos del arroyuelo que tanto habíamos disputado. Al tomar un sendero y trepar la barranca, recibió el caballo, una bala tan bién dirigida, que cayó súbitamente sin poder moverse; en su caída le apretó una pierna, que pudo safar con trabajo, dejando hasta la espuela. Cuando yo lo encontré había quedado enteramente atrasado de todos, y los enemigos venian tan inmediatos, que si demoro un momento más, era perdido; le ofrecí la grupa de mi caballo, pero era tal su fatiga y cansancio que no pudo subir; le tomé entonces un brazo y poniéndolo bajo del mio, le ayudé á caminar casi arrastrándolo, hasta llegar á una quiebra del terreno, que ofrecía la comodidad de un excelente estribo. Entonces montó y yo piqué para alejarme de aquel infierno de balas y peligros. Andando apresuradamente alcancé la retaguardia de la infantería, y dejándolo allí, le dije que mi honor me obligaba á volver para que no se creyese que con pretexto de salvarlo, me separaba del peligro; y que quedando ya él fuera del alcance de los enemigos, continuase, pués en todo caso lo buscaría si fuese preciso. Tuvo que seguir algún trecho á pié, hasta que un soldado se desmontó y le cedió su caballo.

Regresé á incorporarme con el coronel Zelaya, que con unos cuantos hombres, venía conteniendo al enemigo; estos hombres fueron poco á poco escurriéndose y ganando la delantera, en términos, que al cabo de dos leguas, no habíamos quedado con el Coronel, más oficiales que el capitán Arévalo y yo y como quince ó veinte hombres de tropa; felizmente era solo caballería la que nos perseguía, y la enemiga era tan cobarde, que la conteníamos con facilidad en aquellos escabrosos caminos y desfiladeros; por último,

fuera de algunos tiros disparados al acaso, estaba reducida la persecución á una multitud de dicterios que se decian Zelaya y el coronel enemigo don Saturnino Castro (el que después fué fusilado por los españoles en Moraya), en que lo menos que se oía eran los dictados de *porteño cobarde, disparador;* y de *ladron, mulato Castro;* hasta hubo un desafío personal y singular entre ambos, que no tuvo efecto porque no se les dejaba solos y porque era una majadería que no consentíamos los circunstantes. A nosotros principalmente, nos dañaba, porque entorpecía nuestra marcha.

Al fin se cansó el coronel realista Castro de perseguirnos y gritar, pero el coronel Zelaya no se cansó de hacer ostentación de su poca prisa en retirarse, sin embargo de que ya nadie quedaba con él, sinó yo y su asistente Humacata. Ya el sol se acercaba al ocaso, cuando volvimos á marchar; seguro que tuve mis deseos de separarme también, pero al fin me resolví á no dejarlo; mi temor era que nos extraviásemos y que no pudiésemos dar con el General y los restos del ejército, y que fuera de los peligros que correríamos solos, nos exponíamos á dispersarnos, y después de haber sostenido como nadie nuestra retirada, cargar con la nota de dispersos.

Ya puesto el sol, llegamos á una ranchería abandonada, donde encontramos unos cuantos soldados dispersos que nos dieron noticia del camino que había tomado el General. Después de ordenarles que marchasen luego que hubiesen descansado un tanto, seguimos; más, tomándonos la noche, perdimos la huella y tuvimos que pasarla en los cerros; á la madrugada continuamos, y al ser de día llegamos á Actara, pueblecillo de indios, en donde estaba el general Belgrano y los restos escapados del combate.

Antes de seguir adelante con mi narración, me permitiré hacer algunas observaciones críticas sobre esta acción célebremente fatal para nuestra causa, cuyo éxito, si hubiera

sido favorable para nosotros; no solo nos franqueaba el territorio del Vireinato de la Plata, sinó que nos abría las puertas del de Lima. Una victoria nuestra hubiese despertado las simpatias de esos pueblos, hubiese reanimado el patriotismo y hecho renacer el amor á la independencia, que estaba oculto y comprimido por el terror que habian infundido los españoles. Una victoria, vuelvo á decir, hubiera sido decisiva para la causa real, pero esta no se obtuvo; la Providencia en sus inexcrutables juicios, quiso que se prolongase la lucha, y que las provincias argentinas se viesen al fin, privadas de la gloria de dar libertad definitivamente á sus hermanos del Perú; este honor estaba reservado á Bolivar y al ejército colombiano, que vino más tarde á recoger los frutos de nuestras estériles fatigas.

No puede menos de contristarse la imaginación de un argentino y de un soldado de los primeros años de la guerra de la Independencia, considerando lo poco que han servido para su país y para esos mismos soldados, aquellos sacrificios, y ver que solo sirvieron para allanar el camino á otros guerreros más afortunados, y facilitar su carrera á los Santa Cruz, á los Gamarra y otros muchos que hicieron la guerra más obstinada, á esa misma Independencia, de que ahora son los grandes dignatarios y los verdaderos usufructuarios, mientras que los más antiguos y más leales soldados de la gran causa de América, arrastran una penosa existencia en la oscuridad, la proscripción, la miseria y el olvido. Pero volvamos al examen crítico de la batalla que nos ocupa.

Ya emití mi opinión de que ella debió retardarse lo posible, maniobrando convenientemente para debilitar al enemigo y reforzarnos nosotros. Más, admitida la resolución de dar la batalla sin demora, pudimos hacerlo con racionales esperanzas de suceso, obrando de otro modo del que se adoptó.

Hay generales que forman el plan de batalla en su cabeza, que establecen teóricamente el orden de su línea y después buscan un terreno adecuado para realizar su ideal concepción. Sucede entonces que si un incidente cualquiera les obliga á salir del teatro que han elegido, falla el plan, y su aplicación práctica es una cadena de errores que se pagan muy caros. Es exactamente lo que sucedió en Ayohuma. Desengañémosnos: un General no hace planes sobre el papel para ceñirse á ellos con una sujeción servil; debe hacerlos en escala mayor, y luego ponerse en todos los casos que pueden sobrevenir, para buscarles la conveniente solución. Enriquecido con esas reflexiones, está prevenido cuando llega el caso; nada lo sorprende y para todo halla remedio.

El general Belgrano no debió con tanta anticipación ocupar el campo que había elegido, revelando de este modo sus intenciones; pudo situarse á corta distancia, y en el momento preciso tomar la iniciativa y batir al enemigo, según lo deseaba. Pezuela nos presentó la más bella ocasión de vencerlo, bajando tan lenta como estúpidamente, una cuesta que era un verdadero desfiladero, á nuestra presencia; si en esos momentos es atacado, es más que probable que hubiera sido deshecho. El general Belgrano no se movió, por esperarlo en el campo de su elección. Más tarde el enemigo se colocó casi á nuestra derecha, destacando una fuerza á flanquearnos, y el plan de nuestro General se trastornó del todo: demasiadamente aferrado en su idea, no pudo salir del círculo á que él mismo se había ceñido.

La fuerza destinada á flanquearnos, se anunció con una anticipación prematura, que nos daba inmenso tiempo para á la vez trastornar el plan del general Pezuela. Dicha fuerza era poco considerable, y si se hubiera destinado una nuestra, proporcionada, á disputarle la posición del cerro

que dominaba nuestra derecha, es seguro que la hubiéramos desalojado. Este hubiera sido el punto esencial, cuya posesión influyera poderosamente en la victoria. Por lo general, en las batallas, aún en las nuestras en que se emplean pocas fuerzas, hay un punto cardinal, cuya importancia debe discernir el General, para adoptar los medios de conservarlo ú obtenerlo. Quizá el general Belgrano no quiso debilitar su línea, distrayendo una fuerza fuera de ella, pero lo peor de todo era dejarla flanquear y dominar completamente.

Además, la caballería de la derecha, que después de nuestro cambio de frente quedó á retaguardia, del todo inutilizada, debió ser inmediatamente destinada á la izquierda, donde reunida á la que allí había, formaba un cuerpo que bién dirigido, hubiera flanqueado á su vez la derecha enemiga y hubiera dado muy sérios cuidados á toda su línea. Nada se hizo; así es que, si la batalla de Vilcapugio se disputó y hubo lances en que nos sonreía la fortuna, la de Ayohuma estuvo perdida antes de darse, y no hubo un momento de esperanza.

Cuando el enemigo principió el fuego de artillería, más nos hubiera valido lanzar nuestros batallones á una carga contingente y aún aventurada, que estarnos quietos haciendo impunemente diezmar nuestros soldados, y gastar sus disposiciones morales con la perspectiva de la superioridad enemiga. Desgraciadamente la contestación que daban nuestros pobres cañones (que duró muy poco), solo servía para realzar aquella superioridad, y alentar en la misma proporción, al enemigo. Este, como dije antes, pudo vencernos con solo sus cañones, si hubiera tenido municiones para ello.

Respeto tanto la memoria del general Belgrano, que me he hecho una verdadera violencia para enumerar los errores que á mi juicio, se cometieron en esta desgraciada bata-

lla; pero he debido hacerlo en obsequio de la verdad histórica y para instrucción de algún militar joven que pudiese ver esta memoria. Fuera de esto, es preciso considerar que estábamos en el aprendizaje de la guerra, y así como era el general Belgrano, en esa época era el mejor general que tenía la República. Estaba también falto de jefes, pués los mejores, por varios motivos, estaban ausentes; no tenía un solo hombre á quién pudiese deber un consejo, ni una advertencia. El general Belgrano estaba solo, y solo llevaba todo el peso del ejército.

El caballo que me había dado el soldado Sanguino, pertenecía al capitán don José María Corte, que habiendo recibido una herida de bala sobre un ojo, lo habian hecho montar en el de un soldado, para que este, colocado en la grupa, lo sostuviese y llevase fuera del campo de batalla; por esta circunstancia, el caballo estaba sin ginete y me había sido presentado para que á mi vez me salvase, comó sucedió. Ninguno de los que sabian la clase de herida de Corte, esperaba que viviese, pero contra todo cálculo, cuando llegué á Actara, supe que no solo vivía, sinó que se sentía bastante fuerte para poder hacer uso, aunque auxiliado por otro, de su caballo; me fué preciso restituirlo, y héme aquí otra vez á pié; mi hermano, que también devolvió el caballo al soldado que se lo había franqueado, se hallaba en idéntico caso. El coronel Zelaya me sirvió entonces, cediéndome temporariamente un caballo de repuesto que tenía, con su correspondiente silla; y para mi hermano quitamos á una de esas mujeres perdidas que acompañan los ejércitos, una mula del Estado, de que se había apoderado. De este modo nos encontramos en estado de continuar soportablemente la marcha.

Esta siguió el día 15 hasta Tinguipaya, adonde llegamos por la tarde, sin que se dejase sentir el enemigo. Allí se acabaron de reorganizar nuestros pequeños restos, para

continuar al día siguiente nuestra retirada, con un orden tal, que la disciplina más severa se observó en todas las marchas que se siguieron. Allí fué donde, formando un cuadro, se colocó dentro el General para rezar el rosario, lo que fué imitado por todos. El 16 llegamos á Tarapaya, pueblo que solo dista de Potosí, cuatro leguas. En uno de estos dos dias pasamos el famoso Pilcomayo, por uno de esos caminos de travesía, que siendo poco frecuentados, son ásperos y cruzan sierras elevadísimas. El río corre por entre dos sierras colosales, tan inmediatas, que solo dejan el cauce del río entre ambas. El camino desciende por un lado y asciende por el otro, haciendo inmensos caracoles para hacer practicable la bajada y subida, que sin eso sería imposible, por la pendiente de las montañas, que se aproxima mucho á la perpendicular.

Nuestra fuerza, aunque no llegaría á setecientos hombres, marchando por uno, y los caballeros tirando por la brida sus caballos, para conservarlos, tomaba una distancia considerable. Nosotros llevábamos siempre la retaguardia, y marchábamos con bastante separación; de este modo cuando íbamos descendiendo la serranía para caer al río, la cabeza de la columna subía ya la otra sierra, después de haberlo atravesado. Tirada una línea recta, era tan corta la distancia que nos separaba, que se oian los gritos de los que arreaban sus caballos, ó que los daban por otro motivo, reproduciéndose por aquellas eternas masas; mientras tanto, para llegar al mismo punto, tuvimos que andar legua y media y quizá más, haciendo para ello mil curvas, y gastando horas en aquellos peligrosos senderos.

El 16 llegamos á Potosí; la acogida que nos hizo ese pueblo tan enemigo, que se decía de la causa, fué franca y hospitalaria; las autoridades y las corporaciones salieron al encuentro del General y lo saludaron triste pero urbanamente. Esta es otra prueba de lo que había ganado la

revolución, con la disciplina del ejército y la conducta patriótica y honrada del General. Á nadie se le ocurrió temer sublevaciones ni hostilidades del vecindario ni de los indios; no hubo el menor acto de enemistad, ni aún de descortesía. Yo gusté mucho de la recepción que se nos hizo, porque fué grave, triste, oficiosa y simpática; manifestar alegría, hubiera sido insultarnos, y ostentarse altaneros, hubiera sido una insolencia y falta de generosidad. Supieron esta vez los potosinos manejarse con cordura, y si dos dias después cambiaron, en parte, estos sentimientos, no fué por culpa suya.

La próbida economía del general Belgrano, en pocos meses había acumulado recursos de todo género. La Casa de Moneda, vuelta á su giro ordinario, abastecía con abundancia de moneda metálica, al comercio, y daba lo bastante al ejército. Ya hablamos de los almacenes de víveres que tomó el enemigo en la campaña; pués, también los había en la ciudad, y además, valiosos depósitos de efectos de ultramar, con que había para proveer abundantemente de vestuario al ejército. Era imposible salvar los últimos, y se resolvió distribuirlos al pueblo ó inutilizarlos para que no los aprovechase el enemigo. Algo se dió también al ejército, pero muy poco, temiendo sin duda recargar al soldado, en la marcha que iba á emprender. Recuerdo que estuve en una casa que servía de depósito á uno de esos cargamentos, donde seis ú ocho empleados distribuian gratis al bajo pueblo, piezas de bramante, lotes de algodones, varas de paño y bayeta, etc. Ignoro si algo se quemó, como se dijo que se había mandado hacer.

El enemigo no debía estar quieto y nuestra permanencia no podía ser larga. El 18 por la mañana se dió la orden de marcha para esa tarde, y á las dos estuvo la infantería formada en la plaza, y la caballería en la calle que está al costado de la Casa de Moneda. Las tres serian cuando

marchó el General en Jefe con la pequeña columna de infantería, quedando solamente el general Diaz Velez con nosotros, que seríamos como ochenta. Se empezaron entonces á notar algunos secreteos entre los Jefes más caracterizados, y se sentía algo de misterio que no podíamos explicarnos. Luego estuvimos al corriente de lo que se trataba.

El populacho se había apiñado en la plaza y calles circunvecinas, y se le mandó retirar; como no obedeciese, se mandaron patrullas de caballería que lo dispersasen, pero se retiraban por una calle para volver por otra, y ocupar después la primera, en el momento que se desguarnecía. Se fueron repitiendo estas órdenes, sin fruto alguno, y muy luego se extendieron á los vecinos de la plaza y demás inmediatas á la Casa de Moneda, para que en el acto saliesen de sus casas con sus familias, y se retirasen á distancia de veinte cuadras cuando menos. Nadie comprendía el objeto de estas órdenes, y las casas, lejos de desocuparse, se cerraban con sus habitantes adentro, lo más seguramente que podian. Poco á poco fué aclarándose el misterio y empezó á divulgarse el motivo de tan extraña resolución. Para persuadir al vecindario á que abandonase por algunas horas sus casas, y al populacho de la calle, á que se retirase, se creyó conveniente ir haciendo revelaciones sucesivas. Se les dijo primero, que correrian inminentes peligros si no obedecian; luego, que iban á ser destruidas sus casas y perecerian bajo sus ruinas; finalmente, se les aseguró que el sólido y extenso edificio de la Casa de Moneda, iba á volar á consecuencia de la explosión que haría un gran depósito de pólvora que iba á incendiarse.

Nada bastó para persuadir al populacho, que se conservó impasible en su puesto. De las casas vecinas ví salir una que otra familia desolada, que corría sin saber adonde, abandonando cuanto poseía; pero en lo general, puedo

asegurar que no se movieron de sus casas, y que esperaron el resultado de aquel anuncio terrible. Y á fé que no era un engaño, porque efectivamente se había resuelto en los consejos del General en Jefe, hacer volar la Casa de Moneda, en la forma siguiente:

La sala llamada de la fielatura, porque en ella se pesan las monedas que han de acuñarse, queda al centro del edificio y está mas baja que lo restante de él. En esta sala se había colocado secretamente un número bastante de barriles de pólvora, para cuya inflamación debía dejarse una mecha de duración calculada para que á los últimos nos dejase el tiempo bastante de retirarnos. Estaba el sol próximo á su ocaso, cuando el general Diaz Velez, cansado de órdenes é intimaciones que no se obedecian, y en que empleó á casi todos los oficiales y tropa que formaban la retaguardia, resolvió llevar á efecto el proyecto, aunque fuese á costa de los incrédulos é inobedientes. Se prendió la mecha, salió el último hombre de la Casa de Moneda, y se cerraron las gruesas y ferradas puertas de la gran casa, cuando se echaron menos las tremendas llaves que las aseguraban; ví al General en persona, agitándose, preguntando por ellas á cuantos lo rodeaban, pero las llaves no parecieron. Entre tanto el tiempo urgía, la mecha ardía y la explosión podía suceder de un momento á otro. Fué preciso renunciar al empeño de cerrar las puertas, y contentándose el General con emparejarlas, montó en su mula y dió la voz de partir á galope.

Se me ha pasado decir que no dejó de ocurrir en los dias anteriores, el pensamiento de fortificar y defendernos en la ciudad, y que en consecuencia se empezaron á fosear las calles, á distancia de dos cuadras de la plaza. No puedo asegurar si se pensó sériamente en ello, porque pudo ser un arbitrio para ocultar la retirada; de cualquier modo el proyecto era insensato, y cuando más, probaría los deseos

del General, de disputar al enemigo, hasta la última extremidad, aquellas importantes provincias.

En la confusión de nuestra disparada, nadie se acordó de los fosos, y fuimos á dar con uno, que interceptaba completamente la calle; poseídos del más grande sobresalto, tuvimos que volver á la plaza para buscar otra salida, temiendo á cada instante que sucediese la explosión y que una lluvia de gruesas piedras y otros escombros, cuando no fuese la misma explosión, viniese á sepultarnos, ó cuando menos, aplastarnos bajo su peso. Al fin, después de muchas excitaciones, dimos con una calle, donde el foso no estaba concluido y por donde salimos á la desfilada. Nuestra marcha precipitada no se suspendió hasta el Socabón, que está á una legua de la plaza, adonde llegamos al anochecer. Deseando gozar en su totalidad, del terrible espectáculo de ver volar en fracciones, un gran edificio y quizá media ciudad (tal era la idea que nos había hecho formar), á consecuencia de una mina que iba á hacer su explosión, durante el camino fuimos violentándonos para volver la vista á la Casa de Moneda, que dejábamos atrás. Aseguro que por mi parte no la separé ni un momento de la dirección en que quedaba, lo que me originó un dolor en el pescuezo, que me molestó dos ó tres dias.

Llegamos, como he dicho, al Socabón, ya desconfiando de que no se realizase la explosión; un cuarto de hora después ya era certidumbre de que la mecha había sido sustraída ó que algún otro inconveniente había impedido su actividad. El general Belgrano que no estaba lejos de nosotros, debió experimentar las mismas sensaciones, y cuando vió fallida la operación, hizo un último esfuerzo por realizarla. El capitán (Coronel hoy) de artillería, don Juan P. Luna, se presentó en la retaguardia con una orden para que se pusiesen á su disposición veinte y cinco hombres de los mejor montados, con los que debía penetrar en la ciu-

dad y Casa de Moneda, para volver á poner la mecha encendida que la hiciese volar. Esto ya era imposible, pués el vecindario y populacho, que no querian ver destruido el más valioso ornamento de su pueblo, ver destruidas sus casas y sepultarse bajo sus ruinas, hubieran hecho pedazos al nuevo campeón y sus veinte y cinco hombres. Luna llegó á los suburbios, vió de lo que se trataba, y se retiró prudentemente, pudiendo asegurarse que la oferta que había hecho al General, de entrar otra vez á Potosí y quemar el pueblo, le ganaría la benevolencia del Jefe, porque, como otras veces he dicho, este era el carácter del general Belgrano.

La tentativa del capitán Luna era tanto más impracticable, por cuanto la vanguardia enemiga estaba muy inmediata, en términos, que sus partidas entraron á la ciudad esa misma noche; corría, pués, también el riesgo de ser atacado y hecho prisionero por las tropas reales, cuando no lo hubiese sido antes, por los habitantes exasperados.

Diré ahora lo que hizo frustrar la explosión de la pólvora que se había puesto en la Casa de Moneda. Es bién sabido que hay ciertos hombres que abrazan por especulación, una carrera, y que sacrifican á su interés los deberes que ella les impone. Uno de ellos era un oficial Anglada, mendocino, dotado de una aparente moderación que le captaba las voluntades, y de un profundo disimulo. Había ganado las buenas gracias del General, quién lo había colocado nada menos que de Mayor de la plaza de Potosí, sin embargo de su menor graduación. Este se relacionó con personas enemigas de la causa, y particularmente con una señora muy realista, á quién se atribuyó principalmente el mérito de la conquista. El, por su empleo, estaba en el secreto de la operación que se meditaba, y la inutilizó quitando la mecha que debía servir para la explosión. El, sin duda, fué quién ocultó las llaves, que solo se echaron de menos en el mo-

mento de retirarnos. Se ocultó y se presentó en seguida al enemigo, que lo acogió bién, por el importante servicio que acababa de hacerle, y lo empleó en el ejército, pero sin que jamás jugase un rol distinguido, ni pudiese hacer olvidar á sus nuevos patronos que era un traidor.

No fué él solo quién se manchó con este crimen: el capitán don Rufino Valle, de mi regimiento, un capitán Garcia, de infantería, ambos tucumanos, y un teniente Rodriguez, viejo inútil y europeo, desertaron de sus banderas y pasaron á servir á la causa que habian combatido. Nada supe después de los dos últimos; pero Valle, apenas llegó á comandante, en el ejército Real, en que sirvió muchos años, hasta que vencidos los españoles en 1825, volvió á Jujuy, donde vivía al lado de una joven, con quién había casado.

Hubo, pués, de renunciarse del todo el pensamiento de destruir la Casa de Moneda, y no se pensó sinó en continuar nuestra retirada, que era crítica por la proximidad del enemigo, que á cada instante podía echársenos encima y consumar nuestra perdición. Nuestra marcha iba sumamente embarazada por un crecidísimo número de cargas; no solamente se conducía todo el dinero sellado y sin sellar, que tenía la Casa de Moneda, sinó la artillería que, á causa de la pérdida de Vilcapugio, se había pedido á Jujuy, á toda prisa, y la que ya encontramos en Potosí; además iba una porción de armamento descompuesto, que había en los depósitos; un gran número de cajas de fusil en bruto y otros enseres de guerra que el General no quería dejar al enemigo, pero que nos causaban un peso inmenso; agréguese las municiones y parque, que sacamos también de Potosí, pués de la batalla nada de esto había escapado, y se comprenderá que nuestra retirada más se asemejaba á una carabana que huye de los peligros del desierto, que á un cuerpo militar que marcha regularmente.

En los dias posteriores se regularizó algo la marcha, pero en esa noche que siguió á nuestra precipitada salida, era todo confusión y desorden. El general Diaz Velez se había sin duda, ido á reunir con el General en Jefe, y el coronel Balcarce había quedado encargado con los setenta ú ochenta hombres de caballería que llevábamos la retaguardia. Los arrieros del país, desertaban; las mulas fatigadas, se echaban á los costados del camino; otras volteaban la carga, y se ponian, hambrientas como estaban, á comer una paja brava y dura que es lo único que produce ese árido campo. El Coronel se ocupó al principio, de hacer arrear las mulas resagadas y recargar las que se habian desembarazado de sus fardos; más, cedió al cansancio que le causaba esta operación y me la recomendó. Yo la tomé tan sériamente que no descansé en toda la noche, empleando las amenazas y aún el castigo para resolver á nuestros exhaustos soldados, á un trabajo tan fatigoso en una noche de un frio insoportable. Recuerdo que creyendo que era un individuo de tropa, amenacé con mi espada al teniente don Rufino Falcón, porque no se desmontaba á cargar una mula, y que al cadete don Domingo Millán, le dí unos cuantos cintarazos, sin conocerlo, por la misma razón. Cuando los hube reconocido les dí satisfacción. Esto dió lugar á que algunos de mis compañeros, hombres ya cansados ó egoistas, me dijesen con sorna: *Oh! es usted muy patriota.—Lo soy,* les dije, *y pensaba que también ustedes debian serlo.*

Entre las cargas abandonadas, que esa noche hice salvar, estaba una en que iban alhajas de diamantes y tejos de oro (1) cuyo valor importaba más de cuarenta mil du-

---

(1) Estas alhajas, llevadas á Buenos Aires después, fueron destinadas por el director Posadas, á obsequiar á las familias de varios jefes que habian prestado buenos servicios. El obispo Arellana, de Córdoba, recibió también su regalo.

ros. Fué una fortuna que no cayese en otras manos. Al otro día el general Belgrano, creyendo asegurarlas mejor, las distribuyó entre sus ayudantes para que las condujeran. Al mayor Toro le tocó, en la distribución, un tejo de oro que valdría cerca de tres mil pesos fuertes; se lo robaron, y quedó perdido; se hicieron averiguaciones y sumarios, pero nada se consiguió.

Menos feliz fué otra carga de baules que habian sido forzados y robados, sin dejar más que unos tres ó cuatro gruesos legajos de papeles, atados con sus correspondientes cintas, los que hice cargar á algunos soldados. Cuando amaneció ví por los rótulos, que pertenecian al doctor don Tomás Manuel Anchorena, secretario del general Belgrano. Cuando al salir el sol, llegamos á Tabaco-Nuño, que solo dista cuatro leguas de Potosí, después de haber trabajado toda la noche, vino dicho señor Anchorena preguntando por su equipaje. Le hablé de los baules rotos que había encontrado y de los papeles que había salvado. Cuando supo y vió que sus papeles habian escapado, se dió por muy bién servido, manifestando que todo lo demás valía muy poco; me colmó de agradecimientos, y con este motivo entabló una larga conversación conmigo.

El proyecto frustrado de hacer volar la Casa de Moneda, fué el principal objeto de nuestra conversación, y yo me tomé la libertad de reprobarlo altamente. El, al contrario, lo sostuvo, alegando que además de producirnos la ventaja de quitar al enemigo aquel valioso recurso, teníamos la de arruinar un pueblo que siempre había sido y sería enemigo nuestro.

A medio día del 19 llegamos á Lajatambo, seis leguas de Potosí, donde hicimos alto para medio comer, y seguir á la tarde, nuestra marcha, que se continuó toda la noche. En ella, por una travesura de jóvenes, me separé con otro oficial, de la columna, y con la oscuridad no pudimos dar con

ella. Después de andar toda la noche por sendas extraviadas, no fué sinó á la mañana que nos incorporamos, cerca de Caisa, pueblo que está situado á doce leguas de Potosí.

Continuamos en los dias sucesivos, adelantando cuanto podíamos, nuestra marcha, amagados siempre del enemigo. Serian las ocho de la noche cuando pasábamos por la posta de Quirve, habiéndolo hecho una ó dos horas antes, la infantería. Se veian desde el camino, que estaba como cuadra y media, unas grandes fogatas, á cuyo alrededor se veía vagar una que otra persona. El coronel Balcarce, que tenía orden de no dejar á nadie á retaguardia, creyó no deber continuar sin informarse de lo que aquello significaba; hizo pués, alto, y me mandó que fuese á la posta á instruirme de lo que era. Inmediatamente tomé el galope para verificarlo, y habiendo andado dos tercios del camino, me dieron desde las hogueras, el *quién vive,* á que tuve la humorada de no contestar. Cuando me lo repitieron creí conocer la voz y aún percibir en lo descompuesto de ella, que el que la daba estaba sorprendido; tampoco contesté, y la tercera intimación me reveló completamente lo que antes solo había sospechado. Ya estaba yo entonces, muy inmediato al supuesto centinela, que no era otro que el capitán de artillería don Antonio Ramirez, que después fué Coronel, (1) cuya sorpresa y azoramiento conocí muy á las claras. Picando aún con más violencia mi caballo, le grité: *Ríndase usted;* y él creyéndome enemigo y rodeando el fogón para evadirse de mí, me decía: *Señor, estoy rendido.* A estas voces

(1) Cuando después le hacía recordar este lance, se desagradaba visiblemente, y cuando el año 1835, habiéndoseme traído de Santa Fé, en mi clase de prisionero, fué él destinado á recibirme y custodiarme, es seguro que lo hubiera yo pasado muy mal, si hubiera hecho mención del suceso. Me guardé, pués, muy bién, de recordárselo. Yo, en su lugar, me hubiera anticipado á hablar y reirme de él.

otros tres ó cuatro oficiales que estaban en los otros fogones ó en los ranchos, huyeron despavoridos y ganaron á pié, los cerros inmediatos. Costó algún trabajo hallarlos y volverlos adonde antes estaban. Cuando Ramirez me conoció me reconvino amistosamente, pero quedamos luego tan corrientes como antes.

Las hogueras resultaban de muchos cientos de cajas de fusil, forjadas, que se habian llevado desde Tucumán á la maestranza de Potosí, y que ocupaban muchas mulas de carga; como estas escaseaban todos los dias, se mandaron destruir, cosa que debió haberse hecho mucho antes. Se quemaron también cureñas de cañón, para las que no alcanzaban las mulas, con lo que se facilitó algo más nuestro movimiento.

El enemigo nos dió tiempo de permanecer algunos dias en Mojo, pasados los cuales, continuó el general Belgrano á establecer su Cuartel General en Jujuy, dejando mi regimiento en Humahuaca. Quedó á la cabeza de él, el mayor don Máximo Zamudio, porque el coronel Balcarce fué llamado á desempeñar interinamente las funciones de Mayor General, habiéndose marchado por este tiempo, á Buenos Aires, el señor Diaz Velez, que por tanto tiempo las había ejercido.

No nos dejó descansar mucho el enemigo, pués en los primeros dias de Enero del año 14, ya se hizo sentir y volvimos á continuar nuestra retirada. El general Belgrano marchó con dirección á Tucumán, después de haber llamado nuevamente al coronel Dorrego, investídolo de su confianza y de un mando extenso en todos los cuerpos que quedaban á retaguardia. En Jujuy estaba una buena fracción de infantería montada, y con ella y el regimiento de Dragones, se propuso disputar palmo á palmo, el terreno, al enemigo victorioso que avanzaba. Efectivamente, hubo fuertes guerrillas en las lomas inmediatas á la ciudad, pero

tuvimos que ceder, para volver á empeñar nuevos choques después.

Llegamos á Salta y la ocupamos hasta el mismo día que entró en ella el enemigo, mediando también acaloradas guerrillas, á la vista de la ciudad, en las lomas de San Lorenzo. Ya se nos había reunido un escuadrón de Granaderos á caballo, del regimiento que había formado el entonces coronel don José de San Martín: no tuvo ocasión de cargar, ni aún de entrar en lo árduo de un combate; pero debo decir que me agradó el continente de aquellos soldados, cuyos oficiales, sin embargo, eran muy novicios. Un capitán chileno, Rios, lo mandaba, quién más tarde fué acusado de cobardía en esa misma guerrilla de San Lorenzo, á un tribunal secreto del regimiento (de que quizá luego hablaré), sin que yo pueda juzgar de la justicia de la acusación. Sin embargo, él fué separado con pretextos frívolos, para ocultar el verdadero.

El enemigo se hizo circunspecto, y en los primeros dias no dió un paso más acá de Salta. El coronel Dorrego situándose en Guachipas, se proponía alimentar una guerra de guerrillas, para lo que se brindaba el terreno y la disposición de los habitantes. El pueblo de Salta, que es bastante considerable, estaba casi yermo; tres cuartas partes de las casas estaban solas, y las demás poco habitadas. Los frailes de los conventos habian también emigrado y solo quedaron dos sacerdotes enfermos, pero que podian salir de sus casas para administrar los sacramentos á los pocos que no habian seguido el ejército. Hubo iglesia en que no quedó ni ornamento ni vaso sagrado y de las que se quitaron hasta los badajos de las campanas, para que no pudiera hacerse uso de ellas. Estas disposiciones del paisanaje prepararon esa resistencia heróica que la provincia de Salta sola, opuso después á los ejércitos españoles. De entonces principia ese desenvolvimiento de fuerza que hizo

otros tantos soldados valientes de cuantos habitantes tenía aquel suelo fecundo. Las partidas enemigas que salian de la ciudad, se veian siempre aisladas, siempre marchando por un desierto, y los bosques mismos, convertidos en implacables enemigos. Hubo oficial español, que atravesando uno de ellos, á la cabeza de su numerosa partida, con la pierna puesta sobre el pescuezo de su caballo, y talareando una contradanza, una mano invisible, de lo más espeso del bosque, le disparó un tiro que lo dejó cadáver en el acto y sobre el mismo sitio.

Los paisanos, á quienes damos el nombre de *gauchos*, que ellos hicieron un nombre de honor, fueron cada día haciéndose más aguerridos; conociendo perfectamente las localidades y teniendo una destreza suma en el caballo, eran los más indicados para esa clase de guerra, que llevada al más alto grado, hizo inconquistable aquella valerosa provincia. Ya en ese tiempo había llegado el coronel San Martín, á Tucumán, y nombrado General en Jefe del ejército, había tomado el mando de él, quedando el brigadier Belgrano, como simple Coronel de su regimiento núm. 1 de infantería, que solo contaba un batallón. El mismo General mandó al coronel Dorrego, que se retirase con la vanguardia al Cuartel General, dejando solamente, en observación del enemigo, partidas de milicias que hacian su aprendizaje, y empezaban á conocer su fuerza; fuerza que después hicieron servir contra nuestro propio ejército, cuando tiempos más desgraciados engendraron esa guerra civil que casi ha aniquilado á la República Argentina.

A fines de Febrero, más ó menos, llegamos á Tucumán, donde el nuevo General reorganizaba el ejército en los rudimentos de la táctica moderna, que hasta entonces no conocíamos. La caballería, principalmente, recibió mejoras notables; pués, como he indicado antes, estábamos en el mayor atraso y en la más crasa ignorancia. El General

estableció una academia de jefes que se reunian las más de las noches, en su casa, y estos presidian á su vez, las de los oficiales de los regimientos, de modo que los nuevos conocimientos se trasmitian desde la cabeza hasta las últimas clases. En una de esas reuniones en casa del General, fué que el coronel Dorrego se condujo poco convenientemente, lo que motivó su separación del ejército y expulsión de la provincia en el término de dos horas. Fué á esperar nuevas órdenes á Santiago del Estero, en donde se encontró después con el general Belgrano, á quién mortificó mostrando muy poca generosidad y muy grande injusticia.

Con muy corta diferencia de dias, siguió el general Belgrano el rumbo de Dorrego; pués, una noche recibió también la orden de salir de Tucumán inmediatamente y marchar á Santiago á esperar nuevas órdenes. El motivo no fué conocido en lo general, pero lo que se traslujo fué el proyecto, que se dijo haber concebido algunos vecinos, de hacer una representación pidiendo al general Belgrano, para que mandase en jefe el ejército. Si hubo algo formal, creo hacer un acto de justicia suponiendo inculpable al general Belgrano, quién dió siempre las muestras de una completa subordinación y de la más resignada conformidad; además, él mismo había pedido un sucesor, manifestando el deseo de quedar á la cabeza de su regimiento. ¿Y cómo podía tan pronto desmentirse, promoviendo precisamente lo contrario de lo que había solicitado? Es, pués, muy creible que algo se pensó por algunos vecinos respetables que apreciaban los méritos del General, y que esto bastó para persuadir á su sucesor, de que era peligrosa su permanencia. Sea lo que sea, la naturaleza de las cosas hará muy comprensible esta acción á cualquiera que tenga un poco de conocimiento del corazón humano, sin ir á buscar crímenes positivos en el uno, ni un sentimiento pequeño ó ridículo en el otro. Lo cierto es que ella no engendró enemistad

entre estos dos grandes hombres, y que nunca se les oyó ni quejarse, ni maldecirse. El general Belgrano fué llamado á Buenos Aires y de allí mandado á Europa con una misión diplomática, cuyo objeto y resultado no es de este lugar.

Será sin embargo conveniente decir, que la separación del mando en jefe del general Belgrano, fué un mal que ha pagado muy caro la República; no porque el general San Martín no fuese digno de reemplazarlo, y con ventaja, si se atiende á sus superiores conocimientos militares, sinó porque habiéndose este separado también á los pocos meses, dejó un vacío inmenso, que no pudo llenar el general Rondeau. Oh! si el general Belgrano hubiese continuado ó si hubiese vuelto á reemplazar al general San Martín, es seguro, que nuestras armas no hubieran sufrido reveses vergonzosos, y nuestros ejércitos no se hubiesen desquiciado, dejando en el Alto Perú el recuerdo de escándalos numerosos y acabando con el crédito que habíamos adquirido. Más, no anticipemos los sucesos.

CAPÍTULO V

PRETENSIONES Y DEBILIDADES

El caudillo don Martín Miguel de Güemes.—Institución privada en el cuerpo de Granaderos.—Las escuelas que fundaron los generales San Martín y Belgrano. — La Ciudadela de Tucumán.—El general San Martín se retira del ejército, cuyo mando toma el general Rondeau.—Visita al general San Martín.—Se incorporan dos mil trescientos hombres de infantería.—El coronel don Saturnino Castro.—Los principales jefes se oponen á que el general Alvear tome el mando del ejército, sustituyendo al general Rondeau.—Caida de Alvear del Directorio.—Causas que resienten la autoridad del General Rondeau.—El coronel don Martín Rodriguez, prisionero en el Tejar.—El general Pezuela lo devuelve, proponiendo en cange á los coroneles Sotomayor y Huici.—La desmoralización cunde en el ejército.

Por este tiempo apareció un caudillo que después fué célebre en la guerra civil y en la gloriosa resistencia que hizo á los españoles la provincia de Salta. Hablo de don Martín Miguel de Güemes, simple comandante de milicias, colocado en la frontera por el general San Martín. Poseía esa elocuencia peculiar que arrastra á las masas de nuestro país, y que puede llamarse *la elocuencia de los fogones ó vivaques*, porque allí establecen su tribuna. Principió por identificarse con los gauchos, adoptando su traje en la forma, pero no en la materia, porque era lujoso en su vestido,

usando *guardamontes* (1) y afectando las maneras de aquellas gentes poco civilizadas. Desde entonces empleó el bién conocido arbitrio de otros caudillos, de indisponer á la plebe con la clase más elevada de la sociedad. Cuando proclamaba, solía hacer retirar á toda persona de educación y aún á sus ayudantes, porque sin duda se avergonzaba de que presenciasen la impudencia con que excitaba á aquellas pobres gentes, á la rebelión contra la otra clase de la sociedad. Este caudillo, este demagogo, este tribuno, este orador, carecía hasta cierto punto, del órgano material de la voz, pués era tan gangoso, por faltarle la campanilla, que quién no estaba acostumbrado á su trato, sufría una sensación penosa al verlo esforzarse para hacerse entender; sin embargo, este orador, vuelvo á decir, tenía para los gauchos tal unción en sus palabras, y una elocuencia tan persuasiva, que hubieran ido en derechura á hacerse matar para probarle su convencimiento y su adhesión.

Era además Güemes, relajado en sus costumbres, poco sobrio, y hasta carecía de valor personal, pués nunca se presentaba en el peligro. No obstante, era adorado de los gauchos, que no veian en su ídolo, sinó al representante de la ínfima clase, al protector y padre de los pobres, como lo llamaban, y también, porque es preciso decirlo, al patriota sincero y decidido por la independencia: porque Güemes lo era en alto grado. El despreció las seductoras ofertas

---

(1) Guardamontes es un cuero de buey, dividido en dos partes y recortado convenientemente, de modo que cae á ambos lados del caballo. Colocado en la parte delantera de la montura, cubre las piernas y una parte del cuerpo del ginete, preservándolo de las picaduras de las espinas, cuando corre por aquellos bosques casi vírgenes. Posteriormente y siendo ya Gobernador de Salta, hasta cuando paseaba en la ciudad, solía poner guardamontes, por ostentación, y llegó á tenerlos de mucho lujo, de tela fina y costoso bordado. Su vestido era, por lo común, de chaqueta, pero siempre con adornos sobrecargados, ya de pieles, ya de bordados y cordones de oro y plata. Sus uniformes eran de fantasía y tan variados, que de su reunión hubiera resultado una colección curiosísima.

de los generales realistas, hizo una guerra porfiada, y al fin tuvo la gloria de morir por la causa de su elección, que era la de la América entera. Más tarde diré más sobre este caudillo que tanto llamó la atención pública.

A más de dos escuadrones del regimiento de Granaderos á caballo, había venido á engrosar el ejército un hermoso batallón de setecientas plazas (el núm. 7) al mando del teniente coronel don Toribio Luzuriaga. Venian instruidos en la táctica moderna; de modo que eran los cuerpos que servian de modelo en las dos armas. Además, en el de Granaderos había una institución privada y secreta, que quiso el General generalizar en los demás cuerpos, pero que no lo consiguió, porque á la verdad tenía graves inconvenientes. Haré una breve reseña de ella.

Los jefes y oficiales se reunian cada mes, y por medio de cédulas sin firmar, acusaban (así lo había sido el capitán Rios, de quién ya hice mención) al que hubiese faltado á alguno de los artículos contenidos en un reglamento, que según recuerdo, decía así: *Será expulsado del cuerpo: Primero, el oficial que muestre cobardía en una acción de guerra, reputándose por tal, el agacharse para evitar las balas. Segundo, el que contrajese deuda con artesanos ó menestrales. Tercero, el que jugase con gente baja. Cuarto, el que levantase la mano á una mujer, aún cuando fuese insultado por ella. Quinto, el que no admitiese un desafío, ó siendo insultado por otro no lo desafiase. Sexto, el que murmurase de oficiales de su regimiento, con paisanos ú oficiales de otro cuerpo. Finalmente, el que hablase con un oficial que por cualquiera de las faltas anteriores, hubiese sido intimado de dejar el regimiento.*

Luego que en el escrutinio de las cédulas aparecía la acusación anónima contra alguno, se nombraba una comisión de un capitán y un subalterno para hacer las investigaciones, y según la relación que estos hacian, en la reunión siguiente se votaba, y á pluralidad se decidía la suerte

del acusado. Si era condenado, se le intimaba que pidiese su separación del cuerpo, y desde aquel momento quedaba como excomulgado y se le prohibía vestir el uniforme, que estaba autorizado (decía el reglamento) á quitárselo á estocadas, cualquier oficial que llegase á verlo con él. Puede ser que hubiese algún artículo más por este estilo, que ahora no recuerdo, pero lo dicho es bastante para formar idea de la institución y sus conveniencias.

Ella, como indiqué, fué propuesta en mi regimiento, habiendo sido convocados los oficiales para su aceptación. Nuestros jóvenes oficiales se condujeron con un juicio superior á sus años, haciendo observaciones sensatas sobre los muchos inconvenientes que presentaba semejante institución, y manifestando su deseo de que se salvasen, para aceptarla inmediatamente. Sea que el general San Martín no quería una cosa distinta de la que se había establecido en su regimiento, sea que pesase el mérito de las observaciones que se hicieron, sea en fin, otra cualquiera causa, lo cierto es que no se volvió á tratar del asunto y que jamás se llevó á efecto. Ignoro lo que sucedió en los otros cuerpos, pero el hecho es que en ninguno se plantificó, y que el de Granaderos quedó como único depositario de su bizarra institución, la que allí mismo se debilitó mucho, y según pienso, cayó en desuso, á virtud de sus propios inconvenientes, cuando el general San Martín dejó de estar al frente del cuerpo. Ya en el asunto del capitán Rios se había relajado su vigor.

Sin embargo, los efectos se sintieron en todo el ejército, pués el desafío se hizo bién frecuente, produciendo lances en que padecía extraordinariamente la disciplina. Hubo alférez, que no excedía de la edad de diez y seis años, que desafió á su coronel, hombre respetable, porque le había impuesto una punición muy justa, bajo el pretexto de que lo había hecho delante de otras personas del regimiento,

con lo que había ajado su honor; á más andar hubiera tenido un jefe que estar con sus armas en la mano para hacer obedecer á punta de espada, las órdenes que dictase, ó lo que era peor, hubiera desatendido la disciplina para no ser citado á un duelo por cada paso que diese. El general don Francisco Cruz, que quedó interinamente mandando el ejército cuando se enfermó y retiró el general San Martín, tuvo que dar una orden prohibiendo los desafíos de subalternos á jefes, por causa de actos de servicio, y á la verdad, ya era necesaria esta declaración, porque el reglamento en cuestión, no la hacía.

El coronel don Martín Rodriguez, sin que recuerde los detalles de esta ocurrencia, apareció otra vez en el ejército y tomó el mando de mi regimiento, sin ser coronel efectivo de él. Nada prueba más la moderación y sumo desinterés de Balcarce, que el haberlo consentido sin hacer la más pequeña reclamación. Es disposición expresa de nuestras leyes militares, que un coronel agregado no toma el mando de un cuerpo, estando en él el teniente coronel ó mayor propietario, y solo en ausencia de estos, llega á ser preferido á los capitanes, por la dignidad de su grado. Balcarce cedió de su derecho, y Rodriguez obtuvo el primer puesto en que continuó, como después veremos.

Tuve ocasión en Tucumán de hablar varias veces con uno de nuestros antiguos generales (don Francisco Antonio Ocampo), que por accidente se hallaba de paso allí, el que teniendo antiguas relaciones, se aproximaba al general San Martín. Supe, pués, que este deploraba lo poco en que se estimaban nuestros oficiales, tanto en sus mútuas relaciones, como en la que cultivaban con el paisanaje. Entiéndase que hablaba de los que había encontrado en el ejército, y con respecto á ellos decía, que era frecuente insultarse y faltarse gravemente al respeto que se deben los hombres en sociedad, sin que esto trajese resultado alguno,

volviendo luego á aparecer amigos sin ninguna clase de satisfacción.

Por otra parte, en el sistema nimiamente económico del general Belgrano, nada era más frecuente que pasar meses sin pagar las tropas y aún sin suplir estas faltas con buenas cuentas proporcionadas. El general San Martín exigía de los oficiales un trato y porte decorosos, pero quería que los sueldos fuesen exactamente pagados; y efectivamente, en los cuatros meses que estuvo á la cabeza del ejército, así se verificó con la clase de jefes y oficiales, sin dejar de dar al soldado buenas cuentas semanales, que si no completaban su sueldo, le suministraban al menos para sus más precisos gastos. Si el general San Martín exigía una suma exactitud en el servicio, quería también que se diesen un tono digno y caballero, y que estimasen en mucho su profesión y la clase que ocupaban en ella.

Con este fin promovió la adopción del duelo, el que sin duda contribuye á que los hombres se respeten mútuamente, en sus relaciones privadas, pero de que puede también hacerse un abuso tremendo, principalmente entre jóvenes y en un país cuya civilización no está muy adelantada. No pretenderé discutir ni resolver esta grave cuestión, á cuya solución no han podido arribar ingenios privilegiados, y contrayéndome simplemente á los hechos, dejando también aparte su moralidad, diré que para que el plan del general San Martín, hubiera producido ventajas, debería haber sido adoptado con algunas modificaciones, y no lanzado sin precaución, ni preparación de ningún género, entre una juventud inexperta y de una educación tan poco apropiada. El no dió los frutos que se prometía su autor, quién tampoco pudo conocerlo, porque se separó muy luego del ejército.

El sistema del general Belgrano se resentía verdaderamente del defecto contrario. Sus órdenes adolecian á veces,

de una nimiedad suma, y parecian dictadas más bién para pupilos, que para hombres que estaban con las armas en la mano y que debian mandar otros hombres que les eran subordinados; se internaba demasiado en las relaciones privadas, sin dejar á la juventud la expansión necesaria para moverse y mostrarse dentro de la órbita que le marcan las leyes. Castigaba el desafío con una severidad ejemplar, y exigía una abnegación, un desinterés y un patriotismo tan sublime como el que á él mismo lo animaba.

Como estos dos hombres ilustres fueron los que en el ramo militar se distinguieron en aquellos tiempos, puede decirse que fueron los fundadores de dos escuelas, en donde se formaron muchos jefes que después han prestado servicios eminentes en nuestros ejércitos. La del general San Martín, dió á la patria excelentes militares; la del general Belgrano, le suministró además, buenos ciudadanos. El uno predicaba con preferencia el valor guerrero y los dotes puramente del soldado; el otro predicaba también las virtudes cívicas y morales. En una palabra, el general San Martín, descolló como un gran militar entre nosotros; el general Belgrano, como un gran ciudadano. Ambos son acreedores á nuestro respeto y dignos del reconocimiento público.

No puedo discernir hasta ahora, el verdadero objeto que tuvo el general San Martín, en mandar construir una fortaleza, que estando contigua á la ciudad de Tucumán, se llamó la *ciudadela*. El terreno es perfectamente llano y en él se trazó un pentágono regular, con sus correspondientes bastiones y de dimensiones proporcionadas. La obra no debía ser costosa, pués trabajaba la tropa, y muchos de los materiales se traian gratis por requisiciones que hacía el Gobierno. Sin embargo, quién tenga idea de lo que es una fortificación de esa naturaleza, se persuadirá de que no era una cosa tan sencilla. ¿Y qué se proponía el General? ¿Era

para contener en respeto á la población? pués este fué el primer objeto de las ciudadelas. Inútil trabajo hubiera sido, además que ofensivo, á la lealtad del pueblo tucumano. ¿Tenía la intención de encerrarse con el ejército, si el enemigo hubiese avanzado con otro más fuerte? En tal caso era preferible haber hecho la fortificación en otro lugar más separado de la ciudad, para que estuviesen más despejados sus fuegos. ¿Era en fin, con el objeto de acuartelar el ejército dentro de su recinto? Más, no era entonces necesario entrar en la obra de una fortificación en regla, bastando un recinto simplemente cercado.

Después de meditar sobre esto, me inclino á creer que el pensamiento del General fué prepararse para una invasión que podía intentar el enemigo, en cuyo caso, suponiendo que se hubiese concluido la obra de fortificación, la hubiera guarnecido con una parte del ejército, sirviéndole también de depósito para una parte de sus parques, hospitales, etc.; mientras con la otra apoyaba á las milicias para la guerra de partidas (petite guerre), que habian principiado con suceso, y para la que se manifestaban admirablemente dispuestas. En este caso, no comprendo como se pudiese sacar toda la utilidad que debería esperarse en una obra tan completa: Primero, para guarnecerla, necesitaba mucho número de tropas, de modo que muy poco hubiera quedado disponible del ejército. Segundo, su situación á las goteras de la ciudad, era inconveniente, porque nunca podría prometerse conservarla, y resuelto por la guerra popular, lo mejor era promover la emigración en masa de sus habitantes y abandonarla. Tercero, porque el mejor medio de seguridad para nuestros depósitos, era movilizarlos y alejarlos hasta donde fuese conveniente, siendo también el modo de que mejor nos sirviesen. Cuarto, porque carecíamos de artillería suficiente y adecuada para una fortificación semejante, y si es cierto que el enemigo no la

traería numerosa ni de grueso calibre, lo es también que podría apretar más el sitio ó asedio que estableciese, cuando no se resolviese á un asalto. Otras consideraciones más podrian aducirse, pero las expuestas bastan para apoyar mi opinión, además de que vienen en confirmación de ella, los hechos; pués, después de algunos meses de trabajo se abandonó, y cuando dos años después la ocupó el general Belgrano, solo fué para hacer cuarteles, donde acantonó el ejército, haciendo él mismo fabricar su casa á muy corta distancia de ella.

Todo me induce á creer que el general San Martín, llegado hacía poco de Europa, conociendo muy poco el país y no teniendo una idea cabal del genio de sus habitantes, se persuadió que la guerra popular debía hacerse en la forma que en España, donde convenía conservar algunos puntos cardinales (1), que por ser centros de población, de industria, de movimiento social y de riquezas, pesan mucho en la balanza y dan mucho poder al que los ocupa; nada de esto había en nuestro caso, fuera de que, como hice notar antes, la posesión de la Ciudadela no nos daba la ciudad, antes al contrario, su inmediación debilitaba su fuerza.

Más tarde, el general San Martín, en Chile y Perú, donde hizo la guerra con tanta inteligencia como felicidad, jamás empleó ese sistema de fortificaciones, lo que prueba que mejor instruido de la naturaleza de nuestras guerras, re-

---

(1) En otras ocasiones, como cuando las acciones de la Tablada y Oncativo, yo mismo he fortificado la ciudad que me servía de base de operaciones, y cuando en 1845 amagaba la invasión del ejército federal á la provincia de Corrientes, mandé fortificar la *Tranquera de Loreto;* pero en ambos casos eran circunstancias muy diversas, tanto por la calidad de los ejércitos contendientes, cuanto por la clase de guerra y demás especialidades. En los dos primeros casos era yo quien sufría y resistía el levantamiento popular, y para asegurar mi base hacía algunas pequeñas obras, capaces de resistir á fracciones de tropa irregular, mientras yo con mi ejército hacía frente al principal enemigo. Cuando mandé fortificar la *Tranquera*, era con concepto á abandonar (salvo partidas ó divisiones li-

nunció enteramente á él. Antes el general Belgrano y después el general Rondeau, quisieron hacer algo de parecido, fortificando, el primero, el cerro de Santa Bárbara en Humahuaca, y haciendo construir, el segundo, una batería en Tumbaya. La primera obra fué demolida cuando la retirada del año 1812, destruyendo en una noche el trabajo de tres meses, y la segunda quedó en pié para atestiguar su absoluta inutilidad.

Al principiar el invierno (año 1814) se generalizó en el ejército, que una dolencia en el pecho aquejaba al general San Martín; no salió de su casa en muchos dias; la retreta no tocaba á su puerta para que el ruido no le incomodase, y se hacía guardar el mayor silencio á los que llegaban á informarse de su salud, ó con otro motivo. Poco después salió al campo, y luego de estar cerca de un mes en una estancia, partió para Córdoba, con pretexto siempre de buscar temperamento adaptado á su estado de salud. Por entonces se dudaba de la certeza de la enfermedad, pero luego fué de evidencia que ella era un mero pretexto para separarse de un mando en que no creía deber continuar.

La razón era el convencimiento que adquirió de que la facción que se entronizaba en Buenos Aires, no le era favorable y que le escasearía los recursos con que había de sostener el ejército, mientras venía á suplantarlo, cuando llegase la ocasión, otro general más favorecido; es decir,

---

geras) todo el resto de la provincia, y entonces no encerraba mi ejército, sinó que defendía una campaña inmensa que dejaba á la espalda, en la cual hubiera estado cómoda y segura la emigración y todos los rebaños y caballadas que se hubieran querido depositar. Esto mismo pudo y debió hacer el general Rivera en la campaña Oriental, fortificando la fortaleza de *Santa Teresa*, donde hubiera dejado á su espalda un gran campo asegurado para familias y haciendas. Montevideo que no tiene esa capacidad, le era de consiguiente, menos útil, lo que prueba la exactitud de esta observación. Si el enemigo nos hubiese invadido en Tucumán, más seguro que la Ciudadela era cualquier punto colocado á cierta distancia, adonde hubiera sido difícil llegar á los españoles.

cuando fuese tiempo de obrar ofensivamente. Esta facción era la que formaba, y en que á la vez se sostenía, el joven general don Carlos M. de Alvear, que de subalterno que había sido del general San Martín, se elevaba rápidamente y amenazaba escalar el primer puesto.

El mayor general Cruz quedó mandando interinamente el ejército, hasta que en Julio llegó el general don José Rondeau, á quién había relevado Alvear en el mando del que sitiaba á Montevideo. Después de haber estado Rondeau algunos años al frente de esta plaza, sitiándola, tuvo que ceder su puesto al general Alvear, cuando, reducida su guarnición á la desesperación por falta de víveres, era una consecuencia inmediata su rendición; de este modo fué defraudado aquel de una gloria que le era debida, para adjudicarla al último. Esto mismo quería hacerse en el ejército del Alto Perú, y lo evitó con respecto á su persona, el general San Martín, por su voluntaria separación. El general Rondeau, dotado de una inimitable bondad, admitió por segunda vez un mando precario, de que lo separarian muy luego para dejar su lugar al General favorito y privilegiado de la facción reinante. Estoy persuadido de que entró inocentemente en este segundo mando, sin doble intención y sin preveer lo que sucedió.

Desde que llegó el general Rondeau, todo empezó á resentirse de la flojedad de su carácter, y la disciplina más que nada, empezó á relajarse. No pude observar con exactitud los progresos del mal en sus principios, porque á los cuantos dias de su llegada yo marché á Córdoba, con licencia temporal, para visitar á mis padres. Ellos la habian solicitado y obtenido, como también para mi hermano, que fué antes y que regresó con el mismo general Rondeau, en calidad de ayudante. Yo hice mi viage en un coche que el General había traido prestado de Córdoba, y que me encargó devolviese á su dueño.

El teniente de Granaderos á caballo, don Ladislao Martinez, quién á pesar de la constitución de su regimiento, decía pestes de muchos de sus compañeros, sin exceptuar al mismo general San Martín, habiendo también obtenido licencia para ir á Buenos Aires, se me agregó para el viage.

Cuando llegué á Córdoba, estaba el general San Martín en una estanzuela, á cuatro leguas de la ciudad, siempre diciéndose enfermo. Estuve á visitarlo con otras personas; nos recibió muy bién y conversó largamente sobre nuestra revolución. Entre otras cosas, dijo: *Esta revolución no parece de hombres, sinó de carneros;* para probarlo, refirió que ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda, á quejársele de que el mayordomo, que era un español, le había dado unos golpes por faltas que había cometido en su servicio. Con este motivo, exclamó: *¡Qué les parece á ustedes, después de tres años de revolución, un maturrango se atreve á levantar la mano contra un americano! Esta es*, repitió, *revolución de carneros*. La contestación que había dado al peón era en el mismo sentido; de modo que los demás se previnieron para cuando aconteciese un caso semejante. Efectivamente, no pasaron muchos dias, y queriendo el mayordomo hacer lo mismo con otro peón, este le dió una buena cuchillada, de la que tuvo que curarse por mucho tiempo.

Se dijo que se le había ofrecido al general San Martín, el gobierno de Córdoba, y que no lo admitió, más aceptó el de Mendoza, adonde marchó. Con su vista perspicaz, parece que veía los desastres que iban á ocurrir en Chile y la importancia política que iba á adquirir la provincia de Mendoza, debiendo ser la cuna del ejército de los Andes, que tantas glorias dió á la patria, y que puso en trasparencia el mérito superior del General que lo mandó. Ya se corría entonces que el general Alvear pasaba á tomar el mando del que obraba en el Alto Perú, y aunque nada po-

sitivo se sabía de las verdaderas disposiciones del ejército, una inquietud vaga agitaba los ánimos y tenía en zozobra los espíritus. Algunos me aconsejaron que esperase al general Alvear, que debía pasar muy pronto por Córdoba; más, otros me dijeron enfáticamente lo contrario; el mismo general San Martín, al despedirse, me dijo que me fuese cuanto antes, al ejército; así lo hice, y llegué á Tucumán en los últimos dias de Noviembre. Ya no estaba allí el general Rondeau, ni la mayor parte del ejército, que habian avanzado sobre Jujuy, que los enemigos abandonaron desde mucho antes.

Rendida la plaza de Montevideo, el general Alvear agregó á nuestras filas una parte de los españoles prisioneros, y se propuso emplear las fuerzas que le quedaban disponibles, en exterminar las montoneras (tropas irregulares) de Artigas, lo más breve posible, para convertir toda su atención al Alto Perú, que le ofrecía una abundante cosecha de laureles y de gloria. Como la conclusión de la guerra civil en la Banda Oriental, ofreciese más dificultades que las que se habian previsto, y como además aquel caudillo funestamente célebre, obtuviese triunfos repetidos, el Gobierno resolvió al fin, abandonar aquel país á su propio destino, y dirigir todos sus esfuezos á la campaña del Alto Perú, que debía presidir el Jefe favorito. La mayor parte de las tropas que habian estado en el sitio de Montevideo, marcharon á Tucumán, de modo que en los últimos meses del año, se habian incorporado al ejército los siguientes cuerpos, cuya fuerza, según salieron de Buenos Aires, puede avaluarse así:

Regimientos de infantería:

Núm. 2	con	dos batallones	......	1.100 hombres.
» 6	»	un »	......	500 »
» 9	»	dos »	......	700 »
		Total de fuerzas	....	2.300 hombres.

Estas fuerzas perfectamente equipadas habian precedido al General, quién venía á dirigir la campaña, y además había mandado anticipadamente algunos jefes de su devoción, á preparar los caminos y hacerle prosélitos. El principal era el coronel don Ventura Vazquez, á quién se había confiado el mando del regimiento núm. 1, en perjuicio del teniente coronel Forest, que lo mandaba, aunque conservó siempre su clase. El núm. 6 del Perú, se había refundido en este cuerpo desde el tiempo del general San Martín.

Las circunstancias eran las más bellas para abrir la campaña, por la situación crítica de los españoles en el Perú, donde las ideas de independencia habian penetrado haciendo prosélitos, no solo en los pueblos, sinó entre los jefes del ejército mismo. Los jefes Pumacagua y Angulo habian levantado el estandarte de las libertades, en el Cuzco, y para sostenerlo habian formado un cuerpo de tropas regulares que apoyaba numerosas reuniones de indios. El general Pezuela tuvo que destacar al general Ramirez con una parte del ejército, á más de doscientas leguas á su espalda, para sofocar la insurrección.

En el mismo Cuartel General de Pezuela, se tramaba una conspiración á cuya cabeza estaba el célebre coronel don Saturnino Castro, que tantos y tan distinguidos servicios había hecho á la causa real. El letrado doctor don Lorenzo Villegas, secretario del antiguo gobierno patrio de Salta, que el año antes se había reunido á los enemigos, se pasó á nosotros otra vez, mandado por Castro, para noticiar al general Rondeau sus planes y pedir la protección de un cuerpo de nuestras tropas, que se aproximase á apoyar su movimiento. Ignoro las causas que influyeron para que nada hiciese el general Rondeau en protección de Castro; pués, no se movió la fuerza que pedía, y cuando llegó el caso se vió solo y abandonado.

Tenía Pezuela su Cuartel General en Moraya, y tenía

avanzado en Mojo un batallón que mandaba el teniente coronel Sumocurcio: Mojo dista solo dos leguas de aquel primer pueblo. Castro no sé por qué circunstancia, se vió precisado á precipitar su movimiento, y una mañana salió del Cuartel General, con el escuadrón que mandaba, y colocándolo á las inmediaciones del pueblito de Mojo, se aproximó solo, á tener una entrevista con Sumocurcio. Por lo que se vió después, nada tenía acordado con este, y solo es probable que tuviese inteligencias con algunos subalternos, y que contase demasiado con las disposiciones de la tropa y su personal influencia. El hecho es que Sumocurcio se negó resueltamente á seguirlo y que aunque quiso intimidarlo haciéndole creer que fuerzas muy superiores del ejército patrio estaban muy inmediatas, y que no tenian otro medio de salvación que defeccionarse del ejército Real; Sumocurcio no se dejó seducir, y á su vez lo amenazó á Castro. Este con pretexto de mostrarle unos papeles que tenía en su grupa y que comprobaban sus asertos, corrió á tomar su caballo para montar y reunirse á su escuadrón; pero quiso su desgracia, que el caballo asustado, disparase, ó traicionado quizá por el que debía cuidarlo, se encontró á pié y en manos de sus enemigos. Arrestado que fué, lo llevaron al Cuartel General de Moraya, y esa tarde misma fué fusilado.

El coronel Castro había prestado servicios importantes al ejército Real, cuya causa abrazó por resentimientos personales; principalmente en la acción de Vilcapugio, su comportación fué distinguida. Sin embargo, sus aptitudes eran más bién de un oficial partidario ó guerrillero que de un jefe de línea. Probablemente otros resentimientos fueron los que influyeron en su nueva conversión, que tan caro vino á costarle. Era hermano del doctor don Manuel Antonio Castro, ya mencionado, y también de otro que

sirvió á los españoles, quienes jamás le confiaron puesto ni mando de importancia.

A principios de Diciembre se hallaban en Jujuy el Cuartel General, el regimiento núm. 1, el núm. 9, cuyo coronel, don Manuel Vicente Pagola, se declaró abiertamente por Rondeau, y además el núm. 2, que llegó en los momentos de estallar la conspiración de que voy á ocuparme, fuera de la caballería, de la que una parte estaba en la vanguardia. El arribo de este último cuerpo, el núm. 2 de infantería, de que era coronel el general Alvear, á quién, como á tal, le profesaba gran afección, puso en serios cuidados á los conjurados y les aconsejó apresurar el golpe, que se verificó en los primeros dias de Diciembre. El hubiera fallado sin la condescendiente conducta del comandante don Ramón Rosendo Fernandez, que lo mandaba, y sin la sorpresa del coronel Vazquez, quién con sus maneras populares, con sus ofrecimientos halagüeños y una generosidad que sus adversarios no podian ejercer por falta de medios, iba ganando tanto terreno que á más tardar hubiera sido difícil removerlo.

Una noche, los coroneles Rodriguez y Pagola, los comandantes Forest y Martinez (don Benito) se pusieron sobre las armas, y comisionaron al mayor don Rudecindo Alvarado, para que con una partida de tropa, fuese á arrestar al coronel Vazquez, teniente coronel Peralta y mayor Regueral, que eran los jefes de quienes temian se opusiesen á su proyecto, por ser partidarios de Alvear. En seguida se dirigieron á casa de Rondeau, que aparentaba ignorar todo lo que pasaba, y lo encontraron tranquilamente reposando en su cama. Le dieron parte de lo sucedido y le intimaron á nombre del ejército, que continuase con el mando, resistiendo su entrega á Alvear y desobedeciendo, por supuesto, al Gobierno que se lo había confiado.

El general Alvear venía ya en marcha, y había pasado de

Córdoba veinte y ocho leguas, hasta la posta de Santa Cruz, donde supo lo que había sucedido en el ejército. En el acto mudó de dirección y regresó á Buenos Aires, evitando entrar en Córdoba, y con más celeridad que la que había traido. Allí se hizo nombrar Director Supremo, habiendo hecho su dimisión el señor Posadas, y se contrajo con más ardor que nunca, á aumentar las tropas y afeccionarlas á su persona. Esto, lejos de calmar el incendio, era aumentar el combustible y agrandar la tormenta, que no tardó en descargar con toda su fuerza.

Todo el país creyó, y hasta los mismos enemigos, que la toma de Montevideo nos daba una superioridad decidida, pués además de su importancia moral, nos dejaba disponible un ejército numeroso y aguerrido. Los españoles temblaron, los patriotas del Perú, que estaban oprimidos, se reanimaron, y todos creíamos cercano el término de nuestros afanes y peligros. ¡Qué error! Nunca estuvimos más distantes, y todo debido á nuestras divisiones y partidos.

Una experiencia constante nos ha enseñado que el peligro solo reunía los ánimos y hacía esconder la cabeza á la anarquía; de modo, que cuando nuestra situación parecía desesperada, un esfuerzo patriótico y unánime, nos ha redimido del abismo. Por el contrario, cuando nuestras victorias y otros sucesos felices presentaban esperanzas las más lisonjeras, cuando el poder de los enemigos estaba agonizante, cuando parecía que no restaban sinó pocos esfuerzos para llegar al deseado término, se desencadenaban las pasiones, las facciones se agitaban convulsivamente, y nuestras propias divergencias volvian á sumirnos en el desorden, en la debilidad y en la impotencia. Cuando después ha venido la guerra civil, hemos visto repetirse esas mismas transiciones, y (fuera de otras que pudiera citar) muy particularmente en los años 1842 y 1846, cuando he mandado los ejércitos de Corrientes y del Paraguay. En

ambas épocas la seguridad que inspiraba la conciencia de nuestro poder, ha sido la trompeta que ha despertado las ambiciones y sublevado las pasiones. ¡Qué digo! Ha sido la señal de la insensatez, del delirio, de los más groseros errores y de la ruín ingratitud.

¿Será esta una condición anexa á la debilidad humana, considerada en general toda la especie, ó que afecta principalmente á la sociedad argentina? Por lo menos hay motivo de dudarlo, pués por más que se diga que los vicios y las pasiones son de todos los pueblos y de todas las edades, es indudable que en ninguna parte de América han producido tan pronunciados y tan terribles estragos. Dejo esta cuestión para talentos y plumas más ejercitadas que la mia; me contento con presentar la dificultad para que otro la resuelva.

Cuando llegué á Tucumán, de vuelta de Córdoba, nada se sabía de lo que se preparaba en el Cuartel General de Jujuy, pero reinaba la misma inquietud vaga que había dejado en Córdoba. El instinto público adivinaba algún suceso que nadie definía y de que nadie se podía dar una cuenta distinta. A mediados de Diciembre, el mismo día que marchaba de Tucumán para reunirme á mi regimiento, que estaba en Jujuy, en compañía del tesorero de Salta, don Pedro Ceballos, al tiempo de subir al coche, vimos llegar de camino, al teniente don José Vicente Rivero, que traía pliegos para el Mayor General, y nos comunicó la noticia de la revolución. El mayor general Cruz prestó su plena aquiescencia, como también el Gobierno de Tucumán y las tropas que aún restaban, con lo que quedó consumado el movimiento.

Aquellos pueblos miraron con indiferencia un cambio cuyo objeto no conocian, y si algunos celebraron el golpe que sufría la facción reinante, fué para convencerse, muy luego, de que un orden de cosas parecido iba á seguirse.

Por lo demás, no hubo en el ejército ni en los pueblos, desórdenes, ni violencias, ni otra alteración que la que he referido. El coronel Vazquez con Peralta y Regueral, fueron destinados, bajo la custodia de una partida mandada por el teniente don Manuel Sevilla, á un punto de campaña. Vazquez corrompió al oficial Sevilla, y se marchó con Peralta y él á Buenos Aires. Regueral no quiso seguirlos, y puesto en libertad se agregó á las tropas de Güemes, donde sirvió hasta su muerte.

Esta fué la vez primera que el ejército desconoció la autoridad del Gobierno, advirtiendo que fué con un motivo puramente personal. Los jefes promotores de la asonada, vieron que iban á perder su influencia y quizá sus puestos en el ejército, que serian dados á los adictos al general Alvear. La nominación del coronel Vazquez se citaba como una prueba indudable de su próximo descenso, y aún para decidir á algunos, se les hizo creer que se habian decretado destierros y proscripciones. Recuerdo que al honrado coronel don Diego Balcarce, le hicieron consentir que se le había destinado á Guandasol, pueblo lejano de la jurisdicción de la Rioja, como lugar de su futura mansión; lo que, estoy persuadido, era una invención de los principales comprometidos. El papel que hizo el general Rondeau, fué de una refinada hipocresía, pués sabía mejor que nadie lo que iba á suceder, y sus ayudantes, entre quienes estaba mi hermano, fueron activos agentes empleados en esa noche.

Siendo mi intento referir lo que pasó en el ejército únicamente, no es de este lugar lo que sucedió en la capital. Sin embargo, no puedo pasar en silencio, ni dejar de decir rápidamente algo de lo que allí aconteció. El general Alvear, hecho ya Director Supremo, dió un impulso vigoroso á la organización del ejército, en que casi exclusivamente se apoyaba su autoridad. Para sacarlo del contacto de la

población en que pululaban sus enemigos, lo trasladó á los Olivos. Artigas había pasado el Paraná y extendía su influencia por las provincias circunvecinas sin excluir á Buenos Aires. Como sus tropas ocupasen á Santa Fé y amenazasen la campaña de aquella provincia, hizo Alvear salir un cuerpo de tropas, al mando del general don Ignacio Alvarez, para contenerlo, el cual no era más que la vanguardia de otros que debian moverse en la misma dirección. Este cuerpo ó esa vanguardia se sublevó en las Pontezuelas (1), presidida por el mismo general Alvarez, contra el Director, que era su mismo General en Jefe, entrando en transacciones con las tropas de Artigas que iban á batir. La noticia de lo sucedido en las Pontezuelas ó Fontezuelas, fué la señal de la caida del Directorio; el pueblo de Buenos Aires se insurreccionó, y el general Alvear se movió de los Olivos para atacar á la ciudad rebelada. La distancia era solo de tres leguas, y de estas, apenas se había andado una parte cuando se empezaron á conocer las verdaderas disposiciones del ejército; las defecciones habian principiado, y seguramente iban á continuar, cuando el general Alvear dejó el mando, embarcándose y dejando el país á merced de los revolucionarios. Entonces fué la funesta-

---

(1) El señor don Andrés Lamas, laborioso recopilador de documentos y noticias para el bosquejo histórico que piensa escribir, pidió al general Alvarez apuntaciones sobre la vida y hechos del general Belgrano. Al llegar en ellas al año 1820 y recordar la revolución de Arequito, hace la más sentida exclamación, y aunque mediando reticencias y puntos suspensivos, hace pesar sobre sus autores una tremenda responsabilidad. No entraré en la cuestión, que quizá trataré si llego á ese período de mi carrera; más, no dejaré de observar al señor don Ignacio Alvarez que esa misma responsabilidad, y aún mayor, puede pesar sobre él, por la revolución de las Pontezuelas ó Fontezuelas, de que él fué el principal protagonista. He dicho que le incumbe mayor responsabilidad, y lo demostraré: Primero, haciendo notar que él fué el primer general que después de haber desconocido la autoridad del Gobierno y revolucionado la fuerza armada, se puso en coalición con los anarquistas ó disidentes de entonces. Segundo, porque fueron motivos personales los que más influyeron, ó si hubo algunos que no lo fuesen, no fueron tan nobles como los

mente célebre sentencia y ejecución del desgraciado coronel Pillardell, que no tuvo otro delito que haber obedecido á su Jefe, sin circunstancia alguna que agravase su conducta. Quizá la falta de deudos y personas interesadas, y el poco ó ningún temor de que tuviese vengadores, influyeron en su injusto sacrificio. Cumple á aquel Gobierno responder de este fusilamiento.

Es tiempo de volver sobre nuestro objeto y seguir la marcha de los acontecimientos en el ejército. Este, según indiqué, se desmoralizaba á largos pasos. Los jefes al hacer su movimiento de Diciembre, creyeron muy justamente que el General en Jefe les debía su autoridad y que de consiguiente era inferior á ellos. Aquellos, que eran dotados de un carácter díscolo ó insubordinado, ejercian en sus cuerpos un mando casi independiente, y los más moderados, si obraban en un sentido menos irregular, era por efecto de su propio carácter. A esto se agregaba que habiendo roto el ejército sus relaciones con el Gobierno y la capital, nada podía esperar en punto á recursos, y los pocos que podian dar las provincias del Norte, no supo el General ni explotarlos ni utilizarlos. Todos los ramos de la administración se resentian de los vicios inherentes á un

---

que movieron á muchos de los que tuvieron parte en Arequito. Tercero, porque habiendo sido el señor Alvarez el principal usufructuario de la revolución que había presidido, es de sospechar que hubo motivos de interés particular. Efectivamente, cuando cayó el general Alvear, él ocupó la silla del Gobierno, que tuvo muy luego que dejar como una carga inadecuada á la debilidad de sus hombros. Para que el señor Alvarez no se escandalice si llegase á leer estos renglones, sepa que el objeto de algunos de los que concurrieron al movimiento de Arequito, fué sustraer el ejército del contagio de la guerra civil, en que imprudentemente quería empeñarlo el Gobierno, para llevarlo al Perú á combatir á los enemigos de la independencia, que era su primera y principal misión. Se quiso hacer lo que hizo el ilustre general San Martín, y ojalá hubiera hecho también el general Belgrano. ¡Cuánta gloria hubiera esto producido para nuestro país! ¡Cuántas víctimas y sacrificios menos!

Si Bustos se apoderó del ejército, si se hizo nombrar Gobernador de Córdoba, si se estacionó allí, traicionando las esperanzas de todos, es cul-

estado de cosas semejante; de modo que el ejército parecía encaminarse á su disolución.

El general Rondeau, más bién como quién se sacude de un peso que lo abruma, que como un general que combina una operación militar, había destinado á la vanguardia algunas tropas, que bién dirigidas, podian haber prestado muy buenos servicios. Más, nada de esto hubo: lanzadas al acaso y mandadas por Güemes, que con algunas milicias se había avanzado también, vagaron inútilmente por lugares desiertos, fatigaron la tropa, concluyeron su equipo y acabaron por replegarse á la posición de Humahuaca. En seguida se acantonó todo el ejército en la Quebrada, en los pueblecillos de Tilcara, Huacalera, Uquía y Humahuaca, los cuales distando cada uno entre sí tres leguas, ocupaban nueve, entre todos los acantonamientos. El Cuartel General estaba en el segundo, y lo que se decía vanguardia y que era el cantón más numeroso, en el último, á las órdenes del coronel don Martín Rodriguez.

Algunos cientos de los españoles prisioneros que estaban incorporados en los batallones venidos últimamente de Buenos Aires, fueron desarmados y remitidos á Salta, para que fuesen distribuidos en clase de peones, al vecindario,

---

pa de él, como lo es el haber resistido á las patrióticas invitaciones que le hizo el general San Martín, para que obrase sobre el Alto Perú, mientras él hacía su campaña de Lima. En cuanto á mí, sepa el señor Alvarez, que Bustos me expidió los despachos de Coronel y que se los devolví, conservándome en mi empleo de Comandante de escuadrón, diciéndole que no había pertenecido al movimiento de Arequito para obtener ascensos, sinó por servir mejor á mi país. Es también de notar que el señor Alvarez confunde á Arequito con el movimiento de Tucumán, suponiendo que aquel precedió á este, lo que es falso. Cuando tuvo lugar el movimiento de Arequito, ya había sucedido el de Tucumán, y casi toda la República estaba conflagrada. El general Belgrano tampoco mandaba el ejército, pués, á causa de su enfermedad se había ido á Tucumán, sin ir á Buenos Aires, por su desinteligencia con el Gobierno; el que lo mandaba era el general don Francisco Cruz, que después ha sido sincero amigo mio. Creo haber dicho lo bastante para contestar al señor Alvarez, sobre el desastre de Arequito; alguna vez diré más sobre él.

con cargo de responder de ellos los que se constituyesen sus patrones. Yo, con mi compañía de Dragones, tuve la comisión de escoltar hasta aquella ciudad, á los que pertenecian al núm. 2; allí quedaron desvalidos y pobres, pero años después encontré algunos en muy buena fortuna y hechos caballeros. Los que pertenecian al núm. 9, se conservaron algunos dias después, hasta que una partida de diez y ocho ó veinte, desertó al enemigo, capitaneada y conducida por un fraile peruano, apóstata, que andaba entre nosotros. Fueron aprehendidos y fusilados, quedando para escarmiento, la cabeza del fraile colocada en un palo. Todo esto se hizo inconsulto el general Rondeau, cuyo Cuartel General solo distaba seis leguas. Al menos así lo creimos todos.

Otra vez el coronel Forest, habiendo aprehendido dos ó tres desertores de su cuerpo, los hizo poner en capilla para fusilarlos á la mañana siguiente. El general Rondeau lo supo y marchó de Huacalera, que solo tres leguas separan de Uquía, con el fin de presentarse en el cuadro é indultar á los reos. Forest tuvo noticia de la próxima venida del General, y cuando menos, sospechó sus intenciones. Con este motivo precipitó la ejecución; hizo salir de carrera á los reos de la capilla, y los hizo fusilar apresuradamente. Cuando llegó el bondadoso General á indultarlos, eran ya cadáveres. Esto, sin embargo, no trajo consecuencias desagradables. Tampoco las tenía la escandalosa libertad con que dicho Forest criticaba las acciones del General y lo cubría de denuestos. Recuerdo haberle oido á mi hermano, que era ayudante del señor Rondeau, que habiéndole una vez llevado una orden á dicho Jefe, su contestación fué usar de los más insolentes insultos contra el General, en términos, que se vió precisado á decirle: *El señor Coronel obedecerá ó nó, según quiera, la orden de que he sido portador, pero yo no me encargo de llevar su contestación.*

Toda esta furia é insolencia se templó por algunos dias, con el grado de coronel, cuyos despachos le expidió el general Rondeau; más, no duró mucho la calma, pués fué alternándose por grados y por temporadas, según el humor que dominaba y las variaciones que ocurrian en sus relaciones. No puede negarse que el carácter de Forest era díscolo, ambicioso é insubordinado, y que la debilidad del general Rondeau, fomentaba y dejaba tomar un vuelo prodigioso á aquellas cualidades.

El coronel don Martín Rodriguez, por su antigüedad, sus antecedentes en la revolución, y más que todo, por la muy principal parte que tuvo en el movimiento de Diciembre, que excluyó al general Alvear, era una categoría, y su influencia era de mucho peso en el ejército. Pienso no equivocarme juzgando que aspiraba á ser algo más que coronel de un regimiento, sin que sepa, ni quizá supiese él mismo, si deseaba el mando en jefe, excluyendo de él al general Rondeau. Manifestaba una inquietud vaga en sus acciones y palabras, no perdía ocasión de censurar, aunque con cierta templanza, al General, y procuraba por todos medios, popularizarse y adquirir crédito y opinión.

Con este fin y como jefe de vanguardia que se denominaba, porque mandaba el cantón más adelantado, aunque no estaba más que tres leguas del anterior, mientras el enemigo estaba á treinta ó más, se dispuso á salir con una buena escolta á visitar los puntos avanzados, de los que algunos estaban á catorce leguas. Uno de ellos era el del Tejar, adonde llegó en los últimos dias de Febrero ó primeros de Marzo, sin que se hubiese tenido la menor noticia de enemigos. Con el más grande denuedo ocupó las casas é hizo soltar los caballos de su escolta para que paciesen á su satisfacción; pero no había pasado una hora cuando la voz de alarma se hizo sentir, después de lo cual todo fué confusión y desorden. Sin embargo, se hizo algu-

na resistencia, aunque inútil por el gran número del enemigo, quedando en consecuencia, prisioneros el Jefe, varios oficiales y casi toda la tropa. El capitán don Mariano Necochea fué el más feliz, que saltando en su caballo y atravesando casi por entre los enemigos, logró escapar, para traer la noticia del fracaso.

Con el general ó coronel Rodriguez cayeron prisioneros el capitán Albariños, los tenientes Guido y Olavarría, el alférez Berro y algún otro que no recuerdo. El jefe enemigo que dió este importante golpe, fué el célebre Olañeta, quién se retiró inmediatamente con su presa, al Puesto del Marqués, donde pernoctó el mismo día. El coronel Rodriguez había sido colocado en una vivienda con sus oficiales, donde se había puesto la correspondiente custodia. A la mañana siguiente, muy temprano, entró el oficial de guardia á recordar y hacer levantar al alférez Berro para trasladarlo á la capilla, pués debía ser fusilado dentro de algunas horas. Berro, siendo aún sargento, servía en nuestras filas y había sido hecho prisionero por los españoles, con quienes tomó partido para tener ocasión de volverse á nosotros, como lo verificó, pasándose en el combate de Jujuy, cuando el capitán Zelaya atacó aquella ciudad, según lo referimos. Berro era francés, pero decidido partidario de la causa de la independencia, lo que le hacía dispensar otros defectos de que adolecía.

Su condenación era justa; más, el humano coronel Rodriguez no pudo conformarse, y se propuso hacer cuanto pudiese por salvarlo; al efecto, pidió una entrevista al Jefe español, de quién la obtuvo sin dificultad. Esta se verificó á la parte exterior del rancho que ocupaban los prisioneros, y tan inmediato, que pudieron oir la conversación. Principió Rodriguez por representar la violación del derecho de gentes, ejecutando á un prisionero; luego expuso que un hecho semejante podría producir represalias en otros tan-

tos prisioneros del ejército Real, que estaban en nuestro poder. Como á todo contestase Olañeta que este de quién se trataba era un traidor, un tránsfuga, propuso Rodriguez su cange por dos, tres, ó más oficiales del ejército Real, que se comprometía á hacer venir si se salvaba la vida á Berro; pero nada bastó á conmover á Olañeta, que concluyó terminantemente diciendo, que por nada ni por nadie, dejaría sin castigo á aquel famoso criminal, que ni aún podía reputarse un oficial, sinó un infame facineroso.

Después de una larga discusión y apurados todos los recursos del coronel Rodriguez, cuando todo parecía desesperado y que ya se aproximaba la hora fatal, tuvo la feliz inspiración de decir á Olañeta que si se salvaba la vida de Berro, se comprometía á hacerle venir su esposa, que permanecía en las Provincias Bajas. El enamorado Olañeta no pudo resistir, y contestó no solo otorgando la vida á Berro, sinó su libertad y la de otro oficial más. Fué, pués, suspendida la ejecución, y el sentenciado, que no pensaba salir de la capilla sinó para marchar al suplicio, volvió á reunirse á sus compañeros.

Debe advertirse que en años anteriores, cuando don Pedro Antonio Olañeta, que no era más que capitán de milicias, dejó su vecindario para reunirse al ejército Real, quedó su mujer en Jujuy, que era el lugar de su domicilio. Los generales nuestros que no perdian medio de hostilizar y de dañar al enemigo, obligaron, en cuantas retiradas precedieron, á emigrar á la linda doña Pepa Marquiegui de Olañeta, que era la esposa del Jefe realista. La ocasión que se le ofreció de recuperarla y reunirse á ella, fué abrazada con avidez, y concedió mucho más de lo que ninguna otra consideración había podido arrancarle. Fiel á su promesa, cuando hizo marchar á los prisioneros, quedaron en su cuartel el alférez Berro y el teniente don Rufino Guido, que era el otro que en el calor de su entusiasmo, había ofre-

cido por el rescate de su joven y hermosa consorte. Cuando tuvo Pezuela y el mismo Olañeta que emprender la retirada, estos dos oficiales, únicos prisioneros que no habian sido remitidos á Lima, fueron despachados con otros presos políticos, á cargo de una partida, por el despoblado. Logrando sorprender á sus guardianes, se apoderaron de las armas y se constituyeron en libertad: de este modo fué que volvieron al ejército.

El coronel Rodriguez tampoco faltó á su palabra, pués antes y después de salir de su prisión se interesó vivamente para que la esposa del comandante y luego general Olañeta, tuviese la libertad de buscar á su marido. Efectivamente, vino al Cuartel General de Humahuaca con este designio; más, después de algunos dias de permanencia, se le hizo regresar, por no convenir en aquellas circunstancias su traslación al campo enemigo. No fué sinó el año siguiente que se le permitió, acompañada de su tio, el anciano don Domingo Iriarte, que regresó después de cumplida su comisión.

En el ejército enemigo se tenía una gran idea del poder é influencia del coronel Rodriguez, en el nuestro, y nadie ignoraba que era un competidor que podía suscitarse al general Rondeau. Este convencimiento y la aparente ignorancia y candidez de aquel, hicieron concebir al general Pezuela, grandes esperanzas si lograba atraerlo á los intereses que defendía. Entró, pués, en conferencias, y la astuta deferencia de Rodriguez acabó de decidirlo. Resolvió darle libertad, mediante promesas y juramentos solemnes que hizo, de abrazar la causa real, volviendo al ejército y entregando, por lo menos, la numerosa vanguardia que había estado y que volvería á estar á sus órdenes.

Sin embargo, no pienso que Pezuela se contentase con estas promesas, ni que ellas entrasen en mucho para su resolución. El principal motivo debió ser el conocimiento de

la anarquía que agitaba á nuestro ejército, á la que no era extraño Rodriguez, como antagonista y secreto rival de Rondeau, y el interés que tenía en promoverla y atizarla. En una carta que se le interceptó, después de hablar de la libertad otorgada á Rodriguez, decía manifestando él mismo, bién poca seguridad: *Veremos que tal sale este albur político;* lo que prueba que lo consideraba como un tiro dado ó como un golpe de suerte.

Primero se presentó un parlamentario en nuestros puestos avanzados, trayendo cartas de Rodriguez en que hablaba de la mujer de Olañeta y pedía su equipaje. No sé precisamente lo que se le contestó, pero creo que debió ser en sentido favorable: su equipaje se le remitió en un carguero. A los pocos dias, el mismo Rodriguez se apareció en dichos puestos avanzados, con un parlamentario que traía comunicaciones para el General en Jefe, y el mismo carguero, con el equipaje. El parlamentario quedó, por supuesto, en la guardia avanzada que distaba ocho leguas de Humahuaca, donde estaba la vanguardia, y Rodriguez solo, llegó ya de noche, á este último punto.

Era el 19 de Marzo de 1815, día del santo del nombre del general Rondeau, y yo había obtenido permiso para ir desde la vanguardia al Cuartel General á saludarlo, y visitar á mi hermano. Allí estaba acantonado el regimiento núm. 6, y sus jefes y oficiales habian preparado un baile; baile de campamento se entiende; yo era uno de los concurrentes. Poco antes de media noche se propagó la noticia de que el coronel Rodriguez había llegado á la vanguardia de Humahuaca, habiendo logrado evadirse de un modo maravilloso. En efecto, acababa de llegar el ayudante de mi regimiento, don Vicente Chopitea, que muy luego estuvo en el salón del baile, quién dejaba en Humahuaca al coronel Rodriguez y refería los pormenores de un prodigioso escape. Había logrado perforar una pared de su

calabozo, en una noche oscura; luego había podido tomar un caballo, y corriendo mil aventuras y peligros inminentes, había logrado venir hasta los suyos. En Humahuaca se le había recibido con músicas, dianas y toda clase de regocijos; la tropa se había reunido expontáneamente sobre su paso, y cargándolo en hombros, lo había llevado un buén trecho; toda la vanguardia se hallaba poseida de una especie de locura.

Estas noticias contrariaron mucho al general Rondeau, quién aunque en su moderación nada dijese de explícito, dejaba entrever muy claramente lo que le desagradaba la presencia de Rodriguez en el ejército. El baile siguió hasta la madrugada, y cuando nos retirábamos supimos que había llegado otro oficial con comunicaciones que entregó al General. Este se apresuró á hacer saber su contenido, que dijo á cuantos hablaron con él, porque desde esa hora se puso en pié y recibió á los que quisieron verlo. El coronel Rodriguez no se había escapado; pués, las comunicaciones de Pezuela, que eran las que había conducido el parlamentario, y que trajo á la madrugada el segundo oficial, se reducian á proponer canje del coronel Rodriguez por dos coroneles prisioneros españoles que designaba, Sotomayor y Huici, añadiendo que había accedido á los deseos de Rodriguez, de ser él mismo el que trajese su proposición, la que si no era admitida, debería regresar, para lo que había empeñado su palabra de honor.

Cuando aclaró el día 20, ya era general esta noticia en el Cuartel General, y de allí se iba propagando con rapidez. El coronel Rodriguez había anunciado para esa mañana, su visita ó presentación, y se le esperaba por momentos. El General quiso anticiparse y salir á recibirlo; muchos oficiales montamos á caballo y nos agregamos á la comitiva que con este motivo era numerosa. No era menor la de acompañantes que traía el coronel Rodriguez, á quién

avistamos después de haber andado un cuarto de legua. En estas circunstancias se adelantó á galope hacia nosotros, un jefe ú oficial que no recuerdo quién era, y habló en privado al General, quién le contestó en voz alta: *Dígale usted que eso podía haber sido si me lo hubiera advertido antes; pero que no estando en antecedentes, no he tenido inconveniente en publicar las circunstancias de su venida; que siento, pero que ya no hay remedio.* El mensajero volvió cuando se iban á encontrar, y fué visible el descontento de Rodriguez, con lo que se hizo saber muy rápidamente.

Se encontraron al fin los dos personajes y las dos comitivas, se felicitaron mútuamente, aquellos y estos se confundieron, trabando conversación con nuestros amigos ó con los que nos deparaba la casualidad. Se formaron varios diferentes grupos en los que se cambiaron, con corta diferencia, las mismas palabras: *¿Sabrá usted que el coronel Rodriguez viene escapado?—Es falso, viene canjeado.—¡Cómo, si hizo un agujero en la pared de su calabozo para evadirse!—Mentira, ha venido acompañado de un parlamentario. —¡Cómo puede ser eso, cuando ha llegado solo!—Porque el parlamentario ha quedado en la primera avanzada.—No puede ser, porque él dice lo contrario.—Sí, puede ser, porque el General en Jefe ha recibido las comunicaciones de Pezuela, en que trata del asunto.—¡Sabe usted que es cosa original!—Efectivamente lo es, y también extraordinaria.*

Mientras se repetía esto por veinte bocas á un mismo tiempo, tenian otro coloquio distinto, los principales personajes de esta comedia. El coronel Rodriguez al parecer, reconvenía amistosamente al general Rondeau, por su facilidad en revelar las verdaderas circunstancias de su venida al ejército, y este se encogía de hombros y aún se le oyó repetir lo mismo que había dicho al mensajero: *Si me lo hubiesen advertido á tiempo, desde luego; pero no decirme nada... Ya no tiene remedio.* Después de un rato que se

pasó en los pormenores que acabo de referir, regresamos al Cuartel General, donde los dos personajes principales se retiraron á conferenciar, y los demás nos retiramos á tratar de nuestros asuntos.

Rodriguez tomó otra vez el mando de la retaguardia, pero su popularidad y su reputación habian sufrido un golpe de consideración, por los mismos medios que quiso aumentarla: salió á campaña para revistar los pueblos avanzados y preparar alguna sorpresa parcial ó guerrilla feliz, contra el enemigo, y se hizo batir y tomar prisionero de un modo tristísimo; logra su libertad, y con el fin de herir la imaginación del ejército y suponer como producto de un arrojo temerario, lo que era efecto de una negociación, finge una novela semejante á los lances del Barón de Trenk, que es desmentida á las pocas horas. En un ejército no se piensa mucho, y mucho menos en aquel en que una relajación escandalosa contaminaba todas las clases de la milicia; más, sin embargo, lo sucedido era demasiado para que el coronel Rodriguez no hubiese perdido mucho. El general Rondeau, bondadoso por carácter, generoso por inclinación, no se prevalió de esta ventaja, y le acordó las mismas consideraciones que siempre.

He dejado escapar casi á pesar mio, las palabras *relajación escandalosa*, y una vez dichas, preciso en que al menos, diga algo para comprobar su exactitud. No eran uno ni dos, eran muchos los jefes que tenian públicamente mancebas, habiendo algunos tan imprudentes, que cuando marchaban los cuerpos, las colocaban habitualmente á su lado, á la cabeza de la columna. Varias veces que el general Rondeau, vino á Humahuaca, se alojó en casa de cierto coronel, en cuya mesa, á que asistía el General, hacía los honores su concubina. Era esta una mujer casada, cuyo marido, que había andado ausente, tuvo la ocurrencia de reclamar. El enamorado coronel le hizo una tan seria amenaza, que

el pobre marido desistió y volvió á ausentarse. A ejemplo de estas enormidades se veian cosas semejantes en las clases inferiores, sin que pudiesen reprimirse, estando tan autorizados. Sin embargo, no era esta corrupción universal, pués, había jefes y oficiales muy dignos, que reprobaban estos escándalos y que devoraban en secreto las más amargas consideraciones. El mismo coronel Rodriguez, el general Cruz, el coronel Balcarce, los comandantes Vidal, Heredia y otros, eran irreprochables en su conducta.

Ya que he nombrado al mayor general Cruz, diré sobre él unas pocas palabras: Poseía buenos talentos y bastante capacidad; había servido en el mismo destino con el general San Martín, y después continuó hasta el fin con el general Belgrano. Con todos se condujo pacíficamente, sin embargo de que las épocas, las circunstancias, los genios, los caracteres y los principios, eran tan distintos. Me es, pués, indispensable suponerle una elasticidad de carácter, que se acomodaba á todas las variaciones. Esto lo hacía vivir tranquilamente, pero nunca le dió una gran influencia ni popularidad en el ejército. Tampoco excitaba celos, y tenía la habilidad de hacerse olvidar, cuando se agitaban la ambición y otras pasiones.

CAPÍTULO VI

INDISCIPLINA É INSUBORDINACIÓN

Se resuelve marchar hacia el enemigo.—Sorpresa del Puesto del Marqués.—Confusión y desorden en este ataque.—Emociones que experimenta el autor de las Memorias, en ese día.—El general Rondeau como hombre y como jefe.—Vicios de la organización militar.—El comandante Güemes se vuelve á Salta.—El ejército llega á Potosí.—Chuquisaca.—Los tapados. —Desórdenes que estos producen.—Las monjas de Santa Clara.—El brigadier Rodriguez.—Irregularidades que se cometian en las marchas.—La clasificación de los oficiales, en buenos y malos.—El capitán Tejerina.—Las requisiciones para el alimento de las tropas y ganado. — Insubordinaciones del coronel Forest.

Estábamos ya en Abril y era tiempo de movernos, porque era preciso, era indispensable hacer algo para no disolvernos. Se pensó, pués, sériamente en ello, pero sin combinación, sin plan y casi hasta sin discernimiento. Se hicieron algunos que se decian arreglos en el ejército, de que resultó disuelto el núm. 2 y agregado al núm. 9, que mandaba el coronel Pagola, decidido partidario del general Rondeau; el batallón de Cazadores fué dado al coronel Zelaya, que toda la vida había mandado caballería; el núm. 1, era mandado por el coronel Forest; el núm. 6, por un comandante Zelada; el núm. 7, por el comandante Vidal, habiéndose retirado el coronel Luzuriaga como partidario de Alvear; dos escuadrones de Granaderos á caballo eran

mandados por el comandante don Juan Ramón Rojas, y los Dragones, por el coronel don Martín Rodriguez.

¿Se creerá que el ejército, que después de la incorporación de las tropas últimamente venidas de Buenos Aires, debía contar más de cinco mil hombres, apenas pasaba entonces de tres mil? Nada es más exacto; pués, la expulsión de trescientos españoles y una deserción espantosa, tanto en el camino de Buenos Aires como en el ejército mismo, lo había reducido á este número. Y es preciso decir que si esa deserción fué menos y no acabó el ejército por una disolución, fué debido á los jefes de cuerpo, que cada uno en el suyo, tomó medidas más ó menos enérgicas, sin exceptuar el último suplicio, como ya indiqué en otra parte. El General en Jefe parecía un *ente* pasivo y casi indiferente á lo que pasaba á su alrededor. Fuera de las órdenes de rutina, de esas generalidades vulgares, no se vió una sola providencia salvadora, un solo rasgo que denotase un espíritu superior, ni un relámpago de genio. Se nos dijo una vez en Humahuaca, y creo que algo hubo, que había reunido los jefes y que haciendo patentes los malos efectos de la anarquía é indisciplina que reinaba entre ellos, se ocupó de los medios de repararla, proponiendo medidas enérgicas. Muchos nos alegramos sinceramente y deseábamos ayudarle con todas nuestras fuerzas; pero, vana esperanza: las cosas continuaron como antes.

En los momentos de movernos llegó al Cuartel General una comisión caracterizada, de Buenos Aires, cuyo objeto hasta ahora ignoro. Era compuesta de don Juan Ramón Balcarce y algún otro diplomático de categoría que no recuerdo. Se había agregado á la comisión, voluntariamente, el coronel don Tomás Allende, quién se separó al regresar aquella, y se quedó en el ejército. A los pocos dias tuvo un ataque en su salud, que se consideró de poquísima importancia; más, á virtud de un medicamento equivocado

que le propinaron los médicos del ejército, murió á los dos ó tres dias. Se habló mucho sobre su muerte y sobre el medicamento; más, nada puedo asegurar á este respecto. Era un hombre de capacidad y de mérito, pero tenía enemigos.

Después de la llegada del coronel Rodriguez, habian vuelto á aparecer uno ó dos parlamentarios enemigos, según entiendo, con el pretexto siempre de arreglar el canje propuesto, y aceptado por el general Rondeau, con solo la diferencia de no conformarse con la designación de los dos coroneles que deseaba Pezuela. Para no volver después sobre esto, diré que en lugar de Sotomayor y Huici, fueron mandados el año siguiente los coroneles ancianos Suarez y Guiburo, con lo que quedó concluido el negocio.

El objeto del enemigo en estas negociaciones que prolongaba estudiosamente, era sin duda, entretener y observar, tanto porque tendría noticias de nuestro desquicio, cuanto porque sus circunstancias eran sumamente afligentes. Las importantes provincias del Cuzco, Arequipa y otras, estaban insurreccionadas, teniendo á su frente á los generales Angulo y Pumacagua, que habian organizado un cuerpo regular de tropas y que además contaban con numerosas reuniones de indios. El general Pezuela se había visto obligado á destacar parte de su ejército, con el general don Juan Ramirez, para sofocar la insurrección. El coronel Warnes en Santa Cruz, y el coronel Arenales en Cochabamba ó sus inmediaciones, se sostenian también con sus cuerpos, después de haber combatido con éxito vario y no sin gloria, particularmente en la Florida, donde el último ganó un importante combate. Las fuerzas que tenía Pezuela á nuestro frente, eran muy inferiores y además las tenía diseminadas en Tarija, Valle Grande y las provincias de su espalda; estaba, pués, en una completa ineptitud de resistirnos.

Nuestro ejército se movió de Humahuaca, y desde la *Negra-Muerta* tomó el camino del Despoblado, dejando á su derecha el principal. Llegados al Tejar, se supo que el enemigo tenía un grueso destacamento en el Puesto del Marqués, ocho leguas más adelante, y se resolvió sorprenderlo. Al caer la tarde se puso en movimiento el ejército, y ya sobre la marcha, se separó una columna compuesta del batallón de Cazadores y toda la caballería. Esta se componía de los regimientos Granaderos á caballo y Dragones, más seiscientos milicianos ó gauchos de Salta, á las órdenes del comandante don Martín Miguel de Güemes; por todo cerca de mil quinientos hombres, al mando del mayor general don Francisco Cruz.

El enemigo estaba en el más completo descuido y sin más precaución que una guardia avanzada á algunas cuadras de la casa en donde estaban alojados los jefes. Su seguridad era tanto mayor, cuando dos ó tres dias antes había marchado un parlamentario, que yendo por el otro camino, desencontró á nuestro ejército y tuvo que venir por nuestra espalda, al día siguiente del suceso que voy á referir. Se consideraban tan fuera de peligro, que había afluido una concurrencia prodigiosa de vivanderos, haciendo abundar los comestibles y aún los artículos de regalo. Cuando entramos á su campo, lo hallamos atestado de licores, chocolate, dulces, pan, bizcochos, frutas y toda clase de provisiones. Ah! esto mismo fué un inconveniente que pudo costarnos muy caro.

El grueso de nuestro ejército siguió pausadamente la marcha, y probablemente descansó una parte de la noche en medio camino, pero nuestra columna marchó sin cesar; de modo, que antes de rayar el día, estuvimos á la vista del Puesto del Marqués. Este no consiste sinó en unos cuantos ranchos en medio de una extensa y árida llanura, como son las de aquellos frígidos lugares. Nuestra caballería se

formó en alas y el batallón al centro, quedando tres compañias al cargo de sus capitanes, de tres diferentes cuerpos, en reserva. Yo fuí unos de ellos y por lo mismo no puedo dar una idea tan distinta de lo que pasó en la línea, pero lo haré por lo que supe y alcancé yo mismo á ver, para ocuparme después de lo que pasó en la célebre reserva.

Desplegada nuestra línea, se movió avanzando, y muy luego más de mil hombres de caballería se golpearon la boca (como se dice vulgarmente), y dando terribles alaridos se lanzaron sobre trescientos enemigos sorprendidos y apenas despiertos: la victoria no era difícil, pero la carnicería fué bárbara y horrorosa.

Cuando habíamos hecho alto para prepararnos al ataque, recibí orden de salir con mi compañía y presentarme al mismo General. Cuando llegué, ya estaban allí los capitanes don Manuel Escalada (aún permanecía en su cuerpo y fué pocos dias después que se separó) de Granaderos á caballo y don Luciano Cruz (hermano del General) del batallón de Cazadores, ambos también con sus respectivas compañias. Puestos los tres en presencia del General, nos preguntó nuestra antigüedad, y luego que dije la mia, que era mayor que la de Escalada, siendo Cruz el menos antiguo, repuso el General: *Ha sido inoficiosa mi pregunta, pués, teniendo el señor Escalada el grado de mayor, le corresponde á él el mando;* á lo que me conformé inmediatamente, porque nada menos quería que entrar en reclamaciones en momentos tan urgentes. En seguida nos instruyó que éramos destinados á servir de reserva, la que sería mandada por el señor Escalada, á quién juzgo daría sus órdenes.

Se insinuaba el crepúsculo, de modo que apenas percibíamos la línea antes de moverse; más, cuando lo hizo, aunque seguimos el movimiento, la perdimos de vista y solo alcanzamos á discernir el campo enemigo por la tremenda confusión de gritos, tiros é infernal algazara. Los enemigos

que encontraron caballos para montar, como es de suponerse, se pusieron en fuga; y nuestros soldados, aunque en el mayor desorden, en su persecución. Nuestra reserva seguía la misma dirección, tan ligero como podía, sin dejar atrás á la infantería que iba anexa. Cuando alcanzamos á percibir la derrota del enemigo, el señor Escalada en la exaltación de su patriotismo y de su júbilo, dió algunos *vivas* á la patria, que fueron cordialmente contestados; más, creciendo su entusiasmo por grados, menudeaba los vivas y excitaba á la tropa con la más repetida instancia, diciendo á cada momento: *Griten muchachos.*

Previendo lo que iba á suceder y considerando la conveniencia de conservar alguna tropa formada, tenía el más grande empeño en que aquellos ciento ochenta hombres de la reserva no siguiesen el ejemplo de lo restante y se desorganizasen completamente. Pensé que las multiplicadas excitaciones del señor Escalada nos llevaban á ese término y me propuse impedirlo, al menos en mi compañía, y cuando repitiendo hasta el fastidio: *Griten muchachos,* lo hacian los Granaderos y Cazadores, yo decía á mis soldados: *Silencio Dragones, no es con gritos sinó con el orden que hemos de triunfar del enemigo.* Sin embargo, me costaba trabajo el mantener el orden, y hasta un oficial, el alférez Romano, quiso imitar el ejemplo de los otros; como yo me convirtiese á él para reprenderlo y le dijese que no éramos gauchos para gritar, el señor Escalada que me oyó, se dió por ofendido, lo que motivó algunas palabras y explicaciones que se olvidaron muy luego.

El batallón de Cazadores no había podido seguir el movimiento rápido de la caballería, por más que había acelerado su paso; de modo que lo alcanzamos cerca de una zanja ó arroyuelo fangoso que estorbaba el paso. No sé á quién se le ocurrió decir: *Que monten los infantes á la grupa de los de caballería,* y esta fué la señal de la disolución

de la columna y el término de mis esfuerzos por mantener formada mi compañía. Los Cazadores corrieron á cual ganaba primero la grupa de uno de caballería, y estos se desordenaron para recibirlos. Desde entonces ya no hubo formación, ni orden, ni disciplina, ni regularidad. Cada uno fué donde quiso y como quiso, y vino á presentar aquel vasto campo, el chocante espectáculo de mil quinientos hombres dispersos, que mataban rendidos, se entregaban á la borrachera, gritaban, corrian y se conducian á su arbitrio.

Sin embargo, iban siempre muchos grupos en persecución de los pocos enemigos que salvaron, pués quedaron más de nueve décimas partes, y los que habíamos sido reserva, formábamos uno que no llegaría entonces á la tercera parte de su primitivo número. Encontramos una pequeña tropa de caballos que cuidaban tres soldados enemigos desarmados, y puede decirse: *Aquí fué Troya.* Se avanzaron sobre ellos veinte espadas, que los hubieran hecho pedazos, sin la interposición de los oficiales. El mayor Escalada fué de los que más celo mostró para salvar á aquellos infelices, aunque sufriendo que un Granadero ebrio, que por sobre él mismo quería herir al rendido, le dijese que *otra vez que sus oficiales se metiesen á redentores, emplearía sus armas contra ellos.* Escalada dejó pasar el insulto como inapercibido, pero el soldado se salvó.

Nunca he visto, ni espero ver un cuadro más chocante, ni una borrachera más completa. Como indiqué más arriba, los licores abundaban en el campo enemigo; y el frio, la fatiga de la noche antes, las excitaciones de todo género, convidaban al abuso, que se hizo del modo más cumplido. Debo hacer justicia á los oficiales, pués, con pocas excepciones, no se vieron excesos en ellos.

En las inmediaciones de la Quiaca, tres ó cuatro leguas del Puesto del Marqués, había otro cuerpo enemigo, cuyo

número no sabíamos y que no hizo sinó presentarse en las alturas, para servir de apoyo y reunión á los fugitivos. Es probable que si doscientos hombres nos atacan en aquellas circunstancias, nos derrotan completamente. Los nuestros, á la presencia lejana de aquella fuerza, volvieron al Puesto del Marqués, en el mismo desorden que habian perseguido. Vueltos al campo, siguió la embriaguez, y cuando llegó el ejército, que serian las nueve ó diez de la mañana, parecía más una toldería de salvajes que un campo militar.

Dispénseseme la acritud con que me expreso, porque ese día ha sido uno de los más crueles de mi vida. Veía en perspectiva todos los desastres que luego sufrió nuestro ejército, y las desgracias que iban de nuevo á afligir á nuestra patria. Era yo joven, era un simple capitán, y el interés que tomaba en el éxito de la guerra y en las glorias de nuestras armas, era una pasión ardiente que me agitaba. Mi compañía estaba de servicio, y como aunque se había desorganizado también, no había participado tanto del desorden, quizá por haber ido en la reserva, sinó fué algo por mi constante cuidado; pudo dar las guardias avanzadas que se establecieron á nuestro frente. El servicio se relevaba por las tardes y á la hora de lista reclamé con exigencia, que fuese otra compañía á mudar á la mía, pero aún á esa hora los vapores alcohólicos no se habian enteramente disipado y no se podía emplear á unos hombres que con trabajo se sostenian en pié. Como yo repitiese mis reclamaciones al teniente coronel, coronel graduado Balcarce, se exasperó al fin y se denegó con amargura. Comprendí que él participaba de mis sentimientos, aunque los guardaba en su interior. Esa noche estaba yo de guardia en el campo, y Balcarce vino y me encontró casi en un estado de postración á que me habian reducido las emociones de aquel día. Este excelente hombre sufría también, pero

sea que su imaginación fuese menos ardiente, sea que supiese disimular mejor, parecía conformarse más, con aquel terrible estado de cosas. Sea lo que sea, si él hubiese tenido un poco más de energía, hubiera remediado mucho, al menos en el regimiento, donde muchos oficiales pensaban como yo y como él mismo.

No sé qué nombre dar á la serenidad, por no decir indiferencia con que el General miraba todo esto. Casi no se le veía fuera del rancho en que se alojaba, y ninguna medida se dejaba sentir para reprimir el desorden creciente que amenazaba hundirnos en un abismo. La jornada del Puesto del Marqués, fué el único suceso feliz que obtuvieron nuestras armas, durante el mando del general Rondeau, y ya se ha visto el mérito de esta victoria, que dejó como ciento treinta muertos en el campo y más de cien prisioneros, de ellos tres cuartas partes muy heridos, sin que por nuestra parte hubiese pérdida alguna.

El general Rondeau era un perfecto caballero, adornado de virtudes y prendas estimables como hombre privado, pero de ningunas aptitudes para un mando militar, principalmente en circunstancias difíciles, como las en que se hallaba. Declaro que ningún motivo personal de enemistad mediaba entonces, ni ha mediado después entre el general Rondeau y yo; antes por el contrario, le era sinceramente afecto y me mortificaba notablemente cuando oía las críticas que se le hacian y lo que es más, el desprecio de que muchos lo colmaban. Los apodos con que lo designaban, muestran la especie de sentimiento que predominaba en la mayor parte, con respecto á él; pués, unos le llamaban *José bueno*, y otros, como el coronel Forest, le daban siempre el renombre de *mamita* (1), por su paciencia inalterable y su inofensiva bondad.

(1) En el Alto Perú se llama á los indios *tatita* y á las indias *mamita*, siendo estos nombres generalmente usados y recibidos.

He dicho que le fuí sinceramente afecto, y es verdad, debiendo añadir que mi hermano y yo le merecimos bastantes consideraciones, y á fé que había motivo para ello. Diez años antes había venido su padre, don Juan Rondeau, con su mujer, hijas y una nieta, hija del General, empleado á Córdoba, donde contrajeron relaciones estrechas con mis padres, quienes les prestaron aquellos servicios que requería la hospitalidad. El general Rondeau estrechado por recomendaciones de personas que le eran caras, nos franqueó su mesa y nos miró siempre con distinción. Siento, pués, un positivo pesar al tener que expresarme de un modo que no favorece sus talentos ni la firmeza de su carácter; pero, me es forzoso, bajo pena de faltar á la verdad histórica, que me he propuesto observar.

Casi otro tanto me sucede al tener que exponer los vicios de nuestra organización militar, los excesos de la indisciplina que se dejó sentir varias veces, las faltas de nuestros generales y los errores de todo género. No escribo como poeta para contar nuestras glorias, disimulando defectos y encomiando exageradamente las hazañas de nuestros campeones. Ni nuestros ejércitos, ni ellos, necesitan las alabanzas de mi pobre pluma, á quienes, á pesar de todo, harán justicia las generaciones venideras, reconociendo su mérito y trabajos heróicos; escribo solamente para hacer conocer los sucesos que he presenciado, presentándolos en su verdadero punto de vista, y sirviéndome para ello de la verdad severa, según me la ofrecen mis convicciones y mis recuerdos. Por otra parte, nadie ignora mi carácter enemigo de las exageraciones; en mis partes militares, en los detalles de batallas célebres, en todos mis documentos oficiales, he huido siempre de un estilo pomposo y de alabanzas que por ser demasiado abultadas, he considerado ridículas.

No por esto he dejado de ser un justo apreciador del

mérito de mis compañeros; bién lo conocen ellos, y á su vez han apreciado debidamente mis elogios cuando se los he tributado, teniendo en más algunas pocas palabras dichas con justicia y verdad, que esos bombásticos parraflorios de que otros suelen llenar las producciones de este género. Diré ahora para siempre, que hubo en nuestros militares un valor que nadie les niega, un amor incontestable á la causa de la independencia, que no bastaron á contrastar los reveses más sangrientos, ni las más rudas desgracias.

Debo añadir que reconozco en nuestros paisanos aptitudes sublimes para la milicia y disposiciones para una disciplina racional, cuando se quiere y se sabe establecerla. Los desastres que hemos sufrido han sido efecto de errores, por lo general, en los que mandaban, y más que todo, de nuestra ignorancia y de ese estado de anarquía en que nos constituía la misma revolución. Sin eso, nuestros ejércitos, desde sus primeros pasos, hubieran vencido y llevado triunfante el estandarte de la libertad, por toda la extensión de la tierra que conquistó Pizarro. Bién lo merecian esos bravos soldados que durante catorce años habian combatido la miseria, la desnudez, el hambre, el clima y las armas españolas. Si sus sufrimientos se prolongaron y si al fin no fueron felices, pués que otros vinieron á terminar la obra que ellos habian comenzado, no es culpa suya, sinó de la fatalidad de nuestro destino.

El período de nuestras campañas en el Alto Perú, que voy describiendo, es de los más estériles en hechos gloriosos y de los más fecundos en sucesos desagradables. Mis principios me hacian insoportable una situación tal, y mi imaginación agrandaba y aproximaba los objetos, haciéndome esperar aún mayores desgracias. Tanto más era mi sufrimiento, cuanto era preciso arrostrar, no solo la impopularidad que causa la severidad de la disciplina que que-

ría conservar, sinó muchas veces el desagrado de jefes que mendigaban por pobres medios, la benevolencia del soldado. Recuerdo que en un pueblecillo del Perú se quiso dar zapatos á mi regimiento, y como no había el completo, se destinó un número proporcionado á cada compañía; para que fuese más clásica la irregularidad de la distribución, se mandó que concurriesen las compañias á casa del Coronel, en el patio de cuya casa se habian hecho otros tantos montoncillos de zapatos. Yo llegué con la mia, formada; cuando le tocó su turno y se me señaló el que le correspondía, y me preparaba con la lista y un lápiz para anotar los hombres que lo recibian, porque como he dicho, no alcanzaban para todos, cuando el Coronel me dijo: *Déjese usted, capitán, de apuntaciones;* y volviéndose á los soldados: *Vayan muchachos, tomen zapatos y veremos quienes son los más listos;* las filas se deshicieron y se arrojaron sobre los zapatos, tomando cada uno los que podía. Me quedé estupefacto de admiración, de cólera y de desprecio; bajé la cabeza y salí sin decir una palabra, que hubiera sido un acto de insubordinación respecto del Jefe y que hubiera desagradado á mis soldados, que celebraban con extraordinaria algazara, la *manchancha* de zapatos que acababa de hacerse.

Al otro día de la acción del Puesto del Marqués, marchaba mi regimiento trás de la infantería, y de consiguiente, muy despacio; yo seguía la marcha entregado á las más amargas reflexiones, cuando ví que el Coronel, que por algún accidente se había quedado atrás, trotaba por el costado de la columna para tomar la cabeza. Su aspecto risueño y su semblante satisfecho, contrastaban fuertemente con lo que yo sentía; pero subió de punto mi admiración, cuando lo ví por dos ó tres veces, contener su cabalgadura para dirijirse oblícuamente sobre algún soldado que aparentaba ó que dormitaba efectivamente, dando entonces un buén latigazo

en el anca de la mula, que excitada con el inesperado golpe, partía más ligero, sorprendiéndose el ginete; cuando volvía la cabeza para ver quién era el agresor, el Coronel dando risadas, le decía: *¡Que tal muchacho! ¿te has asustado?* ó cosa semejante. El bueno del Coronel no comprendía que aquellos juegos y chanzonetas pudiesen dañar la disciplina, y por el contrario, se persuadía que le procuraban crédito, afección y popularidad. Repentinamente había retrogradado al año 1806, cuando se formaron esos cuerpos de paisanos, que dieron, sin pensarlo, una espléndida victoria, batiendo á los ingleses, y quería conducirse como en la infancia de nuestra milicia y como si se tratase de urbanos mal enseñados y peor disciplinados y no de tropas de línea, en una campaña laboriosa y activa.

Y cuando el primer jefe del cuerpo se conducía de este modo, ¿qué podía hacer un subalterno para mantener la disciplina de los que le obedecian? Cualquiera que reflexione, comprenderá lo que deberian sufrir los que queríamos conservar los principios de orden y de regularidad, y lo que tendríamos que trabajar para que todo no se desquiciase. Mucho se debió al teniente coronel don Diego Balcarce, quién al mismo tiempo que gozaba reputación, sostenía con su conducta circunspecta, la disciplina, hasta cierto punto.

Aún en los cuerpos más bién reglados, no falta cierta clase de oficiales que aspiran al renombre de *buenos* por la tolerancia de las faltas y aún de los crímenes; otros hay que pretenden que se tenga de ellos esta opinión, sosteniendo un trato demasiado familiar, y aún indecente, con las clases inferiores, sin advertir que adelantando muy poco para ellos, hacen un grave mal al orden militar. Es una casta muy perjudicial la de estos demócratas de nuevo género, quizá los mismos que antes habian incurrido en los abusos contrarios, como lo diré á su tiempo. Pero volvamos á las operaciones militares de que me he olvidado.

El enemigo, aterrado con este golpe y con la marcha de nuestro ejército, para que no estaba preparado, solo pensó en retirarse, haciéndolo por líneas convergentes, sus distintos cuerpos, según la posición que ocupaban. Si nuestra marcha hubiera sido más rápida, es muy probable que hubiesen sufrido los españoles otros descalabros; pero no fué así, y tuvo Pezuela tiempo de replegar sus divisiones.

El comandante Güemes, cuyo espíritu inquieto y cuyas aspiraciones empezaban á manifestarse, no podía estar contento en el ejército, y además, sus gauchos no eran una tropa adecuada para la campaña del Perú; regresó, pués, con su división, desde el Puesto del Marqués, y apenas llegó á Jujuy, se quitó la máscara y principió á manifestar su independencia. El primer acto ó exceso que cometió, fué echarse sobre el parque de reserva del ejército y apoderarse de quinientos fusiles, contra la voluntad del General y las representaciones del encargado de él. Para esta violencia no había ningún pretexto; pués, ocupando nuestro ejército las Provincias Altas de Potosí y Chuquisaca, nada tenía que temer de los enemigos, la de Salta. Después, todos sus pasos sucesivos fueron conformes á este principio.

El ejército continuó su marcha, tomando desde la Quiaca, la delantera, la caballería. En Moraya nos detuvimos dos dias; en uno de ellos, al anochecer, tuvieron orden un escuadrón de Dragones y otro de Granaderos, de marchar con el fin de interceptar el paso de una fuerza enemiga que se retiraba en busca de su ejército, por nuestro flanco derecho. Era ya el mes de Mayo y el frio era intenso en aquellos lugares, en términos, que yo llevaba un capote y encima dos ponchos; después de andar legua y media por aquellos ingratos parajes, donde casi no hay vegetación, empezamos á descender una cuesta que tiene otro tanto de bajada. La temperatura era cada vez más suave, y sin fijarnos por el momento, en la verdadera causa, lo atribui-

mos á una variación de la atmósfera. Conforme fuimos descendiendo, me quité los ponchos y el capote y lo mismo hicieron los demás, porque el abrigo empezaba á incomodarnos. Llegamos por fin al llano, que forma un delicioso vallecito de muy poca extensión, pero perfectamente aprovechado y cubierto de huertas que abundan en frutas exquisitas; los duraznos, las manzanas, los membrillos, las higueras, estaban todos cargados de riquísimos frutos, que empezamos á devorar, sin embargo de estar tan avanzada la noche, pués era más de la mitad de ella.

Lonte es el nombre de este vallecito, y como este hay innumerables en aquellas áridas regiones, sin lo que serian inhabitables. La variacióu de temperatura consistía en la mucha menor elevación en que nos hallábamos. La diferencia era tal, que nos quedábamos en mangas de camisa sin sufrir impresión desagradable, cuando dos horas antes el frio era tan intenso que era preciso cargarnos de ropa. Esa noche no se durmió, pués que además de la ocupación de comer fruta, se carneó, porque la tropa no había comido ese día. Es excusado decir que el enemigo había pasado temprano y que estaba fuera de nuestro alcance. Permanecimos allí hasta la tarde del día siguiente, en que nos movimos para subir la penosa cuesta y volver á Moraya.

El ejército se nos reunió y volvimos á continuar la marcha. El enemigo nos abandonaba el país sin la menor resistencia, y los habitantes nos recibian con muestras de satisfacción y benevolencia. El día que salimos del pueblo de Tupisa, se supo que Potosí había sido evacuado, y á los dos ó tres dias, continuando siempre la marcha, se dispuso que una vanguardia compuesta de los dos cuerpos de caballería y un batallón de infantería, á las órdenes del mayor general Cruz, se adelantase á ocupar aquel emporio casi fabuloso, ó por lo menos exagerado, de la riqueza. Se dispuso que solo dos compañias, una de Dragones y otra de

Granaderos, con sus respectivos capitanes, quedasen para hacer el servicio de su arma, en el ejército. Yo fuí destinado con la mía, causándome un gran sentimiento separarme de mi regimiento, para prestar un servicio pasivo en la retaguardia. Diré también que había más que sentimiento; pués, me asaltaba la sospecha de que mis jefes inmediatos querian separar, en los momentos de entrar á aquella rica población, á un hombre cuyos principios severos, que ellos conocian muy bién, sería un censor importuno de cualquier acto irregular y de cualquier desarreglo en punto á intereses. Sin decir que esta fuese la intención de todos los jefes, creo no equivocarme en pensar que fué la de algunos. ¡Ojalá hubiese estado siempre separado; pués, hubiera sufrido mucho menos!

La tropa empezó á cometer algunos desórdenes, y muy principalmente recuerdo que fué robado un vecino, á quién con violencia le arrancaron setecientos ú ochocientos pesos. Los caballerizos, los hombres sueltos, los que por algún pretexto se separaban de la columna y se quedaban atrás, eran los autores de estos desórdenes, que á no reprimirse hubieran seguido en una progresión creciente, porque por desgracia así sucede con el mal, y más que con ningún otro, con la indisciplina. El General quiso poner remedio, y se me dió la orden, al movernos de Quirve, para que tomase la retaguardia con mi compañía y no dejase un solo hombre atrás, arrestando á los que por cualquier pretexto llegasen á las casas, para presentarlos á S. E. al fin de la jornada. Llené con tanto celo mi comisión, que fatigué mi tropa y mis caballos, en correrias á los ranchos que quedaban á más ó menos distancia, sobre los costados del camino, y lo que es peor, arrostrando el desagrado de algunos oficiales que por sí ó sus asistentes querian que quebrantase mi consigna.

El ejército había andado hasta el medio día, cinco leguas,

que hay hasta Toropala, donde había acampado y comido; yo no pude hacerlo hasta las ocho de la noche, después de haber trabajado todo el día, trayendo más de treinta hombres arrestados y otros cansados ó enfermos que habian quedado rezagados; yo había cumplido con no dejar un solo hombre detrás de mí. Cuando me presenté al General y le dí cuenta del resultado, esperé alguna providencia seria que cortase el mal de raiz, pero un hielo corrió por mis venas cuando con la más perfecta impasibilidad, me dijo: *Pués, es preciso, señor Capitán, que sepan que sé mandar; entregue usted los hombres arrestados á sus cuerpos para que se les reprenda, y usted vaya á descansar.* Habiéndole observado respetuosamente que aquella distribución á los cuerpos, podría hacerla mejor un oficial del Estado Mayor, convino en ello, y yo me retiré bién resuelto á no molestarme tanto en la marcha del día siguiente. Sin embargo, no dejó de ser útil lo acaecido, porque en tres jornadas que nos faltaban para llegar á Potosí, no hubo tiempo de que se aumentase el desorden, lo que hubiera sucedido en algunas marchas más.

Nuestros paisanos son sumamente dóciles y se prestan sin trabajo, al orden, á la buena moral y á la disciplina; díganlo esos ejércitos que mandó el general Belgrano y otros; dígalo ese bravo ejército que mandé yo en las provincias del interior; díganlo esos pueblos que recibian á nuestros soldados con una cordialidad de amigos sinceros, y á quienes estos miraban como hermanos. La entrada de un cuerpo militar á una población era deseada y celebrada como una fiesta, y lejos de inspirar temores ó inquietud, era una garantía de orden y tranquilidad.

En el ejército, cuya historia escribo, no siguieron estos desórdenes, como podía temerse, porque los jefes de cuerpo los reprimieron y porque después marcharon de Potosí, cuando fué tiempo, aisladamente; de modo que, ó los hubo

menos, ó se ocultaron más. Fuera de eso, ellos tomaron otro carácter y otras proporciones, como lo veremos después.

Entró el ejército á Potosí, y yo, que llevaba siempre la retaguardia, lo hice á las tres de la tarde. Como ningún oficial del Estado Mayor viniese á indicarme mi cuartel y alojamiento, llegué hasta la misma puerta de la casa que había ocupado el General, con quién estaba también el Mayor General, para preguntar adonde debía dirigirme. Mientras un ayudante llevó mi recado, alcanzó á verme el general Rondeau, que con muchos jefes y personas respetables del vecindario, hacía los honores á un opíparo banquete, y mandó se me llamase é invitase á sentarme á la mesa. Como yo representase que mi tropa me esperaba, se me ordenó que la despachase con un subalterno, al cuartel que se le destinaba, y que yo quedase á participar del banquete, el cual además de suntuoso, estuvo alegre; contribuyó eficazmente á ello un ridículo personaje que en esos dias se había incorporado al ejército. De propósito se movieron cuestiones teológicas, en que se le creía eminente, y ostentando esta clase de erudición en una reunión militar, se hacía soberanamente risible.

Este personaje era don Manuel Bernabé Orihuela, natural y vecino de Córdoba, que no tenía otro mérito que estar casado con doña Juana Rondeau, hermana del General. Sin embargo de que no había cursado el foro, ni era abogado y que apenas podría clasificarse de un pobre tinterillo fué hecho Auditor General de Guerra y lo que es aún más, consiguió el General, que la Universidad de Chuquisaca le confiriese el grado de doctor en jurisprudencia, por apoderado, es decir, sin ofrecer exámenes, ni pruebas ningunas y sin que fuese personalmente á recibir la borla, haciéndolo otro en su lugar. Caso que debe ser bién raro en los anales de las Universidades; pués, á admitirlo, podría condecorarse con el doctorado á un salvaje, á un bruto ó á una

estatua. Orihuela quedó, no obstante, tan envanecido y contento, que desde entonces jamás dejó de poner *doctor*, en gruesos letrones, antes de su nombre. Tenía la manía de promover sin la menor oportunidad, cuestiones teológicas y religiosas, de que era un celoso defensor, y además, la de creer que la provincia y ciudad de Córdoba, de donde nunca había salido hasta entonces, era lo mejor que podía haber en el mundo; de consiguiente, el clima, las producciones, las frutas, etc., de Córdoba, eran lo más esquisito que podía imaginarse, y hubo vez que riñó muy sériamente con otra persona, sosteniendo que las manzanas de Córdoba eran superiores á todas las demás manzanas de la tierra. Bastante y quizá demasiado me he ocupado de este pobre hombre; si lo he hecho, ha sido para decir que contribuía á despopularizar á su hermano, que naturalmente sostenía á este fatuo.

A los muy pocos dias de estar en Potosí, se me dió orden de marchar con mi compañía, á Chuquisaca, donde estaba mi regimiento, y de cuya provincia había sido nombrado Presidente, el coronel don Martín Rodriguez. Así lo hice, llegando á aquella capital el 23 de Mayo, ante-víspera del gran día de la patria. Creía que en aquella ciudad, célebre por su cultura, su clima, la hermosura de sus damas, su ilustración y su patriotismo, se celebraría con solemnidad el 25 del mes de América; pero nada hubo que se pareciese á nuestras fiestas cívicas, y me convencí de que la revolución no había penetrado en los corazones de la multitud. El 25 era precisamente el día de *Corpus*, y la gran función de iglesia, pomposa procesión y suntuosos altares, hizo toda la solemnidad del día. Si no fuera ageno de mi propósito, me detendría en la descripción de esa fiesta religiosa que se hace con la más ostentosa magnificencia, tanto por los adornos de la rica Catedral, cuanto por el numeroso personal que se emplea.

Diré también algo de las danzas monótonas ó insípidas de los indios, los que entre tanto van vestidos de plata, y tan cargados, que apenas pueden moverse; de esos altares colosales que costean los gremios de artesanos y también la corporación de abogados, estableciéndose una tenaz competencia, sobre quienes aglomeran más lujo, más trabajo y más riqueza, y en el bién entendido de que los altares que sirvieron el día de la función, no sirven para el del octavario; pués, mudan de lugar como han mudado de empresarios. Es decir, para el día de Corpus, los altares se forman en los ángulos de la plaza, y en la octava, en la mitad de las cuadras, excepto el de los abogados, que es en la esquina de la Presidencia, porque entonces la procesión se extiende hasta allá, haciendo una doble carrera. La noche antes ya estaba concluido el adorno del gigantesco y suntuoso altar, y la gente afluía en numerosas partidas á admirar su riqueza, su magnitud y su belleza; se servian también refrescos gratis. Pero basta de este asunto.

Establecidos en estas dos capitales, Potosí y Chuquisaca, se trató de sacar recursos para el sostén del ejército, y uno de ellos y quizá el más valioso, eran las confiscaciones, en que, á virtud de aquel antiguo decreto que declaraba propiedades extrañas las de los que estaban bajo el dominio español, incluian las de los que habian emigrado con las fuerzas enemigas. Estos habian tomado sus medidas para asegurar sus bienes muebles, pués de los raíces no se trató por entonces, y estas medidas consistian en ocultarlos en escavaciones secretamente hechas, á que llaman en el Perú *tapados*, ó en depositarlas en los conventos, principalmente en los de monjas, bajo la salvaguardia de la santidad de los lugares y de sus pacíficos habitantes.

En Potosí se formó un Tribunal que se denominó de recaudación, compuesto del coronel don Hilarión de la Quintana, como Presidente, y los ciudadanos don José Ma-

ría Santos Rubio y don Miguel Lamberto Sierra (tesorero del Banco de Potosí), como vocales. A este Tribunal incumbía perseguir las propiedades de los prófugos, estuviesen ó no ocultas, y declarar su confiscación, para destinar su importancia (supongo, porque no estoy interiorizado en este asunto) á la caja del ejército. La irregularidad y falta de formalidad con que se manejó el Tribunal, dió lugar á inculpaciones, de cuya justicia no puedo juzgar, pero si hubo malversación, no debió ser tanta, pués, ninguno de los que lo formaban se enriqueció. A todos los hemos visto después gozar una vida nada más que mediocre y sufrir al fin, las escaseces de la emigración. Luego diré lo que pienso que hubo realmente en esto.

El único tapado que se descubrió y extrajo, perteneciente al rico capitalista Achaval, importaba más de cien mil duros, de los que tres cuartas partes eran en moneda sellada y tejos de oro. Este caudal, que se encontró á granel en un socabón hecho en una casa y despúes cubierto con tierra (1), era llevado por peones en parihuelas á la casa del Tribunal; y para quitar el barro que venía pegado en las monedas, se echaba también á granel (todo esto era antes de contarlo y tomar razón) en el estanque de la fuente que tenía la misma casa, de donde se extraian otra vez, después de lavadas, para llevarlas á las piezas destinadas al efecto.

Como una prueba de la informalidad con que manejaban estos caudales, referiré lo que me contó el capitán entonces, y después coronel, don Daniel Ferreira, á cuya narración dí entero crédito. Llegó á la casa donde tenía sus

(1) Este mismo señor Achaval había perdido antes en La Paz, una gruesa cantidad de dinero, porque su dependiente, al ocultarlo, no dijo á nadie el lugar del depósito, y habiendo muerto este, no se pudo dar con él. Esto le obligó á prevenir á sus otros dependientes que, llegado igual lance, lo avisasen á alguna persona de su confianza. Por esta segunda vez, fué el confidente quién traicionó el secreto.

sesiones el Tribunal, en los momentos en que se hacía el lavatorio del dinero de que acabo de hacer mención; era presenciado por el coronel Quintana, presidente del Tribunal, quién le dijo: *Ferreira, ¿por qué no toma usted algunos pesos?* Este, aceptando el ofrecimiento, estiró su gigantesco brazo, proporcionado á su estatura, y con su tamaña mano tomó cuanto podía abarcar. Quintana repitió entonces: *¿Qué vá usted á hacer con eso? tome usted más.* Entonces Ferreira, sacando su pañuelo, puso en él cuanto podía cargar, que probablemente serian algunos cientos. Por este hecho, que creo verdadero, júzguese lo demás. Entre tanto estoy persuadido que Quintana creía un acto de perfecta justicia, remunerar de este modo á un buen soldado y honrado patriota, como era Ferreira, y este quedó muy agradecido y encomiaba la generosidad del coronel Quintana.

Con algunas más generosidades como esta, con lo que sustraerian los peones conductores, los cavadores, los agentes subalternos y alguna otra cosa más, ¿qué extraño es que el caudal, cuando hubo de entrar en las arcas, hubiese disminuido notablemente? Se dijo que faltaba más de la mitad. La cantidad total fué años después, según entiendo, abonada al señor Achaval, en fondos públicos de Buenos Aires.

Fuera de los señores del Tribunal de recaudación, se constituyeron en pesquisadores de tapados, varios coroneles y jefes de cuerpo. Cada uno de ellos buscó sus corredores y los lanzó en busca de noticias, las que adquiridas, procedian á la exhumación de los objetos enterrados. Lo que se encontraba de valor se guardaba muy corrientemente, y luego se avisaba al Tribunal para que viniese á recojer trastos, ropas ú otros objetos de menos importancia. Sin embargo, no fué feliz esta clase de especuladores, porque no se les vió gran caudal, y puede aplicárseles lo

que dije de los individuos del Tribunal, que aunque en su tren, mesa y porte, fuesen por entonces bien distintos de los que no se empleaban en este tráfico, se vieron después igualados con todos los demás. En suma, no hubo en esto sinó miserias y miserables ganancias, mal adquiridas y peor aprovechadas, que empañaron el crédito del ejército y nos dañaron á todos.

Recuerdo que tres jefes de un batallón emprendieron el negocio en amistosa sociedad; después de mil trabajos, de muchas precauciones y de infinitas diligencias, supieron de un depósito que había en cierta casa, la que con diversos pretextos hicieron desalojar para mudarse ellos. Instalados que fueron, procedieron á la escavación, y se encontraron con una abundante librería que el prófugo dueño había querido ocultar, haciéndola encajonar y enterrar. Dichos jefes no eran afectos á la lectura y tuvieron que maldecir su hallazgo, haciendo después broma y farsa ellos mismos. Como este chasco, hubieron otros muchos.

Lo que refiero de Potosí, lo sé por notoriedad y la voz pública; de lo que pasó en Chuquisaca, soy testigo ocular. En cuanto á lo primero, no puedo dar otros detalles; en cuanto á lo segundo, podría llenar una resma de papel. Acabaré con Potosí, diciendo que el General tuvo á bién sacar los cuerpos y acantonarlos en varias haciendas inmediatas, situando su Cuartel General en Mondragón, lo que fué muy bién hecho, pués á ser más larga la mansión en la ciudad, el negocio de los tapados se hubiera generalizado y hubiera descendido á las clases subalternas y hasta á la tropa. Fué el mejor medio que se le ocurrió de cortarlo.

En Chuquisaca poco ó nada hubo de entierros, pero sí muchos depósitos en los conventos de monjas y beaterios, que son bastantes. Una tarde fueron comisionados los jefes de mi regimiento para ir á los conventos de Santa Clara y

Santa Mónica á registrarlos (después de allanada la clausura por la autoridad competente) para extraer las alhajas y efectos de toda clase que hubiese depositados. Se hizo un buén acopio de todo, y se guardó en la sala principal de la casa de Gobierno ó Presidencia, á granel y sin cuenta ni razón. Era tanta la informalidad y quizá estudiada imprecaución, que teniendo dos puertas en los extremos opuestos, dicha sala, no se habian recojido y guardado las llaves. Una de dichas puertas caía á la secretaría, y me acuerdo haber sorprendido á un funcionario, que había abierto misteriosamente dicha puerta y se había introducido al salón. La otra no estaba mejor guardada, aunque caía á las piezas que ocupaba el Presidente.

Muy luego se vieron los efectos de este desorden, pués hasta algunos oficiales subalternos empezaron á derramar dinero y á gastar un lujo enteramente desproporcionado á sus haberes. Varios de ellos, que solo eran tenientes ó alféreces, tiraron las guarniciones y bainas de fierro de sus espadas para hacerlas de plata; se cargaron de uniformes lujosos, é hicieron á las damas buenos regalos; esto sin contar lo que disipaban sobre la carpeta. Hago memoria de don Raimundo Hereña, amigo mio, que tenía tienda de negocio: me había mostrado un sable antiguo de baina de suela, con guarniciones y conteras de plata, de añeja hechura; un día me sorprendió con decirme que lo había vendido en el valor de quinientos pesos, cuando no valía la décima parte; para convencer mi incredulidad, me manifestó un collar de perlas, y me dijo: *Un ayudante me ha dado en cambio del sable estas perlas, que han sido tasadas en quinientos pesos.* Con lo que me convenció de la exactitud de su referencia. El ayudante debía gastar muchos pesos más para modernizar el sable.

Otra vez me sorprendí al ver á unos cuantos soldados de mi compañía, con chalecos nuevos de un riquísimo tercio-

pelo verde; me informé reservadamente de la procedencia de esta lujosa mercadería, y supe que al conducir á la Presidencia, varios cajones de costosos efectos, dejaron caer intencionalmente uno, para que se hiciera pedazos, como sucedió. Un soldado tomó una pieza de terciopelo, como otros tomarian otras cosas, vendió una parte á vil precio, y lo demás lo distribuyó en cortes de chalecos, á varios de sus compañeros. Adviértase que siendo el soldado de mi compañía, no quise ni debí penetrar más en el asunto, ni menos corregirlo. He entrado en estos pormenores, omitiendo otros, para mostrar el grado de indelicadeza en que estábamos, siéndome muy sensible manchar el papel con hechos de que es preciso avergonzarse. Quizá algunos se reirán, si llegasen á leer esto; sea en hora buena, que se burlen de lo que ellos llamarán escrúpulos ó nimia minuciosidad, pero les contestaré que habiendo yo sufrido tanto, por efecto de estos desórdenes, me creo con derecho á referirlos, para decir que los reprobé.

Sin promover la indisciplina, sin ofender ninguno de los deberes militares, me uní á unos cuantos oficiales honrados y decentes, para hacer oposición á este torrente de desmoralización, que amenazaba hundirnos en un abismo de desconcepto y de desprecio; los tenientes don Tomás Tejerina y don Lorenzo Lugones, fueron los que principalmente me acompañaron en esta honrosa asociación; ella no combatía con palabras, sinó con su ejemplo, y nos abstuvimos de reproches que hubieran herido á muchos.

¿Para qué cansar con más pormenores? Bastará decir que esta conducta me grangeó buén concepto, aún entre los mismos que habian obrado de un modo enteramente opuesto. Como el mal obrar, nunca es un vínculo de verdadera amistad, los mismos que habian marchado por el mal camino, se separaron muy luego, y estalló la división. Por motivos de poca importancia, la mayor parte de los

oficiales acordó hacer una violenta representación contra el mayor del regimiento, don Juan Francisco Zamudio, íntimo del Coronel; me vieron para que la autorizase con mi firma, y me negué francamente; más, no por eso dejaron de hacerla y elevarla al Coronel y Presidente. Para este y para los demás jefes, fué un golpe de la más terrible sorpresa. ¡Cuando tanto habian hecho para grangearse popularidad! ¡Cuando esta había sido una de las que tuvieron en vista al autorizar los desórdenes que he mencionado! ¡Cuando estaban más satisfechos de su poder, herir al Mayor de un modo tan irrespetuoso! Esto estaba fuera de toda su previsión y cálculos.

Aunque el Coronel quiso apoyar á Zamudio con todo su poder é hizo intervenir activamente al honrado Balcarce, quién, aunque en secreto deploraba los desórdenes, se mantenía impasible por la extremada moderación de su carácter; nada fué bastante para hacer desistir de sus atrevidas quejas á aquellos jóvenes, que ellos mismos habian empujado en la carrera de la indisciplina. Sin embargo, los respetos de Balcarce contribuyeron á que las cosas no pasasen á mayores escándalos, como debió suceder, y que se concluyese el negocio, separándose dos oficiales de los más comprometidos, que fueron mandados á disposición del General en Jefe, y proponiéndose el Mayor, ser más mesurado en sus expresiones, cuya acritud en algunas ocasiones, había sido el motivo de la queja.

Como yo no hubiese querido mezclarme en aquella especie de tumulto, y que muy al contrario, hubiese empleado mi influencia en calmarlo, el Coronel, los otros jefes y hasta el Mayor, con quién no corría en muy buena relación, buscaron mi amistad y me ofrecieron la suya. Yo sin desecharla, fuí invariable en mis principios, de modo que cuando esta nueva situación nos diese algunos puntos de contacto, había otros en que nos separábamos enteramente.

Además de los jefes, había en el regimiento un capitán que gozaba de las regalias de tal; era el capitán don Antonio Rodriguez, hermano del Coronel, que habiéndose quedado al abrir la campaña, con cualquier pretexto, había ocurrido al ruido de los embargos y confiscaciones. No se presentaba jamás en su compañía; no hacía guardia ni servicio alguno; era una especie de favorito que se ocupaba exclusivamente de hacer la corte al Jefe del Gobierno. Era un ente anómalo, que hubiera escandalizado á un cuerpo militar, si algo hubiera podido escandalizarnos en el estado de desgreño en que nos encontrábamos. Lo único que se alegaba para esta preferencia, era su mayor antigüedad, por la cual le correspondía la mayoría, que sin duda le hubiera sido conferida antes que á Zamudio, si no hubiera estado fuera del regimiento y manifestando siempre intenciones de dejar el ejército y aún el servicio. Más tarde fué promovido á comandante de escuadrón y aún se sobrepuso al mismo Zamudio.

Se me ha pasado referir que cuando la fuerza de las confiscaciones, fuese para probar la solidez de mis principios, fuese para cerrarme la boca, si tenía la habilidad de morder el sebo, fuí una noche, á la siete, llamado á la Presidencia. Llegado á presencia del señor Rodriguez, me dijo, mostrándome un indio trabajador que estaba presente: *Este hombre que es albañil, dice haber hecho en el convento de las Claras, una obra para ocultar unos fardos ó cajones que ignora lo que contienen; vaya usted ahora mismo, y sirviéndole él de guia, extraiga el depósito y traiga cuanto encuentre, con una partida de tropa desarmada, que llevará al efecto.* No podía declinar la comisión que se me encargaba, pero al aceptarla me propuse probar que mis acciones guardarian perfecta conformidad con las doctrinas que todos me conocian.

La orden era perentoria é instantánea, y la hora no me permitía demorarme para buscar muchos testigos. Sin em-

bargo, pude encontrar dos oficiales que llevé conmigo; fueron el capitán graduado don Tomás Tejerina y el portaguión don Domingo Millán.

Con ellos y la partida me dirijí al convento de las Claras, cuyas puertas tocamos con los mayores miramientos. Se abrieron, y las monjas que se nos presentaron declararon que aunque estaba allanada la clausura por la autoridad eclesiástica, era forzoso esperar al capellán, á quién mandaron buscar á su casa. Era conocidamente un pretexto para demorar nuestra entrada y darse tiempo de trasladar á otro lugar el depósito que se iba á buscar, lo que supieron muy bién por el indio que me acompañaba, á quién conocian porque había trabajado en el convento, y me había rogado lo hiciese atar por los brazos, con una cuerda, para que no se creyese que era voluntario delator. El capellán tardó más de una hora, que pasamos en muy franca conversación con las madres, que se conservaban á la parte interior del umbral, mientras nosotros ocupábamos la exterior (1). Al fin apareció el capellán y pude

---

(1) Entre las monjas que salieron á la *portería*, estaba una linda moza, cuya edad no llegaría á treinta años, cuya frescura y lozanía igualaban á la regularidad de sus facciones y á las gracias de toda su persona. El capitán Tejerina la había conocido el día antes y sabía por ella misma, que era natural de Córdoba, es decir, de mi misma provincia. Después de los cumplidos de estilo le dijo que yo era su paisano, y ella me preguntó con vehemencia si yo era cordobés, y oyendo mi contestación afirmativa, repuso con amargura: *Jesús! No me deshonre usted.* Esta salida tan intempestiva como chocante, me incomodó vivamente, pero disimulando le pregunté á mi vez, si era también cordobesa, su nombre y el barrio ó partido á que pertenecía; me contestó que era cordobesa, que se llamaba Pilar Moyano y que su familia residía en el partido de San Vicente, que está á pocas leguas de la ciudad; yo hallé entonces mi desquite y le dije: *Se conoce que es usted de la campaña.* Por más que mi expresión y mi modo fuesen moderados, ella conoció que yo estaba ofendido y quiso desagraviarme tomando un aire jocoso: *Vaya*, dijo, *me parece que se ha ofendido usted de lo que acabo de expresar, pero voy á desenojarlo trayéndole un buén mate, dulces*, etc. Entonces le dí también las satisfacciones que era posible y quedamos los mejores amigos del mundo. A la mañana siguiente, estando aún en cama, se me

entrar al convento, guiado del indio y seguido de los oficiales, porque la tropa quedó fuera.

Después de atravesar por muchos corredores, patios pequeños, puertas y pasillos, llegamos al lugar donde el indio albañil indicó que había sido ocultado el depósito que se buscaba. El lugar era un pequeño cuartejo sin más comunicación ni salida que una puerta diminuta que había estado tapiada y acababa en esos momentos, de ser abierta, y cuyos escombros, que pocos instantes antes habian sido barridos, se encontraban á pocas varas de distancia, porque no tuvieron tiempo de llevarlos más lejos. Aquellas benditas madres creyendo sin duda, que en aquel caso les era permitido mentir, aseguraron que ninguna clase de efectos habian permanecido allí ocultos; yo que tenía pocas ganas de encontrarlos, me dí por satisfecho, pero haciéndoles entender muy urbanamente, que conocía su juego y que no era el juguete de sus artificios, por otra parte muy honrosos, pués correspondian á la confianza que había hecho el depositante.

---

presentó una criada del convento con un amistoso recado de mi paisana, que me mandaba servir el mate, para lo que, según es costumbre, traía todo lo preciso y un hermoso ramo de flores, indicándome además, que la visitase, pués tendría mucho gusto en recibirme, lo que ofrecí hacer tan luego como pudiese. Efectivamente, á los dos ó tres dias, fuí una mañana al convento, y llamando al torno, me anuncié á la portera, á quién no veía, rogándole avisase á la madre Pilar Moyano que su paisano estaba á visitarla y que le suplicaba bajase al locutorio. La portera que tampoco me veía, me preguntó con ese tono y temple de voz que es peculiar de las monjas, «si yo era oficial de la patria» y oyendo mi contestación afirmativa, repuso: *¡Qué extraño es que los oficiales de la patria vengan á visitar á las realistas, sin hacer caso de las patriotas!* Confieso que me chocó fuertemente la coquetería de la buena monja, que no sé si era vieja ó moza, linda ó fea, y la ingerencia que quería tomar en las cosas políticas. Yo que estaba acostumbrado á considerar á aquellas cándidas mujeres enteramente abstraidas de las cosas terrenas y ocupadas exclusivamente de los intereses del cielo, no pude ocultar mi disgusto y le dije por última contestación: *Madre, me retiro y por lo tanto puede usted excusar de avisar mi venida á la madre Pilar, cuyas opiniones políticas no venía á explorar; como de ninguna*

Al principio solo nos acompañaron el capellán y unas pocas venerables y ancianas madres (fuera de mi paisana), pero á proporción que fuimos penetrando en el convento, y mucho más cuando traté de retirarme, como en prueba del agradecimiento que les imponía mi comedido modo de proceder, la afluencia de monjas y, más que de monjas, de niñas educandas, de que había un grandísimo número, fué muy crecida; de modo que para andar por aquellos pasadizos formábamos una buena columna: en primera línea venía yo con el capellán y unas cuantas venerables ancianas, pero mis compañeros venian rodeados de jóvenes alegres, risueñas y amables, que pienso sentian más que nosotros la brevedad de nuestra visita; á más tardar podía haber degenerado en una excesiva franqueza, menos para mí, que siendo el que encabezaba la partida, me hacian la corte los más graves personajes. Salimos al fin despidiéndonos del modo más amistoso y quedando yo con el con-

---

otra de sus Reverencias. Así lo hice, sin que otra vez quisiese tentar nueva visita.

Lo que he dicho servirá para hacer comprender que los partidos políticos y las pasiones que les son consiguientes, habian penetrado en aquel recinto sagrado, en donde no debieran haberse oido más que los cánticos de la alabanza y las plegarias al Ser Supremo. Aquella comunidad mujeril se había dividido en dos bandos que se hacian una guerra tenaz. La madre Montoya, abadesa nombrada antes de nuestro arribo, profesaba opiniones realistas, lo que motivó una queja de las monjas patriotas, que fué acojida por el Gobierno, quién determinó se hiciese nueva elección, de que resultó el nombramiento de otra, cuyo nombre no recuerdo, que tenía conocida adhesión á la causa de la Independencia. La madre Pilar, mi paisana, era de aquellas, y esto motivó el picante apóstrofe que me dirigió la noche que la ví: sentía que un paisano suyo se mezclase en aquellos actos, que ella juzgaba injustos y quizá sacrílegos. Sin embargo, su obstinación no era tenaz, como se ha visto, pero así ella como la tornera, dieron con un hombre que aunque joven, era bién poco galante y que no quiso mezclarse en sus intrigas de claustro. Espero que se me perdone la minuciosidad con que he referido este lance, en atención á que servirá para hacer formar una idea de esos conventos, que solo debieran ser, y que son efectivamente en otras partes, la morada de la virtud y la inocencia. Hubo con otros de mis compañeros, otras anécdotas graciosas, que excitarian la risa si no provocasen otras reflexiones más serias.

vencimiento de que había desempeñado malísimamente mi comisión, porque es seguro que si yo obro con más precaución, encuentro el deseado depósito. En primer lugar, no debí mostrar al indio delator, hasta el momento preciso; en segundo, pude apremiar un poco á las monjas para que dijesen adonde acababan de transportar los efectos depositados; y en tercer lugar, pude hacer algunas pesquisas registrando aquellos lugares que podian haber servido á la última ocultación, porque era seguro que estaban allí, y cerca. Nada hice, y si entonces me quedó algún pesar por no haberme conducido con más celo, después me he alegrado: pués, estoy cierto de que esos efectos, cualquiera que fuese su valor, en nada hubiesen servido para las necesidades públicas, ni del ejército.

Fué por este tiempo que el coronel Rodriguez recibió los despachos de brigadier, con que el nuevo director del Estado, don Ignacio Alvarez, lo agraciaba, sobreponiéndose á las reglas comunes, por cuanto no solo se le hacía saltar por sobre el grado de coronel mayor, sinó porque era su patente un documento extraordinario, en que se hacía una mención pomposa de los méritos del promovido. Este fué un motivo más para que las aspiraciones del nuevo brigadier se aumentasen y las manifestase sin rebozo. A mí, que no era más que un capitán, recuerdo que me dijo un día: *Es lo más impropio que el señor Rondeau, estando nombrado Director del Estado* (1), *se conserve á la cabeza del ejército: debería trasladarse á la capital, y dejar el puesto que aquí ocupa, á quién le corresponde.* No es difícil comprender quién era el que se quería designar, y á la verdad que si solo se atendía á la graduación y antigüedad, ningún otro

(1) El general Rondeau, después de la revolución de las Fontezuelas y sus consiguientes, había sido nombrado Director del Estado. El general don Ignacio Alvarez, no era sinó suplente durante su ausencia.

debía ser preferido, siendo él, que era el único brigadier, porque el mayor general Cruz no era más que coronel mayor. Esto servirá para que se comprendan otras ocurrencias posteriores de que hablaremos.

La justicia y estimación personal que he profesado al general Rodriguez, me obligan á hacer una explicación de mis sentimientos y de mis opiniones á su respecto, pués sentiría que el deseo de decir verdad y de dar una idea de los sucesos, hiciesen formar un concepto desfavorable, al menos, más allá de lo que es justo. El general Rodriguez, era un patriota sincero, un hombre leal á la causa de la independencia, era dotado de un excelente corazón, generoso, de maneras insinuantes y de un trato agradable; pero sea como militar, sea como administrador, era de limitados conocimientos; ignoraba aún la práctica de rutina de su profesión, porque la escuela que tuvo en los cuerpos urbanos de Buenos Aires, no pudo suministrársela. Creía de muy buena fé que el modo de entusiasmar al soldado, era tener condescendencias que relajan la disciplina, y el modo de premiar á sus subalternos, era cerrar los ojos y tolerar el merodeo. Cualquiera se persuadirá que en Chuquisaca, en esas confiscaciones desordenadas y en el eminente puesto que ocupaba, pudo acrecentar su fortuna; nada de eso hubo, como se probó bién cuando el año siguiente fué sorprendido y saqueado en la provincia de Salta; solo se hallaron en su equipaje objetos de menguado valor, que sin embargo se hicieron sonar como pruebas de una patente malversación. Ademas de aquellas cualidades, tenía el general Rodriguez la de la docilidad, mediante la cual hizo un excelente gobierno, cuando años después desempeñó el de Buenos Aires. Se dejó conducir por sus sabios ministros, y su administración fué una de las más felices que cuenta el país. Aunque su educación había sido la de un hombre de campo y su instrucción ninguna, per-

teneció siempre al partido civilizador, y fué constante en él hasta sus últimos momentos. Si hablamos del hombre privado, diremos que fué un buén padre, buén esposo, buén amigo; diremos también que fué buén ciudadano; pero contrayéndonos al hombre público, hemos dicho y diremos la verdad, como la hemos comprendido.

La apertura de la campaña se aproximaba, y mi regimiento debía dejar la capital del Alto Perú, para trasladarse al teatro de la guerra. El presidente, general Rodriguez, sin dejar la Presidencia, quiso participar de los peligros y de las glorias que obtuviese el ejército, y se aprestó también para la marcha. Esta se verificó en los primeros dias del mes de Agosto, y como el día en que la emprendimos dejó en mi memoria un recuerdo indeleble, quiero ocuparme aunque sea rápidamente de él.

Muy temprano estuvo el regimiento formado en la plaza, donde echó pié á tierra, esperando que fuese hora de emprender la marcha. Los jefes todos estaban almorzando en la que se llamaba Presidencia ó Casa de Gobierno; los oficiales, aunque á caballo, vagaban por la ciudad, haciendo sus últimas despedidas ó completando sus preparativos de marcha, y los soldados bebian aguardiente en las pulperias ó tabernas de la plaza. A las once, más ó menos, salió el Presidente acompañado de las autoridades y algunos vecinos, detrás de cuya comitiva debía seguir la columna. Era fácil preveer que esta no iría muy en orden, y era de desear que los respetos de algún jefe, cuya presencia era necesaria, viniese á contener las irregularidades y aún desórdenes que podian tener lugar mientras cruzábamos aquella linda ciudad. No sucedió así; pués, en el acto de montar á caballo, vino un ayudante á prevenirme que tomase la retaguardia de la columna, pués todos los jefes irian en la comitiva del Presidente. Con gran pesar mio tuve que resignarme y empezar á luchar, desde que nos movimos, con el desorden

que promovian muchos soldados ébrios, ya quedándose atrás sin guardar la formación, ya dando gritos y desobedeciendo en fin á sus oficiales. Me hago un deber en confesar que otro cualquiera hubiera llenado mejor semejante comisión, porque en este como en otros mil lances parecidos, la vivacidad de mi genio y el horror que siempre tuve al desorden, me hacian quizá traspasar los límites de la prudencia. En ese día hube de cometer un homicidio en un soldado que, desobedeciéndome y echando mano á su tercerola, recibió de mí una estocada en el pecho; afortunadamente la herida no fué grave, sin lo que hubiera yo tenido un mortal dolor. Me ratifiqué también ese día en el concepto que había formado, y lo dije públicamente á varios que estaban á mi inmediación: *que era imposible que triunfásemos*. Desgraciadamente acerté en mi profecía.

Es tanto lo que he sufrido desde mi juventud y durante mi larga carrera militar, con los avances del desorden, con el que jamás pude transijir, y al que siempre combatí en la esfera en que, según mi clase, me era permitido girar, que se me deberá disculpar si desciendo á pormenores prolijos y quizá impertinentes. Para explicarme yo mismo ese horror, que muchos han clasificado de excesivo, tengo que recurrir al sentimiento de justicia, que siempre dominó en mi carácter, y á la profunda convicción que siempre tuve, de que para vencer era preciso la disciplina. De tales disposiciones resultaba, que mientras estuvieron al frente de nuestro ejército, generales severos, si se quiere, pero que hacian observar las leyes militares, el servicio no me fué pesado ni molesto, aunque las privaciones y la propia abnegación debiesen ser mucho mayores; al contrario, cuando la debilidad de los mandones dejaba asomar los desórdenes, mi situación era insoportable.

Y no puede ser de otro modo para un oficial que piense con juicio y con honor; pués, mientras él hace sacrificios

inútiles, y que nadie le agradece, otros gozan de lo presente, sin cuidarse de la patria, del crédito del ejército, ni del honor de su distinguida profesión. Pero había otra cosa más en los tiempos de que voy hablando, como en todos los que se les parecen.

Se había introducido la manía, por no decir la infamia, de clasificar á los oficiales en *buenos* y *malos*; siendo los últimos aquellos que reprimian los excesos y se empeñaban en conservar la disciplina; por el contrario, se reputaban por *buenos*, aquellos que permitian la licencia y toleraban toda clase de abusos. Esta clasificación, que se permitía muy particularmente el soldado, era funestísima para el orden militar, á que se añadian los rumores vulgares, de que en el conflicto de un combate, la tropa se hacía justicia por sí misma, asesinando á los oficiales que se reputaban por *malos*, sin que pudiese hacerse cargo alguno á los asesinos, por la dificultad de probar el crimen. Con estas hablillas y amenazas se retraian los oficiales jóvenes, de conducirse con celo y con una justa circunspección, llegando muchos á cometer bajezas para mendigar el sufragio del soldado y acaso pensando garantirse de sus tenebrosas venganzas.

Más, tengan entendido los oficiales jóvenes, que aún en un estado que no sea de absoluto desorden, el verdadero modo de captarse la afección y al mismo tiempo el respeto del soldado, es ser justo y equitativo; ser prudentemente celoso en la observancia de la disciplina y ocuparse de sus necesidades. En cuanto á mí, puedo asegurarles, que sin descender jamás á adular las pasiones de mis subordinados, siendo joven y nuevo en la carrera, como sería el lector á quién pudiese aprovechar esto, me respetaron más que á otros que seguian el camino opuesto, y que en los combates en que temian que la espada ó la bala del soldado se

dirigiese contra ellos, no merecí sinó pruebas de consideración, respeto y obediencia.

Como de todo se puede hacer abuso, sería uno muy grande ostentar un celo exagerado, y debo advertir que en los primeros tiempos de la revolución, se pecó en este sentido de un modo muy grave. Jóvenes que por primera vez vestian el uniforme y que apenas podian cargar la espada, ostentaban una autoridad insensata y la lucian, aplicando, sin razón muchas veces y casi siempre sin discernimiento, castigos crueles é ilegales, que recaian generalmente sobre veteranos encanecidos en la guerra y llenos de honrosas cicatrices. Esto era ir al extremo opuesto, que es tan reprensible como el que he condenado antes, y que es preciso igualmente precaver. Téngase esto presente para comprender lo que he querido significar. Más, ya es tiempo de volver á nuestra marcha.

Seguimos á cortas jornadas, hasta el pueblito de Macha, el mismo donde acantonó el general Belgrano, su ejército, después del conflicto de Vilcapugio, situado á dos leguas de distancia del campo no menos desgraciado de Ayohuma. Allí permanecimos algo más de un mes, en el que tuve el acerbo pesar de perder un compañero querido, un amigo sincero. El capitán don Tomás Tejerina, tucumano, de resultas de una caida de caballo, y de una patada que con este motivo recibió en la cabeza, hallándose ya casi sano, recayó de un modo tan violento, que en pocos dias pasó á la eternidad. Estábamos estrechamente unidos por la amistad; vivíamos juntos, comíamos juntos y paseábamos juntos. Sus ideas estaban en perfecta consonancia con las mias y éramos, en una palabra, amigos verdaderos. Su muerte me causó un vivo pesar, y duró por mucho tiempo este doloroso recuerdo. Si yo perdí un amigo, la patria perdió un hijo digno y el ejército una de sus más bellas esperanzas.

En Setiembre nos movimos de Macha, al mismo tiempo

que lo hacía el ejército desde sus acantonamientos en las cercanias de Potosí. El batallón de Cazadores, á las órdenes del mayor entonces, don Rudecindo Alvarado, llevaba la vanguardia, al que seguía el regimiento núm. 1, á las del coronel Forest, y así los demás cuerpos, con una jornada de distancia. El camino que llevábamos se reunía al que traía el ejército en cierto punto, y el día que llegamos al camino principal, encontramos en un vallecito muy estrecho, al batallón de Cazadores, que acababa de acampar; no fué sinó con dificultad que encontramos terreno para establecer nuestro campo; dificultad que fué mucho mayor cuando al poco rato llegó el núm. 1, que forzando sus marchas y contra lo que prevenian las instrucciones del General en Jefe, quería, no solo alcanzar al cuerpo que le precedía, sinó pasar á su vanguardia, como luego se vió.

En el Perú, como hay poquísimos pastos, y esos de mala calidad, pués generalmente consisten en una paja brava y dura, es forzoso emplear el pasto cultivado y los granos, para alimentar las bestias. Es, pués, indispensable hacer requisiciones anticipadas, para que se logre un acopio proporcionado, en los lugares que se elijan para parada de un cuerpo ó de un ejército; lo mismo se practica con respecto á los víveres que ha de consumir la tropa (1), lo que es más ó menos difícil, según la más ó menos abundancia del lugar y según el celo y voluntad de las autoridades encargadas de la requisición. Cuando por falta de providencias oportunas en la administración militar que debía hacer los

(1) Ya en tiempo de los españoles, acostumbraron estos algunas veces dar á la tropa una peseta diaria por plaza (sin duda abonaban en proporción á los jefes y oficiales) para que el soldado proveyese á su subsistencia, sin que el jefe se ocupase de ella; después me han asegurado que este método es adoptado habitualmente en la actualidad. El es cómodo sin duda, pero es consiguiente que se aumente y siga al ejército un número considerable de vivanderos, lo que no deja de traer sus inconvenientes, fuera de otros que saltan á la vista.

pedidos, ó por negligencia de los alcaldes, caciques ó corregidores, no se encontraban los víveres y forrages precisos, el jefe destacaba una partida á buscarlos ó apremiaba á las autoridades y vecinos hasta encontrarlos. Fácil es hacerse cargo de que no faltarian algunos abusos; más, debo decir en obsequio de la verdad, que generalmente eran pocos, si exceptuamos esta época de desmoralización y desorden.

La provisión de cada cuerpo estaba encomendada á su mismo jefe, quién impartía órdenes, destacaba partidas y mandaba hacer la distribución como le parecía, durante la marcha. El que era más exigente ó más cruel con los habitantes, el que era más activo y menos considerado, el que se proponía regalar mejor á sus soldados y á sí propio, obtenía mayores ventajas, y sucedía frecuentemente que mientras un cuerpo estaba en la abundancia, otro no tenía que comer. Entre todos los jefes se distinguía por su solicitud, el coronel Forest, lo que hacía que su regimiento estuviese siempre mejor atendido que los demás. Hubo vez que el núm. 1 tenía una gruesa tropa de reses y los demás regimientos no tenian ninguna. Al pasar la tropa por delante del núm. 12, enlazaron una vaca, lo que visto por el coronel Forest, que estaba inmediato, con su cuerpo, hizo tocar llamada, formar la tropa, cargar las armas y disponerse á batir al núm. 12, para exigir la vaca que habian enlazado; en el exceso de su cólera, tomó él mismo un fusil que disparó á los cazadores; pudo haber un combate y una horrible desgracia; si se evitó, fué por la prudencia de los jefes del núm. 12. Este cuerpo era todo de peruanos (principalmente cochabambinos), y lo mandaba el coronel Arenales, aunque entonces no estaba presente. Luego hablaré de él.

Vuelvo al estrecho vallecito, cuyo nombre no recuerdo, donde dejé á los cuerpos núm. 1, Cazadores y mi regimien-

to de Dragones, apiñados y en la mayor incomodidad por la escasez de terreno, pués por todas partes nos circundaban cerros elevadísimos, áridos y pedregosos. El camino que debíamos tomar para seguir á Challanta, que era la dirección dada, principiaba por una cuesta muy áspera y de una pendiente rápida, cuyo pié estaba en el mismo valle que nos servía de campamento; el camino era tan estrecho, que no podian ir dos hombres á la par. Todos creíamos que al día siguiente continuaría la marcha en el orden establecido, teniendo la vanguardia los cazadores; pero no sucedió así.

El coronel Forest quiso anticiparse, y al efecto, sin hacer sonar cajas y con el mayor silencio, hizo levantar á su cuerpo antes que los demás hiciesen la señal de la diana. Cuando se hizo dicha señal, ya el núm. 1 desfilaba y se apoderaba del estrecho sendero de la cuesta, y como era consiguiente que sus bagajes le siguiesen, ocupaba una larga extensión de camino, el cual no podian emprender los otros cuerpos mientras todo lo que pertenecía á aquel no hubiese pasado. El jefe y demás individuos del batallón de Cazadores, chasqueados por esta pueril estratagema, que invertía el orden de la marcha y contravenía á las disposiciones del General, lo recibieron muy mal, y se dejaba ver en el semblante de todos, la cólera y el despecho; pués, tuvieron que esperar, mientras avanzaba lentamente el cuerpo que había tomado la delantera.

El regimiento núm. 1, en su lenta ascensión por la cuesta, iba no solo á nuestra vista, sinó también al habla, de modo que oian los gritos que se daban. Como los soldados no desconocian el disgusto que había causado la burla á los Cazadores, quisieron zumbarlos, y dieron algunos gritos desde la retaguardia en este sentido, y arrojaron algunas piedras; la cólera de los últimos subió de punto, y se aseguró que varios Cazadores habian cargado sus armas, y que sin

la intervención de los oficiales, hubieran hecho fuego, lo que podía haber producido un combate. Mi regimiento que era de caballería, que debía tardar más en los preparativos de marcha, y que no disputaba colocación, fué mero espectador de estas diferencias; durante la marcha de ese día nos avanzamos á todos los de infantería.

Pronto llegamos á Challanta, de donde solo distábamos dos jornadas, que era el punto elejido por el General para acantonar el ejército, porque se decía que era una provincia abundante en forrajes, granos y víveres. Por lo demás, no se qué miras estratégicas tenía el General en este movimiento, en que dejando á nuestra izquierda el camino principal que conduce á Oruro, nos habíamos corrido un poco sobre el costado opuesto. He dicho que no sé las miras del General, porque ignoro si pensaba desde allí (después de haberse reunido el regimiento núm.12, fuerte de dos batallones que traía de Cochabamba, el coronel Arenales) buscar al enemigo, ó simplemente conservarse á la defensiva. El hecho es que la mayor parte del ejército tomó cuarteles en Challanta, pueblo de indios de mucha consideración, menos mi regimiento de Dragones y el batallón de Cazadores, que se acuartelaron en Aymayá, pueblito avanzado media legua de aquel. Allí permanecimos más de un mes, hasta que tuvo lugar el fatal combate de Venta y Media, que sucedió del modo siguiente.

CAPITULO VII

VENTA Y MEDIA

El general Rodriguez se decide á atacar la vanguardia enemiga.—Vacilación y duda de este jefe en el ataque.—Actitud del coronel Balcarce.—Derrota de los patriotas.—El mayor Paz es herido en la retirada.—El general Rodriguez solicita su separación del ejército.—Los realistas se deciden á atacar al general Rondeau.—Desórdenes en la conducción de bagajes y de los heridos de Venta y Media.—El ejército se sitúa en Sipe-Sipe.—Alvarez y Warnes.—Completa derrota del ejército patriota.—Diferencia en la retirada, con las que se hacian á las órdenes del general Belgrano.—Como llega á Chuquisaca el general Rondeau.—Escándalos que promueve el coronel Forest.—Prisión del mayor Elguera.—El coronel Forest es separado del ejército y disuelto el cuerpo que mandaba.—Importante refuerzo recibido con los regimientos núms. 2 y 3.

El general Pezuela se había movido de Oruro, situando su Cuartel General en Torazora, y estableciendo su vanguardia en Venta y Media, avanzada solo cuatro leguas. Venta y Media distaba doce ó catorce leguas del pueblo de Challanta, sin que tuviésemos otras fuerzas en observación del enemigo, que una compañía de Dragones, al cargo del mayor graduado, capitán don Gregorio Araoz de La Madrid. Este que había empeñado algunas guerrillas con las partidas enemigas y reconocido la posición de Venta y Media, aseguraba que el enemigo solo tenía un batallón y unos pocos hombres de caballería, y daba las mayores segurida-

des de sorprender y batir la vanguardia, siempre que se le aumentase la fuerza de su mando. No teniéndose por bastante el testimonio de dicho oficial, se mandó al coronel graduado, don Diego Balcarce, á que, practicando los mismos reconocimientos, emitiese su dictamen. El de este Jefe, fué conforme al del capitán La Madrid, y el brigadier Rodriguez solo trató de poner en planta el pensamiento de dar un buén golpe al enemigo, sobre lo que ya había conferenciado con el General en Jefe.

La tarde del 17 de Octubre (1815) nos llamó el brigadier Rodriguez, al mayor don Rudecindo Alvarado, que mandaba el batallón de Cazadores, por ausencia del coronel Tolaya, y á mí. Acababa de recibir el parte del coronel Balcarce, que confirmaba los informes dados por el mayor La Madrid, sobre la situación y fuerza enemiga en Venta y Media, y nos preguntó nuestro modo de pensar (1), que no difirió del suyo, bién que Alvarado expresase su opinión de un modo muy tibio. En el acto escribió el señor Rodriguez una carta al general Rondeau, incluyéndole el parte del señor Balcarce y exigiendo su aquiescencia para el movimiento proyectado; el General contestó haciendo observar que era más prudente esperar mejores informes y que convenía meditar más, dejando para después la operación. El general Rodriguez quedó descontento con esta especie de negativa, pero probablemente iba á resignarse, cuando se me ocurrió decirle: *Señor General, por qué no vá en persona á exponer al General en Jefe, las ventajas de la operación y*

(1) A consecuencia de un duelo, en que había recibido dos heridas de no mucha gravedad, el mayor Zamudio, de mi regimiento, había solicitado retirarse á Chuquisaca, con el fin de curarse. Con este motivo fuí yo propuesto para la mayoría, en que se me dió á reconocer el día antes de marchar á Venta y Media. El capitán graduado de teniente coronel, don Antonio Rodriguez, ascendió á comandante de escuadrón.

las probabilidades del triunfo? Lo que resolvió inmediatamente, mandando ensillar su caballo y llamando un ayudante que lo acompañase.

Cuando quedamos solos, el señor Alvarado y yo, me expresó este su desconformidad con mi modo de pensar, y su pesar por mi última insinuación que había quizá motivado la resolución de ir el señor Rodriguez al Cuartel General. Recuerdo que me dijo en tono jocoso: *Mi amigo, si nos vá mal, á usted lo he de culpar;* pero yo estaba muy distante de pensar así, y sin duda me engañaba, ó al menos así lo probó el resultado. La operación no me parecía mala, atendidos los informes de Balcarce y La Madrid, y por otra parte creía que aún cuando no obtuviésemos una victoria señalada, no debíamos experimentar un serio contraste. Prescindiendo de la bondad intrínseca de la operación, debía yo calcular con otras mil circunstancias ajenas de ella, que la hacian peligrosa; pero sea la ligereza de la juventud, sea el pueril deseo de lucir en un campo de batalla, mis nuevas charreteras, venció quizá mi vanidad y estuve firme en la opinión del ataque. El señor Alvarado pensó con más juicio.

El general Rodriguez, que nos había dejado en su casa, con orden de aguardarlo, regresó con el asentimiento del General en Jefe, y ya no se trató de otra cosa que de prepararnos para la empresa; recibimos órdenes de alistar nuestros cuerpos, y emprendimos el movimiento en la madrugada del 19, con el regimiento de Dragones, que llevaría muy poco más de doscientos hombres, y el batallón de Cazadores, con trescientos cincuenta. Al anochecer llegamos al punto que ocupaban nuestras avanzadas, que era donde estaban Balcarce y La Madrid, y que solo distaba cuatro ó cinco leguas de Venta y Media.

El 20, mientras descansaba y se preparaba la tropa, el general Rodriguez se hizo acompañar del coronel Balcarce,

del comandante don Antonio Rodriguez, su hermano, del mayor Alvarado, de La Madrid y algunos otros oficiales, y se avanzaron tres leguas, hasta una altura, desde donde se veía distintamente el pueblo de Venta y Media, y habiendo mandado una partida á tirotear y dar la alarma, vieron la fuerza enemiga, cuyo número no calcularon más alto que lo habian hecho anteriormente Balcarce y La Madrid. Todo concurrió á engañarnos, juzgando que la fuerza que íbamos á buscar era igual, si no menor de la que llevábamos. Yo, que era el único jefe que había quedado en el campo, tuve orden á la caida del sol, de avanzar con los dos cuerpos, en la dirección de Venta y Media, en la que me esperaba el General y sus acompañantes.

Serian las ocho de la noche cuando me reuní á ellos en unos ranchos que estaban antes de la mitad del camino, donde hicimos alto para dar un pienso á los caballos y que medio cenase la tropa. Como Mayor nuevo, desempeñaba con tal celo mis funciones, que no descansé, presidiendo personalmente las distribuciones que se habian ordenado; y fué en el momento en que ponía pié á tierra para pensar en mí, que recibí la orden de preparar el cuerpo, para movernos sin la menor demora. Es muy claro, que estando calculadas las distancias y el tiempo, no debía perderse ni un instante para que no fallase la operación de sorpresa que se meditaba. Tuve que resignarme á tomar el estribo, en el momento que lo dejaba, sin llevar un bocado á la boca y sin permitirme el menor descanso.

Serian las once de la noche cuando marchamos, teniendo siempre que ir cuidando la incómoda retaguadia y atendiendo á todos los accidentes que tenian lugar en la columna. El comandante don Antonio Rodriguez, si de capitán había desatendido completamente el servicio de su compañía, de comandante de escuadrón, no era menos extrangero á todos los pormenores que le correspondian. Si continua-

ba en el regimiento, solo era acechando una ocasión favorable para sacar alguna ventaja, y pronto á retirarse si esta no se presentaba.

La noche era extremadamente fría, al menos me lo pareció así, á lo que pienso contribuyó la debilidad de mi físico, pués ese día había tomado muy poco alimento. Se marchó casi sin cesar, pero muy despacio, por la oscuridad de la noche y la aspereza del camino; á las tres de la madrugada del 21, estábamos á la inmediación de Venta y Media, sin que hasta entonces nos hubiese sentido el enemigo. Estábamos en una quebrada en donde hicimos alto, preparándonos para el combate.

En estos momentos solemnes, en que más debe hacerse sentir la acción del que manda, empezó á notarse la vacilación y duda del General, sobre el modo como debía conducir el ataque; para colmo de desgracia, se enfermó, habiéndolo atacado un violento vómito que lo molestó por algún tiempo. Yo y muchos lo vimos atravesar lentamente sobre su caballo, dando fuertes arcadas, que producian su natural efecto. Ya era este un accidente de mal agüero, y si á todos les sucedió lo que á mí, debo creer que se perdieron algunos grados de la confianza que llevábamos de vencer.

Sin embargo, como en mi regimiento, que apenas pasaba de doscientos hombes, iban tres jefes, siempre había creido que el general Rodriguez, nombrase de 2º jefe de la expedición, al coronel Balcarce, ó que al menos le diese una parte en la dirección del todo de la empresa que debía suponer bién meditada y combinada, siendo los dos Jefes que quedábamos en la caballería, más que suficientes para mandar los dos escuadrones que la formaban. Más, no sucedió así; pués, Balcarce quedó simplemente á la cabeza del cuerpo, quedando un vacío inmenso en el mando general y en

la combinación y marcha simultánea de ambas fuerzas, es decir, la infantería y la caballería.

He dicho que debí suponer que todo estaba combinado y previsto, porque todo el día anterior lo había empleado el General, en reconocer los lugares y el enemigo, y en calcular los medios de ataque; en el mismo caso estaban los otros jefes que lo habian acompañado, menos yo que por primera vez veía (si puede verse en una noche) aquellos parajes.

Continuaba nuestra inmovilidad y la perplejidad del General, cuando se oyó un tiroteo bastante vivo, á muy corta distancia; esto provenía del ataque que el mayor La Madrid, que estaba algo avanzado con su compañía, había hecho sobre una gran guardia enemiga, única fuerza avanzada que tenian. Se le mandó otra compañía á reforzarlo, que fué la de mi hermano Julián; más, el ataque y la sorpresa habian sido tan felices, que ochenta ó cien hombres de que se componía la guardia avanzada, fueron completamente acuchillados. Solo salvaron unos cuantos hombres, con el alférez don José María Valdez, quién fué á dar la noticia al cuerpo de vanguardia de que dependía.

Tuvimos entonces orden de movernos, y lo hicimos en la dirección de las descargas y fogonazos que acabábamos de ver y oir. Hasta entonces seguía yo á retaguardia de la columna de mi regimiento, pero en esos momentos se me presentó el comandante de escuadrón, don Antonio Rodriguez, reclamando aquel puesto é indicándome que pasase á vanguardia, al lado del Coronel; lo hice creyendo que el batallón de Cazadores iba inmediatamente adelante, pero cuando llegué, no ví á la infantería. Como el coronel Balcarce me dispensase confianza, no trepidé en preguntarle por ella, y me contestó que no sabía. Viendo entonces el desgreño y falta de la dirección que en aquella ocasión solemne podía importar un descalabro, le dije: *Coronel, la*

patria reclama que tome usted el mando; hágalo que todos le obedeceremos. El Coronel, cuyo espíritu iba sin duda tan atribulado como el mio, prorumpió en un movimiento de exasperación, diciendo casi á voces: *¿Dónde está el General, que si no dá providencias, yo las tomaré?* (1) No sé si afortunada ó desgraciadamente, el General venía algo inmediato, é ignoro si oyó el todo ó parte de tan violento apóstrofe, pero no se dió por ofendido y se contentó con acercarse preguntando: *¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido coronel Balcarce?* Este le contestó: *Señor General, he pedido órdenes que no se me han dado; he solicitado un guía que no se me ha remitido; voy marchando á la ventura, sin saber adonde, y todo presagia un desastre si esto no se remedia.* El general Rodriguez, repuso: *Siga usted con su cuerpo, al batallón de Cazadores.* Más, el Coronel, como dije antes, no sabía de tales Cazadores en la oscuridad que nos envolvía y solo se pudo averiguar que habian pasado adelante. Yo, que en cierto modo había sido el causante de esta reyerta que no tuvo consecuencias, quise también ponerle término, diciendo: *Yo iré á buscar á los Cazadores y avisaré.*

Efectivamente, me adelanté, y á muy corta distancia encontré que la quebrada se separaba en dos ramas, de las cuales no sabía cual seguir. Tomé sin detenerme, una, con la intención de dejarla y volver á la otra, siempre que en dos ó tres cuadras no encontrase al batallón de Cazadores, porque entonces era probable que no llevase ese camino, pués no debía ir muy distante. Afortunadamente encontré al batallón á poco trecho, y pregunté al mayor Alvarado,

(1) A este arranque, raro en la genial moderación del coronel Balcarce, aludía el doctor don J. Ignacio Gorriti, vicario castrense del ejército, cuando pronunciando su elogio fúnebre, dijo, ponderando su inalterable mansedumbre, que solo una vez se le vió exaltarse arrebatado por su celo y por la gloria de las armas de la patria. Balcarce murió de enfermedad, el año 1816, siguiente, en Tucumán, dejando los más gratos recuerdos, por sus virtudes militares y cívicas.

que lo mandaba, adonde iba y qué órdenes llevaba; y me contestó que al pueblo de Venta y Media, porque así se le había prevenido; pregunté otra vez donde estaba Venta y Media, y respondió que no sabía y que no hacía sinó seguir el camino que se le había indicado y por donde continuaba su marcha.

A esta sazón alcancé á distinguir un grupo de caballería que marchaba paralelamente á la derecha de la infantería, y supe que era el mayor La Madrid con su compañía. Me dirijí á él sin tardanza, y le pregunté donde era Venta y Media, y señalando con el brazo, me indicó la dirección, añadiendo que ya alcanzaba á columbrarse la torre de la iglesia. Era así realmente, porque ya el crepúsculo aclaraba el horizonte y permitía, aunque con trabajo, distinguir el edificio-torrecilla de la iglesia del pueblito. Sin perder un instante, despaché dos hombres, uno después de otro, á advertir al coronel Balcarce, cual era la verdadera dirección que debía llevar y notificarle que allí estaban los Cazadores.

Mientras esto, no se dejaba de marchar, y el batallón de Cazadores lo hacía, batiendo marcha sus tambores (no usaban aún cornetas), cuando alcanzamos á ver un cuerpo de infantería, formado en una loma de nuestra izquierda, la que ya presentaba el flanco á la columna del batallón, que llevaba sus tiradores desplegados en guerrilla á vanguardia. Dudamos por un momento si serian enemigos ó una parte del batallón que se decía haberse destinado en esa dirección, pero muy luego nos cercioramos de lo contrario, y el mayor La Madrid y yo, corrimos á advertirlo al mayor Alvarado, que quizá no los había percibido, sin que hasta ahora pueda comprender como dejó de verlos. Más, para que se entienda mejor, quiero hacer una suscinta descripción del campo que fué teatro de este desgraciado combate.

La quebrada era regularmente ancha, y fuera del cauce del rio de Venta y Media, dejaba á nuestra izquierda una llanura como de doscientas varas, por donde marchaba nuestra columna; en seguida y siempre sobre nuestra izquierda, se presentaban como en anfiteatro, dos lomas de poca elevación, siendo la más inmediata la que ocupaba el cuerpo enemigo de que he hablado, y que quedaba separada de la otra por una corta planicie, que debía atravesarse para llegar á la más alta. Otra vez corrimos, el mayor La Madrid y yo, para advertir al mayor Alvarado que el enemigo estaba sobre su flanco. Aquel Jefe entonces varió de dirección á la izquierda, dió frente al enemigo, y sus tiradores rompieron el fuego.

La inacción del enemigo, que no solo pudo antes principiar sus fuegos sinó obrar con mucha mayor ventaja, sobre el flanco de la columna, me hace creer que su sorpresa fué grande al ver una fuerza de infantería, que podía ser la vanguardia de un ejército, cuando quizá solo esperaba hallarse con algunas guerrillas de caballería, como había sucedido en los dias anteriores. Más, no por eso dejó de contestar los fuegos de nuestros tiradores, con la ventaja de la posición y la de que teniendo nuestra línea sus tiradores delante (ya había desplegado el batallón de Cazadores) no podía hacer fuego, mientras el enemigo ofendía á los tiradores desplegados en guerrilla, y á la línea de batalla.

Deseando el mayor La Madrid y yo, cooperar al éxito de este empeño, con el grupo de caballería que tenía el primero, nos propusimos trepar la loma, por nuestra derecha é izquierda del enemigo, con lo que amenazábamos su flanco y lo cortábamos del pueblito, que naturalmente era su base. Así lo hicimos, pero el enemigo antes que pudiésemos cargarlo, se puso en retirada, atravesando la pequeña llanura que dividía las dos lomas, para ganar la más elevada. El mayor La Madrid me propuso cargarlo bruscamente, y me

opuse por el estado de desorden en que estaban los pocos hombres que teníamos, de caballería; preferí seguir amenazando su flanco y procurando anticiparnos á la falda de la otra loma para medio rehacernos, contener el movimiento del enemigo y esperar que nuestro batallón avanzase, para hacer de mancomún, su destrucción. Efectivamente, el enemigo se había contenido y se agrupaba y remolineaba en el mayor desorden, cuando en la cresta de la segunda altura se dejó ver de improviso otro batallón, que tomándonos á boca de jarro, nos abrasó con sus fuegos. Ya no tuvimos más recurso que zafar desordenadamente por entre los dos cuerpos enemigos, para descender la loma por el otro costado del que la habíamos subido. Entre tanto, ¿qué habian hecho nuestros Cazadores? Nada; cosa ninguna; tan solo se dejaron sentir unos cuantos volteadores en el perfil de la primera loma, después que la abandonó el enemigo, y cuyos débiles fuegos no tuvieron efecto alguno.

Cuando descendimos la predicha loma, acribillados por un diluvio de balas, encontramos al regimiento de Dragones que llegaba al pié de ella, por la izquierda del batallón nuestro, y el coronel Balcarce no trepidó un momento en cargar, sin embargo de la posición del enemigo, casi inexpugnable para la caballería. Ya incorporado al regimiento, me encontré en esta nueva carga, en la cual vencimos la primera loma y llegamos casi hasta el pié de la segunda, donde se habian reunido ya los dos batallones enemigos, los que colocados en muchas filas, la coronaban perfectamente, pudiendo además disparar todos por la rápida pendiente del terreno. El fuego fué entonces de los más vivos que he sufrido en mi carrera militar, y es más que seguro que en muy pocos minutos hubiéramos desaparecido todos, sin la pronta y rápida retirada que nos vimos precisados á practicar.

Rechazados finalmente hasta el bajo, se quiso en vano

reorganizar el cuerpo; la tropa con muy poca disciplina, no se prestaba á esta operación, que el movimiento ofensivo del enemigo hacía por otra parte, muy difícil. El batallón de Cazadores, que se conservaba formado, empezó un movimiento retrógrado y principió á desbandarse, sin haber disparado un tiro, fuera de la compañía de volteadores. El enemigo siguió avanzando, y la derrota se hizo general y completa.

Todo esfuerzo para reunir nuestra tropa me pareció inútil, y me contraje á seguir la retirada entre los que venían más próximos al enemigo, para salvar mi honor individual, dar ejemplo y remediar lo que pudiese. Venía solo, porque el porta-estandarte Ferro, que me acompañaba, había recibido un balazo, en la carga, que lo había hecho retirarse. Alcé á la grupa, para salvarlo, á un oficial de Cazadores, é iba haciendo recojer los fusiles que encontraba tirados, con los soldados de caballería que llegaban á aproximarse (1), y yo mismo quise llevar uno y dar otro al oficial que conducía á la grupa, para lo que había parado mi caballo y dado el frente al enemigo, mientras un soldado que se había desmontado, me lo alcanzaba. En este momento sentí un fuerte golpe en el brazo derecho, que si bién conocí que era de bala, creí que solo fuese una contusión, por el poco dolor que de pronto me causó.

Sin embargo, el brazo perdió su fuerza y yo tuve que dejar el fusil y tomar la espada con la otra mano, pero sin ver sangre ni herida, porque el frio me había obligado á conservarme con un capote de grandes cuellos que me

---

(1) Debe tenerse presente que en el Perú, y aún en estos países, en aquella época el armamento era escaso, y que nuestros ejércitos, sobrando brazos, no se podian aumentar muchas veces, por falta de fusiles. Alguna vez se armaron de lanza, hombres á pié, por falta de ellos.

cubrian el pecho y los brazos, hasta la cintura. Por otra parte, con mi detención se había aproximado tanto el enemigo que no se podía pensar en otra cosa que en alejarse, lo que me era tanto más urgente por ser de los últimos que lo verificaban. Mi brazo se entorpecía cada vez más, y el dolor que sobrevino me advirtió que era algo más que contusión lo que lo afectaba; un poco más tarde observé que la sangre salía en abundancia, por la manga de la casaca, y que el pantalón, la bota, la falda de la silla, el mandil y hasta la barriga del caballo, iban cubiertos de ella; su pérdida empezaba á producir la debilidad, y esta á causarme desvanecimientos de cabeza, lo que me hizo ver que era preciso contener la hemorragia. Recuerdo que se me aproximó un cabo Soria, de mi regimiento, á quién dí mi pañuelo y le previne que me atase el brazo; él lo tomó y se propuso hacerlo, pero viendo que era indispensable detenernos algo, me dijo: *Mi Mayor, tenga un poco de paciencia y trate de adelantar un poco más, antes que reciba otro balazo que acabe de inutilizarlo.* Era justa la observación del cabo, pués el enemigo estaba muy inmediato, nos perseguía con tenacidad y sus fuegos no se debilitaban. Cerca de dos leguas duró la persecución, y yo tuve que seguir desangrándome copiosamente, hasta que el teniente don Felipe Heredia (hoy General en Buenos Aires), me ligó el brazo con su corbata y me lo puso en cabestrillo, lo mejor que pudo.

Cuando el enemigo cesó de perseguirnos, yo estaba tan debilitado con la falta de alimento del día anterior y la mucha pérdida de sangre, que se me iba la cabeza y me faltaba la fuerza para sostenerme en el caballo, pero me dieron unos tragos de aguardiente con agua, y me recuperé, no consintiendo que me tuviese un soldado por detrás, ni me tirasen el caballo, para lo que ya me habian quitado las riendas de la mano. Solo cuando se me pudo adminis-

trar un pésimo caldo, fué cuando me recuperé enteramente (1).

Ni en la acción, ni en la persecución no se vió caballería enemiga, y solo oí decir á algunos, que habian percibido unos cuantos hombres en dirección al pueblo. Es seguro que si se hubiese empleado esta arma para completar nuestra derrota, hubiéramos escapado muy pocos y que yo no hubiera podido lograrlo absolutamente. No obstante, nuestra pérdida fué grande, pués el batallón de Cazadores perdió, entre muertos y prisioneros, tres cuartas partes de su fuerza, y los Dragones, como treinta hombres, entre muertos y heridos, incluso un jefe y tres oficiales. La pérdida de oficiales fué proporcionada en el batallón de Cazadores, pués murió el capitán Villademoros (padre del ministro de Oribe, en el sitio de Montevideo) y otros, y fueron prisioneros los capitanes Cruz, Salvadores y algunos subalternos que no recuerdo.

En esa misma mañana llegamos al punto de donde habíamos partido la tarde antes, y después de comer, la tropa continuó nuestra marcha, haciendo nuestra entrada en Challanta con los mutilados restos de la división, el día 22. Se preparó una casa donde me alojé con dos oficiales más, heridos, el teniente Torino y el porta-estandarte Ferro, para proceder á mi prolija curación.

El suceso de Venta y Media fué un golpe de muerte para la popularidad y crédito del general Rodriguez, como por el contrario lo hubiera aumentado inmensamente si se hubiera obtenido la victoria. Es seguro que en este caso hubiera aspirado, á cara descubierta, á tomar el mando en

---

(1) Si alguno leyese esto, quiero que disimule esta minuciosa narración, porque, como otra vez dije, es una memoria privada que quizá no saldrá del círculo de mi familia. Además, de que si alguno quisiera darle otro destino, podría segregarle lo inútil.

jefe del ejército, pués aún sin eso lo pretendía secretamente, lo que daba lugar á mil intrigas y á mantener una constante división entre los jefes. El coronel Arenales, que nos había traido un crecido regimiento (el núm. 12) de dos batallones, el mismo con que triunfó en la Florida, hombre de juicio, providad y peso, se había retirado con pretexto de enfermedad, para no mezclarse en las disensiones que amenazaban al ejército (1). Otros jefes no menos juiciosos, miraban también con horror estos manejos y los contenian hasta cierto punto, con su circunspecto modo de proceder.

La reputación del general Rodriguez sufrió, como he dicho, un golpe terrible, y desde entonces todos sus sueños de ambición se hicieron imposibles. Lo conoció él, y solicitó dejar el ejército para volver á su presidencia de Chuquisaca. El general Rondeau se lo concedió inmediatamente, librándose así de un rival incómodo. El coronel Balcarce, quedó entonces al frente del regimiento de Dragones, y se propuso con toda la eficacia de su celo, restablecer la disciplina y el orden alterado por tanto tiempo. Le hubiera ayudado en esta honrosa tarea, con todas mis fuerzas, pero mi herida me retenía sujeto á una penosa curación.

El general Pezuela, que el día del combate acudía con una parte de su ejército, desde Sora-Sora, que dista cuatro leguas, á sostener á su vanguardia atacada en Venta y Media, quiso sacar provecho de aquella ventaja y movió

---

(1) Nada he dicho del gobierno de Cochabamba que fué conferido al coronel Arenales durante el mando del general Belgrano, y del de Santa Cruz, que fué dado al coronel Warnes. Ambos Jefes se conservaron combatiendo por la buena causa, en el Perú, no obstante los desastres de Vilcapugio y Ayohuma. Como esta no es una historia, sinó una simple memoria, en que consigno lo que presencié, no he hecho mérito de esos sucesos memorables. Si me lo permite el tiempo y mi salud, escribiré lo que llegó á mi noticia de esas campañas y un examen crítico de lo que presencié.

luego su ejército para buscarnos en Challanta. Es probable que el general Rondeau hubiera tenido que aceptar la batalla, contra su voluntad, ó emprender una retirada precipitada y quizá desastrosa, sin un incidente casual que vino en su auxilio.

Al atravesar el ejército Real, las alturas intermediarias, y cuando se había puesto á ocho ó diez leguas del nuestro, sin ser casi sentido, sobrevino una espantosa nevada, que no solo inutilizó los caminos, sinó que hizo perecer la mayor parte de las bestias de carga. Tuvo Pezuela que hacer alto, lo que nos dió tiempo para emprender una marcha de flanco que nos condujo á la hermosa y fértil, al mismo tiempo que patriota, provincia de Cochabamba.

En los primeros dias de Noviembre (el 4 si no me engaño) se movieron los hospitales, equipajes y demás bagajes, debiendo el ejército hacer lo mismo en la mañana siguiente. Yo, en un estado de bastante postración á causa de mi herida, tuve que ser de los primeros. Se me instó para que me fuera á Chuquisaca y lo rehusé obstinadamente, conducido por un excesivo pundonor que me aconsejaba no separarme del ejército. Muchos jefes, que con el mayor escándalo llevaban concubinas, según lo he indicado en otra parte, tuvieron también que hacerlas adelantar con los bagajes; de modo que se vió el estrecho camino que seguíamos, atrabancado de enfermos, de cargas, de equipajes y de mujeres de distintos rangos (permítaseme la expresión), á que servian y acompañaban escojidas partidas de soldados. La primer jornada, después que salimos de Challanta, fué en un lugarejo miserable, en donde apenas había dos ó tres ranchos que estaban, cuando llegué, atestados de gente, y cuando pedí víveres y forrajes para mis cabalgaduras, me contestó el indio encargado de suministrarlos, que no los había, porque todo lo habian tomado los soldados que traía la coronela tal, la tenienta coronela cual, etc.

Efectivamente, ví una de estas prostitutas que, además de traer un tren que podía convenir á una marquesa, era servida y escoltada por todos los gastadores de un regimiento de dos batallones, y las demás, poco más ó menos, estaban sobre el mismo pié. Esto sucedía mientras los heridos y otros enfermos caminaban, los más, á pié, en un abandono difícil de explicar y de comprender. Dije mal cuando llamé hospitales á una reunión de desgraciados que se arrastraban, y de los que algunos morian miserablemente. Más, el primer día no fué nada en comparación del segundo, en que se emprendió la marcha temprano.

Antes de media mañana empezó á llover copiosamente, y sin embargo, la carabana seguía, porque las noticias del enemigo eran premiosas y las órdenes de adelantar camino, en la misma proporción. Creo que este mismo temporal, que á nosotros nos mandaba raudales de agua, fué el que produjo la nevada en las cumbres que ocupaba el enemigo, y sin la que se nos hubiera puesto á tal distancia que hubiera sido forzoso aceptar la batalla ó acelerar la retirada precipitadamente. La lluvia continuó todo el día y marchábamos por una quebrada, por donde corre un arroyuelo de poquísima importancia; sin embargo, en proporción que avanzábamos, el arroyuelo aumentaba con la lluvia y avenidas, y su paso, que era preciso hacer á cada momento, era cada vez más dificultoso. Fuera de algunos pobres ranchos, que de vez en cuando se veian á alguna distancia, el camino era enteramente despoblado, y esos pocos ranchos estaban llenos de la gente que primero había llegado, en términos, que era casi imposible hallar un alojamiento cualquiera. Agréguese á esto que no aparecía ningún jefe ni encargado para arreglar aquella turba que marchaba á discreción y en el más completo desorden. Hubo algunos febricitantes y otros enfermos de no menos gravedad, que marchaban á pié, temblando, y que al llegar al arroyo que

tenian que atravesar, se detenian á considerar si sus fuerzas les bastarian para conseguirlo; alguna vez se condolian de ellos los que iban á caballo y les ofrecian la grupa; otros emprendian solos la tarea ó quedaban abandonados.

Yo iba siempre acompañado de los dos oficiales heridos de mi regimiento, de quienes ya hice mención, y de un religioso de San Juan de Dios, Fray Manuel, que hacía las veces de cirujano en mi regimiento y á quién se había encargado mi asistencia. Era una gran dificultad, cuando ya declinaba la tarde, saber donde pasaríamos la noche, cuando nos alcanzaron el capellán del General en Jefe, Fray Isidro Mentaste (hoy en la Banda Oriental con Oribe) y el capitán de Ingenieros, don Felipe Veltres, quienes me dijeron que á dos leguas adelante se encontraban los molinos de Huancurí, donde hallaríamos comodidades y perfecta hospitalidad, y adonde ellos mismos se dirigian.

Á pesar de mi estado, resolví hacer un esfuerzo para llegar á dichos molinos, y por consejo de los mismos, nos adelantamos de nuestro equipaje, dando orden á los conductores que siguiesen hasta encontrarnos. Con efecto, llegamos á los molinos á media tarde, pués aunque habíamos logrado sobrepasar á toda la turba que seguía el camino, de modo que no había peligro de que nos viniese á envolver, nos encontramos con la casa, que era de bastante comodidad, enteramente sola; su dueño sabiendo los huéspedes que le venian (hablo de la muchedumbre) había emigrado, llevando toda su familia y hasta sus muebles, que probablemente habría ocultado entre los cerros difíciles, como acostumbran hacerlo en iguales casos. A nuestros asistentes que conducian las camas y equipajes, les ocurrió otro inconveniente, de modo que no pudieron llegar, y tuvieron que pasar la noche bastante lejos del lugar que nosotros ocupábamos. El rio había crecido más tarde, en términos, que no les fué posible pasarlo, lo que hizo que

nos viésemos en una casa abandonada, empapados, sin camas y sin ropa para mudarnos.

Las heridas de mis compañeros eran menos graves que la mia, pués no tenian fractura, de modo que requería más cuidado. Sin embargo, luego que llegamos y nos hubimos alojado en el oratorio de la casa, nos ocupamos los tres enfermos en hacer fuego; Torino tenía libre su mano derecha, siendo su herida en la izquierda, y yo, al contrario; Ferro que tenía una pierna inútil, no podía caminar. Logramos hacer fuego, y para alimentarnos se quemó el atril y algún otro mueble menos importante, de la capilla; con iguales trabajos pudimos condimentar nuestra cena. Para poder dormir tuve que servirme de un colchón inútil que habian dejado tirado.

Á la mañana siguiente llegaron nuestras gentes, y ya principiaba á aproximarse la multitud viajera, cuando emprendimos de nuevo nuestra marcha. No tardó en hacerse sentir una terrible inflamación que sobrevino á mi herida, de resulta de la mojadura, y desabrigo del día anterior; más, no fué ese día, sinó el siguiente, que el mal se desarrolló en toda su fuerza. El brazo se me hinchó extraordinariamente y se me puso tan sensible, que el movimiento del caballo me era insoportable; principalmente en las cuestas ó caminos quebrados sufría dolores horribles al atravesarlos. Por fin, al tercer día llegamos al pueblo de Arque, que está muy bién situado, y tiene buenas casas y otras comodidades. Allí pude detenerme ocho dias y curarme con más descanso. Llegó el ejército, y cuando fué preciso marchar yo no podía hacerlo ya á caballo; mi amigo don Diego Balcarce y mi hermano Julián, me construyeron una especie de *andas*, que cargaban cuatro indios, al hombro, y en ese tren pude continuar hasta Cochabamba.

El ejército no tardó en llegar á las inmediaciones de la ciudad, pero sin entrar en ella, pasó á situarse en la llanura

de Sipe-Sipe, que está á cuatro leguas, y en la desembocadura del camino que debía traer el ejército Real. Este, cuando supo nuestro movimiento sobre Cochabamba, no siguió nuestros pasos, sinó que se dirigió á tomar otro camino mejor, que lo llevaba á la misma provincia, que es el que viene á dar á la llanura de Sipe-Sipe, en donde está situado el pueblo del mismo nombre.

Antes de entrar en los detalles de la batalla de este nombre, diré algo sobre el general Arenales y su cuerpo, el regimiento núm. 12, que como he indicado, se había reunido al ejército con más de mil hombres. Este digno Jefe, que no era más que coronel, había sido nombrado dos años antes por el general Belgrano, Gobernador de la provincia de Cochabamba. Cuando los desastres de Vilcapugio y Ayohuma obligaron á los restos salvados del ejército á retirarse á Tucumán, Arenales quedó en Cochabamba, cortado, abandonado y en un completo aislamiento. Este bizarro Jefe tuvo que abandonar la capital; pero sacando la fuerza que él mismo había formado y los recursos que pudo, se sostuvo en la campaña, retirándose á veces, á los lugares desiertos y escabrosos, y aproximándose otras, á inquietar á los enemigos, á quienes dió serios cuidados. Estos destacaron fuertes divisiones para perseguirlo, á los que combatió con éxito vario y algunas veces glorioso. La acción más recomendable que tuvo, fué la de la Florida, donde derrotó completamente una división enemiga y donde él mismo recibió las horrorosas heridas, cuyas cicatrices, que hacian más imponente su semblante, lo acompañaron hasta el sepulcro.

A pesar de los esfuerzos de los jefes realistas, Arenales se conservó en el Alto Perú, con una fuerza de alguna respetabilidad, con la que se reunió al ejército, según lo he indicado. Era compuesta casi en su totalidad, de cochabambinos, que fueron siempre los más decididos por la causa

de la independencia, sin embargo de los terribles estragos que desde Goyeneche hicieron en aquella hermosa provincia para castigar su adhesión á nuestra causa. Aunque dicha fuerza no estuviese en un pié brillante de instrucción, ni estuviese adiestrada según la táctica moderna, tenía subordinación y entusiasmo, y con estas disposiciones hubieran podido sacarse grandes ventajas. ¡Ah! por qué no se aprovecharon!

Al mismo tiempo que fué destinado á Cochabamba el coronel Arenales (1813), fué á Santa Cruz el coronel don Ignacio Warnes, en calidad de Gobernador de la provincia. Como Arenales, quedó secuestrado de nuestro ejército después de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, y como él, se sostuvo sin que pudiesen penetrar, sinó con mucho trabajo, los españoles, en su territorio. Siendo más remota la provincia de Santa Cruz que la de Cochabamba, le fué más fácil á Warnes conservarse en ella y preservarla de la ocupación de los realistas; pero por ser él de un genio bastante áspero, se había formado un partido contrario, el cual, cuando el general Rondeau penetró en el Alto-Perú en 1815, hizo fuertes reclamos y pidió su remoción; el general Rondeau accedió y mandó á reemplazarlo al coronel don Santiago Carrera, quién llegó á la capital y fué reconocido sin oposición, por las autoridades y vecindario. Warnes, no recuerdo con qué motivo ó razón, había emprendido una expedición sobre Chiquitos (donde había batido á los españoles y muerto al Gobernador realista Altolaguirre); de modo que no estaba en la ciudad de Santa Cruz cuando llegó su sucesor.

Sin desobedecer abiertamente, se dejó estar en Chiquitos con la principal fuerza de la provincia, mientras se tramaba en la capital una conspiración de la plebe contra Carrera, la que estalló, perdiendo en ella la vida el mismo Carrera. De hecho quedó de gobernador, Warnes, y volvió

á tomar las riendas de la administración. Como en estos momentos fueron los sucesos de Venta y Media y Sipe-Sipe, poco se supo en el ejército de la determinación que había tomado el General, y hasta ignoro si pensó tomarla. Es probable, tanto por el carácter débil del general Rondeau, como por las dificultades que lo rodeaban, que dejó andar las cosas, sin ocuparse mucho de aprobarlas ó desaprobarlas.

Son hechos estos que fueron poco y muy imperfectamente conocidos. La campaña del general Arenales es natural que sea tratada por su hijo, el coronel don José Arenales, que ha escrito ya otras obras. Las de Warnes es de temer que no tengan un historiador tan prolijo. A mí, sin documentos, sin papeles de ninguna clase, sirviéndome únicamente de mi memoria y después de más de treinta años de trascurso, me sería imposible hablar más detalladamente. Básteme decir que ambos jefes, sin instrucciones, sin recursos, sin comunicaciones con el Gobierno ni con el ejército, inspirados por su celo y patriotismo, sostuvieron una diversión utilísima é importante, para que todo el poder real cayese sobre las Provincias Bajas, que eran la base, la cuna y el astillero de la revolución.

Para concluir agregaré que después de la batalla de Sipe-Sipe, el señor Arenales siguió la derrota de nuestro ejército, sin que se pensase, porque nada se pensaba, en dejarlo otra vez, para que repitiese las hazañas anteriores. No así el señor Warnes que quedó en su provincia de Santa Cruz, para conservarse algún tiempo, hasta que el año siguiente marchó contra él una división realista y lo batió, muriendo él mismo en el combate. La provincia de Santa Cruz volvió entonces al yugo español, sin quedar más que algunos caudillos (el principal era un tal Mercado, que había ido con Warnes en clase de teniente de infantería) que eran de menos importancia y que hacian una guerra insignificante de partidas.

Había otros muchos jefes de tropas irregulares que hostilizaban á los españoles, como Lanza, Camargo, Padilla, Centeno y otros mil, que reunian gente colecticia y hacian la guerra á su modo; pero que frecuentemente eran batidos y escarmentados por las aguerridas tropas realistas. Algunos de estos se reunieron al ejército, pero sin que sus bandas indisciplinadas aumentasen la fuerza y verdadero poder de nuestras armas, porque (al menos en una batalla) nada añadian de peso en la balanza. No obstante, se podía haber sacado gran provecho, dejando obrar á su modo las *republiquetas* (1) y tomando la juventud más adecuada para aumentar hasta donde fuese posible las tropas de línea. No se supo sacar partido del entusiasmo de los peruanos, ni de los recursos de aquel país; por el contrario, se renovaron las antipatias locales y predispusieron la separación de aquellas provincias, que quizá jamás volverán á pertenecer á la República Argentina. No podría escribirse sobre esto, sin irritar heridas mal cerradas, ni herir susceptibilidades que no es mi ánimo ofender; lo dejaré, pués, para ocuparme de la célebre batalla de Sipe-Sipe.

Cuando llegué á Cochabamba había cedido algo la inflamación de mi herida, y se empezaba á restablecer mi salud. Mis compañeros estaban mucho más adelantados en su curación que yo, en términos, que el porta-estandarte Ferro pudo ya montar á caballo, y se fué al regimiento para hallarse en la próxima batalla, en que recibió otro balazo que lo llevó á la eternidad.

En el llano de Sipe-Sipe, según me lo han descripto, se eleva una loma de suave pendiente que tiene de extensión

---

(1) Nombre que se dió vulgarmente á esas reuniones expontáneas de hombres mal disciplinados y peor dirigidos, sin armas, sin reglas y sin táctica. En una palabra, eran las montoneras de las Provincias Bajas, que recibieron ese nombre en el Perú.

algunos miles de varas. En ella tomó posición nuestro ejército, dominando de aquel modo la llanura; pero esta no era la principal ventaja que pensaba sacar el general Rondeau, de la situación, pués le ofrecía otra la desembocadura del camino que traía el enemigo, por una quebrada áspera y estrecha. Esta quebrada, camino indispensable para salir de la sierra al llano, está dominada por ambos lados, por terrenos elevados, que habiendo sido ocupados por una numerosa vanguardia á las órdenes del coronel don Cornelio Zelaya, debian impedir al enemigo su salida y despliegue en la llanura de Sipe-Sipe.

Había aún otra altura que dominaba á las que nuestras tropas habian ocupado, la que fué declarada inaccesible por su mucha pendiente y por lo áspero de su escarpa. El 26 de Noviembre estuvo el enemigo á la vista; el 27 probó vencer la resistencia que se le oponía, pero desistió después de un combate empeñado. El 28, habiendo tomado mejor sus medidas, atacó decididamente, ocupó la altura reputada inaccesible, dominó nuestras posiciones y las hizo desalojar, arrollando en seguida nuestra vanguardia y saliendo al fin, con muy poca pérdida, al llano que tanto se le había querido disputar. Este fué el mayor esfuerzo, quizá el único que hicieron nuestras tropas, las que se replegaron sobre nuestra línea, viniendo el enemigo á establecer la suya, esa misma tarde, enfrente de la nuestra y á media legua de distancia.

En la madrugada del 29, el enemigo empezó á correrse por su flanco izquierdo, y continuando este movimiento de flanco, circularmente, vino á quedar formado sobre nuestra derecha. El general Rondeau se vió precisado á un cambio de frente, para el cual le fué forzoso descender de la elevada posición que ocupaba, extendiendo sus dos alas, á ambos lados de la loma en que había tenido su línea; tan solo le sirvió esta para colocar ventajosamente dos piezas de

artillería que jugaron desde la falda siempre algo elevada, de la colina. En este cambio de frente hubo, según se me ha asegurado, una equivocación voluntaria, ó mejor diré, clásica desobediencia, que pudo por sí sola, comprometer la batalla.

El orden de esta, según lo había dispuesto el General en Jefe, colocaba al regimiento núm. 9 á la derecha y en seguida el núm. 1; más, el coronel Forest se creyó agraviado y había cedido con repugnancia la colocación que pretendía pertenecerle. Cuando recibió la orden para descender la colina y practicar el cambio de frente prescripto, se adelantó al núm. 9 y se colocó dejando un intervalo para que este lo ocupase, quedando él entonces á la derecha de la línea. El coronel Pagola, que mandaba el núm. 9, quiso dirigirse á tomar la derecha del núm. 1, pero en aquellos momentos, en que el enemigo se movía avanzando ya, le pareció más prudente, y con razón, encajonar en el claro que le habian dejado, antes que entrar en una disputa perniciosa: así lo hizo.

El enemigo, luego que hubo concluido su movimiento, se lanzó al ataque sobre toda la extensión de nuestra línea, triunfando en todas partes sin dificultad, sobre un ejército desmoralizado y vencido desde antes, por el desorden y la anarquía en que lo había constituido la insubordinación de los jefes. Parecía increible, pero yo doy entero crédito á las relaciones oficiales del enemigo que, si no me engaño, no hacian subir ni con mucho, su pérdida á cien hombres. El regimiento núm. 6, que estaba en reserva, tuvo orden de apoyar una ala, á la que flanqueaban, y se disolvió antes de llegar á la línea, sin disparar ni un fusilazo. Tan solo los Granaderos á caballo que estaban á la derecha, dieron una carga que contuvo momentáneamente los progresos del enemigo; en la izquierda, los Dragones hicieron más ó menos lo mismo y aún hubieran hecho más, sin la casuali-

dad de una bala que atravesando las quijadas del caballo que montaba el coronel Balcarce, cortó las cabezadas del freno, dejándolo enteramente sin gobierno en el momento más crítico y en que más necesaria era su dirección y su ejemplo. Sin duda fué debido al respeto que impuso nuestra caballería, la débil persecución que sufrió nuestro ejército, de que resultó también poquísima pérdida en el campo de batalla.

Más, no por eso fué menos el descalabro, pués el desbandamiento fué tan completo, y la ineficacia, la debilidad de los jefes ó su impericia tan grande, que no se pensó en reunir los dispersos, que continuaron por muchos dias marchando á su placer, internándose muchos por el país, perdiéndose para el ejército hasta Chuquisaca, que hay más de ochenta leguas.

Yo había permanecido en Cochabamba, donde me reuní con los médicos del ejército, Tejerina y Argerich, que estaban también enfermos, fuera de Torino que siempre me acompañaba.

El 28, sabiendo que el ejército enemigo había vencido la quebrada y que una acción general iba á empeñarse, no quisimos esperar sus resultados embodegados en una casa de la ciudad y á una larga distancia de nuestras cabalgaduras que pacian fuera de ella. De común acuerdo, salimos esa tarde á situarnos en una quinta, á una legua de distancia, en la avenida del campo de batalla. Eran las diez de la mañana y no se había oído ni un cañonazo, ni tenido el menor indicio de la acción, lo que nos hacía creer que se había postergado; pués, en los dias anteriores se había oído muy distintamente hasta el fuego de la fusilería. Sea que el viento fuese contrario, ó lo que es más cierto, que habiendo descendido al bajo, las alturas intermedias interceptaban el sonido, lo cierto es que ese día aciago nada supimos hasta que empezaron á llegar y pa-

sar las bandas de derrotados, sin jefes ni oficiales, porque estos iban también como podian, cada uno por su lado.

Ya se comprenderá que nos apresuramos á seguir el mismo movimiento, teniendo mucho que aplaudir nuestra resolución de la víspera. A las pocas horas llegamos á Torata, lindo pueblecito situado en el hermoso valle de Clisa, con buenos edificios, bastante población y mucho comercio. Allí se hallaba retirado el coronel Arenales, quién en el acto tomó las providencias oportunas para reunir los dispersos y atajar el desorden de la derrota. Señaló un cuartel donde se reunian y donde se daba una comida preparada de antemano, á los que llegaban; se tomaba razón de las armas, etc. Pero este digno Jefe no pudo seguir su benéfica inspiración, y al anochecer tuvo que abrir las puertas del cuartel y dejar que continuase la horrible dispersión. No había ninguna orden del General en Jefe, ni una noticia de su dirección, de sus intenciones, ni de sus miras, ni disposición de ninguna especie. Los rumores que llegaban eran cada vez más alarmantes, y había oficiales que daban al soldado el ejemplo de la insubordinación y del desorden, cuando por su propia seguridad les hubiera convenido retirarse en un cuerpo reunido, más ó menos numeroso. ¡Ah! ¡Qué comparaciones hacíamos con esas retiradas del general Belgrano, en que habiendo dejado tres cuartas partes de su ejército en el campo de batalla, salvaba la que le quedaba, conservando la disciplina y el honor de nuestras armas! ¡Qué comparación con aquella espantosa fuga, en que habiéndose salvado todo el ejército, se perdió en su mayor parte por la inepcia y la más crasa incapacidad!

Aún había otra ventaja que pudo aprovecharse, y era la adhesión que siempre manifestó á nuestra causa, más que ninguna otra provincia del Perú, la de Cochabamba, lo que hubiera contribuido eficazmente, si el General y los jefes

hubieran manifestado una pequeña parte de ese espíritu, de ese celo y de esa energía en la desgracia, de que les había dado ejemplo el general Belgrano (1). Los jefes que quisieron hacer algo en este sentido, no dejaron de recojer el fruto y recomendarse; el coronel Zelaya presidió una reunión que subió á cuatrocientos hombres, que fueron los únicos que llegaron en tal cual orden á Chuquisaca.

El teniente coronel don Alejandro Heredia (el mismo que después fué asesinado, siendo Gobernador de Tucumán), había recibido una lijera contusión, y se incorporó con nuestra comitiva, como también otros oficiales. En la mañana del día 30, hallándonos en el pueblo de Araní, nos propusimos reunir la tropa dispersa que se pudiese y conducirla en orden, á nuestro destino. El teniente coronel Heredia era el más graduado y á quién le correspondía el mando, que sin dificultad tomó. Continuando siempre nuestro camino y hallándonos esa tarde en un lugar casi desierto, teníamos ya más de ochenta hombres medianamente regularizados; más, empezaron los rumores falsos, las noticias exageradas y todo se perdió; tan breve se habian visto grandes polvaredas á nuestra retaguardia, que debian ser del enemigo, como llegaban algunos que maliciosamente aseguraban haber visto gruesas divisiones que nos

(1) Atravesábamos lentamente la plaza del pueblo de Torata, el mismo día de la derrota, y pasábamos por delante de varias tiendas cuyas gentes habian salido á las puertas. En una de ellas estaba una bizarra mocetona que sin duda era la dueña, cuyas miradas y semblante nos expresaban la más viva simpatía. Al fijarse en mí, sin duda por mi palidez, extenuación y ver mi brazo pendiente de un vendaje hecho á propósito, exclamó: *Pobre niño, vá lastimado;* y haciéndome seña para que me detuviese, entró corriendo á sacar un pañuelo lleno de panecillos de chocolate que quiso absolutamente que aceptase. Como no tuviese en qué cargarlos, advirtió que las pistoleras de mi silla iban vacias y las llenó cuanto se pudo. Esta acción con una persona que veía por primera y última vez, me agradó tanto, que he conservado un recuerdo grato de ella. Eran casi generales estas buenas disposiciones en aquella patriótica provincia.

perseguian. El señor Heredia perdió la cabeza y empezó á marchar día y noche desatinadamente, lo que causó no solo que no se aumentase la reunión, sinó que volviese á dispersarse la que se había formado. Yo mismo, no pudiendo por el estado de mi salud seguir tan forzadas marchas, tuve que quedarme atrás, acompañado de mi fiel amigo, el médico Tejerina, y de mis ordenanzas.

Los interesados en el desorden eran los que promovian esas falsas alarmas, llegando hasta simular una guerrilla, de noche, disparando tiros para hacer huir á los que iban más adelante; aterrorizados estos, abandonaban al momento equipajes y cualquier otro cargamento, que entraban luego á saquear los supuestos enemigos. Tres cargas de baules con los equipajes de los médicos Tejerina, Argerich y Vico, se perdieron de ese modo, casi á nuestra presencia; y la Comisaría, que por haberse hecho retirar antes de la acción estaba salva, corrió la misma suerte. Entre tanto, mi carga que era de poquísima importancia se salvó, fuese porque tomé mejor mis medidas, ó por el tal cual respeto que inspiraba un jefe gravemente herido, ó quizá por su poco valor.

El general Rondeau había salido del campo de batalla, arrastrado como todos, por el desorden de la derrota; pero lo admirable es que solo iba acompañado de dos ó tres de sus ayudantes, sin que un solo individuo de tropa viniese á aumentar su comitiva. Así sucedía que en las paradas, cuando estas no se hacian en casas donde se les prestasen los necesarios servicios, lo que sucedía muchas veces, tenía que ir personalmente á dar agua á su caballo, si alguno de sus ayudantes no estaba por casualidad pronto á hacerlo en su lugar. ¿Era que el General en Jefe huyese de ponerse en contacto con los miles de dispersos, que por diversos caminos y sendas seguian la misma dirección? ¿Era que el prestigio del General hubiese sufrido un menoscabo tan

terrible que nadie quería reunírsele? Sea lo que sea, lo cierto es que el General llegó solo á Chuquisaca, después de haber andado más de ochenta leguas, sin que en diez ó doce dias que duró esta travesía, se oyese impartir una sola orden suya, ni invocar su nombre, ni se percibiese el menor acto ó disposición de su parte, si no para reparar, para hacer al menos que no fuese tan sensible el desastre que acabábamos de sufrir.

Si por lo que hemos dicho se hubiese de medir el mérito militar del general Rondeau (tan recomendable por otra parte, por su moderación, patriotismo y otras virtudes que no se le pueden negar), sería inexplicable como este Jefe pudo mandar el ejército que sitiaba á Montevideo, con tanto acierto y gloria. En tal conflicto, estoy inclinado á creer que la insubordinación de los jefes á quienes desde la asonada de Jujuy, debía el mando del ejército, y la consiguiente indisciplina, había influido en su ánimo de una manera tan desventajosa que le faltaba la resolución necesaria para hacerse obedecer, y en tal situación prefería (erradamente sin duda) dejar correr las cosas, á verse contrariado con una insolencia de que hay pocos ejemplos. Más adelante se hallaron pruebas que justificaron este pensamiento.

El general don Francisco Cruz, mayor general del ejército, había recibido una herida en un brazo, que aunque no de gravedad, le obligaba á ocuparse de su curación. Por esta razón no fué extraño que siguiese la derrota en los mismos términos que lo hacian los que no tenian un motivo semejante; los demás jefes hicieron otro tanto á excepción del coronel Zelaya que, como he indicado, reunió un cuerpo de cuatrocientos hombres y marchó con tal cual regularidad. Este fué el núcleo sobre que empezó en Chuquisaca á medio reorganizarse el ejército, lo que en aquellas circunstancias recomienda altamente á dicho Jefe. He dicho en las circunstancias, porque lo que en otra cualquiera oca-

sión hubiera sido un servicio común, en aquel desquicio y repugnante abandono, venía á ser una acción relevante y extremadamente meritoria (1). No recuerdo los jefes que acompañaron al coronel Zelaya, sin lo que me haría un deber de nombrarlos.

En Chuquisaca permanecimos unos cuantos dias, hasta que el enemigo se hizo sentir. El General había salido poco antes á Yotala, pueblito situado á dos leguas de Chuquisaca, y había ordenado que fuese allí la reunión del ejército; allí se hizo, si puede llamarse reunión un amontonamiento de hombres, de bagajes, de mujeres, de familias, etc. Desde allí se emprendió la marcha, dejando á Potosí á nuestra derecha y tomando por el pueblo de Puna y Tumusla, para reunirse en Escara, cinco leguas antes de llegar á Cotagaita, con una pequeña división que traía de Potosí el gobernador don Apolinario de Figueroa.

Durante esta marcha estalló, con más fuerza que nunca, la división entre algunos jefes y el General en Jefe; el ejército estaba dividido en dos bandos, de los cuales el uno sostenía al General, y el otro le hacía oposición. El coronel Forest estaba á la cabeza de esta, y se creía que lo apoyaba la mayor parte de los jefes de cuerpo; el coronel Pagola estaba á la cabeza del partido que apoyaba al General. En obsequio de la verdad debe decirse, que el brigadier Rodriguez se manejó en estas circunstancias con mucha circunspección, y que colocado al frente de los pocos Dragones que habian quedado, se contrajo á hacer el servicio de retaguardia que se le había encomendado.

---

(1) Nada menos pienso que disminuir el mérito de la acción que acabo de referir; por el contrario, confieso que las circunstancias la hacen muy recomendable. Debe tenerse presente que la acción de Sipe-Sipe no fué una confusión nocturna como la de Cancha-rayada; que el enemigo no nos persiguió, y que la dispersión no fué efecto del terror, sinó del desorden y de la incapacidad más absoluta.

Pagola y Forest eran los que sostenian la lucha más escandalosa, haciendo que sus cuerpos, que eran los más importantes, participasen de sus sentimientos hostiles. Siempre acampaban distantes y tomaban entre sí las precauciones que se acostumbraban entre dos cuerpos enemigos. Fué notorio que en algunas ocasiones colocaron guardias avanzadas para observarse mútuamente; se aseguró como cosa generalmente admitida, que el núm. 1, que mandaba Forest, tenía habitualmente sus armas cargadas, recelando una sorpresa que podía prepararle el núm. 9, que mandaba Pagola; y este por su parte, se precaucionaba del mismo modo. Todo provenía de que en vista de tales disposiciones se temía por momentos, un movimiento revolucionario contra la autoridad del General en Jefe, mientras Forest recelaba un golpe de autoridad, al que estaba dispuesto á resistir á todo trance. Entre tanto la conducta de este, con respecto al General, era escandalosa; pués, no había hora del día en que no lanzase censuras amargas, dicterios y hasta insultos contra el general Rondeau, y lejos de precaucionarse buscaba él mismo oyentes de todas graduaciones para hacer más pública su insolencia. Ya se comprenderá como cumplía las órdenes que se le comunicaban, y llegó término en que los ayudantes del General se excusaban de llevarlas por no ser testigos de los insultos que le prodigaba. Puede decirse que era un frenético.

Era de tarde cuando marchamos de Tumusla, y yo, siempre enfermo, iba unas cuantas cuadras adelante de la vanguardia, con el fin de procurarme un regular alojamiento, cuando me alcanzó y aún pasó adelante el mayor don Manuel Escalada acompañado del mayor don Gerónimo Elguera, que era del núm. 1, y cuatro granaderos á caballo. No sospeché lo que aquello significaba, y me persuadí que se hubiesen reunido casualmente ó fuesen á alguna dili. gencia especial. Al día siguiente supe que Escalada condu-

cía arrestado á Elguera, y hé aquí el motivo de esta prisión.

El General había dado orden á todos los cuerpos, de marchar esa misma tarde, orden á que contestó descentonadamente Forest, que no podía hacerlo porque su regimiento estaba comiendo; el General repitió la orden, y aquel mandó á su mayor Elguera con un recado insolente al General (1). Este, á pesar de su genial mansedumbre, no pudo sufrirlo y puso preso y mandó adelante al Mayor con Escalada que era su ayudante de campo. ¿Qué hizo Forest entonces? vamos á verlo. Comisionó á un oficial Delgado (conocido después en la campaña Oriental con el renombre de Balija) para que con una pequeña partida fuese á rescatar al mayor Elguera y lo trajese al cuerpo. Delgado extravió el camino para adelantarse á la columna, y ya de noche se situó en una estrechura del bosque por donde pasaba el camino, colocando un centinela y ocultándose él con la partida; el centinela debía avisarle cuando pasase el mayor Elguera para desempeñar su comisión, la que creo no tendría Delgado mucha gana de cumplirla, porque no dejaría de conocer que aún que fuese mandado por su Coronel, se comprometía personalmente.

El hecho es que se acostó con su partida, á dormir, dentro del bosque, aunque cerca del camino; que el centinela hizo otro tanto, habiéndose desmontado, pués debe advertirse que aunque de infantería, venía montada la partida. Precisamente acertó á pasar el General con su comitiva, cuando les llamó la atención el caballo del soldado dormido, en el camino. Se le recordó y dijo que pertenecía á la partida del alférez Delgado, al cual se le buscó para recordarlo á su vez. Examinado este oficial, tergiversó, mintió, se con-

(1) Ya había sucedido, y mi hermano fué uno de ellos, que los ayudantes del General dijeron á Forest que ellos no serian conductores de desvergüenzas, y que en caso de decirlas se sirviese de otros; quizá por esto mandó á su Mayor,

tradijo y al fin hizo, si no conocer, sospechar por lo menos el objeto de su misión; fué también arrestado y conducido al Cuartel General, sin que nada de esto motivase aún providencia alguna contra el verdadero culpable, que era el Coronel. Sin embargo, habiendo fallado el golpe, Forest declinó algo de su irritación y tuvo una entrevista con el General en que, mediante algunas explicaciones, tomaron las cosas un curso algo más moderado. Pienso que contribuyó la indiferencia que notó Forest, en los jefes de otros cuerpos, con quienes había contado y que se excusaron cuando llegó el caso á términos más formales. Lo creo tanto más, por cuanto desde entonces se marchó con alguna más regularidad y menos escándalo.

Figúrese cualquiera cuanto deberian sufrir los hombres de juicio, sensatez y patriotismo, en medio de esta anarquía y con la perspectiva de un desastre, que cada vez hacíamos más irreparable con nuestros propios desaciertos. Felizmente el enemigo nos seguía con pasos de plomo, pués parecía abismado de unos triunfos que no había esperado y que no merecía. En Tupisa hicimos alto algunos dias, continuando nuestra marcha para volver á hacer alto en Moraya. Cuando el enemigo volvió á aproximarse, seguimos la retirada hasta la quebrada de Humahuaca, donde nos fijamos definitivamente. No dejaré de advertir que la marcha se hacía con tanto desgreño, improvidencia ó falta de precaución, que en la *Abra de Cortaderas* perdimos algunos negros helados de frio, y que el pequeño río de Humahuaca nos arrebató otros, que se ahogaron, porque había crecido con las contínuas lluvias de la estación.

En Humahuaca encontramos una hermosa división compuesta de los regimientos de infantería núms. 2 y 3, á las órdenes de los coroneles Bustos y French; venía de Buenos Aires á reforzar el ejército y aunque había sufrido conside-

rable deserción, pasaba de mil hombres veteranos, su fuerza actual. Estos jefes, y principalmente French, se declararon abiertamente por Rondeau, y con su apoyo pudo sobreponerse á Forest, el cual fué separado del ejército y disuelto su cuerpo, quedando entonces el general Rondeau sin otra oposición que los que lamentaban en secreto que no usase mejor de un poder que lo habilitaba para establecer una buena disciplina y dar el tono que convenía, al ejército. Situó su Cuartel General en Huacalera, como lo había tenido antes de abrir la campaña, y distribuyó los cuerpos en varios puntos de la quebrada, mientras meditaba otra campaña contra el gobernador de Salta, don Martín M. de Güemes, que fué igualmente desastrosa.

Antes de ocuparme de ella diré una palabra sobre la importancia del refuerzo que acababa de recibir el ejército, en los regimientos núms. 2 y 3, de cuya venida debía estar instruido el General cuando la batalla de Sipe-Sipe. Es fuera de duda que cuando ella tuvo lugar ya él venía en marcha, y entonces ¿por qué no diferirla, retirándose hasta recibirlo? Se dirá acaso que no se querian abandonar las provincias que se habian libertado, pero era mejor abandonarlas momentáneamente para recuperarlas en seguida, que exponer su suerte con un ejército que era presa de la anarquía y del desorden (1). Aún después de perdida, si se

(1) Estoy tentado en creer que las reflexiones que se han visto no se ocultáran al General, pero que le faltó en cierto modo libertad para tomar el partido que convenía. Venía á ser esto el efecto de esa oposición facciosa, cuando se introduce en un ejército, porque esas censuras sistemáticas, esa reprobación contínua que recae sobre todo lo que se hace, solo porque viene de un origen que se quiere destruir, acaba por ligar los brazos de un general, si no está dotado de una firmeza á toda prueba. Si en los gobiernos políticos es admitida y hasta útil la discusión sobre todos sus actos, para la que conviene una oposición legal, el mando militar la repugna por su misma naturaleza. Si así no fuese, la responsabilidad del General sería mucho menor, lo que es contrario al espíritu de las leyes militares y de la utilidad pública.

hubiese hecho la retirada cual convenía, si se hubiese salvado todos los elementos que debieron salvarse, si se hubiese restablecido la disciplina, sin duda hubiéramos estado en aptitud, con el refuerzo mencionado, de resistir al enemigo y dar una segunda batalla, si no es que tomábamos la ofensiva. Es preciso decirlo; nadie, ningún otro General tuvo los medios de que pudo disponer el general Rondeau y nunca se utilizaron menos. Dejo á cada uno que juzgue como quiera, mientras yo lo atribuyo principalmente á la situación en que el mismo General se constituyó con su falta de firmeza. Fuera de los refuerzos de que hemos hablado, venía aún en marcha, el bizarro regimiento de Dragones de la Patria, cuya trágica historia veremos un poco después.

CAPÍTULO VIII

ÚLTIMAS CAMPAÑAS EN EL ALTO PERÚ

Güemes se hace proclamar Gobernador de Salta.—Desgraciada campaña del general Rondeau contra este caudillo.—El marqués de Tojo.—El director Pueyrredón influye en el mayor Paz para que no abandone la carrera militar.—Crítica situación del ejército por la falta de recursos, de instrucción y de disciplina.—El general Rondeau deja su posición de Jujuy para replegarse á Tucumán; en el camino es relevado en el mando en jefe, por el general Belgrano.—Muerte del coronel don Diego Balcarce.—Sufrimientos físicos y morales del autor de las Memorias.—Rigorosa disciplina establecida por el general Belgrano.—Estado de la revolución y de los partidos.—Rebelión del teniente coronel Borges, en Santiago.—Su muerte.—Recomposición del ejército realista.—La guerra de los gauchos.—Expedición del comandante La Madrid.—Triunfos y reveses de esta expedición.—Su derrota completa en Sopachay.—Composición de los cuerpos del ejército.

El comandante don Martín M. de Güemes, según indicamos en su lugar, habiéndose retirado con sus milicias, después de la acción del Puesto del Marqués, en el año anterior (estábamos ya en los primeros meses de 1816), arrebató el armamento que había quedado en el parque del ejército, en Jujuy, y se dirigió á Salta, donde se hizo elegir Gobernador. Si la captura del armamento contra la voluntad del General era una usurpación violenta, su elección popular para Gobernador era una violación de las reglas establecidas; pués, hasta entonces la nominación de los

gobernadores de provincias había emanado de la primera autoridad nacional, residente en Buenos Aires. Más, ya entonces cundian con rapidez los celos contra la Capital y la resistencia á lo que venía de aquel origen. Güemes se hizo el campeón de esa resistencia que se hizo popular en la provincia.

Además, se había exajerado hasta el fastidio, los desórdenes del ejército, las depredaciones y las exacciones injustas que se habian hecho á los particulares y á los pueblos. Se decía públicamente, y el Gobierno de Salta apoyaba con todo su poder estos rumores, haciendo creer á la multitud ignorante, que el General y los jefes venian cargados de oro y que este era fruto de los robos que habian cometido. En este sentido fueron públicamente hostilizados los que retirándose por cualquier causa del ejército, principalmente si eran hijos de Buenos Aires (1), pasaban como particulares. Estos eran otros tantos agravios que era preciso vengar y es lo que quiso hacer el general Rondeau.

Repentinamente movió el ejército dirigiéndolo á Jujuy y Salta, sin que quedase más fuerza en la quebrada de Humahuaca, que mi regimiento, que no pasaba de cien hombres. En el primero de estos pueblos, aún cuando el paisanaje, ó mejor diremos, el gauchaje no fuese adicto al ejército, no se experimentó resistencia; pero en proporción que se aproximó al segundo, que dista diez y ocho leguas,

(1) Uno de ellos fué el brigadier don Martín Rodriguez, á quién se le puso una emboscada cerca de la *Cabeza del Buey*, que atacó de improviso su comitiva, hiriendo ó matando á los que no huyeron prontamente. El célebre mulato Panana fué el caudillo encargado por Güemes, de esta comisión. Rodriguez escapó por entre el bosque teniendo que andar doce leguas á pié, pero su equipaje fué capturado; y para prueba de que la partida obraba por orden superior, fueron rematados en pública subasta unos cubiertos de oro, que quizá fué lo único de valor que encontraron. Nada he ocultado de nuestras miserias de Chuquisaca, más los rumores de riquezas acumuladas y de cargamentos valiosos, eran embusteros y exagerados. Güemes dió un golpe en falso, de que sin duda tuvo que avergonzarse.

la población de la campaña fué mostrándose más hostil. En la Caldera, posta que está á seis leguas de la ciudad de Salta, ya se puede decir que había principiado la guerra. Sin embargo, el ejército entró á la ciudad, que manifestó la más completa indiferencia. El ejército avanzó hasta los Cerrillos, cuatro leguas adelante de Salta, donde se había retirado Güemes después de haber reunido á toda prisa su gauchaje; las hostilidades entonces fueron más vivas, y se sostuvieron fuertes guerrillas; la mayor dificultad era la falta de víveres, pués los gauchos retiraban el ganado que el general Rondeau no podía disputarles con poquísima caballería, pués no tenía más que los Granaderos á caballo, que apenas podrian formar un escuadrón. En tres dias que estuvo el ejército en los Cerrillos antes de terminarse esta ridícula comedia, casi no tuvo más alimento que las uvas que les suministró la gran viña de la hacienda de los Tejada, sita en dicho lugar.

Para colmo de desgracias, dos escuadrones de Dragones de la Patria que venian de Buenos Aires, de auxilio al ejército, á las órdenes del coronel don Rafael Ortiguera, se dirigian rectamente á Jujuy sin entrar en Salta; no habian sido prevenidos de cosa alguna y hacian sus marchas con intervalo de uno ó dos dias, haciendo jornadas regulares por las postas, en que largaban los caballos y se acostaban á dormir como en un país amigo. El primero, á las órdenes del capitán don Diego Belaustegui, pasó milagrosamente; el segundo, á las del coronel Ortiguera, fué sorprendido por los comandantes don Juan José Quesada (que habiendo pertenecido al ejército, había tomado partido con Güemes), Moldes y Panana, en medio de la noche, sin caballos, en el seno de una inexplicable confianza y de un sueño profundo. Hubo pocos muertos, muchos prisioneros y algunos escapados á pié, en la oscuridad y en el bosque, siendo uno de estos, el Coronel.

Aún esta vez manifestó el general Rondeau una falta de previsión que nada puede disculpar, y á fé que por ahora no puede cohonestarse con la desobediencia de los jefes ó la indisciplina. Nada se había preparado, nada se había previsto para un movimiento tan importante como el que emprendió desde la quebrada de Humahuaca. En primer lugar no se había proporcionado inteligencias en la provincia invadida, ni se había puesto de acuerdo con amigos sinceros que tenía el ejército, quienes ya veian en Güemes un caudillo inmoral y funesto. Con esto contestaban al cargo que les hacía por la indiferencia que manifestó la parte civilizada, cuando penetró el ejército en la ciudad. *Nada se nos previno*, decian, *nada se nos exigió.*

En segundo lugar, no previó el General que para una guerra de esa clase necesitaba más caballería, la que pudo proporcionarse, si no quería llevar los Dragones del Perú que dejó en la quebrada, esperando ocho dias para que llegasen los Dragones de la Patria, que estaban tan cerca. Aún cuando no los esperase para moverse, pudo ordenarles que marchasen con cautela, reunidos, y que buscasen el ejército. Es probable que lo hubiesen conseguido y le hubieran sido de una inmensa utilidad.

En tercer lugar, marchó con el ejército sin llevar víveres ó ganado en pié, de modo que no pudiendo tomarlo en el campo, se vió privado de él, lo que por sí solo bastaba para hacer insostenible su posición. Es inconcebible tanta imprevisión, mucho más en un General que sabía prácticamente lo que era la guerra irregular ó de montonera y lo que valía el poder del gauchaje en nuestro país, pués lo había visto en la Banda Oriental. No puedo dar otra explicación sinó que se equivocó en cuanto á las aptitudes de Güemes y el prestigio que gozaba entre el paisanaje de Salta.

Reducido á esta extremidad, el general Rondeau tuvo que capitular haciendo una especie de tratado, mediante el

cual le dieron carne, le volvieron los prisioneros y le dejaron volver á Jujuy, de donde había salido muy ufano pocos dias antes, quedando Güemes reconocido en su Gobierno, con todos los desertores del ejército, que desde antes y entonces había patrocinado, habiendo aumentado su armamento con lo que pudo tomar en la campaña, y orgulloso con un triunfo que excedía á sus esperanzas. Se dijo públicamente que doña Magdalena Güemes (hermana del Gobernador) mujer ambiciosa, intrigante y animosa, al paso que dotada de garbo y hermosura, había intervenido en el convenio de pacificación, y que el comandante de Granaderos á caballo don Juan Ramón Rojas, íntimo amigo y secretario del General, había sido el primer consejero de la guerra, como fué después el autor de la transacción. Si esto fué cierto, preciso es confesar que el general Rondeau (mejor diríamos la causa) fué tan perjudicado ahora por sus amigos, como lo fué antes por sus enemigos personales.

El ejército volvió á Jujuy con todos los honores de una derrota, y por esta vez se mantuvo en la ciudad, quedando solamente en Humahuaca mi regimiento que, como se ha dicho, no participó de la campaña última. Los españoles por su parte, guardaban la mayor inmovilidad en sus posiciones de Mojos, Suipacha, etc., bién que tenian casi á su frente un nuevo contendor, de que voy á ocuparme un momento.

Era el marqués de Tojo ó Yavi, que como dije en otra parte, se había comprometido por la causa, á consecuencia de la batalla de Salta. Cuando perdimos las Provincias Altas del Perú había tenido que abandonar sus pingües haciendas, dejándolas á merced de los enemigos; de consiguiente, estos las habian casi destruido. A nadie, pués, más que á él, debía serle dolorosa una segunda retirada, que le costaría aún otra buena parte de su inmensa fortuna; y uniendo sus clamores á los de otras personas, alzaba

el grito para quejarse del Gobierno, del General en Jefe, del ejército, de la capital y de todos los argentinos, porque no se marchaba inmediatamente á arrojar al enemigo, por lo menos hasta el otro lado del Desaguadero. Estas quejas hubiesen sido más racionales si se hubiesen limitado á deplorar las bellas ocasiones que se habian perdido de triunfar, y acaso de concluir la guerra; pero circunscripta á la ocasión presente, eran infundadas é injustas, porque á la verdad, no se podía por entonces pensar en movimientos ofensivos sin remover dificultades, cuyo vencimiento estaba fuera de un alcance común.

Por otra parte, el espíritu de oposición que por ese tiempo se desplegaba contra la capital de la República, halló una perfecta acogida en el Marqués y los que lo rodeaban, y se propuso formar un cuerpo militar de peruanos, y combatir al enemigo, pero con cierto despego é independencia del ejército, que hacía resaltar en todos sus actos. No sé por nominación de quién, tomó títulos pomposos, sin dejar el de Castilla, con que sus antepasados habian sido condecorados por los reyes, haciendo un retroceso á los principios aristocráticos, de que nos habíamos sacudido con la revolución. Para comprender todo esto, bastará saber el encabezamiento que ponía en sus providencias gubernativas, que era el siguiente: *Don Juan José Fernandez Campero Maturena del Barranco, Perez de Uriondo, Hernandez de la Lanza, Marqués del Valle de Tojo, Vizconde de San Mateo, Comandante General de la Puna y Coronel del primer Regimiento Peruano, etc., etc.* El solo acto de abrir una nueva numeración para los cuerpos militares peruanos, importaba casi una separación, lo que prueba que desde ese tiempo fermentaba en la cabeza de aquellos habitantes, la idea de segregarse de la República y constituirse en nación independiente.

El Marqués, ocupando alternativamente la Rinconada,

Cochinoca, el Puesto y otros puntos de sus vastas posesiones, maniobraba á su placer, con un cuerpo de ejército de las dos armas, que había organizado á su modo y que sostenía con sus propios recursos. Era voz pública que tenía secretos depósitos de dinero del que había heredado de sus abuelos, de los que sacaba una parte para los gastos de su división. Se cree que con este fin se dirigió (algunos meses después del tiempo de que hablamos) á Yavi, una de sus principales haciendas, y mientras oía misa muy descansadamente, cayó sobre su división el enemigo, poniéndola en una completa derrota; los que no huyeron prontamente fueron muertos ó prisioneros, y de este número fué el Marqués, con la singularidad de que en la confusión le trajeron un caballo en que montó y logró al principio escapar; con muy poco esfuerzo lo hubiera conseguido del todo, pero sea por efecto del terror, sea por impericia en cabalgar, se caía frecuentemente del caballo, hasta que fué alcanzado por unos cuantos hombres que lo perseguian. El capitán Canseco, que era su ayudante y que lo acompañaba (1) me ha referido estos pormenores, que por otra parte, eran públicos. El segundo jefe del Marqués, teniente coronel don Juan José Quesada, se salvó en un buén caballo.

Esta catástrofe sucedió algunos meses después, más he querido referirla para no volver sobre ella. Entre tanto la posición avanzada del Marqués, aunque fuese sobre un flanco, hacía la nuestra de Humahuaca, que no estaba sostenida sinó por ochenta ó cien hombres, bastante segura, pudiendo también permanecer el ejército en Jujuy, sin cuidado alguno. Se aproximaba el 25 de Mayo y se prepa-

---

(1) Lo mismo idénticamente sucedió al gobernador Berón de Estrada en Pago-Largo, con la diferencia de que á este lo asesinaron en el mismo sitio.

raban fiestas, por entre cuyos regocijos no podía menos de percibirse un secreto malestar, una posición falsa y la vergüenza de la doble derrota que había sufrido el ejército. Sin embargo, querian ocultarse estos amargos sentimientos bajo un exterior de alegría, de que nadie participaba. Hubo corrida de toros, baile, comedia, todo ejecutado por los oficiales del ejército, pero las cosas permanecieron en el mismo estado.

Yo al fin había curado de mi herida, en Humahuaca, pero había perdido el uso del brazo derecho, al menos para manejar las armas. Mis padres me instaban para que me retirase y se lo habian suplicado al señor Pueyrredón, que acababa de ser nombrado Supremo Director, por el Congreso de Tucumán. Este señor había resuelto venir á Jujuy á revistar el ejército, y era esperado; creí, pués, conveniente solicitar licencia para trasladarme al Cuartel General y tratar de mi retiro. Así lo hice.

El señor Pueyrredón me recibió con la más perfecta benevolencia, y haciendo uso de esas maneras insinuantes y de esas expresiones lisongeras de que tan ventajosamente sabía valerse, me dijo: *Su señor padre me ha escrito sobre su retiro; usted mismo lo desea y si se empeña en ello, lo tendrá; más, yo le aconsejo que se conserve en el ejército, pués aunque le falta el uso de un brazo, un jefe de su graduación no es destinado á pelear, sinó á hacer ostentación de su presencia en el peligro; es usted muy joven y ya es mayor, he hablado con el General en Jefe y vá usted pronto á ser teniente coronel.* Me sedujo y me dejé convencer, siendo esta la tercera vez que este hombre cortesano, obligante y seductor, influía en el destino de mi vida (1) ligándome á una carrera

(1) Primera, el año diez, siendo Gobernador de Córdoba me hizo cambiar la Instituta de Justiniano, por la espada; segunda, á fines del año

en que si puedo reputarme feliz por haber obtenido glorias, nada he hecho para mi particular provecho y el de mi familia, y que además me cuesta pesares inauditos.

El señor Pueyrredón marchó á Buenos Aires y yo volví á Humahuaca á sugetarme á las durísimas privaciones que pesaban sobre mis compañeros. Nuestros alimentos, nuestras ropas, nuestro sueño, todo era malo y escaso, y á mí, que estaba convaleciente y sumamente estenuado después de mi prolongada enfermedad, me hicieron una gran impresión estos padecimientos. Empecé á sentir los efectos de una debilidad suma que me preparó otra enfermedad de que después adolecí: una enfermedad del pecho que me puso en el más grave peligro.

Para que en todo fuese más acerba la derrota y retirada de nuestro ejército, bajo las órdenes del general Rondeau, en el Perú, sucedió lo contrario de lo que había acontecido en otras ocasiones. Cuando en tiempo del señor Castelli y del general Belgrano tuvo el ejército que dejar las Provincias Altas, se trajeron por lo menos los caudales de la Casa de Moneda, con los que se pudo auxiliar algún tiempo á los que lo componian; pero esta vez, si vinieron caudales, ignoro en qué se emplearon, porque únicamente para el 25 de Mayo se dió un mes de paga á los oficiales y una buena cuenta á la tropa, sin que se hubiese recibido ni un medio durante todo el año, y siendo este el último esfuerzo que hizo el general Rondeau hasta el fin de su administración, que fué por Agosto del mismo año.

Más, no era general esta miseria, pués recuerdo que su ayudante de campo, el capitán con Miguel Planes, visitaba mucho en casa del señor don Domingo Iriarte, donde yo

---

1811, cuando con mi hermano solicité retirarme de Jujuy, siendo General en Jefe dicho señor; y tercera, la que he referido. Alguna vez quizá hablaré de aquellos primeros sucesos.

me alojé los dias que estuve en Jujuy, y ostentaba un lujo tanto más insolente cuanto su único mérito era ser confidente especial y favorito privado de S. E. (1). Como este, había otros que aunque fuese por otros motivos, eran también distinguidos en secreto, sin que para estas distribuciones clandestinas entrasen para nada en cuenta el mérito, los servicios, la graduación y las verdaderas necesidades. Mi digno amigo, el virtuoso don Diego Balcarce, siendo un coronel, sufrió á la par del último oficial y soldado, y quizá su éjemplo contribuyó mucho á que todos lo hiciésemos sin murmurar, al menos en mi regimiento.

El tiempo pasaba y nada se hacía, ni aún se pensaba. Acaso alguno creerá que se reemplazaban las bajas con reclutas: nada de eso. Otro juzgará que á lo que se conservaba se le daba mejor forma, adelantando la instrucción y disciplina: menos. Cualquiera se persuadirá que echando la vista para el porvenir, se ocupaba el General en preparar recursos para lo sucesivo: tampoco. Se me dirá entonces, ¿en qué se pensaba, pués? y contestaré que en nada, y cuando más, se ocupaban las notabilidades del ejército en intriguillas despreciables. Los hombres de juicio y sensatez como Arenales, Balcarce y algunos otros, estaban anulados y deploraban en secreto los males públicos más que su propio desaire.

---

(1) Posteriormente llegó Planes á coronel y estuvo el año 1827 en la Banda Oriental; estuvo también unos dias con un escuadrón que mandaba, á mis órdenes, y lo traté con la más perfecta equidad. Trató de insinuarse en las buenas gracias del general Alvear; pero era imposible hacer de él un Rondeau. Con este motivo se retiró deplorando su mala estrella. Por el comandante Correa Morales, amigo y confidente de Planes, supe que su máxima favorita consistía en que *un militar sin favor no podía decorosamente conservarse en su puesto.* En ejecución de este principio se retiró sin ser sentido de nadie. Se me ha pasado decir, que mi hermano, que fué también ayudante, pero no favorito de Rondeau, se retiró del servicio desde Moraya, en principios del año 1815.

Desde la malhadada campaña de Salta, la insolencia de los gauchos había subido á un grado casi insoportable; entraban al pueblo en partidas, y más de una vez hubo riñas con los soldados y lances aún más desagradables. Al fin el ejemplo de una licencia triunfante había influido en lo poco que quedaba de disciplina, de modo que amenazaba la vida del ejército. Era urgente, indispensable y vital salir de esta posición, y supongo que por orden del Gobierno, resolvió el General dejar Jujuy y toda la provincia, para replegarse cien leguas más, hasta Tucumán. Se emprendió la marcha, al mismo tiempo que mi regimiento la principiaba desde Humahuaca, de modo que siempre fuimos tres ó cuatro jornadas á retaguardia.

En Yatasto encontramos al batallón núm. 10 al mando del coronel (hoy General en Chile) don Francisco Antonio Pinto. No sé por qué singularidad este batallón recién venido había quedado atrás, hallándose ya todo el ejército en la Villa las Trancas, á veinte leguas de Tucumán. Nosotros también hicimos alto en Yatasto y tuvimos la ocasión de tratar de cerca al señor Pinto, que es un caballero distinguido; es natural de Chile y había sido mandado á Europa por el Gobierno de su país. A su regreso tomó servicio en Buenos Aires, no obstante que en su patria se agitaba de un modo más activo la cuestión de independencia, lo que hizo creer que su adhesión á los Carreras, cuyo partido estaba caido, lo obligaba á permanecer entre nosotros.

Después de unos cuantos dias de mansión en la hacienda de Yatasto, tuvimos orden de continuar nuestro movimiento hasta las Trancas. El batallón núm. 10 se acantonó en el pueblo, donde estaba la infantería y los Dragones del Perú, quedando acampados á distancia de una legua, sobre el río del Tala.

Ya entonces se extendía la voz de que el general Ron-

deau iba á ser relevado por el general Belgrano, que había vuelto de Europa y había sido llamado á Tucumán, donde seguía legislando el Congreso. Con este motivo los jefes partidarios de Rondeau, á cuya cabeza estaban los coroneles French y Pagola, pensaron en un movimiento sedicioso, semejante al que se hizo en Jujuy para resistir la admisión del general Alvear; exploraron el campo, sondearon los ánimos y aún se atrevieron á tantearnos al coronel Balcarce y á mí. Si el fruto que sacaron de otros fué como el que obtuvieron de mi regimiento, debieron sacar un terrible desengaño; así es que desistieron de su empeño y se resignaron. Fuese que el nuevo General lo exigió, fuese porque ellos no quisieron sujetarse al nuevo método disciplinario que iba á establecer, el hecho es que los coroneles French y Pagola y el comandante don Ramón Rojas, dejaron sus puestos y marcharon á Buenos Aires; en esos dias hicieron lo mismo el coronel Ortiguera, el comandante don Celestino Vidal y otros. De este modo el general Belgrano quedó sin oposición y en aptitud de dar el impulso que deseaba para mejorar el estado del ejército. Se recibió del mando y pasó una revista, marchándose luego á Tucumán y dando orden de que le siguiese el ejército.

El 9 de Agosto de ese año (1815), recuerdo que pasamos revista de comisario en las Trancas, y luego que se concluyó me invitó Balcarce á dar un paseo por la casa de los médicos (ya entonces mi regimiento había venido al pueblo) para consultarles sobre varios síntomas de enfermedad que él sentía. Consistian en una tos bastante fuerte y una fatiga que le acometía cuando hacía cualquier ejercicio. Efectivamente, estuvimos con los doctores Berdín y Vico, quienes en el momento graduaron de muy leve la enfermedad; más, en el mismo día variaron de opinión, y la clasificaron de muy grave, cuando hubieron hecho un reconocimiento más prolijo y detenido. A los dos dias declara-

ron que era indispensable que el enfermo fuese trasladado á Tucumán, donde podría ser asistido con mejores auxilios que en la campaña. Yo que estaba ligado por tantos títulos á este digno compañero, tomé el más vivo interés, y no fué sinó con pesar que le hice preparar el carruaje y me resolví á separarme de un amigo que no debía ver más. El 22 del mismo mes falleció este benemérito jefe, este virtuoso soldado y patriota distinguido. El 28 llegó el ejército á dicha ciudad, y solo me encontré con su última voluntad consignada en su testamento, en que me daba una nueva prueba de confianza. Me instituía por su único albacea, y por herederas de una parte que tenía en una casa en Buenos Aires, á sus hermanas solteras. Murió pobre, pero sentido universalmente del pueblo y del ejército. Solicité en nombre de mi regimiento, el permiso de usar luto por dos meses, y se me concedió, lo que todos los oficiales hicieron con la mejor voluntad.

Sus funerales si no fueron suntuosos no carecieron de solemnidad; asistieron á porfía los ciudadanos y los diputados del Congreso como particulares, fuera de los oficiales del ejército. El vicario castrense, canónigo Gorriti, pronunció su oración fúnebre y se acordó de aquel arrebato, de que he hecho mención, cuando la acción de Venta y Media, aunque sin nombrar la persona que fué el objeto de su cólera. El orador dijo y con razón, que en una vida tan llena de mansedumbre y de moderación, solo una vez se le vió exaltarse fuertemente, impulsado por el patriotismo y por el honor militar. Esta desgracia que puedo llamar doméstica, por cuanto vivíamos en una misma casa, comíamos en la misma mesa y estábamos siempre juntos, me causó el más acerbo dolor; luego diré que influyó poderosamente en el quebranto de mi salud.

El 28 de Agosto por la tarde, según he dicho, entró el ejército en Tucumán y fuera del num. 10 que se acuarteló

en la Merced, todos los demás cuerpos pasaron á alojarse en lo que se decía la Ciudadela, que era aquella fortificación comenzada por el general San Martín, de que hice mención. Apenas había uno ó dos malos galpones y los demás debian fabricarlos los mismos cuerpos, á lo que se puso mano inmediatamente. Mi cuerpo había traido la retaguardia, y de consiguiente fué el último que atravesó la población, cerca de oraciones. Para que hubiese más hombres en formación había mandado suprimir los cargueros de equipajes, hechándolos en unas carretas que venian atrás y dando ejemplo con los mios. Veníamos, pués, todos á cuerpo gentil; pero creyendo que no pasaríamos de la ciudad, esperábamos que se nos reunirian las carretas, y además, que no nos faltarian recursos, aún cuando aquello no succediese. Era ya entrada la noche cuando recibí orden de continuar la marcha al convento de los Lules, perteneciente á la religión dominicana, situado á tres leguas al sud oeste de la ciudad. Fué preciso seguir; la noche era fría y húmeda; llegamos á la mitad de ella y tuve que pasarla toda en pié y sin tener con qué cubrirme.

En el estado quebrantado de mi salud hubo de serme de gravísimas consecuencias el gran resfrío que tomé; á pasos largos me encaminaba hacia una tisis, cuyos síntomas precursores se hicieron sentir.

En los Lules encontré ya acantonados á los Granaderos á caballo, que eran dos escuadrones sumamente diminutos, y otros dos de Dragones de la Patria, que no eran más numerosos. Con los dos de Dragones del Perú se contaban apenas seis esqueletos de escuadrones que no llegaban á cuatrocientos hombres, que era en lo que consistía toda la caballería del ejército. A los pocos dias marcharon por la Rioja á Mendoza los Granaderos á caballo, llamados por el general San Martín, que daba principio por ese tiempo, á la creación del ejército de los Andes.

Entre los dos cuerpos de Dragones había una enemistad la más pronunciada, y tan universal, que ni los oficiales ni la tropa se reunian jamás entre sí. Los de la Patria eran partidarios del general Rondeau; los del Perú tenian sus afecciones distintas. Aquellos se resentian de la indisciplina en que habian sido educados desde su origen; estos profesaban otros principios. Además, existía en el más alto grado la rivalidad que suele ser consiguiente entre los cuerpos antiguos de un ejército y los que vienen después á quererles dar la ley. Antes de la salida del general Rondeau se había corrido la voz de que nuestro regimiento se agregaría al de Dragones de la Patria, y se había hecho un convenio entre todos los oficiales para pedir su separación del ejército. El mismo inconveniente se tocaba si se quería hacer la agregación en sentido inverso, es decir, agregando los Dragones de la Patria á mi regimiento. En tal estado el general Belgrano tomó un expediente, que fué el de suprimir las denominaciones de ambos cuerpos y formar uno, de los dos, con la de Dragones de la Nación, y yo fuí el encargado de la ejecución de este decreto.

Sin embargo del estado de mi salud, era el único jefe que había, y mi trabajo era tan asíduo como penoso. Tuve que vencer gravísimas dificultades que me oponía el estado de los ánimos y la indisciplina porque habíamos pasado. Para colmo de trabajo, la ignorancia de los Dragones de la Patria, en táctica y demás deberes militares, era tan supina que fué preciso empezar por la instrucción del recluta. Cuando se empezó á evolucionar mandaba yo mismo las maniobras, y este esfuerzo violento de la voz agravó mi enfermedad del pecho, hasta que varias veces arrojé sangre. Me ordenaron los médicos que no mandase personalmente el ejercicio, y tuve que hacerlo sirviéndome de un ayudante que repetía en voz alta las de mando que yo le comunicaba á media voz. Si estos trabajos me fueron pe-

nosos y hubieron de serme funestos, logré al menos que mereciesen la plena aprobación del general Belgrano, que me la manifestó de muchos modos y en diversas ocasiones.

Además de los males físicos que me aquejaban, la muerte de Balcarce, acaecida en Agosto, había hecho una profunda herida en mi corazón. En el mismo mes del año anterior había perdido otro amigo en el capitán Tejerina; de modo que Agosto vino á ser para mí un mes fatídico; después, cuando otros sucesos azarosos de mi vida han pesado de un modo terrible sobre mi existencia, he tenido motivo para confirmarme que en las primaveras, sea por casualidad, sea por un conjunto cualquiera de circunstancias, se agravan mis pesares y mis males. Debo contar este período de mi enfermedad, como la segunda época desgraciada de mi vida, porque á la verdad, en medio de la juventud sufrí las alternativas de esperanza, de salud y de desesperación, en un grado eminente, durante año y medio (1), que todo me atormentaba la perspectiva continua de una enfermedad, á la que he tenido gran horror. Si la viveza de imaginación y una esquisita sensibilidad, son dones funestos para aquel á quién los ha concedido el Cielo, debo confesar que yo he sufrido más que otro cualquiera por unos trabajos que ni son raros, ni son extraordinarios en la

(1) En mi niñez, cuando solo tenía de doce á diez y seis años, sufrí en el colegio la persecución gratuita, injusta y tenaz de un clérigo Marín, superior del colegio, y de consiguiente mio. No sé por qué este hombre corrompido y brutal, concibió contra mí un odio tan extenso que no lo puedo explicar, sinó como una profunda aberración del espíritu humano. Los superiores de mayor gerarquía conocieron al fin la justicia y me la hicieron, sin que el bárbaro Marín pudiese envilecerme y humillarme indecorosamente, que sin duda era lo que quería. Mis padres quisieron sacarme del colegio por esta razón, para trasladarme á otro, pero yo lo rehusé por consecuencia á la casa donde había recibido mi educación. Después Marín estaba en Córdoba condecorado por Bustos con una Canongía, y cuando mis victorias y mi mando en aquella provincia, lo consideré y lo conservé en su puesto; pero

mísera condición humana. Para concluir esto, diré que los médicos opinaban que si en aquellas circunstancias salía yo á campaña, no podría soportar las penalidades que ella traería. Sin embargo, dos años después, cuando la que se hizo contra Santa Fé, me sucedió lo contrario, pués no solo se aceleró mi restablecimiento, sinó que se fortificó mi constitución y recobré perfecta salud.

El general Belgrano se contrajo con su bién conocido celo, á establecer una rigorosa disciplina, y por más que me cueste ejercer la censura sobre los actos de este gran ciudadano, debo decir en obsequio de la verdad, que generalmente se dejaba llevar por este celo, más allá de lo regular. Por ejemplo, exigía de los oficiales una especie de disciplina monástica y castigaba con severidad las menores transgresiones. Mandó que desde las diez á once de la noche no pudiesen estar fuera de sus cuarteles, lo que era muy difícil que tuviera entero cumplimiento en un pueblo en que estaban llenos de relaciones, que no podian cultivar durante el día por tenerlo todo ocupado; acostumbraba disfrazarse é introducirse de incógnito en los cuarteles, con demasiada frecuencia y llegó á descender, á la investigación de actos privados que deben estar fuera del alcance de la autoridad. Pero estos son muy pequeños defectos en

---

nada pudo vencer la obstinación de este hombre que ya se deja entender que era además, mi enemigo político. Cuando yo caí prisionero (1831) fué mandado de diputado á la convención de Santa Fé, y allí no se desmintió, manifestándose mi más caloroso acusador. Al fin Quiroga publicó unas célebres cartas que le habian interceptado, promoviendo los celos provinciales contra Buenos Aires, y con eso terminó su carrera política del modo más original que puede pensarse; pero después terminó también su vida este hombre dotado de una gran violencia de pasiones y de una rudeza sin igual. Este, puedo decir que es el primer período desgraciado de mi vida. El segundo, el que he mencionado arriba. El tercero, mi prisión. El cuarto, la pérdida de mi esposa. ¿Habrá aún otro? Dios lo sabe.

presencia de su gigantesco mérito y sus sublimes virtudes, que sin duda resaltarán más, al lado de tan diminutos lunares.

El Congreso igualmente continuaba en sus sesiones, habiendo el 9 de Julio de 1816, declarado nuestra Independencia de la España y de la Corona de Castilla, pero había en su seno, un germen de discordia que traspiraba por todas partes: los diputados de Buenos Aires, seguidos de la mayor parte de los de las provincias, dominaban el Congreso y la oposición que les hacian los de Córdoba, procurando inútilmente contrastar la supremacia é influencia de la capital. Era en ese tiempo que Artigas, ¡el célebre Artigas! (1) hacía una guerra á muerte al gobierno general, que si tenía vicios y defectos, representaba al menos los principios civilizadores, mientras que aquel se apoyaba en el vandalaje y la barbarie. Sin embargo, no faltaban hombres de buena fé y hasta de mérito que lo apoyasen, porque lo creian un instrumento útil para las reformas que eran necesarias. Sin duda se engañaban, como después lo han conocido y lo han confesado. En esta, como sucede generalmente en todas las discordias civiles, difícil sería hallar la justicia exclusivamente en uno de los partidos; por lo común ambos pasan los límites que marcan la equidad y la conveniencia pública. No me detendré más en esto, sinó para decir que los diputados de Córdoba fueron completamente vencidos, y que cuando el Congreso, en fines del mismo año, resolvió trasladarse á Buenos Aires, ellos se

(1) En el Paraguay, el año de 1846, tuve ocasión de conocer á este caudillo de triste celebridad; está muy viejo y vive de los cortos auxilios que le suministra el Gobierno de aquel Estado. Sin embargo de su avanzada edad, y de treinta años de una especie de prisión que han pesado sobre su vida, no deja de conocerse, en ciertos rasgos, al caudillo y al gaucho preocupado contra los adelantos de la civilización. Ahora solo inspira compasión y desengaños.

quedaron en su provincia, separándose de sus destinos, excepto el doctor Salguero de Cabrera.

Desde tiempo antes pesaba sobre la provincia de Córdoba una especie de reprobación por haberse creido, sin justa razón, opuesta al sistema de la revolución, que con tanto entusiasmo habian abrazado las otras; esta reprobación se fortificó y se aumentó con su inútil oposición en el Congreso y la derrota de sus diputados. Sin embargo, no se crea que los principios que estos seguian carecian de partidarios en las otras, pero como esos partidarios no estaban entre los oradores, solo se hacian sentir con las vias de hecho. Así sucedió en Santiago del Estero, ciudad dependiente entonces del Gobierno de Tucumán, y cuarenta leguas al sud.

El teniente coronel don Juan Francisco Borjes levantó el estandarte de la rebelión, deponiendo al teniente Gobernador y saliendo á campaña para reunir las milicias y hacer frente á las tropas que se destacasen del ejército. No era esta una deserción de la causa de la independencia; su objeto era solo sustraerse á la obediencia del gobierno general y ser en su provincia, lo que era Güemes en Salta, y Artigas en la Banda Oriental; pero tomó tan mal sus medidas que antes de treinta dias estuvo todo terminado.

Borjes, á quién todos suponian una audacia no común y que gozaba gran prestigio entre sus comprovincianos, manifestó llegado el caso, una impericia y una imbecilidad suma, al mismo tiempo que pasaba el Rubicón; no quedándole más puerto de salvación que la victoria, hizo alarde de una delicadeza ajena de sus circunstancias especiales. Cuando reunía el paisanaje que debía oponer á las tropas que ya marchaban contra él, dejó pasar intactos unos caudales que iban de tránsito para Buenos Aires, y lo que es más, no permitió sacar un sable, ni una tercerola que necesitaba en sumo grado, de una tropa de carretas que á esa

sazón, llevaba un buén cargamento de armas para el ejército. Todo esto lo hizo en precaución de que no se creyese que un deseo desordenado de rapiña, lo había inpulsado en su movimiento y de que hostilizaba privándolas de sus armas, á las tropas destinadas á combatir por la independencia. Si tal modo de pensar hace honor á sus sentimientos, es una prueba clásica de su incapacidad como caudillo y de que se metió en un atolladero, sin calcular como había de salir de él.

El comandante don Gregorio Araoz de La Madrid con un escuadrón de Húsares que mandaba, formó la vanguardia de las tropas destinadas contra Borjes, y el comandante don Juan Bautista Bustos con doscientos infantes de su regimiento y un escuadrón de Dragones, formaba el cuerpo principal de la expedición. Este ocupó la capital de Santiago, cuando la vanguardia se había internado en la campaña, buscando la gente de Borjes, que se hacía subir á quinientos hombres. Muy poco fué preciso para deshacerla, pués el comandante La Madrid, que avanzó sobre ella con una guerrilla de veinte y cinco hombres, la batió y dispersó, en términos, que nadie pensó en reunirse, y se acabó la resistencia. Borjes solo, huyó con dirección al Salado (río que corre por la frontera Este de Santiago) desde donde se proponía pasar á Salta, donde contaba que Güemes lo patrocinaría; pero fué preso en su mismo país, por sus mismos paisanos y entregado por un comandante de milicias. Taboada, que me aseguraron era su pariente.

Los partes de estas ocurrencias se trasmitian instantáneamente al general Belgrano, que luego que supo la derrota de los sublevados, expidió un decreto de indulto, con excepción de Borjes, de un comandante de milicias, Montenegro, un mayor de las mismas, Gonsebat y del capitán Lugones, de mi regimiento. Este se hallaba allí desde antes de la sublevación con un piquete de treinta Dragones,

con los que se había unido á Borjes, y salido á campaña, y á los que (sin que hasta ahora sepa por qué) despidió desde Loreto, de modo que volvieron y se incorporaron. al cargo de un sargento, á la fuerza que los perseguía. Todo prueba que los revoltosos se asustaron de su propia obra, luego que la hubieron consumado.

Cuando á los cuatro ó cinco dias de la derrota se tuvo noticia de la prisión de Borjes, tuve orden de salir con una partida que iba á cargo del capitán don Joaquín Lima, al puesto de Vinal, situado á diez leguas de la ciudad, á recibir al prisionero, tomarle una declaración sobre sus últimos hechos y hacerlo seguir hasta la ciudad. Habíamos contado con hallar á Borjes esa noche, en Vinal, pero no sucedió así, y luego se tuvo noticia de que por causa de enfermedad se había demorado su marcha. A la mañana siguiente continuó en su solicitud, el capitán Lima con la partida, quedándome yo á esperarlo en Vinal, para llenar las formalidades de mi comisión. En todo ese día ni la noche no pareció, y á la madrugada del tercer día se me presentó el comandante La Madrid, quién me manifestó la orden que traía, de fusilarlo sin más demora que la muy precisa, para recibir los auxilios espirituales. La sentencia emanaba directamente del general Belgrano: había sido remitida á Bustos, y este comisionó á La Madrid para su ejecución.

En la pequeña comitiva que había sacado La Madrid. de Santiago, venía un religioso dominico, el Padre Ibarzabal, quién debía ofrecer sus servicios al desgraciado Borjes; más, como por su edad y poco ejercicio en el caballo, no pudiese acompañar la rápida marcha del comandante, se convino en que se quedase en una chacarilla que tiene el mismo convento, á dos leguas de la ciudad, debiendo La Madrid traer allí al reo, para que fuese ejecutado después de hacer sus disposiciones cristianas.

Bién poco agradable me había sido la comisión que se me había conferido, así es que aproveché sin trepidar, la ocasión que se me presentaba de eximirme. Yo había creido que la declaración que se mandaba tomar al prisionero, era para que sirviese de precedente á un juicio que aunque fuese muy breve, llenase en cierto modo, las formas; pero, desde que sin esperar este, se había extendido la sentencia y se mandaba ejecutar, ya era inútil todo esclarecimiento de un hecho que estaba juzgado. Me retiré pués, antes que viniese Borjes, y antes de medio día estuve en Santiago, sin la declaración que había ido á tomar.

Bustos se conformó con la explicación que le dí, pero el teniente gobernador, teniente coronel don Gabino Ibañez, que acababa de ser restituido á su empleo, se aferraba en que otras personas del vecindario habian tomado parte en la conspiración, y exigía, que sin embargo de la sentencia, declarase el reo sus cómplices. Sin embargo de haber sostenido yo la opinión contraria, venció en el ánimo de Bustos, el modo de pensar de Ibañez, y á las once de la noche recibí orden de trasladarme muy temprano, con un secretario, á la chacarilla de los dominicos, donde ya debía estar Borjes. Tuve que conformarme, y serian las seis de la mañana cuando llegué al lugar en que debía ser el suplicio de aquel desgraciado jefe. El comandante La Madrid me salió al encuentro, para decirme que había llegado esa madrugada con el reo, y que inmediatamente se le había puesto en capilla, con dos horas de término, las que iban ya á cumplirse. Me pareció cruel y hasta bárbaro turbar los últimos momentos de un hombre, en aquella situación, con preguntas que si él satisfacía, comprometian á sus amigos, y si negaba podian conturbar su conciencia. Por otra parte me constaba que el General en Jefe nada de esto había prevenido, antes por el contrario, dando por concluida la rebelión, había promulgado una

amnistía. Tomé, pués, sobre mi responsabilidad, y esta vez sin remisión, porque el declarante iba á desaparecer, evitar la declaración, y sin bajarme del caballo, volví las riendas para la ciudad de donde acababa de salir.

Cuando llegué á la chacra de Santo Domingo estaba ya designado el lugar del suplicio, á unas cuantas varas del rancho que ocupaba el reo, bajo un frondoso algarrobo, á cuyo tronco estaba atada una mala silla de cuero, que había de servir de banquillo. El comandante La Madrid me dijo que cumplidas ya las dos horas, el reo iba á ser ejecutado. Cuando me despedí se formaba ya la escolta, y no había andado ni un cuarto de legua, cuando oí la fatal descarga. Borjes murió con entereza y protestando contra la injusticia de su sentencia y la no observancia de las formas, pero con los sentimientos religiosos y cristianos.

Antes de una hora estuve en Santiago y en casa de Bustos, á quién dí cuenta de lo sucedido. Manifestó por ello la más cumplida indiferencia; no así Ibañez, quién, á pesar de nuestra relación de amistad, reprobó mi procedimiento, lo que dió lugar á acaloradas disputas. Más, no fué este el único punto en que discordó, como lo voy á referir.

El mismo día llegó el parte de haber sido detenidos y presos en Ambargasta, jurisdicción también de Santiago, Gonsebat y Lugones, que muy luego llegarian á la ciudad. Al primero no le conocía yo, pero el segundo era oficial de mi regimiento, y había sido antes, de mi compañía; había sido también mi particular amigo, aunque en el tiempo precedente se hubiesen resfriado nuestras relaciones, por efecto de esas ideas anárquicas que empezaban á fermentar en su cabeza.

A más del interés que me inspiraba Lugones, mis principios y mi corazón me hacian desear que no se derramase

más sangre. Creí, pués, que debía hacer algo para detener el golpe terrible que lo amenazaba, cuya gracia naturalmente sería extensiva á los otros exceptuados. Me llegué al coronel Bustos á rogarle con el mayor encarecimiento, que al dar cuenta de la prisión de Lugones, lo recomendara al General, y me empeñé con los comandantes La Madrid y Morón para que me secundasen en mi solicitud. El coronel Bustos me lo prometió, y estoy persuadido de que lo hizo; el hecho fué que Lugones perdió su empleo, quedando destinado á servir como aventurero en el ejército, y subsistió así por algún tiempo, quedando al fin, de nuevo, en su clase; siendo esta la única pena á que se le condenó. Gonsebat y Montenegro salvaron también sus vidas á costa de algún tiempo de prisión y privación de sus empleos.

El general Belgrano no debió arrepentirse de la indulgencia con que trató á los últimos, siéndome sensible no poder decir lo mismo de la sentencia (si puede llamarse sentencia un decreto de muerte, sin juicio, sin forma alguna y sin oir al reo) precipitada que hirió á Borjes. ¿Creyó acaso el General que la demora de la ejecución, podía dar motivo á nuevas turbaciones? No lo sé; pero si así fuese se equivocó completamente, pués la rebelión estaba tan terminada, que el caudillo había sido arrestado por sus mismos paisanos y en el mismo teatro de sus aspiraciones. De cualquier modo, nunca podía faltar tiempo para que se juzgase sumariamente y se oyesen sus descargos. Lo singular es que el General, que tanto predicaba la obediencia y la observancia de las leyes, las violase invocándolas, sin que ninguna autoridad superior le hiciese cargo.

La caida de Napoleón, la restauración de Fernando VII al trono de España, y la paz de la Europa debian naturalmente influir en los negocios de la América Española, y la guerra iba á tomar otro carácter. Era consiguiente que viniesen tropas y que se diese nueva actividad á las

operaciones. Abascal fué llamado á España, Pezuela fué premiado con el Vireynato del Perú, y el general La Serna fué destinado al mando en jefe del ejército que debía reconquistar esta parte de la América. Con La Serna vinieron muchos jefes y oficiales de mérito, instruidos en la táctica moderna y que estaban al corriente de los adelantos que había alcanzado la ciencia militar en la Península. El desprecio con que los recién llegados trataron á los practicones del ejército antiguo, puso los fundamentos de la discordia que estalló tiempo después, y que fué tan funesta al ejército Real.

Además, la mayor parte de estos jefes estaban afiliados en una de esas sociedades secretas que pululaban en la España, y este fué un nuevo motivo de división, porque Pezuela y sus adeptos miraban esas cosas como casos dignos del conocimiento de la inquisición, que había sido restablecida en todos los dominios españoles. Se aseguró que el Vicario castrense del ejército (después Obispo), La Torre, tuvo la secreta comunicación de tomar informaciones y seguir una causa sigilosa á los frac-masones del ejército; pero tenian demasiado poder para que Pezuela pudiese dominarlos, y ellos al fin fueron los que años después acabaron por una revolución, con el suyo. La pasada á nuestro ejército, del capitán de artillería, graduado de teniente coronel, don Tomás Iriarte (hoy General), tuvo relación con estas intrigas, sin que esto deba perjudicar á los sentimientos patrióticos, que no dudo lo animaron desde entonces.

No obstante el mérito de los nuevos jefes españoles, tenian la desventaja de no conocer el país, y sus providencias se resintieron de la inexperiencia, aunque en el sentido militar fuesen superiores á sus antecesores. Las republiquetas ó reuniones de indios patriotas en el Perú, seguian dándoles en que entender, lo que no impidió sin embargo, que las exterminasen sin exceptuar la principal, que man-

daba el coronel Warnes, quién fué batido y muerto cerca de Santa Cruz. Este resultado y la arrogancia propia de unos hombres que habian combatido contra los ejércitos franceses, les hizo considerar fácil la conquista de las Provincias Bajas, y llenos de confianza y orgullo avanzaron á Salta.

Los valientes salteños, y principalmente los gauchos (nombre que se hizo honroso entonces) acaudillados por Güemes, les abandonaron las poblaciones y les opusieron en la campaña una resistencia heróica. No tenian los invasores más terreno que el que materialmente pisaban, y aunque la caballería del ejército Real había hecho, bajo la dirección de Canterac, considerables adelantos, no por eso fué más feliz en esa guerra de detall á que eran provocados sin cesar. En un combate regular era indisputable la superioridad de la caballería española; pero después de agotar sus fuerzas ensayando cargas sobre unas líneas débiles, que se les escapaban como unas sombras fugitivas, concluian por haber sufrido pérdidas considerables, en esas interminables guerrillas, sin haber obtenido ventaja alguna.

Al principio ensayaron las vias de la clemencia, pero como viesen que poco adelantaban, se propusieron ejecutar actos de severidad, que los gauchos contestaron con terribles represalias, colgando en los árboles los prisioneros que tomaban; no solo tuvieron que contenerse, sinó que después de dos ó tres meses tuvieron que abandonar su conquista, volviendo á sus antiguas posiciones, sin caballos y casi la cuarta parte menos del ejército. Güemes volvió á ocupar la capital de la provincia, y esta quedó libre de enemigos, en su totalidad.

Aunque el General Belgrano se mantenía tranquilo, con el ejército de Tucumán, no dejó de tentar algunas operaciones parciales, cuyo resultado en último análisis, fué de ninguna utilidad. El teniente coronel don Daniel Ferreira

fué mandado por entre las poblaciones de indígenas irreducidas, que quedan al Este de lo que es hoy Bolivia, á tomar el mando de los restos del cuerpo que había mandado Warnes, y que á las órdenes del comandante Mercado, se conservaba en los desiertos de Santa Cruz de la Sierra; algo dió que hacer á los españoles, tuvo muchas escaramuzas y al fin se vió precisado á abandonar el teatro de la guerra, trayendo unos doscientos ó trescientos hombres.

La más considerable de estas expediciones fué la que marchó á las órdenes del comandante La Madrid, pués se componía de trescientos ó cuatrocientos hombres escojidos del ejército, con dos piezas de artillería de montaña. Sus primeros pasos fueron brillantes, pués cortando la línea de operaciones del enemigo, rindió la guarnición de Tarija, haciéndola prisionera, y á más el comandante en servicio de la España, don Andrés Santa Cruz, que tan gran papel ha hecho después en los negocios de ambos paises. Era una verdadera sorpresa para los cuerpos españoles destacados en las guarniciones, encontrar á su frente tropas regulares y disciplinadas, cuando solo esperaban grupos de indios ignorantes y desarmados. La expedición del comandante La Madrid, era un golpe de rayo que hubo de dar valiosos resultados.

Después de la victoria de Tarija, se dirigió á Chuquisaca, cuya guarnición era mucho menos importante en calidad y número, que la que acababan de vencer, al paso que la fuerza libertadora se había duplicado con los voluntarios que había reunido. Para colmo de felicidad, apresó La Madrid un lindo escuadrón enemigo, sin que se salvase un hombre, sin disparar un solo tiro, sin desenvainar un solo sable y sin derramar una sola gota de sangre. Es este uno de esos lances raros en la guerra y que merece referirse detalladamente.

El comandante La Madrid, á quién en virtud de la victoria de Tarija, se le había concedido el grado de coronel, se aproximó á dos leguas de Chuquisaca y se situó en el pueblecillo de Cachimayo, si no me engaño, sin que el presidente de la Audiencia, que era el Gobernador de la capital del Alto Perú, tuviese noticia distinta de su situación ni de la clase de fuerza que se aproximaba. Sin embargo de su vaga alarma, había pedido tropas á Potosí, que dista treinta leguas, y se le había advertido que marchaba en su auxilio el comandante Ostria con un cuerpo proporcionado. Este hizo salir al comandante Lopez con su escuadrón completo, para descubrir al enemigo: Lopez se dirijió, explorando la campaña, al mismo punto que ocupaba La Madrid.

Debe advertirse que para llegar á Cachimayo tenía el comandante español Lopez que descender una elevada cuesta, cuyo pié venía á dar á los suburbios del pueblito; desde la altura se distinguía la fuerza que lo ocupaba y como esta era uniformada y armada con regularidad, creyó que era la división de Ostria que venía en su auxilio. Los nuestros veian también á los españoles que estaban arriba, y el coronel La Madrid tuvo la feliz advertencia de mandar que no se hiciera movimiento alguno de desconfianza ni hostilidad. Esto alentó más al jefe realista que continuó descendiendo y hasta se adelantó con un ayudante y un trompeta, hasta ponerse al habla. Entonces preguntó qué gente era aquella, y le contestaron que era amiga; volvió á preguntar si era la división de Ostria y le respondieron afirmativamente. Aún se cree que equivocó con este al coronel La Madrid, cuya estatura y corpulencia eran semejantes. Con tales seguridades, descendió al plano y se encontró rodeado de enemigos y prisionero.

Al momento se le intimó que sería muerto en el acto, si por una acción ó palabra hacía conocer á sus subalternos,

lo que le había acontecido. Por el contrario, se le ordenó que cuando se aproximasen, los mandase expresamente bajar, asegurándoles que era tropa amiga la que los esperaba; así se hizo, y todo el escuadrón, sin que escapase uno para llevar la noticia á Chuquisaca, quedó en poder de nuestras tropas. Estas, para engañar mejor á los confiados enemigos, se habian desgañitado dando *vivas al Rey, á la España y á los jefes realistas;* solo fué después que se hubo conseguido un triunfo tan extraordinario, que se entonaron los cánticos de la patria y las aclamaciones de la victoria.

Tenemos al coronel La Madrid con su hermosa división á dos leguas de Chuquisaca, y al jefe español que allí mandaba, reposando en la más plena confianza, tanto porque no conocía la calidad de la fuerza que le amagaba, cuanto porque tenía avanzada una vanguardia cuyos partes debian instruirlo de su aproximación. Por lo demás, la guarnición, deduciendo el escuadrón que había caido prisionero, solo consistía en menos de cien hombres y algunos enfermos que había dejado el ejército en los hospitales: débil recurso para defender la ciudad, no obstante que las calles estaban cortadas á una cuadra de la plaza, con parapetos que solo dejaba una estrecha entrada, como se acostumbraba en los pueblos del Perú, en precaución de un asalto de las montoneras ó republiquetas de indios.

El coronel La Madrid no perdió tiempo, pués esa misma tarde se movió, y á las doce de la noche estuvo en el convento de la Recoleta, que estando en una posición algo elevada, domina la ciudad. Ni el Gobernador ni la guarnición sabian absolutamente nada y dormian el más profundo sueño. Hubo varias opiniones sobre el modo de atacar á la plaza, y una de ellas fué disfrazar cien hombres con el uniforme de los prisioneros é introducirse como amigos. Me han asegurado que el comandante Lopez se prestaba á cooperar á esta operación, proponiendo que lo llevasen

asegurado, á la cabeza de la columna, y que lo matasen en el acto si no cumplía fielmente lo que prometía.

Otros opinaron acercarse sin ser sentidos, á las trincheras y echarse sobre ellas al apuntar el día: estos dictámenes fueron desechados, para elegir el peor de todos. Quizá el coronel La Madrid quiso evitar á la población algunos excesos que podian cometerse tomándola á viva fuerza, y calculando la debilidad de sus medios dedefensa, se persuadió que el Presidente ó Gobernador, viendo á su frente un cuerpo de tropas regulares, se rendiría por capitulación.

La Recoleta, que como he dicho, ocupa una posición elevada, está en los suburbios de la ciudad; desde allí se enfilaba una calle que terminaba en la plaza, donde se alcanzaba á ver el fogón que un cuerpo de guardia tenía encendido. A ese fogón hizo apuntar los cañones el coronel La Madrid, y al romper el alba los mandó disparar, al mismo tiempo que todas las cajas, cornetas y clarines de la división, tocaban diana.

La alarma no podía ser más completa, pero no surtió los efectos que esperaba el coronel La Madrid, pués el jefe español sin desconcertarse, se dispuso á una defensa, á que poco antes no estaba preparado. A la diminuta guarnición que tenía, reunió los enfermos del hospital que podian conservarse en pié, arrimados á la trinchera, é hizo un llamamiento á la población, á que esta respondió en gran parte, no por afección á la causa real, sinó por defender sus personas y propiedades, que creian amenazadas por una turba indisciplinada.

Muy entrado ya el día, descendió á las calles, que ocupó sin resistencia, el coronel La Madrid, estando toda la fuerza enemiga concentrada dentro de las trincheras. Ambos contendores tuvieron tiempo sobrado para tomar sus medidas, pués fué muy tarde cuando se hizo el ataque. Nuestra fuerza fué dividida en ocho fracciones, más ó menos

iguales, que ocuparon las ocho calles que desembocan en la plaza. A una señal dada cayeron á un tiempo, y casi á un mismo tiempo fueron todas rechazadas. Ninguna pudo tomar, ni aún llegar á la trinchera que le era opuesta, y después de inútiles esfuerzos y de pérdidas no pequeñas, tuvieron que volver á los puntos de donde habian partido. Después de este ataque desgraciado, la ocupación de la plaza se hizo muy difícil, y el Coronel tuvo á bién retirar sus columnas á la Recoleta, donde estuvo esa misma tarde.

El enemigo no dió un paso fuera de las trincheras para perseguir; pero como era probable que viniesen algunos cuerpos en su auxilio, el coronel La Madrid no podía permanecer en la posición que ocupaba. La fuerza había perdido no solo su ánimo sinó en número, pués, fuera de los muertos y heridos en el combate, había sufrido dispersión de la gente del país: emprendió, pués, su retirada, pero pienso que no le ocurrió aún la idea de dejar el Perú para venir á las Provincias Bajas, y lo que se propuso, fué maniobrar, esperando una ocasión favorable de dar un golpe feliz. Más, ya no era tiempo; el General en Jefe del ejército realista había destacado fuerzas considerables para perseguirlo, las que lo buscaron sin cesar, hasta que lo derrotaron cumplidamente en Sopachay.

Pero aun tuvo otro no menor contraste, á los pocos dias de su salida de Chuquisaca: marchaba una noche, la columna, con menos precauciones de las que debía, pués todas consistian en una partida que iba de vanguardia; el oficial que la mandaba, por equivocación ó por irse á unos ranchos, como dijeron algunos, se separó del camino y dejó enteramente descubierto el frente de la división, que seguía su camino muy tranquilamente; la infantería iba montada, y sus cañones cargados en mulas, como se acostumbra en el Perú.

En el movimiento general que hacian los españoles, para

reunir los destacamentos que tenian separados, acertó á venir esa noche una compañía, que si no era menor, no excedía de cien infantes, por el mismo camino, pero en sentido inverso del que traía la columna. Los enemigos la sintieron primero, y sin saber qué fuerza era la que se les presentaba, tomaron posición en una pequeña altura que estaba al lado del camino, y esperaron. Cuando se acercó la cabeza de nuestra tropa, le dieron el *¿Quién vive?* y habiendo contestado, *La Patria*, hicieron una descarga, á la que es consiguiente se siguiese un fuego más ó menos vivo. Los que venian á vanguardia, retrocedieron en desórden, y este se comunicó á toda la columna, en términos, que sufrió la derrota más completa. Las mulas que llevaban los cañones, huyeron con su carga; las del parque y equipajes, hicieron lo mismo, en distintas direcciones, y la fuerza se dispersó, en términos, que á la mañana no estaba aún reunida la división.

Por fortuna, el enemigo, que conoció que la fuerza con quién se las había tenido, era seis veces mayor que la suya, se apresuró á dejar este menguado campo de batalla, y alejarse cuanto pudo. De este modo pudieron los nuestros volver en sí, buscar la reunión y recuperar lo que se pudo, del carguero extraviado y los cañones, que no parecieron hasta después. Sin embargo, esto no se hizo sin pérdida, pués en la sorpresa de la noche murió el capitán Colé, del núm. 2, joven muy querido y de muchas esperanzas, con unos pocos hombres de menos importancia, y además hubo nueva deserción de los hombres que no quisieron ó no pudieron volver á las filas.

Restablecido el orden y hecho el arreglo de fuerza, lo mejor que se pudo, volvió á continuar su movimiento de retirada; pero ya entonces La Madrid buscaba conocidamente el contacto con las Provincias Bajas, pués su direccíón era á Tarija. Al mismo tiempo, la división española,

que había sido destacada del ejército Real, para perseguirlo, se avanzaba rápidamente, y por más que La Madrid aceleró sus marchas, y que destruyó casi, para forzarlas, sus medios de movimiento, no pudo dejar de ser alcanzado en Sopachay, célebre por la nueva derrota de que fué teatro, y por la ruidosa causa que se formó por este suceso.

Después de una marcha violenta de algunos dias, en que el Coronel creía haber ganado un buén trecho al enemigo, paró en Sopachay, para dar descanso de un par de dias, de que pensaba poder disponer, á sus hombres y caballos. Fallaron estos cálculos, y otra vez lo engañaron sus avanzadas, que no sintieron al enemigo, que en pleno día penetró hasta su campo. El ataque fué tan repentino, que el coronel La Madrid lo supo cuando oyó los primeros tiros, y se pronunció la derrota, quedando en poder del enemigo, cañones, parque, equipajes y hasta los papeles del Coronel.

No hubo acción, no hubo resistencia: todo fué confusión, en medio de la cual cada uno fugó por donde pudo y como pudo. No fué sinó á muchas leguas que se reunió algo de la fuerza escapada, con la que el Coronel siguió su retirada. Para mayor desgracia estallaron desavenencias entre los jefes y oficiales, y hubo de haber una revuelta que solo con trabajo pudo reprimir el Jefe. En el parte que dió al general Belgrano, acusó de cobardía é incapacidad al coronel Azebey, al mayor don Antonio Giles, que era el jefe del E. M. de la división, al capitán Otero y cuatro oficiales más, los que fueron conducidos en arresto, para ser juzgados en consejo de guerra de oficiales generales. Este los absolvió, después de algunos meses, que tardó la substanciación de la causa.

Al fin llegaron á Tucumán los mutilados restos de aquella linda división, que si había sufrido reveses, había también adquirido glorias. La opinión hizo justicia al valor del coronel La Madrid, pero no juzgó así de su capacidad, pués

se creyó que no había sido acertada la dirección que había dado á sus operaciones, y más que todo, se creyó que no había tenido la firmeza y habilidad necesarias para conservar la disciplina, tan precisa en una campaña ofensiva y lejana. El general Belgrano no participó de ese modo de pensar, pués lo acogió distinguidamente y lo llenó de sus gracias.

El escuadrón de Húsares que mandaba el coronel La Madrid, se elevó á regimiento y se le formaron dos escuadrones, se le dieron con preferencia hombres y recursos, pero jamás pudo medrar este cuerpo, porque el señor La Madrid carece de toda capacidad administrativa é ignora, ¿quién lo creerá? en qué consiste la verdadera disciplina. Los cuerpos que ha mandado siempre le fueron personalmente afectos, pero este sentimiento no iba hermanado con el respeto, con el que debe hermanarse. Siempre sus soldados fueron en la apariencia, entusiastas por la causa que defendian, pero sus hechos no correspondian á las esperanzas que hacian formar. El coronel La Madrid imponía muchas veces castigos de extremada severidad, pero no producian el escarmiento que era de desear, porque no era regularmente sostenido ese sentimiento de orden que los dictaba. Finalmente, el Coronel y quizá algunos de los que lo acompañaban hacian prodigios de valor, pero casi siempre eran vencidos (1).

Se me ha pasado decir, que mi regimiento, durante su mansión en los Lules, fué aumentado á cuatro escuadrones,

(1) Debo advertir que no habiéndome encontrado personalmente en la campaña del coronel La Madrid, no fuí testigo ocular de los sucesos; pero, como me informé prolijamente de ellos, con motivo de ser el defensor de uno de los oficiales juzgados en el consejo de guerra, puedo hablar con conocimiento. Sin embargo, no será extraño que después de tanto tiempo incurra en algunas omisiones ó inexactitudes involuntarias, que me atrevo á no creer substanciales. Sirva esto de regla general.

habiendo desde antes sido nombrado coronel de él, el de la misma graduación don Cornelio Zelaya; para teniente coronel, don Alejandro Heredia; yo, para comandante del 3er escuadrón, y don José María Perez de Urdinirea para el 4º. Este escuadrón era la escolta del General en Jefe. Para mayor del cuerpo había sido promovido el capitán Gimenez.

Se formó también por ese tiempo una compañía de artillería de á caballo, pero anexa al mismo cuerpo de artillería, que mandaba el comandante don Manuel Ramirez. Los demás cuerpos eran mandados en la forma siguiente:

El regimiento núm. 2 de infantería con dos batallones, por el coronel Bustos y comandante Morón; el núm. 3 de un batallón, por el coronel don Blas Pico y el teniente coronel Aparicio; el núm. 9 de un batallón, por el coronel graduado Dominguez; el núm. 10 de un batallón, por el de igual clase y grado, Pinto. La caballería constaba de los dos regimientos de Dragones y Húsares, de que ya he hecho mención.

CAPÍTULO IX

LA GUERRA CIVIL

Los montoneros invaden la provincia de Córdoba.—Los coroneles Bustos y La Madrid marchan á esta provincia.—El comandante Paz es destacado á la Cruz Alta.—Combate de la Herradura.—La famosa táctica de infantería de Artigas.—Espíritu de los montoneros.—Lopez levanta campamento después de dos ataques malogrados.—Los montoneros abandonan á Córdoba.—Derrota del coronel Ortiguera en Coronda.—Naturaleza de estas guerras.—Errores de los generales.—La anarquía y los celos con Buenos Aires.—El ejército auxiliar del Perú, á las órdenes del general Belgrano, abre operaciones contra Lopez.—La campaña de Santa Fé.—Mala conservación de los caballos.—Armisticio celebrado por el general Viamont. — Socorro á la esposa del general San Martín.—Ideas del general Belgrano sobre la forma de gobierno.—Estado de la disciplina y la organización.

El ejército se conservaba estacionario en Tucumán, sin que se hablase siquiera de la probabilidad de abrir la campaña en el Perú; ni aún podía decirse que su posición era defensiva, por cuanto estando cubierto por la extensa y belicosa provincia de Salta, era en ella que se estrellaban los esfuerzos impotentes de los españoles. Lejos de tener los medios de obrar ofensivamente, apenas se recibian de cuando en cuando algunos reclutas, de los que se desertaban dos terceras partes, y sus recursos de subsistencia eran tan menguados, que solo con trabajo podian conservarse. El Gobierno, ocupado de la guerra civil que devastaba la

parte oriental de la República, y entregado á una chocante corrupción, parecía haberse olvidado del ejército del Perú. El de los Andes le merecería acaso más atención, pero no más sacrificios después que el general San Martín lo había creado con los recursos de Cuyo en su mayor parte, y había penetrado en el Estado de Chile, que proveía á su subsistencia.

Las victorias de Chacabuco y Maipo, compensando en cierto modo nuestros desastres anteriores, nos abrieron una nueva fuente de recursos y permitieron al general San Martín, no solo conservar, sinó aumentar las fuerzas de su mando, que después dieron tantas glorias á la patria. La última de estas victorias, después de la impresión que había producido en los ánimos el desastre de Cancha-rayada, fué celebrada en Tucumán con locura. El general Belgrano hizo levantar un monumento para perpetuar su memoria, el que se conservaba hasta estos últimos años.

La provincia pequeña de Santa Fé, seguía siendo el teatro de escenas sangrientas; pronunciada de un modo de que la historia ofrece pocos ejemplos, contra el gobierno general, hacía una guerra á muerte y triunfaba de las tropas regulares que se le oponian; estaba sostenida por Artigas y por el caudillo Ramirez, que mandaba en Entre Rios, cuyas fuerzas habian atravesado el Paraná más de una vez, en socorro de los santafesinos. Estos pretendian propagar el incendio en la provincia de Córdoba, en la que había más que medianas disposiciones, de modo que el General del ejército, de acuerdo con el Gobierno, tuvo á bién destacar una fuerza de línea, para oponerse á las irrupciones de los federales ó anarquistas, como eran llamados entonces. El coronel Bustos fué elegido y marchó con trescientos hombres de su cuerpo.

Con esta fuerza, á que se agregaron algunas milicias y otros piquetes, se situó en Fraile Muerto, lugarejo que

está á cincuenta leguas de Córdoba, camino de Buenos Aires. Allí fué atacado por los santafesinos, á los que rechazó, pero sin sacar otras ventajas por falta de caballería. Con el fin de socorrerlo, cuando se supo este conflicto, salieron de Tucumán tres escuadrones; los dos que formaban el diminuto regimiento de Húsares y el 3.º de Dragones que yo mandaba, todo á las órdenes del coronel La Madrid. Habíamos llegado á Santiago cuando se supo que Bustos había rechazado á los federales en Fraile Muerto, y regresamos á Tucumán después de una campaña de diez dias.

Esto sucedió en Noviembre de 1818, pero al mes siguiente tuvimos orden otra vez, de aprestarnos á marchar, los mismos escuadrones, porque se pensó sériamente en reforzar al coronel Bustos, que estaba siempre amagado en la frontera de Córdoba. En el último tercio del mes de Diciembre dejé el cantón de los Lules, después de haber estado en él cerca de dos años y medio, y reunido con el coronel La Madrid, entramos á dicha ciudad de Córdoba, el 1.º de Enero de 1819.

Después de seis ú ocho dias de descanso, salimos de la ciudad y fuimos á situarnos en la Herradura, sobre el río Tercero, á treinta y seis leguas de Córdoba. Allí vino á reunírsenos el coronel Bustos, que habiendo dejado su posición de Fraile Muerto, se había colocado en la Villa de los Ranchos, perdiendo una gran extensión de territorio.

El 13 de Febrero recibí orden de marchar con mi escuadrón y un piquete de treinta milicianos, á sorprender una reunión de montoneros que estaba en la Cruz Alta, que está treinta y siete leguas adelante de la posición que ocupábamos; marché esa tarde al ponerse el sol, y en tres noches de camino, ocultándome siempre de día, logré ponerme sobre el arroyo de las Mojarras, á dos leguas de distancia, sobre un flanco del punto que iba á atacar. El 16 á las dos de

la tarde, hora que elegí exprofeso, caí sobre la Cruz Alta, que logré sorprender completamente, pués nadie se había apercibido de mi marcha, ni de mi aproximación; más, en vez de hallarme con el caudillo don Felipe Alvarez, á quién iba á buscar, solo me encontré con unos cuantos hombres de los que le pertenecian, los cuales se disponian á ir á reunírsele ese mismo día, porque también lo había hecho el anterior, con la mayor parte de su fuerza, á lo que se decía ejército de Lopez, gobernador de Santa Fé. Este caudillo había movido el grueso de sus tropas y las auxiliares entrerianas, para buscarnos en la Herradura, dejando solamente, al frente del general Viamont, que ocupaba el Rosario, algunos escuadrones que lo hostilizasen y ocultasen su movimiento.

Mi situación era en extremo crítica, pués Lopez y yo nos habíamos cruzado sin sentirnos, de modo que aquel quedaba interpuesto entre Bustos y yo, con sola la diferencia que mediaba el río Tercero, que estaba bajo y vadeable en todas partes, por los caminos que uno y otro habíamos seguido. Las fuerzas de Lopez ascendian á mil quinientos hombres, cuando la que yo mandaba apenas pasaba de cien, incluso los milicianos.

Tres partidos me quedaban que tomar: primero, atravesar rápidamente parte de la campaña de Santa Fé, para reunirme á Viamont, en el Rosario; segundo, internarme un poco al sud para volver á Córdoba, evitando el contacto con los invasores; tercero, volver por el mismo camino, por si lograba pasarme por su flanco, para buscar mi reunión con el cuerpo de Bustos, de que dependía. Sin duda los primeros eran los más seguros, pero no pude resolverme á privar de mi cooperación al cuerpo que iba á ser atacado, y me resolví por el último. En el acto avisé á Bustos lo ocurrido, asegurándole que tenía ya al enemigo sobre sí, y que yo volaba á incorporármele, cualesquiera

que fuesen los peligros que tuviese que correr. No dejaba de esperar que hiciese algún movimiento, para darme la mano, y para asegurar el éxito de mi atrevida maniobra.

Sin perder más tiempo que el muy preciso para que la tropa medio comiese, lo cual era urgente, me puse en marcha por el mismo camino que había traido, pero haciendo consistir sobre todo, el éxito, en la celeridad, cuidé menos de evitar los carriles y las poblaciones; mi objeto era llegar á la Herradura, antes que Lopez hubiese atacado nuestra fuerza. Marché, en consecuencia, toda la tarde y noche del 16, y después de un ligero descanso, continué el 17, no obstante la copiosa lluvia que cayó durante todo el día. Quizá esta circunstancia me fué muy útil, pués además de impedir que se viese el polvo que levantaba mi pequeña columna, hizo crecer el río, en términos, que esa noche era muy costoso atravesarlo.

Era al ponerse el sol cuando llegué á la Esquina de Ballesteros, que está tres leguas de la Herradura, habiendo andado más de treinta en veinte y cuatro horas, cuando recibí la contestación de Bustos á mis primeros partes. Me avisaba quedar informado de ellos, y añadía, que me retirase arreando todo el ganado y caballos que pudiese. ¡Arrear ganado en las circunstancias en que me había visto y me veía! Era preciso que aquel estúpido Coronel estuviese fuera de su juicio, ó que tuviese por falsos mis avisos. Mi indignación, que llegó hasta el despecho, fué suma y llegué á temer, sin embargo de los datos evidentes que tenía para creer que el enemigo estaba sobre nosotros, que me hubiese engañado, ó que Lopez hubiese contramarchado, y que Bustos lo supiese, aunque no me lo decía en su fria comunicación.

La tropa y yo estábamos exhaustos en grado superlativo, de sueño, hambre y fatiga; los caballos no estaban menos cansados, y no obstante, yo debí esforzarme en ve-

rificar mi reunión esa misma noche, franqueando, aunque fuese trabajosamente, las tres leguas que me faltaban; más, el tono en que me hablaba Bustos, me hizo pensar que no creía necesaria mi precipitación, y que aún mis subalternos fatigados hasta el extremo, murmurarian de mi exigencia; resolví, pués, parar y pasar allí la noche y hasta descuidé las precauciones que podía haber tomado. Permití encender fuegos, hice desenfrenar los caballos para que comiesen y que la tropa durmiese. Me quise persuadir de que la comunicación de Bustos salvaba mi responsabilidad en cualquier evento, y asegurada esta, que en mi concepto siempre fué de gran peso, dejé lo demás á la ventura. Efectivamente, después supe que los enemigos veian desde la otra parte del río, mis fogones, que suponian pertenecer á los milicianos del coronel Haedo; que se pensó en venir á sorprenderlos, pero que desistieron por no hacerse sentir con anticipación del cuerpo principal, que era el objeto jefe de su empresa.

Amaneció y yo no me había aún movido del campo, cuando ya recibí la primera orden de Bustos para que acelerase mi marcha, que emprendí desde luego. No había aún andado media legua cuando vino otro mensagero con la misma incumbencia, luego un ayudante y otros tres más. La apatía del día antes se había convertido en impaciencia; quizá se reprochaba el no haber dado el debido crédito á mis partes y haber obrado en consecuencia.

No tengo duda al asegurar que no creyó Bustos que lo atacaba el enemigo. Después de recibir mis avisos, en que le aseguraba del modo más positivo, la invasión, no tomó más precaución que hacer traer la caballada de reserva, que estaba en unos potreros, á dos leguas de distancia, en la dirección que traía el enemigo, y llamar á un tal Casas, que vivía cerca de esos potreros, y encargarle que mandase un par de hombres de su confianza á descubrir la cam-

paña. Esto fué en la tarde del 17, y en esa misma noche se vió sorprendido en su casa dicho vecino, quién no obstante pudo hacer escapar un peón que trajo á Bustos la noticia de que los enemigos estaban sobre él. Este aviso le llegó á la madrugada, y desde entonces fué que empezó á reduplicar las órdenes que recibí en el camino.

Cuando llegué al paso del río que estaba inmediato á nuestro campamento, ya percibí el tiroteo de las guerrillas que se había empeñado; aunque el río no estaba muy crecido, se nadaba en algunas partes; así lo pasé, y me encontré reunido á la división á que pertenecía. Bustos no quiso tocar el punto, ni yo podía hacerlo sin hacer observaciones punzantes; pero ni él, ni nadie dejó de conocer que sin mis avisos, por lo menos, hubiera el enemigo tomado las caballadas de reserva, y acaso sorprendido la división. Toda la mañana se empleó en guerrillar sin resultado, y no fué sinó á la tarde del 18 de Febrero, que el enemigo hizo un esfuerzo decisivo sobre nuestro campo.

Este se hallaba situado sobre la barranca del río, en la parte cóncava de un arco que describe frente de la posta de la Herradura, que está al otro lado, en la margen derecha. El terreno que ocupábamos era perfectamente limpio, pero siguiendo la ribera para arriba y abajo, estaba guarnecida de bosque. Nuestro campo estaba cerrado con postes puestos á distancia, en los que había varas atravesadas, para impedir que saliesen los caballos que teníamos adentro. Esta débil barrera se aprovechó para colocar la infantería en orden sencillo, porque el recinto era extenso, poniendo las monturas de los infantes como los marineros ponen sus camas en los buques de guerra, para que les sirvan de parapeto. Es verdad que el parapeto quedaba muy bajo, pero hincados los soldados, alcanzaban á cubrirse una parte del cuerpo.

La caballería estaba en segunda línea, teniendo cada

escuadrón un portón enfrente, para salir cuando fuese preciso; interinamente se habian cerrado estos portones con cuerdas ó lazos, que se quitaban en el momento oportuno. Dos cañoncitos de muy poco calibre que teníamos, estaban colocados convenientemente.

Serian las dos de la tarde cuando las guerrillas enemigas empezaron á ser reforzadas. Esto siguió en una progresión tan creciente, que las nuestras, que eran de caballería, tuvieron que recogerse al campo cercado. Muy luego presentaron su línea, que siguió avanzando, pero que hizo alto para dejar obrar á lo que llamaban su infantería; esta consistía en unos hombres armados de fusil y bayoneta, que venian montados habitualmente, y que solo echaban pié á tierra en ciertas circunstancias del combate. Cuando estaban desmontados nunca formaban en orden unido, y siempre iban dispersos como cazadores; formaban parejas, y para ello hacian servir sus amistades y relaciones personales, de modo que tenian ese vínculo más, para protegerse mútuamente y no abandonarse en el conflicto.

A presencia del enemigo, y sin desmontarse, se desplegaban en guerrillas, y cuando habian llegado á la distancia conveniente, echaban pié á tierra, quedando uno con los dos caballos, y avanzándose el compañero de algunos pasos para hacer fuego, el que continuaba mientras se creía conveniente. Algunas veces se conservaba á caballo el uno teniendo de la rienda el caballo del que se había desmontado.

Si eran cargados y se veian precisados á perder terreno, saltaban en sus caballos con rara destreza, y antes de un minuto habian desaparecido; si por el contrario, huía el enemigo, montaban con igual velocidad, para perseguirlo; y entonces obraban como caballería, por más que sus armas fuesen las menos adecuadas. Esta era la famosa táctica de la infantería de Artigas, con la que había triunfado

de los ejércitos de Buenos Aires, y que á juicio de aquellos caudillos, era el último esfuerzo del ingenio humano. Es por demás decir que esta operación de su infantería, era sostenida por cuerpos de caballería, que conservaban generalmente á su inmediación.

Nuestro campo fué completamente circunvalado por una extensa línea de guerrillas, en la forma que he descripto, cuyos fuegos, siendo convergentes, nos incomodaban bastante, principalmente á la caballería, que estaba al descubierto. Ellos apenas eran contestados por algunos de nuestros infantes, que guardaban los suyos para mejor ocasión, que luego se presentó.

Repentinamente y por un movimiento simultáneo, se pronunció una carga general de caballería, á que acompañaron sus infantes, que tomaron para esto sus caballos, con una destreza y celeridad sin igual, y se vinieron del modo más impetuoso sobre nuestra débil trinchera. Entonces los recibió nuestra infantería, con la plenitud de sus fuegos, en términos, que los rechazaron é hicieron retroceder. Al mismo tiempo salieron por los portones los tres escuadrones, cargando dos de ellos y quedando el otro en reserva. A mí me tocó cargar por nuestra izquierda y casi sobre el centro del enemigo, el cual cedió en desorden, probando los filos de nuestros sables, pero haciendo al mismo tiempo, toda su línea, una rápida concentración sobre varios puntos, que á su vez amenazaban envolver nuestra diminuta fuerza. Los dos escuadrones en acción, parecian dos puntos en el espacio, comparados con aquella multitud que abarcaba una gran extensión. No debí, pués, llevar la carga indefinidamente, y después de andar diez ó doce cuadras, en que el enemigo tuvo pérdidas proporcionadas, hice la señal de *alto*, para reunirme y reorganizarme.

Ya era tiempo, porque los montoneros, advirtiendo su inmensa superioridad numérica y la dispersión que natu-

ralmente origina una carga, se preparaban (no los que llevábamos acuchillando) á tomar la ofensiva y envolvernos por todos lados. La brevedad con que se rehizo el escuadrón y la actitud que tomó, les impuso, y permanecimos algún tiempo en observación. Cada instante que pasaba, volvía más el enemigo de su estupor y se persuadía más de nuestra debilidad, pués podíamos contarnos en aquella circunstancia, uno contra diez. Cuando quise replegar mi escuadrón, el enemigo quiso y aún se movió para echarse sobre él, pero le dimos otra vez frente y se contuvo, á lo que pudieron contribuir dos compañias de infantería que habian salido del campo y que se dejaron ver á la distancia. Pude, pués, seguir mi movimiento, en el mayor orden y sin ser inquietado, fuera del fuego de guerrillas, que era contestado por otras, hasta apoyarme en la infantería que había salido.

El escuadrón de Húsares que cargó, pudo hacerlo con más desahogo, porque siendo su movimiento sobre la extrema izquierda del enemigo, no corría el mismo peligro de ser envuelto. Sin embargo, no fué tan feliz, porque aunque arrolló al enemigo, cuando cesó su movimiento ofensivo y quiso replegarse, este trató de cargarlo á su vez, le hizo perder algunos hombres, y lo hubiera deshecho, sin el oportuno socorro del escuadrón de reserva.

Aunque los federales ó montoneros no tuviesen táctica, ó mejor dicho, tuviesen una de su invención, se batian con el más denodado valor; su entusiasmo degeneraba en el más ciego fanatismo, y su engreimiento por causa de sus multiplicadas victorias sobre las tropas de Buenos Aires, se parecía al delirio. Entre los hombres que perdieron en la carga, que serian treinta, solo uno se pudo tomar vivo y herido también, pués los otros prefirieron morir con sus armas en la mano. Ví un indio (no hablo de los salvajes, de que traian algunos del Chaco) que habiendo perdido su

caballo, había quedado á retaguardia de los nuestros cuando había pasado el momento de la carga, y que rodeado de diez ó doce soldados, que le ofrecian salvarle la vida, los desafiaba con la lanza en la mano, despreciando su perdón; á alguno hubo de costarle cara su clemencia, pués el bárbaro birió á uno de sus generosos vencedores. Semejante á una fiera acosada por los cazadores que vuelve á esperarlos para vender cara su vida; así, este furioso, no escuchaba, sinó su rabia y su desesperación. Fué preciso matarlo, como se hubiera hecho con una pantera ó con un tigre.

El enemigo se puso al fin en retirada, y nosotros tratamos de volver á nuestro campo. Allí experimenté una de las más agradables sensaciones que he gozado en mi vida; estaba acostumbrado á oir esa continua querella entre los cuerpos, y principalmente entre las diversas armas, sobre quién había contribuido más á la victoria, cuando se conseguía, ó quién era más culpable en la derrota, cuando esta tenía lugar. Algo he dicho sobre esto en el curso de esta memoria, pero no todo lo que podía, para mostrar hasta donde llegaba este mal, que se había aumentado con la preferencia que los generales Belgrano y Cruz parecian dar á la infantería (1). Desde la acción de Tucumán había nacido esta lucha, que se había seguido con más ó menos viveza, sin que para ella hubiese, en mi concepto, otro motivo real, que la ignorancia, la indisciplina y circunstancias especiales que concurrian en nuestros ejércitos, y que no es del caso explanar. Digo, pués, que al incorporarme á la infantería, fuí recibido con los gritos tan expontáneos como uniformes de *¡ Viva el escuadrón de Dragones!* gritos

(1) El general Belgrano disminuyó el sueldo de los oficiales de caballería, quitándoles el aumento y poniéndoles á la par de los de infantería.

que penetraron hasta el fondo de mi corazón y de los de mis compañeros.

La noche del 18 se pasó sin novedad, conservándonos dentro del campo cercado, mientras los enemigos lo pasaban en el suyo, que estaba á poco más de una legua. Amaneció el 19 sin que tampoco se presentasen á la vista, y como fuese preciso hacer comer nuestros caballos, tuve orden de sacar mi escuadrón y avanzarme algunas cuadras, para descubrir al mismo tiempo, un poco más de terreno. Allí mandé quitar los frenos, quedando los ginetes con los cabestros, de la mano. La misma operación hacian los dos escuadrones de Húsares, pero habiendo quedado cerca del campamento, estaban algunas cuadras á mi retaguardia.

Serian las ocho de la mañana del 19 cuando se dejaron ver los enemigos con todas sus fuerzas; por esta vez habian formado una línea más regular y desplegado una gran bandera punzó, que flameaba al centro de ella. Se avanzaban lentamente, para conservar, al parecer, algún orden, al son de ataque que tocaban las trompetas y cajas. Todo anunciaba que querian hacer un esfuerzo serio y decisivo. Según se fueron aproximando, mandé enfrenar, montar y formar. Cuando el enemigo estuvo á una distancia proporcionada, mandé volver caras á mi pequeño escuadrón, que no tenía entonces más de setenta hombres, para replegarme al campo, al mismo paso que traía la línea contraria.

En el momento de efectuar el movimiento de volver caras, quedaba naturalmente, yo que lo mandaba, dando la espalda á nuestro campo y mirando al escuadrón que lo ejecutaba; fué entonces que se oyó primero una detonación, inmediatamente otra y otra; al mismo tiempo se veian los fogonazos idénticos á los de la artillería, cuando se dispara, y á los escuadrones de Húsares que huian del campo, en el mayor desorden y dispersión. Me persuadí firmemente de que mientras el enemigo nos había llamado la atención por

el frente, había destacado alguna división por el bosque, que como indiqué, bordeaba el río hasta cerca del campamento, la cual cayendo de sorpresa sobre la caballería que quedaba atrás de mí, y acaso sobre el mismo campo, la había puesto en derrota. En tal caso yo quedaba entre dos cuerpos enemigos y enteramente cortado; no había, pués, que trepidar, pués era preciso abrirse camino con las armas, para reunirme á los mios. Mandé poner sable á la mano, y ya emprendíamos el movimiento sobre los supuestos enemigos, cuando por medio de mejores observaciones, pudimos convencernos de que no eran enemigos los que causaban el desorden que procedía de alguna otra causa.

Esta consistía en que por descuido, al tiempo de distribuir municiones, se incendió un cajón, sin que se supiese como, y tras de ese, otro y otros, hasta consumirse todos los que había en una carretilla, de tres que había allí con este cargamento y destino. El desorden producido en el campo por este incidente fué tal, que se rompieron las filas, y cada hombre procuró salvarse lo mejor que pudo; hubo muchos que desde lo alto de la barranca se tiraron al agua, y los más abandonaron su puesto y la trinchera, salvándola para librarse del incendio. Es seguro que si el enemigo sabe aprovecharse de ese momento, nos pone en un tremendo conflicto; más, nada de esto hizo, continuando su movimiento con la misma lentitud, y dándonos tiempo para que se rehiciese nuestra fuerza y se repartiesen nuevas municiones con más precaución. Sin embargo, tuvimos la desgracia de perder dos hombres, que murieron quemados, y algunos heridos.

Cuando el enemigo se aproximó, ya estaba el orden restablecido y todo preparado para recibirlo. La infantería había ocupado su puesto, y la caballería estaba en segunda línea, como el día antes. El enemigo hizo su ataque en la misma forma que el anterior, pero con mucha mayor cir-

cunspección. Desplegó una larguísima línea de guerrillas, que circunvalaba nuestro campo, y cuyos fuegos convergentes (según antes dije) nos molestaban demasiado, manteniendo entre tanto su cuerpo de batalla, fuera del alcance de nuestra fusilería. Esta situación se prolongaba por demás y era forzoso hacerla cesar; para ello la caballería tuvo orden de adelantarse, desembocando por los tres portones, para envolver sus guerrillas. Estas no dieron tiempo, porque corrieron con la misma destreza y aún mayor celeridad que el día anterior, montaron á caballo y se replegaron sobre su línea; esta empezó entonces un movimiento de retirada; más, con una lentitud y malicia, que nos mostraba muy á las claras, que su objeto era alejar nuestra caballería para envolverla y cargarla por todas partes, lo que podian hacer con una inmensa desproporción de fuerzas.

Conocido el fin que se proponía el enemigo era nuestro deber frustrarlo, lo que se hizo suspendiendo nuestro movimiento ofensivo y aún apoyando nuestra diminuta caballería con algunas compañias de infantería, que al efecto salieron del recinto cercado. El enemigo cesó también en su movimiento de retirada, y dándonos nuevamente frente, nos provocó de nuevo con guerrillas, para que nos alejásemos imprudentemente. No pudiendo conseguirlo, después de una hora de inútiles esfuerzos, se puso definitivamente en retirada, y volvió á su campo, donde pasó el día.

Por todo el resto del día, ni en la noche, no se hicieron sentir, y solo fué en la mañana del 20 que supimos que habian levantado su campo y dirijídose á la Villa del Rosario (Ranchos), amenazando de ese modo el centro de la provincia y la capital misma, mientras se disponía lo conveniente para el movimiento que debíamos practicar; en consecuencia, los coroneles Bustos y La Madrid, yo y otros

oficiales, fuimos á visitar el campo que habian desalojado y vimos las sepulturas frescas en que habian enterrado algunos cadáveres. ¿Qué cadáveres eran estos? Los de sus propios soldados heridos de gravedad, á quienes no podian ó no querian transportar como embarazosos: los degollaron antes que dejarlos en nuestro poder! Así murieron muchos infelices á manos de sus propios compañeros y á sangre fría. ¡Qué barbárie!

El 21 por la tarde nos movimos con dirección á la Villa del Rosario, es decir, en la misma que había llevado el enemigo, pero por distinto camino. El que tomamos rodeaba un poco más y se aproximaba á la capital y tenía la ventaja de que la cubríamos mejor, si los contrarios hubieran intentado atacarla.

Cuando en dos ó tres dias hubimos franqueado la distancia que nos separaba de la villa, supimos que el enemigo, cuyas solas partidas habian entrado en el pueblo y cometido algunos desórdenes, había levantado su campo y dirijídose á Santa Fé, dejando enteramente tranquila la provincia de Córdoba.

El jefe de la expedición era el célebre gobernador de Santa Fé, don Estanislao Lopez, trayendo á sus órdenes á don Ricardo Lopez Jordán, hermano del gobernador Ramirez, y al famoso inglés aventurero, Campbell. Este mandaba una división de indios misioneros y correntinos, y aquel los entrerianos. El éxito de la campaña les fué enteramente contrario, pués nada lograron sinó tristes desengaños y pérdidas positivas; pero, á su regreso, tomaron un valioso desquite, derrotando en Coronda la división del coronel Ortiguera, que pertenecía al ejército del general Viamont, que según hemos indicado, estaba en el pueblo del Rosario del Paraná (1).

(1) Ya se habrá comprendido que hay dos pueblos del Rosario: el uno sobre el Paraná, en la provincia de Santa Fé; el otro que es simplemente villa, en la de Córdoba.

Este General se apercibió al fin, de la marcha de Lopez á la provincia de Córdoba y de la muy poca fuerza que había quedado á su frente. Con el fin de batir la campaña, destacó al coronel Ortiguera con los afamados Dragones de la Patria y demás caballería de su ejército; este Jefe principió su movimiento por la margen derecha del Paraná y aproximándose á Santa Fé. Al principio no halló resistencia, pués los pocos montoneros que habian quedado, se retiraban á su presencia. No sucedió así cuando en Coronda se reunieron con las fuerzas que regresaban de Córdoba, pués tomaron repentinamente la ofensiva, dieron sobre Ortiguera, y lo batieron, haciendo una horrible carnicería.

Me he detenido de propósito en los detalles de esta corta y poco importante campaña, para dar á conocer de una vez, la táctica y modo de combatir de las montoneras que acaudillaba en jefe, el proto-caudillo don José Artigas, mediante la cual obtuvieron considerables victorias sobre las tropas de Buenos Aires. En el primer ensayo que tuvieron con el ejército que se decía auxiliar del Perú, aprendieron á respetarlo, y su General, el digno Belgrano, fué, si no me engaño, un objeto de respeto y estimación para los mismos montoneros.

Muchos han tratado de profundizar esta materia para encontrar las verdaderas causas de los desastres de nuestras tropas, frecuentememe batidas por paisanos, muchas veces mal armados y peor dirigidos. Con este fin no ha faltado quién pondere la inepcia de nuestros generales, la cobardía de nuestros oficiales, y más que todo, la superioridad de la invención y del valor de los caudillos que capitaneaban esas masas irregulares, á las que tan própiamente se bautizó de montoneras.

Preciso es confesar, que nuestros generales de entonces meditaron poco sobre la naturaleza de esta guerra, y que si hubieran reflexionado mejor, habrian dado otra direc-

ción á sus operaciones y otra organización á sus ejércitos. Generalmente olvidaron que la de un cuerpo de tropas debe ser adecuada á las localidades que han de servirle de teatro, á los enemigos que tiene que combatir, y á la clase de guerra que tiene que hacer. Por ejemplo: un ejército destinado á operar en el Perú, debería confeccionarse de otro modo que el que hubiese de combatir en las llanuras de la pampa; el que tuviese que lidiar con tropas regulares sería distinto del que tuviese por enemigos esas hordas semi-salvages, que aunque armados de fusiles y de cañones algunas veces, no se sujetan á la táctica, ni á la disciplina; y finalmente, es muy diverso tener que combatir cuerpos reglados, compuestos de las tres armas y en que la infantería es más numerosa, que haber de luchar con esos grupos informes de caballería, que hacía el nérvio y fuerza principal de los disidentes.

Por lo general, el ejército que se destinaba contra ellos, se recargaba de artillería y un gran parque, que lo hacian pesado; se establecía en una proporción desconveniente, la fuerza de las armas, y llegó hasta creerse que la relajación de la disciplina en nuestras tropas, sería un medio de retenerlas en sus banderas. Errores fatales, que se pagaron bién caros y de que se resintió por mucho tiempo, nuestra organización militar y aún nuestro país. Tales fueron los primeros cuerpos de tropas empleados contra las montoneras, como los de Viamont, en diferentes veces que mandó, los de Diaz Velez, Holemberg, Montes de Oca y Dorrego en sus primeras campañas. Algunos fueron batidos; otros tuvieron que retirarse con precipitación y aún con peligro. A su tiempo diré que el general Belgrano, cuando vino á la campaña de Santa Fé, con el ejército del Perú, se vió en la necesidad de montar y armar como caballería alguna infantería, aunque no la que era bastante para esta clase de guerra.

Cuando después de los desastres del año 1820 se volvió á encender la guerra, el señor Dorrego, que mandaba las tropas de Buenos Aires, se desprendió de toda la infantería y opuso la sola caballería, considerablemente aumentada, á los montoneros que combatía. Después de sus primeros sucesos fué definitivamente batido en el Gamonal, y lo mismo le sucedió al general La Madrid, que mandó las fuerzas compuestas de pura caballería, que se opusieron al caudillo Ramirez, de Entre Rios.

Sin considerar positivamente esta nueva organización, diré que no me parece propia de las circunstancias en que fué adoptada. La montonera, aunque compuesta de tropas irregulares, estaba poseida de un entusiasmo extraordinario, el que unido al brío y valor de nuestros campesinos, les daba una ventaja en los combates individuales (digámoslo así) á la arma blanca, que es la que regularmente se emplea en los ataques de caballería. Por otra parte, esos grandes cuerpos de esta arma, improvisados para oponerles, ya se compusiesen de milicianos, ya de tropas de línea recientemente creadas, no podian tener ni la posesión ni la instrucción convenientes para las maniobras; de modo que las batallas se reducian á choques bruscos y desordenados, en que se combatía casi individualmente. De aquí resultó que los montoneros daban tanta importancia á lo que llamaban *entrevero;* expresión que estuvo en uso, y que era repetida con énfasis por personas de más altura.

Reducida á estos términos la guerra, poco ó ningún fruto podía sacarse de los esfuerzos del arte, ni de las ventajas de la táctica y de la disciplina, á lo que contribuía que había pocos jefes y oficiales que conociesen medianamente la arma de caballería.

Para comprender el ardiente entusiasmo que animaba á los montoneros, forzoso es referirnos al estado de nuestra naciente civilización. Atendido él, les fué muy fácil á los

caudillos sublevar la parte ignorante contra la más ilustrada, á los pobres contra los ricos, y con este ódio venian á confundirse los celos que justa ó injustamente inspiraba á muchos la preponderancia de Buenos Aires. Aún diré más, que quizá fué la causa más poderosa, las fuertes prevenciones que había engendrado en el paisanaje la indisciplina y altanería de las tropas de los primeros ejércitos y las exacciones gravosas á que los sujetaban.

Llegó á ser tan poderoso en las montoneras y sus jefes ese sentimiento de oposición al Gobierno y á las tropas regladas, que sofocó hasta el noble entusiasmo de la independencia: nadie se acordaba de los ejércitos españoles que amagaban por diferentes puntos, y es seguro que se les hubiera visto penetrar en nuestro territorio, sin que se hubiesen reconciliado los ánimos. Quizá cuando la conquista se hubiese avanzado mucho, la magnitud del peligro nos hubiera reunido.

Debo exceptuar á la heróica provincia de Salta, que pagó también su tributo á las discordias civiles, y que como hemos visto, hizo una guerra encarnizada al ejército del general Rondeau, pero nunca se debilitó su ardor patriótico, ni su amor á la causa de la independencia. No había envainado aún la espada con que acababa de luchar contra sus hermanos, cuando se presentaron los españoles, y ella sola, porque nuestro ejército se había retirado, sostuvo la campaña con tanto valor como gloria. Los españoles, después de haber empleado vanamente sus armas y sus tesoros, la seducción y el terror, su táctica superior y el valor de sus soldados, tuvieron que retirarse cediendo la palma del triunfo á esos valientes gauchos, á esos generosos salteños, que dejaban yermas sus ciudades, antes que soportar el yugo que habian sacudido.

Mucho me he distraido de mi propósito, y debo volver á él. Para tomar el hilo de esta memoria, creo conveniente

advertir, que el Gobierno Nacional por este tiempo empezaba á dar más importancia á la guerra de la montonera, y que había resuelto llamar los ejércitos destinados contra los enemigos de la independencia, para concluir con las discordias interiores. La división del coronel Bustos, que había combatido en la Herradura, permaneció en la Villa del Rosario después de la retirada de la montonera, y á los muy pocos dias supimos que todo el ejército se había movido de Tucumán y que marchaba por divisiones á reunírsenos. Fueron estas llegando, en términos, que en Marzo estaba allí el general Belgrano con todas las fuerzas, que eran antes destinadas á observar á los españoles del Perú.

El coronel de mi regimiento, don Cornelio Zelaya, tuvo la orden de marchar con la fuerza de su mando hasta las Mojarras, para observar de más cerca los movimientos de la montonera que se había reconcentrado á Santa Fé, y en seguida se movió todo el ejército en la misma dirección. Muy pronto volvimos á reunirnos, y abrimos la campaña á principios de Abril en una sola masa, llevando cinco batallones de infantería, seis escuadrones de caballería, muy bajos, y ocho piezas de artillería con el parque y bagajes correspondientes. Estas, agregadas á objetos de comodidad y aún de lujo que llevaban algunos jefes, ocupaban más de treinta carretas de bueyes, que seguian nuestro ejército.

En los caminos llanos y abiertos, de esa parte de la provincia de Córdoba y de la de Santa Fé, es muy facil y sumamente conveniente hacer las marchas de noche; pero si lo hicieron algunas divisiones aisladas (1), jamás lo

---

(1) Se me pasaba decir que después de llegar el ejército á la Villa del Rosario, y en los pocos dias que permaneció allí, los montoneros se presentaron en el fuerte del Tío, á diez y ocho leguas de distancia, y sor-

verificó la masa del ejército. La hora regular de la marcha era al salir el sol, habiendo vencido hasta las diez ó las once de la mañana, de cuatro á seis leguas, que eran las jornadas regulares. Un cañonazo disparado á la hora de la diana, era la señal para que se aproximasen las boyadas, caballadas, etc.; y como en los preparativos de marcha se invertía una hora, se daba principio cuando los rayos del astro del día alumbraban nuestras cabezas. Esto hacía que nuestras marchas fuesen penosas, por el calor y por la fatiga de las bestias.

Otro defecto de nuestras marchas era no llevar un cuerpo de vanguardia, própiamente dicho. El ejército campaba en línea y marchaba en una sola columna; cuando más, le precedía alguna partida pequeña á cortísima distancia. Aún esta comisión era rutinera, y la desempeñaba un oficial cualquiera, que se nombraba, por el rol del servicio. De aquí resultaba que no descubríamos más terreno que el que ocupábamos, ni se extendía nuestra acción más allá del alcance de nuestros cañones. Marchábamos casi por un desierto en la provincia de Córdoba, pués era muy raro el habitante que se encontraba; más, en la de Santa Fé ya fué un verdadero desierto, porque no encontrábamos alma viviente.

Mientras estuvimos en la jurisdicción de Córdoba no se presentaron enemigos; pero el día que llegamos á su límite, que lo forma el pequeño arroyo de la Cruz-Alta, ya se presentó una partida de montoneros. El teniente de mi escuadrón don Agustin Bardel, francés (después casado en Mendoza y negociante en Chile), mandaba la partida des-

---

prendieron la guarnición de milicias. Se hizo marchar para socorrerla, al coronel Bustos con ochocientos hombres de infantería y caballería, quién llegó tarde porque ya los montoneros habian desaparecido, según su costumbre.

cubridora que nos precedía de pocas cuadras; cuando dió el parte, recibí orden de adelantarme con mi escuadrón, y cuando lo verificaba, vino á encontrarme Bardel, diciéndome que los montoneros querian pasarse á nuestras filas, que solo pedía el oficial un documento firmado por el general Belgrano, en que se le diesen garantias escritas. Yo trasmití el parte al General en Jefe, pero no me aluciné, y hasta me costó trabajo persuadir á Bardel de que debía obrar con cautela. En la conversación que acababa de tener con el oficial montonero, había escapado prodigiosamente de un tiro que le disparó uno de los soldados enemigos, sin respetar la tregua en que se habian momentáneamente constituido, y á pesar de esto, abogaba aún por la buena fé de los montoneros, dándose por satisfecho con la aparente reprobación que hicieron de la infame conducta del traidor. Cuando llegué al lugar de la escena, ambas partidas se conservaban una enfrente de la otra, mediando solo el arroyo fangoso de la Cruz-Alta, que no tendrá sinó diez ó doce varas de ancho, y conversaban todos á lengua suelta. Hice cesar la plática, hice colocar los nuestros á una razonable distancia, y esperé nuevas órdenes del General, colocándome á la cabeza de mi escuadrón, que estaba algo más retirado.

Llegaron las órdenes del General para que no se les hostilizase mientras ellos no lo hiciesen, y mandando un documento escrito de su puño, en que les garantía su libertad, propiedades, etc., para que les fuese entregado. Así se hizo, sin que dejasen ver el menor indicio de que pensaban cumplir lo que habian ofrecido. Mientras tanto, un sargento, Bracamonte de apellido, perteneciente al regimiento de Húsares, cuerpo siempre desordenado, que mandaba el coronel La Madrid, se había avanzado por un flanco, sin ser visto, y atraido por las engañosas expresiones de los montoneros, atravesó el arroyo por un paso que

estaba más á nuestra derecha; cuando lo tuvieron en su poder, dispararon algunos tiros sobre nuestra partida, y desaparecieron á galope, llevándoselo prisionero. Este desenlace disipó la ilusión, y ya nadie abrigó esperanzas que no debieron ni concebirse. El fin que se habian propuesto los montoneros, era saber si efectivamente venía sobre ellos todo el ejército del Perú y si estaba allí su General. Lo consiguieron á su satisfacción.

El ejército campó en el mismo lugar, y solo fué al día siguiente que pasamos el arroyo de la Cruz-Alta y pisamos el territorio de Santa Fé. En la corta jornada que hicimos, hasta la Esquina, no se dejaron ver los enemigos ni persona humana; las casas estaban vacias, aunque se conocía que acababan de ser desalojadas con precipitación. A pesar de eso, eran respetadas hasta tal punto, que pasábamos por su inmediación sin tocar ni lo más mínimo. Era admirable la disciplina que había establecido el general Belgrano, y que supo conservar durante la campaña. Cuando alguna vez por orden suya se tomó algún corral para leña, por falta que había de ella, lo pagó á peso de oro después, cuando el armisticio.

Luego que en el siguiente día se movió nuestro campo, se dejaron ver algunos montoneros, y tuve orden de salir con mi escuadrón á perseguirlos; el regimiento, con el coronel Zelaya á su cabeza, debía sostenerme. Mi escuadrón no llevaría sinó de sesenta á ochenta hombres. Los montoneros, que eran en corto número, se retiraban en proporción que avanzábamos; más, como fuese tenaz la persecución, les era forzoso detenerse para reunir algunos hombres que andaban por las casas inmediatas, y llevarse los caballos. Luego alcanzamos á divisar gruesos trozos de ganado que arreaban, y que les fué preciso abandonar á nuestra aproximación: les tomamos también como doscientos caballos. Al fin su retirada se declaró en fuga pre-

cipitada, y en esta forma llegamos á las casas del Desmochado, propiedad del hacendado Gallegos.

La viveza de nuestra persecución era tal, que la familia de Gallegos que tenía todo dispuesto para su retirada, no tuvo tiempo de efectuarla, y él fué sorprendido en su casa; no tuvo más remedio que meterse en cama, y afectando una dolorosa enfermedad, daba dolorosos aunque fingidos ayes. Sus hijas y otras mugeres, entre las que había algunas del mas bello parecer, estaban desoladas y mostraban en su semblante los más vivos temores. Esperaban sin duda ser víctimas de viles tratamientos, en términos, que costó para que se serenasen. Allí me alcanzó la orden del Coronel para que cesase la persecución y regresase. Después de media hora, me incorporé al regimiento que había quedado cerca de una legua, á retaguardia.

Nuestro ejército había campado en Arequito, y tuvimos que desandar las cuatro leguas que hay hasta el Desmochado, para reunirnos esa noche. Nuestros caballos con la doble marcha y la carrera de ese día, quedaron muy fatigados. Creo que esta es ocasión de decir, que entre otros defectos de que adolecía el régimen de nuestra caballería, no era menor el ningun cuidado que se tomaba en la conservación de los caballos, y la ignorancia de los medios de obtenerla. Sea por preocupaciones de ciudad, sea por desdén de las costumbres campesinas, sea por falta de enseñanza, sea en fin, por la inexperiencia de nuestros generales, jamás se había dado la menor atención á tan importante ramo: así sucedía que se distribuian caballos á un regimiento, se tomaban á discreción, se usaba de ellos sin economía, y á los muy pocos dias estaba el cuerpo en la completa carencia de que se creía haberlo sacado. Ni los jefes ni los generales se afanaban mucho por esto, y solo se ocupaban de nuevas requisiciones para que tuviesen el mismo resultado.

Nuestros generales y nuestro ejército eran disculpables,

pués era la primera vez que venian á hacer la guerra en este teatro, siendo muy diverso el modo de tratar los caballos que se tiene en el Perú. Ha sido después, en la campaña Oriental, donde he aprendido esa economía, ese mecanismo, ese esmero, que debe dedicar á la conservación de los caballos, un jefe que quiere verdaderamente servir bién á la patria y triunfar. No se crea tampoco por lo que he dicho antes, que en el Perú se hacía bién este servicio; nada de eso. Solo los últimos españoles que vinieron, pusieron su caballería en un pié respetable, y enseñaron que ni un general, ni un coronel nada pierde de su altura dedicando una particular atención al cuidado de los caballos, que son el primer elemento de esa poderosa arma. Como ya indiqué en otra parte, nuestros generales al principio le dieron muy poca importancia, cuya utilidad y empleo no conocian, y si desde que estuvo el general San Martín, ella mejoró en táctica y organización, quedó en el mismo descuido el generoso bruto, que tanto contribuye á hacer terribles sus efectos.

En los dias posteriores, ni los montoneros volvieron á presentarse, ni nuestra caballería se separó del grueso del ejército. Habíamos hecho dos marchas más, y nos hallábamos en la Candelaria (posta), cuando á las doce de la noche se nos recordó para hacernos saber de orden del General, que el general Viamont, en el Rosario, había celebrado con los montoneros, un armisticio y suspensión de armas que era extensivo á nosotros. No habría pasado una hora, cuando se me dió orden de alistarme en el acto, para marchar con mi escuadrón.

Este se hallaba de servicio, y no tenía disponibles más de cuarenta hombres; lo representé al Coronel y no se me dió ni un hombre más. No teníamos atados sinó los caballos de marcha, y tampoco se me dió tiempo para tomar otros. Mi comisión se reducía á volver al Desmochado á

socorrer á doña Remedios Escalada, esposa del general San Martín, que hacía su viage á Buenos Aires, y que según noticias, estaba sitiada en dicha posta por montoneros é indios. Mi comisión era desesperada á ser cierto el parte que acababa de llegar, y era más que probable, que ni yo ni ninguno hubiéramos escapado; sin embargo, fué preciso obedecer. Hé aquí como había sucedido.

El general San Martín, que estaba en Mendoza, había dispuesto por razones domésticas, que no es del caso explicar, que su señora marchase á Buenos Aires, á pesar del mal estado del camino. Ella lo había avisado al general Belgrano, quién creyéndola más cercana, le había dejado una escolta de cuarenta hombres, al cargo de su sobrino don Pedro Calderon. Este, con su escolta, la señora y su tráfago habia llegado la noche antes al Desmochado, cuando ya muy avanzada, esta supo que una gruesa división de santafesinos é indios estaba á pocas cuadras de la casa; procuró fortificarse en ella y lo avisó al General por un hombre que pudo hacer salir con ese objeto. Cuando ya pronto á marchar fuí al Cuartel General á recibir las últimas órdenes, me dijo el general Belgrano: *Lleve usted el pasaporte que ha traido del Rosario el teniente coronel don Mariano Diaz, que es quién ha venido á notificar el armisticio; y si los montoneros ignoran esta ocurrencia, se las hará usted saber por un parlamentario, mostrándoles dicho pasaporte; si á pesar de eso no quisiesen suspender las hostilidades, los batirá usted.* Era bien dudoso, por no decir increible, que los indios respetasen un parlamentario, y por lo mismo era probable que si la noticia del armisticio no había llegado á ellos, sería forzoso venir á las manos. En esta convicción marché y me dí tanta prisa, que al salir el sol ya había andado las seis leguas que hay desde la Candelaria al Desmochado.

Efectivamente, luego que avisté la posta, ví también un

campamento que estaba como á ocho cuadras de ella, en que podría haber hasta trescientos montoneros; más, como no hiciesen movimiento alguno, tampoco adelanté el parlamentario proyectado, y llegué francamente á la posta, lo que pude hacer sin tocar en su campo que ocupaba el costado opuesto. Allí supe por Calderón, que estaba en comunicación con el jefe enemigo y que tenian participación del armisticio y lo observaban. La señora del general San Martín, pudo, pués, seguir con seguridad su camino; yo regresé con ella, y antes de medio día estuvimos en nuestro ejército. Al día siguiente siguió dicha señora para Buenos Aires, sin la menor novedad.

Mucho dió que pensar el viage repentino de esta señora en circunstancias tan críticas y por un camino erizado de peligros. Al considerar la confianza con que el general San Martín la exponía á caer en manos de las feroces montoneras, llegaron algunos á sospechar que estuviese secretamente de acuerdo con los jefes disidentes, y que hubiese obtenido seguridades correspondientes. Venía á dar cierto viso de probabilidad á esta sospecha, la aversión que siempre había mostrado dicho General á desenvainar su espada en la guerra civil, como después lo ha cumplido religiosamente. Sin embargo, estoy persuadido de que nada de esto hubo, y que el viage de su esposa, nada tuvo de común con la política.

El armisticio seguía; el general Belgrano se trasladó rápidamente al Rosario, de donde solo nos separaban catorce leguas, á tener una conferencia con el general Viamont. A su regreso, el general, Jefe del E. M., don Francisco de la Cruz, obtuvo licencia para ir á visitar á su familia; el coronel Ramirez, jefe de artillería, el comandante Urdininea y otros jefes, tuvieron igual permiso; todo parecía indicar que la guerra se concluiría por una transacción, á no ser el aspecto esquivo y sañudo de los santafesinos, de los

que muy pocos llegaron á nuestro campo. Después de permanecer una semana en la Candelaria, decampamos para volver á la Cruz-Alta, á cuyas inmediaciones nos establecimos en el Rincón de las Mojarras. La comunicación con la capital estaba franca, tanto para los correos, como para los pasajeros. Con Córdoba y provincias interiores sucedía otro tanto; más, sin embargo creyó conveniente el general Belgrano destacar un cuerpo de tropas, al mando del coronel La Madrid, que se situó en el Saladillo de Rui-Diaz.

Durante este tiempo, el Congreso Constituyente seguía sus trabajos en Buenos Aires y terminaba la Constitución que se ha llamado del año 1819. Ella fué sancionada al fin, y remitida á los pueblos libres de la República, para que fuese jurada el 25 de Mayo; con esta designación del día, quiso darse más solemnidad al acto, y quizá más fuerza al juramento. El ejército debía también jurarla, y se llevó á tal rigor la ceremonia, que se exigía en la clase de jefes y oficiales, juramento individual. Recuerdo que habiendo estado ese día enfermo, no concurrí á la parada, y fuí citado al día siguiente á concurrir al Cuartel General, donde el mismo General me recibió el juramento, poniendo la mano sobre el puño de la espada. Recuerdo también, que habiendo concurrido ese día el Auditor del ejército, con idéntico fin, le recibió el juramento, haciendo que tomase en su mano un pequeño crucifijo que estaba preparado; y que habiendo el Auditor representado que debería jurar militarmente, le contestó el General, que tales eran las prevenciones del Gobierno.

Siempre merecí al general Belgrano cierta disposición favorable que lo inducía á algunas confianzas, que atendida mi juventud y mi clase, no dejaban de ser extraordinarias. Ese día, después de recibirme el juramento, trabó conversación conmigo, y me dijo francamente: *Esta Constitución y la forma de gobierno adoptada por ella, no es en mi*

opinión la que conviene al país; pero habiéndola sancionado el Soberano Congreso Constituyente, seré el primero en obedecerla y hacerla obedecer. Volviendo á las razones de su modo de pensar, decía: *Que no teníamos ni las virtudes ni la ilustración necesarias para ser República, y que era una monarquía moderada, lo que nos convenía. No me gusta,* añadió, *ese gorro y esa lanza en nuestro escudo de armas, y quisiera ver un cetro entre esas manos, que son el símbolo de la unión de nuestras provincias.*

Cuando considero la especie de confianza que me dispensaba el general Belgrano y busco las causas de ella, no puedo menos de ocurrir á una idea simpática producida por la conformidad de nuestros principios en cuanto podía ser, atendida la diferencia de nuestras respectivas posiciones. Desde muy jóven fuí siempre amante del orden y de la regularidad, de la rigorosa equidad y de la severa justicia. Serví gustoso á las órdenes de jefes rectos y si se quiere, severos, y nunca estuve contento cuando predominaba la licencia. A las órdenes del general Belgrano no solo había exactitud en el servicio militar, sinó que era notada la irregularidad de las costumbres, lo que es muy digno de un jefe cuando ella puede afectar la moral pública. Las propiedades eran sagradas, el respeto á las personas guardado y la subordinación debidamente sostenida. Entonces jamás me ocurrió retirarme del ejército y del servicio; pero, cuando en el mando del general Rondeau, se relajaron todos los lazos de la disciplina, y se entronizó el desorden que antes he descripto, sufrí los más amargos pesares, y tuve los más vivos deseos de abandonar una carrera que creía manchada, y que en mi opinión nos conducía á no salvar la patria, sinó á sumirla en un abismo.

Si hago estas reflexiones, que me son personales, es con el objeto de explicar todos los demás actos de mi dilatada carrera pública, en que se me ha visto marchar siempre por

el sendero que me tracé desde mis primeros años. Como hasta ese espíritu de orden ha sido motivo de crítica para algunos que me son poco afectos, he querido indicar que siendo él tan arraigado en mí, es un defecto de que no puedo corregirme.

Puede ser verdad que él me haya hecho menos apto para dirigir esas turbas de que se ha querido que se compongan posteriormente nuestros ejércitos, en cuyo caso no tengo el menor embarazo en confesar mi incapacidad para caudillo; pero permítaseme dudar, si siguiendo un sistema contrario hubiéramos avanzado más, tanto en la árdua empresa de dar á nuestro país una racional libertad, como en las operaciones militares que con este motivo han tenido lugar en toda la extensión de la República. Para convencerme sería preciso señalarme alguno, que marchando por diverso camino hubiese logrado más victorias y llevado más adelante el pabellón de la libertad y civilización. Que se recuerde lo que hizo en el interior, el ejército que marchó á mis órdenes el año 1829; que se piense lo que produjo la victoria de Caaguazú; que se considere lo que han valido los principios de orden que sembré en la defensa que sostuvo Montevideo, y se habrá de convenir en que valen algo la disciplina y la organización militar. Iría muy lejos en estas reflexiones si me dejase llevar de cuanto me sugieren mi imaginación y mi memoria; acaso tampoco podría conservar la calma que no quiero perder. Basta.

CAPÍTULO X

SUBLEVACIÓN DE AREQUITO

La lucha entre los partidos unitario y federal.—La salud del general Belgrano.—El ejército se sitúa en el Pilar.—El general Belgrano deja el mando del ejército.—Causas de la disolución política. — La guerra civil y los ejércitos de la Independencia.—Las ideas monárquicas.—Los montoneros rompen las hostilidades.—Fermentación en el ejército.—Se subleva en Arequito.—Resignación del general Cruz.—Relaciones con los montoneros. — Juicio político y militar sobre los resultados del movimiento de Arequito. — El general José Miguel Carrera.—Cambios en los gobiernos de provincia.

Sin embargo de la tranquilidad en que nos dejaba el armisticio y de lo que podría esperarse de unas negociaciones que se prolongaban indefinidamente, no sabíamos qué pensar de ellas; debíamos creer que el Gobierno no malgastaba el tiempo y desaprovechaba las ventajas que le daba la venida del ejército del Perú, dando lugar á que los montoneros se rehiciesen; pero, por otra parte, nada se veía que pudiera indicar una disposición á la paz. El aspecto de los santafesinos, sin estar en guerra declarada, era encapotado y hasta hostíl, y en toda la extensión de la República fermentaban las pasiones políticas, de un modo alarmante. El trueno no rugía aún sobre nuestras cabezas; pero se sentía ese ruido sordo que suele preceder á las más grandes tempestades. La lucha entre unitarios y fe-

derales se había suspendido momentáneamente, pero no era sinó una tregua para tomar mejores posiciones y descansar para recomenzarla con nuevo vigor. La proclamación y jura de la Constitución, en nada mejoró estas disposiciones.

No será inoficioso advertir, que esa gran facción de la República que formaba el partido federal, no combatía solamente por la mera forma de gobierno, pués otros intereses y otros sentimientos se refundian en uno solo para hacerlo triunfar: Primero, era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; En segundo lugar, la gente del campo se oponía á la de las ciudades; En tercer lugar, la plebe se quería sobreponer á la gente principal; En cuarto, las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querian nivelarla; En quinto lugar, las tendencias democráticas se oponian á las miras aristocráticas y aún monárquicas que se dejaron traslucir cuando la desgraciada negociación del príncipe de Luca. Todas estas pasiones, todos estos elementos de disolución y anarquía se agitaban con una terrible violencia, y preparaban el incendio que no tardó en estallar. En Buenos Aires mismo fermentaban los partidos internos, que aunque no participasen de las ideas de afuera en un todo, se servian de aquellos como instrumentos que les facilitasen su acceso al poder; puede creerse que sin los estímulos que recibian desde la capital, los disidentes jamás hubieran logrado un triunfo tan completo.

Mientras permanecía el ejército en la Cruz-Alta, recibió un fuerte ataque la salud del general Belgrano, que fué el precursor y el principio de la dolorosa enfermedad que lo llevó al sepulcro el año siguiente. Sin embargo de la violencia del mal, no quiso separarse del ejército, y sufrió en un mal rancho los agudos dolores de que se vió acometido; tan solo se movió cuando lo hizo el ejército para situarse

en el Fraile-Muerto, que dista veinte y cinco leguas de la Cruz-Alta, al Norte. ¿Este movimiento retrógrado era efecto de alguna nueva probabilidad de paz, ó para buscar la seguridad del ejército? No lo sé; lo que puedo asegurar es, que los síntomas no eran los mejores.

En los primeros dias de Julio tuve orden de marchar con mi escuadrón, ocultando mucho mi marcha, á proteger un convoy de cuarenta carretas que venía de Buenos Aires, con municiones, vestuarios, etc. Lo hice hasta muy cerca de Melincúe y se logró efectivamente salvarlo de las garras de los montoneros, que aunque no habian roto las hostilidades, no habrian dejado de caer en la tentación de hacer tan buena presa, si hubiesen tenido fuerza para deliberar y reunirse. Tan solo la rapidez de las marchas, en mi concepto, pudo salvar tan valioso cargamento. Quizá Lopez, gobernador de Santa Fé, no habría expresamente autorizado su captura, pero hubiera dejado hacer á sus subalternos y luego habría reportado las ventajas. Quién haya estudiado medianamente á este caudillo, no hallará exagerada mi sospecha.

El Gobierno Nacional, por otra parte, adolecía de graves defectos y hasta de vicios. El Directorio estaba desacreditado, y estoy cierto de que él mismo preveía muy distintamente su caída. Todos sus pasos eran inciertos; toda su marcha era vacilante; todas sus providencias se resentian de la debilidad y del error. Ese mismo valioso convoy de que acabo de hablar, fué aventurado con una escolta de cuarenta hombres á cargo de un Mayor, á atravesar el distrito de Santa Fé. Afortunadamente vino por el camino despoblado del sud; de modo, que cuando los montoneros se apercibieron, estaba ya en salvo. Las precauciones que para mi marcha me encargó el general Belgrano, prueban su desconfianza.

El general Belgrano no gustaba de esta guerra, y quizá

la enfermedad que apresuró sus dias, provino del disgusto que le causaba tener que dirigir sus armas contra sus mismos compatriotas. El empeño con que se apresuraba á retirarse del teatro, cada vez que se le ofrecía una ocasión ó pretexto, comprueba mi aserción. No contento con haber retirado el ejército de la frontera, veinte y cinco leguas hasta el Fraile-Muerto, lo retiró aún treinta y cinco más, hasta el Pilar, sobre el río Segundo, á diez leguas de Córdoba, donde se situó definitivamente para esperar el desenlace del armisticio y de las negociaciones, si es que las había. Su enfermedad continuaba, y si no se agravaba sensiblemente, tampoco daba esperanzas de mejor salud. El general Cruz, jefe del Estado Mayor, había regresado de Buenos Aires, y dejándole el mando del ejército, resolvió trasladarse á Tucumán, en busca de una mejoría que no encontraba. Es de notar, que estando tan cerca de Buenos Aires, donde abundaban los buenos médicos y demás recursos del arte, jamás quiso ir, y prefirió trasladarse á una provincia lejana, que lo separaba de sus parientes, de sus amigos y de su país natal. ¿Fué causa de esta resolución la enemistad personal que se le suponía con el Director Supremo, Pueyrredón? ¿O solamente fué efecto de afecciones particulares que lo atraian á Tucumán? Lo ignoro; quizá procedió de ambas causas.

La efervescencia era cada día más violenta en todos los ángulos de la República, y era imposible precaver de su acción á los ejércitos. Donde primero se manifestó, fué en el mismo Tucumán, donde había quedado una fracción del ejército á las órdenes del comandante ó coronel don Domingo Arévalo. Tanto él como el gobernador de la provincia, coronel Motta, fueron depuestos, siendo en seguida elegido popularmente el coronel de milicias don Bernabé Araoz, que después fué tan célebre por la guerra intestina que sostuvo, y por su trágico fin.

Por entonces el movimiento no tuvo un fin político decididamente, y solo lo motivaron sus autores en el abuso de autoridad de que acusaban á Arévalo, cuyos actos ilegales y de crueldad referian, y en el apoyo que le daba el gobernador Motta. La parte ilustrada de Tucumán no mostró gran interés en este cambio, pero sí la campaña, donde Araoz era sumamente querido. Además, el elemento popular, como lo han llamado unos, gaucho ó salvaje, como lo han clasificado otros, pretendía sobreponerse, y no es extraño que el movimiento que lo elevaba, hallase simpatias en la masa de la población campesina.

Esta fué la primera chispa que dió principio al incendio que cundió luego por toda la República. En el ejército no podía dejar de hacer una fuerte impresión, y me persuado de que desde entonces debió meditarse alguna cosa semejante, de que tuvieron noticia ó por lo menos indicios las autoridades de él; pués, sin ningún juicio ni observancia de las formas acostumbradas, fueron separados de sus cuerpos, arrestados y mandados á Chile, los tenientes don Eugenio Garzón y don Ventura Alegre, los mismos que años después volvieron al país en graduaciones superiores. No tuve entonces ni he obtenido después, conocimientos más detallados sobre la causa que motivó la separación de estos oficiales; tan solo diré que su cualidad de orientales, la afección que se les supuso á sus comprovincianos disidentes, y acaso algunas palabras imprudentes, debieron influir en su destino. En seguida todo quedó en aparente calma, pero se conservaban los combustibles que debian reproducir el incendio.

En la provincia de Córdoba no era menor, y aún puede asegurarse que era más violenta la fermentación de las pasiones políticas que se agitaban. Había todavía una notable diferencia; en Tucumán, la parte pensadora de la población había manifestado cierta indiferencia, mientras

en Córdoba era la más exaltada. Muchas causas habian concurrido para crear estas fatales disposiciones; causas que no es de este lugar explicar, pués que me llevarian más allá de lo que permite esta memoria. Basta decir que yo estuve algunos dias en la ciudad, por licencia que obtuve en el campamento del Pilar, y que tuve ocasión de conocer á fondo el estado de la opinión y los sucesos que se preparaban. Esas mismas ideas se propagaban en los ejércitos, y desde entonces no era dudoso el resultado.

La constitución política que había sancionado el Congreso y que se había hecho jurar á los pueblos y á los ejércitos, no había llenado los deseos de los primeros, ni había empeñado á los últimos en su defensa; tampoco había desarmado á los disidentes ó montoneros que habian recomenzado la guerra, con mayor encarnizamiento. Las ideas de federación que se confundian con las de independencia de las provincias, eran proclamadas por Artigas y sus tenientes, y hallaban éco hasta en los más recónditos ámbitos de la República. Desde entonces se preparaba la separación de la Banda Oriental, que vino luego á tener efecto, á pesar de la conquista que hicieron de ella los portugueses. Es fuera de duda, que sin la excitación y cooperación de los orientales, hubiera sido posible al Gobierno detener el torrente y hacerse obedecer.

Debe agregarse el espíritu de democracia que se agitaba en todas partes. Era un ejemplo muy seductor, ver á esos gauchos de la Banda Oriental, Entre Rios y Santa Fé, dando la ley á las otras clases de la sociedad, para que no deseasen imitarlo los gauchos de las otras provincias. Lo era también para los que se creian indicados para acaudillarlos, ver á Artigas, Ramirez y Lopez, entronizados por el voto de esos mismos gauchos y legislando á su antojo. Acaso se me censurará que haya llamado *espíritu democrático* al que en gran parte causaba esa agitación, clasifican-

dolo de *salvajismo;* más, en tal caso deberán culpar al estado de nuestra sociedad, porque no podrá negarse que era la masa de la población la que reclamaba el cambio. Para ello debe advertirse, que esa resistencia, esas tendencias, esa guerra, no eran el efecto de un momento de falso entusiasmo como el que produjo muchos errores en Francia; no era tampoco una equivocación pasagera que luego se rectifica, era una convicción errónea, si se quiere, pero profunda y arraigada. De otro modo sería imposible explicar la constancia y bravura con que durante muchos años sostuvieron la guerra hasta triunfar en ella.

La oposición de las provincias á la capital, que se trataba de justificar con quejas bién ó mal fundadas; el descrédito de los gobiernos que habian regido la República y principalmente, del Directorial, que era el último; las excitaciones é intrigas que partian desde el mismo Buenos Aires, fraguadas por el partido que aspiraba al poder, porque estaba fuera de él, eran otros tantos elementos de disolución. Mucho, muchísimo podría decir en este sentido; pero ni es del lugar de esta memoria, ni me creo con bastante capacidad para tratar de un asunto tan delicado. Deseo, sí, que lo hagan otras plumas y otras mejores capacidades, abordando francamente dificultades, que si entonces produjeron fatales efectos, ahora no están aún vencidas del todo. Parece que se quisiera resolverlas evitándolas, sin advertir que ellas vuelven á renacer y que perpetúan la anarquía y el desorden. Se me figura nuestro cuerpo político, al de un enfermo cuya herida se quisiera curar solapándola y haciéndola cerrar superficialmente: ella se volverá á abrir, y la corrupción comprimida, brotará con nueva fuerza.

Contrayéndome al ejército, observaré que á las causas políticas que he indicado, podrán agregarse otras, que llamaré personales. El general Belgrano era un hombre generalmente respetado por sus virtudes y su mérito; más,

su excesiva severidad lo hacía hasta cierto punto impopular.

Su viaje á Inglaterra había producido un tal cambio en sus gustos, en sus maneras y aún en sus vestidos, que hacía de los usos europeos quizá demasiada ostentación, hasta el punto de chocar las costumbres nacionales (1). Para colmo de desgracia, tuvo la debilidad de querer apoyar su poder en un círculo de ciertos jefes, á cuyo efecto organizó una sociedad secreta á que se proponía dar dirección. Aunque esta no fuese distintamente conocida, no pudo ser engañado el instinto público, y designaba, sin equivocarse, todos los afiliados, abriéndose de este modo un campo inmenso á sospechas injuriosas y á temores exagerados. Aunque los elegidos fuesen sujetos de mérito, era imposible què se guardase una perfecta equidad, y sin entrar ahora á averiguar si era con razón ó sin ella, se acusaba al General de ejercer injustas preferencias. Sea que el objeto que se propuso, fuese sostenerse en el ejército, cuyo mando por otra parte nadie le disputaba, sea que se quisiese balancear el poder del Directorio, ó el del general San Martín, que se extendía del uno al otro lado de los Andes, el hecho es que esa pobre medida no produjo sinó males, y que contribuyó á vigorizar los gérmenes de disolución que no tenian sinó demasiada fuerza.

La guerra civil repugna generalmente al buén soldado, y mucho más desde que tiene al frente un enemigo exterior y cuya principal misión es combatirlo. Este es el caso en

---

(1) En los años 1812, 13, y 14, el general Belgrano vestía del modo más sencillo; hasta la montura de su caballo tocaba en mezquindad. Cuando volvió de Europa, en 1816, era todo lo contrario, pués aunque vestía sin relumbres, de que no gustaba generalmente, era con un esmero no menor del que pone en su tocador el elegante más refinado, sin descuidar la perfumería. Con sus opiniones políticas, habian variado sus gustos, porque de republicano acérrimo que era al principio, se volvió monarquista claro y decidido.

que se hallaba el ejército, pués que habíamos vuelto espaldas á los españoles para venirnos á ocupar de nuestras querellas domésticas. Y á la verdad, es solo con el mayor dolor que un militar, que por motivos nobles y patrióticos ha abrazado esa carrera, se vé en la necesidad de empapar su espada en sangre de hermanos. Dígalo el general San Martín que se propuso no hacerlo, y lo ha cumplido. Aún hizo más en la época que nos ocupa; pués, conociendo que no podría evitar la desmoralización que trae la guerra civil, procuró sustraer su ejército al contagio, desobeciendo (segun se aseguró entonces y se cree hasta ahora) las órdenes del Gobierno, que le prescribian que marchase á la capital á cooperar con el del Perú y el de Buenos Aires. Unicamente perdió el hermoso batallón núm. 1, que estaba de este lado de los Andes, y los Granaderos á caballo, que estaban en Mendoza, solo fué á duras penas que llegaron á Chile. Si el general San Martín hubiese obrado como el general Belgrano, pierde también su ejército, y no hubiera hecho la gloriosa campaña de Lima, que ha inmortalizado su nombre.

Cuando principié este artículo, pensé haber pasado más rápidamente por los sucesos que prepararon la catástrofe del ejército; más, puesto en el caso de referirlos, no he podido menos de extenderme, sin embargo de que omito mil incidentes importantes, y de que me hago suma violencia para no dejar correr mi pluma. No es extraño; como el lance de Arequito ha llamado tanto la atención, como me lo han echado en cara tantas veces, por la parte que en él tuve, como se ha pensado por algunos que yo rehusaba explicarme, es consiguiente que quiera ser más difuso, aunque me vea precisado aún á callar mucho.

Antes no hice sinó tocar muy ligeramente el descrédito en que habian caído las autoridades nacionales, por las prevaricaciones que se les atribuian; ahora diré que se les

hacian acusaciones mas graves: se les culpaba de *traición* al país y de violación de esa misma Constitución que acababan de jurar. Se propagaba el rumor de que el partido dominante apoyado en las sociedades secretas que se habian organizado en la capital, trataba nada menos que de la erección de una monarquía, á que era llamado un príncipe europeo, á cuyo efecto se sostenian relaciones íntimas con las cortes del otro emisferio. Tanto más alarmante era esta noticia, cuanto el modo de proceder era recatado y misterioso, y cuanto ella destruia la obra constitucional que acababan de entronizar. Los que pensaron así hubieran hecho mucho mejor conduciéndose como el general Belgrano, que no disfrazaba sus opiniones, y preparando la opinión pública para un cambio tan remarcable. Si no lo hicieron, fué probablemente porque comprendieron que sería mal recibido, y prefirieron obrar tenebrosamente.

Me hago un placer en asegurar que muchos hombres honrados y patriotas sinceros, asustados del desorden que nos amenazaba y de la anarquía que por todas partes asomaba su horrible cabeza, pensaron de buena fé, que el gobierno monárquico era el que solo podía salvarnos. Más, sin entrar en el fondo de esta cuestión, me será permitido decir, que se equivocaron grandemente en el modo de promoverlo. Sin contar que ellos mismos habian empujado antes á las masas con sus doctrinas y su ejemplo hacia los principios democráticos, haciéndoles aborrecer la monarquía, y consagrando como un dogma, el republicanismo; sin contar, digo, con esto, cuando pensaron hacerlas retroceder á las ideas contrarias, solo emplearon el disimulo, la intriga, el misterio y la sorpresa.

Entre tanto; ¿qué se proponía el Gobierno abandonando las fronteras del Perú y renunciando á las operaciones militares, tanto allí como sobre los puertos del Pacífico? ¿Qué pretendía con esa concentración de fuerzas de línea

en Buenos Aires? ¿Era para oponerlas á algunos cientos de montoneros santafesinos, ó para apoyar la coronación del príncipe de Luca? Basta de esta cuestión que cada uno resolverá según sus convicciones, mientras yo paso á otras consideraciones.

Concentradas las fuerzas de línea en Buenos Aires, quedaba todo el territorio de la República, fuera de la capital, á disposición de los caudillos que capitaneaban las montoneras, y consumada la conflagración de toda ella; ¿entraba esto en los cálculos del partido dominante? No temo en decidir afirmativamente, porque decian sus directores, que del exceso del mal resultaría el bién, y del sumo desorden naceria el orden que ya veian simbolizado en la soñada monarquía. Preservado Buenos Aires del incendio, y robustecido el poder del Gobierno con un ejército numeroso y algun otro que podría traer el presunto monarca, hubiera recobrado su influencia, y cuando no, se hubiera emprendido una nueva conquista, sin advertir que esos pueblos abandonados serian una presa fácil de los ejércitos españoles que nos observaban, y que no combatian sinó por la sujeción completa á la Metrópoli. Fácil era conjeturar que entonces venía á tierra todo proyecto de independencia, aún sobre las bases de monarquía, en la persona de un príncipe de la casa de Borbon, y que no se hacía más que allanar el camino á nuestros antíguos opresores. Para pensar así, tengo aún otras razones que iré desenvolviendo en el curso de esta memoria.

El ejército continuaba acantonado en el Pilar, á diez leguas de Córdoba, abrumado de privaciones y de ese tedio que suele preceder á las revoluciones. El general Belgrano, luego que el general Cruz volvió de Buenos Aires, se había marchado á Tucumán (donde estaba ya cuando estalló el movimiento revolucionario de que hice mención), quedando este con el mando en jefe, interinamente. En los

últimos meses del año de 1819, tuvieron lugar las primeras hostilidades de los santafesinos, sin que hubiésemos sido advertidos, ni hubiese sido denunciado el armisticio. Ellos principiaron del modo siguiente:

Seis carretas cargadas de efectos para el ejército, venian de Buenos Aires, á cargo del mayor don Ignacio Ynarra, y pasaban pacíficamente por el territorio de Santa Fé. Es probable que cuando lo pisaron no tenian los montoneros orden expresa para romper el armisticio, apresándolas, y que solo fué en contestación al aviso que dieron al gobernador de la provincia, que estaba en la ciudad, capital de Santa Fé, que les vino la orden de hacerlo. Me inclino á esto, porque solo fué después de haberlo atravesado y cuando ya tocaban la jurisdicción de Córdoba, que se manifestaron hostiles, y quisieron apoderarse del convoy. Como no habian tenido tiempo de reunir gran fuerza, pudo el mayor Ynarra resistirles con su escolta, y acelerando las marchas, ponerlo en salvo.

Menos felices fueron el general don Márcos Balcarce (1) y el diputado de Charcas doctor don Mariano Serrano, que viajaban en comisiones diversas: fueron apresados, enchalecados con tiras de cuero fresco y conducidos á presencia de Ramirez (General de Entre Rios); y solo fué después que este entró en Buenos Aires y que se hizo la

(1) Según la voz pública, no desmentida en aquel tiempo, el Gobierno Directorial disgustado de la resistencia del general San Martín á venir con su ejército, lo mandaba relevar por Balcarce, para que tomase el mando de él. No faltó con este motivo quién atribuyese inteligencias á aquel digno Jefe, con los aprensores, lo que debe juzgarse enteramente falso. El doctor Serrano, que lo acompañaba, es muy probable que no se dirigiese para Chile, sinó á Tucumán, donde tenía su familia, y que llevase alguna comisión análoga al gran negocio que se tenía entre manos. Si la hubo, debió ser bién secreta, pués jamás se ha sabido. El carácter disimulado y cauto de este señor, lo hacian á propósito para estos misteriosos encargos. Más tarde, en 1822 ó 23, fué implicado en una intriga que sostuvo con los jefes españoles: una carta del general realista, Olañeta, lo comprometió sériamente.

paz, que pudieron marchar, Balcarce á la capital, de donde había salido, y Serrano á Tucumán.

Estos fueron los primeros actos que nos revelaron el recomienzo de la guerra, y que dieron lugar á los preparativos del ejército. Era á mediados de Diciembre cuando nos movimos por el camino principal de posta con todo el tráfago de parque, tren de artillería, equipajes y demás; las marchas eran, pués, pesadas, y aún se hacian frecuentes paradas, que duraban uno ó dos dias. En una de ellas y hallándonos en el Fraile-Muerto, recibí la orden de retroceder con mi escuadrón á marchas forzadas, hasta incorporarme al general Arenales, que con una pequeña fuerza ocupaba la villa del Rosario (Ranchos), á diez y ocho leguas de Córdoba é igual distancia del fuerte del Tío. El motivo era, que este último puesto había sido atacado por una fuerza montonera y se quería dar socorro á su diminuta guarnición de milicianos.

Desde el punto de partida, por el camino que me era forzoso seguir, tenía que andar treinta leguas ó más, para incorporarme al coronel Arenales, y después, diez y ocho, para llegar al Tío. Contando, pués, con el tiempo que necesitaba para la ida y vuelta, creí que el ejército debería estacionarse por algunos dias, ó marchar muy despacio, pués de otro modo debía serme imposible reunírmele desde que se hubiese internado en la provincia de Santa Fé y acaso penetrado en la de Buenos Aires. Habiendo llegado á los Calchines, seis ú ocho leguas de la villa del Rosario, fuí avisado por Arenales, de que la partida montonera, después de tomar á los milicianos del Tío, se había regresado, y que era inútil mi asistencia; en consecuencia, podía volver al ejército. Así lo hice; más, cual fué mi sorpresa cuando volviendo por aquel desierto camino no encontré ni ejército, ni comunicaciones, ni noticias, ni órdenes del General. Esta situación me era tanto más penosa, por cuan-

to el espíritu de la tropa empezaba á darme serios cuidados. Mi escuadrón se componía, en su mayor parte, de santiagueños: un año antes habian atravesado conmigo su provincia, habian recorrido en toda su extensión la de Córdoba, y habian combatido en la Herradura, sin que ninguno se hubiera manchado con el crímen de deserción; ahora era otra cosa. Cuando me vieron contramarchar al ejército, y que nos alejábamos de su provincia, hasta sus semblantes me revelaron sus sentimientos internos.

Era la media noche de la que pernoctaba en el lugar de las Mojarras, cuando se echaron de menos once hombres que acababan de desertar; uno ó dos más se sorprendieron en el acto de la fuga, á quienes á esa misma hora hice aplicar un fuerte castigo de azotes. Sin esta enérgica medida y sin la constante vigilancia de todos los oficiales y mía, es probable que me hubiese quedado sin escuadrón. No me restó más arbitrio que acelerar las marchas cuanto cabía en lo posible, y fatigar á los hombres, para no dejarles ni lugar á la reflexión, con lo que efectivamente conseguí que el mal no pasase adelante. No obstante, eso me probó que el espíritu del soldado se resistía á esa guerra sin gloria, y me obligó también á no seguir una resolución que había tomado, en lo que me concernía personalmente, porque de ella dependía la completa disolución del escuadrón.

No ignoraba la fermentación que había en el ejército, y que sin que hubiese un plan acordado, se aprovecharía la primera oportunidad que se presentase de trastornar el orden existente y contravenir á las disposiciones del Gobierno.

No necesito mucho esfuerzo para persuadir á quién conozca mis principios y los antecedentes de mi carrera, de cuanto debía chocarme un paso subversivo de todas las reglas de la disciplina, por más que fuese revestido de todos los caractéres del patriotismo. Sin constituirme en delator,

pensé sériamente en separarme del ejército, y aprovechando la ocasión que me ofrecía la marcha retrógrada de mi escuadrón, pretextar una enfermedad, quedarme, y remitirlo al ejército con el oficial que me subseguía; más, el temor muy fundado de que mi separación haría desbandar esta fuerza, me obligó á variar de resolución.

Hubo otro incidente que debo referir y que solo llegó á mi noticia dias después. Luego que se supo en Córdoba mi aproximación á la villa del Rosario, salió á buscarme, comisionado por sujetos respetables, y trayéndome cartas de ellos, don Juan José Gonzalez, quién llegó á las Mojarras (lugar distante cerca de treinta leguas de Córdoba) el día siguiente de haber yo partido de regreso al ejército; de consiguiente, no pudo verme, y siéndole dificilísimo alcanzarme, volvió á Córdoba sin haber desempeñado su comisión. El objeto de ella era, invitarme á que apoyase con mi fuerza el cambio que era inminente y de que ya no era cuestión, sinó en el modo como había de hacerse. Si Gonzalez llega á tiempo, no sé positivamente lo que hubiera practicado, pero es probable que me hubiera prestado, atendidas las circunstancias y la calidad de las personas que lo reclamaban. (1)

---

(1) Supe después que el general Cruz, que contaba de cierto con que se haría la revolución en Córdoba, después de la partida del ejército, dijo que se me había mandado regresar, persuadido de que la apoyaría ó encabezaría, y aún para este objeto, aunque nada se me hubiese prevenido. No estoy lejos de creerlo, por cuanto coincide con las miras del partido dominante de que hice mención, pero miras que solo estaban reservadas al alto círculo de sus directores. Me inclino á creer que el gobernador Castro, supiese algo; más, en cuanto al general Arenales, estoy seguro de que lo ignoraba, pués era puramente soldado, y no estaba iniciado en los altos misterios. Sayós sí debía saberlo, porque cuando se ofreció contaba sin duda con la aprobación superior. El rechazo que se le hizo causó una divergencia en la oposicion, pués los señores Piñero y sus amigos que lo habian aceptado, no pudiendo arrastrar á la mayoría, se separaron de ella, y desde entonces dejaron de pertenecer á ese partido. De todos modos, la elección que de mí se hizo para volver á Córdoba en circunstancias tan críticas, fué singular.

En Córdoba no había quedado ni un hombre perteneciente á los cuerpos del ejército, y por toda guarnición, había ochenta Granaderos, de los vulgarmente dichos de *Terrada,* á las órdenes del mayor don Francisco Sayós. De estos, es que tenía Arenales una parte en la villa del Rosario, y más alguna milicia. Sayós se había ofrecido á la oposición para apoyar con esa fuerza el cambio deseado, pero esta lo había rechazado por prevenciones personales que contra él había. Más bién prefirieron luego los descontentos, mandar un comisionado á Tucumán (que si mal no me acuerdo, fué uno de los señores Corro), pidiendo un destacamento de tropas regulares que al paso que protegiese el pronunciamiento, evitase los desórdenes á que podía entregarse la plebe, porque en Córdoba, es forzoso repetirlo, era la primera clase la que lo deseaba. Efectivamente, el destacamento de Tucumán estaba ya en marcha, y había llegado á Santiago del Estero á cargo del hoy general don Felipe Heredia, cuando el movimiento revolucionario del ejército, hizo inútil su venida.

Cuando hube regresado al Fraile-Muerto donde había dejado el ejército, no lo encontré, y tuve que seguir en su alcance con tanta rapidez como lo permitian mis medios. Me causaba el mayor asombro no recibir orden alguna del General, y que se hubiese marchado sin dejar la menor disposición á mi respecto. Como ya indiqué antes, aquella campaña estaba perfectamente desierta, y tan solo las huellas del ejército y los restos de los fogones, me indicaban su marcha y sus campamentos. Si aquellos se habian adelantado mucho, si se había internado demasiado nuestra fuerza en la provincia de Santa Fé, mi posición, con un puñado de hombres mal seguros, se hacía dificilísima; más, no eran circunstancias de trepidar, y me arrojé en seguimiento del ejército arrostrando cualquier trance que se presentase.

Llegué á la Cruz-Alta, último punto de la jurisdicción de

Córdoba, muy avanzada la noche del 6 de Enero de 1820, y temeroso de la deserción, preferí descansar dentro de un seguro corral, aunque no comiesen los caballos, á trueque de vigilar la tropa. A la madrugada del siguiente día me moví sin saber aún donde alcanzaría el ejército; más, apenas pasé de la Esquina, posta en la jurisdicción de Santa Fé, cuando alcancé á ver la retaguardia de nuestra gran columna; como mi escuadrón llevaba un buén trote, no tardé en aproximarme y ponerme al habla, y muy luego nos colocamos al costado, continuando siempre nuestra marcha. El regimiento de Húsares del mando del coronel La Madrid, llevaba la retaguardia, y de él se desprendieron dos ó tres oficiales que conversaron con alguno ó algunos de mi escuadrón; lo que recuerdo es que el capitán don Juan Gualberto Echavarría (Coronel después y fusilado el año 31 por los federales de Córdoba) se me llegó cautelosamente para decirme, que los oficiales de Húsares le habian asegurado que esa noche se hacía la revolución, con algunas particularidades más, de menor interés. Esta noticia fué confirmada al pasar por el costado de algunos otros cuerpos; de modo, que cuando llegamos á la cabeza del ejército que ocupaba el regimiento de Dragones á que pertenecíamos, ya no era un misterio el gran suceso que se preparaba.

Al mismo tiempo que acampaban en Arequito los primeros cuerpos del ejército, era que yo me incorporaba á mi regimiento, y que supe muy rápidamente que el general don Juan Bautista Bustos, jefe de E. M. G. interino, se ponía á la cabeza del movimiento que efectivamente debía tener lugar esa noche (1). Cuando me presenté en el Cuartel

(1) El coronel Bustos, á consecuencia de las acciones de guerra de Fraile-Muerto y Herradura, había sido condecorado con el empleo de

General para dar cuenta de mi comisión, é hice saber al General la deserción de once hombres, me manifestó el más marcado disgusto, pero con la circunstancia de que pareció no quedar satisfecho con mi conducta. ¡Ah! !Qué deseos tenía de hablar con más franqueza! Quizá le hubiese dicho algo, no que compremetiese á mis compañeros, pero que le revelase el estado desfavorable del ejército, si es que no lo sabía ó sospechaba. ¿Podría llegar á tanto la ciega confianza del General? No lo sé; lo cierto es que yo me retiré de su tienda con el más grande desagrado.

De allí me dirigí á la del General, jefe de E. M. G., de quién quise saber personalmente que precedería al movimiento en cuestión, lo que conseguido, me retiré resuelto á participar y cooperar decididamente á él y arrostrar todas sus consecuencias. Todos mis amigos particulares estaban comprometidos, y me resolví á seguir su destino.

Cuando volví á mi campo, me impuse de que los regimientos núms. 2 y 10 de infantería y toda la caballería estaban complotados, y que aunque se tenian muchas probabilidades de los otros cuerpos, no se había querido invitarlos, por no comprometer demasiado el secreto y por no ser necesarios. Efectivamente, más de cien bocas hablaban en misteriosos corrillos, de lo que debía verificarse dentro de algunas horas, sin que ni una sola, traicionase su compromiso.

Puedo asegurar con la más perfecta certeza, que no había la menor inteligencia, ni con los jefes federales, ni con la montonera santafesina; que tampoco entró ni por un momento en los cálculos de los revolucionarios, unirse á ellos ni hacer guerra ofensiva al Gobierno, ni á las tropas que

---

Coronel Mayor y desempeñaba las funciones de jefe de E. M. G., como el general Cruz las de General en Jefe. Bustos dejó, en consecuencia, de mandar el núm. 2 de infantería, pero conservaba la influencia.

podian sostenerlo; tan solo se proponian separarse de la cuestión civil y regresar á nuestras fronteras amenazadas por los enemigos de la independencia; al menos este fué el sentimiento general más ó menos modificado, de los revolucionarios de Arequito: si sus votos se vieron después frustrados, fué efecto de las circunstancias, y más que todo, de Bustos, que solo tenía en vista el gobierno de Córdoba, del que se apoderó para estacionarse definitivamente.

Supe también á mi llegada al ejército, que el día antes una partida de mi regimiento á cargo de un cabo Torres, cordobés, había dado caza á otra montonera, con buén resultado: el cabo había sido elogiado en la órden del día, elevado á sargento y colocado á la cabeza de una partida doble. Engolosinado con el suceso del día anterior, se había separado del ejército ese mismo día más de lo regular, y había sido su partida completamente acuchillada. Este contraste poco importante, había causado una impresión tan desproporcionada á su tamaño, que servía á la vez para probar las malas disposiciones del ejército. Me causó asombro ver los semblantes casi desconcertados por la pérdida de diez ó quince hombres.

Así pasó el día sin que se notase el menor síntoma de la próxima borrasca; todo, al parecer, estaba tranquilo, mientras en secreto se combinaban los medios de asegurar la ejecución de lo que se proyectaba. Fuese que el terrible calor del día tenía los cuerpos como aniquilados, fuese que después de tomada una resolución, se siente uno como aliviado del peso que ha sufrido para adoptarla, fuese en fin, una casualidad, ó mi disposicion individual, paréceme que ese día reinó más calma que los que le habian precedido. Llegó la noche y en nada se alteró el servicio y la rutina de costumbre.

Sería la mitad de ella cuando mi regimiento se puso á caballo, al mismo tiempo que se arrestaba al coronel de él,

don Cornelio Zelaya, y se le entregaba á una guardia del mismo cuerpo mandada por el teniente don Hilario Basabilbaso. A la misma hora tomaba las armas el regimiento de infantería núm. 2 y el batallón núm. 10, en el centro de la línea, y en la izquierda montaba á caballo el regimiento de Húsares del mando del coronel La Madrid. Este Jefe no fué arrestado y quedó en su campo con un piquete de ciento ó más hombres de infantería, provisoriamente destinados á la caballería y armados como tales; porque habiéndose retardado el movimiento por alguna circunstancia, no tuvieron tiempo de hacerles ensillar sus caballos.

El coronel del núm. 10, don Manuel Antonio Pinto (hoy General de la República de Chile), fué arrestado por el capitán don Anselmo Acosta, que hacía las funciones de Mayor; el coronel graduado don Bruno Morón, que mandaba el núm. 2, fué dejado tranquilo en su tienda, pero sintiendo que se movía su cuerpo, salió á ponerse al frente de él, y allí fué arrestado y reunido á los jefes que lo habian sido antes; el mayor del regimiento, Castro, se puso al frente de él.

El general Bustos, cuando le pareció tiempo, y después de haber hecho uncir los caballos de su carretón y que iba á moverse, se dirigió á la tienda del general Cruz, á quién dijo: *Compañero, levántese, que en el ejército hay gran movimiento.* Dicho esto salió, sin dejar el carretón, á incorporarse con los revolucionarios.

Estos no hicieron más que marchar al frente seis ú ocho cuadras, y formarse, esperando que fuese de día. Al rayar la aurora vino un ayudante de parte del General en Jefe, á preguntar, *qué movimiento era aquel y de orden de quién lo habian ejecutado,* previniendo al mismo tiempo que volviesen á sus puestos. La contestación fué: *Que aquellos cuerpos no seguirian haciendo la guerra civil, y que se separaban del ejército.*

Como la caballería había reunido las caballadas y boyadas del pastoreo, pidió el general Cruz que se le devolviesen las que correspondian al parque, comisaría y cuerpos que le quedaban, para continuar su camino á Buenos Aires; se le contestó afirmativamente, pero á condición de que entregaría la mitad de la comisaría y parque, como correspondiente á la parte del ejército que se había separado. En estas negociaciones se invirtió parte de la mañana, después de lo cual, y al parecer convenidos ambos jefes, nos retiramos hasta quedar los dos campos á una legua corta de distancia, pero á la vista.

Las boyadas y caballadas reclamadas, se entregaron al general Cruz, y á medio día empezaron á uncir los bueyes á las carretas y á prepararse para marchar. Todos creíamos que la mitad del convoy se dirigiría á nuestro campo; pero, como á las dos de la tarde emprendió la columna su marcha, internándose en la provincia de Santa Fé y arrastrando cuanto tenía. Entonces se gritó en nuestro campo, que el General en Jefe faltaba á lo prometido, y para obligarlo á que lo cumpliese, se mandó montar toda la caballería y ponerse en seguimiento de la columna, á las órdenes del coronel de mi regimiento, don Alejandro Heredia. Debo advertir que los jefes que fueron arrestados por la noche, se habian ya puesto en libertad y se habian restituido á la parte del ejército que no había entrado en el movimiento; es decir, se habian reunido al general Cruz.

Sin exceder el aire de nuestra marcha de un trote regular, nos fuimos aproximando á la columna que seguía sin cesar su movimiento, en términos, que como á las dos leguas de su camino ya no nos separaban de ella, sinó diez y ocho ó veinte cuadras, y quizá menos; la vacilación fué entonces patente, y el *alto* que se hizo, fué solo para mandar un jefe, que fué el coronel don Benito Martinez, á pre-

guntar lo que significaba nuestro movimiento. El coronel Heredia le contestó que *iba á exijir la parte del convoy que se había prometido, y sin la que no volvería.* Regresó con esta contestación; más, cuando volvió, las circunstancias habian variado y tomaban un aspecto más alarmante. Se había presentado por el frente una partida de la montonera y guerrillaba á los exploradores; la audacia de los montoneros anunciaba la proximidad de una fuerza mayor. La única caballería que quedaba al general Cruz, que era el piquete de infantería montada, de que ya hice mencion, repentinamente se separó de sus filas y tomó el galope para venir á incorporársenos, al menos en su mayor parte.

Nosotros no alcanzábamos á ver la guerrilla enemiga, pués que la ocultaban algunas lomas; más, la segunda venida del coronel Martinez nos instruyó de este incidente; dijo también, que *el general Cruz se resignaba á todo, y que iba á contramarchar para volverse al campo, de donde acababa de salir.* Efectivamente, así lo hizo, y nosotros regresamos tambien acompañando la columna á su retroceso. Era ya de noche cuando volvimos á nuestros respectivos cuerpos, quedando las cosas en el mismo estado en que se habian encontrado al amanecer de ese día.

A la madrugada del siguiente oimos un gran tiroteo en el campo del general Cruz, é inmediatamente montó la caballería, al mando siempre del coronel Heredia, y marchamos en dirección al fuego de fusil y aún de cañón, que cada vez se hacía más vivo; cuando nos aproximamos, permitiéndonos ya la claridad del día distinguir los objetos, vimos que una fuerza como de trescientos ó cuatrocientos montoneros, hostilizaba el campo del general Cruz, sosteniendo fuertes guerrillas. Con nuestra presencia se contuvieron algo, pero como insistiesen en su empeño, el coronel Heredia les hizo intimar por medio del teniente Basabilbaso, *que si continuaban, los cargaría; que en cuanto á lo demás,*

el ejército se abstendría de toda hostilidad, y que en prueba de ello, se había hecho el movimiento y separación de que eran testigos, y que hasta entonces no se habian podido ellos mismos explicar. Era así efectivamente, porque hasta entonces no había habido la menor inteligencia con los santafesinos, ni ellos comprendian una palabra de la separación de nuestras fuerzas, ni de las marchas y contramarchas del día antes.

El fuego cesó, y los montoneros se retiraron como á una legua de distancia. El general Cruz se resignó á dejar el mando enteramente, entregando á Bustos toda la fuerza y pertenencias del ejército. Inmediatamente desfilaron los cuerpos que le habian quedado, separándose los jefes para incorporarse á sus compañeros ya destituidos. Con esto quedó terminado el movimiento de Arequito, y el ejército todo á las órdenes del general Bustos, quién nombró jefe del E. M. G., al coronel Heredia. Los jefes que tuvieron parte activa en él, fueron los dos que acabo de nombrar: el mayor Gimenez, de Dragones; el mayor Castro, del núm. 2 y yo, que era comandante de escuadrón. Algún otro se reunió esa misma mañana del movimiento, que no recuerdo en este momento (1).

El general Cruz y todos los jefes que lo habian seguido, se destinaron bajo una guardia á un punto en que sin estar en contacto con el ejército, estuviesen garantidos de todo insulto por parte de los montoneros, que los pedian con empeño. Debo decir que á nadie se le pasó por la imaginación acceder á su insensata demanda, y que fueron considerados en cuanto podía ser.

Hecho con los montoneros el arreglo que he referido, estuvieron algunos en nuestro campo, pero demostrando

(1) De estos, fueron el teniente coronel don Juan Escobar y el mayor don Ramón Lopez.

siempre una remarcable esquivez; luego fuimos al suyo, algunos jefes y oficiales, y no nos chocó menos su aire feroz, aquella odiosidad concentrada contra el partido que combatian y aquella terrible prevención contra todo lo que podía decirse civilizado. Nuestro empeño fué templar con persuaciones y ejemplos su excesiva exaltación, desarmar aquellos caractéres de fierro, y reconciliarlos hasta donde era posible, con la civilización. Pienso que algo conseguimos, al menos con el jefe que mandaba aquella división, que era un comandante La Rosa, y aún si no me engaño, desde entonces, á pesar de que los sucesos militares contribuian á exasperar los ánimos, no hubo tanto encarnizamiento y sí algunas disposiciones á la paz, que se hizo después de unos cuantos meses.

El ejército no perdió tiempo en regresar, y á la verdad que era preciso si no se quería exponerlo á nuevos sacudimientos que podian traer sus relaciones con los montoneros, y más que todo, con los jefes de ellos, entre los que se contaba el célebre don José Miguel Carreras. Era consiguiente que estos, luego que supiesen lo sucedido, se apresurasen á sacar para ellos las ventajas posibles del desquicio que acababa de tener lugar, y el mejor medio de precavernos, era alejarnos. Así se hizo.

¿Produjo bienes el movimiento de Arequito? ¿Fué causa de los males que sufrió en seguida el país? ¿Precavió otros mayores? Sin él ¿se hubiera constituido la República? Cuestiones son estas que yo no sabré resolver, pero sí diré, con la franqueza que me he propuesto, que jamás pensaron sus autores que sobreviniese el cúmulo de desgracias y desórdenes de que hemos sido testigos; y en cuanto á mí, puedo asegurar que si los hubiera remotamente previsto, aún cuando crea que sin él, se hubiera más ó menos pasado por los mismos trances, me hubiera abstenido de tomar parte, dejando la responsabilidad á quien realmen-

te le incumbía. Quiero decir, que sí sin el movimiento de Arequito, hubieran sobrevenido iguales ó quizá mayores males á nuestro país, no hubiera habido ocasión de hacer responsables de ellos á los autores de dicho movimiento, quienes, en su mayor parte, se condujeron por motivos nobles y patrióticos y con las más puras intenciones.

No me empeñaré en justificar el movimiento de Arequito, pero si él fué un error, no puede desconocerse que se ha empleado generalmente una severidad y acrimonía inaudita para juzgarlo. Si la misma se hubiese usado respecto de otras asonadas de no menor consecuencia, y más notables por su prioridad, podría creerse que las censuras eran fruto de la sinceridad y de principios establecidos; pero no ha sido así, y hemos visto que los mismos que capitanearon sediciones en grande escala, que desconocieron los primeros las autoridades nacionales, los que concurrieron también activamente á derribarlas, cuando se han permitido hablar de Arequito, lo han hecho con un lenguaje cáustico, y séame lícito decirlo, han hecho sus acusaciones con una solemnidad que de puro afectada, tenía visos de cómica.

Por ejemplo: un General que me ha disputado mil veces la prioridad y la superioridad de sus derechos al honroso título de argentino, al hablar del movimiento de Arequito en una nota con que acompañó una memoria del general Belgrano, lo ha hecho con un tono, con un énfasis aún más solemne que el que emplean los rancios aristócratas de Francia, al designar los regicidas del año 1793. Aún hace más; pués, no contento con cargar á los autores del enunciado movimiento, una responsabilidad inmensa, de atribuirles todos los males de la patria y de lanzarles un eterno anatema, usa de misteriosas reticencias y corta sus fulminantes conceptos con una serie de puntos suspensivos, para dejar á la consideración del lector, lo que le queda aún por decir. Todo esto, á mi modo de ver, no significa sinó

que él y quizá otros se la tenian guardada á los de la revolución de Arequito, y que no pierde la esperanza de sacársela á su tiempo y oportunidad.

¡Ojalá que el país no tuviera otros males que deplorar, ni otros crímenes que castigar! ¡Ojalá no hubiera otros delincuentes, pués nuestra patria sería menos desgraciada! Pero este General, al expresarse así, no solo se olvida de los males de la Dictadura actual, sinó que parece haberse borrado de su memoria que fué uno de los principales revolucionarios en 1815, desconociendo la primera autoridad, dándose las manos con el proto-anarquista don José Artigas, y convirtiendo sus armas contra ella: él fué, quién, más eficazmente que otro alguno, contribuyó á derrocar el Gobierno General empleando el elemento campesino, pués que solo fué entonces que las bandas de Artigas tomaron un ascendiente de que después fué imposible privarlas.

Después de considerar la revolución de Arequito, bajo su carácter político, diré algo por lo que respecta al militar. Es fuera de duda que si se juzga aisladamente, es un crímen contra la disciplina, pués que los subalternos deliberaron y resolvieron quebrantar sus leyes; pero este argumento hecho de un modo absoluto, no solo podría emplearse contra los revolucionarios de las Fontezuelas, y casi todos nuestros militares, sinó hasta contra los autores de la revolución de Mayo que desconocieron la autoridad del virey y capitán general Cisneros. Será, pués, preciso hacer alguna excepción y poner algún límite á esa subordinación que soy el primero en reconocer, como el principal fundamento del orden militar. Es sensible que nuestros legisladores no se hayan ocupado de esto, y hayan dejado á nuestro militares á merced de las facciones, ó mejor diré, de las sugestiones interesadas de los verdaderos revolucionarios. Es punto este muy interesante de nuestra cons-

titución, cualquiera que sea su forma, para que deba descuidarse. Su solución importa al honor de la milicia, á la quietud pública y á la estabilidad de los gobiernos.

Si el general Belgrano hubiese rehusado venir con su ejército de Tucumán para empeñarlo en la contienda civil; si hubiese hecho lo que el general San Martín, y entendiéndose ambos hubieran de consuno obrado contra los españoles que ocupaban ambos Perús, es fuera de duda que las armas argentinas hubieran coronado la obra de independencia del continente sud-americano, sin que nuestros males en el interior, hubiesen sido mayores; quizá muchos se hubieran ahorrado, además, de la mayor suma de gloria que nos hubiera resultado; pero estos dos hombres eminentes miraron las cosas de diverso modo, marcharon por distintos caminos, y sus esfuerzos, que reunidos hubieran dado un inmenso resultado, se consumieron aisladamente.

Cuando comparo el modo con qué han sido juzgadas tantas revoluciones que ha habido en nuestro país, y la severidad con que muchos han condenado la de Arequito, disculpando, si no santificando las otras con su silencio, me vienen los más positivos deseos de tener una capacidad superior, bastante al menos, para tratar dignamente un negocio que lo creo de gran interés para nuestro país. ¡Ojalá que algun argentino ilustrado, imparcial y desapasionado, se encargue de esta honrosa tarea, y logre el fin de sus esfuerzos!

El ejército continuó su marcha sobre Córdoba sin que hubiese anudado otras relaciones con los montoneros, que las muy insignificantes que he referido: más que de amistad, eran de una perfecta indiferencia, si se exceptúa el empeño que se puso en atenuar los sentimientos rencorosos que agitaban á aquellos hombres. Estábamos en la Herradura, á cuarenta leguas de Córdoba, cuando se anunció la llegada de don José Miguel Carrera y de don Cosme Maciel,

secretario del gobierno de Santa Fé. Fácil era colegir que su gran objeto era comprometer al ejército hasta ponerlo en sus intereses y arrastrarlo nuevamente á la guerra en el sentido contrario de su primera destinación. Nada consiguió Carrera y aún menos Maciel, hombre vulgar aunque de un exterior meditabundo. Ese arte de ganar á los hombres, ese poder de fascinación que se atribuía al primero, en grado eminente, no tuvo ni el más pequeño valor. Nunca dirigí á Carrera la palabra, ni él me la dirigió á mí en la noche que lo ví, pero lo oí hablar mucho y no sentí esa fuerza de atracción que decian, irresistible; ni ví más que un hombre fuertemente preocupado de los negocios de Chile, de que hablaba sin cesar, olvidando los nuestros. Por supuesto que el general San Martín era el principal blanco de sus tiros, lo que no podía menos de desagradar á los que, como él, solo querian ocuparse de la guerra de la independencia. De todo ello deduzco, que el célebre Carrera no conoció el terreno que pisaba, y que hizo su viaje inútilmente. Después de estar una noche, se retiró, diciendo á sus confidentes, según después supe, que lo único que había encontrado regular en nuestro ejército, era el coronel Heredia; sin duda porque algunas expresiones alti-sonantes y algunas frases bombásticas que sabía emplear, le hicieron concebir más esperanzas de él que de los otros. En cuanto á lo demás, puedo asegurar que nada se acordó con él, ni quedaron establecidas más relaciones que las de mera ceremonia.

Luego que en Córdoba se supo el cambio del ejército, el gobernador doctor don Manuel Antonio Castro abdicó el mando, y fué elegido popularmente el coronel don José Diaz como gobernador provisorio. Casi al mismo tiempo, y sin que hubiese ocurrido acuerdo ni la menor combinación, sucedía en Santiago del Estero el movimiento que colocó en el mando al comandante don Felipe Ibarra, que

rige hasta hoy en aquella provincia, y en San Juan se sublevaba el batallón núm. 1, de los Andes. El coronel Alvarado ocurrió desde Mendoza con el regimiento de Granaderos á caballo, para sofocar la rebelión, pero tuvo que volverse de medio camino y ganar Chile á toda prisa, temeroso de que se comunicase el contagio. En Mendoza y demás pueblos hubo también cambios de gobierno, reemplazando á los nombrados por el Gobierno Nacional, los elegidos por el pueblo. Los pueblos subalternos imitaron á las capitales y se desligaron en seguida constituyéndose en provincias separadas. De este tiempo data la creación de las trece que formaban la República, hasta que vino á aumentarse este número con la de Jujuy, que se separó últimamente.

CAPÍTULO XI

LA GUERRA DE CAUDILLOS

Recibimiento del ejército en Córdoba.—Bustos es nombrado gobernador de esta provincia.—El general Cruz es obligado á abandonarla.—El gobierno de Córdoba reconcilia á las provincias de Buenos Aires y Santa Fé.—Paz rechaza los despachos de coronel.—El general Bustos lo nombra jefe de Estado Mayor.—Sus tentativas para establecer el orden, son defraudadas.—La guerra contra Ramirez y Artigas.—Ramirez invade á Santa Fé.—El comandante Mansilla.—Los santafesinos derrotan á Ramirez.—Inacción de Bustos.—Carrera intenta sublevar el ejército de este General.—Conducta extraña de Carrera.—Descontento en el ejército de Bustos.—El general San Martín y el teniente coronel Paz.—Separación de este, del puesto de jefe del Estado Mayor.—Causas que la motivan.—Carrera derrota á Bustos.—El Gobierno Delegado, destierra á Paz.—La campaña de Córdoba contra el Gobierno.—Fin desgraciado de esta jornada.

A fines de Enero entró en la ciudad de Córdoba el ejército, para cuyo recibimiento se habian hecho los más entusiastas preparativos. Las damas por su parte quisieron manifestar su simpatía haciendo una demostración propia. Reunidos los jefes y oficiales del ejército, en la casa que había sido destinada al general Bustos, donde había preparados abundantes refrescos, se presentaron por la noche más de treinta señoritas vestidas con los colores patrios, y llevando cada una un hermoso ramo de flores. Después de entonada y cantada á coro una canción análoga y recitado un elocuente discurso en honor del ejército y de sus jefes,

por una señora que las presidía, todas, á imitación suya, que presentó su ramo al General, hicieron lo mismo con los suyos á los jefes y oficiales presentes. Al día siguiente se dió un gran convite, al que asistió toda la oficialidad y gran parte del vecindario, en que se pusieron á contribución las Musas para cantar el triunfo de la libertad: al menos así se decía. Por la noche hubo un lucido baile en que no fué menor la concurrencia.

Desde que supo Bustos en el camino la elección de Gobernador, la desaprobó, quejándose de que no se le había consultado y dando á conocer desde entonces que deseaba para sí el gobierno de la provincia. Como el partido vencedor en Córdoba era el que había promovido la elección, Bustos se indispuso con él, y desde entonces empezó á plegarse al que acababa de ser vencido. Este abrazó el medio que se le presentaba de sobreponerse á su contrario, y antes de un mes de su derrota volvió á tomar la ofensiva, y no la dejó hasta cantar victoria entronizando definitivamente á Bustos. Sin duda que el partido que se decía liberal y al que después de haber servido anonadó este General, se componía de los hombres más distinguidos por sus luces, por su patriotismo desde 1810, y aún por el lugar que ocupaban en la escala social, pero al mismo tiempo era el menos práctico, el más delicado en la adopción de los medios, y el menos á propósito para dirigir una revolución; en una palabra (si se me permite usar de una gran comparación), el partido de la Gironda en pequeño.

Se hicieron elecciones para representantes, en que prevaleció el partido que fomentaba Bustos; al nombrar el gobernador propietario, solo un voto le faltó, de modo que se recibió del gobierno sin que pudieran sus contrarios tachar su elección. Sin embargo, continuaba la oposición, trabajando como podía, pero con tan poco resultado, como lo veremos en seguida.

Los jefes destituidos por la revolución de Arequito en el ejército, desde antes de llegar á Córdoba, habian obtenido libertad y permiso para ir donde quisiesen; la mayor parte de ellos se dirigió á Tucumán, y el general Cruz, prefirió quedarse en Córdoba. Buscó una quinta, y yo le ofrecí una de que podía disponer; la aceptó y vivió en ella algunos dias, hasta que por una medida de política, le mandó el Gobierno que saliese de la provincia; él eligió la de Mendoza para su residencia, y se le notificó que lo acompañaría un oficial con cuatro soldados, hasta salir del territorio de la que dejaba. Esta orden lo alarmó mucho, temiendo que se diesen al oficial órdenes secretas, contrarias á las que á él se le significaban; me lo dijo y lo tranquilicé, haciéndole saber que siendo de mi regimiento la partida destinada, á mí me incumbía la nominación del oficial que sería de toda mi confianza; le ofrecí recomendarlo muy particularmente, y lo hice á su satisfacción. El ex-gobernador Castro, tuvo el mismo destino.

Cuando un oficial Corro, salteño, que mandaba después de Mendizabal el batallon núm. 1, sublevado en San Juan, se dirigió sobre Mendoza, fué el general Cruz puesto á la cabeza de las fuerzas que se opusieron á aquel caudillo; no llegó el caso de batirse, porque Corro tuvo por más prudente retirarse desde medio camino. Habiendo errado este golpe, trató de marchar á Salta, por la Rioja, donde lo esperaban nuevos desastres, hasta que pereció miserablemente en Tucumán, el año siguiente. Mendizabal fué más tarde remitido á Lima, donde lo hizo fusilar el general San Martín.

Entre tanto, la guerra había vuelto á encenderse, y los santafesinos ganaron la acción de Cepeda, que les abrió las puertas de Buenos Aires. Con solo la noticia de esta derrota había caido el Directorio, dando lugar á la elección del señor Sarratea y á los célebres tratados del Pilar, que tuvie-

ron menos duración que la que podian esperar los incrédulos. Los federales se habian retirado; más, á consecuencia de lo sucedido, tuvieron que volver. Esta vez ya no lograron hacer prevalecer sus ideas ni su candidato, aunque hubiesen engrosado su partido con la adquisición del general Alvear y una multitud de jefes y oficiales de distinción, que fueron proscriptos, y que volvieron poco después, sin que nadie se acordase de su proscripción. Carrera había logrado sacar los chilenos y muchachos que no lo eran de los cuerpos veteranos, para formarse una fuerza propia. Sin embargo de su derrota de San Nicolás, conservó en los que escaparon, un núcleo de poder, que puso en serios cuidados á la República.

La nueva victoria que obtuvieron las tropas de Buenos Aires en el arroyo del Medio, contribuyó también á equilibrar la guerra, hasta que la sangrienta derrota del Gamonal vino otra vez á inclinar la balanza en favor de Santa Fé y Entre Rios, cuyo gobernador don Francisco Ramirez, empezaba á ser un personaje de notable importancia. No obstante esta ventaja, ambos beligerantes se preparaban para nuevos combates, cuando se trató en Córdoba de mandar una comisión mediadora, que se interpusiese entre los contendentes y los excitase á la reconciliación. Se me indicó á mí como uno de los que debian componer la comisión, acompañado del doctor don Saturnino Allende; pero un doctor don Lorenzo Villegas, ambicionó esta comisión, y supo insinuarse en el ánimo de Bustos, que lo prefirió á mí. Ni antes había hecho la menor diligencia para obtener el nombramiento, ni después la hice para que se revocase; ni aún me dí por ofendido, en tales términos, que mis relaciones con el doctor Allende, que sin duda tuvo parte en el nombramiento de Villegas, no padecieron la menor alteración. La diputación marchó, y la paz se hizo. Después se ha disputado la parte que tuvo ella en la conciliación, pero

además de que no es este lugar para tratar del asunto, es una miseria que debe relegarse al olvido; el bién se hizo, y esto basta. ¿Qué importa para el país, que entonces sufría horribles conflictos, quienes fuesen los que indicaron el remedio?

El coronel Heredia, jefe del E. M. G., instaba á Bustos sin cesar, para que lo dejase marchar por lo menos con una parte del ejército á las fronteras de la República, arguyendo que la revolución se había hecho para llevar al ejército contra los españoles, y no para venir á meterse en Córdoba. Al fin Bustos, como para librarse de un compañero importuno, le dió los regimientos de Dragones y Húsares, y lo dejó partir. Marchando mi regimiento, era natural que yo también lo hiciese, y además fuí vivamente solicitado por Heredia; más, no quise hacerlo porque preveía lo que debía suceder y porque estaba poseido del más grande tedio hacia las cosas de la revolución y públicas; mi deseo dominante era retirarme. Si había tomado parte en el movimiento de Arequito, tuve las más puras intenciones, que no vinieron á mancharlas ni un sentimiento de ambición ni otro menos noble; el rumbo que tomaban los negocios, me desengañaba penosamente, y solo en la vida privada creía hallar algún descanso. Cuando Bustos, sin saberlo yo, me hizo extender los despachos de coronel y me los entregó en persona, se los devolví, diciéndole que podría creerse que mi proceder había sido interesado; que por lo mismo no los admitía, sin dejar por eso de agradecer la distinción con que me honraba. Quedaron sobre su mesa.

Heredia marchó, y yo me retiré sin mando ni destino en el ejército, á vivir á una quinta, donde extrangero á las cosas públicas, permanecí muchos meses. De allí me hizo llamar Bustos para ofrecerme el Estado Mayor é instarme á que me hiciese cargo de él: mis amigos unieron sus em-

peños, y yo me ví otra vez metido en la carrera pública.

Mis principios, mi carácter y mi genio, no podian avenirse con la apatía, la estrechez y las tendencias de Bustos; esto lo conocian todos, y más que nadie, los que me eran afectos, pero de eso mismo sacaban sus argumentos para probarme que era el medio de corregir los defectos de este. ¡Vanos discursos! ¡Engañadas esperanzas! los males siguieron sin que pudiese detenerlos. El ejército se disminuía rápidamente, si podía llamarse ejército lo que quedaba; la disciplina padecía; las pasiones políticas se agitaban en todo sentido; el horizonte se cargaba cada vez más, y Bustos, impasible, dejaba pasar los dias sin prepararse para resistir á la tormenta que rugía por todas partes.

Los jefes del partido federal se habian dividido separándose Ramirez y Carrera, de Lopez, que se había unido á Buenos Aires; la guerra iba á estallar sin que la provincia de Córdoba pudiese ser indiferente en la contienda; el partido de oposición á Bustos no cesaba de maniobrar para evitar la destrucción, que lo amenazaba, y estaba expuesto en su desesperación, á aprovecharse de cualquier coyuntura sin excluir la que le ofrecian los primeros de estos caudillos. Así lo hubieran hecho otros en su lugar; pero esos hombres, á quienes ya comparé con los girondinos, sintieron escrúpulos de servirse de unos instrumentos tan peligrosos como reprobados, y prefirieron sucumbir fieles á sus principios de orden y libertad, á triunfar con el desorden. Si este es un defecto para hombres de partido, debo confesarme culpado, pués que adolezco de él en grado superlativo. Más tarde, perseguido, proscripto, fugitivo, rehusé obstinadamente reunirme á unos hombres, cuyos principios no concordaban con los mios. Después explicaré mejor esto.

El proto-federal, el archi-caudillo Artigas, empujado y vencido por los portugueses que invadieron la Banda

Oriental, había pasado al Entre Rios, donde contaba continuar ejerciendo su selvático poder, y seguir tratando al ya orgulloso Ramirez, como un teniente y subalterno suyo. Las cosas habian variado, y el oficial de carpintero (1) se había creado bastante para sufrir en el mismo territorio, que mandaba soberanamente, otro poder que sobrepasase el suyo. Sin muchos preámbulos se declararon ambos la guerra, y se prepararon al combate: Artigas era más poderoso en fuerzas, pero las de Ramirez, aunque mucho más pequeñas, eran más disciplinadas. El éxito no fué dudoso, y Artigas completamente batido en las inmediaciones del Paraná, perseguido tenazmente, tanto en Entre Rios como en Corrientes, por su vencedor, no tuvo otro remedio que asilarse en el Paraguay (2), donde ha permanecido hasta ahora.

Juzgo, que no está demás advertir, que el general Ramirez fué el primero y el único entonces de esos generales caudillos que había engendrado el desorden, que puso regularidad y orden en sus tropas. A diferencia de Lopez y Artigas, estableció la subordinación y adoptó los principios de la táctica, lo que le dió una notable superioridad. Más, el mismo abuso que quiso hacer de esa superioridad, ayudado de una mala fortuna, prepararon su caida y causaron su muerte, como luego veremos.

Había ya principiado el año 1821, cuando él desistió de

---

(1) Pienso haber oído que Ramirez tuvo este oficio.

(2) El año 1846 he conocido al anciano Artigas en el Paraguay, después de veinte y seis años de detención ya voluntaria, ya involuntaria, y de donde es probable que no salga más. Tiene más de ochenta años de edad, pero monta á caballo y goza de tal cual salud. Sin embargo, sus facultades intelectuales se resienten, sea de la edad, sea de la paralización física y moral en que lo constituyó el doctor Francia, secuestrándolo de todo comercio humano y relegándolo al remotísimo pueblo de Curuguaity: el actual Gobierno lo ha hecho traer á la capital, donde vive más pasablemente. Su método de vida, sus hábitos y sus maneras, son aún las de un hombre de campo.

la guerra que proyectaba hacer al Paraguay, para dirijir sus armas contra Buenos Aires. Como Lopez, fiel á sus tratados, no quisiese darle cooperación, resolvió atacar primero á la provincia de Santa Fé, y con este objeto pasó el Paraná con la caballería, en las cercanias de Coronda, mientras el comandante Mansilla (hoy General de Rosas) que estaba á su servicio, ocupaba Santa Fé con infantería y artillería. Nada hay que nos revele el verdadero plan que se proponía ejecutar, pero es probable que pensaría reunir todas sus fuerzas luego que venciese las primeras dificultades; plan sin duda erróneo, porque, prevenidos como estaban sus enemigos, esas primeras dificultades eran el todo, y para sobreponerse á ellas, era muy conveniente reunir todos sus medios y hacer obrar simultáneamente todo su poder.

Mansilla ni aún puede decirse que desembarcó en Santa Fé, pués aunque puso el pié en tierra, ni ocupó la ciudad que estaba desguarnecida, ni hizo cosa de provecho, y se volvió inmediatamente á la capital de Entre Rios, dejando á su General y benefactor á merced de sus enemigos. Es probable que Mansilla había concebido ya, y empezaba á poner en planta, la traición que consumó, sentándose en la silla que quedó vacante por la derrota y muerte de Ramirez. No hizo de todo esto el menor escrúpulo, y se ligó en seguida con los que antes había ido á combatir.

Ramirez, luego que atravesó el Paraná, con mil hombres próximamente de buena caballería, tuvo á su frente el ejército de Buenos Aires, compuesto también de sola caballería, á las órdenes del coronel don Gregorio Araoz de La Madrid, quién, aunque tenía doble fuerza, fué completamente batido. Restaba aún Lopez, que se aproximaba con sus santafesinos, sobre quienes contaba Ramirez obtener una victoria fácil; pero se engañó. Este fué uno de esos sucesos casuales que dan la victoria al que menos la mere-

ce. Quizá la suma confianza del jefe entreriano fué la causa principal de su derrota. Al anochecer, en un terreno que poco conocía, ó que conocian mucho mejor sus contrarios, se aventuró en cargas imprudentes, que aunque fueron felices al principio, acabaron por desorganizar su fuerza y dar la ventaja á sus enemigos. Téngase presente, que los santafesinos, como tropas de puro entusiasmo, eran excelentes en ese combate casi individual á que ellos llamaban *entrevero*, que resulta del desorden de las líneas que han roto su formación, ya sea en ataque ó en retirada. Por eso era la mejor precaución, conservar en lo posible el orden de las filas, como lo probé prácticamente en la Herradura.

Hasta la hora en que se dió la batalla, fué fatal á los vencidos; no solo porque con la oscuridad no pudieron ligar convenientemente los movimientos de sus alas, sinó porque los prófugos no pudieron reunirse en tanto número como si hubiese sido de día, ó hubiesen conocido mejor el terreno. De todos modos, Ramirez se condujo como un valiente y un hombre de cabeza, pués, no pudiendo evitar su desastre, se propuso repararlo en cuanto le era posible.

Con los restos que pudo reunir, trató de incorporarse á Carrera, que desde meses antes se hallaba en la campaña de Córdoba, adonde me es forzoso trasladarme, para anudar los sucesos que quedaron interrumpidos.

Sería muy prolijo y hasta fuera de propósito, ocuparme de los defectos de que adolecía el gobierno de Bustos, que ya á cara descubierta no trataba de otra cosa, que de perpetuarse en su gobierno. Caudillo á su manera, se ocupaba ménos de captarse el aura popular por acciones notables, que de imposibilitar una combinación contraria á él, enemistando las clases y hasta promoviendo solapadamente, las disensiones entre las familias más distinguidas. Algo parecido á Ibarra, gobernador de Santiago, no ofrecía ni buscaba mejoras de ninguna clase, pero en desquite, deja-

ba vejetar el país en una quietud absoluta. No solo no procuraba el progreso, sinó que dejaba correr los abusos y hasta los alentaba; de modo, que si no había entusiasmo por él, tampoco había animosidad en las masas ignorantes del pueblo. No es decir que no desease hacérselas propicias, pero marchaba hasta en esto con su tan genial lentitud, que poco había avanzado en la época que voy describiendo. Tampoco es que dejase de haber tendencias en el gauchaje, á la licencia y desenfreno, de que tantas lecciones le había dado el de Santa Fé; pero tampoco estas pasiones habian llegado ni con mucho, al grado de exaltación en que las manifestaran sus vecinos. De todo, pués, había un poco, sin que se tocase á los excesos; para llegar á ellos, era preciso que ocurriesen circunstancias especiales, como podía acontecer de un momento á otro.

Tanto Bustos como sus contrarios deseaban aprovecharse de estas disposiciones; más, sea dicho en honor de todos, que ninguno pasó de los límites racionales, y que ambos partidos rehusaron á su vez, entregar el país á los horrores de la anarquía y del desorden.

Carrera hizo cuanto pudo por anudar sus relaciones con Bustos; más, este lo supo conservar á una cierta distancia, hasta que la naturaleza de las mismas cosas produjo la ruptura. Así, á los fines del año 1820, se presentó el capitán Urra, chileno, graduado de doctor en su país, y que poseía toda la confianza de aquel; su misión consistía en reclamar á nombre de su jefe, todos los chilenos que hubiese en el ejército, á lo que Bustos se negó redondamente. Es muy probable que traería el encargo secreto de tantear á algunos oficiales y promover una conspiración; lo cierto es, que poco después se descubrió, que el capitán Druet del núm. 9 (francés de origen é hijo del maestro de posta, que arrestó á Luis XVI en Varennes, como me lo aseguraron otros franceses y él lo decía), seducía unos cuantos sargentos

para que sublevasen la tropa que pudiese ir con ellos á reunirse á Carrera. Puesto Druet en prisión y sujeto á un proceso, se probó todo, lo confesó todo, y tenía él mismo por tan seguro su suplicio, que solo pidió por gracia, que el día de su muerte se le permitiese dar un convite de despedida á sus amigos en la misma capilla. Hacía el *programa de la función,* y aún se ocupaba de algunos preparativos, cuando recibió la noticia de que el Gobierno, por una indulgencia que él no esperaba, mandaba sobresecr en la causa, y se limitaba á desterrarlo de la provincia. No se hizo de rogar, y salió inmediatamente para Mendoza, de donde pasó á Chile. Menos felíz el capitán Urra, fué algunos meses después tomado prisionero en San Juan, y fusilado.

Desde el momento en que Lopez, gobernador de Santa Fé, escuchó las proposiciones pacíficas que le hizo el gobernador de Buenos Aires, no podía Carrera, que solo quería incendiar todo, conservar sus buenas relaciones con él; las cortó, pués, levantando bruscamente su campo del Rosario del Paraná, ó sus cercanias, é internándose al sud en busca de los indios pampas cuya amistad había procurado. Esto solo bastaría para probar que Carrera se había propuesto llevar á cabo su obra á todo trance, sin que hubiese consideración de ningún género que lo detuviera; más, después quiso aún darnos otras pruebas, de que estaba resuelto á emplear toda clase de medios, por reprobados que fuesen, á trueque de poner el pié en Chile y trastornar el orden allí existente. No entraré á juzgarlo, porque demasiado comprendo la fuerza de las grandes pasiones, y tengo bastante indulgencia para disculpar hasta donde se puede, los clásicos extravios políticos. Sin embargo, sea dicho de paso, que este hombre cuya capacidad nadie le contesta, se equivocó torpemente pensando hacer servir toda la República á sus miras personales, que nos eran del todo extrangeras.

Reunido con algunos centenares de indios del sud, entró en la provincia de Buenos Aires, siendo pasivo espectador, sinó debiésemos llamarle actor con más propiedad, del saqueo, del asesinato y de las violencias que se cometieron en el pueblo del Salto; díganlo las cautivas que se llevaron los indios, entre las que fueron algunas señoras pertenecientes á la clase distinguida de la sociedad. Si esta alianza monstruosa se conservó por algun tiempo, es fuera de duda, que los indios no prestaron á Carrera grandes servicios, y que habiéndolo acompañado en poco número en los primeros pasos de su campaña, desaparecieron de la escena para irse á sus soledades.

Antes de continuar refiriendo los sucesos de esta triste guerra, diré lo que me aconteció personalmente. Ya dije que había sido llamado al E. M. G. y que me había recibido de él. Cada día que pasaba, era un nuevo desengaño, de que nada adelantaría en el sentido de mejorar nuestra situación, ni de precaver los abusos. Uno de mis continuos anhelos, era restablecer la disciplina del ejército; organizar la milicia, de campaña principalmente, y aumentar nuestros medios de defensa. La provincia de Córdoba era entonces fuerte, y tenía además, un ejército veterano y aguerrido. Fácil es calcular de cuanto peso debió ser en la balanza política, y cuanto bién pudo hacer á la República, ya promoviendo una revolución contra los españoles, ya reprimiendo las ordas casi salvajes que capitaneaba Carrera. Pero si Bustos era incapaz de un sentimiento elevado, lo era también de una acción gloriosa. Aferrado en el estrechísimo círculo de sus mezquinas aspiraciones, no daba un paso, y dejaba hacer á sus inquietos vecinos. El descontento que esto producía, se hizo bastante general en el ejército, y un tal Bravo, oficial que había sido de mi regimiento, vino un día á decirme muy en secreto, que había concurrido á una reunión de oficiales en que se había discutido un proyecto

de revolución, en estos términos: Se quería desconocer la autoridad militar de Bustos, quitándole el generalato, ponerme á la cabeza del ejército, y hacerme que lo llevase á las fronteras que amagaban los españoles. Bravo me dijo: *Nada hay acordado aún, pero el negocio no deja de estar adelantado: yo no he querido prestarme hasta consultarlo con usted, cuya contestación espero.* Se la dí en estos términos: *Vaya usted y disuada á sus compañeros de semejante proyecto, y dígales, que el Congreso que vá á reunirse, y para el que han empezado ya á llegar algunos diputados, dispondrá lo mejor sobre estas cosas. Persuádase usted, que si nuestras esperanzas fuesen engañadas, en cuanto á la reunión del Congreso, y las cosas siguiesen el camino que llevan, yo mismo me pondré entonces, al frente del movimiento.* Dos dias después me aseguró Bravo, que los demás se habian adherido á sus persuasiones y que todo estaba tranquilo.

Era efectivo que Bustos había convocado un congreso, y que las provincias todas, inclusa Buenos Aires, se habian prestado á su llamamiento; era también un hecho, que habian llegado algunos diputados, y entre ellos los de Cuyo. Por otra parte, estaba fatigado de revoluciones, y desde entonces, si es que antes no tuviese aversión á todo movimiento anárquico, se fortificó ese sentimiento, que después he manifestado siempre en mi carrera. Cuando he dicho desde entonces, quiero significar desde Arequito, porque á pesar de que no mire ese suceso, como lo hacen Alvarez y otros, no puede negarse que no llenó los fines que nos habíamos propuesto. Al paso, pués, que evitaba un nuevo escándalo, conteniendo á los oficiales, y que facilitaba la reunión del Congreso, presentando á los diputados un aspecto de órden y estabilidad en el lugar elegido para su residencia, no destruía las esperanzas de que los servicios de aquellos fuesen útiles á la patria, si los acontecimientos no tomaban un mejor rumbo.

Por este mismo tiempo, el general San Martín preparaba en Chile, su expedición á Lima, y solicitaba que Bustos ú otro jefe se moviese por el norte de la República, para llamar la atención de los españoles al Alto Perú. Mandó con este objeto, á uno de sus secretarios, don Dionisio Viscarra, para que recabase de Bustos lo más que pudiese; y ya hemos visto lo que hizo, permitiendo que marchase Heredia con cuatrocientos caballos. En todo lo demás, tergiversó, entretuvo y paralizó el celo de Viscarra, con esa calma singular que tenía la virtud de comunicar á todo cuanto se le acercaba. Viscarra era conocido antiguo y amigo particular mío, con quién conservé correspondencia hasta después de haber ido á Lima con San Martín, y sin embargo, no me manifestó confianza alguna, sobre el punto de su comisión; pienso que esto no provenía de sus disposiciones personales, sinó de las instrucciones de su poderdante. Cuando en 1814 estuvo el general San Martín en Tucumán, creí haberle merecido algún concepto, guardadas las proporciones debidas al grado que ocupaba yo en la escala militar y social. Sospecho que después hubo en su espíritu una variación con respecto á mí, que me era desfavorable; quizá provino, de que habiendo sido yo estudiante, temió que fuera de un genio caviloso; acaso sospechó, que siendo cordobés, participase del fanatismo que se ha atribuido á mis comprovincianos; pudo finalmente, temer, que habiéndome hallado en Arequito, estuviese avezado en la carrera de las revoluciones.

Sea lo que sea, pienso que el general San Martín, sin creerme entonces positivamente adverso, me creyó un jefe peligroso, en lo que se engañaba cumplidamente (1). Tengo

---

(1) Como unos veinte meses después, me hallaba enteramente ocioso en Santiago del Estero, proscripto por Bustos. Un amigo del general Alvarado y mío, don José Joaquin de la Torre, le escribió por pura oficiosidad

la conciencia de que en el teatro que iba á ocupar, hubiera podido prestar algunos servicios á la patria y serle útil á él mismo. Bastante le dieron qué hacer y qué pensar otros que no eran ni estudiantes, ni cordobeses, ni revolucionarios de Arequito. Tengo motivo de creer, que después el general San Martín ha variado de ideas, y me ha hecho justicia (1). En cuanto á mí, siempre he reconocido su mérito y le he tributado los justos homenajes á que es acreedor.

Viscarra volvió á Chile sin haber hecho gran cosa, como acabamos de ver, sinó es aumentar el descontento de una parte del ejército que no se avenía á la vida sedentaria y oscura que le imponía Bustos. Este, por su parte, no perdía ocasión de deshacerse de los oficiales que podian contrariar sus miras, y de ir arraigando á los otros, en la provincia de que no pensaba salir. Muchos se casaron y avecindaron, viniendo á ser sus fieles servidores.

A consecuencia de mi conversación con el oficial Bravo, tuve una de confianza con el doctor don Lorenzo Villegas, que se me daba por amigo, y le referí algo de lo sucedido, recomendándole la correspondiente reserva. El malvado no solo aprobó el proyecto de los oficiales, sinó que procuró alentarme para que me pusiese á la cabeza de él, y hasta ofreciéndose á redactar un manifiesto, que lo justificase después de realizado. Sin duda se proponía obtener

---

suya, proponiéndole mi ida á Lima. Alvarado se excusó muy politicamente con la falta de destino en qué ocuparme: él gozaba entonces, de la intimidad del general San Martín.

(1) El año 1828, poco antes de la revolución de Diciembre, me dijo con suma repetición, el doctor don Julian Segundo de Agüero, que el doctor Gil escribía de Europa, que yo era el único jefe de quién hablaba bién San Martín; el doctor Agüero nada menos era que amigo del General, y buscaba una explicación de mi parte; explicación que yo no podía darle, porque no tenia otro antecedente que el que yo mismo me suministraba; y, como por otra parte, yo no pudiese corresponder tan honroso recuerdo, con una ingratitud, quedaba muy poco satisfecho. Esto se repitió varias ocasiones.

mayores revelaciones, más como no las lograse, quiso especular con lo que ya sabía: fué, y se lo dijo todo á Bustos.

Un día supe que el teniente coronel don Daniel Ferreira y unos cuantos oficiales, habian sido arrestados, y yo recibí la orden que me separaba del E. M. G. Mandé llamar inmediatamente á Bravo, para saber si tomaba alguna luz sobre lo ocurrido, y me contestó en un papelito, mandado secretamente, que no podía venir porque era vigilado; que se le había tomado declaración, y que había dicho rigorosamente la verdad. Ya entonces lo supe todo, y también quién era el traidor que había vendido mi confianza, sin que ni aún hubiese el pretexto de mantener el orden público, que Villegas sabía muy bién que no peligraba. Este protervo, que siendo secretario del gobierno de Salta, se pasó á los españoles; que después, cuando aquellos flaqueaban, se volvió á los patriotas; que ha corrido todos los partidos; traicionando á todos, siendo al fin despreciado de todos, vino á parar en una singular demencia, producida por sus infernales cavilaciones. Al fin, murió loco, dejándonos un elocuente ejemplo de que los perversos hallan muchas veces el condigno castigo en el teatro mismo de sus prevaricaciones.

El descontento de la tropa era grande, y aún después de separado del E. M. G., hubiera podido ensayar un golpe contra el Gobierno; pero, estaba cansado de la vida pública, y veía que los hombres más imparciales miraban con horror todo lo que pudiera conmover violentamente el orden social, tal cual estaba establecido. Otra vez la idea del Congreso venía á paralizar todo pensamiento que saliese de las reglas comunes. Además, no tengo embarazo en repetirlo, no soy ni fuí jamás el hombre adecuado para las revoluciones; ni tengo esa audacia de carácter que hace sobreponerse á todo miramiento, ni poseo esa indiferencia por lo justo, equitativo y útil al público, que hace superior

el interés individual á toda otra consideración. No se extrañará, pués, que en semejantes circunstancias solo tratase de alejarme, y lo hice solicitando licencia para retirarme al campo, en una hacienda de un tío mío, que residía en el curato de Calamuchita.

En los momentos de marchar, se preparaba también á salir á campaña, el general Bustos, para oponerse á Carrera, que había tocado en los límites de la provincia con una fuerza como de cuatrocientos hombres, incluso algunos indios. En Chajá se encontró Carrera con Bustos, que poco más ó menos tenía igual fuerza, y lo batió del modo más vergonzoso que pudo darse, porque no hubo ni un simulacro de resistencia; fué una desbandada, cuyos prófugos se dispersaron por toda la provincia, viniendo la mayor parte á Córdoba. Esta era la tropa de caballería selecta de Bustos, porque después de la salida de Heredia, había formado un cuerpo veterano, que denominó Dragones, sacando para ello, soldados antiguos de la infantería y otros que habian pertenecido á la caballería de línea. Los dispersos dijeron ó no dijeron algo contra las disposiciones del General, y se acordaron de mí, protestando que si yo los hubiera mandado, no hubieran sufrido la derrota; lo cierto es, que este fué el motivo que se alegó para mi destierro, como lo supe años después, por un parte y nota original, dirigidos desde Córdoba, que llegó á mi poder (1); en ella se decía á Bustos, después de avisarle lo que propalaban los dispersos, que siendo yo de un *genio aspirante,* debian tomarse precauciones; el derrotado General, al acompañar este parte á su gobernador delegado, Bedoya, le pre-

(1) Fué el doctor Villegas mismo, quién el año 23, cuando se preparaba la expedición al interior, me trajo el parte original de que he hecho mención, para probarme su inculpabilidad en mi destierro.

venía que tomase las medidas correspondientes, pero sin indicarlas. Bedoya resolvió mi extrañamiento.

Estaba perfectamente tranquilo en mi retiro, cuando se me presentó el capitán don Francisco Diaz, con una pequeña partida y una nota de Bedoya, que puso en mis manos; en ella me decía que se me destinaba á continuar mis servicios en el ejército libertador del Perú, y que debía inmediatamente ponerme en marcha por la vía de la Rioja, acompañado del capitán Diaz. El mismo día marchamos, haciéndome saber que solo debía escoltarme hasta que saliese de la provincia. Yo estaba realmente preso, y como tal, seguía mi camino. Mi conductor, al ver el aspecto de algunos vecinos de la campaña que no era favorable al Gobierno, creo que empezó á asustarse, y á esto atribuyo, más que á los pretextos frívolos que supuso, su resolución de separarse y volverse antes de que hubiese llegado á la Cerresuela, última posta de la jurisdicción de Córdoba, protestándome, sin embargo, que lo hacía, persuadido de que yo cumpliría religiosamente la orden que se me había dado, y que apreciaría debidamente lo que llamaba su condescendencia.

Al otro día de su separación, estaba yo solo en el punto de la Higuera, estancia de los Vazquez Novoa, cuando cayó de sorpresa una partida de doce ó quince paisanos, al mando de don Faustino Allende, que no traía mas objeto que ponerme en libertad, empleando la fuerza si preciso fuese. No fué necesaria, porque estaba solo, pero lo hecho bastaba para constituir un hecho de rebelión. Yo dejé mi viaje á la Rioja y al Perú, y seguí al señor Allende que se restituyó á su hacienda. Me maravillé cuando lo ví entregarse tranquilamente á las faenas ordinarias, y le hice presente el peligro que corríamos si no nos armábamos ó nos poníamos en salvo. Entre los vecinos principales, se habian hecho algunas prisiones, y el Gobernador Delegado, que ma-

nifestó un carácter férreo, mandó hacer otras, entre ellas, la de don Gaspar del Corro, cuya hacienda distaba veinte leguas de la que nosotros ocupábamos. Corro se ocultó en los bosques, y allí empezó á reunir sus parciales para hacer una formal resistencia. Allende creyó entonces, que debía hacer lo mismo, y con diez y ocho ó veinte de sus peones, salimos á buscar la fuerza que reunian Corro y otros.

De este modo se formó un grupo como de cuatrocientos hombres, sin armas, sin práctica ninguna de la guerra y sin esa disposicion moral, cuya exaltación se requiere en defecto de disciplina, y otros medios adecuados para vencer. El Gobierno despachó una división (así la llamaré) de doscientos á trescientos hombres de línea, al cargo del comandante don Agustín Diaz Colodrero, cuyas proposiciones pacíficas y racionales, se rehusaron por mis jactanciosos subalternos (pués debe saberse que me habian dado el mando en jefe), para caer al primer revés en el extremo contrario.

Pero ¿para qué fatigarme y fatigar al que esto leyere con los detalles de esta miserable campaña? Me limitaré á decir rápidamente, que después de una corrida que nos dió Colodrero, se entablaron por segunda vez las negociaciones, que en ella se convino que él apoyase y remitiese á la Sala de Representantes una representación que hacian los disidentes contra el Gobernador Delegado, los que consentian en someterse á Bustos que seguía la campaña contra Carrera; que Bedoya mandó á un mayor, Catolis, á relevar á Colodrero, á quién puso preso y quiso sujetar á un juicio; que Catolis se apoderó también de nuestro negociador, que de muy buena fé se había trasladado al campo de Colodrero, sin saber su separación del mando; y últimamente, que sin denunciar el armisticio, nos atacó y nos dispersó completamente.

Cosa sería de reír, si no se tratase de asuntos serios, lo

ocurrido en esta célebre campaña. Nuestras tropas no tenian más armas que garrotes; su organización consistía en la afección personal que los peones de las estancias profesaban á sus patrones, por cuya razón los habian seguido voluntariamente, de modo que los cuerpos ó compañias eran más ó menos numerosas, segun la clientela de cada uno; por este tenor era todo lo demás; y ¿qué diremos de los conocimientos, aptitudes, bravura y espíritu militar de los jefes de este gracioso ejército? En lo general, eran buenos ciudadanos, honrados vecinos y excelentes padres de familia, pero incapaces para la empresa en que se habian metido. Sin embargo, el más digno de compasión creo que era yo; porque conociendo más que ellos, la insuficiencia de nuestros medios, sufría desde antes, las consecuencias de nuestro descalabro. Más, no podía abandonar á aquellas gentes, y tuve que acompañarlas hasta la conclusión.

Dispersada la fuerza, resolvimos trasladarnos á otras provincias, y casi todos elegimos la de Catamarca. Acompañado siempre de don Faustino Allende, á quién me ligaban relaciones de amistad y parentesco, emprendimos la marcha; más, á las pocas leguas me propuso variar de camino para llegar á su estancia donde, decía, nos proveeríamos con más comodidad, de caballos, guias y demás para seguir á la provincia que habíamos elegido. A poca distancia de la casa, nos internamos en un bosque adonde vino á visitarlo doña Rita Moyano, su esposa. Sus primeras palabras, fueron: *Más quiero verte preso, que ausente; de consiguiente, no quiero que emigres.* Hé aquí á mi compañero más tierno que un caramelo, que se pone á llorar como un chiquillo, y que por lo que después sucedió, debió ofrecer á su jóven esposa, amoldarse á sus consejos. Por lo pronto me dijo, que los preparativos de viaje necesitaban pocos dias, que pasaríamos ocultos en perfecta seguridad; pero, como este plazo se alargase, propuse irme solo. Me entretuvo,

me engañó y últimamente me salió con que todos los caminos estaban tomados por las fuerzas del Gobierno, y que era imposible escapar.

Yo, que á nadie conocía, estaba dependiente de él para el efecto de proporcionarme medios de transporte, y tuve que sufrir. Así pasó más de un mes, durante el cual, volvió á encenderse la insurrección, tomando entonces caractéres más serios. Dos jóvenes, Pintos y Peralta, se pusieron á la cabeza de sus partidas, y atacaron las casas de los partidarios del Gobierno, en la campaña, permitiendo á su tropa que cometiese desafueros. Los hermanos Torres secundaron á aquellos, y se pusieron también en campaña, adoptando los mismos principios. La revolución tomaba entonces un giro amenazador, porque si la numerosa población de la campaña de Córdoba se conmovía y gustaba de los atractivos de la licencia, hubiera sido bién difícil traerla al verdadero sendero. Yo rehusé positivamente ponerme á la cabeza de ese desorden, pero ansiaba por tener una pequeña fuerza de línea que me sirviese de base para regularizar aquella montonera, lo que no era difícil conseguir, de Santiago ó Tucumán, donde tenía amigos y estaban mis antiguos compañeros.

Con este fin, resolví trasladarme á Santiago, para lo que pude facilitarme los medios, y logré después de mil peligros. Cuando llegué á la capital de la provincia, se celebraban las fiestas por la paz que se había ajustado con el gobierno de Tucumán, razón por la cual se habian marchado las tropas con que yo contaba, para Salta. Esto me contrariaba inmensamente, pero al mismo tiempo sucedía la crisis en Córdoba, que hacía inútil la proyectada medida. Peralta y Pintos, atraidos vilmente á una emboscada, habian sido muertos por traición; don Vicente Moyano, jefe principal de la insurrección, había sido batido por sorpresa, y había después capitulado, habiéndolo hecho

antes los Torres por interposición de su cuñado Villegas (ese mismo Villegas de quién hablé anteriormente). Otros emigrados que se habian asilado en Catamarca, volvieron poco después á sus hogares, reconciliados con el Gobierno. Se me pasaba decir, que don Faustino Allende, fiél á los consejos de su esposa, prefirió ir espontáneamente á presentarse arrestado en Córdoba, donde sufrió una prisión de poca importancia.

Es de notar, que entre las vicisitudes de este drama, que á veces puso á sus autores en serios conflictos, ninguno fué, exceptuando á los jóvenes Pintos y Peralta, á buscar el apoyo de Carrera y Ramirez, ni aún abrió relaciones con ellos. Solo esos dos jóvenes se dirigieron al último, quién les ofreció su auxilio, y acaso fué lo que preparó la catástrofe. Sin duda eran, aunque jóvenes, los únicos hombres de audacia y resolución entre los que habian tomado parte en el movimiento, y por lo mismo, Pintos, prometía ser un caudillo célebre y quizá peligroso.

Yo fuí bién recibido de Ibarra en Santiago, y aunque el gobierno de Córdoba se había anticipado á exigir mi seguridad, él me la dió completa, de que nada tenía que temer. Me propuse vivir tranquilo, y no mezclarme en tan pobres negocios.

CAPÍTULO XII

LA GUERRA DE CAUDILLOS

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Ramirez y Carrera atacan á Bustos en la Cruz-Alta.—Muerte de estos dos caudillos.—El general realista, Olañeta, entra en la ciudad de Salta. —Muerte del patriota Güemes. — La marcha del coronel español Valdés.—Olañeta se retira al Perú, por la resistencia de los salteños.—Los gobiernos que suceden á Güemes en esta provincia.—La guerra civíl en Tucumán.—Don Bernabé Araoz.—El gobierno de Ibarra en Santiago.—Indiferencia de los gobiernos de provincia para llevar la guerra al Perú.—Entrevista de Las Heras y Espartero.—Paz marcha á la guerra brasilera.

Bustos, después de su derrota de Chajá, había reunido sus restos, y auxiliado con nuevas tropas, inclusa la infantería que se le había reunido, desde Córdoba, estaba en estado de esperar á Carrera, á quién se había incorporado Ramirez; pero, jamás quiso tentar la suerte en un combate campal, y lo que hacía, era ganar una población, donde se medio atrincheraba, para ir á buscar otra cuando se alejaba el enemigo, y en donde hacía lo mismo. Ni esto hubiera podido hacer, si Carrera se aprovecha de su primera victoria y lo persigue con empeño; es probable que se hubiera encerrado en Córdoba, dejando la campaña á Carrera, en su totalidad. Es verdad que este la recorría y que la cruzó muchas veces en diferentes direcciones, pero siempre era

un obstáculo á su dominación, la presencia de Bustos en varios puntos de ella.

Deseando este ponerse en contacto con las fuerzas de Buenos Aires y Santa Fé, se había situado en la Cruz-Alta, donde fué atacado por Carrera y Ramirez, ya reunidos. Como Bustos ocupase varias casas inmediatas, que, como habrán visto los que hayan transitado por esos lugares, tienen todas una cerca de tuna, ó penca, que llaman *fuerte,* y que es precaución necesaria contra los indios; se puede decir, que estaba fortificado; además, había añadido algunas ligeras obras, que guarnecía también con su infantería. Para atacarlo, faltaban á sus contrarios medios adecuados, pués no tenian artillería ni infantería, y tuvieron que desmontar caballería para formar las columnas de ataque. Naturalmente, fueron rechazados en todas partes, y Bustos proclamó su gran victoria.

Ya se aproximaba La Madrid con lo que había reunido de su derrotado ejército, y Lopez con sus santafecinos; la situación de aquellos, se hacía en extremo crítica. No tuvieron más remedio que dejar á Bustos en la Cruz-Alta, é internarse hasta el Fraile-Muerto. Allí se separaron ambos caudillos, tomando direcciones opuestas. Creo que las razones que para esto tuvieron, fueron dos: primera, la inclinación de Carrera, que no lo dejaba alejarse de Chile; y segunda, la disconformidad de los genios y caracteres de los mencionados jefes. Ramirez conservaba la subordinación y un orden riguroso en sus tropas, mientras Carrera les permitía la más desenfrenada licencia.

Ramirez se dirijió al norte, donde fué batido por Bedoya, y muerto en la refriega; Carrera se dirijió al sur, donde derrotó al primer cuerpo de tropas que le opuso Mendoza, al mando del coronel Morón, con muerte de este (1),

(1) Mi hermano Julián estaba desterrado en el río Cuarto, y encomendado

para ser después derrotado y hecho prisionero por otro cuerpo de ejército, al mando de don Albin Gutierrez, hombre nulo é ignorante. ¡Lo que son los caprichos de la fortuna, y los azares de la guerra! Carrera fué fusilado, y sepultado en el sepulcro de sus hermanos, que habian perecido allí mismo, y del mismo modo. La historia imparcial los juzgará.

Una mañana muy temprano, en Santiago, recibí un mensage de Ibarra, para que fuese inmediatamente á la Casa de Gobierno; cuando lo ví, me dijo: *Acabo de tener parte, de que Ramirez con su división, se ha aparecido en la provincia, y que se hallaba ayer en la posta de la Noria, á veinte y cinco leguas de la capital; quiero que vaya usted á su encuentro, á informarse de lo que pretende; si es asilo, se le concederá, señalándole un punto de la campaña; si es su tránsito para Tucumán, se le franqueará, con los auxilios que necesite. Vá usted autorizado, con todas las facultades del Gobierno, para transar el asunto, y evitar un desacuerdo, para que no estoy preparado.* Efectivamente, el imbecil y cobarde Ibarra, con una población de ochenta mil almas, de donde podía sacar ocho ó diez mil hombres decididos, de armas llevar, y todos los recursos de su país, temblaba de trescientos, que podía traer Ramirez; de modo que mi misión se reducía á ofrecerle cuanto quisiese.

Partí en el acto, y apenas había andado ocho leguas, hasta la posta de Manogasta, cuando me encontré con el célebre padre Monterroso, que cargaba espada y se había

---

á la vigilancia del comandante de la frontera. Cuando Carrera se aproximó, huyó el Comandante y la mayor parte de la población: muchos se acogieron á mi hermano, pensando hallar en él un protector cerca de Carrera, pero él huía, siguiendo á sus guardianes, que poca cuenta hacian del desterrado. No dejaba de ser curiosa la situación de un proscripto que se vé precisado á huir de los que podía reputar amigos, para buscar la protección de sus enemigos. Los desórdenes de Carrera hacian estos milagros.

cerrado la corona. Por él, supe el último desastre y muerte de Ramirez; venía en nombre de un comandante Rodriguez, que era el jefe que mandaba ciento cincuenta hombres escapados de la derrota. Ibarra obró generosamente, pués los recibió bién y los trató con bondad. Antes de medio día, dí por concluida mi comisión, y regresé á la ciudad.

A mi llegada á Santiago, que fué en Junio de 1821, encontré, como he dicho, que se celebraba la paz que había hecho Ibarra con el gobernador Araoz, de Tucumán. A consecuencia de esa paz, se había retirado Heredia, con los restos de las fuerzas de Salta, para esta provincia, donde se había conservado Güemes, según su costumbre de mantenerse lejos del enemigo. Nadie ignora que este caudillo, apoyándose exclusivamente en la plebe y gauchos de la campaña, se había hecho enemigas las otras clases superiores de la sociedad. Viéndolo sériamente ocupado en la guerra, que en alianza con Ibarra había emprendido contra Tucumán, pensaron en sacudir el yugo, y se fraguó y verificó en la capital una revolución, que lo destituía del mando. Güemes, que sin ir á la guerra de Tucumán, se había aproximado á la frontera, ocurrió presuroso con las fuerzas que pudo reunir, á sofocar el movimiento, y lo logró con suma facilidad con solo presentarse en Castañares, á las orillas de Salta (1). Los opositores, que se habian armado y formado muy sériamente en línea de batalla, corrieron, á la sola aproximación de una guerrilla. En pocos momentos quedó todo concluido.

Llamada sériamente la atención de los españoles, al norte, por la expedición del general San Martín, habian trasla-

---

(1) En el mismo campo de batalla, en que fueron vencidos los españoles, ocho años antes.

dado á Lima la mayor parte de sus fuerzas, dejando en el Alto Perú, al general Olañeta con un cuerpo de tropas, que si bién era respetable, no era suficiente para operaciones en grande escala. Sin embargo, era lo bastante, no solo para mantener en sujeción las provincias situadas al sur del Desaguadero, sinó para incomodar á la de Salta (1).

Olañeta había visto, sin duda con placer, la guerra intestina que había estallado entre los gobernadores de Salta y Santiago, por una parte, y el de Tucumán, por la otra, y se había guardado bién de interrumpirla con un ataque inoportuno; pero, cuando la capital de Salta se pronunció contra Güemes, ya creyó que podía sacar mejor partido. Contribuyeron también eficazmente á determinar sus operaciones, las vivas solicitaciones de algunos de los prófugos de Salta, á consecuencia de la victoria de Güemes en Castañares, para que apoyase ó hiciese resucitar la revolución que acababa de sofocar. Esto era ya renunciar á la causa de la independencia, y hacer una verdadera traición á los principios políticos, porque se había derramado tanta sangre; ¡pero, á qué extravios pueden conducirnos las pasiones exaltadas! Entonces se vió á patriotas ardientes, que habian hecho grandes sacrificios por la patria, ir á prosternarse ante sus enemigos, para rogarles que volviesen á uncirla al yugo que pesaba por más de trescientos años, á trueque de que los libertasen de un hombre, que si verdaderamente mandaba con despotismo, sostenido exclusivamente de la plebe que acaudillaba, se veía constituido en circunstancias especiales, y que por grandes que fuesen sus defectos,

---

(1) Quizá parecerá agena de estas memorias, la relación que voy á hacer de los sucesos de ese tiempo, en Salta, y de la catástrofe que anonadó á su caudillo; más, como no carece de interés, y como el ocio de más de un año que yo quedé en Santiago, me dá lugar á ello, trataré rápidamente el asunto y los que subsiguieron en Tucumán, para ligar lo que dice relación á mis sucesos personales.

era el único dique que se oponía al retorno de la tiranía peninsular. Si Güemes cometió grandes errores, sus enemigos domésticos nos fuerzan á correr un velo sobre ellos, para no ver sinó al campeón de nuestra libertad política, al fiél soldado de la independencia y al martir de la patria.

Sofocada la revolución interior, presos unos, y dispersos los más de sus enemigos, se ocupaba el general Güemes de reorganizar su gobierno, y montar de nuevo los resortes de la máquina que fuera pocos dias antes desquiciada; trabajaba para ello con incesante tesón, y una noche, á mediados del año 1821, despachaba con sus escribientes en casa de su hermana, doña Magdalena Güemes. Estaba en perfecta vigilia; tenía su caballo ensillado, y una escolta de cincuenta hombres, que formados en la calle, descansaban con los suyos de la rienda. Era con mucho pasada media noche, cuando, por un negocio cualquiera, mandó á un ayudante (Refojo de apellido, si no me engaño), el cual, para evacuar la diligencia que se le encargaba, tenía que atravesar la plaza. Al llegar á ella, le dieron el *¿quién vive?* y contestó naturalmente, *La patria;* entonces, la partida que lo había requerido, le hizo una descarga. La casa de doña Magdalena Güemes apenas dista dos ó tres cuadras de la plaza, de modo que los tiros fueron perfectamente oidos. Güemes, según todo lo indica, creyó que era un movimiento interior de sus enemigos domésticos, y montando con su escolta, se dirijió personalmente al lugar de los tiros; se hallaba á menos de media cuadra de la plaza, cuando un segundo *¿quién vive?* vino á interrumpir su marcha; sobre su contestación idéntica á la que había dado el ayudante, se hizo oir otra descarga más numerosa, que obligó á ponerse en precipitada retirada, tanto á él como á la escolta; esta siguió su fuga por la calle derecha que tenía, pero Güemes, que había quedado atrás, pensando, sin duda, zafar más pronto de la ciudad y ganar la campaña, donde tenía

su poder y recursos (1), dejando seguir á los demás, dobló una calle á su derecha, poco menos que solo. Desgraciadamente para él, venía por la prolongación de esa calle que dejaba á su espalda, una patrulla enemiga, la que disparó unos cuantos tiros, de los que uno lo hirió por detrás.

Güemes, aunque gravemente herido, no perdió la silla, es decir, el lomillo que usaba, y se dejó conducir por el caballo hasta salir al campo. Desde allí, acompañado de tres ó cuatro hombres se dirijió á un espesísimo bosque, á distancia de diez ó doce leguas de Salta, donde murió á los seis ú ocho dias, con los ningunos auxilios que aquellos pudieron proporcionarle. Uno de ellos fué á buscar al doctor don Antonio Castellanos, quién, á pesar de ser su enemigo personal, es de creer que emplearía todos los recursos de su arte, sin que pudiese salvarlo. Nadie lo extrañó, porque le estaba (según se decía generalmente) pronosticado por su médico y amigo, el doctor Redead. Conociendo este la depravación humoral del físico de Güemes, le había anunciado que cualquier herida que recibiese, le sería mortal. Así se explicaba esa costumbre constantemente seguida de alejarse de los campos de batalla; costumbre (cosa rara) que no lo perjudicaba entre los gauchos, porque nadie lo suponía privado de valor personal. Cualquiera que sea la exactitud de la observación del doctor Redead, era muy recibida, y yo la creo muy natural en sus efectos.

Así concluyó este caudillo, que tanto dió que hacer á los

---

(1) Aunque el general Güemes había ocupado la capital, no había establecido en ella su gobierno ni sus oficinas. Estaba acampado fuera, y si esa noche se había detenido, era porque teniendo que despachar, podía quizá hacerlo con más comodidad. Todas sus fuerzas estaban á una legua de distancia, en dirección contraria á la que había traido el enemigo, y aún los presos políticos, estaban en el campamento. No había, pués, guardia, ni fuerza pública, ni autoridades superiores en la ciudad: estaba pronta á ser abandonada, como sucedía en todas las invasiones.

españoles, y bajo cuyo mando la heróica provincia de Salta, fué un baluarte incontrastable de la República toda. Esos bravos salteños, esos gauchos desnnidos, y con poquísima disciplina, resistieron victoriosamente á los aguerridos ejércitos españoles; solos, abandonados á sí mismos, sin más auxilio que su entusiasmo, combatieron con indomable denuedo, y obligaron siempre á sus orgullosos enemigos, á desocupar el territorio que solo dominaban en el punto en que materialmente ponian la planta. Pezuela, Serna, Canterac, Ramirez, Valdés, Olañeta y otros afamados generales realistas, intentaron vanamente sojuzgarlos, ya empleando el terror, que ellos contestaban con cruentas represalias, ya el halago, á que correspondian con burlesco desprecio. El mismo Güemes desechó patrióticamente, como creo haberlo indicado en otra parte, las más seductoras propuestas de los españoles, lo que apenas llamaba la atención, porque hasta el último de los gauchos pensaba del mismo modo, y hubiera hecho otro tanto. Sensible es, que la valerosa provincia de Salta no haya tenido un historiador digno de sus hechos y de su gloria; quizá haya influido el recuerdo de los antiguos ódios, porque no podría hablarse sin hacer el encomio de personas, cuya conducta en otro sentido, se reprueba y anatematiza. Es de esperar que en la calma de las pasiones, levante alguno la voz para que no queden en el olvido, hechos ilustres de nuestra historia, y haga justicia á quién la merezca. Veamos ahora cómo efectuó el enemigo esa prodigiosa marcha, y esa inaudita sorpresa.

El general realista, Olañeta, al ruido de las convulsiones interiores de Salta, se había aproximado, descendiendo de las fronteras del Alto Perú, hasta las inmediaciones de la ciudad de Jujuy, que solo dista diez y ocho leguas de la de Salta. De allí, sin duda, se proponía observar más de cerca los sucesos, para sacar el mejor partido. Quizá no hubiera

pasado adelante Olañeta, sin las sugestiones de unos muy pocos emigrados, que lo excitaron; más, al prestarse á sus solicitudes, no creyó deber hacerlo, sinó por sorpresa y estratagema.

Al mismo tiempo que levantó su campo, aparentando retirarse, como lo hizo efectivamente, por algunas leguas, destacó quinientos ó seiscientos hombres de pura infantería, á cargo del célebre coronel don José María Valdés, para que, evitando todo camino, se internase en lo más áspero de la sierra, y cruzando la escabrosísima, llamada de los *Yacones*, entrase de improviso en la ciudad de Salta. La simulada retirada de la fuerza realista, es natural que debilitase la vigilancia de las partidas avanzadas, y como nadie soñaba que una fuerza considerable atravesase unas asperezas, donde no pisaba planta humana, se había descuidado ese punto, de modo que Valdés pudo bajar de la sierra, á dos leguas de la ciudad, en la que se internó á más de media noche, sin ser absolutamente percibido. No llevaba Valdés un solo caballo, que tampoco hubiera podido transitar los precipicios por donde se arrastraba con sus soldados, y estos guardaron un orden y un silencio tan profundos, como pudiera hacerlo un solo hombre, en una aventura nocturna. El resultado fué, que ocupó la plaza principal sin que ningún habitante lo supiese, hasta el casual encuentro del ayudante Refojo, de que hemos hecho mención.

A la mañana, se limitó Valdés á ocupar extrictamente la plaza, guarneciendo los edificios principales, como la catedral, el cabildo y otros, y á esperar pacientemente la venida del General, que según el plán convenido, debía en un tiempo dado, dejar su aparente retirada, y volar en su auxilio. Así fué, pués, que Olañeta antes de seis ú ocho dias estuvo en Salta, con el grueso de sus fuerzas, que montarian por todo á mil quinientos hombres.

Se preguntará, ¿de qué se alimentó la tropa de Valdés durante los dias que estuvo sin salir del recinto de la plaza? lo que satisfaré del modo siguiente: En las diversas y repetidas incursiones del enemigo, era sabido que emigraba una parte de la población: más, era muy difícil que lo hiciera toda ella; acostumbraban, pués, quedarse á su riesgo, muchas familias, que, ó no tenian compromisos graves, ó que, compuestas de mujeres, ancianos ó niños, no eran necesarios para la guerra. Como desde que ocupaba la ciudad el enemigo, no se permitía la introducción de víveres, esas familias los acopiaban secos con gran anticipación, de modo que en previsión de un ataque, que siempre se temía, estaban las despensas bién provistas. Los enemigos, que no ignoraron esta circunstancia, hacian visitas domiciliarias y sacaban lo preciso para su subsistencia. Cuando la fuerza fué más, con la venida de Olañeta, ya pudo hacer salidas y buscar otros medios de proveerse.

La conmoción interior de la capital contra Güemes, había hecho ya grande sensación en la generalidad de la provincia, y su súbita ocupación por el enemigo, la herida y muerte del Gobernador, vino á colmar los ánimos del más completo estupor. Por algunos dias no se notaba otro sentimiento, ó por mejor decir, no se percibía ninguno, fuera de ese temor vago que ni se comprende, ni se puede explicar bién. Nadie podía darse razón distinta de lo que pasaba, ni de las causas verdaderas que habian traido aquel estado de cosas. Las operaciones militares mismas, se habian suspendido, y sin haber transacciones de ninguna clase, parecía que se hubiese ajustado una tregua. Olañeta, bién fuese que interpretó erradamente ese silencio, ó que quiso sacar el partido posible, trató de popularizarse hasta contrariando las instituciones monárquicas que venía á plantificar. No puede clasificarse de otro modo el haber reconocido en el pueblo, la facultad y el derecho de darse un goberna-

dor; atribucion de que nunca se pensó despojar la corona de España. El, pués, Olañeta, el general de vanguardia del ejército realista, el gobernador por nominación regia, de la provincia de Salta, convocó al pueblo y mendigó sus sufragios, que aquel le dió cumplida, sinó libremente. Constituido en esta tan extraña como nueva posición, empezó á negociar con la campaña, halagando á los gauchos y prodigándoles no menos caricias que dinero; pero esos incontrastables patriotas, resistieron, á pesar de la acefalía en que estaban, toda clase de seducciones, y vueltos de su primer estupor, se pusieron en pié para resistir la nueva forma en que se les presentaba la dominación española.

El capitán de mi regimiento, don Jorge Enrique Wit, antiguo oficial de Napoleón, que había ido con Heredia desde Córdoba, se había ligado estrechamente con Güemes, le había servido muy útilmente para sofocar la revolución interna, y había obtenido toda su confianza; lo había hecho rápidamente ascender hasta el grado de coronel, y era considerado como jefe de Estado Mayor. Esta circunstancia y la popularidad que había sabido grangearse, hicieron que los gauchos, á pesar de ser extrangero, lo nombrasen como su jefe, y debe decirse, en obsequio de la justicia, que Wit correspondió á esta confianza, desechando proposiciones seductoras que le hizo el mismo Olañeta. Fué, pués, bajo las órdenes de aquel, que medio se organizó la resistencia, y en que hubo uno que otro hecho de armas, que aunque no fuese felíz, probó al jefe realista, que estaba muy lejos de tocar el blanco que se había propuesto (1). Poco tardó en desengañarse completamente.

---

(1) Para que se forme una idea de lo que era esta guerra, como son generalmente las de puro entusiasmo, no disgustará oir los detalles de un suceso de esta época, que tuve del mismo Wit. Según lo que se acostumbraba, después de haber hostilizado durante el día á los enemigos que ocu-

Pasarian, á lo que recuerdo, dos ó tres meses en que más bién Olañeta perdía que ganaba terreno, y mientras tanto, la resistencia de la campaña empezaba á sistemarse; la carestía de víveres se hacía sentir, y los mismos prevaricadores principiaron á arrepentirse y volver de su extravío. El general español, con su limitada fuerza, no podía sostenerse, y tuvo que emprender su retirada al Perú, sin más ventaja que la muerte del general Güemes.

Libre Salta de la dominación de Olañeta, se procedió á nueva elección de gobernador, que recayó en la persona del coronel don Antonio Fernandez Cornejo, vecino juicioso y patriota honrado, pero que no pertenecía al partido del finado Güemes, y que de consiguiente, se le suponía bajo la influencia de los *patriotas nuevos*, que era como denominaban á los enemigos del caudillo, llamándose ellos mismos, *patriotas viejos;* á los pocos dias, hicieron estos un movimiento reaccionario que derrocó á Cornejo, y en que la plebe se entregó al saqueo de algunas casas, contra cuyos dueños tenía prevenciones arraigadas. Después de este

---

paban la ciudad, se retiró por la noche á un lugar fragoso, á distancia de cuatro leguas. Habiendo colocado una guardia avanzada de una legua, en un camino estrecho y preciso, se entregaron, él y su tropa, que sería como de cuatrocientos hombres, al más completo descanso. Con el fin de sorprender á esta fuerza, había salido la misma noche de la ciudad, una división de infantería que hacía su marcha con el mayor silencio, pero que debía á tiempo ser sentida por la partida avanzada, si hubiera cumplido con sus órdenes. No lo había hecho así; pués, el oficial, consultando su comodidad y acaso su seguridad, se había internado en el bosque á corta distancia del camino. Sea por casualidad, sea porque dejó algún hombre despierto, sintió la fuerza enemiga cuando pasaba ó había ya pasado, de modo que no pudo dar aviso al cuerpo de que dependía; se contentó, pués, con montar su tropa y seguir las huellas de la división enemiga, que tampoco había percibido su proximidad. Cuando esta hubo llegado al campo de Wit, que estaba entregado á un profundo sueño, paciendo á soga los caballos, aunque ensillados y mezclados con los caballeros que estaban tirados por el suelo, en vez de penetrar silenciosamente, haciendo solo uso de sus bayonetas, cuando estuvo, digo, á medio tiro de fusil, hizo una descarga general, que sin ofender gran cosa, despertó á todos los dormidos, que trataron de escapar á pié ó á caballo, como mejor podian. Lo

cambio, resultó electo gobernador, el doctor Gorriti, amigo de Güemes, pero hombre de probidad y humano, aunque sumamente testarudo y aferrado en antiguas preocupaciones. Es un deber de justicia decir, que no abusó de su autoridad, y que toleraba las censuras tan amargas como imprudentes que hacian sus enemigos, contentándose con ridiculizarlos ó su vez, en sus conversaciones. Esta era la venganza y el castigo que empleaba. ¡Ojalá lo hubieran imitado otros, economizando la sangre que han derramado, aún por menores motivos!

Otro de los méritos del doctor Gorriti es, que dejó expeditas las funciones del cuerpo legislativo, que se componía casi en su totalidad, de hombres que no le eran afectos; cosa bién rara en los caudillos que se han encontrado al frente del partido popular. Es verdad que su elección fué ratificada por la Sala de RR., pués esta lo hizo á más no poder, porque no había otro hombre que pudiese enfrenar la plebe. Si embargo, lo limitó cuanto pudo, y fijó la duración del mando en dos años, cumplidos los cuales, no po-

---

célebre es, que en este crítico momento, cuando el enemigo en prosecución de su primera ventaja, se lanzaba para completar el desorden, y la derrota del campo sorprendido, sintió que por su espalda se le hacía otra descarga, que aunque menos numerosa, indicaba á su proximidad, otro enemigo con quién no había contado. Este enemigo, ó amigo nuestro, no era otro, que el oficial de la guardia avanzada que, como digimos, después de haber sentido pasar al enemigo, siguió sus huellas muy silenciosamente. Si este buén paisano faltó terriblemente á los deberes militares, abandonando el camino que se le había mandado guardar, y después, no dando la alarma al campo que debía cubrir, aunque solo fuese con tiros, á la retaguardia del enemigo, enmendó en cierto modo su falta, llamando poderosamente la atención de la división realista, con su descarga, cuando ella iba á completar su triunfo. Con este motivo ella se detuvo, dió media vuelta para contestar el fuego que le hacian, y dió tiempo para que se escapasen casi todos los hombres de Wit, aunque perdiesen la mayor parte de sus caballos; el mismo Wit salió á la grupa de un soldado. Ocho ó diez muertos y quince ó veinte prisioneros, fué todo el fruto que reportaron los españoles; terminada la empresa, volvieron á encerrarse en la ciudad. El oficial de la guardia avanzada, creyó haberse desempeñado perfectamente, y el jefe tuvo que callarse.

día ser reelegido. Gorriti fué obediente á las leyes, y pasado el término legal, descendió del poder para dar lugar al general Arenales. Más, no anticipemos los sucesos.

El gobernador de Tucumán, don Bernabé Araoz, acometido por las fuerzas de Güemes é Ibarra, el año 1821, había dado el mando de las suyas al coronel don Abraham Gonzalez, capitán que había sido en el ejército, hombre vulgar y de poquísima capacidad. Sin embargo, por un capricho de la fortuna triunfó de sus contrarios, lo que le dió una importancia que él mismo nunca había calculado. De él se valieron los enemigos internos de Araoz, para derrocarlo, y habiéndolo conseguido, lo reemplazó en el gobierno. No tardaron en derribarlo los que lo habian colocado, de que resultó la más extraña combinación que puede imaginarse. Tres pretendientes aspiraban al gobierno, y los tres se hacian entre sí laguerra: eran don Javier Lopez, don Diego Araoz, y el mismo don Bernabé, primo del anterior. El último ocupaba la plaza que tenía guarnecida con artillería, siendo los cívicos pardos, su fuerza principal; don Diego acampaba con la suya al este y sur de la ciudad, y Lopez al oeste. Don Bernabé guerrilleaba todos los dias contra su primo y contra Lopez; Lopez contra don Bernabé y contra don Diego, y este, contra los otros dos.

Después de una buena temporada de esta triple y diaria escaramuza, que nada decidía, pero que no dejaba de costar sangre, resultó lo que debía suceder: que los dos más débiles se unieron contra el más fuerte, con lo que la guerra se hizo más regular y más activa; don Diego se unió con Lopez, contra su primo, ofreciéndole como gaje de reconciliación, su linda hija, en matrimonio, el cual se efectuó algún tiempo después, renunciando enteramente á sus pretensiones, el suegro, y contentándose con un empleo subalterno.

Desde entonces don Bernabé Araoz no tuvo un momento

de quietud, y su mando, que se prolongó todavía, fué una cadena de pequeños combates, de sorpresas y de peligros. Por varias veces fué tomada la capital, que era su residencia habitual, á la inversa de otros caudillos que prefieren la campaña, y entonces escapaba en ingeniosos escondites que había preparado con anticipación, y donde salvó de sus enemigos, mientras que sus parciales lo hacian retirar.

Así siguió, hasta que el año 1823 fué definitivamente arrojado de Tucumán, asilándose en Salta. Al año siguiente, fué remitido por el señor Arenales, y entregado á su capital enemigo, don Javier Lopez, quién lo hizo fusilar inmediatamente, en las Trancas, pueblecito distante veinte y una leguas de Tucumán. Esta entrega, que imprimió una mancha en el gobierno del ilustre Arenales, fué del modo siguiente:

Es fuera de duda, que Araoz excitaba su partido desde Salta, y que tuvo conocimiento, y quizá parte en una conspiración que se tramaba contra Lopez, y que fué descubierta. Este se quejó contra Araoz al gobierno de Salta, quién pidió una decisión á la Sala de RR. Esta declaró, que si los emigrados de Tucumán seguian conspirando, cesaría el derecho de asilo, y aún podrian ser entregados á su Gobierno, para que los juzgase. Arenales, dando á esta ley un efecto retroactivo, la aplicó á Araoz, y lo mandó á un seguro sacrificio. Por supuesto, que no hubo juicio, ni forma alguna; estaba condenado con anticipación.

He anticipado este suceso, para no volver sobre este punto, y con el mismo objeto diré algunas palabras sobre Araoz, que gozó por aquel tiempo de cierta celebridad. Era un hacendado acomodado, y pertenecía á la numerosísima famalia de los Araoz: toda ella desde el momento de la revolución de 1810, se declaró en su favor, con el más ardiente entusiasmo, y don Bernabé no se quedó atrás de sus demás miembros. Para nada era menos á propósito que

para militar, pero su deseo de mandar y quizá su patriotismo, le hizo aceptar las charreteras de coronel de milicias, grado en que sirvió en la acción de Salta, más bién como espectador, que como un jefe que preside un cuerpo de tropas: fué esta la única acción en que se halló personalmente.

Jamás se inmutaba, ni he sabido que nunca se le viese irritado; su exterior era frío é impasible, su semblante poco atractivo, sus maneras y hasta el tono de su voz lo hacian más propio para llevar la cogulla, que el uniforme de soldado; prometía mucho, pero no era delicado para cumplir su palabra; por lo demás, no se le conocía más pasión que la de mandar, y si merece que se le dé la clasificación de caudillo, era un caudillo suave, y poco inclinado á la crueldad.

Enemigo de Ibarra, gobernador de Santiago, fué correspondido ampliamente por este, y le debió la mayor parte de sus desgracias. Excitados por él y auxiliados, sus enemigos hacian sorpresas contínuas, volviendo si eran rechazados, á rehacerse á Santiago, que solo dista cuarenta leguas, para preparar otras nuevas.

Ibarra participaba mucho más de las pasiones del salvaje; los prominentes de su caracter, eran la indolencia y la venganza. Sin embargo, disimulaba y se sometía, mientras no podía ejercerla impunemente. Sirvió en el ejército del Perú hasta la clase de capitán, y sin embargo, carecía de todo mérito militar; estuvo en su juventud en uno de los colegios de Córboba, y su ignorancia era tan crasa, que cuesta trabajo persuadirse que hubiese recibido alguna educación. Si la plebe, si los gauchos santiagueños, estaban contentos con él, es porque los dejaba vegetar estúpidamente. Es una gran recomendación para él, el que nunca dió recluta su provincia para los ejércitos nacionales; á eso llamaba él, *vender sus paisanos,* y los santiagueños se

creian libres, porque desde que los mandaba Ibarra, nada habian hecho por la libertad.

Habiéndonos conocido en el ejército, había sido muy bién recibido por él, cuando fuí á Santiago el año 21, según he dicho antes. En el siguiente, supe que mi hermano Julián había llegado á Catamarca, que dista como sesenta leguas, y me trasladé allí con el fin de visitarlo; cuando regresé después de cuatro meses de ausencia, Ibarra no me permitió ir á otra casa que la suya. Yo había hecho un estudio en no mezclarme en cosas políticas, y lo cumplí hasta el punto de resistirme á las más vivas instancias que me hicieron los emigrados de Tucumán, para que los acompañase á su país. Esta conducta me había conquistado, aún más, las buenas gracias de Ibarra. Sería un ingrato, si no dijese que merecí la más distinguida acogida de todas las gentes de Santiago. Conservo recuerdos los más gratos de todos sus habitantes.

A fines de 1822 recibí comunicaciones de don José María Perez de Urdininea (compañero en mi regimiento de Dragones), que era gobernador de San Juan, invitándome á tomar parte en una expedición, que por indicación del general San Martín, debía formarse en las Provincias Bajas, para llamar la atención del enemigo por el sur, y cooperar á la destrucción del ejército español que oprimía el Perú. Me presté con tanto más gusto, por cuanto estaba aburrido del ócio, y deseaba una ocupación análoga á mis inclinaciones y carrera.

Al principiar el año 1823, marché por Tucumán, con cuyo gobernador, que era don Bernabé Araoz, quise ponerme de acuerdo para el tránsito de la expedición, pensando entonces que tocaríamos en dicha provincia.

El proyecto de expedición al Perú, acogido por unos gobiernos, con poco interés, y por otros, con una glacial indiferencia, aún puede decirse, que halló positiva oposición

en el principal de todos, que era el de Buenos Aires. No solo negó toda clase de auxilios, sinó que hubo de entorpecer una remesa de vestuario que por cuenta particular hacía construir don Ambrosio Lesica; la policía fué á informarse muy sériamente, con que fin se hacía aquel vestuario militar, y si no impidió su remisión, hizo ver muy á las claras, que no aprobaba su objeto y destinación. Por ese tiempo, fué, cuando los españoles eran aún todo-poderosos en el Perú, cuando los ejércitos combatian con encarnizamiento, cuando corrian arroyos de sangre, que se dijo en el recinto de las leyes: *El carro de la guerra se ha sumerjido en el Océano.* Por este tiempo fué que se estipuló con unos comisionados españoles, aquella célebre convención de paz, de que no hicieron el menor caso, ni aún tomaron en consideración los Generales enemigos, y á que no prestaron su atención los Gobiernos americanos, empeñados en la lucha, sin embargo de haberle dado en nuestro país una importancia excesiva.

El general don Juan Gregorio de Las Heras, llevando de su secretario al doctor don Severo Malavia, fué destinado á conducir ante el virey del Perú la mencionada convención, y con este fin se presentó en Salta á principios del año 24, ó fines del anterior. Inmediatamente hizo saber su misión al virey La Serna, quién comisionó al después Regente de España, brigadier Espartero, para que viniese á encontrarlo, y sin duda, imponerse á fondo del negocio. Ambos jefes se encontraron en Salta, y haciendo servir esas relaciones misteriosas, que cada uno avalúa según su modo de pensar, estuvieron antes de dos horas, los mejores y más íntimos amigos del mundo. Generalmente se creyó, que el general Las Heras dió demasiada importancia á las mentidas promesas de Espartero (1), y se dejó

(1) El doctor don Casimiro Olañeta, que poco después pasó á Buenos

conducir hasta Tupisa, halagado con la esperanza de que llegaría al Cuzco, donde estaba el Virey. Allí fué detenido para esperar nuevas órdenes, que solo llegaron para hacerle saber, que aquel potentado disponía que regresase al punto de donde había salido. No hubo, pués, negociaciones, ni aún se permitió que presentase sus propuestas, y mucho menos, que las discutiese.

Me expreso de este modo, porque no puede convenirse, que una de nuestras categorias militares, fuese empleada con el solo objeto de presentar materialmente al jefe realista, el papel en que había sido redactada la convención. Debe, pués, suponerse, que algo era preciso negociar, aunque no fuese sinó los términos, límites, y forma de la suspensión de armas, que debía seguirse, cuya suposición se robustece con la circunstancia de haber traido un secretario, y en él, un hombre de letras y abogado. Pués bién, á esto es á lo que se negó el virey La Serna, rehusando escuchar á nuestro enviado, y mandándolo regresar, sin ceremonia.

No es difícil hallar la explicación de esta conducta, si se considera, que los comisionados españoles tenian su misión del agonizante gobierno de las Cortes, y al menos perspicáz no se le ocultaba, que restituido Fernando VII á su poder absoluto, anularía lo que hubiesen pactado los liberales. Más, esto mismo debió preveer nuestro Gobierno, y se hubiera ahorrado un acto que nada produjo en provecho de la independencia, y que pudo dañar, enfrian-

---

Aires en comisión secreta de su tío el General, me dijo: Que Espartero decía á sus amigos en el Perú, que solo había llevado al general Las Heras, por asegurar sus caballos de las rapiñas de los gauchos, en el tránsito. Bién sabido era el empeño de los jefes españoles, de proveerse de buenos caballos, en las Provincias Bajas, y Espartero se había proporcionado algunos excelentes, entre ellos, uno que le regaló el general Las Heras. Sin embargo, el conducto por donde supe la noticia, no era muy bueno, y puede dudarse de ella.

do el ardor guerrero de los pueblos, que era oportuno excitar. Afortunadamente, ni estos, ni los ejércitos que estaban en la palestra, hicieron la menor atención, y siguieron las operaciones militares, como si no hubiese habido tal convención.

Cuando el general Las Heras regresó de Tupisa, yo me hallaba allí, por haberme llamado el general Arenales, con un piquete de la tropa que estaba en San Carlos, á mis órdenes. El motivo, fué la revolución que estalló en algunos puntos de la campaña, y que terminó con la ejecución ó muerte del coronel Morales y teniente coronel Olivera.

El general Las Heras siguió su camino á Buenos Aires, y en él supo su elección de Gobernador, habiendo terminado su período legal el general don Martín Rodriguez. El señor Rivadavia, que había sido *el alma* de su gobierno, dejó el ministerio, y le reemplazó en el de Gobierno, el de Hacienda, don Manuel García. La preferencia que dió á este en sus consejos, el nuevo Gobierno, separándose de los de su pariente, el presbítero doctor don Julián Segundo de Agüero, que pretendía ser su director privado, contribuyó eficazmente á preparar su caida, cuando se instaló la Presidencia, cerca de dos años después. El general Las Heras se marchó á Chile, donde permanece al servicio de aquel Estado.

Habiendo llegado de Tucumán el coronel Urdininea, tomó el mando de los Dragones, y marchó á León, cinco leguas de Jujuy, á formar la vanguardia; yo tuve la orden de formar un batallón de infantería ligera, á que desde luego dí principio. Con esta fuerza y algunas milicias, es que se abrió la campaña en 1825, cuando la acción decisiva de Ayacucho nos permitió obrar contra Olañeta por el sur, empleando los pocos medios de que podía disponer el gobierno de Salta. Con esa fuerza fué también que se formó el contingente de la misma provincia, para el ejército na-

cional, que se organizaba en la Banda Oriental, para la guerra del Brasíl. Con ella salí el 2 de Diciembre del mismo año, atravesando cuatro cientas leguas, para tomar parte en la nueva lucha que iba á empezarse.

Con esos salteños que me acompañaron, combatí en Ituzaingó, adquiriendo ellos, un nuevo y poderoso título á la gratitud de la patria, y á mi propia estimación; digo mi estimación, porque fueron siempre mis fieles compañeros, obedientes á mi voz, y porque me dispensaron siempre una confianza que nunca se desmintió.

Ya es tiempo que concluya esta parte de mi memoria, para dar lugar á la que debe abrazar el período de la guerra brasilera. Ella merece una consideración especial, y una narración separada (1).

---

(1) Estos manuscritos, como los que corresponden á la defensa de la plaza de Montevideo, se encuentran en la biblioteca del finado doctor don Andrés Lamas, los que no hemos podido conseguir hasta ahora, como lo explican las siguientes cartas, no obstante la buena voluutad del señor Pedro S. Lamas, para entregárnoslos.

Inmediatamente que los obtengamos, los publicaremos en un tomo por separado, quedando así completas las Memorias póstumas del general Paz.

(*El Editor*).

La Plata, Octubre 9 de 1892.

Apreciado señor don Pedro S. Lamas:

Están ya encuadernándose los tomos en que he dividido la reimpresión de las Memorias póstumas del general Paz, con excepción del Tomo I, que conservo aún sin terminar, como

se lo he manifestado anteriormente, con el propósito de suprimir la nota de los primeros editores, relativa á los manuscritos del General, sobre la campaña del Brasíl y sitio de Montevideo, y publicar en su lugar, lo que se sirva V. manifestarme, respecto á la entrega de esos documentos.

Espero, y agradeceré sobremanera su contestación, siéndome entre tanto, muy agradable presentar á V. las expresiones de mi consideración distinguida.

Ireneo Rebollo.

Buenos Aires, Octubre 10 de 1892.

Señor don Ireneo Rebollo.

De mi estimación:

No me ha sido posible hasta ahora entregar á V. los manuscritos del general don José María Paz, referentes á la guerra con el Brasíl, y defensa de la plaza de Montevideo, que se encuentran entre los papeles de mi finado padre, porque ha sido necesario seguir los trámites judiciales en el arreglo de la testamentaría, y porque estando esos manuscritos en legajos numerados é inventariados, con todas las demás existencias del archivo de mi padre, es indispensable la autorización judicial, que solicitaré oportunamente, para entregarlos á V., y cuya entrega es muy probable que pueda hacerla antes de dos meses, en el convencimiento de que no haya inconveniente de parte de los demás herederos.

Saludo á V. muy atentamente.

Pedro S. Lamas.

---

(1) " El general Paz, en su grado de coronel, se incorporó al ejército argentino, que abrió la campaña contra el Imperio del Brasil, en 1825. Por entonces mandaba un regimiento de caballería, y tan espléndida fué su conducta en la batalla de Ituzaingó, y tan eficazmente concurrió á asegurar el resultado incompleto de aquella victoria, que fué elevado inmediatamente al rango de General de división. En aquella batalla ocurrió una circunstancia que dice relación con los antecedentes que me he propuesto establecer, para señalar el lugar que ocupa el general Paz, en las luchas civiles de la República Argentina. Mandaba el ejército el general Alvear, uno de los generales más antiguos y acreditados, por su talento y su valor reconocido. Este General, no sé si pagado de la superioridad incontestable de la caballería, ó inclinado, como la mayoría de los argentinos, á hacer partícipe á su caballo, de los laureles de la victoria, puso todo su ahinco, en romper los cuadros enemigos, mandando estrellarse contra ellos, los brillantes regimientos. La infantería argentina, tomó una debil parte en la acción, y la caballería perdió como la mitad de su efectivo, y

---

(1) . . . .
" Publicamos de la memoria biográfica del general Paz, escrita por don Domingo Faustino Sarmiento, el período de su vida, que corresponde á esta célebre y gloriosa campaña.

" Este manuscrito paraba en poder del general Paz, y consultado el autor, por los Editores, no recordaba cosa alguna, referente á él, por lo que nos exigió verlo, para cerciorarse de su autenticidad. Al examinar los papeles, ha recordado que estos apuntes los ha hecho en alta mar, como distracción, en 1845 ó 46; que ignora como se encontraron entre los papeles del general Paz, pués estaba persuadido de que estaban entre los suyos, en Chile. Prevenimos esto, para mostrar lo genuino de los apuntes, habiéndose negado el autor á corregir nada, por no emprender un trabajo más serio".

"*Los Editores*".

(Primera edición, tom. II, páj. 69).

centenares de jefes brillantes, que se habian distinguido en la guerra de la Independencia, entre ellos, el caballeresco coronel Brandzen, francés, que murió á dos varas de la línea enemiga, traspasado de balazos, él, su caballo, el ayudante, y el clarín, que estaban á su lado. Por esta intempestiva y precipitada ingerencia de la caballería, la victoria de Ituzaingó no condujo á resultados positivos, puesto que el ejército brasilero, fuerte aún de toda su infantería y parque, pudo retirarse del campo de batalla.

" El general Alvear fué llamado á Buenos Aires, á dar cuenta de su conducta, y poco después, el general Paz, no obstante su reciente nominación, encargado del mando en jefe del ejército, que continuó operando sobre el enemigo, aunque con poco vigor, pués que las disensiones que ya empezaban en el interior de la República Argentina, inclinaron al Gobierno á terminar por las negociaciones diplomáticas, la guerra que no había podido concluir la espada.

" El general Paz, al corriente de la situación del ejército, y de las posiciones del enemigo, concibió un plán de operaciones, que á su juicio, daría por resultado infalible, la destrucción completa de las fuerzas brasileras; plán, que según disposiciones superiores, tuvo que someter al Gobierno, para ponerlo en práctica, obtenida su aprobación.

" Cuando en las operaciones militares entra la apreciación de las distancias de tiempo y lugar, un general habil puede de antemano decir como Napoleón, en Austerlitz: *Mañana este ejército será mío*, y no haríamos esta observación vulgar, si en las guerras americanas no fuese esta anticipación de los resultados, difícil de calcular, menos por la incapacidad de los jefes, que por las dificultades insuperables que obstan á toda apreciación matemática, para hacer obrar sobre un punto dado, las fuerzas colocadas en posiciones diversas. Faltan mapas exactos, faltan caminos seguros y cómodos, faltan puentes en los rios, faltan, en fin, material y elementos con

que contrarestar las dificultades que la naturaleza inculta, opone. El general americano debe contar con un conocimiento práctico de los lugares que ocupa, para lo que casi siempre necesita tener á su lado, uno ó más de aquellos hombres llamados *baqueanos*, y que son el tratado vivo de la geografía del país. Si el general Paz, en despecho de todas estas dificultades, había logrado organizar un plán de operaciones infalible en sus resultados, es cosa que no podremos asegurar, puesto que no fué sometido al crisól de la experiencia. Pero, sus campañas posteriores y sus victorias sobre ejércitos, casi siempre de doble fuerza, hacen presumir, que entonces habría arribado á la victoria, por el mismo camino que después ha sabido obtenerla siempre. Desgraciadamente Rivadavia, Presidente entonces de la República, cansado de luchas con las resistencias locales que el interior le oponía, abdicó su título, y el coronel Dorrego, ocupó su puesto en el menos pomposo caracter de gobernador de Buenos Aires, y quería hacerse propicio al pueblo, señalando los principios de su administración, con un acto eminentemente aceptable. Dorrego negociaba con este objeto, la paz á todo trance, y nada podría desconcertar todos sus planes más completamente, que el dar á las operaciones de la campaña del Brasíl, nuevo vigor, aunque fuese seguro, al fin de un período de tiempo, alcanzar una victoria que podía no ser decisiva. Quizá el gobierno de Buenos Aires y la comisión militar encargada de examinar el plán, no pudieron apreciarlo en toda su lúz; quizá los celos militares, hallaron que iba á levantarse una nueva reputación, el hecho es, que el plán fué desechado, ordenando encarecidamente á su autor, que conservase sus posiciones, sin intentar nada contra el enemigo.

" El tratado de paz, fué en efecto firmado en Río Janeiro, en 1829, y la guerra llamada del Imperio, terminó, dando por resultado la existencia de la República del Uruguay, y tres Generales agregados á la larga lista de los generales argenti-

nos. Paz y Lavalle pertenecen á este número. El mismo general Paz, fué encargado de tomar posesión de la ciudad de Montevideo, hasta entonces en poder de las fuerzas brasileras, y permanecer allí, hasta que convocado el pueblo, eligiese sus propios funcionarios, como Estado independiente.

" El ejército argentino, terminada la guerra en la Banda Oriental del Río de la Plata, debió pasar á la ribera opuesta, y con este acto, poner á descubierto las lavas que se estaban agitando sordamente en la República. Este momento es interesante, como un punto de partida en las luchas argentinas. De ahí parten, Rosas, Paz, Lavalle, Quiroga, y todos los jefes y caudillos de la guerra. Allí sucumbe Dorrego, el rivál constitucional de Rivadavia. Allí se ponen frente á frente, los dos elementos contrarios que la República encierra; de allí salen los dos sistemas de guerra, de política y de administración, opuestos, que ostentan los partidos contendientes.

" El ejército volvía, devorando cólera y resentimiento contra el gobierno actual del coronel Dorrego, no solo por las privaciones que le había hecho sufrir; pués, volvía descalzo, desnudo y hambriento; no solo porque posponiendo la gloria y el bién de la República, á la gloria y utilidad de la persona del nuevo Gobernador; no solo porque todos los jefes del ejército despreciaban á Dorrego, como un hombre sin prestigio, de asociarse con ellos; no solo por todas estas causas reunidas, sinó principalmente, por haber derrocado la administración Rivadavia, estorbado la constitución de la República, y ayudádose para subir al gobierno, de los caudillos gauchos, de la campaña, enemigos implacables del ejército y de sus generales, á quienes habian alcanzado en graduación, y sobrepasado en poder é influencia, con solo reunir montoneras y apoderarse de una ciudad, que desde este momento era la capital de un califato vitalicio y arbitrario, y generalmente despótico é ignorante. Dorrego, en efecto, había en el Congreso Nacional de 1826, convocado por Rivadavia, para dictar una constitución

que asegurase á la República sus libertades, echado mano, para oponerse á este designio, de todos los recursos que un caracter arrojado, emprendedor, y un espíritu despierto é intrigante, reunido á un talento distinguido y una conciencia no muy difícil, en cuanto á los medios de acción, podian sugerirle. Dorrego hizo uso para destruir la Presidencia, de todos los medios concedidos á los jefes de partido, en los gobiernos constitucionales, y que derrocando un ministerio, dejan, empero, incólume el edificio del orden público. Pero Dorrego no se para ahí, sinó que para estorbar que se diese al Estado una constitución unitaria, suscitó y revolucionó todos los elementos de desorganización que la República encerraba. Mientras que en la prensa y en la tribuna batía al Gobierno y al Congreso, de que era miembro, excitaba á los caudillos del interior á desconocer la autoridad del Congreso y la del Presidente por él nombrado, de manera, que detrás de la oposición constitucional armada de la palabra, el diario y la lista electoral, aparecian las lanzas de los caudillos del interior, y Rosas, que empezaba á hacerse, por entonces, notable en la campaña de Buenos Aires, por su tenacidad en estorbar que se reclutase el ejército, y su ímprobo trabajo para desmoralizar al Gobierno, y suscitarle enemigos y descontentos.

" Rivadavia, en su candorosa idealización de la libertad constitucional, creía que debía dejar consumarse esta obra de subversión, y que los medios legales, no autorizándolo para salvar la República, debía dejarla correr todos los azares que veía en perspectiva, á merced de las ambiciones suscitadas por la revolución de la Independencia. Rivadavia renunció, pués, la Presidencia, imitando su ejemplo, todos los hombres distinguidos que formaban parte de aquella pomposa administración, que tan merecida reputación de integridad, ilustración, y altura de miras, ha dejado en Europa y América.

" Pero Dorrego, al derrocar la Presidencia, suscitar los caudillos, desencadenar las campañas, hacer pisotear una Constitu-

ción, y disolver un Congreso, para arribar por resultado, á ser gobernador de Buenos Aires, se había olvidado de una sola cosa que dejaba existente, como si la distancia en que se hallaba, no le hubiese permitido tenerla en cuenta. Dorrego se había olvidado del ejército de línea, que en los momentos en que él destruía el Gobierno, estaba batiéndose por libertar una parte del territorio ocupado por el enemigo; habíase olvidado del ejército, contra el cual había trabajado con todo su poder, poniendo trabas al Gobierno, para que lo proveyese de recursos; estorbando por medio de sus coaligados, los caudillos de provincia, que reparase con nuevos contingentes las pérdidas que experimentaba, haciendo favorecer la deserción, y reduciéndolo por fin, á la miseria y la impotencia con que terminó la guerra. La necesidad en que la Presidencia se hallaba de continuar, era la palanca que sus adversarios ponian en movimiento para destruirla.

" Las provincias negaban los contingentes, ó los caudillos atacaban los que se hallaban en disciplina. Dorrego era el jefe de esta oposición, y elevado al Gobierno, no podía pedir nuevos contingentes, ni elementos de guerra, á aquellos caudillos á quienes él mismo había aconsejado que los negasen. Procurar la paz á todo trance, era pués, la condición que él se había impuesto al subir al Gobierno; pero la paz que obtuvo al fin, renunciando á la soberanía del territorio disputado, traía otra dificultad no menos embarazosa para su Gobierno, que la continuación de la guerra. Era preciso hacer entrar en el territorio de la República un ejército agriado por las privaciones, y mandado por los oficiales y jefes de los antiguos ejércitos de la guerra de la Independencia, cargados de medallas y cicatrices, pero sin porvenir, puesto que, no habiéndose constituido la República, y gobernada cada provincia por un caudillo absoluto é independiente, todos esos centenares de jefes, debian ser licenciados á su llegada á Buenos Aires, que no necesitaba para su defensa, sinó una guarnición de dos cientos hombres, á las órdenes de un

coronel. Por otra parte, el ejército de línea era el enemigo nato de los caudillos de las montoneras que dominaban la República y habian echado por tierra la Constitución, y la administración Rivadavia, que lo había creado, y dádole campo tan vasto de gloria. Dorrego había triunfado fácilmente de un Congreso y un ejecutivo, compuesto de oradores, letrados, abogados y políticos; pero la cuestión cambiaba de aspecto, cuando se trataba de un ejército aguerrido, disciplinado y mandado por los jefes más valientes y más enemigos de su política desorganizadora. No es posible decir, si Dorrego, que había tenido una conducta tan subversiva con respecto al Presidente de la República, se prometía que el ejército respetase en él, lo mismo que él había enseñado á despreciar en su antecesor, esto es, el respeto debido al gobierno, á las leyes é instituciones, aunque este respeto no se extienda á la administración que lo representa. Dorrego, concluida la paz, llamó el ejército para cumplir con lo estipulado, no obstante que sabía, á no dudarlo, que ese ejército venía á castigarlo, por haber estorbado la constitución de la República. Aún hay más todavía; los generales y coroneles del ejército, veian en Dorrego el primer obstáculo para la organización del Estado, pero no el último, y aún antes de pisar el territorio argentino, estaba entre ellos acordada la batida general, que debian hacer por todo el territorio de la República, para desalojar de las ciudades, los caudillos despóticos que se habian apoderado de ellas, y hacian ilusoria toda tentativa de organización, que no tuviese por base, dejarlos en quieta posesión de su conquista. ¿Pensaban con acierto, los jefes del ejército de línea? Puede desde luego decirse que no, puesto que el éxito no ha coronado la obra; que en las cosas en que la fuerza entra, no hay otra regla de criterio que el resultado. Una cosa había de positivo, empero, y debe tenerse presente, como atenuación, si no disculpa, de la conducta de los jefes del ejército. Lopez, un gaucho de la campaña de Santa Fé, dominaba aquella provincia, á fuer de caudillo popular. El general Bustos, que se sublevó

en Arequito con un ejército destinado á obrar en el Perú contra los españoles, se había apoderado de Córdoba hacía ya ocho años, y la gobernaba como una propiedad suya. Facundo Quiroga, en fin, había levantado de su *motu proprio*, ejércitos en la Rioja, y paseaba su estandarte negro con una cruz roja, por las ciudades y campañas de las faldas occidentales de los Andes. Cuando se trataba de constituir la Nación, era preciso solicitar la cooperación de estos jefes, que nombraban diputados al Congreso, con instrucciones que les trazaban las opiniones políticas que debian sostener. A ellos era preciso someterles la Constitución, una vez formulada, y enviar cerca de ellos un agente público que apoyase de palabra las razones que el Congreso había tenido para decidirse por tal ó tal forma de Gobierno. Ultimamente, los enviados eran recibidos en unas provincias, los caudillos los despedian sin escucharlos, y la Constitución rechazada, sin tomarse el trabajo de leerla ni examinarla. Todos los hombres públicos de aquella época, lo mismo que los jefes del ejército, creian pués, que antes de dictar una constitución para la República, era preciso purgar el país de todos estos tiranuelos, á fin de que los pueblos se pudiesen ocupar de sus intereses, sin subordinarlos á los de sus caudillos, y aún hoy, hay quienes piensen lo mismo en aquel Estado.

" Las divisiones del ejército nacional empezarón á llegar á Buenos Aires á fines de Noviembre de 1828, y el 1° de Diciembre, el general Lavalle, que mandaba la primera de ellas, formó en la plaza de la Victoria, sus tropas, declarando depuesta la administración Dorrego, y convocando á los ciudadanos á elegir un nuevo gobierno provisorio. A esto se redujo la revolución del 1° de Diciembre, que forma la escena primera del sangriento drama que después de diéz y seis años, no se ha terminado todavía. Dorrego, habiendo fugado á la campaña, donde estaban Rosas y los caudillejos que lo habian apoyado, para echar por tierra la Presidencia, reunió montoneras, hizo venir algunas tribus de salvajes amigos, y en Na-

varro esperó la división del ejército que había salido de Buenos Aires, en su persecución. La jornada le fué fatal, y él mismo cayó en el número de los prisioneros. El general Lavalle lo fusiló, dando con este acto injustificable, arma eterna á Rosas, para justificar las sangrientas atrocidades y el esterminio de los unitarios, presentes y futuros, declarados cómplices del acto arbitrario de que el general Lavalle se constituía, ante Dios y la historia, solo responsable.

" Pero la muerte de Dorrego, era el primer paso dado, para llevar á cabo el preconcebido designio, de desalojar de las provincias, los caudillos vitalicios. Ya estaba, pués, declarado, y fué en vano que Lopez, de Santa Fé, propusiese entrar en las miras del nuevo gobierno, puesto que la guerra era á su persona y á su gobierno de caudillo. Para proceder á constituir la República, era necesario, antes de todo, que él, como todos los otros tiranuelos, dejasen de mandar, y Lopez, cualesquiera que fuesen sus temores y sus intenciones, no se había de resolver á hacer sacrificio tan enorme.

" El general Paz, había desembarcado con una segunda división del ejercito, y como cordobés, pidió que se le confiase la empresa de libertar á Córdoba, su patria, dominada ocho años había por Bustos, el más poderoso entonces, de aquellos caudillos patriarcales. La empresa era tanto más difícil, cuanto que estando Córdoba situada en el centro de la República, la división del ejército que se aventurase hasta allí, debía contar con quedar bién pronto incomunicada con Buenos Aires, y por tanto, expuesta á los ataques combinados de Bustos, de Córdoba, Lopez, de Santa Fé, Ibarra, de Santiago del Estero, y los Aldao, de Mendoza. Por otra parte, Bustos no era como los otros, un caudillo de montoneras, era un antiguo militar, que á más de los recursos que le ofrecía la rica y populosa provincia que tenía á sus órdenes, contaba con los restos del 9 y el 10 de infantería, con que se había sublevado en Arequito, el año

1820, los Húsares y los Dragones, á más de un parque numeroso, de artillería. El general Paz, no sin vencer porfiadas resistencias, obtuvo, por fin, el riesgoso mando de la división expedicionaria sobre Córdoba.

"Domingo Faustino Sarmiento".

FIN DEL TOMO PRIMERO

ERRATAS

PÁJINA	LINEA	DONDE DICE	DEBE DECIR
28	5	compañeros	acompañantes
209	24	preciso en	preciso es
237	21	habilidad	debilidad
294	29	con Miguel	don Miguel
317	30	de fuerza	de la fuerza
380	6	contra Ramirez	entre Ramirez

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

PÁJINA


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 17 12 02 011 0